



EL CUARTO JINETE:  
**ARMAGEDÓN**

**Victor Blázquez**

**Lectulandia**

El Cuarto Jinete está a punto de ser liberado en pleno centro de Los Ángeles. Desatará toda su fuerza y crudeza sobre sus casi cuatro millones de habitantes. Si no consiguen detenerlo se esparcirá por todo el continente y correrán ríos de sangre. Los muertos no se detendrán ante nada y ante nadie. Vivir se convertirá en un privilegio.

El Cuarto Jinete ha despertado... no corras, no te escondas, pierde toda esperanza. No hay sitio al que huir si la muerte corre más que tú.

Lectulandia

Víctor Blázquez

# Armagedón

El Cuarto Jinete #2

ePub r1.1

patrimope 12.01.15

Título original: *El Cuarto Jinete: Armagedón*  
Víctor Blázquez, 2013  
Corrección: Fernando Martínez Giménez  
Diseño de cubierta: Alejandro Colucci

Editor digital: patrimope  
Corrección de erratas: anruba  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A mi madre, que siempre apoyó mis creaciones e impulsó al ser creativo  
que vive dentro de mí.*

*Y a mi hermano, que me obligó a leer novelas de terror cuando yo aún no  
soltaba las juveniles. Gracias por sumergirme en el Rey.*

# Prólogo

Por Javier Cosnava

Yo soy el que limpia.

Si hay algo que no debe o no debió suceder, algo equivocado, algo indecoroso, algo que no pueda salir a la luz pública..., yo voy y limpio la escena del crimen, de la violación, del desastre. A veces hay que sobornar, hay que mentir, hay que amañar pruebas. No es raro que aparezca un tipo que sabe demasiado, o un periódico, o un político, o una zorra ambiciosa.

Da igual lo que sea, o cómo sea. Yo me encargo de que las aguas vuelvan a su cauce. A veces bajan revueltas, o rojas de sangre. Pero al final vuelven a su cauce. Podéis estar seguros.

Nunca hago preguntas. Sólo recibo un informe, cojo mis bayetas y mi mopa (mejor las llamaremos así) y me voy de limpieza.

Y hoy también me toca limpiar.

Recibo mis órdenes de madrugada. Son escuetas, como siempre, casi lacónicas.

*Un pueblo llamado Castle Hill ha sido borrado de la faz de la Tierra por una horda de muertos vivientes. Un idiota llamado Harvey Deep propagó una enfermedad mortal que afectó en pocas horas a la práctica totalidad de la población. Razón: en un laboratorio secreto intentaba robar un virus para venderlo al mejor postor y la cosa no salió como esperaba. Pero Harvey no debe ser «limpiado» porque de ello ya se encargaron los zombis, que se lo comieron a él y de paso al 99% de los habitantes del lugar.*

Mientras me visto, repaso mentalmente el resto del informe antes de prenderle fuego y dejarlo consumiéndose en el cenicero del salón.

*La infección ha sido controlada en Castle Hill y unos pocos supervivientes han sido enviados a un hotel en los Ángeles. Entre ellos está el creador de la cepa maligna, un tal Kurt Dysinger, quien, en compañía del coronel Bernard Trask, va ahora mismo camino del laboratorio de Castle Hill, donde empezó todo, con orden de destruir cualquier vestigio del virus Cuarto Jinete (NOTA MENTAL: nombre en clave de la ponzoña causante del contagio).*

Ya he salido de casa, me he subido a un coche oficial. Hace frío. Tengo algo de sueño y cierro los ojos mientras intento diseñar un plan de contingencia. Soy bueno improvisando, por eso soy el que limpia. Nada puede salir mal. Nada sale nunca mal cuando yo me hago cargo.

Debo tener especial cuidado con el coronel Bernard Trask, que está al mando del grupo operativo que se ha encargado de «limpiar el pueblo» de muertos vivientes.

Llegaré al laboratorio apenas media hora antes que el coronel y que Kurt Dysinger. No tendré mucho tiempo para realizar mi propia «limpieza».

Subo al helicóptero en una base secreta de la CIA y mientras sobrevuelo Castle Hill estoy pensando en lo hermosa que es la palabra «limpiar», con toda esa polisemia, esos maravillosos significados que atesora y que uno puede otorgarle a voluntad. En el momento del aterrizaje estoy sonriendo, mientras en mi cabeza echo un último vistazo a las órdenes.

*Su misión es:*

1.— *Informar a la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de cualquier dato erróneo en la evaluación de cuanto ha sucedido en Castle Hill. No informar de ello al presidente de los Estados Unidos.*

2.— *Conseguir un vial del virus Cuarto Jinete. Es un arma demasiado poderosa para destruirla, tal y como ha ordenado el presidente. La CIA quiere hacerse con ella para investigarla en sus instalaciones.*

3.— *Lo ideal sería salir de Castle Hill con el vial antes de que lleguen Kurt Dysinger y el coronel Trask. Si esto no fuera posible, deberá quitárselo a ellos y luego «limpiarlos».*

4.— *Luego de lo anterior, deberá «limpiar» también a cualquier testigo de sus actos y regresar a la base.*

Pero a veces la limpieza no sale como uno ha previsto. Y esta es una de esas veces. Acaso la peor de mi carrera, porque nada está saliendo como yo esperaba.

Al principio fue sólo una sensación. Algo me decía que todo iba mal. No sabía dónde. No sabía cómo. Buscaba el cadáver de Harvey Deep entre los cuerpos desmembrados que cubrían el complejo, caminando entre muertos, planta a planta del edificio, registrando cada zombi con minuciosidad pero sin perder un sólo minuto. Porque apenas quedaban veinticinco para que llegasen Dysinger y Trask.

Mi plan era simple. Los viales del virus Cuarto Jinete sin duda estarían detrás de alguna vitrina, protegidos por claves de acceso. Si quería hacerme con ellos tendría que esperar a Dysinger y sacarle las claves a golpes. Pero había una forma más sencilla de hacer las cosas. Harvey Deep había robado el virus antes de morir. Tal vez tuviera en su poder, en uno de sus bolsillos, un vial todavía intacto. A menudo, en los años que llevo «limpiando» escenas como esta, he acabado desarrollando una teoría: no busques soluciones complejas si tienes una simple a mano. Muchas más veces de lo que la gente piensa, de una forma sutil y breve, se puede poner fin a la más imposible de las misiones.

Sólo se necesita inventiva y un poco de suerte. Y yo suelo ir sobrado de ambas.

Pero esta vez las cosas no van a ser tan fáciles. Encuentro a Harvey, sí. Hasta ahí todo bien. Reconozco su rostro por las fotos que incluía el informe de la CIA y porque los zombis han devorado su brazo izquierdo y sus intestinos, que han arrancado horadando su barriga; pero su cabeza está intacta, excepto por el tiro en medio de la frente que el grupo de exterminadores de zombis que comanda Trask (o

la división del ejército de EEUU que ha llegado tras él) le han dejado de recuerdo.

Sin embargo, antes de rebuscar en su ropa el vial del virus, una cosa llama mi atención. Justo debajo del cuello se ve el reborde de la máscara de silicona que lleva puesta.

¿Harvey Deep lleva una máscara? La reconozco porque yo mismo me he disfrazado en muchas ocasiones durante mis operaciones de «limpieza», pero hay algo que no entiendo. ¿Harvey se puso una máscara para llevar a cabo el robo?, ¿o es que no fue Harvey el que...?

Dominado por un súbito impulso, le arranco de un tirón el implante de silicona y un rostro completamente distinto emerge debajo. Se trata de un hombre moreno, de pelo corto, que... No, no es una cara que me sea totalmente desconocida.

¿Dónde la he visto? Tardo un momento en recordar. Soy un experto en recordar facciones, cicatrices, rasgos clave de mis objetivos (deformación profesional de todo buen «limpiador») y acabo de verla en alguna parte, ¿pero dónde si allí sólo hay cadáveres de zombis?

—¡Ya está! —exclamo, chasqueando los dedos.

Vuelvo atrás un par de pasillos y entro en una especie de salón de juegos, el lugar donde pasaban sus descansos o ratos de ocio los empleados del local. En algunas empresas los usan para que los trabajadores desconecten de las tareas complejas que realizan y puedan recargar pilas. Allí hay una máquina de bebidas, algunos juegos de mesa, dos consolas, tres ordenadores y lo que ando buscando: libros, al menos un centenar de volúmenes.

Y es que un montón de libros están desparramados por el suelo, la estantería caída, algunos desencolados o rotos, otros ensangrentados, testigos mudos de la lucha a muerte que se ha vivido en el laboratorio sólo unas pocas horas atrás. Dos de ellos me llaman la atención; ya lo hicieron cuando minutos antes llegué a la estancia buscando a Harvey Deep. El primero tiene doblada la solapa trasera y esta muestra el rostro de un hombre joven, el autor de la novela. A su lado hay un segundo libro firmado por el mismo escritor. Y están ambos alejados del resto, como si alguien los hubiera dejado allí a propósito, para que yo me fijase en ellos al entrar, para que viese esa solapa doblada hacia afuera mostrando el rostro del autor. Tal vez querían que recordase esa cara cuando llegase el momento.

Parece que el hombre de la solapa me sonrío.

Y es que el rostro es precisamente el mismo que acabo de ver en el cadáver de Harvey Deep. Desorientado, intentando atar cabos, leo el nombre de la novela.

EL CUARTO JINETE, de Víctor Blázquez.

Remuevo la cabeza, cada vez más incrédulo. Ese Víctor Blázquez ha escrito un libro que se llama igual que el virus que estoy buscando. ¿Y luego ha entrado en el laboratorio donde lo estaban desarrollando para robarlo? ¿O es que...?

Por un momento, un centenar de ideas y posibilidades atraviesan mi cerebro. Fríamente, disecciono cada una, tratando de entender. Y casi lo consigo. Algo



ominoso, un engaño terrible está a punto de ser descubierto, casi lo tengo pero...

No termino el razonamiento. Una mujer está caída junto a los libros. Una vez fue joven y bonita, pero ahora le falta la parte superior del cráneo, por el que todavía resbalan los humores, ocultando... o... cul... tan... do... ¡ocultando la parte superior del implante de silicona que oculta su verdadero rostro!

Mi mente ha tartamudeado mientras terminaban las sinapsis de atar cabos. ¿Puede una mente tartamudear? No lo sé, pero si no puede, lo que me ha pasado es lo más parecido que he experimentado en mi vida.

Pero ya no importa. Me inclino sobre la mujer y busco en su cuello la solapa de la máscara de silicona, oculta bajo una base de maquillaje. Aunque los dedos me tiemblan, consigo arrebatarse el disfraz y mi sorpresa es mayúscula cuando veo el mismo rostro de antes, el rostro de Víctor Blázquez.

Diez cadáveres y tres estancias más tarde, ya tengo claro que todos los cadáveres son Víctor Blázquez, que todos los muertos tienen su rostro y que yo seguramente he tenido una crisis de nervios y ahora voy camino de un psiquiátrico, con una camisa de fuerza bien apretada.

¿O no estoy loco? ¿Y sí...?

Estoy acostumbrado a reaccionar rápido, a reaccionar ante lo imposible y soy capaz de intentar un último giro de funambulista, de buscar una explicación a algo que no puede estar pasando.

Y por fin decido hojear los libros que ha escrito ese hombre que es todos los cadáveres y ninguno.

El primer libro, EL CUARTO JINETE, es la historia de la epidemia que ha assolado Castle Hill. Antes de que sucediese, aquel ser, escritor o demiurgo, lo anticipó todo... ¡No! LO SUPO TODO.

Es como si él hubiese descrito lo que estaba pasando o, peor aún, como si las cosas pasasen porque... PORQUE ÉL LAS ESCRIBÍA.

Hojeo el segundo libro que tiene por título EL CUARTO JINETE (Armagedón). Trata de lo que pasó luego, continúa con la historia de los supervivientes y va más allá, con nuevas intrigas, nuevos personajes. Es decir, narra sucesos que aún no han pasado.

—Narra sucesos que aún no han pasado. Narra el futuro. No, no puede ser... — susurro en una voz apenas audible.

—A menos que todos, vivos o muertos, seamos personajes de esos dos libros — anuncio entonces, al mundo, a mí mismo, a quien sea—. Tiene que ser eso.

El axioma de Holmes: eliminado lo imposible, lo que queda, por increíble que parezca, debe ser la verdad.

Pero ni en el primer libro ni en la continuación, en EL CUARTO JINETE (Armagedón), aparezco en una sola línea, y cuando Dysinger y el coronel Trask van al laboratorio a buscar los viales del virus yo no estoy allí; tampoco mi cadáver. De mí no queda ni rastro.

¿Acaso no existo? ¿Acaso soy menos que un personaje de una novela? ¿No soy nada?

Por fin, navegando por las páginas del libro, encuentro mi historia, justo al principio de todo: el relato de un capullo de la CIA que era tan tonto que no sabía que ni siquiera tenía un nombre.

Soy un tipo sin nombre en un prólogo. Sólo para eso he venido a este mundo. Vaya mierda.

Y entonces manoteo en mi cuello buscando la última pieza de un jodido y macabro rompecabezas. No tardo en encontrar la solapa de mi propia máscara de silicona. Sí, claro, todos los personajes somos en verdad réplicas de nuestros amos, esos dioses cargados de sueños y de hojas en blanco. Tambaleándome, entro en el lavabo de la primera planta. Me miro desafiante en el espejo, me quito el embozo y descubro una cabeza calva y una perilla blanca; también unos ojos vivaces, risueños, que me mortifican.

Todos aquellos cadáveres de ahí afuera eran Víctor Blázquez porque habían nacido de su pluma: eran sus hijos, sus creaciones.

Yo soy hijo del idiota que escribe este prólogo para presentar una novela de la forma más retorcida y demencial imaginable.

—Deja de jugar conmigo, cabrón —le grito al autor del prólogo, sea quién sea ese capullo calvo con perilla.

Saco la pistola de la cartuchera bajo mi axila. La pongo en mi cabeza.

Ahora lo entiendo todo. He venido a «limpiar» la escena, a eliminar lo que sobra, lo que no debería estar, lo que no ha debido suceder.

Porque el que sobra, el error, el que debe ser «limpiado», soy yo, que ni siquiera soy un personaje de esta novela.

Yo no soy nada.

Y la culpa de todo la tiene Javier Cosnava (sí, ahora sé el nombre del asesino que me ha parido para reírse de mí, para mortificarme con la excusa de presentar la novela de un amigo. Su nombre me lo han dicho mis entrañas, que también son las suyas).

—Vete a tomar por culo, Cosnava, y demos paso al espectáculo de una puta vez... —aúllo, mordiéndome de pura rabia los labios hasta hacerlos sangrar.

Y aprieto el gatillo.

Por fin está todo «limpio». El Cuarto Jinete «Armagedón» puede comenzar.

# Armagedón

Palabra comúnmente asociada en varias culturas y religiones al fin del mundo mediante catástrofes. En la Biblia, Armagedón (*Har Megiddo* en hebreo) no es un evento sino un lugar. Aquel en el que transcurrirá la batalla definitiva.

# **Prólogo**

## **Un cuerpo sin vida**

# 1

Jorge Hernández tiene cincuenta y tres años y una perfecta vida idílica que se ajusta a la perfección a la idea que Estados Unidos le vendió al mundo después de la Segunda Guerra Mundial, la de Tierra de Oportunidades. Nacido en Oaxaca, México, cruzó la frontera hacia el norte con diecisiete años, buscando la promesa de una vida mejor.

Y en aquel entonces puede que pareciera únicamente un chico más con sueños de grandeza, pero Jorge Hernández lo tenía claro. Y a su ambición le sumó su capacidad para el esfuerzo, su constancia en el trabajo, su honestidad y amabilidad y la flor en el culo con la que nacen algunas personas en este mundo. Pero fuera como fuera, a Jorge Hernández le fue bien, y el chico que viajó hacia el norte desde la frontera a base de hacer autostop, se enamoró de San Francisco en cuanto la vio a través de la ventanilla de la camioneta del granjero que había aceptado recogerle a un lado de la carretera casi noventa kilómetros más atrás. Fue un flechazo instantáneo, o, como él mismo lo describía cuando hablaba de ello con nostalgia en su voz, escuchó al destino gritándole que había llegado a su pinche destino.

Apenas tardó una semana en colocarse como reponedor en un pequeño almacén. El resto, desde ahí hasta convertirse en empresario y dueño de una cadena de supermercados con establecimientos en toda California, es historia.

A las seis y media de la mañana, como todos los días, Jorge Hernández sale del bonito chalet unifamiliar donde reside a las afueras de Novato, y gira hacia Vineyard Road, comenzando a trotar. Toda su vida ha hecho ejercicio. Su mujer siempre le dice que no comprende cómo es capaz de madrugar para irse a correr durante casi una hora y después volver a casa, ducharse e irse a trabajar. Jorge siempre le responde que él no comprende cómo puede ella quedarse holgazaneando en la cama hasta casi las doce del mediodía.

Novato es un pequeño pueblo situado al norte de San Francisco, a unos cuarenta y cinco kilómetros en coche. Con el paso de los años, la gran ciudad a la que Jorge amaba tanto como a su mujer empezó a alejarse de sus planes de vida. La urbe era maravillosa, pero no era así como quería criar a sus hijos. La vida le trataba bien, los supermercados no le permitían llamarse a sí mismo multimillonario, pero le permitían vivir con mucha comodidad, y había comenzado a buscar una casa con jardín en una buena zona. Algo donde establecerse y que pudiera considerar su hogar para el resto de sus días.

La encontró en Novato.

A la izquierda de Vineyard Road se extiende la Reserva Indian Tree, no demasiado conocida excepto para los locales, pero ciertamente un paraje hermoso por el que es común cruzarse con gente haciendo ejercicio. Jorge Hernández adoraba trotar por los caminos de tierra de la reserva mientras dejaba su mente volar. Le encantaba la sensación de correr y permitirse no pensar en nada concreto. Sentía

como si le formatearan y llegaba a casa con las energías a tope, completamente preparado para lo que le deparara el día.

Mientras se interna entre los árboles, Jorge se coloca en los oídos los cascos del iPhone nuevo que le regaló su mujer dos semanas atrás, por su aniversario. Led Zeppelin le aísla del mundo exterior en cuanto pulsa el play, y eso está bien porque, ¿acaso hay algo mejor que Led Zeppelin? Jorge Hernández respondería que no sin dudar ni un segundo.

Y avanza por un camino de tierra ligeramente cuesta arriba, acelerando el ritmo de su carrera y mirando el reloj que lleva en la muñeca, siempre atento a las pulsaciones que marca, así como a la hora. Un gesto tan rutinario como inocente que acostumbra a realizar a menudo cuando corre. Pero hoy, el destino se la juega con una pequeña piedra en el camino que Jorge no alcanza a ver por estar mirando el reloj. Al pisarla, el pie derecho de Jorge se dobla hacia fuera, no tanto como para partírselo, o hacerse un esguince, pero sí lo suficiente para hacerle perder el equilibrio y caer de rodillas al suelo.

No llega a gritar, pero sí lanza una maldición en voz alta.

Se incorpora mirándose las rodillas. El pantalón de deporte se ha desgarrado en la pierna derecha y el golpe le ha producido un pequeño laceramiento. Nada llamativo o preocupante, apenas un rasguño del que ni siquiera se acordará dentro de unos minutos y en el que no volverá a pensar hasta que se desnude esa misma noche antes de ducharse y meterse en la cama.

Hay millones de gestos universales, pero uno de los más curiosos, seguramente, sea el que todo ser humano lleva a cabo de forma involuntaria después de caerse al suelo: mirar alrededor.

Jorge Hernández mira a su alrededor esa mañana, de pie en el camino de tierra que surca la reserva. Apenas un giro de cabeza, sin buscar nada en concreto. Si no se hubiera detenido, jamás lo habría visto, pero lo ve. Y su cuerpo se queda rígido al instante, mientras su boca se abre lentamente. Ni siquiera se da cuenta de que da un par de pasos atrás hasta que su culo choca contra un árbol. Es entonces cuando grita.

Nadie escucha su grito, pero decenas de pájaros emprenden el vuelo en ese momento.

## 2

Arthur Newton y Jerry McDouglas son los primeros en llegar a la escena del crimen. Mientras Jerry se ocupa de atender a Jorge Hernández, Arthur avanza hacia el cuerpo sin vida poniendo especial cuidado en donde pisa. Se detiene cuando aún se encuentra a seis o siete metros del cuerpo, al reconocer el pequeño rostro ovalado que le mira con el cuello torcido en una posición imposible.

Arthur tiene cerca de sesenta años y ha visto muchas cosas a lo largo de su vida, pero ese tipo de crímenes siguen poniéndole los pelos de punta y revolviéndole el estómago. Gira su cuerpo para mirar a Jerry. Su compañero está llevándose a Jorge Hernández hacia el coche patrulla, alejándole de la escena. La mano de Arthur tiembla cuando agarra la radio y se la acerca a la boca.

Al principio es incapaz de hablar cuando aprieta el botón. Lo consigue a la segunda.

—¿Meredith? Aquí Arthur, cambio.

Arthur vuelve a mirar el cuerpo sin vida tirado en el bosque, abandonado como un vulgar deshecho, y a cada detalle del que dan cuenta sus habituados ojos y que registra su mente, siente el agujero en su estómago haciéndose más grande. Son días así los que le hacen desear alejarse del mundo, los que le hacen perder la fe en el ser humano.

—Aquí estoy, jefe. Cambio.

La voz de Meredith a través de la radio siempre es sensual, aunque Arthur ni siquiera se da cuenta de eso hoy. Normalmente, los chicos, y él mismo, bromean con que Meredith podría ganarse la vida en un teléfono erótico poniendo cachondo al personal. Tiene ese tipo de voz.

—Meredith, avisa al forense. Y dile al resto que vengan cagando leches —Arthur suspira—. Hemos encontrado a Mary Ann Conway.

Meredith responde algo, pero Arthur ya no la escucha. Vuelve a colgarse la radio en el cinturón y se agacha hasta quedar en cuclillas, a seis metros del cuerpo de Mary Ann, y la mira a los ojos vidriosos y sin vida.

Arthur conoce a los Conway. Son vecinos de Novato y residen en Oliva Dr, en una casa con la fachada pintada de color crema. JT Conway es ingeniero civil y Cynthia Conway se dedica al diseño de interiores. Son un matrimonio respetable y agradable, el tipo de personas que siempre tienen una sonrisa en los labios y a los que se tiene un poco de envidia por lo guapos y exitosos que parecen. JT tuvo incluso sus quince minutos de fama cuando estudiaba en la universidad y los Lakers quisieron ficharle. Eso fue antes de romperse la rodilla en un accidente de coche que truncó todos sus sueños y aspiraciones deportivas.

Cynthia Conway llamó ayer a la central, preocupada porque Mary Ann no había vuelto a casa. Fue el propio Arthur quien se acercó a la casa de los Conway, quien les dijo que aún era pronto para preocuparse, independientemente de que Mary Ann

fuera una chica responsable que nunca llegaba tarde a casa, porque a veces los adolescentes hacían ese tipo de cosas. Cynthia lloraba y JT la abrazaba con fuerza, consolándola, y Arthur hizo algunas preguntas, aunque de verdad creía que Mary Ann llegaría antes o después. Era una chica preciosa de dieciséis años, la edad en que los novios empiezan a parecer más importantes que los padres, y seguramente Mary Ann estaría besuqueándose con algún chico y ni siquiera se había dado cuenta de la hora que era. Cosas así ocurrían más a menudo de lo que los padres creen.

Pero a pesar de estar totalmente convencido de que nada malo ocurría con Mary Ann, Arthur hizo preguntas. Y las caras de asombro, y hasta de indignación, de JT y Cynthia cuando les preguntó si existía alguna razón por la que Mary Ann quisiera fugarse, no hicieron sino reforzar la impresión de Arthur.

Recordaba haberse ido de la casa de los Conway tranquilizándoles y asegurándoles que Mary Ann aparecería.

Recordaba haber mirado la fotografía de Mary Ann enmarcada en la pared del vestíbulo y haber pensado que esa chica rompería corazones cuando creciera.

Pero Mary Ann Conway no crecería, ni tampoco rompería corazones, porque había sido violada y asesinada y su cuerpo arrojado en Indian Tree, como un despojo. Desde donde se encuentra, Arthur puede ver las bragas blancas de la niña enganchadas en el tobillo derecho, la falda levantada hasta la cadera, la camiseta desgarrada y sucia, su pelo revuelto y lleno de hojarasca, heridas en los brazos y el cuello roto.

Ruega al cielo que Mary Ann haya muerto antes de sufrir las vejaciones a las que ha sido sometida, pero la experiencia le dice que normalmente las cosas ocurren a la inversa.

—Cielo santo —murmura.

Arthur se pone en pie e inspecciona la zona con la vista, tratando de encontrar algo, lo que sea, que ayude a detener al hijo de puta que ha hecho esto.



### 3

A las nueve y veinticinco, el forense levanta la cabeza y mira a Arthur. Alrededor, varios de los agentes de Novato hacen su trabajo señalando y fotografiando todo lo que pudiera ser una prueba. Jerry no está por allí. Después de interrogar a Jorge Hernández y pedirle que estuviera disponible el resto del día, se había acercado a la casa de los Conway a darles la mala noticia. Arthur se había ofrecido a hacerlo, pero Jerry se negó.

En el fondo, Arthur agradeció aquel gesto.

—Fue violada antes de ser asesinada —asegura el forense.

Arthur cierra los ojos, resignado.

—Las heridas en los brazos están producidas por algún tipo de objeto cortante. Tengo la impresión que se trata de un cuchillo de caza, algo de ese tipo, seguro. Imagino que la amenazaba con él para que no gritara. También tiene marcas en el cuello, probablemente enredó algo en él, una cuerda o un pañuelo y la asfixiaba al mismo tiempo. La causa de la muerte, sin embargo, es el cuello roto.

Arthur asiente, entendiendo.

—Como sea —dice el forense—, esto no es más que el examen preliminar. Podré decirte algo más cuando la examine a fondo.

—Te lo agradezco, Pete.

Arthur se incorpora al mismo tiempo que Pete, y mientras este da las indicaciones para proceder al levantamiento del cadáver, Arthur le hace un gesto a Jeremy Geller, uno de los agentes de policía que se encuentran en la zona. Jeremy se acerca cojeando con la pierna derecha.

—¿Qué te pasa? —pregunta Arthur.

—Bonnie ha aprendido a dar patadas en la espinilla —asegura Jeremy con una sonrisa que es orgullo y frustración a partes iguales—. Pero a veces falla. Ayer me arreó una en el gemelo y lo tengo hinchado.

—¿Con qué demonios te dio una patada, con una bota militar?

—Arthur, no subestimes el poder de una niña de dos años y medio.

Arthur sonrío.

—Jerry se ha ido a notificarle esto a los Conway. Quiero que me acompañes a dar una vuelta. Quiero hablar con las amigas de Mary Ann. Con un poco de suerte, alguien vio algo. Quiero a este hijo de puta entre rejas.

Jeremy asiente.

—Yo también, Arthur. Porque cada vez que veo algo así pienso que podría ser Bonnie dentro de unos años.

Arthur mira a Jeremy. No necesita decir nada porque comprende lo que quiere decir su colega. Mientras avanzan hacia Vineyard Road, donde han dejado los coches patrulla, Arthur da indicaciones al resto de sus hombres.

Son las nueve y cincuenta y tres minutos cuando Arthur y Jeremy atraviesan el patio de la escuela Lu Sutton, en el 1870 de Center Road. En ese momento no hay niños jugando en el patio porque las clases ya han comenzado, pero desde la puerta que lleva al vestíbulo de la escuela les observa un hombre de pelo blanco, vestido con un traje marrón oscuro. No avanza hacia ellos. Les observa desde la puerta y les espera. Cuando se encuentran a un par de metros, extiende la mano derecha.

—Tom Hill —dice—. ¿En qué puedo ayudarles, agentes?

Arthur estrecha la mano del hombre.

—Arthur Newton. Este es mi compañero, Jeremy Geller. Querríamos hablar con el director.

—El director Greene está de viaje. Soy el subdirector.

—Supongo que tendrá que bastar. ¿Hay algún sitio en el que podamos hablar?

Tom Hill se encoge de hombros y hace un gesto, invitándoles a pasar. Arthur sonrío, divertido por los educados modales del señor Hill. Por su acento, Arthur deduce que el hombre es inglés. Los dos agentes le siguen por un pasillo de la escuela hasta su despacho. Los tres hombres toman asiento. Arthur deja que su mirada pasee por la estancia, deteniéndose en un par de diplomas.

—¿Y bien? —Tom Hill cruza las manos con gesto estudiado.

—Señor Hill, anoche se denunció la desaparición de una alumna de su col...

—Mary Ann Conway.

Arthur asiente. Tom Hill suspira y se inclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

—Sus padres llamaron al colegio preguntando por ella. No pude darles ninguna información, porque no me consta que Mary Ann se quedara después de las clases en el colegio. Espero que esté bien. Es una cría estupenda.

—Ha sido asesinada, señor Hill.

La mandíbula de Tom Hill se separa por el asombro. Cambia la mirada entre Arthur y Jeremy, como si esperara que el segundo agente sonriera y le explicara que se trataba de una broma. Después, se pasa una mano por la frente y se deja caer sobre el respaldo de su silla, suspirando.

—Dios santo... ¿Cómo ha ocurrido?

—De momento esa información es confidencial, señor Hill. Nos gustaría hacerle unas preguntas, si está usted de acuerdo.

—Por supuesto.

—¿Cómo era Mary Ann? Normalmente, los padres suelen dar una descripción de sus hijos que resulta incompleta. A veces, la escuela o las amistades terminan de definir a los chicos de forma más clara.

—Sí... eh... —Tom Hill resopla, tratando de encontrar las palabras. Parece sinceramente afectado por la noticia—. Mary Ann es... era... una niña estupenda,

una alumna modélica. Siempre saca buenas notas, le va mejor en matemáticas y ciencias que en lengua e historia, pero por lo general, siempre saca buenas notas.

—¿Alguna vez ha mostrado algún comportamiento extraño?

Tom Hill entrecierra los ojos, extrañado.

—¿A qué se refiere?

—Cualquier cosa que pueda usted haber visto, o que le hayan notificado los profesores de Mary Ann, algo que pudiera indicarnos que tenía problemas, por ejemplo.

Tom Hill parpadea varias veces. La idea le parece tan ajena que no parece entender muy bien lo que le están pidiendo.

—¿Se refiere a problemas en su casa? No creo que tuviera ninguno, la verdad. Los señores Conway son...

—Conozco a JT y Cynthia Conway, señor Hill. Y me refiero a cualquier tipo de problemas. Tal vez un novio demasiado pegadizo, problemas con drogas, cualquier cosa que pueda ayudarnos a empezar la investigación sería positiva.

Tom asiente, entendiendo ahora. Durante unos segundos, intenta recordar algo que poder decir y Arthur y Jeremy esperan con paciencia, sin despegar la mirada del subdirector.

—No se me ocurre nada, la verdad —murmura, finalmente—. Lo siento. Mary Ann siempre ha tenido una conducta ejemplar, y por lo general, los alumnos que empiezan a tener problemas fuera del centro experimentan un cambio en su rendimiento académico o en su conducta. No creo que ese haya sido el caso de Mary Ann, aunque puedo presentarles a su tutora. La señorita Jackson conoce mejor el día a día de la chica.

—Se lo agradeceríamos mucho, señor Hill.

Tom asiente y empieza a incorporarse cuando Jeremy habla por primera vez.

—¿Ha habido algún movimiento entre el profesorado últimamente?

Tom frunce el ceño y centra la mirada en Jeremy.

—¿A qué se refiere?

—Nuevas contrataciones, despidos, algún enfermo, profesores suplentes... ese tipo de cosas.

—Hace dos meses el profesor de gimnasia dejó el colegio porque se iba a mudar a San Francisco. Pero la verdad, dudo mucho que el señor Heart tenga algo que...

—Cuando acabemos de hablar con la tutora de Mary Ann, le agradeceríamos que nos diera los datos del señor Heart —le interrumpe Arthur.

Tom se encoge de hombros y sale del despacho. Arthur espera hasta que la puerta se cierra y escucha los pasos del subdirector alejándose por el pasillo antes de mirar a su compañero.

—¿Y esa pregunta?

Jeremy se encoge de hombros.

—El otro día, viendo *Crímenes Imperfectos*, contaron la historia de una

adolescente asesinada por un profesor suplente que se encaprichó de ella al conocerla.

—Al menos abrimos una vía.

—Sí, pero recuerdo al señor Heart y, la verdad, dudo que tenga nada que ver.

Arthur se encoge de hombros.

Abigail Jackson es una mujer muy delgada, tanto que al verla es imposible no pensar en palabras como anorexia o bulimia. Con veinticinco años de experiencia como profesora, Abigail está más que acostumbrada a trabajar con niños e identificar posibles problemas entre sus alumnos. Durante la siguiente media hora, Abigail habló absolutas maravillas sobre Mary Ann Conway, su excelente comportamiento en clase y su agradable y extrovertido carácter.

Jeremy mira su reloj. Son las diez y treinta y tres minutos.

—¿Podríamos hablar con las amigas más cercanas de Mary Ann?

Abigail busca con la mirada la confirmación del subdirector. Tom está de pie, en una esquina, y parece dudar.

—Cualquier cosa que hayan visto o sepan que nos ayude a reconstruir los últimos movimientos de Mary Ann, podría acercarnos a la solución de este caso —asegura Arthur.

Tom asiente, comprensivo. Aunque Arthur sabe que está nervioso por las posibles implicaciones y problemas que puedan derivarse de esa decisión. Seguramente, Tom se está preguntando si no debería haber un abogado presente.

—Llamaré a Helena Cruise y Tara Schwizer. Son las mejores amigas de Mary Ann.

Arthur asiente. Abigail sale del despacho. Arthur se masajea las sienas mientras esperan.

—Esto es horrible —asegura Tom Hill—. Que estas cosas ocurran...

Arthur resopla pero no responde. A fin de cuentas, el subdirector tiene toda la razón del mundo.

Y eso que no sabe ni la mitad de la historia.

## 6

—Nos despedimos de ella cuando acabaron las clases —asegura Helena. Es una chica menuda, de pelo negro y rizado y aparato en los dientes. Mira a Tara, buscando confirmación de sus palabras. Tara asiente con la cabeza.

—¿No sabéis si planeaba ir a casa directamente o a algún otro sitio?

Helena se encoge de hombros. Jeremy observa que Tara baja la vista y la clava en sus rodillas. Es una chica bajita, con la cara llena de pecas y el pelo corto al estilo chico.

—¿Tara? —pregunta Jeremy, interrumpiendo a Arthur—. ¿Sabes si Mary Ann iba a hacer algo después de clase?

—Se supone que no puedo hablar de ello —responde la niña, elevando la vista lentamente, avergonzada porque la hayan cazado.

—Necesitamos que nos lo cuentes, Tara —esta vez es Arthur.

La niña mira alternativamente a Arthur, a Jeremy y a Helena. Finalmente, vuelve la vista hacia Arthur.

—Mary Ann conoció a un chico hace un mes, más o menos, y están saliendo desde entonces.

—¿Qué? —Helena se muestra sorprendida—. ¿Por qué no me lo contó?

Arthur le hace un gesto a Helena pidiéndole silencio. La mirada de todos los presentes en la sala está centrada en Tara.

—El chico es algo mayor y Mary Ann tenía miedo de... si la gente se enteraba sus padres se enfadarían con ella.

Arthur percibe por el rabillo del ojo la mirada de Jeremy. Pero él prefiere no apartar la vista de Tara. Ahora mismo, sus miradas están enganchadas y prefiere que sigan así.

—¿Sabes su nombre, Tara?

La chica niega con la cabeza.

—No lo sé. Pero sé que trabaja en el Burguer Henry's. El que está en el centro comercial The Square.

—¿Le has visto alguna vez? ¿Podrías describirle?

Tara asiente a la primera pregunta y duda ante la segunda. Durante unos instantes, los que tarda en comenzar a hablar de nuevo, la tensión en el despacho del subdirector parece volverse casi sólida.

—Creo que es moreno, pero lleva las puntas teñidas de rubio. Y un pendiente en la oreja izquierda. Creo que es skater.

Arthur se levanta y estrecha la mano de Tara.

—Muchas gracias, Tara. Lo has hecho muy bien —después, Arthur se gira hacia Tom y Abigail y se despide con un gesto—. Vamos, Jeremy.

Los dos agentes salen del despacho caminando con urgencia.

Puck se ajusta a la descripción que Tara Schwizer le ha dado a Arthur y a Jeremy. De hecho, la chica ha acertado de pleno al decir que Puck es skater. A las once y diez minutos, Puck está metiendo patatas congeladas en la freidora para completar el pedido de un cliente. Está silbando la melodía de una canción de Offspring mientras trabaja. Desde donde se encuentra, puede ver con claridad la puerta de entrada del burger. Apenas hay un par de personas, ¿quién coño va a una hamburguesería a las once de la mañana?, por lo que no hay demasiado trabajo por hacer y el jefe de Puck ha salido a fumarse un cigarrillo.

Puck mira las patatas, dorándose en el aceite hirviendo, sin dejar de silbar. Y al subir la cabeza, su atención se centra en los dos policías que se dirigen a la puerta. Le llaman la atención porque uno de ellos parece ir cojeando. Y entonces ve que el más joven, el de la cojera, le mira directamente y le comenta algo al más mayor.

Puck se queda helado y siente el ritmo de sus latidos acelerarse.

Los dos agentes le miran fijamente cuando abren la puerta para pasar, así que Puck hace lo primero que se le ocurre: echar a correr.

Arthur y Jeremy lanzan una maldición al ver a Puck darse la vuelta y lanzarse hacia la puerta de servicio, derribando en el camino una torre de cajas de pan de molde. Arthur le ordena a Jeremy que vaya por delante y echa a correr tras el joven. Cruza el mostrador ante la atónita mirada de los pocos clientes del burger, y salta por encima de las cajas de pan. Su hombro choca contra una estantería y escucha a su espalda el ruido que producen un par de sartenes al caer al suelo.

Puck atraviesa la puerta de servicio a toda velocidad. La puerta golpea a su jefe, que cae al suelo golpeándose la cadera contra una barandilla. El cigarrillo que sostenía entre los dedos sale volando. Puck no se detiene, agarra la barandilla con las dos manos y salta por encima de ella. Caе sobre el césped del otro lado y rueda sobre su hombro antes de volver a ponerse en pie y seguir corriendo.

Un segundo después, Arthur cruza la puerta y choca contra la valla. Resoplando, salta por encima y cae sobre la hierba, de rodillas. Se incorpora y corre tras el joven mientras desengancha la radio de su cinturón y se la lleva a los labios pulsando el botón.

—¡Necesito refuerzos en persecución a pie! —grita—. ¡El sospechoso es un joven con pantalones vaqueros y camisa del Burger Henry's! Corre por el bulevard en dirección a Simmons Lane.

Arthur no deja de correr, a pesar de que está empezando a jadear y que la distancia que le saca Puck es cada vez mayor. Alcanza a ver al joven girando a la izquierda por Simmons Lane antes de sentir un latigazo de dolor en el costado derecho y detenerse. Sofocado, Arthur se agacha y trata de recuperar la respiración. Coge de nuevo la radio.

—Aquí Arthur. Abandono la persecución. Cambio.

No ha terminado de decir la frase cuando un frenazo a su derecha le hace levantar la cabeza. Jeremy está al volante del coche patrulla y le hace un gesto para que suba. Arthur se incorpora, sujetándose el costado con la mano visiblemente agotado, y se sube al coche. Jeremy aprieta el acelerador y el coche se lanza hacia delante.

—Ha girado por Simmons —dice Arthur en un susurro.

—La edad no perdona, ¿eh, jefe?

Arthur lanza una mirada asesina a Jeremy que este no ve, concentrado en la carretera. Da un volantazo para girar por Simmons. Ven a Puck corriendo hacia la entrada del parque Pioneer. Jeremy acelera y enciende las sirenas. Puck atraviesa la entrada del parque un par de segundos antes de que el coche patrulla se detenga de un frenazo junto a la verja. Jeremy salta del vehículo y se lanza en su persecución.

—¡Alto! —grita Jeremy.

Puck no se detiene, pero Jeremy le come terreno poco a poco. Puck gira hacia la derecha, esquivando un par de árboles. El agente salta sobre él y le derriba. Los dos caen al suelo y ruedan por el césped. Jeremy se coloca sobre el joven y le apresa los dos brazos, obligándole a ponerlos a la espalda. Se desengancha las esposas del cinturón y se las coloca en las muñecas mientras comienza a dictarle sus derechos.

Arthur llega hasta ellos caminando despacio. Jeremy ayuda a Puck a ponerse en pie, le registra los pantalones y saca una cartera negra con una calavera en un lateral. La abre y lee el carnet de identidad.

—Puck Wellington —dice, mirando a Arthur.

Arthur se acerca hasta quedar a unos centímetros del chico. Este escupe hacia un lado, desafiante.

—Puck Wellington —repite Arthur, saboreando cada sílaba—, quedas detenido como sospechoso del asesinato de Mary Ann Conway.

En ese momento, el rostro de Puck palidece y se gira rápidamente hacia Arthur, con la boca completamente abierta por la sorpresa.

—¿Qué?

Arthur mira a Jeremy. El joven agente resopla con resignación. Para ambos está claro que, o el chico es un perfecto mentiroso o acaba de enterarse de la muerte de Mary Ann.

—Oigan, no sé de qué están hablando, yo no he matado a nadie...

—¿Se puede saber por qué has salido corriendo? —pregunta Arthur, visiblemente disgustado.

—Joder, porque tengo un par de plantas de marihuana en mi terraza, y mis amigos siempre dicen que el olor hará que un día los vecinos lo denuncien y se me caerá el pelo, y creí que veníais por eso! ¡Tienen que creerme, yo no he matado a nadie, y menos a Mary Ann! ¡Ni siquiera sabía que estaba muerta! ¡Admitiré lo de las plantas, pero tenéis que creerme, tíos!

Arthur hace un gesto con la mano y Jeremy se acerca a la espalda del chico. Le suelta las esposas. Puck se agarra las muñecas doloridas y mira a los dos agentes, con



el rostro surcado por la preocupación y el miedo.

—¿De qué conocías a Mary Ann?

—Me la presentaron hace un mes y medio, más o menos. Llevamos un mes saliendo.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste o hablaste con ella?

—Que la vi, antes de ayer. Que hable con ella, ayer por la tarde. Me llamó cuando terminó sus clases y me dijo que se pasaría a verme al burger. Queríamos dar un paseo, o algo...

—¿Y qué pasó? —Arthur mira al chico, esperando la respuesta que en realidad no quiere oír, la que les dejará de nuevo sin ninguna pista.

—No apareció.

—¿No apareció? —pregunta Jeremy, totalmente frustrado—. ¿Tu novia no aparece en el lugar de la cita y tú ni siquiera te preocupas?

Puck mira a Jeremy. Es evidente que el chico está asustado. Le tiemblan las manos.

—Yo... Tengo tres años más que Mary Ann. Ella es menor aún y sus padres no saben que estamos saliendo, ni siquiera saben que existo, porque Mary Ann decía que sus padres la matarían. Una vez tuve que salir corriendo porque vio el coche de su madre aparcado a cien metros de donde estábamos. Supuse que se había encontrado con ellos o algo así. Pero no que podría haberle... oh, Dios mío...

Puck pierde fuerza en las piernas. Jeremy evita que se caiga al agarrarle del brazo. Puck rompe a llorar.

—¿A qué hora hablaste con ella exactamente? ¿Lo recuerdas?

Puck mira a Arthur con los ojos llenos de lágrimas. A Arthur le resulta un poco violento ver llorar a un chico como ese, con su pelo teñido y su aspecto de tipo duro. Puck saca el móvil del bolsillo y aprieta un par de botones. Busca en llamadas recibidas.

—Las cinco y cuarenta y tres de la tarde —dice. Y después le enseña la pantalla a los dos agentes. El nombre que aparece junto a la hora es MaryAnnLove, así, todo junto.

—¿Te dijo dónde estaba?

—Hizo un comentario sobre el uniforme de las chicas de Miss Sandie —asegura Puck, recordando—. Así que debía estar ya en la avenida Wilson.

Miss Sandie es una escuela situada en la esquina entre Center Road y la avenida Wilson, a cuatro minutos andando del Burger Henry's. Arthur mira a Jeremy, consternado. Quien fuera el que se llevó a Mary Ann, lo hizo en medio de la avenida Wilson, a plena luz del día.

Arthur coloca un acusador dedo índice sobre el pecho de Puck.

—Lárgate, chico. Pero más te vale deshacerte de esas plantas de marihuana, porque el día menos pensado me pasaré a hacerte una visita y si siguen en tu terraza te juro por Dios que te meteré entre rejas. ¿Queda claro?

Puck asiente. Arthur le ve tragar saliva. Le extraña que el chico no se mee encima de miedo. Arthur mira su reloj. Son las doce menos cuarto.

A las doce y cinco minutos, Jeremy detiene el coche patrulla en el cruce entre la avenida Wilson y Sierra Vista, a medio camino entre Miss Sandie y el centro comercial The Square. Ambos agentes descienden del coche y observan la avenida, hacia un lado y hacia el otro.

—Jefe.

Arthur mira a Jeremy. Está señalando hacia arriba. Arthur mira en la dirección que le indica. Sobre el semáforo que regula el tráfico en el lugar donde se encuentran hay una pequeña bola blanca. La avenida Wilson se estrecha en esa zona y la gente no solía obedecer las normas de velocidad, lo que había llevado a levantar un badén que obligara a frenar a los vehículos, a poner un semáforo que regulara el paso y, como broche de oro, una cámara que grabara las posibles infracciones de tráfico. Solo que el ayuntamiento no había colocado una cámara cualquiera, sino una de nueva generación, que en realidad se encontraba en pruebas. Eso era la bola blanca y, a menos que supieras lo que era, nadie diría que se trataba de una cámara.

Arthur siente la descarga de adrenalina al instante. Toda la frustración y la desidia que le había invadido al saber que Puck era completamente inocente se convierte en esperanza en ese momento. Sabe que es muy posible que no encuentren nada, o que la cámara ni siquiera esté activa aún, pero también es posible que sí lo esté.

—Averigua si esta cámara está en activo —ordena—. Ya.

Jeremy se lanza de cabeza al interior del coche, hacia la radio. Arthur le oye contactar con Meredith. Observa la pequeña bola blanca y se descubre a sí mismo rezando en silencio, pidiéndole a la bola blanca que esté activada y haya captado lo que fuera que le ocurriera a Mary Ann Conway.

Gira la cabeza para observar la avenida Wilson mientras espera. No hay demasiado tráfico.

A las tres menos veinte de la tarde, un funcionario de aspecto anodino y aburrido les muestra las imágenes correspondientes a la avenida Wilson del día anterior, a partir de las cinco y cuarenta. Después, el funcionario se echa atrás mientras los agentes Arthur, Jeremy y Jerry se inclinan sobre la pantalla, observando expectantes.

Jerry se ha unido a ellos después de haber sido portavoz de las malas noticias con el matrimonio Conway. Cuando Arthur le preguntó cómo había ido, el rostro de Jerry había sido suficiente para explicar lo desagradable que había resultado la situación.

—Ambos están destrozados —había dicho Jerry—. Cynthia ha roto a llorar y hemos tenido que darle un valium porque le ha entrado un ataque de angustia.

—¿Cómo se lo ha tomado JT?

—Nada bien. Dudo mucho que recupere su sonrisa pronto.

Nada que sorprendiera a Arthur. Por lo general, la gente que recibe una noticia así, muere por dentro de una forma casi imposible de revivir. Ahora, los tres agentes observan la pantalla donde la imagen en blanco y negro muestra los coches que pasan en una y otra dirección. Jeremy alza el brazo y señala una esquina.

—Allí. Esa es Mary Ann.

Arthur observa la hora que marca la cinta. 17:45. Mary Ann camina por el lado derecho de la avenida, con una mochila colgada del hombro izquierdo. Los tres agentes contienen la respiración. Si la chica atraviesa el plano y fue secuestrada más adelante, no podrán verlo. Impotentes, miran cómo Mary Ann avanza inexorablemente hacia el lugar donde un depravado la arrancará del mundo.

Jerry suelta un gemido al ver una furgoneta detenerse en el arcén, a unos diez metros del lugar en el que se encuentra la chica. Jeremy se lleva la mano derecha a la boca. Arthur se da cuenta de que está apretando el puño con tanta fuerza que se está haciendo daño en la palma de la mano.

La puerta de la furgoneta se abre. Mary Ann está a tres metros.

No pueden oírlo, pero el hombre hace un gesto con la mano, llamando la atención de la chica. Mary Ann se detiene y mira al conductor de la furgoneta. Los tres agentes de policía la ven sonreír y asentir con la cabeza. Aún puede ser alguien preguntando una dirección que se aleje sin más, pero Arthur siente el latido de su corazón en el pecho diciéndole que no. Siente ganas de gritarle a esa niña que se encuentra en el video que no se acerque a la furgoneta, que se dé la vuelta y salga corriendo de allí.

Mary Ann se acerca a la furgoneta. Habla durante unos segundos con el conductor, que aún sigue en el coche. Entonces, Mary Ann gira medio cuerpo y señala hacia delante y después a la izquierda, claramente dando indicaciones sobre cómo llegar a algún sitio.

Y entonces ocurre.

Con un gesto veloz, el hombre rodea con el brazo el cuello de la chica y le inyecta algo en el brazo. Mary Ann se desvanece, pero el hombre no la deja caer al suelo.

Con una mano abre la puerta trasera de la furgoneta y con la otra, empuja a la chica al interior. Apenas transcurren unos segundos antes de que vuelva a estar sentado tras el volante y acelere.

—Detenga la cinta —ordena Arthur al funcionario.

El hombre obedece. Jeremy copia el número de la matrícula en una libreta. Arthur mira fijamente a la pantalla.

—Ya te tenemos, hijo de puta.

La furgoneta resulta estar registrada a nombre de Logan Kane. A las cuatro y cuarto de la tarde, Arthur pasea de un lado a otro de la comisaría esperando la llamada que les permita atrapar al asesino de Mary Ann. Para entonces, ya conocen la identidad del conductor de la furgoneta e incluso disponen de una fotografía que Arthur ha mirado fijamente hasta aprenderse de memoria cada rasgo del señor Kane.

Es un hombre de treinta años, delgado pero en forma, atractivo. De rostro ovalado, su sonrisa perfecta resalta en su cara, tiene los ojos marrones y el pelo peinado hacia la izquierda. Saben que trabaja como vendedor de seguros a domicilio, y Arthur entiende que esa sonrisa y esa expresión de absoluta seguridad, no son más que la fachada tras la que se esconde el monstruo, un tipo capaz de convencerte para que compres un helado en el Polo Norte.

Jerry ha buscado sus antecedentes, pero Logan Kane no parece tener ninguno. Un hombre completamente limpio a ojos de la ley. Apenas una multa por aparcamiento sin pagar, todas las cuentas y facturas en orden.

Jeremy descubrió hace tres cuartos de hora que el día anterior, Logan Kane estuvo en un pequeño motel situado en la 101, pero salió de la habitación esa misma mañana. Después, el agente se había puesto en contacto con la empresa para la que trabajaba Logan. Habían prometido volver a llamar en cuanto supieran algo.

El teléfono suena. Arthur se da la vuelta y lo mira, expectante. Meredith responde y escucha un momento antes de mirar a Arthur y tenderle el teléfono. Arthur se acerca y lo coge.

—Arthur Newton.

—Señor Newton. Le llamo de Seguros Thompson respecto a la petición de información que nos han solicitado.

—¿Sabe dónde se encuentra Logan Kane?

—Según nuestra hoja de ruta, el señor Kane debería encontrarse en el motel Rafael Inn, en San Rafael. ¿Puedo preguntarle si el señor Kane está en problemas?

—Se trata de un asunto confidencial, señor, no puedo responderle. Le agradezco la información y le pido que, de momento, no se ponga en contacto con el señor Kane para advertirle bajo riesgo de ser acusado de un delito de obstrucción a la justicia.

—Descuide, no lo haré.

—Gracias.

Arthur cuelga el teléfono y se gira para mirar a Jeremy y Jerry. Ambos le observan como cachorros esperando que les sirvan la comida en el plato.

—Vamos —dice—. Meredith, avisa a San Rafael y diles que se pongan en contacto conmigo y se preparen para enviar refuerzos al Rafael Inn.

Logan Kane está tumbado en la cama de la habitación 51 del Rafael Inn, mirando la televisión con gesto aburrido. Están emitiendo una película del Oeste, pero la verdad es que Logan no está prestando mucha atención. Porque Logan está pensando en Mary Ann Conway.

El golpe que abre la puerta de la habitación le sobresalta y le hace caer de la cama. Siete agentes de policía entran gritándole y ordenándole que se quede tumbado, apuntándole con sus armas reglamentarias y Logan se queda en el suelo, estirando las manos para que vean que están vacías.

Le esposan y le obligan a levantarse tan rápido que incluso se marea un poco. Arthur Newton se le acerca, igual que se acercó unas horas atrás a Puck Wellington, y le advierte de que está detenido por el asesinato de Mary Ann Conway. Y los ojos de Logan se abren como platos, mirando al anciano jefe de policía.

—No sé de que habla. No conozco a ninguna Mary Ann Conway.

Arthur siente ganas de golpear al hombre en la mandíbula, de destrozarle la cara a puñetazos, porque su intuición le dice que la mirada de perplejidad de Logan Kane es pura fachada, una actuación digna de Oscar. Y eso le revuelve aún más las tripas. Arthur acerca su rostro al de Logan.

—Te tenemos grabado en video.

Logan y Arthur se miran a los ojos. Entonces, la expresión de Logan cambia, y a su rostro asoma una sonrisa de suficiencia, de altivez.

—Me gustaría ver cómo demuestras que fui yo.

Logan sonrío, mostrando todos los dientes de esa sonrisa perfecta y luminosa y Arthur levanta el puño para golpearle, movido por la ira que siente en su interior, pero Jeremy le agarra de la muñeca antes de que lo haga.

—Déjelo, jefe. Es exactamente lo que él quiere.

Arthur resopla, y el sonido es similar al que haría un caballo. Logan sigue sonriendo, con chulería. Arthur se acerca a él hasta que sus rostros están a milímetros el uno del otro.

—Escúchame bien, hijo de puta —dice, con los dientes apretados con furia—. Porque voy a encargarme personalmente de que te condenen a la silla eléctrica por lo que le has hecho a esa niña. Y haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que sea así. Antes se levantarán los muertos del suelo que dejar que vuelvas a hacerle esto a nadie, ¿me oyes?

Y sí, Logan Kane le oye. Y probablemente, si Arthur Newton fuera consciente de lo que ocurre en Castle Hill, tal vez habría cambiado su última frase.

**I**

**Radisson Hotel**



# 1

Hola. Sabía que volveríamos a vernos.

Supongo que me recuerdas igual que yo te recuerdo a ti. Buscadores de historias, eso somos y así nos conocimos. Y si estás aquí es porque quieres ver, igual que yo, y puedo guiarte y mostrarte todo lo que ocurra de aquí en adelante, porque eso es lo que hago. Te tiendo la mano, te doy la opción, sígueme y te mostraré los recovecos más oscuros e íntimos de lo que está a punto de empezar.

La última vez que nos vimos estábamos en Castle Hill y fuimos testigos de primera mano de la hecatombe que se produjo en ese pequeño e idílico pueblo por culpa de un militar con ansia de fortuna. Aquel hombre, no sé si lo recuerdas pero se llamaba Harvey Deep, fue el culpable de la liberación del virus conocido como el Cuarto Jinete.

Concebido como un arma, el mortífero virus tiene la capacidad de provocar que los muertos se levanten convertidos en zombies ansiosos de carne humana. Los has visto actuar, sabes lo incansablemente insaciables y voraces que son. Probablemente, el doctor Kurt Dysinger, uno de los responsables de la creación del Cuarto Jinete, te diría que se trata de la creación más atroz y terrorífica del ser humano. Y, bueno, creo que ni tú ni yo podríamos negar la evidencia.

Apenas un mordisco o un rasguño de uno de esos seres se convierte en una sentencia de muerte. Si te infectan, perderás poco a poco las fuerzas, sentirás fiebre y náuseas y te apagarás como se apaga una radio al quedarse sin pilas. Acabarás cerrando los ojos mientras tu corazón deja de latir y tus pulmones de bombear aire, pero un momento después, abrirás de nuevo los ojos y gruñirás, incapaz de volver a comportarte como un ser humano porque serás más animal que humano, y tu única obsesión será consumir la carne de los que aún queden vivos. De hecho, ni siquiera serás tú para entonces porque estarás muerto.

Tú no tienes por qué preocuparte, por supuesto. Mientras estés conmigo no puede pasarte nada, y oye, te recomiendo que no te alejes demasiado. Seremos meros espectadores y ni siquiera notarán que estamos ahí. Es como tener un asiento en primera fila para contemplar la obra más horrible que puedas concebir. Estás en el lugar donde la sangre te salpicará, la fantasía de un buen *voyeur*.

A los zombies les mueve únicamente su hambre, su ansia desmedida. Uno o dos pueden resultar fáciles de esquivar, o incluso de matar, aunque debes apuntar a la cabeza, porque es lo único que les frenará del todo, pero cuando se encuentran en grupo, y por desgracia, su búsqueda de carne humana les lleva a agruparse, más te vale correr más rápido que ellos.

Ya lo sabes, todo comenzó en Castle Hill. En apenas un día el pueblo fue casi borrado del mapa por estos muertos vivientes. El ejército respondió a tiempo y rodeó el pueblo para impedir que la infección se propagara. El presidente de los Estados Unidos, a pesar de las presiones por parte de algunos de sus consejeros más cercanos

que le instaban a borrar de forma expeditiva el pueblo de Castle Hill del mapa utilizando una bomba, aprobó una incursión en busca de supervivientes.

¿Recuerdas al coronel Trask? El hombre que parecía sacado de una de esas películas protagonizadas por Schwarzenegger en los últimos veinte años del siglo xx, con su corte de pelo marcial y sus músculos a punto de reventar el uniforme. Él y su grupo de operaciones especiales entraron en Castle Hill buscando supervivientes. Fueron la cabeza de la ola que barrió Castle Hill acribillando a los muertos vivientes y limpiando el desastre.

Y pudieron haberlo conseguido. Estuvieron, como quien dice, a punto de lograr detener el desastre, pero en las notas de Kurt Dysinger acerca del virus, su virulencia y las vías de contagio se mencionaba la sangre y las heridas producidas por uno de los infectados. Resulta curioso, ¿verdad? En las notas del doctor Dysinger no se menciona en ningún sitio la palabra zombie. Habla de muertos que reviven, explica las causas, la forma en que funciona el virus, de su mortalidad, de los terribles efectos y su potencial peligrosidad, pero nunca utiliza la palabra zombie. Creo que el imaginario popular descalifica cualquier informe médico.

Aunque debemos darle un crédito a la gente del gobierno que actuó con absoluta celeridad y sin plantearse la posibilidad de que los efectos descritos por el doctor Dysinger en su informe fueran absurdos. De haberlo hecho, de haber existido la más mínima duda en algún punto del camino entre la primera información y la decisión de sitiar Castle Hill, seguramente la contención habría sido imposible.

Al principio, los supervivientes fueron llevados a uno de los campamentos que los militares instalaron a las afueras de Castle Hill durante la crisis. Allí se les examinó y se les obligó a pasar por un proceso de desinfección. Se quemaron sus ropas y todo lo que pudiera haber estado en contacto con la sangre de los infectados, se les dio de comer y se les proporcionó nueva vestimenta. En todo momento, se siguió el protocolo marcado por el equipo del doctor Dysinger en su informe.

Durante los momentos de alegría y euforia que siguieron al fin de la crisis, cuando ya se sabían supervivientes, nadie pensó en la posibilidad de que alguno de ellos estuviera infectado pero aún no mostrara los síntomas. Porque nadie se había planteado la posibilidad de que alguien pudiera estar infectado sin haber sido mordido o herido.

Mientras en Novato, a más de seiscientos kilómetros al norte, el jefe de policía Arthur Newton encerraba en una celda a Logan Kane y cerraba la puerta, el teniente Harrelson, a cargo del campamento militar donde los supervivientes habían sido agrupados, dio la orden para que el primer camión se pusiera en marcha. En él viajaban algunos de los supervivientes de la crisis de Castle Hill, y el resto no tardaría en seguirles. La idea era llevarles al Radisson Hotel, en Los Ángeles, y mantenerles allí por esa noche para dar tiempo al presidente a preparar una rueda de prensa que se daría al día siguiente, en cuanto amaneciera en Washington, y donde se explicaría lo ocurrido en Castle Hill.

A ninguno de los supervivientes le pareció mal. Te aseguro que todos ellos se sienten tan felices de haber sobrevivido como exhaustos por lo agotador y tenso que había resultado el día, y la idea de tumbarse en una cama a dormir antes de volver a vivir como personas normales y corrientes les parece maravillosa a todos ellos.

Y ven, entra conmigo al camión en marcha. Mira, ahí está sentada Zoe. Tal vez la recuerdes. Trabajaba como recepcionista en la comisaría y es una mujer de aspecto maternal y sonrisa sempiterna, amable y agradable. Se ha quedado dormida en cuanto se ha sentado y el camión se ha puesto en marcha. No podemos culparla por ello.

También se ha quedado dormida Paula, la niña de seis años de pelo castaño cuya cabeza descansa sobre las piernas de Mark Gondry. Puedes ver cómo Mark, a pesar de su aspecto cansado, de las ojeras y su clara extenuación, acaricia con suavidad paternal el pelo de la niña. Mark se encontraba en Castle Hill cuando estalló la epidemia por casualidad. Su trabajo como redactor de un pequeño periódico local le había llevado al pueblo para entrevistar al campeón de un torneo de dominó de carácter mundial. Nunca llegó a hacerlo. Encontró a Paula perdida en las calles del pueblo y se hizo cargo de ella cuando los muertos empezaron a atacar a todo el mundo. Entre ellos se creó un poderoso lazo de amor y dependencia.

Junto a Mark está sentada Verónica Buscemi, tan hermosa como ha sido siempre, incluso con el mono azul que les proporcionó el ejército. El inicio de la epidemia se cebó con los miembros de la policía, bomberos y sanitarios, que fueron diezmados en los primeros y violentos minutos. Verónica trabajaba como bombero en Castle Hill, aunque a nadie le habría extrañado que dijera ser modelo. A nosotros, desde luego, nos habría parecido perfectamente normal, porque basta un vistazo a su cuerpo para darse cuenta de que te encuentras frente a una mujer diez. Su melena rojiza recuerda al fuego, y su carácter es duro como el más duro de los hombres.

Verónica está despierta, pero cabizbaja y en silencio. Resulta curiosa la calma reinante en la parte trasera del camión, solamente rota por el sonido rugiente del motor.

Por si te lo preguntas, Verónica está pensando en su compañero Terence, por el que al final de la crisis se descubrió teniendo sentimientos. Es improbable que llegue a llorar, porque Verónica es una mujer fuerte, pero puedes estar seguro de que le duele pensar que pudo hacer algo para salvar a Terence y no lo hizo. Aunque no tenga razón. En muchas ocasiones, basta que la mente lo crea para que algo sea real.

Al otro lado de Verónica está sentado Richard Jewel, también conocido por ser el borracho oficial de Castle Hill, un hombre por el que nadie habría apostado como uno de los supervivientes del infierno que se desató por la mañana en el pueblo, pero al que una serie de decisiones inteligentes y una pizca de suerte le llevaron a sobrevivir sin demasiados problemas.

Junto a él tenemos a Aidan Lambert, el excéntrico propietario de la fábrica papelera de Castle Hill. Aidan Lambert es una de esas personas sobre las que se podría escribir un libro entero, ya lo creo que sí. Uno se puede hacer muchas

preguntas sobre Aidan Lambert, entre ellas, si lo más importante para él es el dinero o las mujeres. Si recuerdas, el señor Lambert es un reconocido putero. Pero también es un hombre que no se empequeñece ante los problemas y saca fuerzas de lo más hondo de su ser para enfrentarse a ellos y desde el principio se mostró dispuesto a hacer frente a la horda de muertos que les perseguían.

Pero de entre todos los que viajan en este primer camión con rumbo a Los Ángeles hay alguien que nos interesa por encima de todos ellos. El joven Jason Fletcher descansa, sin llegar a dormir, abrazado a su tía Eliza, a la que nunca ha tenido verdadero cariño pero, hoy por hoy, es lo único que le queda.

Jason Fletcher, el joven de pelo largo que normalmente viste con ropa oscura y chaquetas de cuero, que fue acusado de incendiar una granja y herir de gravedad al matrimonio que residía en ella, es en estos momentos la persona más importante del camión, porque Jason Fletcher cuidó de su novia hasta el final. Carrie resultó mordida y Jason la acompañó hasta el último momento. Carrie estaba infectada, y mientras se despedían para siempre, ambos se besaron, con toda la pasión de jóvenes amantes que se saben en una situación sin solución, que saben que el destino les separará para siempre y deben aprovechar la ocasión que les brinda para despedirse. Y aunque ninguno de ellos sabía que fuera posible, así como tampoco lo sabía el doctor Dysinger o los militares que se encargaron de inspeccionar a los supervivientes, aquel intercambio de saliva convirtió a Jason Fletcher en una bomba humana, en el nuevo paciente cero.

Mírale, con la cabeza apoyada en el hombro de Eliza, moviéndose incómodo, buscando una postura mejor, sin saber que será el causante de la mayor tragedia vivida por el mundo.

Con el desastre en su interior, el camión militar prosigue su camino hacia Los Ángeles a ciento cuarenta kilómetros por hora bajo el cielo oscuro y una noche libre de nubes en el que las estrellas empiezan a brillar ajenas a lo que ocurre en el planeta azul, o tal vez, demasiado conscientes de que era cuestión de tiempo que el hombre acabara destruyendo su propio mundo.

## 2

El Radisson Hotel es un edificio de diez plantas y fachada gris situado junto a la Universidad Southern California y el Museo de Historia Natural de Los Ángeles, cerca del centro de la ciudad. La autopista 110 pasa relativamente cerca, tanto que en algunas habitaciones se puede escuchar el rumor del tráfico incluso con las ventanas cerradas.

El camión militar toma la salida de la autopista y cruza junto a un grupo de estudiantes que se ríen de algo que tan sólo ellos han escuchado. Después gira a la derecha y se acerca a la puerta del hotel. Al detenerse, Jason abre los ojos y mira alrededor, desorientado.

Por un momento, le parece que lo ha soñado todo, que Carrie sigue viva, que los muertos no se levantan y que él está en la parte trasera del coche patrulla que le lleva a prisión. Luego ve a su tía Eliza junto a él, abrazándole con gesto amoroso. Jason no recuerda que su tía Eliza haya hecho eso nunca en su vida. Y más allá, ve a Mark abrazando a Paula, que parece igual de desorientada que él mismo.

Ver a Mark le resulta igual de doloroso que un golpe en el estómago porque supone que todo lo que ha ocurrido ha sucedido de verdad. Jason baja la mirada hacia sus manos. Aunque se las ha lavado, a él le parece sentir aún la sangre de Carrie que saltó despedida hacia él cuando le partió el cráneo con una piedra.

Una lágrima amenaza con escapársele del ojo derecho, y Jason la fulmina con un manotazo furioso.

Dos soldados abren la lona que cubre la parte trasera del camión y les indican que pueden bajar. El primero en saltar a la calle es Aidan Lambert. Después, estira los brazos por encima de la cabeza y la mueve hacia un lado y otro. Mira a su alrededor. Algunas personas que caminan por la calle les miran. Es fácil adivinar que se preguntan qué hace allí ese camión militar y quiénes son las personas que bajan de la parte trasera vestidas con monos azules.

Aidan se da la vuelta y ayuda a Paula a bajar al suelo cogiéndola de la cintura.

—En recepción les darán las llaves de sus habitaciones —dice uno de los soldados—. Y si alguno sigue teniendo hambre, el restaurante estará abierto para ustedes.

Mark se agacha junto a Paula y le coloca el pelo por detrás de la oreja.

—¿Tienes hambre, Paula?

Paula mira su reloj de Mickey Mouse.

—Ya tendría que estar en la cama —responde, haciendo un mohín con los labios.

—Podemos hacer una excepción —le asegura Mark, cogiéndola de la mano.

—Prefiero dormir. Estoy cansada.

Mark sonrío y le da un beso en la frente.

—Si quieres que te diga la verdad, yo también. Estoy exhausto.

—¿Sausto?

—Exhausto —le corrige Mark—. Significa muy, muy, muy cansado.

Mark se incorpora y echa a andar hacia el hotel con Paula de la mano. El resto de supervivientes que viajan en ese primer camión les siguen. Y puede que ellos, presa del agotamiento físico y mental no caigan en la cuenta, pero nosotros sí lo hacemos. Si miras más allá de la entrada del hotel verás cuatro militares, aparentemente relajados, pero cuya verdadera función es vigilar que a ninguno de los supervivientes le dé por desobedecer e intentar dejar el hotel. En realidad, no se esperan problemas, pero alguien decidió, de forma lógica, que más vale prevenir que curar.

Mark llega hasta el mostrador, donde otro soldado le sonrío de forma amable y se dirige al recepcionista para indicarle que ese es el grupo de gente que estaban esperando. El recepcionista les observa, claramente extrañado. En realidad, nadie le ha explicado nada sobre quién es la gente a la que debe alojar en el hotel. Le han ordenado que lo haga y él obedecerá. A fin de cuentas, ese es su trabajo y lo único que le importa es que pase el tiempo hasta las doce, cuando le relevarán y podrá irse a casa.

—Habitación 351 —dice, colocando una llave sobre el mostrador.

Verónica coge la llave y se la entrega a Mark.

—Que tengáis buena noche —dice, sonriendo a Paula. Después, mira a Mark, que le devuelve la sonrisa con gesto cansado.

—353 —dice el recepcionista, entregando otra llave.

Verónica la coge.

Detrás de ella, Richard Jewel se inclina hacia Aidan Lambert.

—Lambert, yo voy a tomarme una copa en el restaurante. ¿Te apetece ser mi compañero de batalla?

Lambert observa la nueva llave que el recepcionista ha colocado sobre el mostrador. La coge y mira a Richard, que enarca una ceja. Aidan suspira y le entrega la llave a Zoe.

—Que duermas bien, Zoe.

—¿Y tú, chaval? —pregunta Richard, mirando a Jason—. ¿Te apetece una ronda de buen *whisky* escocés a cuenta del Tío Sam?

Jason tiene los ojos hundidos, con ojeras marcadas. Si pudiéramos tocarle la frente tal vez aún no notáramos nada, pero puedes apostar a que ya tiene unas décimas de fiebre.

—Tengo el estómago revuelto —responde.

—Nos vamos a dormir directamente —asegura Eliza, pasando el brazo por la cintura de Jason de forma protectora.

Richard se encoge de hombros y mira al soldado que está junto al mostrador. Antes de que abra la boca para preguntarle, el soldado levanta el brazo y señala una puerta a la derecha.

—El restaurante está allí.

—Gracias —responde Richard, llevándose la mano a la frente, en una especie de

saludo militar que no sale como debiera.

Aidan resopla detrás de él. Podemos ver que incluso reprime una risa antes de empujar con suavidad la espalda de Richard y avanzar hacia la puerta del restaurante.

—¡Esta noche pienso cogermela una cogorza de puta madre! —grita Richard, alzando un puño—. ¡Me lo he ganado, joder!

Junto al mostrador, el soldado se muerde los labios para evitar reírse, mientras el recepcionista frunce el ceño, completamente desorientado.

### 3

Mark introduce la llave en la puerta de la habitación. Verónica cruza detrás de él, en dirección a la habitación 353. Mark gira la cabeza para mirarla, y Verónica le devuelve la mirada. Puedes estar seguro que en las miradas que cruzan esta noche los supervivientes de Castle Hill hay más información que en muchos libros de texto. Son las miradas que sólo pueden entender aquellos que han pasado por la misma experiencia traumática y saben que nadie más que ellos podrá comprender jamás.

Paula entra en la habitación. Mark la sigue y cierra la puerta a su espalda. Observa el interior, pintado de un color blanco grisáceo, completamente funcional. Hay dos camas, dos mesitas de noche, un escritorio, una silla, un televisor y un armario. Junto a la entrada hay otra puerta, que lleva al cuarto de baño. Al fondo, una ventana con cortinas azules que en ese momento están cerradas. No puede evitar recordar que estuvo a punto de morir en una habitación muy parecida a esa, y que fueron Verónica y Terence los que le salvaron. Parece que ha pasado una eternidad desde entonces.

—¿Tengo que dormir con esto? —pregunta Paula, contrariada.

Mark observa el mono azul que a Paula le queda grande. Se encoge de hombros.

—Eso parece, preciosa.

Paula se acerca a la cama y la toca con la punta de los dedos. Se gira para mirar a Mark.

—En casa tengo muchos pijamas. Me gusta dormir con pijama.

Mark asiente. Se deja caer sobre la cama, sentado.

—Tengo uno de Hello Kitty —dice la niña—. Ese es mi preferido. Es rosa y hay muchas Kittys pequeñas por todo el pijama. Mi papá dice que es ñoño. No sé qué significa ñoño, pero a mí me gusta mucho. Me lo compró mi mamá.

Oyendo hablar a la niña, Mark siente como si una garra invisible le apretara el estómago. Se da cuenta de que las lágrimas empiezan a asomar a los ojos de la niña. Extiende las manos hacia ella y la abraza.

—Echo de menos a mamá y papá —dice.

—Ya lo sé.

Mark le da un beso en la frente y le limpia las lágrimas con el dedo índice. Paula intenta sonreír.

—Mañana mismo saldremos a comprarte todos los pijamas que quieras, ¿de acuerdo? Y después, nos tomaremos un helado gigante. Conozco una heladería fantástica. ¿Cuál es tu sabor de helado favorito?

A Paula se le iluminan un poco los ojos al escuchar eso.

—¡Chocolate! —responde, como si tuviera que ser obvio.

—Jamás has visto un helado de chocolate tan grande como el que nos vamos a comer mañana! —asegura Mark—. Ya lo verás.

Paula abraza a Mark con fuerza y él le devuelve el abrazo.



—¿Podemos juntar las camas? —pregunta ella, con la cara hundida en el pecho de él.

—¡Por supuesto! —asegura Mark—. Si no lo hacemos, voy a pasar miedo por la noche.

Paula suelta una carcajada y se separa para mirarle. Mark asiente y le da un beso en la mejilla. Después se levanta, aparta la mesita de noche central y empuja una de las camas para juntarla a la otra.

—¡Mucho mejor así! —dice, y Paula se vuelve a reír—. ¡Y ahora, a dormir!

Paula se lanza sobre la cama y se mete entre las sábanas. Mark la arropa y le da otro beso en la mejilla. A la niña ya se le empiezan a cerrar los ojos. Mark se queda sentado junto a ella, observándola, hasta que la respiración de Paula se vuelve regular. Después se levanta y entra en el cuarto de baño.

Al mirarse en el espejo, Mark no se reconoce del todo. Jamás se ha visto con un aspecto tan agotado en toda su vida. Se acerca a la bañera, abre el grifo de agua caliente y empieza a desnudarse. El contacto del agua caliente sobre su piel le resulta relajante. Mark cierra los ojos e intenta olvidarse de todo y concentrarse únicamente en el agua que cae sobre él. Se pregunta si debería llamar a Karen. No es que tengan una relación muy importante, apenas un lío con una compañera de trabajo, pero durante todo el día, Mark supone que debido a Paula, Mark ha pensado en varias ocasiones en lo que uno espera de la vida. Sabe que quiere a Paula, ya la considera su hija, y se pregunta si a Karen le gustaría ser parte de esa familia. Se promete a sí mismo que la llamará al día siguiente sin saber que nunca cumplirá esa promesa.

Mark apoya un puño en la pared y empieza a llorar lágrimas de agotamiento que se mezclan con el agua de la ducha y se fugan por el desagüe. Lloro durante un rato, dejando salir toda la tensión que ha vivido durante el resto del día, hasta que la piel empieza a arrugarse por efecto del agua.

Después, sale de la ducha, se seca y vuelve a ponerse el mono azul antes de meterse en la cama. Prácticamente se queda dormido en cuanto su cabeza toca la almohada.

Cuando despierte, el mundo volverá a estar patas arriba.

Jason se deja caer en la cama. Sólo lleva puestos los calzoncillos. Su rostro no refleja el dolor por la pérdida sufrida que realmente siente, pero es la viva imagen de la extenuación. Eliza se sienta en la cama junto a él.

—Tienes que ser fuerte, Jason —le dice.

Y él no contesta, pero puedo asegurarte que desea que su tía deje de hacer eso de intentar comportarse como si ambos formaran una unidad familiar unida y amorosa.

—¿Quieres que recemos por tu madre y por Carrie?

La sólo mención de Carrie le devuelve la imagen de ella al despertar de la muerte, de sus ojos vidriosos y sin vida y el alarido hambriento que lanzó extendiendo los brazos hacia él antes de que le rompiera el cráneo con una piedra. Jason cierra los ojos y se gira en la cama, dándole la espalda a Eliza. Aprieta los puños y la mandíbula para evitar que el llanto le desborde.

—Rezaré de tu parte también —susurra la mujer, antes de levantarse.

A Jason le gustaría responderle que no quiere que nadie rece por él a un dios que ha permitido que ocurra algo como lo de Castle Hill, a un dios que ha permitido que alguien como Carrie, tan pura e inocente, muera de una forma tan horrible. Ambos sabemos que Jason cree que él merecería morir, pero de ninguna manera puede entender que Carrie fuera la que lo hiciera.

Aunque todos sabemos quién tuvo la culpa de eso. Nosotros lo sabemos. Jason lo sabe. Todos vimos cómo Brad Blueman la hacía caer mientras él huía. Y Jason ni siquiera quiere pensar en Brad Blueman porque sabe que si lo hace es muy posible que algo en su cabeza haga clic y se levante para buscarle y estrangularle con sus propias manos. Bien sabemos que a Jason le gustaría hacerlo.

Y sí, Jason no quiere que nadie rece en su nombre a un dios que permitió que Brad Blueman saliera con vida de Castle Hill.

Cierra los ojos, intentando apartar de su mente el nombre del periodista. Intenta recordar a Carrie, su mirada ensimismada sobre él, su sonrisa, con ese hoyuelo que se le formaba en la comisura de los labios. Jason se queda dormido pensando en ella. Los últimos segundos del Jason consciente los pasa pensando en la única chica a la que ha amado en su vida y por la que habría hecho cualquier cosa. Después, se sume en un sueño del que ya no despertará como Jason Fletcher. Si Eliza le tocara la frente podría notar el antinatural calor que desprende, pero Eliza termina de rezar, agachada a los pies de la cama, y después se tumba a dormir, ajena a lo que ocurre a menos de un metro de ella dentro del cuerpo de su sobrino.

Regresemos al restaurante del hotel, donde Richard Jewel rellena su vaso por segunda vez ante la atónita mirada del camarero que les ha llevado la botella y que se ha retirado a la barra, y ante la no tan atónita mirada de Aidan Lambert. Conoce de sobra la reputación de su compañero de batalla.

—Brindemos —dice Jewel, alzando su vaso.

Aidan le imita y sus vasos se rozan antes de que cada uno se lo lleve a los labios. Aidan da un sorbo, cuidadoso de acuerdo a los modales que por lo general suele exhibir. Richard, sin embargo, inclina el vaso y vierte el contenido en su garganta. Podríamos decir que también lo hace de acuerdo a los modales que suele exhibir.

—¿Alguna vez habíamos hablado antes de hoy? —pregunta Richard, volviendo a dejar el vaso en la mesa y mirando a Aidan.

—Nunca.

—Estábamos en estratos sociales diferentes, ¿eh?

Richard se ríe de su propia broma. Aidan sonrío y se encoge de hombros.

—Soy un hombre ocupado —dice. Después, lo piensa un momento y se corrige—. Era.

—Y sin embargo, solíamos frecuentar sitios semejantes —comenta Richard, guiñándole un ojo.

Ambos hombres solían frecuentar el único bar de alterne de Castle Hill. Aidan asiente, recordando con cierta nostalgia a las dos prostitutas con las que se encontraba cuando los muertos empezaron a ponerse en pie. Aidan no suele ser un hombre sensible, y en realidad aquellas dos mujeres no le importaban realmente, pero se sorprende a sí mismo sintiendo algo semejante a la pena.

Da un trago al *whisky* para borrar el sentimiento.

—Te ves tan jodidamente raro con el mono azul —murmura Richard, que está llenando su vaso de nuevo—. Porque yo solía llevar uno en el taller y estoy como acostumbrado, pero en ti... se ve raro.

—Mataría por uno de mis trajes de Armani —asegura Aidan.

Richard asiente con la cabeza, comprendiendo lo que quiere decir el otro. Y durante un minuto, ninguno de los dos dice nada, con la mente vagando en lo que cada uno de ellos ha perdido.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta Richard, levantando la vista—. Castle Hill está muerto.

—Supongo que también podemos hacer que vuelva a la vida —dice Aidan—. Volver a hacer del pueblo lo que era. Porque a mí no me gustaría mudarme, la verdad.

—Llevará mucho trabajo.

—Sí. Pero se puede hacer.

Richard se encoge de hombros. En ese momento, la puerta del restaurante se abre, dejando paso a más de los supervivientes que acaban de llegar en el segundo camión.

Ahí está Patrick Flanagan, el único agente de policía que sobrevivió en el pueblo ya que fue retenido por los militares que sitiaron Castle Hill. A decir verdad, Patrick realmente no llegó a vivir el estallido de muerte que ocurrió en el pueblo. Pasó todo ese tiempo en el campamento militar, detenido. Extiende la mano hacia Richard y Aidan.

—¿Y los demás?

—Se han ido a dormir —responde Aidan.

—¿Te animas a una copita? —pregunta Richard.

Patrick se ríe y niega con la cabeza.

—Espero no tener que llevarte al calabozo esta noche —dice entre risas.

Richard también se ríe, aunque no puede evitar estremecerse al recordar el tiempo que pasó encerrado en una celda en la comisaría, rodeado de muertos que metían los brazos entre los barrotes tratando de agarrarle y creyendo que moriría allí, solo, con la única compañía de los apestosos seres que intentaban comerle vivo.

—Yo sí que me apunto.

El chico joven que pasa junto a Patrick es Gabriel, un asistente médico que fue retenido en el campamento junto a Patrick y otro grupo de hombres. Y más allá, en el recibidor esperando que les entreguen las llaves de las habitaciones que utilizarán, podemos ver a más gente que nos resultará conocida. Ven, demos un repaso a sus caras y nombres, refresquemos nuestra memoria porque luego lo agradeceremos.

Ahí está Stan Marshall. ¿Le recuerdas? Era el dueño de un kiosko situado frente a la iglesia de Castle Hill, un hombre conocido por sus gruñidos y su legendario mal humor, que solía ser blanco de las bromas por parte de los críos que encontraban divertidos sus gruñidos. Junto a él se encuentra Ozzy, un hombre de pelo negro y rizado, latino de nacimiento pero afincado desde su infancia en Estados Unidos, lo que le convertía en tan americano como el que más, que sobrevivió haciéndose fuerte dentro del bar que regentaba cerca de los juzgados. Y Duck Motton, el conductor de ambulancia que compartió celda con Patrick y Gabriel. Y detrás de él, otros cuatro hombres cuyos nombres tampoco nos resultan demasiado importantes en este momento.

Pero hay alguien que atrae nuestra atención más que cualquiera de ellos. Cabizbajo, arrastrando los pies y deseando tener el poder de volverse invisible y desaparecer, se encuentra el periodista Brad Blueman. Entre las manos, sujetándola como si fuera un tesoro, lleva su cámara de fotos. Aún está convencido de que algunas de esas fotos podrían hacerle famoso y que podría escribir un libro con todo lo ocurrido en Castle Hill, tal vez un artículo que le acercaría al Pulitzer. Brad Blueman siempre ha tenido sueños de grandeza. Pero en su mente se libra una batalla. Por un lado, está el Brad Blueman que ansía la fama y el éxito, diciéndole que suba de inmediato a su habitación y llame a un editor, que asegure la venta y se olvide del resto de supervivientes. A fin de cuentas, dice este Brad Blueman, ninguno de ellos se ha preocupado jamás por él. Para ellos, Brad siempre ha sido ese tipo gordinflón

metomentodo del que se burlaban cuando creían que Brad no podía oírlos. Pero por otro lado, está el Brad Blueman que sabe que dos personas murieron en Castle Hill porque él las hizo caer para poder sobrevivir mientras los muertos se cebaban con ellas. La novia y la madre de Jason Fletcher. Y puede que se diga a sí mismo que lo hizo para sobrevivir, que era su única manera de lograrlo puesto que no se encuentra en forma y su físico le impide correr a la misma velocidad que los demás. Da igual que les diga que cualquiera habría hecho lo mismo. No importa que alguno de ellos lo haya hecho, eso él no lo sabe, pero sabe que da igual porque él sí lo hizo y todos lo saben. Y la humillación caerá sobre él.

El teniente Harrelson, que durante todo el día ha estado a cargo del campamento principal, pasa por detrás de Brad Blueman y se acerca a la puerta del restaurante. Se detiene junto a Patrick y le da un apretón amistoso pero igualmente viril en el hombro.

—¿Están todos bien? —pregunta, amable.

—Sí. Gracias por preguntar.

—De nada. Aprovechen la noche para descansar. Mañana será un día nuevo.

Patrick asiente y se dirige hacia el mostrador para recoger su llave. El teniente, sin embargo, se quita la gorra del uniforme y se acerca a la mesa donde Richard, Aidan y Gabriel ya están brindando, con sus vasos llenos. Harrelson deja la gorra sobre la mesa y les mira.

—Espero que no les importe tener compañía, señores.

—¡Por supuesto que no, maldita sea! —exclama Richard, riéndose y haciéndole un gesto al camarero para que les acerque otro vaso.

## 6

Duck y Patrick se despiden del resto y se quedan en el pasillo, junto al ascensor.

—¿Cómo les has visto? —pregunta Patrick.

—¿Quieres mi opinión personal o la médica?

—Ambas.

Duck se apoya en la pared. Ninguno de los dos hombres llegó a estar en peligro real en ningún momento. Ambos fueron capturados por los militares y retenidos en el campamento que se formó a la salida del túnel de acceso a Castle Hill, junto con Gabriel y otros hombres. Patrick y Duck siempre se han llevado bien.

—Personalmente, les veo bien. Satisfechos por estar vivos. Médicamente, creo que más de uno va a necesitar ayuda psicológica para superar los traumas que hayan sufrido en Castle. Jason es el más evidente.

—Ha perdido a su madre y tuvo que matar a su novia.

—A eso me refiero. Superar eso tiene que ser jodido. Pero no es el único.

Patrick asiente. Como agente de la ley que es, o era hasta esta mañana, a Patrick le duele no haber podido hacer nada. Todos sus compañeros han muerto a lo largo del día y lo único que ha podido hacer él es sentarse en el suelo de la celda que los militares construyeron para ellos, y esperar. Sabe que no es culpa suya nada de lo ocurrido, pero no puede evitar sentirse mal.

—En fin, que descanses, Duck.

—Igualmente.

Patrick y Duck se despiden con un apretón de manos, y el primero se mete en la habitación que le han dado. Es la última vez que se ven con vida el uno al otro, pero no tienen forma de saberlo.

Duck se queda en el pasillo un momento más, pensativo. Después, busca en el bolsillo la llave de la habitación y se dirige a la puerta. En ese momento, otra puerta se abre más allá. Duck gira la cabeza, con la llave aún en la mano. Zoe se asoma al pasillo.

—Hola —dice Duck.

—No puedo dormir.

Duck y Zoe se conocen desde hace tiempo. No llegaron a ser novios, pero sí tuvieron algo semejante a una relación. Se acostaron un par de veces, se llamaban y hablaban durante horas... ese tipo de cosas, ya sabes. Aquello duró un par de semanas y después, de la misma forma que ocurrió, desapareció. Nunca han vuelto a hablar del tema, y cuando coinciden en algún sitio no se tensa el ambiente como suele pasar cuando dos exnovios se encuentran. Tampoco se puede decir que se traten como amigos, pero desde luego no hay mal rollo entre ambos.

—Cada vez que cierro los ojos me parece escucharlos. Tú no lo viste, Duck, pero fue horrible.

—Puedo imaginármelo.

—No creo. Lo peor de todo era... que a muchos de ellos les conocía cuando estaban vivos. Era la gente con la que convivía día tras día.

—¿Necesitas hablar de ello? —Duck se guarda la llave en el bolsillo y se acerca a la puerta de Zoe.

—No. Lo que necesito es un trago.

Duck suelta una carcajada. Se lleva la mano a la boca, para tapar el sonido, pero llega tarde.

—Hay más gente abajo, en el restaurante. Están Lambert y Gabriel. Y el tipo ese que trabaja en el taller y que siempre tiene la nariz roja de alcohol. Nunca me acuerdo de su nombre.

—Richard.

—Richard, eso es.

Zoe se encoge de hombros. Se la ve abatida, y Duck le hace una caricia en la mejilla con el dorso de la mano. Zoe sonríe.

—¿Te vienes? La verdad es que agradecería tener alguien con quien hablar.

Duck le pasa el brazo por los hombros y se la lleva hacia el ascensor. Es Duck quien pulsa el botón de la planta baja. La puerta del ascensor se cierra con un clic sonoro que impide que ninguno de ellos oiga el ruido de algo al romperse contra el suelo dentro de una de las habitaciones. Y aunque lo hubieran oído, seguramente tampoco le habrían dado importancia. Te lo digo, ha sido una lámpara, una de esas que hay en todas las mesitas de noche del hotel, al caerse al suelo. La bombilla se ha hecho añicos, y ese ruido hace que Eliza abra los ojos, desorientada por el sueño. Es normal, porque la lámpara ha caído al suelo junto a ella, derribada por la mano de Jason.

Solo que ya no es Jason, porque el chico que se llamaba Jason Fletcher y amaba a Carrie Spencer, ha muerto hace un minuto.

Eliza se mueve en la cama, somnolienta y quedándose dormida de nuevo. Y entonces lo oye. Y nosotros también podemos oírlo. Suena como un perro amenazante, un gruñido que proviene de lo más hondo de una garganta. En condiciones normales, sería impensable asociar ese sonido a un ser humano, pero lo que hemos visto en Castle Hill, lo que esta gente ha vivido allí, se aleja de plano de lo que puedan considerarse condiciones normales.

Y Eliza se da cuenta de lo que ocurre, pero ya es tarde para ella. Abre la boca para gritar justo antes de que Jason se lance sobre ella y hunda sus dientes en la garganta de Eliza. Si las luces hubieran estado encendidas, habríamos visto la sangre salpicar toda la pared.

El exterminio ha comenzado.

Ven, acompáñame. Aprovechemos que nosotros podemos colarnos en las habitaciones a pesar de las puertas cerradas. Una de las dos paredes de la habitación donde Jason Fletcher acaba de matar a su tía Eliza, da a la habitación donde se hospeda el agente Patrick Flanagan. De haber escuchado el ruido producido por la lámpara al caer al suelo, así como los golpes, tal vez, y aquí debemos tirar de suposiciones, podemos imaginar que habría salido a investigar. Tal vez habría logrado frenar el desastre, o tal vez se habría convertido en una de las primeras víctimas. El caso es que nunca podremos saberlo, porque mientras Jason Fletcher devora la garganta de su tía, Patrick Flanagan se encuentra bajo el agua de la ducha, lo que le impide oír nada en absoluto.

La segunda de las dos paredes da a la habitación donde se encuentra Gary Stanton, pero aún faltan unos minutos para que eso resulte relevante para la historia. Ven, crucemos hacia la habitación 353.

Verónica está dormida, tapada hasta el cuello por la sábana del hotel, lo que es una verdadera pena, porque bajo esa sábana se encuentra completamente desnuda, como puedes comprobar si miras al suelo, donde toda su ropa ha sido abandonada allí donde ha caído. Su sueño es inquieto porque en él aparece Terence, el que fuera su compañero en el cuartel de bomberos, diciéndole que le han mordido y no hay nada que puedan hacer para salvarle. Pero eso es un sueño, y ella quiere ayudarle aunque no sabe cómo.

Dejemos a Verónica. El contraste entre su habitación, cuya única luz es la de las farolas que entra a través de las rendijas dejadas por la persiana, y el pasillo del hotel, completamente iluminado, tal vez nos haga entrecerrar los ojos. Pero no tenemos tiempo que perder. Cruzamos por delante de la puerta 351, donde duermen Paula y Mark, pero no entramos ahora.

Las dos siguientes puertas corresponden a las habitaciones donde duermen Stan Marshall y Ozzy. Ambos están profundamente dormidos. La siguiente puerta es más interesante. Tras ella, las luces están encendidas. Nos colamos en la habitación.

Mira, la televisión está encendida, aunque con el volumen tan bajo que nos cuesta oír lo que dicen los protagonistas del capítulo de CSI. No me preguntes qué ciudad es porque no tengo ni idea, Nueva York o Las Vegas. Miami no, desde luego, porque Miami tiende al naranja. Sentado en la cama, con la mirada fija en la tele, se encuentra Brad Blueman. Si te fijas bien, verás que en realidad no está mirando la pantalla, sino mucho más allá y a ningún sitio en realidad. Tiene ese tipo de mirada desenfocada de quien está sumido en sus pensamientos.

Aún lleva el mono azul que el ejército les ha dado a todos ellos.

Brad parpadea regresando a la realidad, y mira a su alrededor. Le lleva un par de segundos ubicarse. Estira la mano hacia el teléfono y lo coge. No marca, se queda mirando el aparato, librando una vez más la misma lucha interna que le atormenta



desde hace un par de horas.

Al final, es el Brad Blueman que siempre ha querido ser el que gana. El que dice *que os follen, nunca habéis hecho nada por mí*, el mismo que lloriquea: *fue sin querer, lo único que quería hacer era sobrevivir*.

Marca el número de teléfono de Angus McGee, un editor al que consideró amigo durante el tiempo que vivió en Los Ángeles, cuando sus sueños de grandeza ni siquiera concebían la idea de ser destinado a un pueblo de mierda como Castle Hill. Porque, no lo olvidemos, Brad Blueman detestaba aquel pueblo, y sabe que tendrá pesadillas y remordimientos el resto de su vida, pero en el fondo, hay una parte de él que sabe que hizo lo correcto.

Es mejor estar vivo que muerto, piensa. Y a eso se reduce todo.

—¿Sí? —la voz ronca de Angus resuena en el teléfono y sobresalta a Brad, que está a punto de gritar.

—¿Angus? —pregunta—. Soy Brad.

—¿Blueman? —Angus se muestra desconcertado—. ¿Qué tal estás, hombre? ¡Hace mil años que no hablábamos!

—¿Aún trabajas para Simon and Schuster?

—Sí, así es. Lo último que supe de ti es que te mandaban a un periódico local.

—Angus, tengo una historia que va a interesarte.

—Bueno, te escucho.

—Aún no ha saltado a la prensa, y es algo muy grande —asegura Brad—. Mañana por la mañana, el presidente hará un comunicado hablando de ello, pero estoy seguro que su versión será muy... —Brad se detiene, buscando la expresión adecuada—. Políticamente correcta. Pero yo he estado allí, lo he vivido desde dentro y he sido uno de los supervivientes, y lo voy a narrar todo en un libro. Tengo fotografías además, Angus. Te aseguro que va a ser el bombazo del siglo.

—Frena, Brad, frena... ¿De qué coño estás hablando?

—De lo que ha ocurrido hoy en Castle Hill.

Brad se cambia el teléfono de oreja. Está claramente excitado y gesticula con la mano que tiene libre cuando habla.

—¿Qué ha ocurrido hoy en Castle Hill, Brad? No he oído que haya pasado nada en ningún sitio, si quitamos la mierda de todos los días en Irak, Afganistán y una bomba que ha estallado en una embajada sueca en la India. Sabe Dios qué coño han hecho los suecos para que les pongan una bomba.

—No puedo decírtelo, Angus.

—¿Qué? ¿Por qué no puedes decírmelo? ¿Quieres que te haga un contrato para un libro sin ni siquiera saber sobre qué trata?

Brad sonrío.

—Si te lo dijera, pensarías que estoy como una puta cabra.

—Empiezo a pensarlo ya, la verdad.

—Escucha, Angus, te llamo a ti porque quiero que tú me hagas una oferta y

quiero que sea succulenta. Lo suficientemente succulenta para que yo ni me plantee la posibilidad de ir a otra editorial. Pero no quiero que me la hagas hoy, ahora, sin saber de qué va, simplemente quiero que sepas que yo he estado allí y que soy uno de los pocos supervivientes, ¿de acuerdo?

Brad puede notar el desconcierto de Angus a través del teléfono. Y le gusta.

—Mañana —prosigue Brad—, el presidente hablará de ello. No sé qué dirá exactamente, Angus, pero te aseguro que te llamará la atención. No todos los días te ofrecen publicar un libro donde se hable de desarrollo de armas en Estados Unidos con un resultado tan... en fin. Mañana espero tu llamada, Angus. En cuanto acabe la rueda de prensa de la Casa Blanca. Te daré media hora desde que termine antes de levantar el teléfono y ofrecerle el libro al mejor postor. ¿De acuerdo?

—Has picado mi curiosidad, Brad. ¿No puedes decirme de qué va todo esto?

*Por supuesto que te ha picado la curiosidad, Angus.*

—Preferiría no hacerlo.

—Está bien, Brad. Lo haremos como dices.

—Perfecto. Hasta mañana entonces, Angus.

—Hasta mañana, Brad.

Cuelga el teléfono, y en su rostro aparece dibujada una sonrisa de satisfacción. Poco puede imaginar ninguno de ellos que al día siguiente Angus McGee estará muerto, como tantos otros residentes de Los Ángeles.

Pero ven, dejemos a Brad Blueman disfrutar del poco tiempo que podrá pasar pensando en convertirse en un novelista de éxito, porque Jason Fletcher acaba de lanzarse enfurecido contra la puerta de su habitación. El golpe resuena en todo el pasillo, pero la puerta resiste. El muerto araña la madera, tratando de atravesarla, abriendo y cerrando la boca, mordiendo el aire con desesperación. Su mano derecha, que está empapada de la sangre de Eliza, tropieza con el manillar de la puerta, y he aquí una de esas cosas capaces de cambiar el curso de la historia. Si alguno de ellos hubiera cerrado la puerta con llave, ahora no podrían salir a menos que la derribasen. Pero en el hotel ya no había nada que temer, eran supervivientes de una catástrofe, habían sido escoltados hasta allí por el mismísimo ejército de los Estados Unidos, y, después de todo, ¿quién cierra las habitaciones de hotel desde dentro?

Así que ahora, cuando la mano de Jason golpea el manillar, la puerta se abre lo suficiente para que los dedos de Jason y Eliza agarren la puerta y tiren de ella, dejando el camino libre hacia el pasillo.

Antes te he hablado de Gary Stanton. Gary es hijo de agricultores. Su padre siempre tuvo una constitución digna de un toro de lidia, y Gary heredó su tamaño, lo que le facilitó la posibilidad de obtener una beca en la universidad como parte del equipo de fútbol americano. Para Gary, aquellos años fueron maravillosos. Era casi una estrella en el campus debido a sus pases y sus mortales bloqueos. Los rivales solían temerle nada más entrar en el campo. Le auguraban un gran futuro en la liga nacional profesional, pero Gary estaba más interesado en terminar sus estudios de

odontología. La gente creía que no tenía cerebro simplemente porque era grande y podía placar a cualquiera, pero Gary Stanton jamás suspendió una asignatura. Tampoco era brillante, no sacaba sobresaliente en todas las asignaturas, pero era lo suficientemente bueno para sentirse orgulloso.

Al acabar la universidad, Gary huyó de los ojeadores que querían hacerle firmar contratos millonarios, dispuesto a montar una clínica dentista en Castle Hill. Su padre, un hombre sensato, le preguntó si era eso lo que de verdad quería. Le dijo que si firmaba con uno de esos ojeadores seguramente no tendría que volver a preocuparse por el dinero en lo que le quedase de vida.

Gary estaba seguro, y su padre no volvió a sacar el tema.

Cuando los muertos se levantaron en Castle Hill, Gary se dirigía a Los Ángeles, a una convención de dentistas. Fue apresado por los militares y encerrado en la celda de contención junto a Patrick, Duck y Gabriel. En el campo, Gary podía convertirse en una máquina de matar, pero fuera del campo, era manso como un golden retriever. Gary se sentó en una esquina y esperó que todo terminara, con las manos entrecruzadas sobre las rodillas.

Otro detalle fundamental en la vida de Gary Stanton es la fragilidad de su sueño. Seguro que conoces gente que duerme como un tronco y a la que le es indiferente que la banda municipal se ponga a ensayar a su lado que ellos seguirán durmiendo plácidamente. Gary pertenece al bando contrario. Su novia solía decir que a Gary le despertaría una mariposa batiendo sus alas.

Esa noche, lo que le despertó fue el ruido provocado por la lámpara al caer al suelo. Y lo que le hizo incorporarse en la cama y dirigirse a la puerta fueron lo que él, acertadamente, interpretó como sonidos de pelea en la habitación contigua a la suya. Gary no piensa en muertos vivientes. En parte, porque realmente no estuvo dentro de la acción y no tuvo que huir de ellos en ningún momento, pero por otra parte, porque está en un hotel de Los Ángeles donde se supone que están a salvo.

Así que Gary Stanton sale al pasillo decidido a llamar a la habitación de al lado y pedirles que bajen el volumen del televisor en el mismo momento en que Jason y Eliza lo hacen desde su propia habitación. Gary Stanton se queda helado al verles. No tanto por Jason, que está en calzoncillos y cubierto de sangre, como por Eliza, que no puede mantener la cabeza completamente erguida debido a la impresionante herida que tiene en la garganta y que le hace inclinar la cabeza hacia delante, con la mandíbula pegada al pecho.

Ambos fijan los ojos en él, y Jason emite un gruñido. Tras él, a Eliza le chorrea baba por un lado de la boca y Gary puede ver cómo cae al suelo, junto a sus pies desnudos.

Gary se da la vuelta y corre. Quiere gritar, pero se ha quedado sin aire de la impresión. Jason y Eliza se lanzan a la carrera tras él. Gary se da cuenta tarde de que ha cometido un error al no meterse de nuevo en la habitación. Por delante tiene apenas treinta metros de pasillo que terminan en una puerta sobre la que descansa el

letrero verde de salida. Corre hacia ella, prácticamente la embiste, y la puerta se abre hacia el lado contrario revelando unas escaleras que bajan y suben. Gary se agarra al pasamanos y empieza a descender.

Jason le atrapa a medio camino. Se lanza sobre él y hunde sus dientes en la nuca del hombretón. Gary trata de quitárselo de encima golpeándole contra la pared, pero Jason es implacable en ese momento, y esa decisión le da tiempo a Eliza a alcanzarles. Cuando la mujer choca contra los dos hombres, Gary pierde pie y cae hasta el descansillo con los dos muertos encima, abriéndole la carne, desgarrándole la piel y arrancándole trozos de músculo con manos y bocas.

Paula se despierta de golpe empapada en sudor porque ha tenido una pesadilla. Por un momento le parece escuchar el gruñido animal de uno de esos seres, pero recuerda que su madre siempre le dice que a veces las pesadillas extienden sus tentáculos hasta la realidad y cuesta despegarse de ellas.

Para entonces, Eliza y Jason ya han cruzado la puerta que lleva a las escaleras tras Gary Stanton y el pasillo vuelve a estar en silencio.

Paula se incorpora. Mark ha dejado encendida la lámpara de una mesilla de noche, por lo que la habitación no está completamente a oscuras. Paula lo agradece. Mira a su alrededor buscando monstruos. Su padre siempre le ha dicho que los monstruos no existen, pero Paula los ha visto con sus propios ojos hoy. Hay sombras amenazadoras, lo suficientemente tétricas para que una niña de seis años que ha vivido lo que Paula ha vivido, no crea seguro dormirse de nuevo.

Con la angustia apretándole la garganta, Paula aparta las sábanas de su cuerpo. Tiene sed, pero sabe que no se levantará al cuarto de baño para beber, porque tal vez, y sólo tal vez, las historias que escuchó en el campamento de verano al que le llevaron sus padres sobre monstruos que habitan debajo de la cama sean ciertas, y cuando ella baje los pies de la cama, una mano podría salir desde la oscuridad y apresarle el tobillo.

Paula no va a arriesgarse.

Con cuidado, Paula levanta las sábanas de la cama de Mark y se cuela, con ese sigilo que sólo los niños son capaces de conseguir. Se acurruca junto al cuerpo del hombre que ha permanecido con ella todo el día, sintiendo el calor que desprende, y cierra los ojos. Tal vez allí, con un adulto tan cerca, los monstruos no se atrevan a acercarse a ella.

## 9

El recepcionista del Radisson Hotel se llama Albert, igual que el soldado que monta guardia en la recepción, mirando con anhelo la puerta cerrada del restaurante, tras la que se escuchan las risas y voces del grupo que ha decidido quedarse bebiendo. El recepcionista tiene una pequeña pantalla de televisión bajo el mostrador y está viendo una película de acción protagonizada por Denzel Washington. Ninguno de los dos Albert presta atención al sonido de pasos que bajan por las escaleras. El Albert militar ni siquiera está mirando hacia allí, y cuando gira la cabeza, la imagen que ve es la de un adolescente con el pelo largo y desordenado corriendo en calzoncillos y cubierto de sangre. Se sobresalta y se lleva la mano a la funda del arma, pero la cosa que antes fuera Jason Fletcher le derriba. Con sólo la primera dentellada se traga parte del labio superior y la mejilla del soldado.

El otro Albert, el recepcionista, abre los ojos como platos, preguntándose si realmente acaba de ver cómo un loco con melena atacaba al soldado que estaba junto al mostrador, y si los gruñidos que oye pueden provenir realmente de un ser humano. Y, en el nombre de Dios Santísimo, si eso que escucha puede ser de verdad el sonido de alguien al masticar.

Así que Albert, de forma poco prudente, coloca las manos sobre el mostrador y se levanta, para mirar por encima hacia el suelo. La boca se le abre por el asombro al ver al soldado en el suelo, rodeado de un charco creciente de sangre y con la mitad de la cara convertida en una máscara de sangre y músculos al aire, mientras el loco de la melena, a horcajadas sobre él, mastica trozos de su carne como si fuera un pollo en una barbacoa.

Albert, el recepcionista, abre la boca para gritar. Gary Stanton le muerde en la nuca y le agarra la cabeza para atraerle hacia él. Albert intenta soltarse y patalea, pero lo único que consigue es derribar la pequeña pantalla de televisión. No puede hacer nada contra la fuerza de una mole como Gary Stanton cuando este tira de él, arrancándole parte del cuello de un mordisco y sacándole por encima del mostrador. El cuerpo de Albert cae desmadejado en el centro del vestíbulo, salpicando sangre por toda la alfombra.

El teniente Harrelson gira la cabeza al escuchar algo rompiéndose en el vestíbulo. Nadie más parece darse cuenta. Ciertamente no lo hace Richard Jewel, al que parece que le ha subido el alcohol lo suficiente para que dos de cada tres palabras que pronuncie no se le entiendan sin esfuerzo. Aidan y Gabriel se están riendo de un chiste verde que acaba de contar el primero. Zoe y Duck tampoco se han dado cuenta. Han llegado hace un momento al restaurante, y tras saludar cordialmente al resto, se han colocado en la barra, rechazando la invitación de los demás a unirse a su pequeña fiesta de alcohol. El camarero está sirviéndoles en ese momento. *Gin-tonic* para Zoe, Coca Cola para Duck.

Pero el caso es que el teniente Harrelson sí ha oído el sonido producido por la pequeña pantalla de televisión de Albert el recepcionista al caer al suelo y romperse. Deja el vaso en la mesa y se levanta. Richard dice algo en ese momento. Harrelson no está seguro de haberle entendido, pero a Aidan y a Gabriel les hace la suficiente gracia como para reírse a carcajadas, igual de ruidosos que unos adolescentes de fiesta.

Harrelson camina hacia la puerta de entrada. No podemos ver suspicacia en su rostro porque no la hay. En parte es por eso que el Cuarto Jinete logra expandirse esta noche, porque la gente que se encuentra en el Radisson Hotel se siente lo suficientemente segura como para no caer en la cuenta de lo que ocurre hasta que es demasiado tarde.

El teniente abre la puerta que da al vestíbulo y se le escapa el aire de los pulmones al ver la sangre que salpica las paredes y el mostrador. Apenas tiene tiempo de reaccionar antes de que Eliza se lance hacia él. Harrelson desenfunda, pero no es lo suficientemente rápido y Eliza choca contra su brazo y lanza un mordisco que se cierra a centímetros de la barbilla del teniente. Después, el hombre cae al suelo con la mujer encima. Se da cuenta de que ha perdido la pistola, pero está demasiado preocupado en evitar que le muerda como para pensar en ello.

A su espalda, oye a Zoe gritar. Y a un hombre, cuya voz no reconoce. Se trata del camarero. Richard Jewel se ha levantado con tanta fuerza que ha derribado la silla tras de sí. Es Aidan el que reacciona. Se levanta y corre hacia Harrelson, aún con el vaso en la mano. Eliza lanza la boca una y otra vez hacia el teniente, con gesto furioso y hambriento, pero este la mantiene alejada a duras penas empujándola con sus fuertes manos. Aidan grita al mismo tiempo que estrella el vaso de *whisky* en la cabeza de Eliza. Se hace añicos al instante, y el líquido y los cristales salen despedidos en todas direcciones, pero surte efecto, y Eliza cae hacia un lado, liberando a Harrelson.

Para entonces, Albert el recepcionista ya se está levantando, con sus ojos muertos, y la boca abierta en una mueca feroz, fijos en ellos. Jason también les mira, con un trozo de carne proveniente de la cara del soldado entre los dientes. Tiene la barbilla

llena de sangre chorreante.

Richard Jewel estaba borracho hace un momento, pero ahora se encuentra lúcido como si no hubiera bebido ni una gota de alcohol. Agarra a Gabriel del brazo y tira de él en dirección a la puerta que lleva a la cocina del restaurante.

—¡Zoe! —grita.

Y a la que fuera recepcionista en la comisaría de policía de Castle Hill no le hace falta más para ponerse en movimiento. Da un par de pasos antes de detenerse y regresar junto al mostrador, donde Duck sigue de pie, boquiabierto y mirando fijamente hacia la puerta que da al vestíbulo. Zoe le agarra con las dos manos y le obliga a correr tras Richard y Gabriel.

Aidan les oye más que verles correr. Agarra una de las manos de Harrelson y le ayuda a levantarse. Albert se ha lanzado hacia ellos. El teniente lanza un puñetazo directo a la mandíbula del recepcionista y le derriba. Eliza está intentando ponerse en pie de nuevo. Harrelson le da una patada en la cara. A Aidan le parece oír el sonido de un hueso al romperse.

—¡Corra! —le grita Harrelson.

Aidan duda un momento, pero da un par de pasos hacia atrás cuando Harrelson le empuja. El teniente vuelve a golpear al recepcionista para impedir que se levante. Aidan le grita que tenga cuidado, y Harrelson levanta la cabeza a tiempo para ver la mole de casi cien kilos de Gary Stanton corriendo hacia él, gruñendo como un puma. El golpe deja sin aire al teniente, que sale volando y cae sobre una mesa un metro y medio más allá. Gary se lanza sobre él.

Es el chillido del teniente Harrelson al ser mordido lo que pone en movimiento a Aidan. Se gira y corre hacia la puerta que lleva a la cocina. Jason Fletcher le habría alcanzado de no ser por el camarero, que cruza el mostrador en ese momento, chillando como una niña histérica en un concierto de su ídolo juvenil y convirtiéndose en la siguiente víctima de Jason Fletcher. Y van cuatro.

Aidan cruza la puerta a la carrera. Albert el recepcionista, Eliza y Albert el soldado al que le falta media cara corren tras él. Les saca ventaja, pero no demasiada. En el restaurante, el camarero muere casi al instante. Harrelson resiste algo más, intentando zafarse a puñetazos, pero Gary es fuerte, incluso muerto, y es cuestión de tiempo que el teniente muera. Sin ni siquiera tener tiempo de pensar en su mujer y sus dos hijas.

El rugido que lanza Jason Fletcher al levantar la cabeza, masticando carne del camarero mientras la sangre le resbala por la barbilla, podría helarle la sangre a cualquiera.



Aidan golpea un estante y derriba un montón de frascos de especias. Escucha a su espalda la puerta al abrirse de golpe y los rugidos hambrientos de los seres que quieren alcanzarle, pero Aidan tiene miedo de mirar atrás y ver que se encuentran demasiado cerca. Corre entre fogones y muebles, empujándose con las manos y con los pies, sintiendo que el miedo empieza a apoderarse de él. Ve una puerta al fondo y centra en ella su total atención, intentando no pensar en los muertos que corren tras él. No se da cuenta de que está gritando hasta que se queda sin aire y necesita respirar.

Empuja la puerta con el hombro. Por un instante, se le pasa por la cabeza la posibilidad de que esté cerrada y caiga hacia atrás, con las piernas abiertas y la expresión estúpida de quien acaba de cagarla con todas las letras. Pero la puerta se abre y Aidan vuela por encima de dos escalones que no alcanza a ver, sintiendo el aire fresco de la noche en Los Ángeles. Cae de pie en la calle, golpeando a una pareja que pasea de la mano, derribando a la chica y casi cayéndose él.

El miedo le mueve y le hace seguir corriendo, apoyando una mano en el suelo para impedir estrellarse, poniéndose en pie de nuevo y lanzándose a la carrera. No se da cuenta del taxi que frena de golpe para evitar atropellarle. El taxista aprieta el claxon con furia y asoma la cabeza por la ventanilla para lanzar un insulto que Aidan Lambert no escucha, como tampoco oye los gritos enfurecidos del novio mientras ayuda a su chica a levantarse.

Tras ellos, la puerta trasera del restaurante se abre de golpe. Eliza y los dos Albert se dan un festín con la pareja. El taxista lanza un grito de terror cuando ve al soldado muerto arrancando de un mordisco los intestinos del chico. Después, aprieta el acelerador a fondo para alejarse de allí. Otro coche, que sale de una calle a la derecha, no tiene tiempo de frenar y el taxi se estrella contra él.

Aidan Lambert se aleja de todo eso a la carrera. Pero aún no hemos acabado con el Radisson Hotel, así que será mejor que subamos, de regreso a la planta tres, donde el resto de supervivientes de Castle Hill aún duerme, ajenos a lo que ya ha empezado a ocurrir en pleno centro de Los Ángeles.

Verónica abre los ojos de golpe y se incorpora hasta quedar sentada, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Su respiración está agitada y acelerada. Se queda completamente quieta, escuchando. Reconocería el sonido de un disparo en cualquier lado, y está segura de haber oído uno, pero ahora reina el silencio y se pregunta si no lo habrá soñado.

Está a punto de desistir cuando escucha un grito, mezcla de terror y dolor. Verónica gira la cabeza hacia la ventana. Los ruidos vienen del exterior, y ahora que se concentra en escuchar más allá del cristal, le parece oír voces que hablan con urgencia. ¿Y es eso pánico? Y puede que también gente corriendo.

El miedo le forma un agujero en el estómago, y lo siente subir, como un cosquilleo de una mano invisible, en dirección a su cuello. Se dice a sí misma que tiene que haber una explicación, que tal vez sólo sea un grupo de jóvenes armando escándalo, a fin de cuentas enfrente hay una universidad. O tal vez un accidente, y de ahí el grito.

*Nada justifica los disparos.*

Verónica intenta acallar la voz en su cabeza, enfadada y agarrotada por la sensación de pánico creciente. Pero aunque está intentando buscar una explicación racional, en el fondo de su mente sabe perfectamente lo que está ocurriendo. No con certeza, pero sí con la seguridad que nos da el miedo.

Se levanta. La sábana resbala por su cuerpo desnudo, su melena rojiza cae a ambos lados de su cabeza, y es tan hermosa que podría haber sido musa de artistas de toda la historia. Recuerda sin duda al Nacimiento de Venus.

Se asoma a la ventana sintiendo que la mano invisible ya rodea su cuello y empieza a apretar. Ahoga un grito al ver el caos que tiene lugar en la calle. Ve gente corriendo y tratando de huir de los muertos, que se abalanzan sobre los vivos haciendo saltar la sangre. Un grupo de universitarios parece pelear entre sí, pero si los observamos, podremos comprobar que no todos están vivos, y mientras algunos intentan luchar para sobrevivir, otros lo hacen intentando matar. Verónica ve también cuerpos en el suelo. Algunos se levantan, los más, pero también hay tres o cuatro que han quedado en un estado tan deplorable que no lograrían mantener el equilibrio. Sin embargo, si miras hacia allá, a la esquina de la derecha, verás una mujer con el pelo rubio ensangrentado a la que le falta la pierna derecha y la izquierda presenta marcas de mordeduras, arrastrándose y extendiendo las manos hacia los vivos que se alejan de ella, ansiosa y hambrienta pero incapaz de obtener una presa.

En medio de la calle hay un rifle militar. Está allí, junto a aquella alcantarilla. Verónica también lo ve, y es fácil suponer que de él surgieron los disparos que la despertaron. Si miras hacia allá, hacia la entrada del campus, verás a un soldado corriendo en dirección a un grupo de jóvenes con mochilas y carpetas que aún no se han dado cuenta de lo que sucede porque acaban de salir de clase. Si pudiéramos

acercarnos veríamos que al soldado le faltan varios dedos de una mano, que su oreja derecha cuelga de un hilo, que tiene heridas profundas en el pecho y que todo su cuerpo está lleno de sangre.

Cuando alcanza a los chicos, dos de ellos son derribados. Una carpeta llena de folios sale volando y los folios son desperdigados por el viento, sembrando la calle de papeles y apuntes de arquitectura.

Verónica retrocede un par de pasos, lo suficiente para no poder seguir viendo lo que ocurre tres pisos más abajo. Lucha por contener las lágrimas de impotencia y rabia que le inundan los ojos y cierra los puños con fuerza. Después, la mujer de carácter que lleva dentro de sí toma el mando, la bombero, la misma capaz de tomar decisiones que afectan a las vidas de personas inocentes atrapadas por el fuego. Se da la vuelta y se viste con el mono azul en unos segundos. Se calza las botas a toda prisa, se incorpora y se lanza hacia la puerta. Se detiene cuando su mano ya toca el manillar.

La vemos darse la vuelta y observar la habitación con detenimiento. Regresa hasta la mesita de noche. De un tirón, desenchufa la lamparita. Del enchufe salta una chispa azul eléctrica. Verónica enrosca el resto del cable alrededor del soporte de la lámpara y lo agarra, blandiendo el aparentemente inofensivo objeto como un arma. Estarás conmigo en que no resulta muy amenazante, pero Verónica no busca intimidar. Si puede usarlo para golpear, al menos una vez, ya le es útil. Arranca la tulipa y la arroja hacia la esquina.

Puedes mirar alrededor. No hay nada más en esta habitación que pueda funcionar como arma.

Y ahora sí, Verónica regresa junto a la puerta. Agarra el manillar con la mano libre. Respira hondo y tira de la puerta, sujetando con fuerza la lámpara de noche. Delante de la puerta, el pasillo está vacío. Verónica se asoma con cuidado. A la derecha no hay nadie. A la izquierda ve a Patrick Flanagan y a Ozzy. El agente tiene un extintor en la mano. Se quedan mirándose el uno al otro.

—Tu extintor da más miedo que mi lámpara —susurra ella.

Patrick reprime la carcajada que alcanza su pecho. Ozzy les mira con la expresión que se les dedica a los locos.

—¿No creéis que deberíamos salir de aquí? —pregunta.

Verónica se acerca hasta ellos. Ignora la pregunta de Ozzy y cuando habla se dirige únicamente a Patrick.

—En la calle hay un infierno ahora mismo. Deberíamos despertar al resto. Pero procurad ser silenciosos. Si esos cabrones nos oyen, estamos jodidos.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —pregunta Patrick.

Pero Verónica no tiene respuestas. Se encoge de hombros antes de darse la vuelta y llamar con los nudillos a la puerta 347. Patrick se gira hacia Ozzy. El latino tiene miedo, pero cuando Patrick asiente con la cabeza, se encoge de hombros y se dirige hacia el otro lado del pasillo, llamando a las puertas una por una.

Tres golpes suaves en la puerta hacen que Mark entreabra los ojos. Inmediatamente, nota que Paula está acurrucada a su lado, pero lo que le causa temor es sentir que la niña está temblando y sollozando en silencio. Mark la mira, aún sin poder abrir del todo los ojos. Le pesan como si hubiera dormido durante un día entero.

—¿Paula? ¿Qué pasa?

La niña no responde, aunque le mira con ojos aterrorizados. Mark escucha otra vez los tres golpes en la puerta, y después pasos que se alejan. Empieza a levantarse, pero Paula le agarra de la muñeca. Mark vuelve la mirada hacia ella.

—¿Qué pasa, Paula?

—Es igual que en Castle Hill —responde, entre lágrimas.

—¿El qué es igual que en Castle...? —Mark se detiene a media frase y mira a la niña, desconcertado, pero a la vez con miedo—. Paula...

—Los he oído gruñir —asegura—. Y ha habido disparos en la calle.

Mark abre la boca para responder, pero en realidad no sabe qué puede decir a eso. Traga saliva. De repente, siente la boca seca. Se levanta para ir hacia la puerta, pero Paula extiende las manos hacia él, aterrorizada.

—¡No! —exclama.

—Paula... los muertos no llaman a la puerta.

Paula no responde, y Mark no está seguro de que le crea del todo. La niña tiene miedo, y mucho, pero no vuelve a protestar cuando Mark se gira de nuevo hacia la puerta, avanza hacia ella y la abre. Él no lo ve, pero nosotros podemos hacerlo. Cuando Mark tira del manillar para abrir la puerta, Paula se lleva las manos a la boca, esperando un desenlace fatal.

Al otro lado no hay nadie.

Mark sale de la habitación. Verónica está a metro y medio, mirándole y blandiendo una lámpara de noche en la mano izquierda. Mark se gira hacia el otro lado del pasillo. Ve al agente de policía, no recuerda su nombre, y a Ozzy y Stan Marshall, que acaba de salir de su habitación, gruñendo pero resignado porque ha visto lo que ocurre por la ventana.

—¿Qué está pasando? —pregunta Mark. Y sí, sabe la respuesta, pero no sé si te has dado cuenta de que a veces, los humanos hacemos preguntas cuyas respuestas sabemos simplemente porque no queremos creer que la respuesta sea real.

—Tenemos que largarnos de aquí, Mark —le responde Verónica—. Será mejor que te calces.

—Joder —murmura él.

Verónica asiente. En ese momento, una puerta se abre a su espalda. Verónica se da la vuelta a toda velocidad, dispuesta a asestar un golpe con la lámpara, pero el hombre que asoma la cabeza por la puerta está vivo y se asusta al verla allí. Se trata

de Flinn Brown, un adolescente con el rostro picado y los ojos verdes que solía trabajar en la fábrica de papel de Castle Hill y que compartió la misma celda de contención que Patrick, Duck, Gabriel y el difunto Gary Stanton.

—Flinn —dice Patrick, acercándose—, tenemos que irnos.

El joven asiente enérgicamente y sale al pasillo. Se queda quieto un momento, mirando una puerta abierta algo más allá.

—Esa es la habitación de Gary.

Patrick sigue la mirada de Flinn. Y después, observa la habitación de al lado, cuya puerta también está medio abierta.

—¿Quién dormía en esa?

—El chaval —responde Mark—, Jason. Y su tía.

Patrick asiente. Verónica y él cruzan una mirada que vale más que mil palabras. Han de asumir que los Fletcher, así como Gary Stanton, están muertos. Verónica, además, se pregunta otra cosa, algo que la llena de pánico. Porque una cosa es segura, y es que el nuevo brote de lo que sea que está ocurriendo ha nacido en el hotel, probablemente en una de las habitaciones cuyas puertas están abiertas, tal vez incluso en las dos, y por tanto, eso quiere decir que el virus ha viajado con ellos desde Castle Hill. La pregunta entonces es: ¿están todos infectados o era sólo uno de ellos el que llevaba el virus en su interior?

¿Han pasado algo por alto los militares?

Mark vuelve a meterse en su habitación. Patrick se acerca a Verónica. Ambos miran hacia el letrero que hay al fondo, sobre la puerta situada al final del pasillo, un pequeño cartel verde de salida, con unas escaleras dibujadas a la derecha.

—Tú eres la experta —dice Patrick—. ¿Qué hacemos ahora?

—No podemos salir a la calle —asegura ella—. Son veloces, la mayoría de ellos corre. Y son incansables.

—Porque están muertos —murmura Patrick.

Verónica asiente, encogiéndose de hombros.

—Pero, ¿cómo es posible? —pregunta Flinn Brown junto a ellos.

—No lo sé —responde Verónica—. Pero puedes darle gracias por ello al ejército de los Estados Unidos de América.

Dejémosles un momento, porque al fondo del pasillo, en el otro extremo, Ozzy acaba de llamar a otra puerta. Stan Marshall se encuentra a su lado, y si nos acercamos mucho, comprobaremos que sigue emitiendo sus gruñidos de protesta, tan bajo que es casi inaudible, pero lo hace. No sé si has visto *Gran Torino*, pero a mí Stan Marshall me recuerda mucho al personaje de Clint Eastwood en esa película.

Ozzy se gira hacia Stan para decirle algo, pero antes de que pronuncie una sílaba, la puerta que tiene delante se abre. Es Brad Blueman el que aparece y agarra a Ozzy de los brazos y empieza a zarandearle.

—¡Santo cielo, Ozzy, no sabes cuánto me alegro de verte! ¿Has visto lo que está pasando? ¿LO HAS VISTO? —Brad va elevando la voz por momentos y habla de

forma atropellada, como hace siempre que se pone nervioso—. ¡Está pasando otra vez! ¿Cómo es posible?

Puedes ver a Verónica y Patrick girándose, alarmados, y también puedes ver que Stan Marshall no necesita que nadie le ordene nada para lanzarse sobre Brad Blueman y taponarle la boca con las dos manos.

—¡Cállate, joder! —ordena el kioskero con voz autoritaria pero en un susurro.

Por encima de las manos de Stan, los ojos de Brad están abiertos como platos y miran alrededor. Primero a Stan, después hacia Verónica, Patrick y Flinn.

—¿Vas a mantener esa boca cerrada? —pregunta Stan.

Brad asiente con la cabeza y Stan aparta las manos lentamente. Los tres hombres recorren el pasillo hacia donde se encuentra el resto. Mark y Paula salen de su habitación, ahora sí, calzados. Patrick se agacha delante de Paula, que tiene los ojos enrojecidos y las mejillas manchadas por haber llorado.

—Tranquila, preciosa. Todo va a salir bien.

Paula mira a Patrick con la intensidad dramática que sólo un niño es capaz de imprimir en una mirada.

—Me gustaría poder creerte —responde, desolada.

Patrick levanta las cejas, sorprendido por la respuesta, y se levanta, lentamente, sin saber qué decir. Detrás de él, Stan gruñe.

—Luego la gente se pregunta por qué no me gustan los niños —murmura.

Paula se abraza a Mark, y este le pasa la mano por los hombros para calmarla. Patrick se gira hacia Verónica y mueve la cabeza en un gesto que puede traducirse como *menudo golpe me acaba de dar*.

—¿Y bien? —pregunta—. Si no podemos salir a la calle, ¿qué propones?

—Que bajemos al garaje y cojamos un coche.

Patrick acepta con un gesto de la cabeza y se gira hacia los ascensores.

—Y tú eres el agente de policía... ¿Nunca has oído eso de no usar los ascensores en caso de emergencia?

—Se refiere a incendios o terremotos, sobre todo.

—¿Y qué harás si cuando se abra la puerta resulta que tienes delante un grupo de zombies? ¿A dónde irás?

Patrick extiende las manos, dando a entender que él no es quien manda en ese grupo.

—Escaleras entonces —dice.

—Vas aprendiendo —responde Verónica.

Y así, con Verónica en cabeza sujetando una lámpara de noche como única arma, el grupo se pone en movimiento en dirección a las escaleras. Brad Blueman, que cierra el grupo, echa una mirada nerviosa hacia atrás, al pasillo vacío que están abandonando. Entre las manos, firmemente agarrada, lleva su cámara de fotos.

En cuanto abre la puerta, Verónica alcanza a ver la sangre que salpica la pared y las escaleras donde Gary Stanton fue masacrado por los Fletcher. Se gira hacia Patrick buscando confirmación. El agente mira hacia atrás, hacia las puertas abiertas que hay en el pasillo. El resto del grupo se amontona detrás de él.

—Alguien intentó huir por aquí —dice. No termina la frase porque todos saben cómo acaba. Ese alguien que intentó escapar fue alcanzado en la escalera.

—Mantened silencio —ordena Verónica, hablando en susurros y dirigiéndose al resto—. Y estad preparados para echar a correr de regreso.

Esta última frase la dice clavando sus ojos sobre Brad Blueman, y podemos percibir que al periodista no le sienta nada bien, que aparta la vista y mira al suelo. Sin embargo, fíjate en sus manos, que aprieta con ira contenida. Te aseguro que Brad Blueman está ofendido, enfadado incluso. Le gustaría responder algo ingenioso, algo que dejara a esa engreída de Verónica con la boca abierta, el equivalente vocal a un tortazo en la boca, pero Brad Blueman no sabe reaccionar ante los ataques, y aunque él se odia por ello y siempre sueña con ser capaz de humillar a cualquiera con el que se enfrente, la realidad es que siempre termina bajando la vista y retrocediendo. Como lo hizo cuando Carrie Spencer se enfrentó con él a las puertas del juzgado de Castle Hill, o como lo hizo cuando Jason Fletcher le increpó en el campamento militar. En aquella ocasión, Brad terminó orinándose en los pantalones.

Brad mira hacia Verónica. La mujer ya se ha dado la vuelta y ha empezado a bajar las escaleras. Le clava los ojos en la espalda, y por un momento se imagina a sí mismo bajando a toda velocidad y dándole un empujón, y cuando ella se girara para mirarle, enfurecida, Brad le gritaría *¿Quién coño eres tú para decirme nada? ¿Crees que tengo que seguirte y soportar tus estúpidos comentarios? ¿Quién te ha señalado como líder del grupo?*

—¿Tan jodidamente complicado es entender que no lo hice a propósito? —murmura. Tarda un momento en darse cuenta de que no lo ha pensado. Stan Marshall, que se encuentra delante de él, se da la vuelta para mirarle.

—¿Qué? —pregunta.

Brad menea la cabeza, quitándole importancia.

—Nada, nada —dice.

Stan Marshall vuelve a mirar hacia delante. Brad les sigue, echando miradas nerviosas de cuando en cuando a su espalda. Su expresión es la de un niño que sabe que sus compañeros de colegio se reirán de él constantemente y nada de lo que haga podrá cambiar eso. Una expresión de tristeza y frustración con la que, en su interior, no está de acuerdo. Si no estuviera tan asustado, te aseguro que Brad se pondría a llorar.

Verónica pasa por encima de la sangre de Gary Stanton procurando no pisarla, dobla el descansillo y se asoma. Las escaleras están vacías y reina el silencio, lo que también hace que la situación sea más tensa. Escucha un gruñido de protesta a su espalda. Verónica echa un vistazo. Stan Marshall se ha manchado la mano con sangre reseca que hay en el pasamanos. Con un gesto de disgusto se limpia en el pantalón del mono azul.

Siguen avanzando. Al llegar a la segunda planta, Verónica empuja con suavidad la puerta. Al otro lado, el pasillo está completamente vacío y en silencio. Sigue descendiendo. Patrick se coloca a su lado. Verónica mira el extintor que el agente lleva en las manos.

—Duck Motton se quedó en el restaurante —le dice en susurros—. Y también su asistente, Gabriel. Y Lambert y Jewel.

—Pues tendremos que asumir que están muertos —responde ella.

—¿No vamos a mirar?

Verónica se encoge de hombros.

—Tú no estuviste allí, Patrick. No les has visto correr tras de ti. Puedes estar seguro de que ya no están en el restaurante. Tal vez no hayan muerto, pero sí habrán huido.

La cara de Patrick refleja que realmente no acaba de comprenderlo. Entiende que es peligroso, pero aún no ha llegado a ese punto donde su moral y la ética que se desprende de su trabajo como agente de la ley, le permite anteponer su seguridad ante un peligro desconocido. Verónica no es tonta. Ella se da cuenta.

—Mira, Patrick. Cuando estábamos en Castle Hill, la niña se quedó atrás. Mark quería ir a buscarla, aunque todos pensábamos que era demasiado peligroso. Le acompañaron tres personas más. Sólo volvió él.

—Pero salvaron a la niña.

—A costa de la vida de tres personas, Patrick.

Ella omite que dos de esas personas iban a morir de todas formas, estaban infectados. Patrick sabe que ella tiene razón, así que opta por no decir nada más. La parte de él que aún sigue siendo policía le dice que es su deber acercarse al restaurante y comprobar si queda alguien allí.

Se están acercando al primer piso. Allí descubren que la escalera no continúa bajando, sino que se detiene en el recibidor, y deben cruzar toda la sala para alcanzar una puerta que les llevaría al *parking*. Verónica se asoma al vestíbulo. Ve sangre en el mostrador y en la alfombra, así como en algunas paredes y en la puerta que lleva al restaurante. Patrick también se da cuenta y suspira. Duck Motton le caía bien, y dedica un pensamiento a desear que siga vivo.

—No parece que haya nadie por aquí —susurra.

Como respuesta, la sombra de una persona pasa corriendo por delante de la puerta



del hotel. En el exterior se oyen gritos, pero más lejanos que antes, a medida que los muertos van aumentando su radio de alcance.

—No nos queda otra —responde ella—. Tenemos que cruzar hasta esa puerta.

—Cuando llegemos allí, ¿vamos a forzar un coche?

—Soy una chica con recursos.

Antes de que Patrick pueda responder, Verónica cruza el vestíbulo a la carrera, manteniéndose medio agachada, como un soldado en territorio enemigo. Patrick contiene la respiración hasta que la ve alcanzar la puerta que lleva al *parking*, abrirla y quedarse en el umbral, atenta al mínimo ruido que escuche en el *parking*. Luego, se gira hacia él y hace un gesto para que avancen.

Patrick mira atrás. Mark sujeta a Paula de la mano.

—Si quiere, yo puedo llevarla en brazos —le dice a Mark.

Mark menea la cabeza. Patrick se encoge de hombros y le hace un gesto para que pase. Mark respira hondo y mira a Paula, que está asustada. Le hace un gesto con la cabeza. Ambos corren hacia Verónica y pasan como una exhalación junto a ella. Se detienen en los primeros escalones. La escalera está a oscuras, y por debajo de ellos, todo está en penumbra. Mark extiende la mano hacia el interruptor, pero Verónica le coge de la muñeca.

—Es mejor no llamar la atención, Mark. Si una de esas cosas está cerca y ve un resplandor, podría venir hacia aquí. No sé cómo funcionan sus mentes, pero es mejor prevenir que curar, ¿no crees?

—Supongo que tienes razón, sí.

Verónica suelta la mano de Mark con suavidad. Mark le cae bien. La forma en que se desvive por Paula, con la que no tendría por qué tener ningún tipo de sentimiento de protección, a Verónica le parece encomiable.

El siguiente en cruzar es Ozzy. El mexicano se tapa la cabeza con las manos mientras corre y se detiene junto a Mark. Está sudando y claramente nervioso, pero sonrío a Paula con cariño cuando la niña le mira. Luego observa la escalera en penumbra y traga saliva.

Stan Marshall se asoma al vestíbulo y mira hacia la puerta, para comprobar que no hay nadie antes de correr hacia Verónica. Cuando se detiene junto al resto, Paula se esconde detrás de Mark. Stan suspira, resignado, y aparta la mirada. Está demasiado acostumbrado a producir ese efecto en los niños como para empezar a ofenderse ahora.

—Que alguien se quede en la puerta —dice Verónica—. Yo iré bajando.

Stan la releva junto a la puerta. Verónica cruza por delante de Ozzy, Mark y Paula y desciende hasta el siguiente descansillo, sujetando la lámpara. Mark la observa, dirigiéndose hacia la oscuridad y sin miedo, y se pregunta si será capaz de seguirla. ¿Recuerdas el episodio en las alcantarillas de Castle Hill? Mark tiene un pánico atroz a la oscuridad, del que te hace quedar paralizado y respirar con dificultad, sintiéndote oprimido y tembloroso. Por eso duerme siempre con una luz encendida.

Ozzy pasa junto a él y sigue a Verónica, que ya gira y desaparece tras la esquina, hacia el *parking*. Mark aprieta los dientes y mira a Paula. La niña le devuelve una mirada llena de cansancio.

Flinn cruza el vestíbulo a la carrera y se detiene tras ellos. Stan mira entonces hacia el otro lado. Sólo quedan Patrick y Brad por cruzar. Les hace un gesto para que avancen, y Patrick le cede el turno al periodista. Brad se lanza a la carrera y cruza el vestíbulo en unos segundos. Patrick se dispone a cruzar cuando un golpe le hace detenerse. Mira a Stan, que se ha quedado paralizado y abre los ojos con terror. Patrick se asoma al vestíbulo, manteniendo la cabeza pegada a la pared. Junto a la puerta del hotel hay un adolescente, con la ropa cubierta de sangre seca y la cara llena de heridas. Lo que más aterra a Patrick es el hecho de que le falte el brazo derecho desde el codo. Es el primer zombie que ve, y su cerebro no acaba de procesarlo porque es incapaz de comprender que ese chico siga en pie. El joven no está mirando hacia el interior, sino que permanece quieto junto a la puerta, como si esperara una señal para moverse. La imagen a Patrick le parece hipnótica por lo imposible.

Y al otro lado del vestíbulo, Stan Marshall retrocede hasta que su espalda choca contra la pared, y la puerta se cierra, abandonando a Patrick Flanagan y produciendo un ruido que provoca que el adolescente muerto que se encuentra en la calle gire la cabeza y pegue la ensangrentada frente al cristal.

Patrick se aparta, sintiendo que su respiración se vuelve agitada. El adolescente golpea la puerta con el puño. El sonido, a Patrick, le recuerda al de los tambores de guerra que anuncian el próximo ataque.

Stan comienza a descender las escaleras de dos en dos adelantando a los demás. Brad le sigue, golpeando con el hombro a Mark, que mira hacia atrás asustado, hacia la puerta cerrada. Flinn es el único que sigue arriba con él.

—¿Y el poli? —pregunta.

Flinn se encoge de hombros. Y después, ante la mirada de reproche de Mark, comienza a bajar la escalera tras los demás. Mark mira la puerta cerrada y escucha un golpe al otro lado, de algo golpeando cristal. Sube un escalón y agarra el manillar. Se pregunta si lo hace porque le preocupa el policía realmente o para retrasar el momento de bajar las oscuras escaleras.

Paula le observa en silencio.

Mark abre la puerta, apenas una rendija. Ve a Patrick al otro lado, pegado a la pared, y cree distinguir un rasgo de alivio en la mirada del hombre al verle. Levanta un dedo y señala hacia fuera. Mark intenta mirar en la dirección que le indica Patrick, pero la orientación de la puerta le impide alcanzar a ver la puerta principal del hotel, donde el golpe contra el cristal se repite. Vuelve a mirar a Patrick.

El agente le señala y le hace un gesto para que se marche. Mark niega con la cabeza y le indica que cruce. Patrick frunce el ceño y se inclina para mirar hacia el exterior. El adolescente sigue allí, mirando hacia el interior del hotel, con la mano pegada al cristal.

Después, Patrick cruza a la carrera. Mark abre la puerta de golpe para recibirle. Fuera, el adolescente le ve, y, como si enloqueciera, comienza a golpear el cristal con fuerza y lanza un grito inhumano al aire que hiela la sangre de Patrick. Sin embargo, no se detiene hasta cruzar la puerta que lleva al *parking*. Mark la cierra a su espalda, pero eso no silencia los gritos y golpes del adolescente sobre la puerta.

—Gracias —dice Patrick.

—De nada. ¿Crees que el cristal aguantará?

—Si sigue golpeando así, lo dudo. Larguémonos.

Patrick hace ademán de comenzar a bajar, pero Mark se queda quieto. Patrick se detiene y le mira.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Tengo... —Mark traga saliva. Le cuesta hablar de ello. Le avergüenza reconocerlo. Siente las miradas de Paula y Patrick clavadas en él—. Tengo un problema con la oscuridad.

—¿Te da miedo? —pregunta Paula. Y sin embargo, no hay tono acusatorio, ni burlón, sino una comprensión tan abrumadora que hace que Mark quiera estrecharla entre sus brazos.

—Sí —responde.

Mark siente la mano de Paula cogiendo la suya. La niña le aprieta la mano, y Mark sonrío agradecido. Después, mira a Patrick, esperando encontrar en él la burla

que no ha recibido de parte de Paula. Sin embargo, Patrick parece preocupado.

Y entonces, el agente hace algo que sorprende a Mark: estira su mano hacia él.

—No te soltaremos, ¿verdad, Paula?

Paula niega enérgica con la cabeza. Mark, asombrado, agarra la mano del policía. Los tres comienzan a bajar, lentamente, la niña y Patrick ligeramente adelantados. En unos segundos han alcanzado la esquina y giran. Mark siente una opresión en el pecho al comprobar que el siguiente tramo de escalera está aún más oscuro que el primero. Al fondo hay otra puerta, metálica, con una barra a la altura de la cintura, de esas que hay que empujar para que se abran. Patrick y Paula siguen bajando y tirando de él con suavidad. Mark se deja llevar, y siguen avanzando, a pesar de que Mark siente que no podrá continuar porque sus piernas se bloquearán después de cada paso.

No ocurre, y finalmente, Patrick alcanza la puerta. Empuja la barra y abre la puerta. Al otro lado, el *parking* sí aparece iluminado, con luces blancas dispuestas cada cuatro o cinco metros.

—¡No ha sido difícil! —exclama Paula, alegre.

Desde arriba les llega el sonido de cristales rotos, seguido de un gruñido voraz y de pasos que corren por el vestíbulo. Y son los pasos de más de una persona.

—¡Vamos! —les apremia Patrick.

Verónica ha elegido un Toyota Land Cruiser 200 plateado aparcado en una esquina del *parking*. Está agachada junto a la puerta, hurgando en la cerradura con una varilla que ha sacado de la lámpara. Flinn, Stan, Brad y Ozzy la rodean, atentos a la mujer y observando alrededor, nerviosos.

Patrick, Paula y Mark les alcanzan.

—¿Cómo vas, Verónica? —pregunta Patrick, lanzando una mirada de enfado a Stan.

El kioskero baja la vista, avergonzado. Mark mira ansioso hacia la puerta que acaban de cruzar.

—Estoy a punto —dice ella.

—Más nos vale.

Verónica mira interrogante a Patrick. Este se da la vuelta y agarra el extintor con fuerza, expectante.

—Oh, Dios... —murmura Stan Marshall—. ¿Están viniendo?

—Sí.

—Mierda...

Stan retrocede hasta chocar con el Land Rover. Mira a Verónica, ansioso, pero ella no parece nerviosa. Sigue trabajando en la cerradura con calma, moviendo a un lado y al otro la varilla. Escuchan pasos que bajan la escalera y un alarido. Paula se esconde detrás de Mark. De repente Flinn echa a correr. Brad le mira, y por un momento siente la tentación de correr tras el chico, pero no lo hace.

—¡Flinn! —Stan no grita porque se contiene. Mira al chico, pero Flinn no deja de correr.

—Ya está.

Con un clic, Verónica gana la batalla contra la cerradura del Land Rover y abre la puerta. Mientras ella se agacha para colocarse debajo del volante, Stan, Brad y Ozzy saltan a los asientos traseros. Mark empuja a Paula para que entre en el coche y regresa junto a Patrick.

—¡Mark! —la niña lanza los brazos hacia él, desesperada, pero Ozzy la sujeta para que no salga del coche. Brad cierra la puerta. Paula patatea y empieza a llorar.

Patrick mira a Mark.

—Entra en el coche, Mark. Yo me ocupo de esto.

—Tal vez necesites ayuda.

—Esa niña te necesita más que yo. Vamos, sólo tengo que ganar un poco de tiempo para Verónica.

Mark mira a Patrick, y este asiente con la cabeza, dándole permiso. Después, Mark mira hacia el coche y ve a Paula llorando entre los brazos de Ozzy. Se da la vuelta y entra en el coche. Paula se lanza a sus brazos y él la estrecha con todas sus fuerzas.

En ese momento, la puerta que lleva al vestíbulo se abre de golpe y es atravesada por el adolescente sin brazo. Al verlo, Brad lanza un gritito de terror y se lleva las manos a la boca. Patrick, por su parte, retrocede un paso. El adolescente gira la cabeza hacia él y abre la boca, lanzando un grito ansioso. Después, echa a correr hacia Patrick. Por la puerta que da a las escaleras aparecen otros cinco zombies, igualmente furiosos, igualmente hambrientos.

—¡Verónica! —grita Patrick, sin darse la vuelta.

—¡Estoy en ello! —grita ella.

—¡Date prisa, por favor!

—¡Lo intento!

El adolescente corre. Patrick levanta el extintor por encima de su cabeza y respira hondo. Espera mientras el adolescente muerto acorta la distancia entre ellos. Cuando se encuentra a menos de dos metros, Patrick lanza un golpe con todas sus fuerzas. El extintor choca contra la sien del adolescente. El crujido suena igual que cuando partes un hueso de pollo. El chico cae al suelo completamente inerte. Patrick mira hacia el resto de zombies que corren hacia él.

El motor del Land Rover se pone en marcha a su espalda. Verónica salta al asiento y cierra la puerta.

Patrick apunta a los zombies con la manguera del extintor y aprieta, lanzando un chorro de espuma hacia ellos. Después, arroja el extintor hacia el que va en cabeza y corre hacia el coche. Verónica está dando marcha atrás. Patrick salta por encima del capó, cae al otro lado, abre la puerta y se mete dentro.

Verónica acelera. La mano de uno de los zombies logra golpear la parte trasera del vehículo. Dentro, Ozzy lanza un grito de alivio y Stan Marshall se echa a reír.

La risa y la algarabía, por desgracia, duran poco tiempo. Cerca de la rampa de salida del *parking* ven a Flinn Brown en el suelo, rodeado por un grupo de cuatro muertos vivientes que devoran las entrañas del joven. El Land Rover pasa como una exhalación junto a ellos y salta a la noche de Los Ángeles. Después, gira a la derecha y se aleja del Radisson Hotel.

## **II**

### **El atronador rugido de la muerte**

# 1

Aprovechemos nuestra capacidad para elevarnos en el aire y tomar una vista aérea. Desde arriba podemos ver el Land Rover girando a la derecha tras salir del *parking* del Radisson Hotel y derrapar en la siguiente esquina para esquivar a dos zombis que corren hacia el vehículo. Acelera dejando en el asfalto las marcas de los neumáticos, y cruza a toda velocidad por una calle en la que se suceden las escenas de violencia. Los muertos se abalanzan sobre los vivos, devorándoles, la sangre salpica en todas direcciones, algunos intentan huir, e incluso una joven de pelo negro y rizado con una falda de lunares blancos sobre fondo negro le hace gestos al Land Rover para que se detenga. El vehículo la esquiva con un volantazo apenas un segundo antes de que un hombre con la ropa y el torso desgarrados y llenos de sangre la derribe y le arranque parte del cuello de un mordisco. De la garganta de la chica sale un chorro de sangre que alcanza los dos metros y medio durante unos segundos. La mano de la chica tiembla en el suelo, entre estertores, y parece seguir haciendo señas al Land Rover que se aleja de ella y de la devastación.

El vehículo conducido por Verónica es perseguido por algunos de los muertos, al menos durante unos metros, hasta que localizan a una presa más fácil a pie y se abalanzan sobre ella. Los gritos se tornan constantes. La gente corre en todas direcciones, huyendo y abandonando en la huida todo tipo de objetos. Bolsos, libros, mochilas, incluso un iPod de color rosa y lleno de música pop cae al suelo junto a los cascos a los que está conectado y es pisado por un pie ensangrentado un momento después. Una mujer lanza al suelo las dos bolsas de papel en las que lleva la compra que acaba de hacer. La fruta se desperdiga por la acera mientras ella intenta escapar de los tres jóvenes estudiantes que corren hacia ella lanzando alaridos de muerte. No llega demasiado lejos.

Allá, mira, frente al auditorio Shrine, un joven de pelo corto y castaño y gafas redondas a lo John Lennon, intenta abrir la puerta de un edificio para refugiarse en el interior. Ese chico estudia derecho, es el primero de su promoción y todos sus profesores le consideran un muchacho brillante que llegará lejos. Acaba de ver cómo a su novia le arrancan los dos brazos mientras se la comen viva entre un profesor de inglés y un alumno gordinflón al que el resto de compañeros suele apodar *albóndiga humana*. Los gritos de ella aún resuenan en su mente. Jamás llegará a ser abogado porque la puerta tras la que intenta refugiarse no llegará a abrirse, y, bueno, dejando de lado el hecho obvio de que el mundo se está yendo al carajo, ya sabes. Si miras hacia su izquierda, verás que un zombie con uniforme militar, uno de los hombres de Harrelson, corre hacia él arrastrando la pierna derecha.

El Land Rover recorre la calle Figueroa sorteando los vehículos abandonados en medio de la calzada, algunos aún tienen las puertas abiertas, y tres hombres se inclinan en el interior de aquel Nissan porque están devorando la carne del anciano que lo conducía. En el cruce con la calle 30, Verónica tiene que apretar el freno para



evitar atropellar a una joven que corre hasta el centro de la calzada y les mira con ojos llenos de súplica. Dentro del coche, Mark señala la herida sangrante que la chica tiene en el brazo derecho, y no hace falta decir más. Verónica aprieta el acelerador y el coche pasa como una exhalación junto a la joven. El espejo retrovisor del lado derecho roza el codo de la chica, que rompe a llorar con desesperación y cae rendida de rodillas, en el centro del cruce.

Verónica mira por el espejo retrovisor. Alcanza a ver cómo la chica es derribada y rodeada por un grupo de zombies hambrientos que hunden bocas y manos en su cuerpo.

Atraviesan a casi ciento veinte kilómetros por hora el boulevard Adams. Desde nuestra privilegiada posición podemos ver la masa de gente, viva en este caso, que se amontona a las puertas de la Iglesia Católica de San Vicente, situada a la izquierda, suplicando a gritos que les permitan entrar buscando la salvación. Las puertas están cerradas. Los muertos se apoderan de la ciudad manzana a manzana. Los primeros en alcanzar el boulevard corren hacia el festín que les aguarda frente a la iglesia. Algunos de los vivos que se encuentran allí tratan de hacerles frente a puñetazos, pero los muertos son implacables y vuelven a levantarse después de caer. La mayoría entiende eso demasiado tarde. Otros intentan escapar y alejarse a la carrera hacia la calle Hoover, pero allí encontrarán más zombies, y los vivos se encontrarán en el centro de dos masas de muertos que estrechan el cerco sobre ellos.

Desde la calle Portland, un Hummer negro embiste a un grupo de zombies que corren desde Hoover, lanzándolos por los aires y desperdigándolos. El Hummer es conducido por un hombre negro que se hace llamar Killa Buz, promotor de música rap con cierto éxito. Le han mordido antes de lograr subirse en su coche. Desconoce el hecho de que esa mordedura es una sentencia de muerte, pero la rabia que siente por lo que está ocurriendo le lleva a acelerar a fondo contra cualquiera de esos seres que ve. Él no puede saberlo, y nosotros ya no estaremos aquí para verlo, pero Killa Buz morirá dentro de veinte minutos, cuando el Hummer se estrelle frontalmente contra un camión de mudanzas frente al colegio de comercio. Para entonces, Killa Buz habrá perdido ya casi dos litros de sangre, lo que le impedirá pensar con la suficiente claridad como para esquivar al camión. Por el camino habrá atropellado a más de cuarenta zombies.

Alguien podría haber escrito una buena canción de rap con su hazaña, pero pronto no quedará nadie para hacerlo.

Verónica derrapa al girar por la calle 18 Oeste, y el Land Rover roza a un Mercedes detenido en el semáforo, lanzando al aire un chirrido de metal. El conductor pone el grito en el cielo y abre la puerta, maldiciendo a gritos al Land Rover que se aleja ya hacia la entrada a la autopista 110. Se llama Barry Lyndon, como la película de Kubrick, y es productor de cine de bajo presupuesto, directo al mercado DVD. Gritando hacia el Land Rover rodea su propio coche para observar el daño. Apenas es un rasguño, pero Barry tiene tiempo de pensar en lo que le costará

arreglarlo en el taller antes de levantar la vista y observar el infierno en que se ha convertido la calle Figueroa. Barry Lyndon ha producido algunas películas de terror, una de ellas de zombies, por lo que la imagen le parece sacada de una de esas películas, y su boca se abre de forma involuntaria, confiriéndole aspecto de idiota.

Se dice que se trata de una campaña publicitaria, seguro que es eso, aunque parezca real sólo puede ser eso porque todo el mundo sabe que los zombies no existen.

Pero algunos de ellos corren en su dirección, y Barry prefiere aparecer en algún programa de televisión como el tipo que se asustó ante unos actores fantásticamente caracterizados antes que arriesgarse a morir, así que corre de regreso al interior de su Mercedes y aprieta el acelerador en el momento exacto en que el puño ensangrentado y mutilado de un hombre se estrella contra la ventanilla de su lado, haciéndola estallar en pedazos que se hunden en la mejilla y frente de Barry como miles de picaduras de insecto. El Mercedes da un bandazo antes de estabilizarse, y Barry, aterrorizado, contempla por el espejo retrovisor como el tipo que acaba de destrozarle la ventanilla agarra a una mujer del pelo y le muerde en el hombro mientras ambos caen al suelo.

Barry no se da cuenta de que está gritando.

Dejemos el Land Rover que se aleja por la autopista 110 en dirección noreste, esquivando a los coches que avanzan siguiendo sus rutas habituales, ajenos a lo que ya ha empezado a ocurrir en la ciudad. Sígueme hasta el boulevard Washington Oeste, y veremos un coche patrulla que avanza a toda velocidad con las luces encendidas y la sirena a todo trapo. En su interior, los agentes Marcus Bogdanovich y Spencer Ford están respondiendo al aviso dado por radio sobre varias llamadas alertando de episodios violentos en la universidad de Southern California.

Al principio, cuando oyeron el aviso, tanto Marcus como Spencer se imaginaron una pelea entre alumnos, algo sin importancia, aunque la sombra de Columbine planea aterradora en el imaginario norteamericano. Cuando la radio avisó sobre un incremento de llamadas, Marcus comentó que, Dios no lo quisiera, podría tratarse de un tirador. No sería la primera vez que un chaval coge el arma de sus padres y se lía a tiros con sus compañeros. Columbine, una vez más.

Hace un momento, la radio pidió refuerzos para la zona ante un incremento de llamadas por violencia en el área comprendida entre Figueroa y Hoover al oeste y este, y entre la calle 23 y el boulevard Martin Luther King Jr.

—¿Qué coño está diciendo? —pregunta Marcus, despegando un momento la vista de la calzada para mirar a su compañero.

—Eso son como dos kilómetros cuadrados —responde Spencer, contrariado.

—¿Una manifestación, tal vez?

—¿Qué cojones es eso?

Marcus mira hacia delante. El cruce entre Washington y Figueroa parece un campo de batalla, con gente corriendo y lanzándose sobre otros. Marcus aprieta el

pedal del freno y el coche se detiene a cincuenta metros. Los dos agentes se bajan inmediatamente. Spencer coloca su mano sobre la empuñadura de su arma, pero no la saca. Marcus parpadea, sin comprender lo que ve.

—¿A quién se supone que tenemos que detener? —pregunta.

—¿Le...? —Spencer se calla, aturdido por lo que ve—. ¿Le están mordiendo?

Marcus sigue la mirada de Spencer. En la acera, a unos veinte metros, un hombre y una mujer están agachados sobre otro hombre, que grita y patalea. No ve claramente lo que están haciendo hasta que la mujer se incorpora, con algo colgando en la boca y chorreando sangre. Marcus grita al darse cuenta de que se trata de los intestinos de la víctima. La mujer se incorpora, con la vista fija en Marcus, y empieza a correr hacia él.

El agente extrae su arma y le apunta. No da el aviso reglamentario porque está tan aterrado que no es capaz de pensar en ello. Si lo hubiera sido, tampoco le habría importado, porque sabe que Spencer diría que sí dio el aviso y le respaldaría. El caso es que en este momento Marcus no avisa, sólo dispara. Tres veces.

La mujer recibe los impactos en el pecho, salta en el aire como si la empujara un puño gigante y cae al suelo con las piernas abiertas. Spencer abre fuego contra un grupo que corre en su dirección. Marcus tiene tiempo de pensar en que a uno de ellos parece que le falta parte de la cara. Después, la mujer a la que acaba de disparar tres veces en el pecho se incorpora de nuevo, y Marcus deja de pensar.

Como si algo hiciese clic en su cerebro.

Aprieta el gatillo de su arma hasta que el percutor salta. Al menos una de las balas impacta en la cabeza de la mujer, reventándosela, por lo que nunca más volverá a levantarse. Mientras tanto, alcanzan a Spencer y Marcus le oye gritar mientras comienzan a morderle en distintas partes del cuerpo. Pero Marcus no está pensando, se mueve únicamente por instinto, así que regresa corriendo al coche patrulla.

Un hombre con barba blanca, ojos azules y una herida en la espalda por la que puede alcanzarse a ver los huesos de la columna, se abalanza al interior del coche por la puerta abierta de Spencer. Marcus acelera, atropellando a una chica con la ropa desgarrada y ensangrentada que cae sobre el capó y después da dos vueltas de campana en el suelo. El hombre de la barba blanca hunde los dientes en el muslo de Marcus. El agente chilla, con un tono más propio de una niña pequeña que de un hombre adulto, y golpea una y otra vez la cabeza del hombre con la culata de su arma.

En algún momento, el cráneo del hombre se parte con un crujido, pero Marcus no deja de golpearle, una y otra vez, mientras con la otra mano sostiene el volante, fumigando el salpicadero y los asientos de sangre y materia gris. La puerta del copiloto se balancea adelante y atrás hasta que el coche patrulla pasa demasiado cerca de una boca de incendios que arranca de cuajo la puerta.

Marcus no baja la velocidad en ningún momento.

## 2

El foco de la infección estuvo en el Radisson Hotel. A la hora en que Jason Fletcher se despertó convertido en un monstruo asesino, la mayoría de las facultades de la universidad Southern California estaban cerradas, pero no todas. Las que impartían cursos nocturnos estaban abiertas, al igual que la biblioteca. Y evidentemente, en las residencias de alumnos había gente. Había suficiente vida en el campus para que los muertos crecieran exponencialmente en poco tiempo.

Un grupo de jóvenes y un profesor de medicina se refugiaron en el edificio de ciencias sociales y trabaron las puertas con todo lo que tuvieron a mano. Eran apenas nueve y uno de ellos estaba herido, pero trabajaron juntos para intentar mantenerse con vida. Resistieron allí dentro durante cincuenta minutos, durante los cuales las barricadas de las puertas aguantaron los golpes de los muertos que se encontraban fuera y querían entrar. Pasados esos cincuenta minutos, el herido que tenían con ellos murió.

Como es obvio, se despertó convertido en otra cosa y mordió a tres de ellos antes de que lograran acabar con él. Los cinco que aún se mantenían intactos quisieron echar a los heridos del edificio, pero estos se negaron. Pelearon entre ellos y uno de los heridos resultó muerto. Cuando se despertó, atacó al resto. Una hora después de haberse encerrado en el edificio, todos estaban muertos.

### 3

Sesenta y dos policías acudieron a la zona en la primera hora y cuarto. Todos ellos murieron y acabaron convertidos en zombies. Los bomberos y sanitarios fueron mermados de igual manera antes de que el ejército cayera en la cuenta de lo que estaba ocurriendo. Para cuando se dio la orden de intentar contener la zona, las centralitas de policía recibían llamadas hablando de ataques y de gente llena de sangre que actuaba enloquecida desde Baldwin Hills hasta Maywood.

Estamos hablando de un perímetro enorme y urbano. No es lo mismo sitiar un pueblo a una distancia suficiente para que tu zona de expansión sea terreno vigilable, a una ciudad llena de calles por las que los zombies pueden moverse y escapar de los controles.

El ejército quiso utilizar el río como una barrera natural, y ordenó que se levantaran barricadas en los puentes que lo cruzaban, aunque eso supusiera condenar a la muerte a todo el que se encontrara al otro lado. Y cualquiera que mire un mapa de Los Ángeles podrá darse cuenta de que se trata de un área inmensa y llena de gente. No hace falta que te diga que se trató de una medida tardía. Entre el tiempo que les llevó darse cuenta de lo que ocurría, el tiempo que tardaron en tomar una decisión sobre el asunto y elaborar una estrategia, y lo que tardaron los camiones militares en transportar a sus tropas desde los cuarteles hasta las barricadas que debían levantar, la infección ya había superado esos puntos. Aunque no tenían forma de saberlo. Sólo tenían la esperanza de que no fuera así.

Los militares bloquearon todos los puentes. Aidan Lambert quedó atrapado en medio de la muchedumbre que se amontonaba en el puente de la avenida Slauson. Cerca de doscientas personas que se amontonaban contra los camiones militares mientras la voz de un soldado repetía una y otra vez el mismo mensaje a través de un altavoz.

—Por favor, intenten mantener la calma. Por su propia seguridad, debemos registrarles antes de dejarles pasar. Puede ser un proceso lento, pero les rogamos que mantengan la calma y sean pacientes.

En las primeras filas, la gente empieza a estar agobiada. Puedes ver caras enrojecidas, gente a la que les cuesta respirar debido a la presión que ejercen los que están al fondo. Hay gritos, la mayoría son de ayuda y de urgencia, pero también insultos a los militares. Puedes ver que la gente mira con nerviosismo las armas que sujetan los militares apostados encima de los camiones.

Aidan Lambert está en medio del meollo. De vez en cuando mira hacia atrás, nervioso, esperando el momento en que aparezca el primer zombie, corriendo hacia el maldito banquete que los militares están sirviéndoles en bandeja.

—¡Vamos, joder! —grita—. ¡Déjenos pasar!

A su alrededor, varias personas le secundan. Aidan ha corrido como nunca en su vida para llegar allí, y no tiene intención de morir, pero sabe que si los militares no

empiezan a dejarles pasar, es cuestión de tiempo que la situación se tuerza de forma insostenible.

A su espalda, una mujer grita. Los murmullos recorren la muchedumbre como si fueran una onda expansiva. Aidan no mira atrás. No lo necesita. Siente que la presión de los que se encuentran más atrás se incrementa y se ve aplastado contra el hombre que está delante de él. Sabe lo que está ocurriendo.

Mira. Desde el oeste, en dirección al puente, han aparecido dos muertos. Uno de ellos corre con una extraña cojera. Uno de los militares que se encuentra en la barrera, subido en la cabina de un camión, dispara su rifle de francotirador. La cabeza del cojo desaparece en un instante. Podemos ver cómo el militar sonríe, satisfecho, y también podemos ver cómo la realidad le borra de golpe esa sonrisa de la cara cuando ve que cada vez aparecen más zombies desde esa misma dirección.

—¡Disparadles a la cabeza! —ordena el teniente que se encuentra al mando del puente.

El aire se inunda del olor a pólvora. Los disparos se suceden uno tras otro, casi sin descanso. La gente sigue presionando, a pesar de que la voz del altavoz les insta a calmarse y dejar que los militares hagan su trabajo. Un hombre empieza a encaramarse a uno de los camiones militares. La gente grita y empuja, alza los brazos pidiendo ayuda. Un militar golpea al hombre con su bota para hacerle caer del camión. Un momento después, son nueve o diez las personas que intentan subirse a los camiones para escapar del bullicio y la muerte que se acerca a ellos de forma inexorable.

Los muertos alcanzan el final del tumulto. Uno de los soldados intenta discernir quién es la amenaza y quién es inocente, pero todos corren en todas direcciones, y el militar duda a la hora de apretar el gatillo.

—¡No sé quien es quien! —grita.

—¡Fuego a discreción!

La orden cae como un jarro de agua fría entre los soldados. La mayoría duda al principio, pero en algún momento alguien aprieta el gatillo, y el sonido de aquel primer disparo mueve al resto, como una onda expansiva. Durante los siguientes cuarenta minutos, en el puente de la avenida Slauson, lo único que se oye es el bramido de los rifles al disparar sus balas.

El hombre que se encuentra delante de Aidan recibe un disparo en el pecho y cae sobre él. Aidan cae al suelo de culo, e inmediatamente es pisoteado por el resto de la gente. Ya no sólo corren hacia la barricada. Muchos empiezan a huir igualmente de los militares. Aidan intenta ponerse en pie, pero alguien le pisa la mano. Lambert siente cómo se quiebran los dedos anular y corazón bajo el tacón de la bota, pero aun así, impulsa su cuerpo hacia arriba para levantarse. Porque ha leído suficiente sobre avalanchas humanas para saber que, en caso de caída, o te levantas de inmediato o seguramente morirás aplastado.

Una bala atraviesa el cuello de una mujer junto a él. La sangre le salpica la cara.

Durante un momento, Aidan queda desconcertado y ciego. Tiene que limpiarse los ojos con el dorso de la mano. La gente corre a su alrededor en todas direcciones, chocando con él, empujándole hacia todos lados. Aidan comienza a moverse. No sabe hacia dónde va, pero lo importante es seguir en movimiento.

Un hombre cae al suelo delante de él con el brazo cercenado por una bala a la altura del bíceps. Aturdido, el hombre recoge su propio brazo, en cuya muñeca Aidan alcanza a ver un rolex. El hombre mira alrededor, como si quisiera saber qué puede hacer ahora con ese brazo. Aidan pasa junto a él.

Intenta mantener la cabeza gacha. A veces le parece sentir que las balas le rozan. Algunas veces es así. Escucha un gruñido a su derecha. Aidan se abre camino entre una familia que se abraza, sin moverse del sitio, llorando unos apretados contra otros. A Aidan le gustaría gritarles que así no van a conseguir nada, salvo que les maten, pero en ese momento está demasiado preocupado con salvar su propio pellejo. Un niño de seis años con parte del cuero cabelludo desaparecido se lanza sobre ellos y muerde a la madre en la espalda. Aidan la oye gritar, a menos de un metro por detrás de él, pero no está seguro de ir en la dirección correcta. Todo el mundo corriendo en todas direcciones. Los disparos, los gritos, los alaridos de los muertos. Todo le impide pensar con claridad.

Aguanta un momento. Aidan Lambert está corriendo por su vida bajo la lluvia de balas y el acoso de los muertos vivientes, pero lo que ocurre en la barricada militar también es interesante. Cada vez más civiles han logrado escalar los camiones e intentan pasar al otro lado. Algunos militares han dejado de disparar hacia el puente y han vuelto sus armas contra los civiles que intentan huir. Una bala termina con la vida del teniente que daba las órdenes. Muchos civiles son segados como plantas. Los que quedan vivos se vuelven contra los militares. La batalla se recrudece y se vuelve un todos contra todos.

Es una masacre.

Pero volvamos a Aidan. El señor Lambert se detiene cuando su cuerpo choca contra la barandilla del puente. Mira hacia abajo, hacia el río, y se pregunta si tendrá profundidad suficiente. Algo rebota en el metal a unos centímetros de su mano. Aidan mira hacia atrás. Ve a un hombre escarbando con las manos en el pecho de otro hombre, apartando las costillas y llevándose carne y músculos a la boca.

No necesita que le digan nada. Aidan apoya una pierna en la barandilla y salta. Cae agitando los brazos y gritando y se estrella contra el agua helada salpicando en todas direcciones.

—El puente Slauson ha caído. Repito, el puente Slauson ha caído. No creo que podamos resistir mucho... ¡Oh, Dios, mierda!

El soldado Francis Burrough se aparta los cascos de la cabeza al oír el sonido de disparos y gritos por la radio. Se pone en pie. Desde su puesto, en la retaguardia de la barricada formada en el puente de Atlantic Boulevard, mira hacia el puente Slauson a tiempo para ver una explosión que ilumina lo que parece un campo de batalla en toda regla con un resplandor anaranjado.

Burrough es aún un chaval. Tiene recién cumplidos los diecinueve y nunca ha disparado un arma. Le tiemblan las manos mientras deja los cascos de la radio sobre la mesa y mira hacia la barricada de la que él forma parte. Los soldados han empezado a disparar, y puede ver al teniente al mando gritando órdenes y señalando en varias direcciones. Cuando se alistó, pensaba en matar terroristas en Irak o Afganistán, tipos con turbantes y dinamita pegada al cuerpo. Lo que tiene delante son americanos, gente como él. Burrough piensa que no se alistó para esto.

Francis Burrough se da la vuelta y corre como si le persiguiera el diablo. En esos momentos, ser considerado un desertor le importa una mierda.



Será mejor que dejemos en modo pausa a la ciudad de Los Ángeles y retrocedamos en el tiempo. Ven, acompáñame de regreso al Radisson Hotel, crucemos la puerta principal. El teniente Harrelson está siendo atacado por Eliza Fletcher y Aidan Lambert se lanza a ayudarlo. Como todo en la vida, este tipo de actos tiene una doble lectura. Habrá quien considere que el señor Lambert es un valiente y su comportamiento heroico y honorable, pero sabes tan bien como yo que muchos otros pensarían que actúa de forma temeraria y poniendo en peligro su propia vida.

Richard Jewel, Gabriel, Zoe y Duck Motton toman el otro camino, el de escapar en cuanto las cosas se ponen feas. Los cuatro cruzan la cocina del hotel y atraviesan la puerta, saliendo a la noche angelina. Richard gira hacia la izquierda y corre sin mirar atrás. Los demás le siguen, sobre todo por esa inercia que lleva a los que van detrás a seguir a los que lideran.

Lo curioso es que el que corre al frente, dirigiendo su camino, es un hombre del que hace veinticuatro horas ninguno de los otros tres habría aceptado un consejo, un hombre que en cuestión de una hora se ha bebido casi un litro de *whisky* él solo y que ahora corre como si se tratara del puto Ben Johnson.

Richard ve un taxi más adelante y levanta el brazo haciendo gestos. Las luces de freno traseras del vehículo se encienden, y el taxi se detiene junto al bordillo. Richard lo alcanza y se introduce en el asiento del copiloto. Duck, Zoe y Gabriel llegan un momento después y entran en la parte trasera.

El taxista, un joven musulmán llamado Hamza, observa a sus clientes y se pregunta por qué parecen tan nerviosos. Si le hubieran preguntado, Hamza habría respondido que estaba seguro de que los cuatro tenían miedo de algo, pero a Hamza los americanos le parecían tan extraños ahora como el primer día que pisó el país, gente llena de contradicciones y capaces de promover el ejercicio y después entrar a un McDonald's para hartarse de comida basura. Además, a Hamza le daba la impresión de que los americanos siempre tenían prisa y estaban estresados por algo.

Así que, a pesar de que aquellos cuatro americanos en concreto a Hamza le parecen asustados por algo, el chico aparta ese pensamiento a un lado y lanza una sonrisa cordial y servicial al hombre que tiene a su lado.

—¿A dónde se dirigen?

—Arranque —pide el hombre, y a Hamza le abofetea el aliento a alcohol del hombre. Hace uso de su fuerza de voluntad para mantener la sonrisa y no apartar la mirada con desagrado.

—Claro —responde—. Pero, ¿a dónde se dirigen?

—No lo sé —responde Richard Jewel, cada vez más tenso, y lanzando una mirada hacia la puerta aún cerrada del restaurante—. ¡Arranque, por favor!

Hamza asiente con la cabeza y obedece. Trabajando como taxista hace tiempo

que aprendió que discutir con borrachos es absurdo. Si ese hombre quiere que arranque y no le da una dirección, es problema suyo. El taxímetro va a empezar a contar, y por lo que respecta a Hamza, le importa bien poco la cartera del tipo.

El taxista gira la esquina un momento antes de que Aidan Lambert atraviese la puerta, medio tropezando y cayendo al suelo, golpeando a una pareja y derribando a la chica.

—Hacia Palm Springs —dice Zoe, inclinando la cabeza hacia delante.

—De acuerdo —responde Hamza.

Zoe mira por el cristal trasero, pero lo que ve es una calle normal y corriente, donde aún no ha ocurrido nada. Al volverse hacia delante, se da cuenta de que Duck la está mirando con una ceja levantada.

—¿Palm Springs? —pregunta en un susurro.

—Teníamos que decir algo —responde ella—. Cuando era joven viví un tiempo en Palm Springs, y es lo primero que me ha salido.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta Gabriel.

Zoe y Duck le miran. El chico está pálido y tiene los ojos llenos de lágrimas. Zoe le pasa el brazo por encima de los hombros.

—No te preocupes, Gabriel. Los militares aparecerán y lo arreglarán, igual que lo hicieron en Castle Hill.

Gabriel asiente. Zoe le da un suave beso en la frente y después mira hacia Duck, que tiene un gesto de preocupación en la cara y formula una pregunta con los labios sin que las palabras lleguen a salir de su boca. ¿Estás segura?

Zoe niega con la cabeza.

Duck cierra los ojos y suspira.

—Espero que Aidan esté bien —murmura Richard en el asiento delantero.

Hamza conduce el taxi hasta la carretera 60, atento al tráfico y sin prestar demasiada atención a sus clientes. El trayecto les lleva casi dos horas porque cerca de Riverside se encuentran con un ligero embotellamiento, pero la carretera vuelve a despejarse cuando alcanzan Moreno Valley. Sorprendentemente, Richard Jewel se queda dormido cuando la adrenalina de la huída empieza a desaparecer. Gabriel también se duerme, entre los brazos de Zoe.

A Duck le gustaría poder dormirse, pero no lo consigue. Hablar no es una opción, Zoe está sumida en sus propios pensamientos, así que Duck apoya la frente en el cristal y se limita a contemplar la ciudad. A su lado, Zoe tiene miedo de lo que está por venir, porque no cree que puedan detener al virus esta vez, como está claro que no lo consiguieron en Castle Hill. Y la sensación que la aborda es desasosiego. Le gustaría poder despertarse y descubrir que se quedó dormida en el hotel, que nunca llegó a bajar al restaurante y todo esto no es más que una pesadilla. No se hace ilusiones sobre ello. Zoe siempre ha sido una mujer realista.

## 6

En el camino hacia Palm Springs, el taxi conducido por Hamza deja a la derecha el barrio de Pico Rivera. El Cuarto Jinete alcanza los límites de ese barrio a las cuatro de la mañana. Normalmente, a esas horas, la mayoría de las casas están a oscuras y hay poco movimiento en las calles. Este día en concreto, el barrio visto desde arriba parece un árbol de navidad. La mayoría de las casas tienen luces encendidas, mucha gente se asoma a los porches de sus casas o a las ventanas, otros encienden las televisiones buscando alguna información sobre lo que está ocurriendo, los vecinos conversan entre ellos, preguntándose qué pasa. Reina un ambiente de tensión y miedo.

Desde las tres, tal vez antes, han empezado a escucharse disparos, gritos, ladridos enfurecidos de perros, e incluso alguna explosión. En la avenida Manzaneda la mayoría de la gente está en la calle, hablando con los vecinos. El propio Angus McGee ha estado allí hasta hace un momento, cuando el estúpido chupatintas que vive enfrente ha comentado, seguro de sí mismo, que seguramente hayan sido los árabes otra vez, como en el 11-S.

—No sabemos lo que está pasando —le ha respondido Angus.

—Disparos y explosiones, como si hiciera falta algo más. Los putos árabes nos están invadiendo finalmente.

Angus ha puesto los ojos en blanco y ha preferido meterse en casa. Nunca ha soportado a ese engreído, y la idea de que los árabes estén invadiendo California le resulta tan surrealista como la idea de que los extraterrestres hayan aterrizado en el Capitolio. Me pregunto qué pensaría de la realidad, porque supongo que si alguien le dice ahora que los muertos se levantan y atacan a los vivos tampoco le parecería muy coherente.

Angus enciende la televisión y empieza a zapear, buscando información sobre lo que está ocurriendo. En la CNN, una reportera de grandes ojos verdes está diciendo que los militares han prohibido a la prensa acercarse más allá del punto donde ella se encuentra. Desde plató, el presentador del informativo le pregunta por la razón de todos esos disparos. La reportera cuenta que no lo saben porque el ejército mantiene silencio en ese tema, pero que los rumores hablan sobre un brote de violencia.

Angus se da cuenta de que la reportera tiene miedo y se pregunta qué demonios es lo que sabe pero se está callando. La conexión vuelve a plató, donde el presentador anuncia que tienen imágenes del helicóptero. Angus se tensa en el sofá al reconocer la zona que está sobrevolando el helicóptero. Se trata del boulevard Whittier, a menos de cinco minutos a pie de su casa. Lo primero que piensa al ver las imágenes es que le recuerda a las imágenes aéreas de las batallas de El señor de los anillos, con multitudes que corren y se arrojan sobre otros grupos. Sobre el puente que cruza el río hay lo que parecen ser dos camiones ardiendo, y mientras la imagen está en pantalla, algo estalla. A Angus le parece que es frente al Taller Smog.

Se pone de pie de un salto al escuchar el ruido sordo provocado por la explosión, pero no a través del televisor.

De repente, la idea de que los árabes estén invadiendo Los Ángeles no le resulta tan descabellada.

Vemos a Angus McGee retroceder hacia la puerta, con los ojos clavados en la pantalla de televisor, donde la muchedumbre se esparce en todas direcciones. El presentador está hablando sobre grupos de personas que atacan a otros, la información que llega es débil y no está contrastada.

Nada se encuentra más lejos de la mente de Angus que la llamada recibida hace unas horas y la extraña e inquietante propuesta de Brad Blueman para publicar un libro. Aunque Angus se acostó después de esa llamada y estuvo pensando en ella durante un rato, ahora ni siquiera la recuerda. Tampoco es que importe.

Dos cosas ocurren al mismo tiempo que hacen que todo el vello de Angus se erice. Un horrible grito se eleva en el cielo, demasiado cercano, a Angus le parece que proviene de la misma avenida Manzaneda. Al mismo tiempo, la imagen que transmite la CNN se corta bruscamente y durante tres o cuatro segundos, la pantalla sólo retransmite esos puntos blancos y negros que en el argot televisivo denominan ruido. Después, regresa la imagen a plató, y el presentador, que tiene la expresión de estar diciendo algo que realmente no comprende, explica que están teniendo problemas con las conexiones en directo, pero que la CNN se compromete a seguir informando sobre la ola de violencia que se vive en el centro de Los Ángeles.

Angus se da la vuelta y se asoma a la calle. De repente, todo el mundo está corriendo, alejándose hacia el sur, algunos de regreso a sus casas. Conoce a la mayoría de esas personas porque son sus vecinos, y nunca ha visto en sus caras el desconcierto y el miedo que transmiten en ese momento.

Ve caer a la señora Dwayne, una mujer de casi sesenta años que vive tres calles más arriba y que podría darle una paliza a muchos de los jóvenes de hoy en día. La señora Dwayne hace ejercicio religiosamente todos los días, y se mantiene en forma. Es habitual verla trotar por el barrio, vestida con uno de sus coloridos chandals y una cinta rodeándole el pelo. Angus la ve caer, sí, y después, ve como es rodeada por un grupo de gente. Después la oye gritar, pero no puede ver qué le están haciendo porque sus cuerpos la cubren.

Observa la expresión de Angus McGee. Sé que últimamente vemos mucho esa expresión, pero no deja de sorprenderme la capacidad del ser humano para parecer retrasado mental cuando algo le asombra. Se despegan los labios y la mandíbula inferior se descuelga, abriendo la boca en una especie de letra O. Se abren los ojos, que parece que van a salirse de sus órbitas. Para saber el por qué de esa reacción, hay que seguir su mirada hacia el grupo que rodea a la señora Dwayne. Angus McGee acaba de darse cuenta de que la mayoría de esas personas tienen la ropa manchada de sangre, y algunas muestran heridas atroces. Incluso parece como si a ese chico, el que se encuentra más a la izquierda, le sobresaliera el hueso del brazo.

Pero eso no es posible, ¿verdad?

Uno de los tipos que rodea a la señora Dwayne se gira hacia Angus. Al verle la cara llena de sangre, y con el ojo izquierdo y la nariz convertidos en algo parecido a mermelada de fresa, Angus chilla. No huye, porque sus piernas se han convertido en dos bloques de granito, pero chilla mientras el hombre con el rostro destrozado corre hacia él, alzando los brazos, engarfiando los dedos, abriendo y cerrando la boca.

Los dos caen al recibidor y ruedan por el suelo. La pierna derecha de Angus golpea un mueble y derriba un marco de fotos que hay encima. El otro hombre muerde a Angus en el hombro. Intenta deshacerse de él. Siente las manos del hombre intentando escarbar en su espalda.

El último pensamiento de Angus es sobre los chandals de colores llamativos y brillantes de la señora Dwayne. Para entonces, su recibidor parece un matadero.

Me parece que va siendo hora de hablar de Kurt Dysinger, ¿no crees?

El que fuera uno de los responsables de la investigación del virus conocido como el Cuarto Jinete.

La última vez que vimos a Kurt Dysinger fue en el campamento militar a las afueras de Castle Hill, en la tienda de comunicaciones donde a través de una videoconferencia, el presidente de los Estados Unidos le exhortó a acompañar al coronel Bernard Trask hasta las instalaciones militares donde toda aquella pesadilla había comenzado.

—Esto jamás debería haber ocurrido, señores —dijo el presidente—. El día de hoy ha sido trágico. Han muerto más de tres mil personas, y el más pequeño error podría haber condenado a todo el planeta.

—Estoy de acuerdo, señor —respondió Kurt.

—Bien. Quiero que me informen en cuanto se hayan deshecho de todas las muestras del virus. Inmediatamente, ¿de acuerdo?

—Sí, señor presidente.

—Buena suerte, señores.

El presidente había terminado la videoconferencia y Kurt se había girado hacia Bernard Trask, que aguardaba tras él con sus musculosos brazos cruzados a la altura del pecho. Retrocedamos hasta ese momento.

—¿Está usted listo, doctor?

—Sí. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

Mientras el resto de supervivientes aguardan a que los camiones militares estén preparados para trasladarles a Los Ángeles, Kurt sigue a Bernard a través del campamento hasta un *jeep* en el que esperan dos de los hombres de Trask. Bernard y Kurt se sientan en los asientos traseros y el *jeep* arranca.

Mientras recorren el camino de regreso a Castle Hill, Kurt tiene tiempo de sobra para pensar que todo cuanto ha sucedido es, en parte, responsabilidad suya. El Cuarto Jinete era una creación suya, y está preparado para decirle al presidente que asumirá toda la culpa de lo sucedido. Evidentemente, eso lapidaría su carrera, pero eso es algo que le importa bien poco. A lo largo de ese día ha visto morir a la mujer que amaba, a gente a la que había llegado a respetar, y él mismo había estado a punto de morir en varias ocasiones.

—¿Cómo tiene el brazo? —le pregunta Trask, como si le estuviera leyendo la mente.

Kurt recibió un disparo en el brazo durante el caos que reinó en los primeros momentos en Castle Hill, supongo que lo recuerdas. Kurt se mira el vendaje que asoma bajo la manga del mono azul que le han prestado.

—Creo que no podré jugar baseball en un tiempo —responde Kurt.

—Me temo que no, doctor.

Kurt sonríe.

—Me siento un poco mareado —asegura—, por efecto de la morfina. Siento una pulsación en la herida, como un dolor sordo, algo que s e que est a ah ı pero no acaba de molestarme demasiado.

—Av iseme si vuelve a dolerle.

Kurt le asegura que lo haría. El resto del trayecto transcurre en silencio. De vez en cuando, el *jeep* debe zigzaguear en la carretera para esquivar cuerpos. Kurt observa los resultados de la quirúrgica operación militar. Todos los cuerpos presentan, además de las heridas que les llevaron a la muerte, al menos un disparo en la cabeza. Kurt aparta la mirada porque no se siente capaz de contemplar más cráneos destrozados.

Se pregunta quién tendría la desagradable tarea de limpiar Castle Hill de cadáveres, una operación que, además, debería hacerse sin falta en las próximas horas, antes de que los más de tres mil cuerpos empiecen a pudrirse y a oler mal.

Se pregunta si les incinerar n o serán enterrados en una fosa común. Se responde a s ı mismo. Lo más seguro es incinerar los cuerpos.

Poco después, el *jeep* se detiene en el aparcamiento de la base militar. Trask y sus dos hombres salen del vehículo de un salto y empiezan a caminar hacia la base, contemplando los cuerpos desperdigados por el lugar, las barricadas fallidas montadas por los militares que intentaron hacer frente a la epidemia en los primeros momentos. Bernard se gira para decirle algo a Kurt y se sorprende al comprobar que el doctor no est a a su lado. Se da la vuelta, deteniéndose, y ve a Kurt aún sentado en el *jeep*, mirando hacia la derecha, a algún punto imposible de determinar pero muy concreto en su mirada.

Trask sigue la dirección de los ojos de Kurt, pero no ve nada que le resulte llamativo. Contrariado, regresa sobre sus pasos hasta el *jeep*.

— Doctor Dysinger?

Kurt sale de la enso naci n en la que estaba con un sobresalto. Mira a Bernard sin reconocerle durante un momento, y después esboza una sonrisa tensa.

— Est a usted bien, doctor?  Qu  miraba?

Kurt menea la cabeza, quitándole importancia.

—Sólo pensaba, coronel.

Trask le observa durante un momento más, tratando de decidir si presiona más o no. Finalmente, para alivio de Kurt, decide no hacerlo. Kurt baja del *jeep* y sigue al coronel en dirección al interior de la base. Antes de entrar, echa un vistazo hacia su antigua plaza de aparcamiento, el mismo lugar al que miraba desde el *jeep*, el sitio donde Sarah murió y sus sesos se esparcieron por la ventanilla del copiloto del coche de Kurt.

Después, siguiendo a Trask, Kurt entra dentro de las instalaciones de investigación científica. No han pasado ni veinte horas, pero all ı ya empieza a oler a muerto.

Durante todo el trayecto desde la entrada hasta los laboratorios, Kurt intenta no despegar la vista de la espalda de los soldados. Siente el estómago revuelto, no únicamente por el olor a muerte que desprende al lugar, ni por el inquietante silencio roto tan sólo por el sonido de sus pasos, sino también por los recuerdos. Kurt ha trabajado en ese lugar durante varios años, y ahora toda la gente que conocía, con la que se cruzaba día a día, los soldados y científicos a los que saludaba... todos están muertos.

A pesar de que el lugar ya ha sido revisado y en teoría no quedan muertos vivientes, como verás, los soldados que acompañan a Kurt, así como el coronel Bernard Trask, caminan con cierta tensión en sus cuerpos y las manos apoyadas en las empuñaduras de sus armas.

Caminan de forma expeditiva, sin detenerse, hasta llegar a la puerta tras la que todo dio comienzo. Podemos ver que Kurt contempla el símbolo de la puerta, semejante a una espada. No es fácil adivinar si es melancolía o desagrado lo que hay en sus ojos.

El mismo coronel empuja la puerta con una mano. Los otros dos soldados se colocan a ambos lados, haciendo guardia en la puerta. Trask mira a Kurt y le hace un gesto para que pase delante. El doctor traga saliva antes de cruzar la puerta y adentrarse en los dominios del proyecto Cuarto Jinete.

El silencio es opresivo. Parece estar recordando que ese proyecto es la Muerte, como el jinete al que hace referencia.

Después de vestirse con uno de los trajes biológicos, Kurt avanza hasta la cámara frigorífica en la que se encuentran las probetas de líquido negro, como petróleo. Se detiene ante ella, contemplando los dos huecos vacíos que dejó Harvey Deep al robar las muestras. Kurt se pregunta, no por primera vez, lo que podría haber ocurrido si el Cuarto Jinete hubiera ido a caer en manos de terroristas.

—¿Está usted bien, doctor?

La voz del coronel sobresalta a Kurt porque resuena en la sala vacía y silenciosa como una bomba.

—Sí, sí.

—¿Le ayudo con algo?

Kurt levanta una mano para denegar la ayuda con un gesto. Bernard Trask, a su espalda, le deja hacer. Kurt abre la puerta de la cámara frigorífica y extrae la bandeja que contiene todas las probetas del virus. Con cierta solemnidad, las lleva hasta una pequeña máquina incineradora, y las introduce sin más preámbulos. Se aparta y coloca el dedo sobre el botón que hará que su maldita creación pase a la historia.

No lo pulsa.

Mira a Trask.

—¿Quiere hacerlo usted? —pregunta.



—Le cedo el honor, doctor Dysinger.

Kurt asiente, y sin volver a mirar hacia la máquina, aprieta el botón. Escucha el zumbido del fuego, y un momento después, el crujido de las probetas al estallar. Treinta segundos después, todas las muestras del Cuarto Jinete han dejado de existir. Kurt y Bernard Trask cruzan la zona de desinfección y regresan junto a los otros dos soldados, que siguen en la puerta, en silencio.

—Vayámonos, caballeros —dice Trask.

## 9

Un helicóptero les espera en el aparcamiento de la base militar de Castle Hill, demasiado cerca de la antigua plaza de aparcamiento de Kurt como para que este se sienta cómodo. Se pregunta qué habrá sido de Sarah, si volvería a levantarse después de muerta o no.

Se pregunta dónde estará su cuerpo. Y quién le reventaría la cabeza de un disparo.

El coronel Trask le ayuda a subir al helicóptero y se monta detrás de él. Los dos soldados que les han acompañado hasta allí realizan un disciplinado saludo militar y se retiran, mientras el motor del helicóptero empieza a ponerse en marcha.

Cuando el aparato empieza a elevarse, Kurt se siente mareado.

—Hemos hecho lo correcto, doctor.

Kurt mira a Trask.

—Lo sé, coronel.

Trask asiente, pensativo.

—No ha sido culpa suya, Kurt —le dice, clavando en él su mirada de acero—. En todo caso, échele la culpa al sargento Harvey Deep. Fue él quien robó las muestras y quien esparció el virus, no usted.

Kurt siente una mezcla de alivio y emoción al escuchar esas palabras. Casi le dan ganas de llorar.

—Gracias.

—Sólo digo lo que pienso, doctor. No se culpabilice, porque usted hizo su trabajo. Lo que ocurrió después no es responsabilidad suya.

El helicóptero sobrevuela el paisaje, y el sonido del rotor se convierte en una especie de mantra adormecedor. El agotamiento al que ha estado sometido Kurt Dysinger durante todo el día empieza a vencer la partida. Kurt apoya la cabeza contra la ventanilla y deja que sus ojos se cierren. Se dice que no va a dormirse, que sólo va a descansar un ratito, pero diez segundos después, su consciencia se apaga y su respiración se hace pesada y regular.

Nuestra condición de espectadores con pase VIP nos permite hacer muchas cosas, prácticamente participar de toda la acción en primer plano, sin sufrir las consecuencias del virus ni molestar con nuestra presencia. Es cierto que tampoco podemos entrometernos, aunque a veces podamos sentir la tentación, pero ciertamente es un lujo.

Kurt se ha quedado dormido, y su respiración se ha pausado, pero si nos fijamos en los pequeños detalles, podemos comprobar que no tiene un sueño tranquilo. ¿Cómo tenerlo, dadas las circunstancias? ¿Verdad? Es fácil fijarse en las manos de Kurt, en como no llegan a estar relajadas del todo en ningún momento, en como de repente se abren y se cierran, intentando agarrar algo. Es fácil darse cuenta de que sus pies se mueven repentinamente, como cuando alguien empieza a correr.

Y si me preguntas, te diré que pienso que el doctor Kurt Dysinger sueña con esos

primeros momentos en que Sarah aún estaba viva y ambos intentaban escapar de la base militar, eludiendo a los muertos.

Pero no podemos hacer nada para calmarle. Sin embargo, podemos quedarnos en el helicóptero, donde Bernard Trask abre una maleta metálica y plateada, dejando a la vista un equipo electrónico con un teléfono rojo a un lado. El coronel lo levanta y aguarda, mientras el aparato busca señal. Un momento después, una voz grave responde al otro lado de la línea.

—Fred Barker.

—Buenas noches, Fred.

—Coronel Trask, estábamos esperando su llamada —saluda el ministro de Defensa—. Espere un momento mientras le pongo en abierto.

Bernard espera, obediente, mientras al otro lado de la línea, Fred Barker manipula el aparato.

—Ya —escucha decir a Barker—. Coronel Trask, está usted en conversación con el presidente. También se encuentran en la sala el vicepresidente Ellis y el secretario general Shephard.

—Buenas noches, señores —saluda Bernard—. Y buenas noches, señor presidente.

—Buenas noches, coronel Trask —saluda el presidente poniéndose al frente de la conversación—. Espero que llame con buenas noticias.

—Sí, señor presidente. Estuvimos en la base y el doctor Dysinger en persona destruyó todas las muestras del Cuarto Jinete.

—Es una gran noticia —asegura el presidente, lanzando un suspiro—. ¿El doctor Dysinger se encuentra con usted?

—Sí, señor, pero está dormido.

—Me hubiera gustado agradecerle su colaboración en persona y explicarle los siguientes pasos que daremos —responde el presidente—. Confío en que lo haga usted por mí, coronel.

—Lo haré, señor.

—Bien. Le dejo con Fred Barker.

—Muchas gracias, señor presidente.

—A ustedes, coronel.

Trask escucha a Barker carraspear al otro lado de la línea.

—Bernard, hemos dispuesto un avión en la base. Queremos que acompañe al doctor Dysinger hasta Washington. El presidente quiere que Kurt Dysinger esté a su lado cuando se dirija a la nación mañana por la mañana.

—De acuerdo.

—Hasta pronto, entonces.

Bernard Trask se despide y cuelga el teléfono rojo. Después, cierra la maleta y la deja sobre el asiento que tiene delante. Mira por la ventanilla. Puede ver las luces de la ciudad de Los Ángeles. A estas horas, Jason Fletcher aún no se ha despertado

convertido en un zombie y parece que el mundo sobrevivirá a la crisis de Castle Hill.  
El coronel Bernard Trask no puede estar más equivocado si piensa eso.

Kurt abre los ojos aterrorizado al sentir una mano agarrarle el brazo. En sus ojos es posible contemplar la viva imagen de la desorientación. Después, ve a Bernard Trask delante de él, y su cerebro le ubica en el interior del helicóptero. En el exterior es de noche. Kurt se incorpora. El helicóptero se ha detenido.

—¿Hemos llegado ya? —pregunta, frotándose los ojos con el dorso de las manos.

—Sí.

Kurt resopla y mira a través de la ventanilla. Ve un edificio gris y a un grupo de soldados haciendo instrucción. Mira a Trask.

—¿Y a dónde, exactamente?

—Nos encontramos en Pendleton, una base militar de la Marina, al sur de Los Ángeles. El presidente quiere vernos en Washington.

Kurt le mira con sorpresa. Para entonces, ya está bajando del helicóptero. Echa un vistazo al avión que les espera algo más allá. A Kurt le da la impresión de encontrarse delante de una nave futurista.

—¿Eso vuela?

Trask se ríe. A Kurt le sorprende escuchar esa risa de parte del coronel. La tripulación del avión que están a punto de abordar les espera en tierra, junto a las escalerillas de acceso. Bernard y Kurt cruzan junto a ellos y entran al avión. Por dentro, a Kurt le recuerda a uno de esos aviones que tienen los ejecutivos en las películas. Se deja caer en uno de los asientos de cuero marrón. Se siente como si le envolvieran.

—¡Santo Dios! —exclama—. Me parece que volveré a quedarme dormido aquí.

Trask vuelve a reírse. Kurt observa a la tripulación subiendo al aparato. Uno de ellos cierra la puerta a su espalda mientras el piloto y el copiloto se dirigen a sus puestos. Kurt se abre la camisa del mono azul y observa el vendaje que le cubre el hombro y parte del brazo. El dolor parece haber aumentado ligeramente de intensidad, pero no hasta un punto que resulte alarmante. No aún, al menos.

—Al menos ahora podrás contarle a tus nietos que recibiste un disparo —murmura, y después esboza una sonrisa.

A Sarah siempre le gustaba decir eso cuando ocurría algo interesante. Cuando tengas nietos podrás contarles que hiciste tal cosa o tal otra.

El avión se pone en movimiento. Kurt cierra los ojos, porque quiere dormir, pero sobre todo porque no quiere seguir pensando en Sarah, ni en todo lo que ha ocurrido durante ese día.

En toda la gente que ha muerto porque él creó el Cuarto Jinete.

—Estúpido —susurra. Aunque es prácticamente imposible entender que es eso lo que dice, porque está empezando a quedarse dormido y sus labios apenas se separan para dejar escapar los sonidos, y podría ser que sea *estúpido* lo que ha dicho, pero también podría ser que hubiera dicho *estupendo*.

Si me preguntas, te diré que pienso que ha dicho estúpido. Y estoy seguro de que opinas igual que yo.

Mientras en Los Ángeles la infección empieza a extenderse, el avión en el que viajan Kurt Dysinger y Bernard Trask sobrevuela los Estados Unidos en dirección a Washington.

Mientras la gente muere en las calles de la ciudad del sol y las estrellas de cine y se levantan convertidas en monstruos de una película de terror, Kurt Dysinger duerme, plácidamente esta vez, y el coronel Bernard Trask observa, sin prestar demasiada atención, la pantalla de televisión que tiene delante.

Su teléfono suena cuando sobrevuelan Kentucky. Bernard mira la pantalla antes de responder. Es un número que no conoce.

—Sí.

—¿Coronel?

Trask reconoce de inmediato la voz del soldado Ayes, uno de sus hombres. También reconoce el tono de urgencia en su voz, pero Bernard Trask no es un hombre que se altere por nada.

—¿Qué ocurre, Ayes? —pregunta. Otros hombres tal vez se habrían molestado por una intromisión semejante y le hubieran recordado a su subordinado que en esos momentos se encontraba en un avión en dirección a Washington por orden del propio presidente de los Estados Unidos, pero Bernard Trask no era otro hombre y a pesar de ser considerado uno de los puños de hierro del ejército americano y a su fama de dirigir con mano rígida a sus hombres, Trask confiaba en ellos al cien por cien y siempre les escuchaba antes de decir nada más.

Probablemente por esa razón ellos le respetaban como lo hacían.

—Está volviendo a pasar —responde Ayes.

Por un momento, Trask no sabe a qué se refiere Ayes. Bueno, esa afirmación no es del todo correcta, porque Trask sí sabe a qué se refiere, pero le resulta imposible de creer. Él mismo ha visto cómo Kurt Dysinger destruía todas las muestras delante de él. Incluso le ha preguntado si quería hacerlo él mismo, por Dios.

Mira hacia el asiento donde Kurt sigue durmiendo.

—Hable.

—Señor —continúa Ayes—, tenemos poca información porque en la base no nos han tenido en cuenta, pero Montoya se ha... —a Ayes le apura admitir lo siguiente, pero lo hace—... se ha colado en una reunión. Al parecer, hay reportes por todo el centro de Los Ángeles. Creen que el foco de infección es el hotel a donde han llevado a los supervivientes de Castle Hill.

—Alguno de ellos estaba infectado —dice Trask, cerrando los ojos y maldiciendo por dentro—. ¿Han localizado al teniente Harrelson?

—Señor, creo que ni siquiera lo están intentando.

—Harrelson fue al hotel con varios de sus hombres.

—Lo sé, señor. Trenton ha intentado localizarle, sin resultados.

A pesar de la información que está recibiendo, Bernard no puede por menos que enorgullecerse de sus chicos. Mientras el ejército actúa por su cuenta, sus hombres han empezado a moverse de la misma manera que él lo habría hecho de estar con ellos.

—Suponemos que está muerto, entonces.

—Sí, señor —responde Ayes.

—¿Cuál es el plan que se ha puesto en marcha?

—El mismo que en Castle Hill, señor. Contención.

Trask resopla y se pasa una mano por la frente. Los Ángeles no es Castle Hill.

—¿Sabemos hace cuánto tiempo comenzó?

—El movimiento en la base comenzó hace media hora, señor. Montoya ha investigado. Al parecer, la policía de Los Ángeles lleva una hora y cuarenta y dos minutos recibiendo llamadas de violencia en la zona, pero en un primer momento no se pusieron en contacto con el ejército ni con otros medios gubernamentales. Esperaron hasta que varios de sus agentes dejaron de reportar.

Trask mira su reloj. La infección llevaba un mínimo de una hora y doce minutos de ventaja cuando el ejército fue informado. Trask calcula que al menos pasarían otros diez minutos más hasta que aquella información llegara a los oídos de alguien con el rango suficiente como para relacionar aquello con lo ocurrido en Castle Hill y pusiese en marcha a los hombres de la base Pendleton.

Demasiado tiempo.

El coronel se suelta el cinturón que le ata al asiento y se incorpora. En la parte trasera hay un ordenador completamente equipado incorporado al mobiliario del avión. Trask aprieta un par de teclas y localiza un plano de Los Ángeles.

—¿Sabemos dónde están colocando las barricadas?

—A lo largo del río han situado la frontera este, la carretera de Santa Mónica por el norte y la 105 por el sur.

Bernard resopla.

—¿Quién coño es el estúpido que está al mando?

—Un tal Anderson.

Bernard vuelve a resoplar con resignación. En ese momento, el teléfono rojo del interior del maletín empieza a sonar. Trask suspira. Tan sólo les ha llevado casi dos horas ponerse en contacto con él, piensa con ironía.

—Aguanta un momento, Ayes.

—Sí, señor.

Bernard regresa hasta su asiento y agarra el maletín plateado. Lo abre a toda prisa. Siente al doctor Dysinger moviéndose incómodo en su asiento, pero aún dormido. Levanta el teléfono rojo y se lo lleva a la cara.

—Coronel Bernard Trask —dice.

—Bernard, Dios santo, soy Barker.

Ya era puta hora, piensa Trask.



—Dime —es lo que dice sin embargo.

—Tenemos una situación en Los Ángeles —responde Fred Barker, que habla de forma atropellada, con el nerviosismo de los políticos en medio de problemas.

A Bernard Trask no le van los juegos burocráticos, así que decide coger al toro por los cuernos y ponerse al mando de forma inmediata.

—Fred, el coronel Anderson es un palurdo y siempre lo ha sido y ha establecido unas barreras ilusorias que no lograrán detener una epidemia como esta.

—¿Qué...? ¿Cómo sabes...?

El desconcierto de Fred Barker es evidente, y bajo otras circunstancias, a Trask le habría parecido hasta divertido, pero no tiene tiempo de reírse ni de explicar nada.

—Anderson está poniendo barricadas en Santa Mónica, el río y la 105. Hace más de hora y media que esto empezó a esparcirse, y dada la virulencia del Cuarto Jinete, debemos pensar de forma pesimista. A estas alturas, el radio de infección debe ser mucho mayor a esos límites. Sobre todo en lo que respecta al norte.

—¿Dónde pondría usted los límites, coronel?

—Cruzaría una línea desde Topanga, pasando por Bel Air y llegando a Hollywood Heights —responde, mirando el mapa.

No hace falta ser adivino para entender que Fred Barker acaba de perder el aire. Cuando vuelve a hablar, lo hace aturdido, como una víctima de un accidente de coche.

—Eso supone entregar toda la parte norte de la ciudad —dice.

Efectivamente, lo que acaba de proponer Bernard Trask es situar las barricadas militares del norte en los límites de la ciudad.

—Sí, señor. Y si estuviera en mi mano, también alejaría los límites por el este y por el sur. Basta que uno sólo de esos monstruos haya ya superado esos límites para que no sirva de nada.

—¿De cuánto estaríamos hablando?

El tono de voz de Fred es apesadumbrado.

—La 91 por el sur y la 605 por el este.

El área englobada por los límites propuestos por Trask suponen cerca del cuarenta por ciento de la ciudad.

—Y aun así, no estaremos seguros de que hayamos detenido la propagación —dice Fred Barker, con la voz cortada.

—No. Al menos no hasta que recibamos informes fuera de la zona de contención. Pero para hacer frente a eso, necesitaremos que haya una mayor comunicación entre departamentos de la que ha habido hasta ahora.

—Me ocuparé de eso inmediatamente.

—Y otra cosa más...

—¿Qué?

—Dígale a ese imbécil de Anderson que a partir de este momento recibe órdenes de Barney Ayes.

Fred Barker se queda en silencio al otro lado de la línea. Trask espera la contestación, y al mover la cabeza, se da cuenta de que Kurt Dysinger le está observando con los ojos abiertos como platos y una expresión de terror en el rostro digna de fotografiarla.

Trask se pregunta desde cuándo ha escuchado.

Aunque la expresión le dice que Dysinger ha oído suficiente.

—Me ocuparé de eso también —acepta Barker. Ni una protesta.

—Bien.

Ambos hombres cuelgan el teléfono. Trask ve que Kurt va a decir algo, pero le ataja con un gesto expeditivo de la mano derecha. El coronel coge el teléfono personal.

—Ayes, ¿ha escuchado todo?

—Sí, señor.

—Llámame si lo necesitas, Barney.

—Lo haré, señor.

—Suerte. Me gustaría estar con vosotros, chicos.

—Lo sabemos señor, somos conscientes de ello y le dedicaremos las primeras cabezas que reventemos.

Trask sonríe. Cuelga el teléfono y se gira hacia Kurt.

—¿Cómo es posible que la infección haya traspasado las medidas de contención de Castle Hill, doctor Dysinger?

Kurt traga saliva. Sus ojos están brillantes, aunque Bernard Trask puede ver el inhumano esfuerzo del hombre para evitar el llanto.

—No lo sé.

Trask cierra los ojos y respira hondo.

El avión cada vez está más cerca de Washington D. C.

Jack Norton era tan sólo un niño de ocho años acostumbrado a la vida del campo cuando su padre le regaló su primer libro. Hasta entonces, su día a día consistía en levantarse pronto para ayudar a su padre a realizar las primeras tareas de la granja, donde su preferida era ordeñar a las vacas, para después vestirse, ir a clase y volver a casa por la tarde a seguir ayudando en lo que fuera necesario.

Nunca se quejó, porque esa vida era todo lo que conocía. Veía a su padre matándose cada día en el trabajo. Ordeñando, guiando al ganado a pastar, arreglando desperfectos de la casa...

Y entonces, de repente, por su octavo cumpleaños, su padre le despertó un par de minutos antes de que sonara el despertador y le puso entre las manos un paquete rectangular, mal envuelto con papel de regalo usado.

Igualmente le hizo ilusión, y el niño abrió el paquete desgarrando el papel, para quedarse mirando intrigado el libro. Las aventuras de Huckleberry Finn, de Mark Twain.

Nunca había visto un libro en aquella casa. Dudaba que su padre hubiera leído alguno jamás.

—Hijo mío —le dijo, clavándole aquellos ojos verdosos y profundos, curtidos por el sol y el trabajo al aire libre—, yo soy un zoquete, y soy consciente de ello, pero no soy tan idiota como para darme cuenta de que lo que tú tienes dentro de esa cabeza se parece más a lo que tenía tu madre que a lo que tengo yo.

—Tú no eres un zoquete, papá.

—Por supuesto que lo soy, hijo, pero tú me ves con ojos de amor, y el amor muchas veces ciega la percepción. Eso solía decirlo tu madre, que en paz descansa.

—Gracias por el regalo, papá.

—De nada, Jack, pero escúchame.

En ese momento, el despertador de Jack empezó a lanzar al aire su estridente sonido. Jack lo apagó de un manotazo y volvió sus ojos, de un verde un poco más apagado que el de su padre, hacia el hombre.

—Tú puedes llegar a algo mejor que gobernar esta granja, hijo. Lo sé, porque tienes el espíritu de tu madre dentro de ti. Ella dejó su huella en ti, y tu destino debería ser seguir esa huella, y no criar vacas y cerdos en una granja de Milwaukee. He empezado a apartar dinero para que puedas ir a la universidad porque es lo que tu madre habría querido —el hombre meneó la cabeza después de decir eso—. No, no sólo por eso. También porque sé que llegarás lejos si te aplicas y podrás dejar atrás tus orígenes humildes y ser alguien importante en esta vida.

Jack sintió en ese momento el peso de la declaración de su padre en lo más hondo de su ser. Las lágrimas alcanzaron sus ojos, pero no los desbordaron. El padre sonrió.

—Jack, hijo... nunca me he acercado a los libros porque... no sé, no lo he necesitado para lo que soy, pero sé que no se puede llegar a ser un hombre educado si

no se lee. Y ni siquiera sé si será un buen libro, pero pregunté por alguno que pudiera abrirte la mente y dejar que vuele lejos de aquí. Así que quiero que aproveches cada momento que tengas libre para abrirlo y leer, ¿me oyes, muchacho?

—Sí, papá.

—Te quiero, hijo.

El padre besó al niño antes de levantarse y salir de la habitación. Y Jack Norton dejó las aventuras de Huckleberry Finn encima de la mesita de noche y se vistió para bajar a hacer sus tareas. Durante el resto del día no se acordó del libro de Mark Twain ni una sola vez. Pero al llegar la noche, Jack volvió a la habitación, se puso el pijama y se acostó, y en ese momento, sus ojos volvieron a fijarse en el primer libro que pasaba por la granja Norton.

Con el entusiasmo de un niño explorador que tiene ante sí un tesoro, con ese toque reverencial, levantó la portada y se quedó mirando la primera página. Sus ojos bailaron por encima de las letras durante un momento antes de fijarse en la primera y empezar a leer.

Aquella primera noche leyó casi cincuenta páginas antes de quedarse dormido con el libro encima de la cara.

En cierto modo, se podría decir que Huckleberry Finn y la ciega confianza que puso su padre en él, ahorrando durante todos esos años para que él pudiera asistir a una buena universidad, le convirtieron en lo que era ahora.

Los golpes en la puerta le despiertan. Jack se incorpora de un salto hasta quedar sentado. Su mujer, a su lado, ronronea enfadada y se da la vuelta. Jack mira hacia la puerta. Aún es de noche y la habitación está en penumbra. Desde el otro lado, el mismo puño vuelve a golpear la puerta.

Algo ocurre.

Jack corre hacia la puerta. Lleva puesto un pijama azul y los pies descalzos. Abre la puerta y mira al hombre que se encuentra al otro lado, con el rostro surcado por la preocupación.

—Señor presidente —dice Fred Barker—. Tenemos una situación que debe atender con extrema urgencia.

«Oh, Dios, más hoy no», piensa Jack Norton.

—Me vestiré lo más rápido que pueda, Fred.

El ministro de Defensa asiente con la cabeza. Antes de darse la vuelta y cerrar la puerta, Jack se da cuenta de que tras Barker está también el vicepresidente Ellis. Jack enciende la luz antes de acercarse al armario. En la cama, Jessica protesta y se incorpora con gesto exhausto y los ojos entrecerrados. La tira izquierda del camisón ha resbalado del hombro.

—¿Qué pasa, Jack? —pregunta, molesta.

—No lo sé aún —responde él, vistiéndose lo más deprisa que puede—. Pero es algo urgente.

Ella vuelve a protestar y se tumba de nuevo, tapándose la cabeza con la

almohada. Jack se gira hacia el espejo y se mete la camisa por dentro del pantalón. Se abrocha el cinturón y sale. Antes de cruzar la puerta, apaga la luz con la mano derecha.

De camino hacia el Despacho Oval, Fred Barker y Clinton Ellis informan al presidente Norton de lo que está ocurriendo en Los Ángeles.

Pero volvamos a Los Ángeles, donde gran parte de la zona centro es ya un caos y las primeras barreras colocadas por el ejército están sufriendo para mantenerse, las que aún no han sido superadas. Y mientras el Land Rover conducido por Verónica se aleja en dirección norte por la 101 y el taxi que lleva a Zoe, Duck, Richard y Gabriel se dirige hacia Palm Springs, Aidan Lambert saca la cabeza del agua, tosiendo y luchando por respirar.

Algo estalla sobre el puente del que acaba de saltar. Aidan intenta nadar, pero siente como si tiraran de él hacia abajo. Toma aire y se sumerge. Bajo el agua, se esfuerza para quitarse las botas y regresa a la superficie. Observa las dos orillas. La que le queda a la izquierda está llena de gente corriendo en todas direcciones, y por lo que alcanza a ver, no todas esas personas parecen estar vivas.

Aidan gira a la derecha y patalea, ganándose cada metro hasta que hace pie. Tosiendo y chorreando, Aidan emerge de las aguas oscuras del río. Se detiene un momento para tomar aire, apoyando las manos en las rodillas, y después mira alrededor.

A unos quinientos metros alcanza a ver lo que parece un almacén. Aidan corre hacia allí. Tiene frío, pero no hace caso a esa sensación. Se oculta detrás de coches, contenedores y buzones y observa la situación de la calle antes de seguir corriendo hacia el almacén.

Repuestos Benry.

Cerca de la puerta cerrada del almacén hay una ventana abierta, claramente forzada. Aidan se agacha junto a un todoterreno aparcado en un lateral, frente al almacén. Está a punto de lanzarse a la carrera hacia esa ventana cuando escucha ruidos a su izquierda. Levanta la cabeza para espiar a través de las ventanillas del coche y ve a dos tipos corriendo delante de un grupo de muertos.

Uno de los hombres ya está herido y sangra por una herida en el hombro, pero aún huye a toda velocidad, con ese ansia inherente al ser humano de luchar por cada segundo de vida. El otro tipo tropieza y cae al suelo. El herido no se detiene y la pequeña horda de muertos vivientes alcanza al hombre que ha caído al suelo. Aidan observa cómo arremeten contra él y empiezan su horrible espectáculo de descuartizamiento.

Aidan se siente incapaz de apartar la mirada mientras los monstruos abren en canal al pobre hombre y comienzan a devorar sus órganos, llenándose de sangre y gruñendo como cerdos. Por un segundo, se siente tentado de echar a correr en ese momento. Sabe que alcanzaría la ventana forzada antes de que llegaran hasta él, pero por otro lado, ese es precisamente el problema. Si le descubren, intentarían seguirle al interior del almacén.

Decide esperar un rato más, mientras los muertos continúan con su sangriento banquete.

Al cabo de un instante, los zombies comienzan a levantarse y apartarse del cuerpo del hombre, que ahora tiene el estómago completamente abierto y vacío, con un trozo de intestino sobresaliendo. A Aidan le da la impresión de que deambulan a la espera de dirigir su atención hacia una nueva presa. Siente que se le acelera el corazón.

Está a punto de lanzar un grito cuando el hombre tirado en la calle y con un agujero en el estómago del tamaño de una bala de cañón se incorpora e intenta levantarse con movimientos torpes. Se tapa la boca con las dos manos para evitar hacer ningún ruido y atraer a los muertos hacia él.

Uno de ellos lanza un gruñido al aire y comienza a correr hacia una calle que lleva hacia el norte. Casi al momento, los demás le siguen, incluso el nuevo miembro de su jauría. Aidan espera hasta que les pierde de vista, y aún entonces echa un vistazo a toda la calle, asegurándose de que no hay ninguno de esos seres a la vista.

Sólo entonces cruza la calle hacia Repuestos Benry, apoya las manos en el quicio y salta al interior.

Se queda quieto junto a la pared, esperando a que sus ojos se habitúen a la penumbra, atento al mínimo ruido y dispuesto a volver a saltar de regreso a la calle si siente el menor peligro.

Pronto, sus ojos se acostumbran a la oscuridad. Aidan comprueba que Repuestos Benry es un almacén lleno de hileras de estanterías con miles de piezas de automóvil en cajas que llegan hasta el techo. Se acerca a la primera estantería y coge, poniendo especial cuidado en no provocar el menor ruido, una palanca. Inmediatamente, se siente más seguro.

Avanza hacia la izquierda. Siente dolor en el pie derecho, que le hace cojear. Se mira la planta y ve que tiene un feo corte desde el nacimiento del pulgar hasta el centro del pie y va dejando medias huellas de sangre en el suelo. Mira atrás y ve cristales que provienen de la ventana forzada. Ha pisado uno de ellos y se ha cortado. Le sorprende lo que es capaz de hacer la adrenalina con la mente humana, pues no se había dado cuenta hasta ese momento. Los dos dedos de la mano que alguien le rompió de un pisotón en el puente de la calle Slauton son como una pulsación, a veces dolor, a veces entumecimiento.

Apoyando sólo la punta del pie para minimizar el dolor, Aidan avanza con pasos lentos, mirando en cada pasillo. Se detiene al escuchar un golpe lejano. Entrecierra los ojos mientras se concentra en ubicar el sonido. Le parece que proviene del fondo del almacén. Maldiciendo en silencio, Aidan se introduce en uno de los oscuros pasillos y avanza, sujetando la palanca en la mano derecha, entre antenas, tubos de escape y limpiaparabrisas.

Entonces escucha claramente el gruñido, seguido de más golpes, como si alguien agitara una plancha de metal. Y por debajo, un llanto. O lo que realmente le parece un llanto a Aidan.

—Mierda —murmura.

Avanza más deprisa, olvidándose de la herida y de los latigazos de dolor que le

suben por la pierna cada vez que apoya la planta del pie. Descubre una escalera que sube al fondo. Los golpes provienen del piso superior, y desde allí, Aidan puede oír claramente que alguien está llorando. Los golpes son constantes, rotos de vez en cuando por uno de esos sonidos similares a gruñidos que emiten los zombies.

Comienza a subir la escalera sabiendo que no debería hacerlo.

Se pega a la pared y se detiene al llegar arriba. Asoma la cabeza. A unos cuatro metros y medio ve a una chica, de unos veinte años, acurrucada en el suelo dentro de una zona separada del resto por una verja endeble. A este lado, un hombre gordo en camiseta de tirantes agita la verja con furia, intentando atravesarla y alcanzar a la chica. Viendo cómo se dobla la verja cada vez que el muerto la agita, Aidan sabe que no durará mucho más tiempo.

—¡Eh, tú, puto gordo!

La chica y el gordo se giran al mismo tiempo para mirarle. Ella con expresión esperanzada, él con la cara tan destrozada y llena de sangre que es imposible imaginar cómo fue el hombre antes de morir. De inmediato, el gordo arremete contra Aidan. Este grita al tiempo que levanta la palanca y lanza un golpe con todas sus fuerzas, directo a la cabeza del hombre gordo.

El golpe hace que el cuello del muerto gire de forma brusca hacia un lado y el tipo caiga al suelo de cara. Aidan siente la presión del golpe subiéndole por los brazos hasta los hombros, y después retrocede, sin dejar de mirar al zombie. Con un gruñido animal, el gordo empieza a levantarse de nuevo.

—Ah, no, una mierda.

Aidan coloca un pie a cada lado de la cintura del muerto y levanta la palanca por encima de su cabeza. Coge todo el aire que puede, y recuerda una entrevista que vio en la televisión hace tiempo, donde un bombero explicaba la forma en que se debe golpear una puerta con el hacha para abrirla, cómo se tomaba aire y se expulsaba un momento antes de que el hacha golpeará la puerta, para imprimirle más fuerza al impacto.

Cuando baja la palanca, directa a la parte trasera de la cabeza del hombre gordo, Aidan deja que todo el aire que tiene en los pulmones salga de golpe, con un gemido de esfuerzo. La palanca se hunde en el cerebro del tipo, emitiendo un sonido similar al que hace un cuchillo al partir una manzana. El gordo se queda inerte y cae al suelo.

Jadeando, Aidan intenta recuperar la palanca pero no logra desencajarla, así que desiste. Se gira hacia la chica.

—Hola —dice—, me llamo Aidan Lambert.

La joven le observa con la boca abierta. Es morena, con el pelo liso y recogido en una coleta alta. Lleva la cara muy pintada, aunque el llanto ha hecho que el rímel se corra y cree surcos negros desde sus ojos hasta la barbilla, y pendientes de aro que cabrían en las muñecas de Aidan. Lleva puesta una camisa blanca y una falda negra más corta de lo que cualquier padre aprobaría. Cuando se pone en pie, sin dejar de mirarle, Aidan comprueba que está rellena. No es gorda, pero tampoco delgada.



—Rachel Carlson.

—Aguanta un segundo, Rachel. Ahora mismo te saco de ahí.

Aidan se acerca a la verja. Junto a la pared hay una puerta. Rachel le enseña la llave y Aidan sonrío.

—Adelante.

Rachel abre la puerta y sale. Su mirada no se separa ni un momento del gordo y del charco que empieza a formarse alrededor de su cabeza.

—No volverá a levantarse, te lo aseguro.

Rachel mira. Tiene la expresión de una niña que acaba de ver al coco dentro del armario.

—Es mi padre.

Aidan se queda sin palabras. No sabe qué responder a eso, así que aparta la mirada.

—Lo siento —dice.

—Gracias por sacarme de aquí. Creí que iba a matarme.

*Probablemente lo hubiera hecho.*

—De nada.

Aidan vuelve a mirar a la chica y se encoge de hombros. Se da cuenta de que ella tiene una herida en la mano izquierda, y que claramente es un mordisco. Puede ver las marcas de los dientes. Aidan piensa que se ocupará de eso más tarde.

—¿Este almacén tiene acceso a la azotea? —le pregunta.

—Sí.

—Me gustaría echar un vistazo antes de decidir qué coño hacer.

Rachel asiente, aunque no está segura de comprender del todo.

—¿Qué está pasando?

—El puto apocalipsis, eso está pasando —responde Aidan, agachándose para coger un martillo de una caja de herramientas. Lo blande en la mano y da un par de golpes en el aire. Satisfecho, se lo guarda en el bolsillo y vuelve a mirar a Rachel—. ¿Me guías?

—Por aquí.

Aidan sigue a la chica. Tiene tiempo de pensar que, tarde o temprano, tendrá que utilizar ese martillo contra Rachel Carlson.

La famosa playa de Venice, en Los Ángeles, también acabará convertida en un matadero, igual que Marina del Rey, donde los zombies ya están dando cuenta de las escasas personas que rondan por allí a estas horas.

En Venice, cerca de donde las olas rompen, un grupo de adolescentes ha encendido una hoguera y se pasan unos a otros botellas de alcohol. Uno de ellos, Jim, se ha traído a la fiesta un radiocasete y ha puesto música rock. Hasta que se acaben las pilas, ha dicho, mientras le daba al play.

Lo mejor de los adolescentes es que sus vidas parecen tan intensas que a veces nos hacen preguntarnos si las nuestras fueron así alguna vez. Jim está liado con esa chica rubia con trenzas y aspirante a actriz. Su nombre es Brenda, y si quieres que te diga la verdad, aunque el mundo no se estuviera yendo al garete y Brenda no muriera dentro de escasos minutos, jamás llegaría a ser más que una recurrente actriz secundaria en películas de serie B. Tal vez Barry Lyndon la hubiese contratado en algunas de sus películas. ¿Te acuerdas de Barry? Salió corriendo como un gato con la cola en llamas cuando los zombies fueron a por él y estuvieron a punto de darle caza. Barry Lyndon tiene preferencia por meter en sus películas actrices bonitas con grandes pechos. Si no son bonitas también le valen, pero lo de los pechos no puede ser de otra manera. Deben ser grandes sí o sí. Y oye, Brenda esa parte la tiene asegurada.

No es ninguna santa, entiéndeme. ¿Ves a ese chico de pelo corto y con un pendiente en la oreja izquierda? Su nombre es Monty y su gran ambición en la vida es convertirse en una estrella de rock. A diferencia de Brenda, él podría conseguirlo en un mundo sin zombies. Es bueno y toca la guitarra como Slash.

Monty y Brenda también están liados, pero eso Jim, por supuesto, no lo sabe. Y ambos llevan esperando toda la noche a que Jim esté tan borracho que no se dé cuenta de la ausencia de Brenda. Jim empieza a estar tocado ya. No deja de hablar a toda velocidad, moviendo las manos sin parar, con algunos de los otros chicos que están en la fiesta. Monty le hace un gesto a Brenda y se aleja, sumiéndose en la oscuridad.

Ella se queda allí un rato más, nerviosa y echando miradas a Jim, pero él está tan ocupado contando lo que sea que esté contando que ni siquiera la mira una sola vez. Al final, Brenda deja su vaso en el suelo y corre.

Cuando se ha alejado lo suficiente como para que sea imposible que la vean desde la hoguera, Brenda se detiene mirando alrededor. No ve a Monty por ninguna parte y está comenzando a asustarse. Aún puede oír la música rock que sale del radiocasete de Jim. En esos momentos está sonando *Smoke on the Water*.

Un pensamiento le cruza la mente: ella puede oírlos a ellos, pero ellos no la oirían a ella si gritase. *En la playa nadie puede oír tus gritos*, piensa. Como en *Alien*.

Surge de la nada. Una mano le agarra el brazo y Brenda se gira dispuesta a dar un

grito y a golpear a quien sea que la haya agarrado, pero se encuentra delante de Monty. El chico está sonriendo, divertido al parecer por haberle dado un susto.

—Capullo, he estado a punto de gritar.

—Me gusta cuando estás a punto de gritar —responde él, cubriéndole después la boca con la suya.

Casi de inmediato, movidos con la pasión del sexo adolescente, sus manos buscan la ropa del otro, tiran de las camisetas, forcejean con los pantalones. Brenda siente el tirón que le despoja de las bragas al mismo tiempo en que mete sus manos bajo los calzoncillos de Monty y manosea su miembro, duro como un tubo de escape. Las manos de él luchan contra el cierre del sujetador de ella, pierden la primera batalla pero logran abrirlo a la segunda. Monty hunde la boca entre sus pechos, como si quisiera devorarlos.

Después la levanta y se deja caer de rodillas. La tumba, de forma delicada, y la penetra. Ella gime y clava sus uñas en la espalda de él. Las olas que rompen se mezclan con los gemidos apagados de ambos. Brenda cruza sus piernas tras la espalda de Monty, que se mueve adelante y atrás, casi sacando su miembro del todo antes de volver a embestirla. Ella le agarra el culo con una mano, mientras la otra sigue cogiéndole la nuca, obligándole a no separar la boca de su cuello. Le siente cada vez más duro allí abajo y ella está a punto de estallar.

—Para —pide de pronto.

Monty se detiene, jadeando, creyendo que se trata de parte del juego sexual que están manteniendo. A veces, a ella le gusta hacerle detenerse por completo, y que ambos aguanten un momento así, sintiéndose. Pero al mirar la cara de ella, ve que está tensa, medio ausente.

—¿Qué pasa? —pregunta, jodido. Aquello le ha cortado el rollo.

—Creo que he oído un grito.

Monty intenta escuchar, pero aparte del sonido del mar y la música que viene desde la fiesta (en estos momentos algo de Scorpions), no oye nada más. Aún no está todo perdido, su miembro sigue estando duro y dentro de ella, así que Monty coloca una de sus manos sobre los grandes pechos de Brenda, la aspirante a actriz, y empieza a moverse otra vez. Brenda le da una bofetada.

—¡Que te pares, joder! —exclama—. Te digo que he oído un grito.

Monty se lleva la mano a la cara, sorprendido. La siente caliente por el golpe. Se incorpora, saliendo de ella por completo y golpeando el suelo con fuerza, y con total intención para que la arena le salpique la vagina.

—Joder, estás como una puta...

No llega a terminar la frase. Alguien está chillando, sin duda. Monty gira la cabeza aterrorizado, ya que nunca en su vida ha escuchado algo que le cale tanto en los huesos como ese sonido. Brenda se pone de pie a su lado y le agarra el brazo. Ambos están mirando hacia la hoguera y ven gente corriendo y peleándose. Al menos eso parece desde donde están.

—¿Qué está pasando, Monty?

—No tengo ni puta idea —contesta él.

Se agacha a recoger sus pantalones. De repente, eso que hace unos segundos estaba duro e inhiesto ahora cuelga flácido y atemorizado. Brenda se da cuenta de que escucha algo más, que parecen pasos que corren hacia ellos. Gira la cabeza hacia la derecha y lanza un grito al ver la sombra de cinco o seis personas que corren en su dirección. No alcanza a verlas bien, por la oscuridad. Si no, el grito hubiera sido aún mayor.

Monty también se gira hacia esas personas. Está desnudo, y eso le hace sentirse incómodo, pero aun así se coloca en una posición de ataque, dispuesto a pelear.

—¿Qué coño queréis? ¡Largaos! —grita.

No le dan opción a pelear. Le derriban a la primera, y aunque Monty lanza sus puños intentando soltarse, no puede evitar que le muerdan. Brenda intenta huir, pero uno de esos zombies arremete contra ella y ambos caen al suelo. Brenda siente la cara del muerto hundiéndose entre sus pechos, como antes lo hiciera la de Monty, y después, el dolor del mordisco. Grita tratando de zafarse y logra darse la vuelta. Vuelven a caer sobre ella y comienzan a devorarla por la espalda y los hombros. Una ola rompe en su cara impidiéndole respirar durante unos momentos. Tiene tiempo de pensar que todo esto resulta muy raro.

¿Recuerdas a Francis Burrough? Es el chico de diecinueve años que huyó de su puesto después de escuchar la transmisión en la que quedaba claro que el puente de Slauson había caído. Al mismo tiempo que un grupo de adolescentes, con su misma edad, es masacrado en Venice, él está huyendo a la carrera de siete zombies.

Se detiene, se da la vuelta, clava una rodilla en tierra, eleva el rifle de asalto que ha robado a un soldado muerto y dispara. Una de las balas impacta en el pecho del muerto más cercano, derribándolo pero no deteniéndolo. Francis se levanta de nuevo y sigue corriendo. Está agotado y sabe que no durará demasiado.

Ha intentado ir hacia el norte, pero se ha dado de bruces con una calle atestada de zombies. Después ha regresado hacia el sur y ahora gira una esquina que le sitúa cerca de Repuestos Benry. Francis ve la ventana forzada por la que antes entrara Aidan Lambert y corre hacia ella, escuchando a los zombies cada vez más cerca de él.

Empiezan a dolerle las piernas.

Salta al interior del almacén y cae al suelo. Algo se le clava en un brazo y el arma rueda por el suelo hasta detenerse a un par de metros. Al intentar levantarse, varios cristales se hunden en su mano. Francis ahoga un grito y gatea hasta el rifle. Lo agarra en el mismo momento en que los zombies llegan hasta la ventana e intentan atravesar el hueco.

Francis se incorpora y corre por el primer pasillo que ve. Choca contra una estantería y derriba dos cajas de repuestos. Las piezas caen al suelo creando un pequeño escándalo. El chico sigue corriendo hasta alcanzar la pared del fondo. Se gira. Los muertos ya están atravesando la ventana. Francis corre hacia las escaleras.

—¡Por aquí! —grita una voz masculina.

Francis levanta la cabeza. En lo alto de las escaleras hay un hombre vestido con un mono azul. Francis sube los escalones de tres en tres. Para entonces, los rugidos de los muertos y sus pasos a la carrera resuenan por todo el almacén.

Aidan se gira antes de que Francis le alcance y desaparece en el segundo piso. Al llegar, el soldado ve el cuerpo de un hombre gordo con algo hundido en su cabeza, en el suelo. El tipo del mono azul corre hacia otra escalera ascendente. Francis le sigue y sube hasta sentir el aire fresco de la noche de nuevo en su cara. Aidan cierra la puerta de la azotea y Rachel coloca una cadena que impedirá que se abra.

Francis se deja caer en el suelo y mira hacia el hombre y la chica que tiene delante.

—Gracias —dice.

—De nada —responde Aidan.

Como si quisieran participar en la conversación, los muertos chocan contra la puerta desde el interior y Rachel da un gritito. Pero la cadena resiste.

—No tendrás una de esas hermosas radios militares para pedir ayuda contigo, ¿verdad, chico? —pregunta Aidan.

—No. Sólo esto —señala el rifle de asalto.

Aidan se encoge de hombros y se acerca al borde de la azotea. Desde donde están se puede verse gran parte del río y de la orilla contraria. El puente Slauson es un infierno de fuego, como parte del parque que hay en la orilla junto a él. Se ven incendios en otras partes de la ciudad, y por todos lados se escuchan disparos y gritos.

—¿Qué hacemos? —pregunta Rachel en voz baja, mirando de vez en cuando hacia la puerta cerrada de la azotea.

—Esperar —responde Aidan—. No hay mucho más que podamos hacer.

—Cuando amanezca, los aviones de rescate nos verán —murmura Francis detrás de ellos.

Aidan le observa con su mejor mirada cínica, pero el soldado no parece darse cuenta.

—Si nos mantenemos en silencio, tal vez se aburran y podamos intentar salir de aquí —propone.

Rachel le mira con pánico en los ojos. Francis simplemente con esa expresión que se le dedica a los locos que hablan solos por la calle a gritos. Pero Aidan ha recibido demasiadas miradas reprobatorias a los largo de su vida como para que vaya a molestarle la de un mocoso, por mucho traje militar que lleve puesto.

Durante toda su vida, Aidan ha hecho siempre lo que ha querido sin importarle lo que piensen los demás de él.

Cierra los ojos, pensando en lo mucho que le gustaría descansar, pensando que tal vez pueda hacerlo, simplemente tumbarse en el suelo y dejarse llevar por el cansancio que le arrastre hasta el sueño. No necesita demasiado, porque nunca ha sido un hombre que duerma mucho, pero agradecería poder descansar un par de horas. Piensa en eso, en que se lo dirá a los dos chicos y les explicará que pensará mejor cuando tenga la cabeza despejada.

Se pregunta si podrá dormir con todo ese ruido. El que se escucha en toda la ciudad, los golpes en la puerta metálica, los gruñidos y alaridos de los zombies que quieren atravesarla para comerles y ese zumbido creciente.

Aidan abre los ojos con un nudo en la garganta que le impide respirar, y mira al cielo.

Lo que escucha es el atronador rugido de la muerte.

Pero retrocedamos en el tiempo. A veces, para poder visualizar la imagen global de los acontecimientos es necesario moverse a través del tiempo, sinuosamente, como una serpiente. Ven, vamos hasta Washington D. C. y entremos en la Casa Blanca. ¿Cuánta gente crees que puede alardear de haber entrado en la Casa Blanca? Y no me refiero en plan visita de museo siguiendo la línea amarilla.

Nuestro destino, ahora, es el Despacho Oval, el que tantas veces hemos visto en películas y series de televisión como el lugar central desde el que se dirige el mundo, o se lucha políticamente para defender a Estados Unidos de las crisis más variopintas y terribles.

Fred Barker y el vicepresidente Ellis acaban de informar al presidente Norton de la situación en Los Ángeles y de cómo se está deteriorando por momentos. El secretario general también está presente. El rostro de Jack Norton está cruzado por una expresión de angustia que partiría el alma a cualquiera. Fred Barker está escuchando lo que le cuentan a través de un teléfono. Cuelga el aparato en cuanto nosotros llegamos.

—Hemos perdido el puente de Baldini y en Florence están en problemas.

El presidente deja escapar un suspiro de horror. En la pared hay una pantalla que muestra un mapa de Los Ángeles.

—Dios santo —murmura.

—El grupo del coronel Trask ha establecido una segunda línea de barricadas por el este a la altura de la 605 —dice Barker, sentándose frente al presidente—, y ahora están avanzando como un comando especial en dirección a la intersección de Garfield y Slauson. Pretenden prestar auxilio a los soldados que aún resisten en el puente de Gage.

El puente de la avenida Gage se sitúa entre el puente de Slauson y el de Florence. Después de que los militares perdieran la posición en Slauson, los zombies están cercando a los militares establecidos en Gage. Cuando recibieron la orden de abandonar el puente y retroceder hasta la carretera 605, donde se estaban estableciendo nuevas barricadas, el teniente al mando del grupo en Gage, un tal Forrest Dawson, se negó a hacerlo.

Cuando le preguntaron por qué, Dawson explicó que estaban prestando ayuda a un grupo de civiles, pero si intentaban huir no podrían llevarles a todos en los camiones y que sus hombres, y él mismo, estaban dispuestos a resistir en el puente para proteger a los civiles, y, si la situación empeoraba, cederían los camiones a los civiles y ellos se quedarían atrás.

El propio Barney Ayes intentó que Dawson entrara en razón, pero este contestó que la decisión estaba tomada y no cambiaría. Y Ayes no había insistido, pero en cambio había llamado a su superior. El coronel Bernard Trask había respondido al teléfono al primer tono, y Ayes le había explicado la situación.

—Señor —le había dicho Ayes—, Anderson está perfectamente preparado para hacerse cargo de la situación, ahora que la ha entendido correctamente.

—Ayes, Los Ángeles no es Castle Hill —advirtió Trask.

—Lo sabemos, coronel, pero queremos intentarlo.

Bernard Trask, en el avión, se pasó la mano por la cara y suspiró, sabiendo que la decisión de Ayes era la misma que él había tomado respecto a Castle Hill, aunque todos le advirtieron una y otra vez que era un suicidio entrar en el pueblo infectado.

—Informaré a Fred Barker que el mando en Los Ángeles vuelve a estar en manos de Anderson —dijo, finalmente.

—Gracias, señor.

—Ayes... ocúpate de que todos volváis vivos.

—Lo haré, señor.

Y ahora, el grupo de intervención especial de Bernard Trask, apenas ocho hombres comandados por Barney Ayes, recorrían la avenida Slauson al trote, con la intención de alcanzar el puente Gage antes de que Dawson y sus hombres fueran incapaces de mantener la posición por más tiempo.

El presidente levanta la vista y mira hacia Barker y Ellis.

—Caballeros, la situación empieza a volverse insostenible y estoy abierto a escuchar opciones.

—Deberíamos confiar en que las nuevas barricadas consigan detener el avance de la infección —dice el vicepresidente, en voz tan baja que cuesta oírle y entenderle.

—Señor presidente —el tono de voz de Fred Barker es solemne, como el de los sacerdotes al dar un sermón—, sé que siempre me toca el papel de villano en estas situaciones, pero me gustaría recalcar que lo que ha pasado en el puente de Slauson y en el de Bandini probablemente se repetirá en las nuevas barricadas. Nuestros soldados se enfrentan a un enemigo implacable e incansable.

—Quieres decir que no confías en la efectividad del plan —aclara el presidente.

Fred asiente. A Jack Norton le gustaría no ser presidente en este momento. Baja la mirada.

—En realidad, el coronel Bernard Trask ya hizo alusión a este dato, y es posible que la infección ya haya superado esa barrera. Nos llevaba algo más de una hora cuando el ejército fue informado.

—¿De qué estamos hablando, Fred?

Fred Barker admira a Jack Norton porque no le gusta andarse por las ramas, además de por su innegable capacidad de liderazgo.

—Napalm —responde—. O nuclear.

Al suspiro tenso del vicepresidente se le une un «Oh, Dios mío» del secretario general. Jack se lleva las manos a la cabeza y parece hundirse en el sofá. Fred le observa respirar hondo, tratando de coger fuerzas o de pensar con claridad, pero sin apartar las manos de la cabeza. Cuando vuelve a mirar a los hombres que se encuentran con él en el Despacho, a Fred le impresiona ver lágrimas en sus ojos.



—Quiero hablar con Kurt Dysinger —dice.

—Señor presidente, le recuerdo que el tiempo es crucial, porque cuanto más tardemos, más opciones tiene la infección de escapar a nuestro radio de acción.

—Lo sé, Fred, pero quiero hablar con el doctor Dysinger.

Fred asiente. Medio minuto después, los rostros de Kurt y Bernard aparecen en la pantalla plana situada en el lateral del Despacho Oval.

—Buenas noches, señor presidente —saluda Kurt, un poco intimidado.

—Doctor Dysinger, asumiré que el coronel le ha puesto al corriente de la situación.

—Así es, señor presidente.

—Llámeme Jack, Kurt.

Kurt asiente con la cabeza, nervioso.

—Mis asesores dudan de la capacidad del ejército para contener la infección en Los Ángeles de la misma manera que se contuvo en Castle Hill —continúa el presidente—, y creen que a estas alturas podría estar extendiéndose más allá de la zona delimitada.

—Algún zombie podría haber cruzado antes de que llegaran los soldados —concede Kurt, cabizbajo. Después, dudando, levanta la mirada y la clava en su pantalla, en el rostro del presidente—. Y también, alguien podría haber sido mordido y haber huido.

*Igual que ayer algo escapó de Castle Hill.*

El presidente resopla y se pasa la mano derecha por la cabeza.

—Se han barajado dos opciones, Kurt. Napalm y una bomba nuclear.

Kurt reacciona como si le hubieran golpeado en el estómago, pero no aparta la vista de la pantalla.

—Me gustaría saber si usted puede proponer otra opción que no equivalga a sentenciar la vida de todos los inocentes que residen en la zona y alrededores.

—Señor presidente... —a Kurt le cuesta hablar—... debido a la naturaleza de... de los zombies... cualquier otro tipo de bomba sería inútil, tal vez incluso perjudicial, porque no les mataría. Tal vez les dañaría, y dejara a algunos inmóviles, o tan debilitados que sólo puedan arrastrarse, pero no les mataría. Y sin embargo, sí mataría a la gente que siga viva en la zona. No todos ellos habrán tenido contacto con el virus, pero no podemos asegurar que los que sí lo han hecho no regresen a la vida igualmente.

El presidente menea la cabeza, con desesperación.

—¿Y la bomba nuclear? —pregunta Fred Barker.

Kurt no responde inmediatamente. Se queda pensativo durante un momento. Finalmente, suspira con resignación.

—No creo que sea la mejor opción —sentencia—. Su poder destructivo no aseguraría la victoria, y los efectos a largo plazo serían terribles. La bomba desintegrará al grueso de los infectados, pero algunos puede que sobrevivan. Matará a

mucha gente que viva en las zonas cercanas de Los Ángeles, como por ejemplo Ventura, Riverside o Santa Ana. En teoría esa gente que muera no debería levantarse porque no han sido expuestos al virus, pero, sinceramente, señor presidente, ya no me veo capaz de asegurar nada al cien por cien.

—Caballeros —Jack Norton vuelve a adquirir ese porte de líder que le abrió el camino hasta la Casa Blanca durante la campaña de las elecciones, aunque a Fred Barker le parece un hombre agotado y desesperado—, estamos hablando de lanzar una bomba nuclear sobre territorio estadounidense, sobre la ciudad de Los Ángeles nada menos, como una medida preventiva que puede que salga bien o puede que no. Y quiero dejar esto claro, porque lo que estamos hablando no es algo que pueda decidirse a la ligera. Si lanzamos esa bomba y conseguimos detener la expansión del virus, habremos matado a millones de personas inocentes, perderemos gran parte del territorio californiano durante, ¿cuánto? ¿cincuenta años? ¿cien?

El presidente Norton les mira a todos ellos mientras hablan, centrando la atención en cada uno de ellos durante un momento.

—Durante los años venideros, la gente que sobreviva en las áreas cercanas tendrá malformaciones y mutaciones, por no hablar de efectos colaterales como la lluvia radiactiva, todos conocemos Chernobyl, y todo eso estará en nuestras manos, pero habremos salvado al mundo, y a este país, del Cuarto Jinete. Por otro lado, nada nos asegura que logremos ese objetivo, y de no hacerlo, obtendremos el mismo resultado y dentro de unas semanas todo este país habrá sido arrasado por... muertos vivientes.

Las últimas dos palabras salen de la boca del presidente de forma forzada, como si en realidad le avergonzara pronunciarlas. En el Despacho Oval todos escuchan en un solemne silencio. En el avión que se dirige hacia Washington, Kurt y Bernard también están aguantando la respiración.

—Eso es lo que estamos juzgando ahora mismo, señores, y asumiré las consecuencias de lo que decidamos, pero tenemos que hacerlo ya.

—Hacer que Los Ángeles desaparezca del mapa —murmura el vicepresidente.

—Señor —vuelve a ser Kurt. El presidente fija la mirada en la pantalla, donde Kurt parece más pálido que un momento antes—, en realidad creo que su estimación peca de corta. No quiero ofenderle, señor presidente, pero para arrasar una zona del tamaño de la que ahora mismo ocupan los zombies necesitaríamos lanzar al menos tres bombas, más otras complementarias. En total, puede que estemos hablando de unos veinte megatones. La radiación alcanzaría sin duda al norte de México. San Francisco sufriría por la lluvia radiactiva. Probablemente los efectos lleguen hasta Alburquerque o Salt Lake City.

—¿Y el napalm? —es Fred Barker quien hace la pregunta.

—Con el napalm podemos arrasar la ciudad igualmente, pero al menos la mayoría de los edificios se mantendrían en pie. Tampoco nos asegura una victoria total, porque no todos los zombies perecerán por el calor o el fuego, pero si mantenemos las barricadas más alejadas, puede que lo logremos.

Se hace el silencio. El teléfono de Fred Barker suena, rompiendo la tensión del momento. El ministro de Defensa responde.

—Fred Barker —dice. Y después, escucha, mientras todos los presentes en la sala le observan atentamente. La expresión de Barker, sin embargo, les aclara a todos los demás que se trata, una vez más, de malas noticias.

Barker cuelga, y mira hacia el presidente.

—Era Anderson. Al parecer hay informes de violencia callejera y hombres devorando a otros en South Pasadena.

—¿Qué? —el presidente se pone en pie y se tapa la boca con ambas manos.

—South Pasadena está fuera de la zona de contención —es el vicepresidente Ellis, cuyo rostro parece haber envejecido diez años en las últimas veinticuatro horas.

—Varios kilómetros fuera, sí —admite Barker.

—¿Cuánto tiempo tardarían en estar en el aire? —pregunta el presidente, mirando fijamente a su ministro de Defensa.

—Veinte minutos, señor.

El presidente cierra los ojos, y durante los instantes que siguen, todos contienen la respiración. Pareciera como si el tiempo se hubiera detenido. Finalmente, Jack Norton asiente con la cabeza.

—Hágalo.

Fred Barker se gira de inmediato hacia el teléfono negro que hay encima de una mesita, y marca una serie de números. Jack Norton no pierde el tiempo, se gira hacia la pantalla y mira a Kurt y a Bernard.

—Coronel Trask, avise a sus hombres y al coronel Anderson, que retire a las tropas inmediatamente y establezcan un nuevo perímetro más allá de la zona de impacto.

—Sí, señor.

—Que Dios nos proteja, caballeros.

Después de avisar al coronel Anderson para que pusiera en marcha la retirada de las tropas, Bernard llamó a Barney Ayes. El teléfono dio cuatro tonos antes de ser respondido, y no fue Ayes el que contestó, sino Montoya. Se escuchaban gritos y disparos al otro lado.

—Montoya, ¿cuál es la situación?

—Señor, hemos sido incapaces de alcanzar el puente Gage. Nos encontramos sitiados en un edificio en la avenida Eastern. Barney Ayes y Stanley Trenton han muerto, señor.

Bernard cerró los ojos.

—¿Podéis salir de ahí? —pregunta.

—Por el momento lo dudo, señor.

—Montoya, van a bombardear Los Ángeles con napalm. Les quedan dieciséis minutos para salir del radio del ataque.

—Señor, me temo que... —Montoya se aparta el teléfono de la cara y Bernard le oye gritar—. ¡Cuidado a las tres! ¡Me cago en la puta!

Una ráfaga de disparos hace que Bernard se aparte el teléfono de la cara.

—¡Señor! —Montoya vuelve a hablarle—, ha sido un placer trabajar a sus órdenes, señor.

—Lo mismo digo, Montoya.

La comunicación se corta. Bernard imagina que Montoya ha colgado el teléfono. Con sensación de creciente desasosiego, Bernard deja el suyo en el sillón de cuero del avión y siente ganas de llorar, por primera vez en mucho tiempo. Da un furioso puñetazo al respaldo del asiento y grita.

Kurt le mira, pero no se acerca. A veces, a la gente hay que dejarla lidiar en solitario con sus penas.

El napalm es gasolina gelatinizada. En el caso de la mezcla que se arroja sobre Los Ángeles, se trata de napalm enriquecido con sodio, fósforo, benceno y poliestireno, capaz de producir temperaturas superiores a los dos mil grados centígrados, capaz de incinerar toda forma de vida, dejando edificios y objetos intactos por su capacidad de expandirse por el oxígeno.

Cuando se arroja napalm, el oxígeno de la zona es sustituido por monóxido de carbono debido a la combustión incompleta, por lo que, hablando de seres vivos, los que no mueren debido al fuego o las altas temperaturas lo hacen asfixiados.

Más de cien helicópteros sobrevuelan Los Ángeles, arrojando sobre la ciudad la mortífera carga.

El napalm cae sobre las calles de la ciudad, como una lluvia de fuego dispuesta a incinerar todo lo que sea susceptible de arder. No puedes negarme que, desde lejos, no te hace pensar en la venganza de Dios sobre Sodoma y Gomorra.

O, si te gusta el cine, en Apocalipsis Now.

Bye, bye, Hollywood.

Cuando Aidan Lambert mira al cielo, ya sabe lo que significa ese zumbido que se incrementa. No necesita ver las luces de los helicópteros acercándose a la ciudad para saber lo que ocurre.

Ok, no está seguro de cuál será el medio, pero te aseguro que Aidan Lambert es lo suficientemente inteligente como para saber que el mejor disparo que pueden hacer para intentar solucionar el infierno en que se está convirtiendo Los Ángeles pasa por eliminar el problema de raíz.

Y de forma fulminante.

Cree que será algo nuclear.

Cuando el napalm es arrojado sobre la ciudad, el área comprendida entre Pasadena y Lakewood, entre la costa y Pico Rivera, aproximadamente unos treinta kilómetros cuadrados de ciudad, se ven envueltos en un infierno de fuego. Aidan se da la vuelta, pero apenas recorre tres metros sobre la azotea de Repuestos Benry antes de ser calcinado.

El calor convierte el centro de Los Ángeles en un gigantesco horno capaz de desintegrar personas, zombies y animales por igual. El cuerpo de Jason Fletcher queda reducido a cenizas cerca del hospital de Hungtinton Park mientras devora con avidez los pedazos de carne que arranca de una enfermera a la que acaba de atrapar. Los coches explotan, las ventanas de los edificios se quiebran en mil pedazos mientras muchos estallan en llamas, que pronto empiezan a extenderse también por las zonas cercanas. Los barrios colindantes a Pasadena (Altadena, Glendale y Arcadia) sucumben a los incendios posteriores al ataque. Por el sur, el fuego alcanza Long Beach en las dos primeras horas.

Por el este, los bomberos y el ejército intentarán mantener a raya el fuego a la altura de la 605. Al menos al principio. Cuando se haga evidente que la epidemia está lejos de acabar, el fuego dejará de ser la mayor de las preocupaciones. En los tres días siguientes, el noventa y cinco por ciento de la ciudad arderá sin pausa y sin nadie que haga frente a las llamas. El cuarto día, una providencial tormenta apagará la mayoría de esos fuegos. Algunos edificios seguirán ardiendo, pero para entonces, a nadie le preocupará lo más mínimo la meca del cine.

—¡Ostia puta!

El resplandor naranja hace que Verónica aparte la vista de la carretera por un momento y mire el espejo retrovisor. Al darse cuenta de lo que ocurre, pisa el freno de forma inconsciente, ganándose el pitido de otro coche que pasa junto al Land Rover a toda velocidad.

Se detiene en el arcén, completamente anonadada, y se da la vuelta en el asiento.

El frenazo ha despertado a todos.

Un momento después, las puertas del Land Rover se abren. Verónica es la primera en salir, con la vista fija en el skyline de Los Ángeles, que ahora parece estar completamente en llamas. Muchos coches se están parando en ambos sentidos de la autopista. La gente se baja de ellos y mira la ciudad con la misma expresión alucinada.

—Dios santo —murmura Stan Marshall.

Brad Blueman está tan aturdido por la emoción y el pánico que le embarga que ni siquiera es capaz de levantar la cámara para tirar un par de fotos. Mark abraza a Paula con fuerza. Patrick desciende hasta quedar en cuclillas, tapándose la boca con las dos manos. Un par de lágrimas recorren las mejillas de Ozzy. Y en la gente que está cerca de ellos, observando el tétrico espectáculo, podemos observar las mismas expresiones de horror, aturdimiento y emoción. Probablemente, la última vez que viste expresiones multitudinarias como estas fue durante el tristemente célebre 11-S.

—Ha sido Al Qaeda —murmura alguien, golpeando el techo de su propio coche con rabia—. ¡Estoy seguro!

—¿Ha sido una bomba nuclear? —en este caso, la que habla es una mujer, que no puede evitar que su voz, llena de emoción, suene aguda como un silbato.

—No ha habido hongo —responde otro hombre, con una gorra de Los Ángeles Lakers.

—Desde aquí parece que han atacado a toda la ciudad —añade un anciano que abraza a su mujer mientras ella llora en su hombro.

Poco a poco, los murmullos de indignación, coraje y tristeza empiezan a subir de volumen y a convertirse en verdaderas conversaciones. Patrick se incorpora y se acerca a Verónica y Mark.

—Creo que deberíamos seguir —dice.

—¿Piensas que lo habrán conseguido? —pregunta Mark, incapaz de apartar la mirada del resplandor naranja en que se ha convertido Los Ángeles.

Patrick no responde.

—Si nosotros hemos llegado hasta aquí —dice Verónica, regresando hacia el coche—, cualquiera con una herida o infectado de otra manera puede haberlo hecho.

Verónica cierra la puerta. El resto regresa al interior del coche. Stan tira de la manga de Brad para hacerle reaccionar, y el periodista se lanza sobre su asiento.

Antes de cerrar la puerta, Mark observa la cantidad de vehículos que hay en la autopista por detrás de ellos y hasta donde se pierde la vista tras una curva y un cambio de rasante, coches que salían de la ciudad igual que ellos. Cualquiera de esos vehículos puede llevar a alguien infectado en su interior. Ellos mismos pueden estar transportando el virus, de la misma manera en que alguien lo llevó hasta el Radisson Hotel.

El sentimiento de ser apenas una hormiga incapaz de hacer nada para luchar contra el destino le abruma. Es la mano de Paula, cerrándose sobre la suya, la que le devuelve a la realidad.

Verónica arranca el motor del Land Rover y comienza a avanzar sorteando los coches que se han detenido y a sus ocupantes que han salido para contemplar el incendio. En su interior, todos van en silencio. El llanto contenido de Ozzy es lo único que escuchan durante los siguientes minutos.



Bastantes kilómetros al sudeste, Hamza también alza la vista hacia el repentino resplandor naranja que llena su espejo retrovisor. Para entonces, el taxi está entrando en Palm Springs, pero Hamza queda tan sorprendido por la imagen de las llamas alzándose sobre Los Ángeles que descuida la carretera. El taxi golpea el quitamiedos del arcén, Hamza intenta enderezar el vehículo, pero este rebota y regresa al asfalto estampándose contra un camión de reparto que se ha detenido.

El golpe no es brusco, pero es suficiente para lanzar a Zoe, Duck y Gabriel contra los asientos delanteros. Richard despierta de golpe y mira a su alrededor, con ojos aterrorizados y los puños cerrados, dispuesto a pelear. Se calma al ver que no hay muertos rodeando el vehículo.

—Joder —murmura Duck.

Richard se gira, y su boca se abre al ver el skyline de la ciudad envuelto en llamas. Se frota los ojos, por si acaso fuera sólo un sueño.

El dueño del camión se ha acercado a ellos y Hamza abre la puerta para hablar con él. Dentro del coche, Gabriel mira a los demás, asustado.

—¿Creéis que ha sido el gobierno?

—Por supuesto que han sido ellos, hijo —responde Richard.

—Madre mía —Duck abre la puerta trasera y sale al exterior. A su espalda, Hamza le está explicando al conductor del camión que se ha distraído al ver la explosión. Duck se aleja de ellos un par de pasos, con la vista fija en la ciudad en llamas.

Zoe, Gabriel y Richard también se bajan del coche. La mujer, por lo general sonriente y cerebral, está llorando. Gabriel le pone una mano en el hombro, no tanto porque quiera ofrecerle consuelo sino porque él también necesita el contacto.

Pero es dos coches más allá donde debemos fijar nuestra atención, junto al Chevrolet rojo con llamaradas pintadas sobre el capó y luces de neón moradas iluminando los bajos. El dueño de ese Chevrolet responde al nombre de Jerome, y es ese tipo que parece salido de una revista de culturismo, el que lleva el pelo rapado al cero y los musculosos brazos tatuados con calaveras y parafernalia bélica. Si pudiéramos verle sin camiseta, comprobarías que sobre el corazón lleva tatuada una esvástica. Jerome es un tipo de convicciones reales que gira la cabeza al escuchar el acento árabe que habla sobre no poder esquivar al camión.

Cuando Jerome echa a andar hacia el taxi, sus ojos inyectados en sangre están profundamente clavados en la espalda de Hamza, surcados por un odio a las razas que ha cruzado generaciones en su familia. Su rostro, anguloso hasta el punto de parecer tallado, está tenso.

Pasa junto a Duck y le deja atrás. El conductor del camión de reparto levanta la vista un momento antes de que Jerome les alcance, agarre a Hamza por los hombros y le lance contra el taxi.

—¡Habéis sido vosotros, árabes hijos de puta! —grita, escupiendo saliva entre los dientes.

Jerome se lanza sobre Hamza, que levanta los brazos intentando defenderse. Cuando comienza a golpearle, el conductor del camión se aleja. Duck se gira. La gente que se encuentra cerca se está acercando, con esa fascinación morbosa que hace que todo el mundo pise el freno al ver un accidente de coche en la carretera. Corre hacia Jerome e intenta meterse entre él y Hamza.

—¡Quieto! —grita.

—¡Han sido estos tíos! —le grita Jerome a la cara—. ¡Los hijos de puta quieren destruir Estados Unidos! —Jerome empuja a Duck a un lado y señala a Hamza—. Pero ahora vas a ver, mono de mierda.

Levanta el puño para volverlo a estampar contra el rostro ensangrentado del taxista, pero entonces Duck le agarra el brazo. Gabriel corre junto a su amigo y le ayuda a separar a Jerome de Hamza.

—¿Por qué le defendéis? —grita Jerome, exaltado.

Duck se da cuenta de que varias de las personas que se han acercado a mirar empiezan a murmurar señalando hacia Hamza. Y todos parecen cabreados. Duck sabe que están a punto de traspasar la barrera que separa la cordura del linchamiento popular.

—¡Él no ha hecho nada! —responde, en voz lo suficientemente alta como para que le oigan.

—¡Es un puto terrorista! —grita Jerome, intentando soltarse. Duck le empuja hacia atrás y levanta las manos, pacificador.

—¡Hijo de puta! —grita alguien.

Duck y Gabriel retroceden un par de pasos, observando al grupo de personas que se encuentran cada vez más cerca de ellos. Jerome les observa con una sonrisa torcida en el rostro. Tras ellos, Richard ayuda a Hamza a incorporarse. El taxista tiene la nariz rota y el labio superior partido. Le falta un diente. Su barbilla y su ropa están manchándose de sangre.

—¡Apartaos! —exige Jerome, cerrando los puños—. No quiero haceros nada a vosotros, pero ese Alí Babá de mierda tiene que recibir su parte.

Gabriel mira a Duck y después a la muchedumbre, que cada vez se parece más a un pelotón de fusilamiento.

—Duck, tal vez deberíamos...

—¡Es inocente! —asegura Duck—. Es un taxista, por el amor de Dios...

—¡Su gente es responsable de la muerte de muchos americanos inocentes y debe pagar por ello! —grita Jerome, levantando un grito exaltado por parte del público.

—Tu gente es responsable de la muerte de seis millones de judíos. Tal vez deberíamos darte una paliza a ti.

Richard Jewel ni siquiera levanta la voz cuando habla, pero en estos treinta metros cuadrados de la autopista 10, cercanos a Palm Springs, se hace el silencio

después de su sentencia. Duck Motton olvida por un momento a Jerome y gira la cabeza para mirar a Richard con expresión de perplejidad.

—¿Qué coño has dicho? —Jerome ya no suena tan seguro de sí mismo como antes.

—He dicho exactamente lo que has oído —responde Richard—. Si es que tu cerebro de chorlito es capaz de procesar más de una frase a la vez.

Jerome alza un puño cerrado, señalando hacia Richard Jewel.

—No eres más que un borracho de mierda y estás protegiendo a un terrorista.

Richard se encoge de hombros.

Pero Jerome se da cuenta de que ha perdido el favor de la gente. Todos murmuran y alternan las miradas entre la escena que tienen delante y la que ocurre en el horizonte, al oeste.

Finalmente, Jerome se aleja dando largas zancadas hacia su Chevrolet tuneado. Duck lanza un suspiro de alivio y se acerca a Richard Jewel y Hamza.

—Gracias —les dice el taxista.

Zoe le ofrece un pañuelo. Hamza lo coge y presiona contra el labio y la nariz.

—Si no te importa, compañero, seguiré conduciendo yo —dice Duck.

Tal vez recuerdes a Marcus Bodganovich, el agente que huyó de la zona infectada con un mordisco en la pierna derecha y abandonando a su compañero.

Marcus fue un buen policía, tal vez algo reservado, pero hacía bien su trabajo y era lo suficientemente inteligente como para afrontar casos de distinta índole y solucionarlos. A lo largo de su vida, y antes del día de hoy, apenas había disparado su arma reglamentaria en dos ocasiones. La primera de ellas, durante una redada en casa de unos sospechosos de haber fabricado explosivos. Uno de los sospechosos atacó a su compañero con un cuchillo de cocina tamaño XXL y Bodganovich le reventó el pecho con dos disparos.

La segunda vez fue durante una patrulla. Él y su compañero de aquel entonces se encontraron con una riña familiar en la calle. El marido, evidentemente borracho, estaba golpeando de forma salvaje a su mujer, mientras la hija de ambos, de unos cinco años, lo veía todo y trataba de separar al hombre de su madre. Los dos agentes le pidieron que se detuviera, pero el hombre no hizo caso. Mientras ellos se acercaban pidiéndole que se parara, el hombre se giró hacia la niña y levantó el puño. Marcus le disparó por la espalda.

Hace cuatro años se casó con su mejor amiga desde la universidad. Intentaron tener hijos, pero ella no logró quedarse embarazada. Esta misma mañana, ella se hizo la prueba y dio positivo. Cuando el napalm cayó sobre la ciudad, ella estaba dentro de su casa, aterrorizada y oculta en su habitación, tapándose los oídos para no escuchar los gritos que provenían del resto del edificio y del exterior, donde sus vecinos estaban muriendo y devorándose unos a otros. En el salón, la mesa estaba puesta, con mantel y vajilla de ocasiones especiales y dos velas esperando ser encendidas. En el horno, el pavo asado estaba ya frío. Ella se preguntaba una y otra vez dónde estaba Marcus y cuando volvería.

El napalm la mató en los primeros cuarenta y cinco segundos. Su edificio fue consumido por las llamas, desintegrando todo rastro de los preparativos que pensaba utilizar para sorprender a Marcus. Adiós al pavo, al mantel y la vajilla, a las velas, y a la pequeña tira blanca con marcas rosas indicando un positivo.

Marcus nunca llegará a saber que su mujer estaba embarazada, a menos que exista otra vida más allá.

Pero Marcus ni siquiera era consciente de sus últimos momentos. Condujo en dirección este, y lo verdaderamente impactante es que no estrellara el coche en ningún momento, perdiendo sangre por la herida de la pierna y aturdido por lo ocurrido. Para cuando el napalm fue soltado, Marcus ni siquiera se dio cuenta. Para entonces, conducía a menos de veinte kilómetros por hora, con la cara casi pegada al volante, tan pálido que pareciera que podría verse a través de él, con gotas de sudor que resbalaban por sus sienes, los ojos entrecerrados y al borde del colapso.

Se mantuvo a esa velocidad durante casi diez minutos más.

Y ahora, finalmente, el coche patrulla se detiene por la inercia en medio de la avenida Arlington, en Riverside. El motor protesta antes de calarse. Un par de hombres se quedan mirando al coche desde la acera. Marcus aún aguanta unos segundos antes de cerrar los ojos y morir. Entonces, su cabeza cae hacia delante, apretando el claxon.

No olvidemos que es un coche patrulla. Los dos hombres se acercan, con la única intención de ayudar. El primero en alcanzar el vehículo y abrir la puerta del conductor se llama Ryan, y grita al ver el interior del coche, donde el tipo que mordió a Marcus sigue atravesado en el asiento delantero. Ryan es capaz de ver el cuello del hombre junto a la palanca de cambios, pero no ve la cabeza, sólo la masa sanguinolenta que quedó después de que Marcus la aplastara con su revólver.

El otro hombre intenta ignorar el macabro contenido del vehículo y agarra a Marcus por los hombros, apartándole del volante y silenciando el claxon. Más gente se está acercando. Ryan tiene tiempo de preguntarse por qué algunos llevan puesto el pijama. Incluso ve a una mujer tapándose con la bata y con zapatillas de andar por casa.

Entonces alguien dice que algo está pasando en el centro de la ciudad.

Un ataque terrorista, dice otra persona.

Explosiones.

Ryan ha oído el estrépito, pero ha pensado que se trataba de un rodaje de cine. Lo último que se le habría pasado por la cabeza es que la ciudad estaba bajo un ataque. Pero la gente habla de ello, y todo le resulta tan surrealista como la imagen del interior de ese coche patrulla, digna de la mente de Charles Manson. Ni siquiera es capaz de imaginar qué demonios puede haber ocurrido.

Alguien pregunta qué le ha pasado al poli.

Entonces Marcus abre los ojos y convierte Riverside en una nueva zona cero de la infección. No en la única, pero sí en la primera tras el ataque con napalm. Se convierte en el ejemplo claro de que el Cuarto Jinete ha escapado de las fronteras marcadas por los militares.

Hunde los dientes en el cuello del hombre que se ha agachado a ayudarlo. Este chillaba de dolor. La gente que se ha reunido alrededor del coche grita, más por la sorpresa que por el miedo, al menos de momento. Ryan se agacha impulsado por la necesidad inconsciente y no meditada de auxiliar al hombre, y entonces Marcus le muerde, primero en la mano, y cuando intenta apartarse, se arroja sobre él, tirándole al suelo, y le clava los dientes en la cadera, atravesando la tela de su camisa y alcanzando el hueso con los dientes, mientras junto a ellos, el primer hombre sufre los estertores de la muerte cercana mientras intenta, inútilmente, taponar la sangre que le sale a chorros del cuello.

Veinte segundos después, ese hombre se incorpora de nuevo convertido en un muerto viviente. Ryan tarda más, pero también pasará a formar parte del nuevo ejército de zombies que arrasará, paulatinamente, el país entero.

No es el único lugar donde los muertos vuelven a proliferar. Mientras las llamas empiezan a consumir los barrios colindantes a Pasadena, algunos zombies logran evitar la zona afectada por el ataque de napalm y siguen extendiendo la muerte entre la gente que intenta escapar de la zona. El fuego y los zombies avanzan a la par, convirtiéndose en ocasiones en aliados, al empujar a los vivos a abandonar sus casas y refugios y convertirse en pasto de los muertos.

En el sur, una mujer llamada Rose Brunett que fue mordida cerca del aeropuerto internacional de Los Ángeles y que huyó hasta su casa en Huntington Beach, despertará dentro de media hora convertida en uno de esos monstruos.

Apenas diez minutos después de que Rose comience un nuevo reinado de terror en Huntington Beach, otro hombre, herido por un mordisco en el hombro, caerá muerto en la zona de Santa Ana. Varias personas correrán a auxiliarle.

Craso error.

Más focos de infección comenzarán en algún momento situado entre las dos próximas horas en Granada Hill, al norte, y Tustin, al sureste. Cuando el sol comience a despuntar, un hombre con una visible herida en la pierna intentará abordar un avión privado en el aeropuerto municipal de Corona, al sureste de Los Ángeles. Tras una brusca pelea, en la cual arañará a uno de los auxiliares de vuelo, el hombre será abatido por un guarda de seguridad.

El avión, que llevará en su interior a la familia de un rico empresario de la zona que ha pagado muchísimo dinero para que ese vuelo parta sin constar en ningún papel, despegará rumbo a Orlando, en Florida. El auxiliar de vuelo, al que todos sus amigos conocen como *Dedos* por su capacidad para mover los dedos a toda velocidad, lo que le confería una capacidad asombrosa en juegos de cartas o de magia, no empezará a sentirse mal hasta mañana por la tarde, y aún entonces, a pesar de las noticias que ya hablarán claramente sobre lo que ocurre en el estado de California, pensará que se trata de alguna comida que le ha sentado mal. Morirá mañana por la noche.

Las autoridades ni siquiera serán capaces de explicarse cómo demonios llegó el virus hasta Florida, pero tampoco allí serán capaces de detenerlo.

Y todo esto apenas son unos ejemplos.

Los aeropuertos de todo el país se cerrarán en las primeras cinco horas como medida de prevención.

En apenas veinticuatro horas, el Cuarto Jinete habrá extendido sus mortíferos tentáculos por todo el estado de California y parte de Utah, Arizona, Nevada (Las Vegas será un infierno, te lo aseguro. El virus y los muertos se extenderán tan rápido por la ciudad del juego que será arrasada en apenas cinco o seis horas), Florida y el norte de México.

En cuarenta y ocho horas la península de Baja California habrá sido devastada. Sonarán los primeros casos en Monterrey y México, D. F. En Estados Unidos, los estados de Idaho, Oregón, Wyoming, Colorado, Nuevo México, Georgia y Alabama

comenzarán a verse afectados. Para entonces, el ejército estará sumido en el caos y será incapaz de responder de forma adecuada en la mayoría de lugares. Las deserciones se transformarán en un problema demasiado común.

El resto del mundo cerrará sus fronteras al tráfico aéreo proveniente de cualquier parte del continente americano. La histeria se desatará en todo el planeta.

México DF, con sus veinticinco millones de habitantes, se convertirá en un campo de batalla donde ciudadanos, policías y militares intentarán repeler a las hordas de muertos vivientes. Las batallas durarán una semana, durante la cual los vivos irán perdiendo terreno de forma paulatina y refugiándose en zonas cada vez más pequeñas.

La guerra se libraré en dos direcciones, hacia fuera, intentando contener a los muertos, y hacia dentro, donde algunos heridos intentarán ocultar sus lesiones a la vista de los demás para no ser ejecutados, y acabarán convirtiéndose en zombies, sembrando el terror dentro de las zonas consideradas seguras.

De aquí a una semana, apenas quedarán vivas un centenar de personas en la capital de México. La mayoría morirán de hambre mientras esperan una salvación que nunca llegará, escondidos y ocultos en los sitios más dispares, tratando de mantenerse a salvo de los muertos.

Mucha gente se suicidará en los días venideros.

Las fronteras de Canadá, Guatemala y Belize serán traspasadas por la infección apenas cincuenta horas después del brote en Los Ángeles. Para entonces, también aparecerán brotes en Panamá, Colombia y Venezuela.

Poco a poco, sin prisa pero sin pausa, el virus extenderá su manto de muerte a través del continente.

# III

## En la carretera



# 1

El tráfico había comenzado a despejarse a la altura del bosque nacional de Los Ángeles. En el interior del coche todos iban en silencio, pensativos mientras Verónica conducía por la ancha calzada que cortaba el verdoso paisaje, con los puños apretados sobre el volante con tanta presión que los nudillos habían adquirido un tono blancuzco.

La única que había logrado quedarse dormida era Paula, que descansa sobre las piernas de Mark, estirada en la fila de asientos intermedia del vehículo. Todos los demás, aunque lo han intentado, no han sido capaces de desconectar su mente. Mark supone, de forma acertada, que aún están todos en estado de *shock*. Ver la ciudad de Los Ángeles atacada y envuelta en llamas les ha resultado tan impactante como lo fue en su momento ver caer las Torres Gemelas.

No cree poder olvidarlo jamás.

Mira a Paula. La niña duerme con la boca medio abierta y las manos entrelazadas junto a ella. Su reloj de Mickey Mouse marca las ocho de la mañana. Mark se pregunta cuánto ha dormido en las últimas veinticuatro horas. ¿Apenas un par de horas? ¿Menos?

Lo que siente en la boca del estómago es algo que no ha sentido nunca hasta ahora, no con tanta intensidad, al menos. Es una sensación de desazón que se ha extendido a todo su cuerpo. Siente angustia como un puño en la garganta que le dificulta respirar. Todas sus emociones están a flor de piel, están presentes las ganas de llorar, la sensación de no poder hacer nada, la soledad.

Para definir su estado anímico, lo más parecido que se le ocurre, es la sensación que tenía los domingos cuando era niño y la llegada del nuevo lunes y el regreso al colegio le angustiaban de tal manera que le provocaban inapetencia. Intentaba jugar, pero se cansaba al minuto. Intentaba leer, pero lo dejaba después de una página. Encendía la televisión, pero nada le llamaba suficientemente la atención como para mantenerle pegado a la pantalla y acababa pulsando el botón de apagar para quedarse sentado en el sillón, mirando al infinito, sintiendo que el aburrimiento le ahogaba.

Aunque él sabía incluso entonces que no era aburrimiento, sino la desesperación que le provocaba que al día siguiente volviera la rutina, las clases, madrugar, estudiar...

O tal vez como la sensación de soledad infinita y la imposibilidad de volver a ser feliz que le embargaba cuando una chica le decía que no. Esa sensación acababa olvidándosele al día siguiente, pero Mark recuerda perfectamente la agonía que le producía, lo emocional que era en su adolescencia frente a lo cerebral que se volvió tras la universidad.

Mira hacia la tercera fila de asientos del Land Rover. Ozzy, Stan Marshall y Brad Blueman están un poco apretados. Los tres tienen la mirada perdida y Blueman está abrazado a su cámara de fotos como si fuera un peluche. Ozzy no ha intentado ocultar

que ha llorado durante un buen trecho del camino. Sus ojos están hinchados y enrojecidos.

—¿Quieres que te releve un rato?

Patrick hace la pregunta en voz baja. Verónica le mira un momento, con una expresión aturdida, como si le hubiera preguntado algo en chino.

—No hace falta —dice ella.

—Tienes que estar cansada.

Verónica niega con la cabeza y se encoge de hombros. Patrick no insiste. Durante los siguientes diez kilómetros, Patrick le da vueltas mentalmente a la idea que quiere exponerle a los demás. Quiere hablar, pero el silencio en el coche se ha convertido en algo opresivo, y le cuesta encontrar el momento para hacerlo. Contempla el paisaje, los montes verdosos que se extienden hasta donde da la vista. En un momento dado le parece ver un ciervo, pero no está seguro del todo.

Finalmente, carraspea.

—Creo que hay algo que deberíamos hablar —dice.

No espera respuesta, y no la obtiene.

—Tenemos que decidir qué vamos a hacer ahora.

Patrick mira a Verónica, pero esta mantiene la vista clavada en la carretera. A Patrick le parece que lo hace de manera forzada, para evitar tener que mirarle y afrontar los hechos. Patrick se gira en el asiento y mira hacia Mark, Ozzy, Stan y Brad.

—¿A qué te refieres? —pregunta Stan.

—Bueno, Stan, me parece que es bastante obvio —responde Patrick sin ocultar su crispación.

—No hay nada que decidir —le interrumpe Brad, hablando como si señalara algo obvio—. Ya visteis lo que ocurrió allá atrás. Arrasaron la ciudad.

—¿Crees que erradicaron el problema? ¿Que mataron a todos los zombies y ya se terminó esta pesadilla?

Patrick observa que Stan baja la mirada, afectado. Pero Brad le mira como si estuviera loco.

—Pues... pues claro, ¿no? Ese es su trabajo, terminar con esto. Y si no lo consiguieron con el bombardeo, estarán haciéndolo ahora, como lo hicieron en Castle Hill.

—En Castle Hill algo se les escapó. Uno de los supervivientes estaba infectado. ¿Quién nos asegura que no estás tú infectado, por ejemplo?

Brad mira a Ozzy y Stan, buscando colaboración, ofendido, pero ambos hombres evitan su mirada. Patrick observa los círculos rojos que se forman en las mejillas del periodista.

—¡Yo no estoy infectado! —exclama—. ¡Nadie me ha mordido!

Patrick abre la boca para responder, pero Verónica se le adelanta alzando la voz y mirando con expresión dura a Brad a través del espejo retrovisor.

—¡A nadie le habían mordido, idiota! ¡No sabemos cómo actúa ese virus! Tal vez todos estemos infectados pero no lo sepamos aún.

El exabrupto de Verónica hace que Brad se encoja en el asiento, reprimiendo las lágrimas que le llegan a los ojos. Gira la cabeza hacia la ventanilla y observa el paisaje con expresión herida.

—¿Quieres decir que crees que esto no se va a detener? —pregunta Ozzy.

—Espero que sí, pero tal vez no. Y creo que nos conviene prepararnos para lo peor.

Patrick no se da cuenta, pero nosotros sí podemos observar la mirada que le lanza Verónica. En ella hay grabada una expresión de miedo que no es habitual.

—¿Qué propones?

Patrick medita un momento lo que va a decir.

—Creo que deberíamos aprovisionarnos.

Brad resopla indignado.

—En serio, ¿os estáis oyendo? ¿De verdad estáis pensando seriamente en aprovisionaros? —la última palabra la pronuncia con un claro tono burlón—. Venga ya, parece que estéis dando por sentado el Apocalipsis, que el mundo se va al garete y sólo nosotros vayamos a sobrevivir. ¿Os dais cuenta de lo locos que sonáis? Porque sonáis como esos tipos a los que ponen camisas de fuerza y encierran en celdas acolchadas. ¡El mundo no se está acabando! Mirad ahí fuera, joder, mirad todos los coches que pasan en las dos direcciones. ¡Toda esa gente está viva! ¡El ejército se ha ocupado del problema!

Brad coge aire al terminar. Se siente un poco avergonzado al darse cuenta de que todos le miran. Le tiemblan las manos.

—Nadie está diciendo que vaya a pasar, Brad —Ozzy se encoge de hombros al decirlo—. Es un «por si acaso».

—Pero es que ni siquiera deberíamos pensar en por si acaso.

—Nadie te obligó a subirte a este coche —Verónica vuelve a hablar en ese tono frío y medio despectivo que utilizó antes, mirando a Brad a través del retrovisor central. El periodista aparta la mirada—. Y eres libre de bajarte cuando quieras. Dímelo, frenaré y te abriré la puerta para que te bajes.

Brad no responde. Pero aprieta los dientes, presa de la frustración y la furia.

—Me lo imaginaba.

Verónica casi escupe esa última frase. Patrick le pone una mano sobre el hombro pidiéndole calma.

—Brad, simplemente creo que tenemos que ponernos en lo peor —le explica, en tono conciliador—. Y si dentro de dos días han matado hasta al último muerto del mundo, podremos reírnos de nosotros mismos. Te aseguro que nadie quiere que eso pase más que yo.

Brad suspira y se encoge de hombros. Parece estar al borde de las lágrimas, pero al menos se ha relajado. Un poco.

—¿Entonces estás de acuerdo?

Brad no responde. Gira la cabeza hacia la ventanilla, preocupado. Aunque no, la verdad es que no es *preocupado* la palabra. Yo apostaría más bien a que Brad está cagado de miedo. Patrick ignora el desplante y mira a Mark.

—¿Estáis de acuerdo vosotros?

Mark asiente. En el asiento trasero, Ozzy asiente. Stan Marshall le mantiene la mirada a Patrick durante un momento, y al cabo de unos segundos, también mueve la cabeza afirmativamente. Brad suspira con resignación, lo que le vale otra mirada asesina de Verónica. En este caso Brad no la ve, porque tiene la vista fija en el paisaje más allá de la ventanilla, en el resplandor del sol...

## 2

El mismo sol que ahora mira Jack Norton desde su asiento en el Despacho Oval mientras medita sobre todo lo que sus asesores quieren que medite. Jack Norton nunca ha huido de los problemas, pero desde que Fred Barker le despertara para contarle lo que ocurría en Los Ángeles, piensa que le gustaría poder escapar corriendo y meterse en un agujero, como un avestruz, para alejarse de los problemas.

Horas antes, mientras Barker, el vicepresidente Ellis y él mismo seguían el desenlace del ataque con napalm, Jack había pensado, con cierto deje de humor, en por qué no podría haberle tocado a él un escándalo sobre felaciones de becarias, o incluso otra crisis con misiles en Cuba.

El presidente aparta la vista de la ventana. El cansancio le ha marcado el rostro y presenta unas profundas ojeras. El Despacho Oval está realmente ocupado. Barker y Ellis siguen allí, pero ahora también están presentes varios asesores, civiles y militares. El coronel Trask está sentado junto a Barker. Todos ellos están colgados de conversaciones telefónicas y mirando pantallas de ordenador o papeles. Sobre la mesa central del despacho hay extendidos varios papeles con datos de todo tipo. Hace rato que Norton ha dejado de intentar entender todo lo que le dicen. En ocasiones, todos esos hombres le hablan a la vez, proponiendo ideas y tratando de convencer a los demás de que son ellos los que tienen la razón.

Y Norton empieza a superar la barrera del cansancio en dirección al agotamiento. Ahora mismo se siente incapaz de pensar por encima de las seis o siete conversaciones cruzadas que tienen lugar al mismo tiempo. Se pregunta cómo son capaces de prestar atención a lo que les dicen por teléfono.

Jack gira la cabeza hacia la izquierda. Sentado en una silla, con las manos sobre las rodillas y claro aspecto de querer estar en cualquier otro lugar del mundo que no fuera ese despacho, Kurt Dysinger observa a los asesores del presidente con expresión de aturdimiento. Y de pronto, Jack Norton se siente más cercano a ese hombre que a cualquiera de los que le han acompañado en el poder desde que accediera al cargo.

Kurt Dysinger es un pez fuera del agua en el Despacho Oval. Jack le observa con atención. El doctor tiene las ojeras tan marcadas que parece que se ha maquillado al estilo gótico. Está pálido y claramente agotado, y con la mano derecha se roza de forma inconsciente el hombro herido.

Jack se pone en pie. Casi al momento, todos los presentes se giran para mirarle. Kurt también, aunque intimidado por encontrarse en aquel lugar, en presencia del presidente de los Estados Unidos.

—Señores —dice—, salgan del Despacho. Ahora.

Su tono no da lugar a réplicas. El vicepresidente se pone en pie lentamente, mirándole con el ceño fruncido en un gesto de incompreensión.

—Jack...

—Todo lo que están hablando, sé perfectamente que están trabajando por el bien de este país y para intentar solucionar esta crisis, pero tengo que dar una maldita rueda de prensa en diez minutos y me gustaría concentrarme en ella. Ellis, quédate. Y tú también, Barker.

Asintiendo, el resto de los presentes comienzan a levantarse y recoger sus papeles y ordenadores portátiles para abandonar la sala.

—Coronel Trask —añade Jack—, me gustaría que usted y el doctor Dysinger se quedaran también.

Kurt se sorprende al escuchar su nombre y asiente con la cabeza, nervioso.

—Sí, señor presidente —dice Trask, sentándose de nuevo junto a Barker.

Jack Norton espera hasta que todos los demás abandonan la sala y la puerta queda cerrada de nuevo antes de volver a sentarse y mirar a los cuatro hombres presentes en el despacho.

—Señores, en diez minutos voy a ponerme delante de las cámaras y admitir que este gobierno ha bombardeado la ciudad de Los Ángeles —asegura—. Y después, voy a hablar sobre muertos que se levantan y atacan a los vivos. Tan sólo se me ocurren dos tipos de reacciones a un discurso como ese: o se ríen... o cunde el pánico.

—Hemos intentado que el discurso sea lo más amable posible —asegura Ellis.

Jack le mira. Ellis siempre le ha parecido poco espabilado. Es evidente que es un hombre inteligente y que sabe desenvolverse sobre todo en el ámbito político, debido a los numerosos contactos con los que cuenta, pero Jack siempre ha tenido la sensación de que dentro de la cabeza del vicepresidente, algunas tuercas no acaban de girar del todo.

—Aunque diga muertos vivientes en lugar de zombies, o incluso infectados, no hay forma amable de decir todo lo que tengo que decir hoy. Seamos realistas, señores, nos encontramos ante una situación como nunca hemos vivido. Y aún no estamos, ni mucho menos, en lo peor.

—Señor presidente —Trask levanta la mano, como una forma de coger el turno de hablar—, inmediatamente después de sus palabras abriremos la cobertura informativa.

Jack sonrío divertido ante la forma «políticamente correcta» que ha tenido Bernard Trask de explicar algo que él sólo puede denominar como censura. Estados Unidos siempre se ha jactado ante el mundo de la libertad de prensa, pero, como supongo que recordarás, mientras el editor amigo de Brad Blueman, Angus McGee, veía las noticias, la imagen se cortó, en teoría por problemas técnicos. La realidad es mucho más aterradora.

El propio ejército estadounidense había paralizado las transmisiones de información sobre lo que ocurría en Los Ángeles, bajo el pretexto de Seguridad Nacional. En todas las cadenas habían surgido protestas e intentos de boicotear la represión militar argumentando libertad de prensa y acusando al gobierno de

fascismo. En la delegación de Washington de la CNN, el director de la cadena había golpeado a un soldado y había esgrimido un folio en el que aparecían impresos los derechos que tenía la prensa. Las confrontaciones se habían dado en todos los periódicos, cadenas de televisión y radios del país, donde los trabajadores experimentaban algo nunca visto y observaban, primero con miedo pero después con ese orgullo mal entendido de los que se creen seguros, cómo los militares ocupaban sus puestos de trabajo y les retenían.

Poco importaba que se les explicara que se trataba tan sólo de una medida temporal, hasta que el presidente informara en una rueda de prensa por la mañana. Si algo tienen los periodistas es que piensan que su trabajo es intocable.

Como ahora explica Bernard Trask, después de la declaración del presidente, esa anulación informativa desaparecería, en parte porque, mientras durara esa crisis iban a necesitar la ayuda de los medios más que nunca. Era imperativo que la información de que disponían sobre los zombies llegara hasta el pueblo más remoto. Si la gente sabía lo que estaba ocurriendo, cómo defenderse o qué hacer, tal vez podrían detener la amenaza. Pero no querían que la información llegase sesgada o impresa de ese miedo que a los medios les gustaba tanto añadirle a todo.

Que todo lo ocurrido con la ciudad de Los Ángeles hubiera sucedido de noche había ayudado a que la gran mayoría de los ciudadanos del país desconocieran que estaba sucediendo algo.

Y sí, todos ellos son conscientes (Jack no está seguro de cuál de sus asesores sacó el tema a colación) de que en el resto del mundo algunas cadenas están hablando sobre lo que pasa, aunque no sepan a ciencia cierta de qué se trata, y de que en Internet han empezado a aparecer videos, todos mal grabados, sobre la ciudad de Los Ángeles en llamas, camiones militares repartiéndose por las calles de la ciudad, algunos ataques de zombies, etc. Incluso algunas de las imágenes que fueron emitidas antes del corte han cruzado esas barreras.

Pero nada de eso es aún noticia porque no son respaldados por las propias cadenas americanas, en las que no se habla de nada de eso, aunque se anuncia que el presidente hará una declaración esa misma mañana. Al parecer, en una cadena de noticias japonesa han hablado sobre una operación terrorista en Los Ángeles encubierta por el gobierno.

—Eso no me preocupa —dice Jack, respondiendo al comentario del coronel Trask—. Pero sí me preocupa la reacción que provoque mi discurso. No me preocupo por mí, ya tengo asumido que no pasaré a la Historia por ser el presidente mejor recordado por sus acciones —Jack sonrío, como para confirmar que se trata de una broma. Al ver que ninguno de los presentes mueve un músculo de la cara, Jack borra la sonrisa de sus labios y continúa—. Caballeros, mi padre siempre me decía que para enfrentarse a las cosas correctamente debes ponerte en lo peor porque es la única forma en que podrás estar preparado para todo.

—Señor presidente —es Barker quien habla—, es evidente que su imagen va a

quedar dañada y nadie verá con buenos ojos que haya aprobado un bombardeo con napalm sobre suelo estadounidense...

—No sobre suelo estadounidense, Fred —corrige Jack—, sino sobre una ciudad tan emblemática e importante como Los Ángeles. Pero no es de eso de lo que estoy hablando, porque sinceramente, mi imagen política o personal en estos momentos no me preocupa una mierda.

—Señor presidente —Kurt Dysinger se levanta de la silla donde ha estado sentado durante todo el tiempo, con aspecto de no querer estar allí—, yo asumiré toda la culpa. Yo creé el Cuarto Jinete, incluso fui yo quien propuso el uso de napalm, y quiero ser yo quien cargue con...

Jack Norton le acalla subiendo el brazo. Kurt cierra los labios y vuelve a sentarse. Jack le observa con admiración.

—No me preocupa buscar o señalar culpables para lo que está ocurriendo, doctor Dysinger. Después de roto el plato, no me importa quién lo haya hecho, sino buscar soluciones para que nadie pise los fragmentos y se corte al hacerlo. No le miento, doctor Dysinger, y tanto usted como yo vamos a convertirnos en la diana para todos los insultos y críticas que lancen los periodistas de todo el planeta, usted por firmar el proyecto del Cuarto Jinete, y yo por no haber sido capaz de detenerlo, destruir la ciudad de Los Ángeles, coartar la libertad de información y, qué se yo, seguro que me critican por llevar puesto este traje o por mi corte de pelo. ¿Y sabe una cosa, doctor? Me importa una mierda mientras logremos solucionarlo. Y si lo conseguimos, seré el primero en dimitir de mi cargo y aceptar las consecuencias de mis actos, porque si no lo conseguimos, nada de eso importará, y dará igual si fue usted el culpable o fue un profesor de química enojado con el mundo mezclando polvos en un garaje lleno de cajas de cartón. Si no solucionamos esta crisis, es posible que no quede nadie para recordarme. Ni a mí, ni a ninguno de los presidentes anteriores.

Viéndole hablar así, es fácil imaginar lo que vieron millones de votantes al decidir escribir su nombre en la papeleta de voto. Jack Norton es un líder, y habla como uno. Y si no acabas de estar convencido, sólo tienes que girarte y observar los rostros de los cuatro hombres presentes en la sala, porque encontrarás admiración incluso tras la fría y dura expresión del coronel Bernard Trask.

—Y dicho eso, Kurt —Jack clava sus ojos azules en los de Kurt—, quiero que dejes de señalarte como el único culpable de lo que está ocurriendo porque ahora mismo nadie sabe más que tú sobre este virus y necesitamos que tengas la mente clara y alejada de lástimas autodestructivas. Y después de la rueda de prensa haré que te obliguen a meterte en una cama y duermas un poco.

—S... sí, señor presidente —responde Kurt, sorprendido por el exabrupto.

Y entonces, Jack vuelve a fijar la vista en los otros tres hombres presentes: Ellis, Barker y Trask.

—Señores, a lo que me refiero es a que esta noticia va a ser el equivalente del siglo XXI al pánico que surgió después de la retransmisión radiofónica de La Guerra



de los Mundos. Elevado a la quinta potencia. Y ojalá me equivoque pero, o nos preparamos para eso o nos pillará con la guardia baja y después será más complicado reaccionar.

—Jack, estamos haciendo todo lo posible —Ellis extiende los brazos, tratando de abarcar todo el Despacho Oval.

—Pero cundirá el pánico —asegura Fred Barker—. Y es nuestro trabajo cuidar de la gente.

—Nuestro trabajo es acabar con los zombies —le corrige Ellis—. El trabajo del ejército es aniquilar a esas cosas.

Barker mira al presidente, buscando apoyo. Ellis también, pero el comandante en jefe de los Estados Unidos menea la cabeza.

—Fred tiene razón, Ellis. Necesitamos crear zonas seguras, trasladar a la gente allí y protegerles. Pero Ellis también tiene razón, Fred. Tenemos que acabar con los zombies.

—Va a requerir un esfuerzo sobrehumano coordinar a todo el mundo, pero vamos a necesitar a cada soldado, policía, bombero, agente del FBI, guardias forestales o cualquier tipo capaz de disparar un arma y obedecer una orden —asegura Barker.

—Señor presidente —Ellis se pone en pie para hablar—, siento ser yo quien lo recuerde, pero seguimos el protocolo con Castle Hill y sin embargo, algo se nos escapó de las manos. Por proteger a la gente iniciamos la infección en Los Ángeles.

Jack asiente, pensativo.

—Señor presidente —vuelve a ser Bernard Trask el que habla, aunque esta vez no levanta la mano—, creo que tengo una idea sobre eso.

—Hable, coronel.

—Compartimentación, señor. Lo que yo propongo es...

El coronel se ve interrumpido por dos golpes enérgicos en la puerta. Una secretaria de mediana edad asoma la cabeza.

—Señor presidente, es la hora para la rueda de prensa.

Jack asiente y mira el reloj.

—Señores, debo hablar con los Estados Unidos de América. Doctor Dysinger, acompañeme. Coronel Trask, explíqueme su idea a Barker y Ellis y en cuanto termine, llévenla a cabo.

—Señor presidente, ni siquiera la ha escuchado —protesta Ellis.

—No me cabe duda de que será buena.

Dicho eso, Jack y Kurt salen del Despacho Oval tras la secretaria. Fred Barker mira al vicepresidente Ellis encogiéndose de hombros, y después le indica a Bernard que empiece a hablar con un gesto de las manos.

Y el coronel Bernard Trask explica su idea.

### 3

Dejemos al coronel explicando su idea mientras el presidente y Kurt Dysinger se dirigen a dar la rueda de prensa más impactante que se ha dado nunca, y volemos hacia el este, atravesemos el país hacia ese pequeño pueblo cercano a la ciudad de San Francisco donde hace veinticuatro horas un mexicano llamado Jorge Hernández descubrió el cuerpo de la joven Mary Ann Conway.

Novato.

Estarás conmigo en que se trata del típico e idílico pueblecito americano, muy Castle Hill, de los que aparecen en las postales y en las fotos de las agencias de viaje de todo el mundo, uno de esos sitios donde es difícil imaginar que puedan suceder cosas como las que le ocurrieron a la joven Mary Ann Conway.

Sólo hace falta un monstruo para convertir un sueño en una pesadilla.

En el caso de Novato, ese monstruo responde al nombre de Logan Kane, un vendedor de seguros de sonrisa perfecta y ojos marrones, que ahora está sentado en el borde del colchón que tiene en su celda, con las manos pacientemente cruzadas sobre las piernas y la mirada perdida en el suelo. De no ser porque sabemos de lo que es capaz, nos parecería un hombre incapaz de matar a una mosca.

Arthur Newton, el jefe de policía de Novato, California, está sentado en su despacho con los pies sobre la mesa, comiéndose una rosquilla mientras repasa la información que tienen sobre Logan Kane. No nos hace falta ser magos para darnos cuenta de que se siente pletórico. Crímenes como el de Mary Ann no suelen ocurrir en lugares como Novato, y ocurran donde ocurran no son fáciles de resolver. La suerte, y un poco de trabajo bien hecho, les permitió capturar al degenerado que violó y mató a Mary Ann. Arthur tiene sesenta años y está próximo a la jubilación. Cree que es bueno conseguir algo así antes de jubilarse, marcharse a vivir a Florida y dedicarse a pasar lo que le quede de vida pescando en Los Cayos.

La puerta de su despacho está abierta, así que cuando Jerry McDouglas entra en la comisaría y le ve, se acerca y se apoya en el umbral de la puerta.

—Buenos días, Arthur.

—Hola Jerry.

—Tío, ¿te has enterado de lo que ha pasado en Los Ángeles?

Arthur niega con la cabeza.

—No.

—He leído en Internet que algo pasó anoche. Dicen que ha habido tiroteos y que los militares han intervenido, pero no parece haber mucha información al respecto.

Arthur frunce el ceño.

—Esta mañana tenía las noticias puestas mientras me vestía pero no he oído nada sobre Los Ángeles, así que no creo que sea algo muy grave.

Jerry se encoge de hombros antes de dejar a Arthur sólo y dirigirse a su mesa. Pero Arthur se queda pensando. Baja los pies de la mesa y busca el mando bajo los

papeles que tiene esparcidos por ella. Cuando lo encuentra, enciende la televisión. Dibujos animados. Cambia de canal. Una serie vieja. Cambia. Una película. Cambia. Reposición de Extreme Makeover. Cambia. Un video musical. Cambia a la CNN. Noticias sobre Afganistan. Arthur lee los titulares sobreimpresos, donde lo más importante parece ser una rueda de prensa que dará el presidente en unos minutos, pero en ningún sitio aparece mencionada Los Ángeles.

—¡No veo nada sobre Los Ángeles, Jerry!

—No será nada entonces —responde Jerry, alzando la voz para hacerse oír—. Es lo que tiene Internet, que cualquier gilipollas puede difundir noticias falsas y crear videos que lo respalden. Ahora todo el puto mundo sabe usar After Effects.

Arthur aprieta el botón de silenciar y deja el mando de nuevo en la mesa, preguntándose qué demonios es After Effects.

Salgamos del despacho. Jerry está sentado en su mesa. Se acaba de quitar el cinturón y lo ha dejado apoyado en el respaldo de su silla. Si nos acercamos a la mesa, podemos ver que tiene una foto enmarcada en la que se le ve a él, a una mujer y una niña de unos cinco años, los tres abrazados y con aspecto de estar muy felices.

Jerry levanta la vista cuando la puerta de la comisaría se abre. Espera que sea Meredith, la mujer que trabaja tras el mostrador y se ocupa de la centralita, pero se sorprende al ver a dos hombres trajeados e impolutos con gafas de sol oscuras deteniéndose en la entrada. Uno de ellos tiene el pelo corto y es de facciones aniñadas. El otro lleva el pelo un poco más largo y engominado hacia atrás y tiene los ojos saltones. A Jerry le recuerda a un sapo.

Se levanta.

—Buenos días. Soy el agente Jerry McDouglas —dice—. ¿Puedo ayudarles en algo?

El tipo que parece un sapo saca una identificación del FBI de su chaqueta y se la muestra a Jerry.

—Agente Stahl —dice—. Él es mi compañero, Jim Gordon.

Como para demostrarlo, el agente de cara aniñada enseña su identificación. Jerry observa ambas placas y mira a Stahl.

—¡Arthur! —llama, alzando un poco la voz—. Creo que deberías venir.

Arthur sale de su despacho y se acerca a ellos con el ceño fruncido. Se detiene junto a Jerry y observa las placas de ambos agentes.

—¿Qué les trae por Novato, agentes? —pregunta. No puede evitar sentir un cosquilleo de rabia subiéndole por la espalda.

—Tengo entendido que han detenido a un tal Logan Kane acusado de haber violado y matado a una niña.

Arthur le mantiene la mirada un momento, y después asiente con la cabeza, muy despacio.

—Será mejor que hablemos en mi despacho, agentes.

Stahl asiente. Arthur les indica que le sigan con un gesto. Jerry les observa entrar

en el despacho de Arthur. Jim Gordon le dedica una mirada desinteresada antes de cerrar la puerta.

—¿Por qué les interesa el señor Kane? —pregunta Arthur, rodeando su mesa y sentándose.

—Antes de nada, Arthur... ¿Puedo llamarle Arthur?

Este asiente, aunque en realidad le gustaría responder que no.

—Llámeme Paul —dice Stahl—. Arthur, quiero decirle antes de nada que han hecho ustedes un trabajo fantástico, y que no estoy aquí para quitarles ningún mérito ni robarles a su detenido.

Arthur se sorprende al oír eso. Es la primera vez, que Arthur tenga constancia, que el FBI al menos intenta quedar bien mientras da por el culo a la policía local.

—El caso de Mary Ann Conway guarda similitudes con la violación y muerte de otras diecisiete niñas de distintos puntos del país, Arthur.

En ese momento, Arthur abre la boca por la sorpresa.

—Todas rubias, guapas y delgadas, como Mary Ann. Sabíamos que podíamos tener entre manos a un asesino en serie, pero en realidad, no teníamos absolutamente ninguna pista. Sospechábamos que podría tratarse de un vendedor, o de un camionero, alguien habituado a viajar continuamente, y por eso los cadáveres aparecían diseminados por todo el país, pero no sabíamos absolutamente nada de él. Y vosotros le habéis cazado en apenas unas horas.

—Tuvimos suerte —responde Arthur.

—No se quite mérito, Arthur. Me encargaré personalmente de que se sepa que fueron usted y sus hombres quienes le cazaron, pero ahora, me gustaría pedirle permiso para interrogar al señor Kane. Tenemos diecisiete familias que agradecerán que esclarezcamos las muertes de sus hijas. Se merecen darle un cierre a todo su sufrimiento.

Arthur asiente, enérgico y conmovido.

—Por supuesto.

Paul Stahl y Jim Gordon se ponen en pie y estrechan la mano de Arthur. Este ve a Meredith entrando en la comisaría en ese momento.

—Meredith les guiará a nuestra sala de interrogatorios. Me encargaré de llevar a Kane.

—Gracias, Arthur. Agradezco la colaboración.

Los dos agentes salen de su despacho. Arthur respira hondo y se gira hacia el cajetín de llaves para recoger la de la celda en la que está Logan Kane. Al darse la vuelta, dispuesto a salir del despacho, ve que en la televisión el presidente Norton está colocándose tras el atril con el logo de la Casa Blanca. A su lado hay un hombre con ojeras y pálido, con aspecto de haber sufrido y estar agotado. Busca el mando con la mano izquierda y aprieta el botón de volumen.

—... por estar aquí —está diciendo el presidente—. Lo que tengo que decir hoy no es fácil de digerir, pero les hablaré con franqueza. Estoy seguro de que más de uno

de ustedes sabe que algo ha ocurrido en Los Ángeles durante la noche. Voy a intentar explicarles...

—¡Jerry! —llama Arthur, alzando la voz—. ¡Ven!

Jerry aparece en el umbral de la puerta y mira hacia el televisor.

—Todo comenzó ayer en las instalaciones militares de Castle Hill y tiene que ver con un virus, de investigación militar, conocido como el Cuarto Jinete...

Jack Norton está a punto de contarle al mundo lo que ha ocurrido en Castle Hill y en Los Ángeles, y lo hará sin ocultar información ninguna, clavando sus ojos azules en el objetivo de la cámara, dando la impresión de hablarle a todos los que se encuentran al otro lado de las pantallas. Después de su discurso, y de presentar al doctor Dysinger para que explique los efectos del virus, así como las debilidades de los muertos vivientes, las cadenas empezarán a poner las imágenes que han sido retenidas hasta el momento. En ellas, todo el mundo podrá ver personas horriblemente desfiguradas y mutiladas atacando a otras, devorándolas vivas, muertos levantándose, soldados disparando contra todo lo que se mueve, helicópteros sobrevolando la ciudad y arrojando sobre ella su carga de napalm, el fuego alzándose sobre la ciudad...

Cuando las Torres Gemelas fueron atacadas, millones de ojos se quedaron clavados en las pantallas de televisión, las respiraciones contenidas y los corazones encogidos. Hoy, la historia se repite de nuevo.

Por si te lo estás preguntando, la reacción al discurso del presidente no fue igual en todas partes. La mayoría del mundo coincidió en que dar conmocionado por la destrucción de Los Ángeles y la admisión del presidente de haber lanzado napalm sobre la ciudad.

En el estado de California, sobre todo en la zona circundante a Los Ángeles, el pánico ya estaba desatado. La presencia militar, los rumores sobre lo ocurrido en la ciudad del cine, y el número cada vez mayor de personas que huían de la zona contando historias terribles, hizo que el discurso del presidente simplemente fuera la gota que colmó el vaso y que empujó a los que aún no se habían enterado o no se habían dejado llevar por el miedo.

En el resto del país, al principio, no hubo caos, ni miedo, ni éxodos masivos. No al principio, al menos. Porque si a algo nos ha acostumbrado esta sociedad globalizada y masificada es a que las noticias, por muy aterradoras que sean, siempre ocurren en otra parte y acaban siendo resueltas por los gobiernos. Hubo escepticismo, preocupación, incredulidad, miedo... pero no una respuesta activa. La gente pensó que estaba solucionado o que se solucionaría antes de llegar hasta sus hogares. A medida que la infección se extiende, la gente empezará a darse cuenta de que no es un simple brote ocurrido en California, que no se trata de una terrible catástrofe puntual, y entonces sí cundirá el pánico.

En Seattle, apenas tres horas después del discurso del presidente, un hombre fue detenido tras disparar sobre un chico joven. Dijo que era un zombie y que lo hizo en defensa propia. Se elevaron los niveles de alerta en toda la ciudad y se desplegaron camiones militares y soldados por todas las calles. Se desató la locura, hubo saqueos y enfrentamientos contra las fuerzas del orden. Mucha gente trató de abandonar la ciudad y varios cientos de personas murieron antes de que realmente el Cuarto Jinete llegara a la ciudad. Durante los interrogatorios, el asesino confesó haber mentido y utilizado el discurso presidencial para ocultar un crimen por celos. El joven se acostaba con su esposa.

Tampoco es que importara, aunque es muy probable que el despliegue provocado por esa falsa alarma sirviera para alargar la vida de mucha gente. Seattle resistió durante más de un mes antes de ser arrasada por los muertos vivientes porque cuando la infección les alcanzó, sus defensas estaban preparadas.

Sectas y cultos vieron sus sedes abarrotarse de gente y sacaron a relucir sus mejores discursos sobre el fin del mundo y la necesidad de purificarse. En Atlanta, cuarenta personas se suicidaron siguiendo las instrucciones de un falso profeta que les prometió la vida eterna. Entre ellos había seis niños.

Las iglesias también recibieron más visitas de lo normal. Incluso aquellos que se confesaban creyentes pero no practicantes sacaron cinco minutos de su tiempo para acercarse a rezar o sentirse protegidos.

Millones de plegarias se elevaron al cielo ese día.  
Y todas acabaron siendo inútiles.

Al paso de la autopista 5 por Bakersfield se encuentra Buttonwillow. El Land Rover conducido por Verónica deja la autopista para meterse en el aparcamiento de un centro comercial.

—¿Seguro que no prefieres quedarte en el coche, durmiendo? —le pregunta Mark a Paula mientras Verónica aparca.

Paula niega con la cabeza, agarrando con fuerza la mano de Mark.

Cuando el coche se detiene, todos ellos descienden del vehículo y echan a andar hacia las puertas del centro.

—Vosotros ocupaos de la comida —les dice Patrick a Mark, Stan y Ozzy—. Nada perecedero. Lo mejor es que vayáis directamente a por las conservas y la comida en lata. Verónica y yo buscaremos otros artículos útiles.

Brad Blueman, que camina por detrás del grupo, se da cuenta de que el agente de policía de Castle Hill no ha contado con él. Hace ya un rato que ninguno de ellos le habla siquiera, y puede que crean que él no se da cuenta, pero sí que lo hace. Supone un regreso forzado a la época del instituto, cuando todos se burlaban de Brad Blueman por ser gordo, por llevar gafas y tener granos, por ser un empollón. En aquella época, Brad soportaba las burlas y los insultos porque se decía a sí mismo que llegaría a ser alguien importante mientras que todos esos gandules que se divertían metiéndose con él acabarían arreglando coches por un salario mínimo en algún taller de mala muerte. Solía llegar a casa y responder «bien» cuando su madre le preguntaba qué tal le habían ido las clases, pero después se encerraba en su habitación y lloraba, todos los días y durante varios años. Sólo su fuerza de voluntad y una confianza férrea en sí mismo evitaron que Brad Blueman se hundiera entonces. Y puedes estar seguro de que está absolutamente decidido a impedir que le hundan ahora.

Se da cuenta perfectamente de que vuelve a ser un paria, el elemento extraño dentro de un grupo que se lleva bien y que preferirían no tenerle con ellos. Y sabe que da igual que a veces diga cosas útiles, porque esa gente nunca le escuchará. Podría descubrir la vacuna contra el cáncer, que ellos la desestimarían sólo por ser suya. Tal vez Ozzy sí le escuchara, al menos al principio. Siempre se ha llevado bien con él, solía desayunar todos los días en su bar, pero está claro que los demás no. Y Brad sabe cómo funcionan esas cosas a nivel sociológico. Al final, Ozzy se alejará de él porque seguirá a los líderes del grupo.

Brad está pensando en no volver a subirse al coche.

Además, piensa que todo ese asunto de proveerse de comida y material es absurdo.

Las puertas del centro comercial se abren cuando se acercan, y ellos entran. Patrick es el primero en darse cuenta, pero para todos los demás es evidente que ocurre algo. Tardan unos segundos en entender que hay más gente de lo esperado, y



que todo el mundo parece tener prisa. Patrick les hace un gesto a Verónica y Ozzy para que cojan dos carritos de la compra, y se acerca a un hombre que observa las colas que empiezan a formarse delante de las cajas. En el pecho del hombre hay un pequeño cartelito que le distingue como Director bajo el que aparece su nombre, Sr. William Tongue.

—Disculpe, ¿pasa algo?

El señor Tongue mira a Patrick con una sonrisa ensayada y falsa, la sonrisa de quien necesita agradar porque es su trabajo pero preferiría lanzarte una mirada de desprecio.

—Nada en absoluto, señor. Supongo que el discurso del presidente ha alterado a algunas personas.

—¿Qué discurso? —pregunta Patrick.

—¿No lo ha visto? Dijo que Los Ángeles ha sido atacado y que hay... no puedo decirlo en voz alta sin que me entre la risa —el director del centro comercial meneaba la cabeza, como intentando apartar de su mente el chiste más gracioso del mundo—. En fin, hay gente que piensa que esta crisis será gorda, como cuando dijeron que con el efecto 2000 todos los ordenadores del mundo se detendrían y la gente salió a la calle a por provisiones para sobrevivir a un Apocalipsis. Debería haber más noticias como esta. Son buenas para las ventas.

Patrick sonrío. La soberbia del director Tongue le resulta despreciable, así que decide regresar junto a sus compañeros. Después, Verónica y él se dirigen hacia una zona del centro comercial mientras Mark, Paula, Ozzy y Stan echan a andar hacia las conservas. Brad se queda quieto un momento, observando a los dos grupos con desprecio. Después, camina detrás de estos últimos.

—¿Puedo llevar el carrito? —pregunta Paula.

Ozzy se lo cede, guiñándole un ojo y revolviéndole el pelo con gesto cariñoso.

Mark es el primero en girar hacia el pasillo de las conservas, y al hacerlo se queda sorprendido. En ese pasillo está la mayor concentración de gente de todo el supermercado y las estanterías están medio vacías.

—Joder —gruñe Stan.

—Será mejor que nos demos prisa —responde Mark.

## 6

Logan Kane sigue sentado en la misma postura que tenía antes, cerca del borde del colchón, con las manos entrelazadas encima de las piernas y la vista fija en el suelo. Está tranquilo, como si no le preocupara nada de lo que está pasando. Desde donde está él, podemos escuchar, y él también lo hace, la puerta que comunica la zona de oficinas de la comisaría con las celdas, abrirse y cerrarse después de que pasen dos personas. Por las voces son Arthur y Jerry. Ambos hablan en voz baja, como si no quisieran ser escuchados, pero la acústica es extraña y podemos oírles claramente.

—¿Tú crees que es verdad?

—Joder, es el presidente —responde Arthur—. Si no es verdad, no entiendo a qué viene eso.

—Y ya has visto las imágenes. Pero no puede ser verdad, tiene que tratarse de otra cosa, no sé, un montaje, una promoción de una película, algo así. Lo has pillado empezado, ¿verdad? Igual antes lo dijeron, que se trataba de otra cosa.

—A mí me parecía muy real. ¿Te fijaste en sus ojos?

—Sí. Eso fue lo que más me impactó. Parecía que tenía... miedo.

—Sí, joder.

—Pero no puede ser —para entonces ya se encuentran delante de la celda de Logan Kane, pero este no levanta la cabeza para mirarles—. Quiero decir, no es posible algo así, ¿verdad? No sé, es... demasiado raro, ¿no?

Arthur se encoge de hombros. Lo cierto es que no sabe qué pensar. Puede que el discurso del presidente haya sido surrealista, pero todo tenía todo el aspecto de ser real. Demasiado real. Y aunque parte de su mente insista en aferrarse a lo conocido y le diga que es imposible, no puede evitar el cosquilleo intranquilo que siente por todo el cuerpo.

—Eh, capullo miserable —dice, apartando de su cabeza la historia del presidente y dirigiéndose a Logan—. Levanta y acércate.

Logan le mira, clavando en él su mirada de ojos almendrados. Se pone en pie y se acerca a la puerta de la celda, lentamente, con una parsimonia que exaspera al jefe de policía de Novato. Extiende las manos, pasándolas por el hueco destinado a tal efecto, y sonrío divertido mientras Jerry le coloca las esposas.

—¿Te hace gracia, gilipollas? —pregunta Arthur.

Logan se encoge de hombros. Jerry abre la puerta, y Arthur agarra por el brazo a Logan. El preso se deja llevar. Un minuto después, los tres entran en una sala de interrogatorios de paredes grises, con una mesa clavada al suelo en el centro y dos sillas. En una de ellas está sentado el agente Stahl, con sus ojos de sapo atentos a la forma de moverse del detenido. Tras él, de pie y apoyado contra la pared, se encuentra el agente Jim Gordon.

—Gracias, agentes —dice Stahl—. Si no les importa dejarnos solos...

Arthur asiente y le hace un gesto a Jerry para que salgan. Antes de cerrarse la puerta, alcanzamos a oír a Jerry preguntando otra vez si cree que de verdad es posible lo que ha contado el presidente en la televisión. Después la puerta se cierra y nos quedamos en el interior.

Stahl cruza las manos y apoya la barbilla en ellas observando a Logan. Este le devuelve la mirada y apoya sobre la mesa las manos, aún esposadas.

—Logan Kane, soy el agente Stahl y él es mi compañero, Jim Gordon, del FBI.

Logan abre los ojos y asiente con la cabeza, como si aquello le impresionara gratamente. Pero es evidente que no lo hace. Los dos agentes también se dan cuenta. Logan Kane parece estar disfrutando de todo esto.

Stahl coloca sobre la mesa una carpeta amarilla de las que se utilizan para clasificar material. Cuando la abre, deja a la vista una fotografía del cadáver de una adolescente rubia de pelo corto. Está desnuda, tirada junto al borde de un río, sucia y con varias heridas en su cuerpo. No es una imagen agradable.

—¿Te suena, Logan?

—No tengo la menor idea —responde.

Pero sí la tiene. Y Stahl es un buen agente, con mucha experiencia, y cuando Logan levanta la mirada de la fotografía, se da cuenta de que no va a obtener ninguna confesión porque ese cabrón despiadado que está sentado frente a él está pasándose bien.

—Por supuesto que no. Y tampoco le sonarán esta chica, ni esta, ni esta —a medida que habla, Stahl va levantando fotografías de otras chicas muertas y colocándolas en la mesa, de frente a Logan Kane.

—No las conozco.

—Ni siquiera has mirado las fotografías.

Logan sonrío, y ahora ya no parece un vendedor capaz de convencerte de comprar un bikini en plena helada, sino un lobo a punto de devorar a su presa. Baja la vista hacia las fotografías, con evidente desprecio, y vuelve a mirar a Stahl.

—No las conozco.

—Sin embargo, estuvo usted en Worland, Wyoming el cuatro de abril —dice Stahl, señalando la primera fotografía—. Y en Salina, Kansas, el veintiuno de noviembre del año pasado —señala la segunda fotografía—. Y en Montgomery, Alabama, el diecisiete de septiembre... ¿Quiere que siga?

—¿Pretende que recuerde las fechas y lugares de todos mis viajes, agente Stahl?

—No hace falta. Tengo los registros de sus viajes, suministrados por su jefe. Un hombre muy agradable, por cierto.

—Sí, lo es. Y yo no soy la única persona del país que viaja constantemente.

—¿Alguien coincide con usted en tantas fechas y lugares?

—¿No es posible? —pregunta Logan, sonriendo divertido esta vez.

—Improbable, diría yo —asegura Stahl, sonriendo a su vez, tratando de contrarrestar la actitud de Logan.

Pero este se encoge de hombros, restándole importancia.

—Circunstancial, diría yo.

—Logan —Jim Gordon abre la boca por primera vez, cruzando los brazos sobre el pecho—, tenemos diecisiete cuerpos de chicas menores de edad violadas y asesinadas en ciudades por las que usted pasó en las fechas de sus muertes. A mí me parece que está todo muy claro.

Logan vuelve a encogerse de hombros.

—Con Mary Ann cometiste un error —asegura Stahl—. Permitiste que te grabaran cuando la secuestraste.

Stahl coloca sobre la mesa una fotografía de Mary Ann Conway.

—A esta chica sí la conozco —dice, sonriente—. Le pregunté una dirección porque estaba perdido, ella me respondió, y entonces se desmayó delante de mi coche. Yo me bajé para ayudarla y llevarla a un hospital. Cuando estábamos de camino empezó a sentirse mejor y la dejé marcharse.

Stahl suelta una carcajada.

—Si realmente quieres convencer a un jurado, vas a tener que inventarte una historia mejor que esa, capullo.

Stahl se levanta sin recoger las fotos de la mesa. Los dos agentes salen del cuarto de interrogatorios y cierran la puerta, dejando a Logan Kane sólo con los recuerdos de sus crímenes.

—El hijo de puta es frío —comenta Jim.

—Y sabe que todo lo que tenemos es circunstancial. Puede que le condenen por la violación y asesinato de Mary Ann gracias a esa cinta de video, pero jamás por el resto de chicas.

Es evidente que tanto a Jim Gordon como a Paul Stahl les molesta y frustra esa situación. Y de nada servirá que ambos sepan que el hombre que está dentro de ese cuarto es un monstruo.

—¡Joder! —exclama Stahl, dándole un puñetazo a una mesa.

Trecientos cincuenta kilómetros al este de Los Ángeles siguiendo la autopista 10, y a unos veinte o treinta kilómetros al oeste de Phoenix, el taxi perteneciente al joven musulmán llamado Hamza y conducido en estos momentos por Duck Motton, se detiene al final de lo que parece una interminable cola de vehículos que se extiende hasta más allá de lo que permite la vista. Un par de soldados caminan por el arcén, informando a los conductores de los vehículos. Duck baja la ventanilla.

—Buenos días —saluda Duck—. ¿Qué está pasando?

—Supongo que habrán oído las noticias y conocen la noticia sobre el brote vírico de Los Ángeles.

—Sí —responde Duck, sin añadir que vienen de allí por miedo a que quieran inspeccionarles en ese mismo momento.

—Estamos revisando todos los vehículos e individuos que entran en Phoenix para evitar que se propague el virus, señor. Le ruego que tengan paciencia.

—Pero eso puede llevar horas...

—Tendrá que tener paciencia, hacemos todo lo que podemos.

—¿Hay algún otro camino?

—Señor, este tipo de controles se lleva a cabo en todas las entradas a la ciudad como medida de prevención y es obligatorio que pase por él todo el mundo, así que, como le he dicho, tendrá que tener paciencia.

Duck asiente. Tres coches por delante, el segundo soldado está intentando calmar a un hombre calvo vestido con una camiseta gris con marcas de sudor en las axilas y la espalda. El hombre está evidentemente nervioso, y el soldado que está hablando con Duck le hace un gesto para que espere mientras retrocede hacia su compañero y el tipo calvo.

—Esto es una puta ratonera —asegura Richard Jewel—. Tenemos que salir de aquí.

—No sé tú —le responde Duck—, pero yo he percibido en sus palabras una clara amenaza. Me parece que dispararán contra el que intente abandonar la cola.

—¿Crees que llegarían a ese punto? —pregunta Zoe desde el asiento de atrás, asustada.

—Si han bombardeado Los Ángeles, no creo que tengan problemas en disparar a un taxi —responde Duck.

—No he sobrevivido a un montón de zombies hijosdeputa para quedarme atascado en un coche esperando que aparezcan por detrás. Y no sé tú, pero si nos quedamos aquí, yo no voy a apartar la vista de la puta ventanilla trasera.

Duck mira a Richard, preocupado, porque en realidad, sabe que tiene razón.

—O sea que todo es verdad —dice Hamza.

Hamza está sentado en centro del asiento trasero. La nariz y el labio se le han hinchado, deformándole ligeramente el rostro, aunque al menos ya ha dejado de

sangrar. Durante el trayecto desde Palm Springs, los demás le han contado todo lo que saben, empezando con lo ocurrido en Castle Hill. La mayor parte del tiempo, el joven les observaba con una mezcla de terror e incredulidad.

—Por supuesto que es verdad, joder —asegura Richard, mirando a su alrededor—. Joder, mataría a Cristo por un puto trago de *whisky*.

—¡Richard! —exclama Zoe escandalizada.

—Siento la blasfemia, querida.

Duck apenas les escucha. Está mirando fijamente hacia los soldados y al tipo calvo que no deja de discutir con ellos. En ese momento les está gritando que en la radio han dicho que los infectados son muy peligrosos y exige saber qué van a hacer para protegerles a todos. Presa de los nervios, más que de una verdadera intención agresiva, el calvo empuja a uno de los soldados, e inmediatamente, el segundo soldado levanta su arma y le apunta. La gente que se encuentra alrededor lanza algunos gritos de sorpresa y miedo, y la mayoría se oculta detrás de sus coches. El soldado con el arma le pide calma al calvo, pero este no parece tomarse demasiado bien que le estén apuntando y grita ofendido que no está haciendo nada y que están cometiendo abuso de poder. La tensión crece por momentos.

Y Duck agarra el volante con las dos manos.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta Zoe. En su voz se nota el miedo. Y no le quita ojo a los soldados.

—Agarraos fuerte —responde Duck.

—¡Sí, señor! —exclama Richard—. ¡Estamos listos para la acción!

Así que cuando los dos soldados se abalanzan sobre el calvo para intentar inmovilizarle, uno de ellos sacando una brida de uno de sus bolsillos, Duck Motton aprieta el acelerador y gira el volante a la izquierda. El taxi da un salto hacia delante y gira ciento ochenta grados. Duck endereza el volante y vuelve a pisar el acelerador hasta el fondo. Por el espejo retrovisor ve que uno de los soldados está gritándoles y apuntándoles con el fusil, y Duck se encoge esperando los disparos, pero cuando les separan algo más de cien metros de los soldados, en el carril de al lado dos coches se cruzan con ellos en dirección al final de la cola. Y finalmente, aún con el dedo en el gatillo, el soldado baja el rifle y les deja marchar.

Richard Jewel asoma la mitad de su cuerpo por la ventanilla y blande un puño en el aire, gritando eufórico por la escapada.

Pronto, el atasco en dirección Phoenix, el calvo y los soldados desaparecen tras una curva.

—A la altura de Quartzite cruza una carretera en dirección norte-sur —comenta Gabriel, mirando en su iPhone Google Maps.

Duck asiente. No lo dice pero hay otra cosa que le preocupa. La aguja de la gasolina está por debajo del cuarto.

Resulta interesante darse cuenta que tanto Mark como Patrick encuentran inquietante que cada vez haya más coches en el aparcamiento del supermercado y siga llegando gente. El grupo empuja los carritos, llenos de bolsas, de regreso hacia el Land Rover. Hace rato que Paula ya no empuja ninguno de ellos, en cuanto empezó a estar demasiado lleno. Pero observa, porque Brad Blueman cierra el grupo en una imagen que ya empieza a ser habitual, con el periodista un par de metros por detrás de los demás.

Cuando alcanzan el coche, Brad ni siquiera se acerca para ayudarles. Se mantiene a la misma distancia, con los brazos cruzados y expresión de fastidio, observándoles. Verónica abre el maletero.

—¿Qué habéis encontrado vosotros? —pregunta Ozzy, girándose hacia Patrick y la bombero.

Stan Marshall y Mark empiezan a guardar bolsas en el maletero, ordenándolas para que quepa lo máximo posible.

—Un par de hornillos, de los que se usan en los *campings* —responde Patrick—, gas de repuesto, un par de sacos de dormir, porque no había más, un par de mantas, y semillas.

—¿Semillas?

—Tomates, lechugas, patatas, zanahorias... ¿Qué más hemos cogido? —Patrick mira a Verónica.

Ella se encoge de hombros. Patrick vuelve a mirar a Ozzy.

—En general, hortalizas y verduras de varios tipos.

Ozzy abre la boca para decir algo, pero se arrepiente y no lo dice. Tiene miedo de expresar el temor que siente y que este se haga realidad. En cambio, se gira hacia los carritos de compra y ayuda a Mark y Stan a guardar las cosas. Patrick se les une.

Aunque nadie diga nada, todos son conscientes de que la compra de semillas implica el pensamiento de que la situación no se solucionará y dependerán de ellos mismos para sobrevivir. Y mientras todos cargan el Land Rover, un par de metros detrás de ellos, con los brazos cruzados encima del pecho y la cámara de fotos colgada al cuello, Brad Blueman empieza a pensar seriamente que esas personas han perdido la cabeza.

Sí, porque no puede ser que piensen de verdad que el gobierno, el ejército o quien sea no lograrán dominar la situación. Eso no puede ser, porque el fin del mundo es cosa de películas, y una cosa es que ocurra algo como lo de Castle Hill, o como lo de Los Ángeles, y otra cosa muy distinta es pensar que el mundo se va a acabar.

Brad, al menos, es incapaz de pensar en ello.

En lo que sí piensa, y ahora con más fuerza, es en marcharse por su cuenta. No tiene nada que hacer con estas personas, que además le desprecian. Pero mira alrededor y sabe que se encuentra en ningún sitio. Button-algo. Le desagrade la idea

de seguir adelante con ellos, pero si siguen hacia el norte llegarán a San Francisco en unas horas, y entonces les pedirá que paren el coche para poder bajarse. Serán unas horas largas, mirando el paisaje por la ventana y en completo silencio mientras todos los demás le ignoran y no le incluyen en sus conversaciones, pero al menos San Francisco es una gran ciudad. Y le agrada la idea de mandarles a tomar por culo antes de cerrar la puerta en sus narices.

—¡Necesito esa comida!

El grito hace que se giren a mirar. Una mujer de mediana edad está delante de un Mercedes con el maletero abierto, metiendo bolsas, y un hombre con abrigo negro y pantalones marrones de pana se ha parado a su lado y señala una de las bolsas. La mujer le ignora hasta que Pantalones de pana agarra una de las bolsas e intenta llevársela.

—¡Eh! —grita ella—. ¡Eso es mío!

—¡Yo también necesito comida! —grita Pantalones de pana.

—¡Pero lo he comprado yo!

El hombre da un fuerte tirón y la mujer cae de rodillas al suelo, lanzando un quejido de dolor.

Patrick da un paso hacia ellos, pero Verónica le agarra de un brazo mientras Ozzy le sujeta el otro. Patrick les mira sin entender. Verónica le hace un gesto con la cabeza, en dirección a la puerta del supermercado. Al mirar, Patrick se da cuenta de que varias personas están discutiendo junto a las puertas, intentando apropiarse de la compra de los que salen.

—Deberíamos largarnos —dice Mark.

Patrick observa con impotencia al tipo de los pantalones de pana, que ya está huyendo a la carrera con su botín en una mano. La mujer se ha vuelto a levantar y sigue guardando su compra en el Mercedes, entre lágrimas. Patrick se da cuenta de que una de sus rodillas se ha lastimado y tiene sangre.

Siente rabia.

Verónica agarra una de las bolsas de plástico y entra al Land Rover, en el asiento del copiloto. Stan Marshall guarda la última bolsa en el maletero y cierra, mientras Ozzy y Paula apartan los carritos ya vacíos, sin molestarse en llevarlos a la zona marcada para dejar los carros. El ambiente en la entrada del supermercado está caldeándose. Casi parece un polvorín a punto de estallar. Ozzy siente el ambiente cargado de mala energía, casi de chispas. Patrick entra al coche en el asiento del conductor y juguetea con los cables hasta conseguir contacto. El motor se pone en marcha.

—¿Estamos todos? —pregunta.

Ozzy deja subir a Paula y entra detrás de ella. Cierra la puerta a su espalda.

—Ya —dice.

Patrick pisa el freno, pero antes de poder meter la marcha atrás, la puerta que acaba de cerrar Ozzy vuelve a abrirse. Brad se asoma.



—¿Me dejas pasar? —pregunta.

Avergonzado, Ozzy asiente con la cabeza y se pasa al asiento trasero, junto a Stan. Brad se acomoda en el lugar que acaba de dejar libre y mira a Paula, que está a su lado, agarrando la mano de Mark.

—¿Por qué siempre llevas esa cámara? —pregunta la niña.

—Porque soy periodista —responde Brad, cerrando la puerta.

—¿Cómo la chica de las Tortugas Ninja?

Brad observa a la niña, con el desprecio tan legible en su rostro que Mark siente ganas de darle un puñetazo en la cara.

—Paula —dice, contento de atraer la atención de la niña. Cuando ella le mira, se da cuenta de que la pequeña no ha advertido el desprecio de Brad o, si lo ha hecho, lo ha ignorado con esa capacidad innata en los niños para quedarse sólo con lo que les interesa.

Patrick está sacando el Land Rover del aparcamiento. Stan Marshall y Ozzy tienen la cabeza girada, mirando por la ventanilla trasera hacia las puertas del supermercado. Hay dos hombres pegándose y un carrito lleno de bolsas se ha caído al suelo. La compra se ha desperdigado y todo el mundo está intentando agarrar lo que puede.

—Dios mío —murmura Ozzy.

Stan le contesta con uno de sus clásicos gruñidos.

Verónica, en el asiento delantero, abre la bolsa que no ha querido meter junto a las demás en el maletero y se gira para hablar con el resto.

—¡Chicos! —dice, para llamar la atención—. Patrick y yo os hemos traído un regalo que creo que vais a apreciar. Espero haber acertado con las tallas.

Saca el contenido de la bolsa y empieza a repartirlo. A Mark le entrega unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca con la silueta de una palmera y un sol. Él se ríe.

—Gracias —dice—. Sí que lo agradezco. Cualquier cosa que sea quitarse este mono azul es de agradecer.

—Paula, espero que te guste la que he cogido para ti.

Verónica le entrega a la niña unos pantalones vaqueros y una camiseta con una flor en el pecho y pequeños volantes en las mangas. Paula se echa hacia delante y le planta un sonoro beso en la mejilla a Verónica.

—Muchas gracias —dice.

—De nada, guapa.

Paula mira a Mark, que se está quitando el mono, moviéndose incómodo en el coche, y después mira a Verónica con los ojos muy abiertos.

—¿Tengo que ponérmelo aquí?

Excepto Brad Blueman y Stan Marshall, el resto sueltan una carcajada. Hasta Patrick, concentrado en conducir para incorporarse a la autopista de nuevo, se ríe con evidente alegría.

—Si no quieres, no —le asegura Mark—. No te preocupes.

Paula frunce el ceño, pensativa, dando lugar a una expresión que a Mark le provoca una sonrisa llena de amor. Verónica continúa el reparto de ropa. A Stan le entrega unos vaqueros oscuros y una camisa a cuadros rojos y blancos. A Ozzy, vaqueros y una camiseta azul con el mismo logotipo que la de Mark. Verónica mira a Brad.

—Aquí está lo mío y lo de Patrick. Lo siento, Brad, no encontré nada de tu talla.

—¿Te molestaste en buscar? —pregunta él, con actitud de desdén y sin apartar la mirada de la ventanilla.

Verónica no contesta, pero su expresión es la misma que la de alguien que tuviera delante un cubo de excrementos. Paula rompe el silencio que se crea en el coche.

—¡Me queda grande!

Verónica mira a la niña. Se ha puesto la camiseta, y ciertamente, le queda un poco grande.

—¿Pero te gusta? —le pregunta.

—Sí, es muy bonita.

Verónica le guiña un ojo y le sonríe, casi olvidando del todo a Brad Blueman.

—Háblales de San Mateo —pide Patrick en ese momento.

—Ah, cierto.

Verónica sonríe y saca una revista del fondo de la bolsa que contenía la ropa y que aún contiene la de Patrick y ella. Mark se da cuenta de que no parece ser una revista normal, sino más bien algo parecido a un catálogo. Resulta estar en lo cierto. Verónica les enseña la portada. Se trata de un catálogo inmobiliario.

—Mientras yo buscaba la ropa, Patrick vio esto en un estante y estuvo echando un vistazo. Me habló de lo que había pensado cuando regresábamos hacia las cajas para pagar, y yo estoy de acuerdo con él, pero queríamos hablar con vosotros antes de tomar una decisión.

Verónica les observa. Exceptuando, por supuesto, a Brad, el resto la miran atentamente. Incluso Paula, a la que, te lo aseguro, le encanta sentir que forma parte de un grupo que la tiene en cuenta.

—A pocos kilómetros al suroeste de San Francisco hay un pequeño pueblo costero llamado Half Moon Bay...

—Yo he estado —asegura Ozzy.

—Patrick ha pensado que debemos buscar un sitio seguro, donde podamos estar a salvo de los zombies.

Brad resopla y se gira para decir algo, pero Verónica le fulmina con la mirada, y el periodista se limita a menear la cabeza.

—¿En serio? —pregunta Ozzy—. Quiero decir, ¿no os parece excesivo?

Brad levanta una mano, como queriendo preguntar «¿Lo veis?», pero nadie contesta a la pregunta de Ozzy, y este encoge los hombros y le dice a Verónica que continúe.

—En Half Moon Bay hay una...

—Urbanización —dice Patrick, sumándose a la historia—. Se llama San Mateo y, por lo que he visto en las fotos, está rodeada por un muro de piedra de algo más de dos metros, con seguridad privada y todo el lío. Bastante elitista.

—Si ese muro rodea todo el perímetro, podría ser un buen lugar.

Verónica le ofrece el catálogo de casas a Mark.

—Página doce —señala Patrick.

Mark abre el catálogo y mira las fotos que aparecen debajo del titular «Una agradable residencia en el glamouroso complejo San Mateo. Un paraíso en Half Moon Bay». Paula se apoya en su brazo para mirar la revista. Mark la abraza.

—Es el embajador ruso, señor presidente.

Fred Barker le ofrece el teléfono. Jack lo observa con gesto cansado y desganado y suspira. Se lleva el teléfono al oído. Durante la última hora ha tenido que contestar llamadas de embajadores y presidentes de medio mundo mientras, entre conversación y conversación, Barker le informa de los progresos realizados en la crisis.

Claro que en realidad... ¿Cuál es el contrario de progreso?

Bueno, no seamos tan malvados. Han empezado a establecerse zonas seguras en varias bases militares siguiendo las indicaciones de Bernard Trask, y el ejército ha colocado barricadas en numerosos puntos del estado de California y en las fronteras con los estados aledaños. Mientras tanto, intentan erradicar a los muertos vivientes de Los Ángeles y alrededores. Pero por mucho ánimo que le imprima Fred Barker a la narración, Jack Norton no es ningún idiota y sabe leer entre líneas que, a pesar de algunas masacres de zombies en algunos puntos, en general los soldados están siendo mermados y superados y la infección se ha extendido a zonas cercanas de la ciudad que en principio se encontraban fuera del perímetro vigilado.

En un momento dado, después de explicarle al embajador inglés que sí, que realmente la situación explicada en su discurso era real, Jack le había preguntado a Fred Barker cuál era la situación del centro de Los Ángeles tras el ataque con napalm. Salvado por la campana, Fred se había librado de contestar porque el teléfono había vuelto a sonar, en este caso se trataba del embajador chino.

Pero el rostro de Barker se lo había dicho todo.

—Hola Otto —saluda el presidente al coger el teléfono.

Fred le observa escuchar lo que Otto Tarspichev le dice. La puerta del Despacho Oval se abre para dejar pasar al coronel Trask, que se acerca hasta el sillón donde está sentado Fred.

—El doctor Dysinger ya está durmiendo —dice, en voz baja.

Fred asiente.

—No, Otto —responde Jack, al teléfono—. Por supuesto que estamos haciendo todo lo que podemos para frenar esta... sí, lo sé, Otto... Gracias.

Jack cuelga el teléfono. Da la impresión de haber envejecido diez años en las últimas horas. Fred, al menos, no recuerda haberle visto nunca tan desmejorado.

—Se acabó, Fred —le dice, señalando el teléfono—. No quiero hablar con nadie más. Me da igual que llame el mismísimo Papa.

Fred asiente, levantando el teléfono y transmitiendo la orden a la secretaria que se ocupa de pasar las llamadas. Cuando termina, vuelve a mirar al presidente. Jack se está pasando las manos por la cabeza, pensativo.

—¿Cuánto creéis que tardarán en alcanzar otra ciudad importante? —pregunta, sin levantar la vista.

—Señor presidente —Fred se ríe, de forma nerviosa—, estamos trabajando para

que eso no ocurra y...

—No te he preguntado eso, Fred.

Y Barker cierra la boca, sin saber qué decir.

—Menos de un día —responde Bernard, en su lugar.

Tanto Fred Barker como el presidente se giran para mirarle, el primero con una expresión de alarma que Bernard Trask ni siquiera ve, porque está mirando hacia el presidente.

—¿Menos de un día? —pregunta Jack, agotado.

—Señor... Jack... —Fred se pone en pie, colocándose entre el presidente y Bernard Trask y levantando las manos como intentando apaciguar una pelea inminente—. La apreciación del coronel es, cuando menos, precipitada, porque no está al tanto de las cosas que...

—Fred —le interrumpe Jack—, siéntate, por favor.

Fred traga saliva y obedece. El presidente mira a Bernard.

—Coronel, ¿realmente piensa que en veinticuatro horas lo que ha ocurrido en Los Ángeles estará sucediendo en otras ciudades?

—Sí, señor. Si no ocurre antes.

—¿Por qué piensa de esa manera?

—Tal y como están las cosas en estos momentos... no creo que tengamos la capacidad para detener esto. Luché contra esas cosas en Castle Hill con mi escuadrón y perdí un hombre. Hubiéramos caído todos si el ejército no hubiera enviado más tropas para ayudarnos, y en aquel caso les teníamos contenidos en un único punto. Ahora mismo, esas cosas se esparcen por la parte central de California, sin control alguno... Hemos recibido llamadas de brotes fuera de los perímetros.

Avergonzado, Fred Barker asiente con la cabeza.

—Señor presidente —continúa Bernard—, usted no los ha visto, pero le aseguro que son insaciables. Ya están muertos y no nos perciben como un peligro. Apenas como comida a la que dar tres o cuatro mordiscos antes de lanzarse a por el siguiente de nosotros. Resulta fácil combatir contra uno o dos de ellos, pero en cuanto se encuentran en grupo, es cuestión de tiempo que te coman terreno. Y eso es lo que les está pasando a nuestras tropas.

—¿Qué cree que debemos hacer, coronel?

Bernard niega con la cabeza.

—No lo sé, señor. En estos momentos, creo que tenemos que aferrarnos a la fe y confiar en que nuestros soldados puedan hacerlo.

—Pero en realidad no cree que lo consigan.

Bernard Trask mantiene la mirada al presidente sin responder. Jack Norton suspira, junta las manos sobre la boca y mira hacia el techo.

—Lo que pienso, señor, es que sólo hace falta que una persona infectada haya cruzado la línea. Ya han cruzado nuestras líneas en más de una ocasión desde que esto empezó, y siguen llegando avisos sobre brotes más allá de nuestros perímetros.

Y sí, puede que los nuevos perímetros estén bien establecidos... ¿Pero podemos controlar que una sola de esas cosas no esté cruzando el desierto y aparezca por detrás? O no ya un muerto... ¿Podemos controlar que no lo haga un infectado? Estoy seguro de que no tenemos vigilados todos los kilómetros de frontera, cada carretera secundaria, cada camino de tierra, cada sendero...

Bernard Trask termina de hablar, y entonces los dos militares son testigos de algo que nadie ha visto nunca. Una lágrima resbala desde el ojo izquierdo de Jack Norton y cruza su mejilla en dirección a la barbilla. El presidente la seca con el canto de una mano.

—Sólo nos queda seguir intentándolo. Es eso, ¿no?

—Es lo que pienso, señor.

Jack Norton asiente. Sigue mirando hacia el techo, con las manos unidas frente a la boca, como si rezara. Fred Barker mira a Trask, incómodo, pero el coronel mantiene la posición marcial, con las manos cruzadas a la espalda, la vista atenta en el presidente.

—Jack —Fred carraspea—, deberíamos empezar a pensar en usted.

Como única respuesta, el presidente se cubre los ojos con las manos.

—Tenemos un portaaviones a cinco kilómetros del puerto. La tripulación tiene orden estricta de no permitir acercamientos para evitar contagios y...

—No voy a abandonar la Casa Blanca, Fred.

Lentamente, Jack se quita las manos de los ojos, y Fred vuelve a tener la sensación de encontrarse con la versión envejecida del hombre que gobierna el país.

—Pero señor...

—Fred, no.

Y esta vez es tan taxativo que Fred Barker se calla.

—No le diré al mundo que debe mantener la calma mientras arreglamos esto y me escabulliré por la puerta trasera. Convierte la Casa Blanca en un bunker, ten el helicóptero siempre a punto, lo que quieras, Fred, pero permaneceré aquí hasta que sea imprescindible claudicar.

—Sí, señor presidente. Daré la opción a los trabajadores para que elijan si quedarse o marcharse. Supongo que habrá gente que quiera salir y estar con sus familias. Después, nadie más podrá entrar ni salir.

—De acuerdo.

Fred asiente y se da la vuelta dispuesto a salir del Despacho Oval y coordinar ese asunto, pero Jack vuelve a hablar, y Fred se detiene para mirarle.

—Me gustaría proteger Washington.

—Ya lo estamos haciendo, señor. Washington y todas las ciudades, en realidad.

—Me refiero a... más.

Fred estira los brazos, abarcando todo el espacio a su alrededor.

—Me temo que el coronel Trask tiene razón. No tenemos efectivos para proteger cada camino y calle que entra en la ciudad.

Jack asiente, y Fred sale del despacho. Bernard tarda unos segundos, pero acaba realizando el saludo militar antes de darse la vuelta y dejar sólo al presidente en el Despacho Oval.

En Quartzite hay una gasolinera. Sin embargo, pareciera que todos los vehículos del estado se hubieran reunido allí para echar gasolina. Vale, ok, es una exageración, pero al menos hay cincuenta vehículos formando una fila para llegar a los surtidores.

—Voy a echar un vistazo, ¿vale?

Duck abre la puerta para bajarse. Richard le imita.

—Te acompaño.

Los dos hombres empiezan a caminar hacia la gasolinera.

—De paso, miraré a ver si tienen algo que echarme al gaznate —comenta Richard, dándole un codazo amistoso en el brazo y lanzando una risotada.

Duck pone los ojos en blanco, resignado a la incorrección natural de Richard Jewel. A medida que se acercan a los surtidores, Duck se da cuenta de que varios de los coches están llenos de maletas y bolsas, como si la gente hubiera recogido todas sus pertenencias antes de salir corriendo de sus casas. Duck se pregunta qué será de todas sus cosas.

Y de su gata.

Ni siquiera se había acordado de Mallory hasta ahora. Supone que estará bien. Mallory siempre ha sido una superviviente. La encontró vagando por la calle cuando tenía entre dos y cinco meses, el veterinario nunca pudo asegurar su edad exacta, con el rabo roto y un par de heridas en una pata. Duck la cuidó y se la llevó a casa. Mallory se lo agradecía a su manera gatuna. Por lo general, se tumbaba junto a él mientras veía la televisión, o a sus pies mientras comía, pero después salía al jardín por la ventana de la cocina y podía pasar horas sin regresar.

Duck espera que esté bien.

En realidad, es por lo único que se apena. Nunca ha sido demasiado apegado a sus cosas, ni ha coleccionado nada que le duela perder. Si acaso su ropa...

Hablando de ropa, se da cuenta de que la gente les mira, extrañados pero no alarmados. Llevan monos azules idénticos, y Duck cree que tienen aspecto de mecánicos.

Evidentemente, ninguno de ellos va buscando nada, pero si Richard no tuviera la mente pensando en bebida, o si Duck se hubiera fijado un poco, ambos habrían visto al hombre con la cara apoyada en la ventanilla del Audi gris junto al que acaban de pasar. Dejemos que avancen hacia la gasolinera y quedémonos un momento aquí. El hombre de Audi se llama Dustin y trabajaba como fiscal en Los Ángeles. Ninguna de esas cosas nos importa realmente en este momento, pero sí podemos fijarnos en la palidez extrema de su rostro, en el color ligeramente rojizo, casi amarotado, de las bolsas bajo los ojos, en su expresión, con los ojos casi vueltos del revés, mostrando lo blanco, y en el sudor que le cae a chorros por las sienes. Su pelo, empapado, está pegado a la cabeza. Desde aquí no podemos verlo, pero si entráramos en su coche y le subiéramos la manga derecha, veríamos un mordisco a la altura del codo. Un



círculo imperfecto de cuatro centímetros de diámetro cuyos alrededores hace horas que abandonaron el color morado para pasar directamente al negro.

Junto a él, en el asiento del conductor, hay una chica, de unos treinta años de edad, actitud nerviosa y maquillaje totalmente corrido por el llanto. Desde que Dustin apareció en casa, gritándole que tenían que largarse de la ciudad, ella le ha pedido en muchas ocasiones que le explique qué está pasando. Dustin no se lo ha dicho, y ella le ha visto empeorar, y también ha visto la herida que tiene en el brazo, y se ha asustado muchísimo al verla porque le ha parecido gangrena. No es que sepa nada de medicina, y en realidad nunca ha visto una foto real de gangrena, pero en las películas ese aspecto negruzco suele significar gangrena, y por lo general va seguida de la palabra amputar. Y cuando ella le ha dicho que deberían ir a un hospital, Dustin se ha enfadado y le ha gritado que se deje de gilipolleces y conduzca, que no quiere ir a un hospital, que se pondrá bien, que sólo está indispuerto. Y ella sabe que le miente, pero no sabe qué hacer. Le ha vuelto a preguntar qué está pasando, pero él no le ha dicho nada. Y ahora lleva un rato apoyado contra la ventanilla, sin hacer ningún ruido, y ella está verdaderamente asustada, y siente que no puede parar de llorar.

Obviamente, si supiera que va a morir dentro de un par de minutos, estaría muchísimo más asustada.

—Joder —dice Richard de repente, cuando se encuentran a veinte metros de los surtidores.

—¿Qué pasa?

—Dinero. Me he dejado la cartera en el coche.

Duck sonrío. Richard se da la vuelta y desanda el camino hacia el taxi. Vuelve a pasar junto al Audi sin mirarlo, absorto en sus propios pensamientos ahogados de alcohol. Duck llega hasta los surtidores. Junto a ellos, tres alborotados empleados no dan abasto para satisfacer la demanda. Se acerca al que le parece el más tranquilo de todos.

—¿Hay alguna otra gasolinera por aquí? —pregunta.

—Hay otras dos.

—¿Podría darme indicaciones para llegar?

—Un momento, por favor.

Mientras el empleado de la gasolinera cierra el tapón del coche que acaba de repostar y cobra al dueño, Duck se da la vuelta y mira hacia la tienda. Le sorprende ver la mayoría de los estantes vacíos.

—No se moleste. Están igual de llenas.

Duck se da la vuelta. El dueño del coche que acaba de repostar le sonrío antes de meterse en su vehículo y cerrar la puerta. Duck suspira y mira la fila de coches que tiene por delante antes de que le toque al taxi.

—¿Aún quiere las indicaciones?

—No, da igual.

El grito de la novia de Dustin se eleva en el aire en el mismo momento en que él

se gira para regresar al taxi.

Un momento antes, Richard ha abierto la puerta del copiloto para coger su cartera. Está silbando la melodía de «Hey Jude». Se le escapa todo el aire de golpe al oír el estremecedor chillido.

Dustin se abalanza sobre su novia. El primer mordisco le arranca parte de la oreja. Ella, aterrorizada, abre la puerta del coche y se tira hacia fuera. Dustin cae sobre ella, y la cara de la chica se estrella contra el suelo con un doloroso golpe que suena a hueso roto. Ella grita, pero el sonido no dura demasiado, porque la mordedura de Dustin en la nuca le causa la muerte en unos segundos.

Al levantarse de pronto, Richard se golpea la cabeza contra el techo del taxi. Desde donde está, puede ver a Dustin incorporándose de nuevo, con toda la boca y la barbilla chorreando sangre, mientras la gente abandona sus coches y corre en todas direcciones, desperdigándose. También ve a Duck al fondo, quieto junto a los surtidores.

—Mierda —murmura.

Tras Richard, Zoe, Gabriel y Hamza salen del taxi. Este último está murmurando una letanía en árabe. Richard supone que está rezando. Nunca ha sentido mucho respeto por el mundo musulmán, las películas le han enseñado que la mayoría son terroristas radicales movidos por una religión que le cuesta entender, pero le parece correcto que Hamza rece. Es más, espera que su oración también le proteja a él. Movido por el pánico, Gabriel echa a correr, siguiendo a un grupo de gente que huye en dirección contraria a la autopista, hacia lo que parece un campo cultivado.

—¡No podemos dejar a Duck allí! —grita Zoe, agarrando a Richard del brazo.

Richard sabe que no pueden dejar a Duck allí, pero también ve al chico trajeado que nosotros conocemos como Dustin embestir contra otro tipo y derribarlo. Y a la novia de Dustin incorporarse lanzando un aullido totalmente distinto esta vez, mucho más animal y aterrador que el anterior. Su cabeza se inclina un poco hacia atrás, debido a la herida de la nuca, que aún chorrea sangre.

Da un paso hacia atrás. Zoe le adelanta, en dirección a los muertos y los surtidores de gasolina, pero Richard le agarra el brazo.

—No podemos, Zoe.

Duck parece haber entendido lo mismo. Se ha dado la vuelta y corre en dirección opuesta a ellos, alejándose, mezclándose con otras personas que huyen igual que él, adelantando a un hombre que tira de las manos de dos niños, casi haciéndolos volar detrás de él. Zoe mira a Richard suplicante, casi a punto de llorar, pero él aumenta la presión que hace su mano en el brazo de ella, implacable. A regañadientes, Zoe retrocede con él. Richard tiene que detenerse y agarrar a Hamza con la otra mano para obligarle a moverse. El joven tiene la vista fija en el espectáculo de muerte que tiene lugar veinticinco metros más allá, absorto. Para entonces, ya hay tres zombies y Dustin hunde la cabeza en el estómago de un hombre gordo cuyos pies están uno desnudo y el otro vestido con una chancla.

—Corred, joder —maldice Richard.

Y mientras los tres echan a correr, hacia la autopista, Richard tiene tiempo de pensar, una vez más, en lo muchísimo que le apetece un puto trago.

¿Recuerdas a JT Conway? El padre de Mary Ann, la niña violada y salvajemente asesinada en Novato. Normalmente tiene una buena presencia. Es alto, más o menos guapo de cara, sonriente y viste de forma elegante. Hoy, al verle entrar en la comisaría, a Arthur le cuesta reconocerle. JT tiene aspecto de vagabundo, con esos vaqueros sucios de tierra en las rodillas, el pelo despeinado y ojeras de agotamiento. La tragedia se ha cebado en él y su cara parece la de un anciano que no tiene nada que ver con el antiguo JT.

A Arthur le parece que es otra persona diferente.

—JT, ¿qué haces aquí? —le pregunta, saliendo al paso.

JT tiene la mirada perdida, en algún punto invisible detrás de Arthur.

Meredith les observa desde detrás del mostrador, con curiosidad, pero también con lástima.

—He estado en el jardín.

JT habla en voz tan baja que Arthur prácticamente no le escucha. Con suavidad, le pone la mano en el brazo. El contacto hace que JT centre la mirada y gire la cabeza hacia él.

—A Mary Ann le gustaba el jardín. A veces me ayudaba a cuidar las flores.

—JT, deberías sentarte. Si quieres, le puedo decir a Meredith que te traiga algo.

—No me quiero sentar.

Arthur asiente comprensivo. Espera durante un momento, pero JT no dice nada más, así que el policía vuelve a hablar, intentando que su tono de voz transmita buenas vibraciones.

—JT, deberías regresar a casa y dormir un...

—Quiero verle.

—¿Qué?

—Verle. Quiero verle la cara al hombre que hizo... —JT se traba a media frase y traga saliva, a punto de llorar—. Que le hizo eso a Mary Ann.

—JT, no creo que debas...

—Arthur —la voz de JT es de repente más firme que hasta ahora, y clava sus ojos en los de Arthur—, quiero hacerlo. Necesito hacerlo. No consigo dormir pensando en eso.

Arthur niega con la cabeza. Entonces, a su espalda, la puerta de la sala de interrogatorios se abre desde dentro. Jerry sale, empujando el brazo de Logan. Detrás de ellos se encuentran los dos agentes del FBI. Al ver al asesino de su hija, JT abre los ojos como platos. Arthur se da la vuelta, más por la inercia de seguir la mirada de JT que por otra cosa. Eso le impide darse cuenta de lo que ocurre a continuación hasta que es demasiado tarde. JT pasa junto a él al tiempo que saca un revólver y apunta a Logan con él.

—¡Arma! —grita Stahl.

Arthur ve a Stahl desenfundar, y a Jim Gordon imitándole apenas un segundo después. También ve que Jerry observa al padre de la niña con expresión de estúpida sorpresa. Pero sobre todo, ve que Logan ni siquiera se inmuta y mira hacia JT con total y absoluta parsimonia.

—¡No! —grita Arthur, alzando las manos— ¡JT suelta el arma!

—¡Suelta el arma! —grita Stahl, cerrando el ojo izquierdo para afinar la puntería.

JT apunta el revólver hacia Logan con manos temblorosas. Arthur intenta colocarse en la línea de tiro, aún con las manos alzadas para pedir calma, pero sobre todo para evitar que se derrame más sangre.

—JT, baja la pistola. No merece la pena que hagas esto. Te aseguro que se va a pudrir en la cárcel por lo que ha hecho...

Por las mejillas del hombre empiezan a caer lágrimas de impotencia. En sus manos, el revólver baila cada vez que JT se estremece. Arthur mira hacia los dos agentes del FBI y extiende una mano, con la palma abierta, hacia ellos.

—Bajad las armas. Vamos, solucionemos esto de una forma civilizada.

Stahl mira a Arthur y este asiente, suplicando con la mirada. Con gesto de no estar del todo convencido, el agente federal baja los brazos. Detrás, Jim le imita. Arthur se vuelve hacia JT.

—Vamos, JT. Ahora tú...

—Lo que ese monstruo le hizo a mi hija... —la voz de JT suena como el graznido de un cuervo. Ahora las lágrimas se han desbordado y llora de forma incontinida.

—Lo sé. Pero tienes que bajar el...

El disparo hace que todo el mundo se sobresalte. Tras el mostrador, Meredith chillaba. Inmediatamente, Arthur se abalanza sobre JT y le arrebató el arma. Stahl salta por encima de una mesa para ayudarlo, y apenas un par de segundos después, JT está inmovilizado en el suelo. Arthur se incorpora y busca el resultado del disparo.

Logan mantiene la sonrisa de superioridad, y está mirando a Jerry. El agente aún le agarra el brazo, y su piel se ha vuelto tan pálida, que por un momento Arthur cree que la bala le ha dado. Después, ve un agujero en la pared, un poco por encima de la cabeza de Logan Kane.

—Ocupaos de encerrar a los locos de este pueblo —dice irónico.

Aquello quiebra la paciencia de Arthur. Derriba una silla que se interpone en su camino y da varias zancadas en dirección al detenido, dispuesto a golpearle. Jim Gordon se interpone entre ambos justo antes del encontronazo. Niega con la cabeza.

Arthur se detiene, pero mira con desprecio a Logan Kane.

—Llévate a ese pedazo de mierda, Jerry.

Recobrando poco a poco el color, Jerry obedece. Arthur espera hasta que Jerry y Logan desaparecen por la puerta que lleva a las celdas antes de girarse hacia Jim Gordon.

—Gracias.

Jim hace un gesto con la cabeza, quitándole importancia al asunto. Stahl está

ayudando a JT a levantarse. Arthur se acerca a ellos.

—No me gustaría tener que encerrarte, JT —dice—. Y menos ahí, con él —señala la puerta por la que se han ido Logan y Jerry—. Pero no me dejas muchas opciones después de abrir fuego en una comisaría.

JT mantiene la vista baja, y está llorando, en silencio, avergonzado.

—¿Qué coño va a decir Cynthia cuando la llame y le diga lo que has hecho?

Lo más probable es que Cynthia únicamente se lamentara de que su marido haya fallado el disparo, pero eso no lo sabe Arthur, y JT tampoco responde. Es el agente federal Paul Stahl el siguiente en hablar.

—Creo que el señor Conway se está tranquilizando y está arrepentido.

Aquello pilla por sorpresa a todo el mundo. Tal vez no demasiado a Jim Gordon, pero desde luego, sí a Arthur, Meredith y al propio JT. Los tres miran a Stahl extrañados.

—¿Ha apretado el gatillo de forma involuntaria, señor Conway?

JT mueve la cabeza tan lentamente que al principio ni siquiera parece que esté asintiendo.

—Jefe Newton —Stahl mira Arthur—, el señor Conway ha cometido un error...

—Debido a los nervios de la situación por la que está pasando —murmura Arthur, completando la frase.

—Por supuesto —asegura Paul—. Y podría haber tenido un desenlace trágico, pero por fortuna, no ha sido así. No veo necesidad de retenerle por esto.

—No se volverá a repetir, ¿verdad, JT? —Es más una sugerencia que una pregunta, en realidad.

El hombre, desconsolado y aturdido, sacude la cabeza.

—Nos quedaremos con esto, de todas maneras —añade Arthur, recogiendo el revólver del suelo—. Espero que lo tuvieras en regla.

JT asiente.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. Estoy desesperado. Ese hombre me ha quitado toda mi vida y yo...

No es capaz de seguir hablando. Rompe a llorar, y Meredith les salva a todos de una situación incómoda al llevárselo aparte. Arthur mira a Stahl y le agradece con la mirada. El agente del FBI se encoge de hombros.

—A mí también me apetece pegarle un tiro a ese cabrón. Imagino cómo debe sentirse él.

Dicho eso, los dos agentes federales se dirigen a la sala de interrogatorios, donde aún continúa todo su material sobre el caso. Arthur les sigue con la mirada, y después se fija en el agujero que la bala ha hecho en la pared. No es realmente un agujero, sino más bien una hendidura, un inconfundible hoyo redondo con los bordes desconchados. En ese momento están entrando en la comisaría dos agentes. Uno de ellos es Jeremy, supongo que le recordarás porque fue quien acompañó a Arthur en la persecución, primero al novio de Mary Ann, Puck Wellington, y al propio Logan

Kane después. Su cojera ha mejorado, y al ver a Arthur hace un gesto con la cabeza a modo de saludo, y después mira alrededor, extrañado. Hacia la silla volcada, los papeles que han caído al suelo con el revuelo, y finalmente, al revólver que Arthur aún tiene en la mano.

—Ni preguntes —le dice.

Duck corre sin saber hacia dónde se dirige, lanzando constantes miradas atrás para comprobar si le siguen. Hace rato que no ve ningún muerto viviente, y por algunas de las calles por las que pasa, la gente pasea con absoluta normalidad ajenos al caos que se ha desatado en la gasolinera, y algunos de ellos incluso le miran como quien mira al tipo loco que cruza una calle arrastrando con él un carrito de supermercado lleno de basura y chatarra y hablando consigo mismo sobre el fin del mundo y los ovnis que vendrán a rescatar a nuestras vírgenes. Existen, te lo aseguro. Los locos, me refiero.

Está demasiado asustado para pensar que debería advertirles de lo que está ocurriendo en el pueblo para que intenten salvar su vida. Y podemos estar seguros de que es una suerte, ¿no crees? No sólo porque exista la posibilidad de que crean que está loco, también porque, si pensamos de forma proactiva, toda la gente que va dejando atrás se convierte automáticamente en carnaza.

Corre por una calle con ligera pendiente descendente, con casas unifamiliares a ambos lados, pintadas de madera blanca con tejados rojizos y ventanas rectangulares de marcos también rojizos, y con pequeños jardines en la parte delantera. Y Duck no está habituado al ejercicio físico. Hace tiempo intentó encontrar una rutina de gimnasio que le atrajese pero apenas aguantó un mes antes de que el aburrimiento se apoderara de él y dejara de pagar el gimnasio. A medida que corría, después de huir de la gasolinera, su respiración se volvía más agitada. Le empieza a doler el costado, y ni siquiera la adrenalina le permite seguir corriendo.

Se detiene e intenta calmar su respiración. No deja de mirar hacia atrás, atento a todo movimiento. Escucha la voz de un hombre a su derecha.

—¡Vamos, Kelly!

La mujer a la que apremia está en la cuarentena, es una mujer regordeta con el pelo moreno recogido en una coleta desarreglada que carga con una maleta enorme, arrastrándola a duras penas. El hombre, también cuarentón, aún mantiene parte del físico musculoso que debió lucir en su juventud, adornado ahora con una barriga cada vez más prominente. Mantiene abierto el maletero de un pequeño Chevy con una mano mientras con la otra guarda y coloca otra maleta en su interior. Al verles, Duck cruza la carretera hacia ellos.

Cuando le ven, la mujer se detiene en mitad de la rampa del garaje. El hombre se gira, y al advertir su cercanía, suelta el maletero y se aparta un paso del coche, examinando con ojos frenéticos a Duck, que alza las manos, intentando parecer inocente y amigable.

—¡No me han mordido! —exclama.

El hombre regresa junto al coche y rebusca en el maletero hasta dar con un bate de baseball. Señala a Duck con él.

—¡Márchese por donde ha venido! —ordena.



—Por favor, necesito ayuda —suplica Duck—. No soy de aquí y...

—¡Largo, joder! —grita el hombre, dando un paso hacia él y echando el bate hacia atrás, dispuesto a lanzar un golpe.

Duck vuelve a levantar los brazos, con las palmas extendidas.

—¡No, escúcheme un momento, por favor!

—Dave, tal vez deberíamos...

—¡Cállate, Kelly! —ordena el hombre.

Y al hacerlo, gira la cabeza hacia ella. Apenas es una décima de segundo, pero es suficiente para que Duck se mueva, y su movimiento sólo podemos entenderlo por la tensión y el agotamiento que arrastra desde que la crisis se inició en Castle Hill. Recordemos que no ha dormido nada desde el día anterior, hace ya más de veinticuatro horas. Así que, cuando el hombre de barriga prominente gira la cabeza para ordenarle a su mujer que guarde silencio mientras él resuelve ese asunto de hombres, Duck echa a correr. Y Kelly grita al verlo. Y Dave, asustado por el grito de su mujer, lanza un golpe a ciegas que no encuentra nada más que aire porque Duck no corre hacia él, sino hacia el pequeño Chevy. Abre la puerta y salta al interior. El grito de la mujer se torna aún más angustioso y ella también corre hacia el coche. Duck se golpea la cabeza con algo rígido, y tarda un momento en darse cuenta de que se trata de una silla de bebé y que se encuentra mirando frente a frente a un niño de unos tres años que le sonríe divertido con una sonrisa a la que le falta un diente de la fila de abajo.

—¡Mi niñoooooo! —está gritando Kelly, intentando abrir la puerta del lado contrario.

Dave se asoma en ese momento junto a Duck.

—¡Salga del coche, de inmediato!

Duck extiende hacia el hombre las manos.

—Por favor —suplica—. Por favor... sólo quiero salir de este pueblo.

—¡Salga! —prácticamente escupe la palabra.

Duck asiente, vencido, y se agarra al asiento delantero para ayudarse a salir del Chevy. Dave se aparta un paso para dejarle salir, y Duck se pone en pie a su lado, mirándole con expresión abatida. Dave le mira con furia.

—Por favor —suplica Duck.

Dave mira hacia su mujer, que ya ha conseguido abrir la puerta y abraza a su hijo con fuerza, dándole besos en la mejilla mientras el niño ríe, ajeno a lo que está pasando en el mundo, ajeno a la tensión que manejan sus padres y al extraño que ha chocado la frente contra su silla de bebé.

—Siento... siento haberme metido en su coche... yo...

—¿A dónde quiere ir? —pregunta Kelly, levantando la cara y mirándole por encima del coche.

—Kelly, no vamos a...

—Sólo quiero alejarme del pueblo. He perdido de vista a mis amigos y... no sé a

dónde ir.

Dave le observa, y después mira a su mujer.

—Eso podemos hacerlo —dice Dave, entre dientes, claramente a disgusto.

Duck respira aliviado al oírlo. Después, ayuda a Dave a meter la maleta que arrastraba la mujer, y se sube en el asiento de copiloto. Kelly va detrás, junto al crío. Mientras arranca el coche, Dave echa un vistazo al hombre que tiene a su lado.

—¿Está usted bien?

—Agotado, nada más.

Después, Dave arranca. Al girar la primera esquina, Kelly lanza un gemido al ver al fondo a un grupo de personas corriendo. No llegan a ver a ningún zombie, porque Dave hace girar el Chevy por otra calle, alejándose de aquella parte del pueblo. Duck intenta mantenerse despierto, pero los ojos empiezan a pesarle y siente como si el asiento le engullera. Se queda dormido antes de que Dave alcance la autopista.

Cuando Verónica y compañía huían del Radisson Hotel a bordo del Land Rover, te dije que te fijaras en un hombre llamado Barry Lyndon. Imagino que te acuerdas de él, productor de cine de serie B, al que vimos escapar de las garras de los zombies por los pelos. Si recuerdas, uno de los zombies golpeó la ventanilla de su coche con la fuerza suficiente como para hacerla estallar en pedazos.

Lyndon, que suele firmar sus películas como B. Lyndon para evitar las relaciones con la película de Kubrick aunque después utilice esa misma relación como una frase de entrada a la hora de entablar una conversación con alguna mujer en las fiestas, discotecas y clubs que frecuenta, le gusta decirles «Me llamo Barry Lyndon, como la película», a pesar de ser muy consciente de que el tipo de mujeres con las que le gusta flirtear y acostarse no tienen ni puta idea de qué película habla, y la mayoría asiente y sonríe de forma estúpida mientras él se divierte viéndolo.

Tiene la cara llena de pequeñas heridas producidas por las esquirlas de cristal que le saltaron a la cara en aquel momento. Parte de su camiseta está manchada de sangre por haberse limpiado con ella en varias ocasiones. Ha escuchado el discurso del presidente por la radio, pero permíteme que te diga que Barry Lyndon aún tiene problemas para creer lo que ocurre. Su mente, práctica y analítica, se niega a aceptar que algo así pueda ocurrir. Sólo Dios sabe cuántos guiones sobre zombies, virus apocalípticos y hecatombes de índole mundial ha podido leerse desde que estos temas volvieron a estar de moda después de que *28 días después* abriera la veda.

Aunque él sólo ha producido una película sobre muertos vivientes, calificada en varios periódicos de tirada nacional con titulares como «*Una demostración totalmente eficaz de lo que debe ser el mercado directo al DVD*». Lyndon, que produce sus películas a través de la productora Cine Infierno, de la que es uno de los socios fundadores, suele reírse de críticas como esa, sobre todo porque empieza a estar acostumbrado a que no sean benévolas con sus productos. De todas formas, es consciente de que su cine es serie B.

En concreto, *La hora del juicio final Zombie*, título de la película que produjo sobre el tema, le parece bastante mala. El guión le resultaba divertido sobre el papel, pero el rodaje fue mal desde el principio. Nunca logró llegar a buen entendimiento con el director, se fue de presupuesto y lo que parecía una buena comedia negra pasó a ser un pastiche entre el terror y el drama con aderezos de humor. Tras ver el primer pase, se sintió tentado de tirar la película a la basura y no estrenarla jamás, pero sabía que aún era posible recuperar parte de la inversión a través del DVD.

A Lyndon, los zombies siempre le han resultado criaturas estúpidas, sin el carisma de los vampiros, la fascinación de los extraterrestres o la sorpresa de los nuevos monstruos. Los zombies, a su juicio, son idiotas que logran su perpetuación gracias al número y a su capacidad de contagio. Y peor aún si se trataban de zombies al estilo Romero, de los lentos. A Lyndon, las películas de zombies lentos siempre le causaron

gracia. Es incapaz de comprender que esos seres logren atrapar a nadie.

Barry conduce pensando en lo imposible que le resulta aceptar el hecho de que Los Ángeles haya sido atacada por zombies rápidos, y se pregunta si son zombies o infectados, ese gran debate de los foros de Internet, su mente grita una y otra vez que no es posible, que no puede aceptarlo o se volverá loco, cuando una mujer se lanza a la carrera al carril por el que va, haciéndole señales con los brazos para que se detenga. Y Barry grita, por la sorpresa, y gira el volante bruscamente, esquivando a Zoe por centímetros y deteniendo el coche casi veinte metros más allá, después de derrapar y casi tragarse el quitamiedos.

Con el corazón galopando en su pecho, Barry lanza los ojos al retrovisor y respira aliviado al ver que la mujer sigue viva y no la ha atropellado. Zoe corre hacia el coche. Barry abre la puerta, sintiendo que le invade la furia posterior al susto.

—¿Se ha vuelto loca? ¡Podría haberla atropellado!

Desde el mismo lugar por el que ella saltó a la carretera, Barry ve emerger a dos hombres. Uno de ellos viste el mismo mono azul que Zoe y el otro lleva vaqueros y una camisa a cuadros. El de los vaqueros le parece árabe a Barry.

—¡Tiene que ayudarnos! —pide Zoe, alcanzándole.

Barry la mira, y después observa a los dos hombres. El del mono azul, Richard, tira del brazo del árabe.

—¿Han tenido un accidente? —pregunta Barry.

Y por dentro, reza para que la mujer conteste que sí, que el coche en el que conducían se ha salido de la carretera y dado dos vueltas de campana, o algo así.

—No. Son los zombies...

Zoe lo dice en voz baja, como si tuviera miedo de parecer loca y ahuyentar al hombre que tiene delante. Pero Barry baja la cabeza, meneándola, con la comprensión dibujada en sus ojos, y Zoe suspira.

—Joder.

Barry siente presión en su estómago. Porque es evidente que el asunto no se reduce a Los Ángeles. Mira alrededor, buscando alguna señal de peligro, pero no ve nada que le llame la atención. Un coche pasa a toda velocidad junto a ellos.

—Subid.

—¡Gracias! —exclama Zoe.

Los cuatro suben al coche de Barry y este arranca.

—Será mejor que coja la carretera que va hacia el sur —dice Richard, desde el asiento trasero—. La que va a Phoenix está bloqueada.

Barry le observa a través del retrovisor y asiente. Su coche se aleja antes de que el primer zombie llegue hasta la carretera, apareciendo por el mismo punto por el que han aparecido Zoe, Richard y Hamza. Se trata de un hombre con el rostro surcado por una herida abierta por la que alcanza a verse el hueso. Tiene más heridas en brazos y pecho y la ropa destrozada y colgando de su cuerpo. Un camión intenta esquivarle, pero al hacerlo, embiste de frente a un todoterreno que circula en dirección contraria

a casi doscientos kilómetros por hora. El resultado del choque es brutalmente sangriento. El conductor del todoterreno no lleva puesto el cinturón de seguridad y atraviesa el parabrisas para caer dando vueltas como un muñeco por la calzada. En realidad, tiene más suerte que su mujer, que acaba hecha papilla cuando el morro del vehículo se convierte en un acordeón y la pesada maleta que llevan en el asiento trasero sale despedida hacia ella, aplastándole la cara contra el salpicadero. El conductor del camión sobrevive, a duras penas, para acabar convertido en comida para zombies apenas unos minutos después. El camión se queda cruzado en la autopista, bloqueando por completo todos los carriles.

Patrick Flanagan condujo el Land Rover en dirección norte por la autopista 5 hasta Los Banos, donde dejó la autopista para tomar la 152 en dirección oeste, pasando junto al parque estatal Pacheco y llegando hasta Gilroy. A partir de ahí, la opción más lógica era tomar la 101 hasta San Francisco y bordear la ciudad por la autopista 280 hasta alcanzar el desvío a la izquierda que lleva a Half Moon Bay, pero la 101 estaba atestada de coches, por lo que Patrick tomó la decisión de seguir en dirección oeste, a través de carreteras secundarias, llegando a Santa Cruz y tomando allí la carretera que bordea la costa.

Son casi las seis y media de la tarde cuando Patrick detiene el vehículo a la entrada de Half Moon Bay, en el aparcamiento de un pequeño bar llamado Paradise. Al volverse y mirar atrás, se da cuenta de lo agotados que parecen estar todos, y eso le hace notar su propio cansancio.

—Os esperaremos ahí —dice, mirando primero a Verónica y después a Mark.

Mientras recorrían las carreteras secundarias en dirección a la costa, Verónica preguntó cómo harían para inspeccionar el interior de la urbanización y comprobar si realmente era segura y podrían utilizarla como lugar para establecerse. Patrick tenía un plan tan sencillo que Verónica achacó al cansancio el que no se le hubiera ocurrido a ella.

—Nos haremos pasar por compradores interesados.

Stan había dicho que sería bastante extraño que aparecieran todos ellos para ver una casa en venta.

—Lo mejor sería ir sólo tres de nosotros, hacernos pasar por una familia que quiere comprar una casa. Una típica familia americana de las que todos amarían tener como vecinos —dijo Patrick entonces—. Verónica, Paula y yo.

A todos les había parecido buena idea, y Mark le había preguntado a Paula si lo haría, pero ella no quería separarse de Mark y se negó. Finalmente, Patrick dijo que no importaba, y le propuso a Mark que fuera él el padre de esa familia perfecta.

Nadie incluyó a Brad en la conversación.

Nadie siquiera le preguntó su opinión.

Brad juraría que ni siquiera le miraron durante todo el trayecto. Más tarde, durante la noche, Brad incluso llegará a preguntarse si alguno de ellos se daría cuenta si desapareciese de repente.

Ahora, junto al Paradise, Patrick se baja del coche y aspira fuerte, llenando sus pulmones de brisa marítima. Stan, Ozzy y Brad Blueman se unen a él. Exceptuando a este último, todos levantan la mano a modo de despedida cuando Verónica arranca el Land Rover. Patrick se queda mirando al coche que se aleja, y siente una punzada de miedo al saberse vulnerable, que se le pasa de inmediato cuando un par de chicos jóvenes, con un corte de pelo tipo Kurt Cobain, pasan junto a él, con sus tablas de surf bajo el brazo, riendo y hablando. En la otra acera ve a una mujer paseando a un

collie. Se da la vuelta. En la puerta del Paradise, una mujer joven habla por teléfono haciendo gestos con la mano libre.

—Resulta hasta raro, ¿verdad?

Patrick vuelve la cabeza hacia Ozzy. El mexicano observa a la mujer del móvil con gesto de alivio.

—Mucho —admite Patrick—. Venga, vamos, yo invito a la primera ronda.

Patrick echa a andar hacia el bar. Ozzy y Stan le siguen de inmediato. Brad se queda donde está, mirando las espaldas de los tres hombres con cierto desprecio. Les observa desaparecer en el interior del Paradise. Ninguno de ellos advierte que el periodista no está con ellos. Brad mira a su alrededor y se acerca hacia la mujer que pasea al perro. Este se acerca a husmear el tobillo de Brad. Blueman ignora al animal.

—¿Dónde puedo coger un autobús para San Francisco?

La mujer señala hacia delante. Siguiendo la dirección de su dedo, Brad ve a unos cuatrocientos metros, aproximadamente, una parada de autobús medio oculta tras las ramas de un árbol que amenaza con querer invadir la carretera. Brad se lo agradece con un gesto y camina hacia allí, sintiéndose liberado.

# IV

## San Mateo



# 1

Vamos, acompáñame, seré tu guía mientras realizamos una buena visita turística al complejo urbanístico San Mateo.

Bordeado por un muro de dos metros y medio surcado de cámaras de vigilancia cada cien metros, San Mateo fue portada de revistas cuando fue construido, allá por los ochenta, porque varias estrellas de cine lo eligieron como un buen lugar en el que tener una segunda vivienda. Es más, Harrison Ford aún es dueño de una de las casas, aunque lo cierto es que no la visita desde hace años y no, no se encuentra ahora aquí por lo que no podrás verle. Aquella época fue positiva para Half Moon Bay, que vio incrementado su turismo de forma exponencial, así como el valor de su terreno. Época de vacas gordas lo llamaron.

San Mateo ya no es tan exclusiva como lo fue en un principio, pero sigue siendo una urbanización para gente de alto nivel adquisitivo. La parcela más pequeña que se encuentra en su interior tiene tres mil metros cuadrados. La más grande, que no es la de Harrison Ford por si te lo estabas preguntando, tiene veinticinco mil. Todas ellas tienen piscina y hermosos jardines con palmeras.

Pero vamos, acerquémonos a la puerta de entrada de la urbanización, antes de que llegue la falsa familia perfecta. Observa la imponente verja de casi tres metros de alto, de hierro macizo pintado de sobrio negro. En lo alto, por encima de la altura del muro que parte desde ambos lados para rodear el complejo, las letras SAN MATEO están pintadas de color plata, formando un arco sobre la verja de entrada.

Nada más entrar en el complejo, a la izquierda de la verja, hay una pequeña construcción de piedra, con el techo rojo, del tamaño de una pista de pádel. La parte derecha del pequeño edificio, a partir del metro y medio de altura, es un gran ventanal por el que el guardia de seguridad puede inspeccionar los coches que se acercan a la entrada. Dentro del edificio hay tres estancias y un cuarto de baño. La estancia principal es la que está dominada por el gran ventanal, y en ella hay una cómoda silla giratoria y una larga mesa de madera sobre la que están los seis monitores que recogen las imágenes de todas las cámaras de seguridad que rodean el perímetro y que se encuentran en las calles del complejo. Es, digámoslo así, el Centro de Mando.

Las otras dos estancias son un vestuario con varias taquillas y un pequeño cuarto dominado por un aparato de casi dos metros de alto y lleno de cables y luces donde se guarda la información de las cámaras de seguridad durante dos semanas, antes de ser borradas de forma automática y sustituidas por nuevas grabaciones.

La chaqueta del guardia de seguridad que se encuentra en activo en este momento está colocada sobre el respaldo de la silla giratoria, en el Centro de Mando. A la izquierda, a la altura del pecho, hay una pequeña placa negra, con el borde rojo y letras plateadas en las que se puede leer Tyrone King.

Pero el dueño de esa chaqueta no se encuentra en el Centro de Mando, ni tampoco

en ninguna de las otras dos habitaciones del edificio. Salgamos. Encontraremos a Tyrone a la vuelta del edificio, donde da la sombra, en una postura que es bastante habitual en él: erguido y con las manos apoyadas en la cadera, como Peter Pan. Tyrone es un hombre negro de metro ochenta y cinco, delgado pero fibroso, con el pelo corto. En este momento está hablando con otro hombre, un tipo blanco, de unos cincuenta, unos diez centímetros más bajo que el guardia de seguridad, de constitución grande aunque sin llegar a ser gordo. Su nombre es Tom Ridgewick. Lleva un traje gris bastante elegante, con la corbata aflojada y la americana abierta. Antes de que me preguntes por qué no se la quita, con este calor, deberías entender que para Tom Ridgewick lo más importante del mundo son las apariencias. Tom es propenso a sudar, más cuanto más calor hace, y ahora su camisa marca esa humedad bajo las axilas y por la espalda. No se quitaría la camisa en esas condiciones ni aunque tuviera que utilizarla para salvar su vida.

Tom emite cierto aire de prepotencia y soberbia. Él cree que la imagen que refleja es de seriedad y constancia en el trabajo, pero a cualquiera que le preguntes y no tema responder te dirá lo mismo que yo. Es dueño de una empresa que se dedica a la importación y exportación de ropa y maneja con mano de hierro su negocio, así como a sus empleados.

Es un hombre del cual te dirán cosas tan distintas según a quien le preguntes, que creerás que están hablando de dos personas diferentes. Porque Tom Ridgewick puede ser el mismísimo diablo con la gente que trabaja para él, sobrepasando el límite del despotismo en ocasiones, y sin embargo, se convierte en un auténtico vendedor de sueños cuando se trata de hacer negocios o aparentar frente a la gente.

En el momento en que el Land Rover se detiene frente a la verja, Tom y Tyrone conversan de forma casual y banal sobre la última jornada de la NBA. Ambos se giran para mirar el coche desconocido, y el guardia le hace un gesto a Tom antes de acercarse con paso tranquilo y despreocupado. Aprieta un botón del llavero que cuelga de su cinturón y la puerta comienza a abrirse desplazándose hacia la derecha.

Al mismo tiempo, Verónica aprieta el botón que hace bajar su ventanilla. En el asiento trasero, Mark le da un beso en la frente a Paula y le recuerda, en un susurro, que llame mamá a Verónica y papá a él mismo.

Junto a la esquina del edificio que hace las veces de garita de seguridad, Tom Ridgewick examina a los ocupantes del vehículo.

—Buenas tardes —saluda Tyrone, adoptando una vez más su postura Peter Pan—. ¿Puedo ayudarles en algo?

—Sí —responde Verónica, extendiendo en sus labios una sonrisa absolutamente seductora—. A mi marido y a mí nos gustaría ver una casa que está a la venta... Cariño, ¿tienes tú el catálogo?

—Sí, aquí está.

Mark le entrega el catálogo de pisos a Verónica. Tyrone saluda con la mano a Paula y le sonrío amable. La niña agita su mano para devolverle el saludo.

—Esta casa —dice Verónica, señalando una página del catálogo.

—Yo me ocupo, Tyrone.

Tom se ha acercado al coche y se encuentra junto al capó, con los brazos cruzados sobre el pecho y la corbata de nuevo ajustada al cuello. Se acerca a la ventanilla abierta y ofrece su mano a Verónica.

—Tom Ridgewick —se presenta—. Administrador jefe de San Mateo.

Verónica estrecha la mano de Tom.

—Verónica Buscemi. Ellos son mi marido, Mark, y nuestra hija, Paula.

Tom saluda a Mark con un gesto de la cabeza y le sonrío a la niña.

—Hola, pequeña. ¿Cuántos años tienes?

—Seis —responde Paula con timidez.

—¡Qué mayor! —contesta Tom, intentando parecer agradable. Después vuelve a mirar a Mark y a Verónica. A ella le da la impresión de que en realidad les está evaluando, y le sonrío.

—Sé que hemos venido sin avisar...

—No se preocupen, no hay ningún problema —Tom muestra una sonrisa que es todo dientes y que a Mark le hace pensar en tiburones. Después, mira a Tyrone, que ha retrocedido hasta la puerta de la garita—. Iré con ellos, Ty.

El guardia hace un gesto de asentimiento. Tom rodea el coche por la parte delantera. Verónica actúa de forma rápida. Agarra una fina chaqueta de lana de la bolsa de ropa que compró en Buttonwillow y la cuelga en el volante, de forma que la tela tape los cables que quedaron al aire tras forzar el vehículo. Tom abre la puerta del copiloto en el mismo momento en que Verónica termina de hacerlo y se recuesta de nuevo. Sonríe al hombre cuando este se sienta y señala hacia delante.

—Cuando llegue a la primera bifurcación, gire a la izquierda.

—Claro.

—Y díganme, ¿qué les ha traído a Half Moon?

—Estamos hartos de San Francisco —responde Mark desde el asiento trasero—. Cada vez es más ruidosa y hay más gente. La verdad es que nos gustaría encontrar un sitio tranquilo, junto a la costa. Y Half Moon está bien comunicado y está cerca de la ciudad.

—Sí, es una maravilla. El placer de un pueblo pequeño con la comodidad de poder acercarte a la gran ciudad cuando te apetece.

—No lo hubiera definido mejor —asegura Mark.

—Aunque, os lo aseguro, al final acabas haciendo toda tu vida en el pueblo —asegura Tom con una risotada—. No quiero ser entrometido, pero la finca Hollister es bastante cara... ¿A qué se dedican?

A Mark le da la impresión de que ese hombre en realidad sí quiere entrometerse y que de lo que respondan al aparentemente inofensivo interrogatorio dependería la venta de la finca Hollister, si esto fuera un interés de compra real. A Mark le parece que los señores Hollister ni siquiera llegan a oír hablar de los compradores a los que

Tom Ridgewick no da el visto bueno.

—Tenemos una empresa de vinos.

—¡Oh! —exclama Tom—. Qué interesante.

Mark cree que miente. Paula le aprieta la mano con fuerza. Al mirar a la niña, se da cuenta de que ella lo está haciendo de forma involuntaria y que está mirando a Tom con el ceño fruncido.

Verónica hace girar el Land Rover.

—La segunda casa —indica Tom—. Les va a encantar. La verdad es que es una preciosidad.

Pero bajémonos del coche, porque aún tenemos que visitar el resto del complejo y tampoco disponemos de todo el tiempo del mundo. El mundo, de hecho, se está quedando sin tiempo. Mientras el Land Rover y sus ocupantes se dirigen a la segunda casa de esa pequeña calle, la finca Hollister, nosotros nos quedaremos en la primera casa.

El sonido que oyes es una segadora, pero ahora llegaremos a ella. La puerta de la finca está abierta, pero que no te sorprenda ese detalle. En San Mateo, nadie cierra las puertas de sus jardines. Incluso hay quien tampoco cierra la puerta de la casa, de hecho. Un letrero nos informa que la finca responde al nombre de Villa Carlota. La casa tiene dos plantas, un gran porche cubierto en la parte delantera, y su jardín está perfectamente cuidado. Cinco palmeras crean una agradable sombra junto a la piscina. Bajo ellas hay dos tumbonas y una mesita auxiliar. La valla de madera blanca que bordea la finca va acompañada por pequeños rosales.

Al fondo, junto a una pequeña cabaña de madera construída en la esquina este de la finca, y que los dueños utilizan para guardar el material de la piscina, un hombre con un mono verde y la camisa remangada pasea lentamente empujando la segadora. Su nombre es Pablo Collantes y es un colombiano de treinta y cinco años y aspecto de surfista. De hecho, si te acercas a él, comprobarás que lleva al cuello un colgante hecho con pequeñas caracolas marinas. El surf es su mayor devoción, pero también toca la guitarra, y bastante bien, además. El trabajo de jardinero le permite estar al aire libre y ganar un dinero al mes que le permite sobrevivir. Sería incapaz de pasar ocho horas al día metido en una oficina, así que en realidad está contento de tener ese trabajo.

Además, la mayoría de la gente de San Mateo le cae bien. No todo el mundo, por supuesto, pero sí la mayor parte. En especial, le tiene cariño al matrimonio que vive en Villa Carlota. Los Finney son tan adorables como auténticos, y siempre le ofrecen algo de beber cuando está trabajando en su jardín. Y él adora la limonada casera que hace la señora Finney. Está tan rica que una vez él le preguntó por qué no la comercializaban. Abigail Finney se había reído a carcajadas y le había respondido que había cosas que perdían su encanto cuando se masificaban y ella se negaba a que la receta de limonada de su familia, que pasaba de generación en generación desde hacía no sé cuántos años, se desvirtuara de esa manera.

A Pablo le parecía bien. Mientras siguiera ofreciéndosela cada vez que pasaba por su jardín, él sabía que aceptaría gustoso.

Mírales, allí están, saliendo por la puerta. Los Finney son dos entrañables ancianos de pelo blanco. Albert camina ayudado por un bastón cuya empuñadura es de marfil. Según le contó a Pablo en una ocasión, mientras disfrutaba de un buen vaso de limonada de la señora Finney, por supuesto, recibió un disparo en Vietnam que se curó bien y le permitió hacer una vida del todo normal, pero que había regresado en su vejez para hacerle la puñeta.

Así lo explicó entonces y así lo recordaba Pablo.

Albert y Abigail se sientan en uno de los sillones que tienen en el porche. Él lleva un periódico doblado debajo del brazo, que abre en cuanto se sienta. Ella lleva puesto un colorido vestido que parece extrañamente anacrónico en ella. Es un vestido que llevaría una chica joven sin problemas. Pero Abigail Finney siempre ha sido así en realidad, nunca le ha importado que la miren raro, porque sigue sintiéndose joven de mente. Y Pablo, que les conoce un poco, juraría ante quien fuera que Abigail Finney era más avispada y capaz que muchos jóvenes que él mismo conoce.

Salgamos de Villa Carlota y dirijámonos de regreso al camino principal de San Mateo. Una vez llegamos al cruce, a la derecha nos queda la finca que pertenece a Tom Ridgewick y, al fondo, la garita del guarda y la puerta. No tenemos nada que ver en esa dirección, así que giramos hacia la izquierda.

La primera casa, cruzando la calle, no tiene letrero con nombre. Es una de las fincas pequeñas, con una parcela de tres mil metros cuadrados y pertenece a Ace Hall, el hombre de pantalones cortos a rombos y el polo de golf que se encuentra junto a la piscina intentando recuperar el reloj de muñeca que se le ha caído al agua, utilizando para ello un limpiador de hojas.

Cercano a los cuarenta, Ace es de constitución atlética. De familia acomodada, cobra un sueldo generoso por figurar en la empresa familiar como asesor y pasarse por la oficina de San Francisco un par de veces por semana a supervisar el papeleo. Por lo general, dedica la mayor parte del tiempo a sus hobbies, y estos suelen tener que ver con los deportes, en su gran mayoría.

Su madre siempre decía que Ace era hiperactivo, y puede que fuera verdad. Estar quieto le pone nervioso y desde pequeño siempre estaba practicando algún deporte. Ahora, le gusta alternarlos. Ciclismo, sí. Windsurf, sí. Golf, sí, aunque le aburre. Tenis, sí. Submarinismo, sí.

Todo lo que suponga un reto atrae a Ace Hall como la miel atrae a los osos. Eso le ha llevado a correr maratones, participar en regatas, lanzarse en paracaídas, incluso realizar una triatlón, y, su joya de la corona, apuntarse al reality Survivor. Para él, jugar en Survivor no era una cuestión de dinero, sino una posibilidad de demostrarse a sí mismo que podía vencer el reto físico y mental que ese programa exige a sus participantes, imponerse en los retos y en la estrategia necesaria para expulsar a sus compañeros y convencerles de merecer el voto final. Y tal y como se lo había

propuesto, lo había logrado. Hubo ocasiones en que pensó que no lo lograría y sería eliminado, pero logró imponerse a sus diecinueve contrincantes y vencer en la final por seis votos contra cuatro, llevándose el título de único superviviente y el cheque por un millón de dólares que viene con él.

Al oír los dos golpes, Ace se gira hacia la puerta. La mujer que le saluda desde la puerta, junto a un carrito de bebé, es Rachel Morris. Ace le devuelve el saludo, deja el limpiador en el suelo, junto al borde de la piscina y camina por el césped hacia la puerta. Va descalzo.

—¡Hola, Rachel! —saluda, al acercarse—. ¿Qué tal está Axel?

—¡Muy bien! —responde ella, dándole dos besos en las mejillas cuando él abre la puerta—. Hoy ha empezado a gatear.

Ace se agacha para mirar al pequeño Axel Morris, que le contempla sentado en su silla con sus grandes ojos verdes abiertos de par en par. Lleva puesto un pantalón vaquero y una camisa de polo Ralph Lauren, todo tan pequeño que a Ace le parece que una manga de una camisa suya bastaría para crear la ropa del pequeño.

—Muy bien, enano. Te estoy esperando para echarnos unas carreras en cuanto empieces a caminar —le dice, señalándole con el dedo.

Axel contesta dando un grito ininteligible. Ace suelta una carcajada y se levanta para mirar a la madre. Rachel es joven, tiene treinta y un años, de pelo cobrizo que ahora lleva recogido en una trenza que le hace parecer aún más joven. Claramente, los ojos verdes, Axel los ha heredado de ella. Rachel es bajita, apenas debe llegar al metro sesenta, y delgadita, aunque de pechos grandes. Tiene ese tipo de nariz tan americano, con la punta ligeramente elevada, y los dientes perfectos.

Antes solía trabajar en una editorial de libros de texto, pero desde que se enteró de que estaba embarazada dejó el trabajo para dedicarse a tiempo completo a ser madre. A veces decía que tal vez volvería a trabajar más adelante, pero estaba casi segura de que no lo haría. Con el sueldo de Bruce tenían suficiente para vivir de forma muy cómoda, y él siempre le había insistido para que dejara aquel trabajo.

—¿Te importaría prestarme unos huevos? —le pregunta a Ace.

—Si tengo, por supuesto que no.

Ace le hace un gesto para que pase, y Rachel empuja el carro por el caminito de entrada que lleva hasta la puerta de la casa. Se detiene allí mientras él entra en la casa y rebusca en su despensa. Al poco, sale con una bolsa de plástico en la que hay media docena de huevos.

—Con cuatro me basta, en realidad.

—No te preocupes. Tengo seis más en la nevera.

—Gracias. Es que alguien, y no miro a nadie —dice, mirando con una sonrisa al pequeño Axel, que se ríe como si entendiera—, ha tenido una tarde de aúpa y no me ha dado tiempo a ir a la compra.

Ace le quita importancia con un gesto de la mano. Se da cuenta que ella quiere preguntarle algo más, y se imagina de qué se trata.

—¿Puedes creerte lo que ha pasado en Los Ángeles?

Ace respira hondo antes de contestar.

—Al principio tengo que confesar que no. Es tan... irreal. La verdad es que, si te soy sincero, una parte de mí sigue sin creerlo.

—Zombies...

—No puedo oír esa palabra sin reírme —responde él, sonriendo—. Y por lo que dijeron en la tele, se ve que es grave, pero joder...

Acompaña a Rachel hasta la puerta, se despide de Axel haciéndole cosquillas en la tripa, a lo que el niño contesta con una sonora carcajada, y después le da un beso en la mejilla a ella. Se queda un momento en la puerta mirándola mientras ella camina de regreso a su casa. En ese momento le suena el móvil, y responde al mismo tiempo que cierra la puerta y se da la vuelta, olvidándose por completo del reloj que descansa en el fondo de la piscina y que a estas alturas ha quedado completamente inutilizado.

## 2

Si seguimos a Rachel por la calle principal del complejo, la siguiente finca con la que nos encontramos tiene un letrero blanco con letras doradas que dice «Sun House». En ella viven los Morris. A Rachel siempre le ha parecido un nombre estúpido, pero Bruce no dio su brazo a torcer, y en realidad, era un detalle que a ella tampoco le parecía tan mal.

—Es un nombre de discoteca —decía ella.

Bruce no se encuentra en casa en este momento, así que no nos detendremos en el hogar de los Morris, ni tampoco en la siguiente casa. ¿Recuerdas que te comenté que Harrison Ford tenía una casa aquí? Es esa, la que se encuentra junto a «Sun House». Desde la valla podrás comprobar que la piscina tiene forma de ele y que la fachada de la casa está pintada de color fresa. Todas las ventanas están cerradas y las persianas bajadas. Una vez por semana, una mujer del pueblo se acerca para limpiar la casa, y Pablo Collantes se ocupa de que el césped del jardín siempre esté cuidado, pero la verdad es que hace ya un tiempo que el señor Ford no se pasa por aquí. No tiene sentido que entremos, aunque sé que la oportunidad de cotillear en el interior de la casa de un famoso es fuerte.

Una segunda calle cruza la principal después de la finca de Harrison Ford. Giremos a la izquierda y dirijámonos a ese arco de entrada con dos gárgolas a los lados. En este caso no hay placa con nombre, tan sólo el número 3 encima del arco y sobre el buzón que hay junto a la pared. Si te acercas al buzón, verás que la casa pertenece a Sandra Ridgewick.

Y sí, lo has adivinado, Sandra es la hermana de Tom.

Entremos.

El jardín está bien cuidado. La parcela, como puedes comprobar, tiene una pequeña inclinación en la parte sureste, y la piscina tiene una valla de madera de un metro de altura alrededor. Sandra y su hermano Tom la pusieron cuando Neil era un crío, y ella nunca la retiró, aunque ahora Neil tiene suficiente edad como para poder comprar alcohol.

Encontramos a Sandra en la cocina. Es una estancia amplia y bien iluminada, con muebles de color marfil y encimera gris. Los electrodomésticos son blancos, y se nota que la nevera es bastante nueva y moderna. Sandra, aunque no lo parezca, tiene cuarenta y cinco años, pero es cierto que aparenta al menos diez más. Está gorda, no demasiado, pero sí, lo está, por mucho que a ella le guste decir que tan sólo está rellenita. En sus días buenos, es fácil adivinar que tiempo atrás fue una mujer bella a la que el tiempo, y la vida, han castigado con dureza. Hoy, en concreto, no es uno de esos días. Las bolsas bajo sus ojos aparecen acentuadas, y de un color gris que parece enfermo. Su pelo, entre cobrizo y gris, está despeinado y revuelto y necesita urgentemente una visita a la peluquería. Y sus ojos se ven cansados y enrojecidos. Lleva puesta una bata, mal anudada a la cintura y que deja a la vista el sostén de



encaje que sujeta sus grandes pechos. En los pies, unas zapatillas de andar por casa desgastadas.

Se está sirviendo un *whisky*.

Ya te lo he dicho antes, la vida ha castigado con dureza a la hermana de Tom Ridgewick. Sandra estuvo casada cinco años con un arquitecto de renombre al que realmente no aguantaba demasiado pero que tenía el suficiente dinero como para mantenerla toda la vida. Sandra nunca fue una mujer de grandes aspiraciones, y cuando dio el sí quiero dejó de preocuparse.

Se enteró de que su marido se acostaba con su secretaria cuando estaba embarazada de Neil. Le esperó sentada en el salón de esta misma casa, con un cuchillo jamonero en la mano derecha. Cuando él entró y la vio, la saludó como si no ocurriera nada y le dijo hola, cariño. Ella se puso en pie y le dijo que no quería volverle a ver, que si volvía a aparecer por esa casa le arrancaría los huevos de cuajo y que ya tendría noticias de su abogado.

Sólo volvió a verle una vez más, en el juicio.

Su hermano Tom le recomendó un buen abogado que le sacó lo suficiente al arquitecto como para no tener preocupaciones económicas. Para Sandra eso era suficiente, así que, una vez más, dejó de preocuparse.

Esta vez, sería más correcto decir que se abandonó.

Empezó a tomar pastillas para los nervios, a beber, a comer de forma compulsiva. Recuperó su apellido de soltera y a su hijo le puso Neil Ridgewick.

Neil... seguramente ahora está en la playa, con sus amigos, pero seguro que tendremos ocasión de conocerle más tarde. Aunque te lo digo desde ya, Neil no es el tipo de chico al que te gustaría tener cerca. Es maleducado, ligeramente agresivo y machista, desobediente y autoritario. En realidad, Neil simplemente es la gota que hace que el vaso que es Sandra Ridgewick se derrame.

Hace tiempo que ella dejó de intentar que su hijo se comportara, fuera a clase, encontrara un trabajo u obedeciera. Hace tiempo que decidió ahogar en alcohol los insultos que Neil profería contra ella cuando osaba pedirle que recogiera el cuarto o fregara los platos. Puta vaga, dicho con el mayor de los desprecios, era la frase que más veces había dirigido a su madre en toda su vida.

Como si él se pasara el día recogiendo, planchando, ordenando y limpiando.

En fin, cuando conoces ciertas cosas de la gente, es más fácil entender lo que desde fuera tal vez te choque más. ¿Sabes con quién se lleva bien Neil? Con su tío. Tom y Neil tienen una relación paterno-filial. Para Tom, Neil es el hijo que nunca tuvo. Para Neil, Tom es el imbécil al que sacarle dinero cuando su madre no quiere dárselo y él no es capaz de encontrar su cartera para cogerlo por sí mismo. Aun así, Neil acepta a Tom mejor que a la mayoría de adultos, y sobre todo, mejor que a su madre. En parte se debe a que es un hombre.

### 3

La finca de Sandra Ridgewick es la número tres de la calle Stanton. La número uno es la finca más grande de todo el complejo San Mateo. Con veinticinco mil metros de parcela, mil de ellos con una plantación de árboles frutales, la piscina mide cincuenta metros de largo y los azulejos del fondo forman el dibujo de una gran letra C.

La casa, de estilo moderno, pertenece a la familia Collins. A lo que queda de ella, porque Bill Collins murió tres años atrás en un accidente aéreo. Bill era diseñador de interiores, y la decoración de su casa le parecería estridente a mucha gente, pero él la defendía en base a teorías feng shui. Ya sabes, paredes de colores, muebles con contrastes, velas y plantas en todas las habitaciones, cuadros extraños...

El labrador que persigue a toda velocidad la pelota de tenis se llama Pluto, tiene cinco años de edad, que en edad perruna son unos cuantos más, y adora con toda su alma al niño que le lanza una y otra vez dicha pelota. El chico, al que puedes ver allí de pie, se llama Junior Collins y tiene ocho años. Su madre asegura que es el vivo retrato de su padre, pero que las orejas las sacó de ella. Y a ver quién le discute nada a una madre.

Pluto agarra la pelota y regresa junto al crío, meneando el rabo con evidente satisfacción y la lengua colgando entre los dientes. Deja la pelota en el suelo, junto a los pies descalzos del niño, y agradece con un gruñido de placer las cosquillas que le hace Junior en la cabeza, justo detrás de las orejas, como a él le gusta. Después Junior se agacha para recoger la pelota, y Pluto se pone a dar vueltas a su alrededor, esperando el lanzamiento.

—¡Corre, Pluto! —grita Junior, lanzando la pelota de tenis hacia la piscina.

Pluto corre a toda velocidad, como si le fuera en ello la vida, y cuando la pelota cae al agua, se lanza tras ella, salpicando agua en todas direcciones.

—Ups —dice Junior, sabiendo la que le espera.

Hay tres tumbonas junto a la piscina, pero sólo una de ellas estaba ocupada. Cameron, la hermana de Junior, estaba tumbada, con su bikini negro, los ojos cerrados y los cascos del iPod puestos, seguramente escuchando música pop, pero cuando el agua la salpica, se levanta dando un grito y se quita los cascos de un golpe.

—¿Eres imbécil o qué? —le grita.

—Perdón.

—Como vuelvas a lanzar la pelota al agua te juro por Dios que la rompo en mil pedazos, idiota.

Ajeno a la bronca, Pluto regresa junto a Junior, deja la pelota en el suelo y se sacude empapando al niño, que tiene que aguantar una carcajada.

Cameron vuelve a ponerse los cascos y echa un rápido vistazo hacia la casa de los Ridgewick antes de volverse a tumbar. La ventana que sobresale por encima de la valla que separa ambas fincas está oscura. Eso quiere decir que Neil no está en casa.

Cameron se ha dado cuenta de que a veces Neil la observa desde esa misma ventana cuando ella está tomando el sol o bañándose, y eso le produce cierta sensación de placer.

Cameron tiene dieciséis años, cuatro menos que Neil, y nunca ha hablado con él. Hasta hace un par de meses, ni siquiera se había fijado en él realmente, pero después le había visto mirarla desde la ventana y se había sentido adulada.

Cameron es una chica guapa, y además es consciente de ello. Rubia, con los ojos marrones y las mejillas llenas de pecas que le añaden dulzura a un rostro de por sí dulce, con un cuerpo que aún está formándose pero que muestra ya unas sugerentes curvas. Varios chicos de su clase le han pedido salir en alguna ocasión, y se ha besado con dos de ellos, pero la verdad es que le parecen unos críos tontos. Neil, por otro lado, es mayor, y tiene coche. Salir con un chico mayor, con coche, parece toda una aventura a los dieciséis años.

No importa que haya oído en más de una ocasión que Neil Ridgewick es mala compañía. A los dieciséis años ese tipo de comentarios suelen resbalar y caer en saco roto.

Sin embargo, a pesar de saber que la observa por la ventana, aún no ha conseguido hablar con él. Bueno, en realidad Cameron quiere que sea Neil quien le diga algo, y tampoco es que se encuentre con él en ningún sitio para favorecer la posibilidad de una conversación.

Lleva cuatro días sin notarle en aquella ventana. Nunca había pasado tanto tiempo sin verle. Se pregunta si tal vez no le gustó lo que vio, y si tal vez no debería haber hecho lo que hizo. Cameron sabía que él estaba allí mirando, así que ella se había quitado la parte de arriba del bikini, intentando parecer casual, dejando a la vista sus pechos. Había jugueteadado con el bikini un rato, sin mirar nunca directamente a la ventana pero observando por el rabillo del ojo. Y él había permanecido allí, mirándola. Después se había puesto de nuevo el bikini y se había tumbado, preguntándose si después de eso él tomaría valor para acercarse a ella y pedirle salir.

Cameron fantaseaba con una cita con Neil Ridgewick. En su mente, era una especie de caballero andante que hacía gala de unos modales exquisitos para convertir aquella cita en un paraíso de comedia romántica.

No le había vuelto a ver, y ahora está frustrada.

Así que dejémosla tumbarse de nuevo, colocándose los cascos en las orejas, y regresemos junto a Junior, que camina hacia la casa rascando la cabeza de Pluto. Ese tipo de gestos que los humanos hacemos de forma distraída pero que son un mundo para los animales. Junior se detiene junto a la puerta. Pluto le lame la mano.

—¡Mamá! —llama a voz en grito.

Marsha Collins aparece desde el pasillo que lleva a las habitaciones de la planta baja.

—¿En qué momento te convertiste en un frutero de mercadillo, Junior?

Es su forma de preguntarle por qué carajo grita.

—¿Puedes traerme una coca cola, porfa? —pregunta, intentando poner su mejor cara de niño bueno—. Estoy mojado.

—¿Pluto se ha vuelto a bañar? —Marsha pone los ojos en blanco y menea la cabeza—. Que no entre en casa mojado, ¿eh?

Junior niega enérgico. Marsha entra en la cocina, coge una lata de Coca Cola y se la lleva a su hijo. Le revuelve el pelo, que el pequeño tiene cortado al estilo de su cantante favorito, un tal Justin Bieber que a Marsha le da un poco de grima.

Todo el mundo tiene cadáveres en su armario, ya lo sabes. El de Marsha se llama Bruce Morris, al que seguramente recuerdes porque es el padre del pequeño Axel y marido de Rachel, a los que hemos conocido hace un rato junto a la puerta de Ace Hall.

Bruce Morris y Marsha Collins se acuestan desde hace dos años. Ya se acostaban cuando Axel fue concebido, si haces las cuentas. Y obviamente nadie lo sabe. Todo empezó después de que se encontraran en una convención en San Francisco, tontearan durante toda la noche y acabaran acostándose en la habitación de hotel de él. Marsha se sentía sola desde la muerte de su marido y se dejó llevar durante toda la noche. Después vinieron los mensajes de texto, donde él siempre se mostraba encantador, y las citas en hoteles, casi siempre en el Granada. Alguna vez se había cruzado con él en la urbanización, acompañado de su mujer al principio, y de su mujer y su hijo ahora, pero ella se limitaba a saludarles y pensar en otra cosa, como si aquel hombre no fuera el mismo con el que se acostaba.

Lo es, y Marsha Collins es consciente.

Y le da igual.

Pero dejemos ahora la casa de los Collins, porque quiero que regresemos a la calle principal y lleguemos hasta la última casa del complejo. Las tres anteriores las pasaremos de largo porque se encuentran vacías en esta época del año, pero la última es también una residencia a tiempo completo y en ella viven Rodger y Emma Walters junto a su hijo Shane.

En este momento se encuentran los tres en la casa, en el salón principal, situado en la planta baja. Rodger está terminando de colocar los cubiertos en la mesa, y Emma coloca una fuente de patatas fritas en el centro. Shane, que tiene veinte años y aspecto de tener cinco menos debido a su rostro aniñado y al acné que recubre su frente, está tirado en el sofá con el mando de la Play en las manos. Está jugando a un juego de coches.

—Shane, vamos a comer.

El chico aprieta un botón para detener el juego y tira el mando al sofá. Rodger se sienta a la mesa, en la cabecera y empieza a servirse patatas mientras Emma regresa a la cocina a por el resto de la cena.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Rodger.

—Mejor, papá.

Shane estudia en la universidad de San Francisco. Una semana atrás le dijeron

que tenía gripe y el chico regresó a casa para pasarla. Esa fue, al menos, la excusa que dio a sus padres. Apenas pasaba de un resfriado común, pero Neil Ridgewick le había llamado para contarle que se había hecho con una marihuana que era el nirvana de las marihuanas, y cuando Neil hablaba así había que creerle. La perspectiva de pasar una semana en casa fumando maría con los colegas le atraía bastante más que asistir a clase. En San Francisco no había hecho ningún amigo de verdad, no como Neil, Rick y Peter, al menos. Y sabía que no podía alargar más su estancia en casa, lo cual le deprimía un poco en realidad.

—¿Cuándo piensas volver?

Shane se encoge de hombros, pero se da cuenta de que su padre está esperando una respuesta mucho más concreta que esa. Es complicado mantener la cobertura de una enfermedad cuando te escapas la mayor parte del día para fumar con los amigos.

—¿Pasado mañana? —pregunta.

Rodger parece aceptar la respuesta, y Shane refugia la mirada en su plato. Entre cero y cien, lo que le apetece regresar a la residencia universitaria donde se aloja es un número negativo.

Regresemos.

Llegamos a la finca Hollister en el momento en que Tom Ridgewick sale de la casa al jardín, seguido por la falsa familia. Paula camina agarrada de la mano de Mark, y este, con el otro brazo, rodea la cintura de Verónica. No nos hemos perdido demasiado. Tom les ha enseñado la casa y les ha hablado del matrimonio Hollister, los dueños de la finca. Lo cierto es que se trata de una casa grande, espaciosa y bonita.

—Como ven, los Hollister han cuidado muy bien de la casa y la reformaron hace un par de años, por lo que no es necesaria ninguna obra de entrada, más allá de que quisieran cambiar algo por gusto personal.

—La verdad es que es increíble —asegura Verónica, y mira a Mark—. ¿Qué te ha parecido, cariño?

—Fantástica. La casa me encanta. Señor Ridgewick, ¿puedo preguntarle por la seguridad del complejo?

Tom asiente, casi orgulloso de hablar de ello.

—San Mateo cuenta con una empresa de seguridad que monitoriza las cámaras en todo momento. Una vez se estropeó una cámara y tardaron menos de una hora en llegar aquí para arreglarla. Y ya han visto, tenemos siempre un vigilante en la puerta. Para aceptar una visita, el conductor debe dar sus datos y el vigilante se comunica antes con los residentes para confirmar que conocen a quien entra en la urbanización. Parece un poco engorroso al principio, pero es como lo de los escáneres en los aeropuertos, ¿verdad? Es preferible que te miren de arriba abajo a que un terrorista saque una bomba en un avión, ¿no?

Mark asiente. Se muerde la lengua para contradecir al hombre que tiene delante, puesto que él nunca ha estado de acuerdo con el tema de los escáneres.

—Y hemos visto el muro que rodea la urbanización. ¿Es completo?

—Sí. Es la Gran Muralla de San Mateo. La única puerta de entrada a la urbanización es la principal.

—Eso es fantástico —asegura Verónica—. Nos preocupa mucho la seguridad.

—Nunca hemos sufrido un robo en San Mateo —confirma Tom, expeditivo.

Es mentira. Diez años atrás desvalijaron Sun House y la casa donde actualmente vive Ace Hall, pero obviamente, Tom no va a reconocer eso.

Mark echa un vistazo al jardín, como valorando el terreno. Tom les observa. Parecen estar agotados. No se corta a la hora de lanzar una mirada lasciva a los pechos de ella, resaltados por la camiseta que lleva puesta. Siempre se ha preguntado cómo es posible que hombres como ese logren hacerse con mujeres como esta. Porque, desde su punto de vista, vale que Mark no sea feo, ni mucho menos, pero tiene al menos diez años más que ella, y ella está muy buena.

En ese momento Verónica se gira para mirarle y Tom aparta la vista de sus pechos

y se centra en Paula.

—¿Te ha gustado la casa, pequeña?

Habla con esa voz infantil que todos los adultos ponen cuando se dirigen a un niño intentando embelesarlo, pero algo le dice a Mark que en realidad, a Tom Ridgewick no le gustan los niños.

Paula se encoge de hombros como única respuesta.

—Les puedes decir a tus papás que pongan unos columpios allí, en el jardín.

Paula vuelve a encogerse de hombros y medio se refugia tras la pierna de Mark. Este le revuelve el pelo y sonrío a Tom.

—Es tímida.

—Ya lo veo. En fin, espero que les haya gustado la casa. San Mateo es un lugar idílico, se lo aseguro. Y tenemos incluso famosos. Harrison Ford tiene una casa aquí.

—¿De verdad? —pregunta Mark, con curiosidad.

—De verdad.

Tom se aleja de ellos haciendo tintinear las llaves, para cerrar las puertas de nuevo. Verónica acerca su cara a la de Mark.

—Voy a arrancar el coche. No vengáis hasta que oigas que está en marcha.

Mark asiente, y Verónica camina a paso rápido hacia la puerta principal. Mark se queda de pie, con la mano de Paula entrelazada en la suya, mirando alrededor y pensando que podría vivir allí sin problemas.

Tom Ridgewick se despide de ellos agitando la mano junto a la garita de seguridad, y observa el Land Rover cruzar la verja de entrada y girar hacia la derecha, en dirección a la costa. Tyrone está junto a él, con los puños apoyados en la cadera. Aprieta el botón que hace cerrarse la verja.

—¿Qué te han parecido?

—No creo que puedan permitírsela —sentencia.

Tyrone se encoge de hombros. No es algo que le preocupe, al menos mientras no paguen y se conviertan oficialmente en vecinos de San Mateo. A punto está de darse la vuelta para regresar al interior de la garita, y al aire acondicionado, cuando otro vehículo se detiene junto a la verja. Es un Mustang viejo que a veces escupe bolas de humo por el tubo de escape y que lleva en el capó una calavera dibujada en blanco sobre negro, muy similar a la de *Death Proof*. De su interior sale, a un volumen más alto de lo recomendable, la atronadora música de algún grupo heavy. No necesita verle la cara al conductor para darle al botón que hace que la puerta se abra.

Tom saluda con una mano, y el Mustang avanza hasta que la puerta del conductor se encuentra a la misma altura que él. Neil Ridgewick tiene el codo apoyado en el lateral, asomando hacia fuera.

—Hola, tío —saluda.

—Hola, Neil.

Neil tiene un cigarrillo casi consumido del todo entre los labios. Es un joven de constitución fuerte, que podría haber sido *quarterback* si hubiese optado por jugar al fútbol americano en lugar de fumarse todo lo que caía en sus manos. Baja el volumen de la música con la otra mano.

—No entiendo que no te quedes sordo —asegura Tom.

—El rock está hecho para escucharlo alto, tío. Escucharlo con un volumen bajo es como practicar sexo y pararse antes de terminar.

Tom suelta una carcajada, y Neil sonrío, mostrando todos sus dientes. Se quita la colilla de la boca y la tira por la ventanilla. Cae a los pies de Tyrone, que la mira con asombro, pero Neil ni siquiera le dedica una mirada.

—¿Quieres que quedemos un día de esta semana para cenar? —pregunta Tom.

—Claro, tío.

—Yo invito.

Tom le guiña el ojo a Neil, y este vuelve a dedicarle una de sus sonrisas de tiburón, marca oficial de la familia Ridgewick. Cuando su tío dice que le invitará a cenar sabe que se refiere a cenar, sí, con visita posterior al club más cercano, con servicio de todo incluido.

—Dale un beso a tu madre, anda.

—Claro.

Hace años que Neil no le da un beso a su madre, y puedes estar seguro de que ni



siquiera le dará recuerdos de Tom. A Neil no le gusta hablar con su madre. La desprecia, le parece un ser desagradable y totalmente prescindible en su vida. Más de una vez ha pensado que no le importaría lo más mínimo que ella muriese. No, Neil entrará en casa y subirá directamente a su habitación. Quiere comprobar si las series que ha dejado descargándose por la mañana se han terminado de bajar. Y por supuesto, quiere comprobar si la vecina está en el jardín. Lleva cuatro días sin verla y la última vez la muy zorra se quitó la parte de arriba del bikini y dejó a la vista sus tetas. Es una cría, pero está buena.

Y para lo que a Neil Ridgewick le importa, es más que suficiente.

# V

## **Los muertos heredarán la Tierra**

# 1

Arthur observa la hoja que le han puesto delante. Lleva aproximadamente un minuto leyendo lo que dice, y es la tercera vez que empieza desde el principio, porque en realidad no puede creerse lo que dice.

Levanta la mirada hacia Stahl.

—¿Va en serio?

—Absolutamente.

Arthur no reprime la risa irónica. Deja el papel a un lado con gesto ofendido. No es para menos, en realidad se siente ofendido. Mucho. Normalmente, cuando algo amenaza con hacerle salir de sus casillas se obliga a pensar en Florida, en el retiro con una casita junto al mar y los paseos por la playa, con el agua mojándole los pies. Hoy no le apetece.

—Sheriff Newton —comienza Stahl, con el tono de voz que utilizan los políticos para prometer cambios que nunca realizarán—, sé lo que parece, pero nadie va a intentar quitarle el mérito a usted, o a su departamento, por la captura de Logan Kane.

—Claro que no —responde él, sarcástico.

—Trasladaremos al señor Kane al complejo carcelario de San Bruno, en San Francisco, para que esté cerca de las dependencias del FBI. Tenemos mucho trabajo que hacer con él, que requerirá horas y horas de interrogatorio. Sheriff, debe entender que esto no tiene nada que ver con usted. Por supuesto, creemos que San Bruno es más seguro que esta comisaría. Ya ha visto lo que ocurrió con el señor Conway.

—Estoy seguro que si intento revocar esta orden, usted no tendrá reparo en retractarse sobre el señor Conway, ¿verdad? Respecto a disparar un arma en una comisaría.

Stahl se encoge de hombros.

—Considérelo un gesto de buena voluntad.

Arthur resopla. Cuando sale del despacho se encuentra con que Jerry, Jeremy, Meredith y dos más de sus agentes están mirándoles, de pie y con los brazos cruzados. El agente federal Gordon se encuentra junto a la puerta, tenso.

—Jerry, tráeles a Kane —dice.

—Qué hijos de puta.

Jerry se dirige a las celdas murmurando. Arthur se hace a un lado para dejar que Stahl salga de su despacho.

—Sheriff Newton, le repito que no queremos robarle el mérito. Es más, necesitamos escolta, y nos gustaría que fuese usted mismo.

Arthur mira a Stahl. No está seguro de si dice la verdad o sigue tratando de metérsela por el culo.

—Es un viaje sencillo y corto, y será usted quien entregue a ese cabrón. Se lo prometo.

Arthur suspira con resignación. Después le dice a Jeremy que prepare uno de los

coches. El agente sale de la comisaría. Un rato después, Jerry regresa de las celdas acompañando a Logan, que va esposado. Arthur se coloca al lado contrario, flanqueando al asesino. Stahl y Jim caminan detrás de ellos.

Fuera está oscureciendo. El aire ha adquirido esa tonalidad púrpura cercana al negro de la noche. Una furgoneta negra con las letras FBI pintadas en un lateral espera junto a la puerta. Jeremy se coloca detrás con uno de los coches patrulla.

El conductor de la furgoneta abre la puerta trasera. Arthur y Jerry escoltan a Logan hasta allí y le obligan a subir. Dentro hay otro hombre, un negro delgadito y con la cara angulosa vestido con un traje naranja de prisionero, con un número en la espalda. Tiene las muñecas esposadas y a su vez ancladas al suelo. El conductor de la furgoneta le pide a Logan que se siente.

Mientras le encadenan al suelo de la furgoneta, Arthur se gira hacia Jerry.

—Iré con Jeremy. Supongo que volveré esta noche, pero será tarde. Nos vemos mañana, ¿de acuerdo?

Jerry asiente.

La caravana la forman tres coches. En primer lugar, el coche patrulla conducido por Jeremy y Arthur seguido de la furgoneta del FBI, en cuya parte trasera además de los presos viaja también el agente federal Stahl, y cerrando el convoy, el Audi negro conducido por el agente Jim Gordon. Los tres vehículos abandonan el aparcamiento de la comisaría de Novato mientras Jerry se despide de ellos agitando la mano.

## 2

Podríamos hablar sobre si Dave y Kelly salvaron la vida del conductor de ambulancias Duck Motton cuando le permitieron subirse a su coche en Quartzite. Probablemente sí, porque el pueblo de Quartzite estaba sufriendo ya el despliegue de los muertos vivientes. Y sí, es cierto que tal vez Duck podría haber hallado un lugar para esconderse, o tal vez otro método de escape, pero lo cierto es que Dave y Kelly le dejaron subir a su coche y abandonaron el pueblo, cogiendo la autopista en dirección este.

Y Duck cayó adormecido en apenas unos segundos. No era un sueño profundo, porque a pesar del agotamiento, la adrenalina bombeada en su cuerpo le mantenía en un estado de nerviosismo que le impedía desconectarse del todo. Duck entreabría los ojos, escuchaba charlar al matrimonio, oía a Kelly hablar con su hijo en el asiento trasero, pero no era capaz de prestar atención a lo que decían, ni a lo que veía a su alrededor.

Ahora bien... ¿Podría haber salvado Duck las vidas de Dave y Kelly?

Entraríamos a discutir factores de posibilidades y alternativas. En realidad, conducir hacia Phoenix parecería una buena idea dadas las circunstancias. Los militares tenían bloqueada la carretera, pero también podrían ofrecer protección. Duck estaba demasiado dormido para advertir a Dave que la carretera estaba cortada, pero es posible que, aunque se lo hubiera dicho, Dave hubiera tomado la misma decisión.

Para entonces, la autopista 10 se había convertido en un cementerio de coches a medida que los soldados evacuaban a la gente en dirección a la base segura establecida en Avondale. El carril que se dirigía hacia el este estaba completamente anegado de coches en fila, que parecían estar esperando que se despejara la carretera para seguir su marcha.

Cuando Duck abre los ojos, Dave está conduciendo por el carril contrario, paralelo a la larga fila de vehículos vacíos. La imagen resulta tan extraña y fantasmal que un escalofrío recorre la espalda de Duck.

—¿Dónde está toda esa gente? —pregunta Kelly desde el asiento trasero.

Duck va a contestar que el ejército debe haber evacuado a todo el mundo cuando una luz cegadora les ilumina desde delante, obligándoles a cerrar los ojos y tratar de cubrir la luz con sus propias manos. Dave aprieta el freno y el coche se detiene dando un leve bandazo.

Los siguientes segundos transcurren como a cámara lenta. El parabrisas del coche se hace añicos, Dave se convulsiona, escupiendo sangre del pecho a medida que las balas le atraviesan, Duck ve una bala arrancarle la oreja al hombre, reventar el respaldo y hundirse en el cuello de Kelly. Ninguno de los dos tiene tiempo de gritar siquiera por lo rápido que en realidad ocurre todo. Pero Duck sí que chilla, mientras intenta agacharse y apartarse de la trayectoria de las balas y le llueven cristales

encima. Su voz se funde con los llantos de Dave Jr en el asiento trasero.

Cuando las balas cesan y se hace el silencio, Duck tarda un momento en dejar de gritar. En el asiento trasero, atado en su silla de bebé, el niño sigue llorando con esa potencia de la que sólo son capaces los críos. La luz cegadora sigue iluminando el vehículo.

—¡No disparen! —grita, desesperado.

—¡Salga del vehículo con las manos en alto! —ordena una voz amplificada por un megáfono.

Duck traga saliva, nervioso. Levanta las manos temblando y sale del coche. Antes de hacerlo, le dedica una mirada a Dave. El pecho del hombre es un agujero del tamaño de un puño y tiene la cabeza caída hacia delante. Todo el vehículo parece estar lleno de sangre. Y Duck se da cuenta de que él también está cubierto de sangre.

—¡No es mía! —grita, sintiendo un nudo en la garganta—. ¡La sangre no es mía, lo juro!

—¡De rodillas!

Ni siquiera le ve aparecer. Desde su derecha, aparece un soldado con máscara de gas y una metralleta que le apunta directamente. Duck obedece, temblando, y se lleva las manos a la nuca. Siente ganas de llorar y en el estómago una presión tan fuerte que está a punto de mearse encima.

—Por favor —suplica—, la sangre es de ellos, no es mía, no estoy infectado...

El soldado ni siquiera se molesta en contestar. Empuja a Duck con el fusil y le tira al suelo. Inmediatamente se coloca encima de él y le examina el cuello, los hombros y los brazos.

—Levántese.

Asintiendo, Duck se incorpora. Evita mirar hacia el coche, y también hacia el soldado. Nunca en su vida había sentido tanto miedo.

—Quítese la ropa. Rápido.

Probablemente, cualquier tipo de duda habría hecho que el soldado apretara el gatillo. Duck puede sentir el miedo que también tiene el militar y aunque siente la mente atrofiada por el pánico, aún es capaz de darse cuenta que el hombre detrás de la máscara de gas preferiría pegarle un tiro y ahorrarse problemas, así que cuando le ordena que se desnude, Duck no tarda ni milésimas de segundo en empezar a quitarse el mono y quedarse en calzoncillos. El soldado le observa.

—Media vuelta —ordena.

Y Duck gira. Y el soldado comprueba que no hay ninguna herida visible.

—Vístase. Rápido.

—Gracias —murmura Duck, sin perder tiempo.

Y mientras se viste, se da cuenta de lo mucho que es capaz de adaptarse a las circunstancias el ser humano. El día anterior, cuando los militares mataron a Zack Thurston a las afueras de Castle Hill, él había estado dispuesto a enfrentarse con ellos, y en cualquier otra circunstancia, seguramente habría increpado al soldado que

estaba delante, echándole la culpa de la muerte de Dave y Kelly, dos personas absolutamente inocentes que no merecían morir. Pero hoy, Duck Motton mantiene la boca cerrada y se viste de nuevo con el mono azul mientras el soldado abre la puerta trasera del coche y abre los cierres que liberan al niño.

Otro soldado aparece junto a Duck, y este reprime un grito. Le agarra del brazo y tira de él en dirección a la luz cegadora. Cuando se acercan, Duck comprueba que se trata de un potente foco montado en lo alto de un camión militar. La parte trasera está llena de civiles con rostros asustados y llorosos.

—Suba.

Duck obedece. Un momento después, alguien da una orden y el camión se pone en marcha. Los militares trotan junto al vehículo. Duck mira a su alrededor. La imagen le recuerda a todas las que ha visto sobre trenes cargados con judíos en la Segunda Guerra Mundial, de camino al campo de concentración. Las mismas miradas de tristeza y pérdida, de dolor silencioso, las lágrimas cayendo por los rostros, los gemidos y llantos, las miradas perdidas.

—Dios mío —murmura.

A lo lejos, en el oeste, Duck oye disparos. Y cierra los ojos, intentando no pensar en el rumbo que han tomado las cosas.

### 3

Cuando Mark, Patrick y Paula vuelven a reunirse con Patrick, Stan y Ozzy junto al bar donde les habían dejado, de lo primero que todos ellos se preocupan es de hablar sobre el complejo urbanístico San Mateo. Verónica les cuenta, con todo lujo de detalles, cómo es la urbanización y cuáles son las medidas de seguridad. Patrick pregunta por el muro, y ella responde que, según lo que les contó el administrador, da la vuelta al complejo.

—O sea que podría ser un buen lugar para protegernos —dice Patrick.

—Eso creo, sí.

—Cojonudo.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Ozzy.

—Mantener los ojos abiertos y esperar.

La teoría de Patrick es que deben aguantar hasta el último momento antes de entrar en San Mateo. Si se precipitan y lo hacen antes de que la situación se complique, la policía de Half Moon Bay aún podría estar en activo y echarles del lugar, o incluso detenerles. Obviamente, eso plantea un conflicto moral, pero tan sólo Ozzy lo ha expresado en voz alta.

—¿No vamos a decirle a la gente que deben prepararse? ¿Que busquen un lugar donde esconderse o... no sé, que se preparen para defenderse?

En realidad, sé que Patrick transmite una imagen de seguridad en sí mismo, y que ahora parece estar al mando de su plan, pero ha pensado en esto largo y tendido mientras conducía de camino hacia aquí. Como agente de policía que era en Castle Hill, la idea de abandonar a su suerte a todo el mundo le causa malestar. Por otro lado...

—Las noticias están en la televisión y en la radio, Ozzy. El mismo presidente ha contado lo que está ocurriendo y... mira a tu alrededor...

Patrick hace un gesto con la mano. Ozzy echa un vistazo. Gente paseando, dos mujeres hablando junto a la puerta de una casa, tres jóvenes jugando a pasarse una pelota de baloncesto en un jardín...

—Si no le están haciendo caso al presidente, ¿qué te hace pensar que te harían caso a ti?

—Entonces, les abandonaremos a su suerte.

—Ayudaremos a quienes podamos una vez nosotros mismos estemos a salvo —asegura Patrick—. Cuando el virus llegue a Half Moon Bay, nos pondremos en camino hacia San Mateo.

Ozzy no dice nada más, y se encoge de hombros. Patrick mira a Verónica, que está apoyada contra la puerta del copiloto, con gesto extrañado.

—¿Pasa algo?

—¿Dónde está Brad?

Patrick se gira, esperando encontrarle a su espalda. Al no verle, da una vuelta



sobre sí mismo mirando en todas direcciones. Stan y Ozzy también miran alrededor, desconcertados.

—No lo sé —responde Patrick—. Ahora que lo dices, ni siquiera recuerdo haberle visto dentro del bar.

—Yo tampoco —asegura Stan.

Verónica se encoge de hombros.

—Tampoco es que me importe demasiado.

Ella abre la puerta y se mete dentro del coche. Patrick da una vuelta más sobre sí mismo, mirando en todas direcciones...

... hacia las luces de la ciudad de San Francisco.

Brad tiene la frente apoyada en el cristal del autobús y está sonriendo. Por primera vez en todo el día se siente feliz. O tal vez no sea feliz la palabra adecuada, pero se siente bien. Dejar atrás a esos capullos presuntuosos había sido orgásmico. Duda que siquiera se hayan dado cuenta, pero tampoco le preocupa.

Después de que llegase el autobús, y de subirse a él, le había pedido a otro pasajero que le hiciera el favor de dejarle el móvil, asegurándole que sólo sería una llamada rápida e inventándose una historia sobre que había perdido el suyo. El hombre se lo había prestado, y Brad había marcado el número de Angus McGee, el editor con el que habló la noche anterior y cuyo final a manos de los muertos vivientes Brad desconoce.

Ni siquiera consiguió tono. Le saltó el buzón de voz a la primera, y Brad esperó la señal para dejar un mensaje.

—Angus, soy Brad de nuevo —dijo, bajando la voz y dándose la vuelta para evitar ser escuchado—. He tenido problemas para llamarte esta mañana. Supongo que ya sabes de qué va todo esto, y espero que estés bien. He perdido mi teléfono, así que te llamo esta noche. Buscaré un hotel y te llamo desde la habitación.

El resto del viaje, Brad lo había pasado pensando qué haría si resultaba que Angus McGee estaba muerto. Porque McGee vivía en Los Ángeles.

A medida que el autobús se fue acercando a San Francisco y las luces de la gran ciudad se hicieron más evidentes, Brad comenzó a relegar esos pensamientos al fondo de su cabeza. Ahí estaba de nuevo la civilización, y viendo todos los coches, las luces y el movimiento, parecía insano pensar en muertos vivientes. Y había muchos editores en San Francisco, seguramente tan buenos como Angus McGee y dispuestos a desembolsar una buena cantidad de dinero por una gran historia como la que él tenía que contar.

El tráfico comenzó a espesarse un poco antes de llegar a la ciudad, y se volvió lento, obligándoles a pasar ratos completamente quietos, cuando faltaban dos kilómetros para llegar. A medida que se fueron acercando, Brad comprobó que había un control militar y policial bloqueando la carretera. Revisaban todos los vehículos antes de dejarlos pasar.

Una punzada de miedo sube por la garganta de Brad. Tan sólo tienen cuatro coches por delante para que les toque a ellos, y Brad puede sentir el nerviosismo del resto de pasajeros en el autobús. Y los constantes murmullos y susurros son como el oleaje del mar escuchado desde la costa.

La existencia de esos controles significa que temen que el virus se esparza.

La puerta del autobús se abre. Un militar sube a bordo, portando un fusil, y se detiene junto al conductor. Cuando habla, alza la voz para que todos puedan oírle.

—Disculpen las molestias, pero les voy a pedir que me enseñen brazos, piernas,

cuello y hombros, y que se suban las camisetas para dejar a la vista pecho y espalda.

—¿Se puede saber por qué? —pregunta un hombre en una de las primeras filas.

Brad empieza a desabrocharse el mono azul.

—Señor, anoche hubo un estallido vírico en Los Ángeles y estamos luchando para prevenir que vuelva a ocurrir.

—¿Quiere decir que la rueda de prensa de esta mañana fue cierta? —pregunta el mismo hombre, absolutamente asombrado.

—Sí, señor.

—Creí que se trataba de una campaña publicitaria de algo. O de un experimento sociológico. El equivalente del nuevo siglo a la Guerra de los Mundos...

—Caballero, le pediré una vez más que por favor, se desvista para que pueda inspeccionarle. Hay demasiada...

—No voy a desnudarme delante de usted —asegura el hombre.

Brad levanta la cabeza por encima de los asientos para poder mirarle. Es un señor de cincuenta y tantos, con el pelo blanco perfectamente peinado con raya a un lado y vestido con un traje gris con finas rayas. Todo el autobús contiene la respiración, esperando la réplica del soldado, pero este se limita a coger la radio.

—Teniente, soy el soldado Hanks. En el autobús tengo un trece-A.

—¿Qué es un trece-A? —pregunta el tipo del traje.

—Alguien que se niega a obedecer, señor —responde el soldado, en un tono tan calmado que Brad siente otro escalofrío recorrerle la espalda. Después, el soldado Hanks se gira hacia el resto y vuelve a hablar—. Señores, señoras... no tenemos todo el día.

Brad se pone en pie, con el mono azul en la mano derecha y completamente desnudo excepto por los calzoncillos.

—Yo ya estoy —dice—. Si no le importa, me gustaría salir y continuar a pie.

El soldado le hace un gesto a Brad para que se acerque. Siente las miradas de todos los pasajeros clavadas en él, y se ruboriza. Se detiene delante del soldado y da una vuelta, para que le observe por detrás.

—Salga del autobús.

Brad obedece. Al mismo tiempo que él pisa la calle, tres militares más llegan al autobús, pasan junto a él y suben. Brad se pone el mono azul lo más rápido que puede y echa a andar hacia el interior de la ciudad. Sólo vuelve la vista atrás cuando oye la voz aguda del hombre del traje gris, gritando que están cometiendo una violación de sus derechos y blablablá. Los tres militares que acaban de subir al autobús se lo están llevando a rastras hacia un local situado a la derecha de la calle con las ventanas tapadas con lonas militares.

—Siga caminando, señor.

Brad se sobresalta, y a punto está de tirar la cámara al suelo. Se gira hacia el soldado que tiene a su lado, asiente como un niño bobo, y sigue andando hacia la ciudad, pensando que más le vale al tipo del traje gris aceptar desnudarse dentro de

ese local si no quiere recibir un expeditivo y fulminante disparo en la nuca. Brad lo ha visto hacer, así que tampoco le sorprendería lo más mínimo.

Viajemos unos cuarenta kilómetros al norte, pasando el famoso puente Golden Gate, para encontrarnos de cara con el convoy que viene desde Novato en dirección al centro penitenciario San Bruno.

Llevan casi veinte kilómetros de tráfico intenso que han ido sorteando poco a poco gracias a las sirenas y las luces giratorias del coche patrulla, pero a medida que se acercan al puente, el tráfico se detiene del todo. Jerry conduce por el centro de la calzada, con cuidado, pitando a los coches para que liberen esa zona y les permitan avanzar.

—Mira.

Más adelante, junto a la entrada del puente, tres camiones militares y dos coches patrulla bloquean por completo el acceso al puente. Están revisando los coches y dejando pasar tan sólo a los residentes de la ciudad. Al resto les obligan a dar la vuelta e irse por donde han venido.

—¿Cuántos habrá? —pregunta Jerry, refiriéndose a los soldados.

—Unos cincuenta, parece.

En varios puntos del puente han colocado sacos de arena formando montículos, dejando espacio suficiente para que los coches permitidos pasen, y hay soldados esparcidos cada veinte metros. Desde la ciudad no cruza ningún vehículo.

—Joder, jefe.

Jerry está intranquilo, pero Arthur mantiene la calma. Dos de los soldados salen al paso y levantan las manos, indicándoles que se detengan en el arcén izquierdo. Jerry obedece y detiene el coche. La furgoneta y el coche negro del FBI se detienen junto a él un momento después.

—Quédate en el coche —le pide Arthur, al tiempo que abre la puerta y sale al exterior.

Los dos militares caminan en su dirección. El agente Jim Gordon también ha bajado de su coche.

—Buenas noches —saluda Arthur.

Los dos soldados se detienen a un par de metros. El más mayor observa detenidamente a Jim y Arthur. Este se da cuenta de que no separa el dedo del gatillo ni un momento.

—Tenemos una orden de traslado —dice Jim, metiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta. El movimiento hace que el soldado se tense y comience a levantar el rifle. Jim se da cuenta y vuelve a sacar la mano—. Voy a cogerla —dice, abriendo la chaqueta y mostrando que no va a sacar un arma.

El soldado no se relaja. Arthur echa un vistazo al resto del dispositivo. Nunca había visto un despliegue de ese tipo salvo en las películas. Algunos de los conductores protestan cuando les piden que salgan de sus vehículos, pero los rifles de los militares resultan demasiado intimidantes como para que las protestas se alarguen.

Arthur se pregunta cuánto tardará en ocurrir un accidente. Si hubiera estado con nosotros y visto a Dave y Kelly, los dos extraños que recogieron a Duck Motton en Quartzite, morir acribillados, no se habría extrañado en absoluto. Es un hecho que cuanto más grande es la tensión, más fácil se aprietan los gatillos.

Jim le entrega la orden de traslado al soldado. Este la examina un momento y se la devuelve.

—Señor, la ciudad de San Francisco se encuentra en alerta. Tal vez deberían replantearse las opciones y enviar a sus detenidos a otra prisión.

—Agradecemos el consejo —asegura Jim, volviendo a guardarse el papel en el bolsillo interior de la chaqueta—, pero tenemos que llegar a San Bruno.

El soldado se encoge de hombros y hace un gesto a uno de los camiones militares indicándole que pueden pasar. Jim y Arthur regresan a sus coches, y el convoy se pone en marcha de nuevo.

Mientras cruzan el Golden Gate, Arthur observa por la ventanilla los sacos de arena, los soldados, los rifles, los camiones militares. Y por primera vez desde que viera el discurso del presidente esa misma mañana, siente que el miedo se instala en su cuerpo en forma de un vacío en la boca del estómago.

## 6

Acompáñame, tengo que presentarte a un hombre llamado Justin Folks. La infección ya se está propagando en San Francisco a pesar de todos los controles militares y las precauciones tomadas, y los hombres que conforman el convoy del FBI tendrían que haber hecho más caso del consejo ofrecido por ese soldado, pero no lo han hecho, y dentro de poco afrontarán las consecuencias.

Pero antes, te hablaré de Justin Folks, ¿de acuerdo?

Justin lleva conduciendo su camión de mercancías más de veinte años. El noventa por ciento de su trabajo es legal, pero a veces utiliza un compartimento oculto en su tráiler para transportar mercancías ilegales. Hoy en concreto lleva cincuenta kilos de heroína. La noche anterior, Justin descansó en un motel de carretera cerca de Watsonville. Tenía pensado levantarse a las ocho para reemprender su camino, pero no oyó el despertador. A eso de las diez de la mañana, un grito de mujer le hizo abrir los ojos de golpe.

Te puedes imaginar qué fue lo que se encontró al abrir la puerta de su habitación, vestido únicamente con sus calzoncillos blancos, dispuesto a ejercer de caballero andante y ayudar a la mujer que había gritado. El aparcamiento del hotel se había convertido en zona de guerra. Al menos diez o doce personas estaban persiguiendo y atacando a una pareja que intentaba llegar a su propio coche.

Justin no había estado en Castle Hill, ni tampoco en Los Ángeles, ni había visto esa mañana el discurso del presidente Jack Norton hablando sobre los muertos vivientes, así que cuando reparó en las heridas, las mutilaciones y la sangre se quedó completamente paralizado.

Tan paralizado que no se dio cuenta de que el conserje del motel se acercaba a él arrastrándose por el suelo. De haberle mirado, probablemente Justin habría chillado. Porque al conserje le faltaban ambas piernas. La derecha parecía arrancada desde el muslo, y aún colgaban jirones de carne ensangrentados. La izquierda, desde la rodilla.

El caso es que el conserje le mordió en el tobillo, y Justin retrocedió al tiempo que lanzaba una patada y regresaba al interior de su habitación. No se molestó en vestirse. Tenía tanto miedo que simplemente cogió las llaves del camión y salió corriendo de allí.

Durante los primeros setenta kilómetros se debatió entre llamar o no a la policía. Le daba miedo que descubrieran la droga y no lo hizo, pero incluso barajó la posibilidad de deshacerse de la droga y después ponerse en contacto con la policía. Tampoco se decidió por esa opción. La gente para la que transportaba la heroína no era gente con la que se pudiera jugar.

Se olvidó de la policía al darse cuenta de que la alfombrilla estaba empapada de sangre y detuvo el camión a un lado de la carretera, lo que le valió un par de pitidos de coches que pasaron junto a él a toda velocidad. Al mirarse el tobillo se dio cuenta de que la herida era bastante más grande de lo que le había parecido en un primer

momento y que la zona alrededor de la mordedura había adquirido un tono morado.

Sacó el botiquín que guardaba en la parte trasera de la cabina y lo abrió sobre el asiento del copiloto. Se echó un chorro de agua oxigenada directamente sobre la herida y lanzó un grito al sentir un escozor como nunca había sentido. El agua oxigenada burbujeó sobre la herida, y Justin mordió el volante para soportar los latigazos de dolor que le llegaron desde la pierna. Cuando se le calmó un poco, se rodeó el tobillo con una venda y apretó lo máximo que pudo.

Después se miró al espejo retrovisor y se sorprendió al ver lágrimas en sus ojos.

Luego, arrancó el motor de nuevo y siguió su camino hacia el norte.

A la altura de Pescadero, la fiebre le había subido tanto que ya no pensaba con claridad. Conducía despacio y de vez en cuando traspasaba la línea central de la carretera y regresaba a su carril dando un bandazo. Su mente se había convertido en una especie de colmena de pensamientos, donde todos se mezclaban sin lograr concretarse ninguno. Si se hubiera mirado la pierna, habría visto que se le marcaban las venas, de un extraño color marrón. Daba la impresión de tener una telaraña rodeando su pierna.

Empezaron a pesarle los ojos y a sudar copiosamente, pero estaba tan embotado por la fiebre que era incapaz de pensar en detener el camión. Iba a veinte kilómetros por hora, y a veces casi se detenía porque se olvidaba de pisar el acelerador, y cada vez llevaba la cara más pegada al cristal. Si recuerdas los últimos momentos de vida de Marcus Bodganovich, el policía de Los Ángeles, lo que le ocurre a Justin Folks en estos momentos es similar.

Y así llegamos al momento actual. Finalmente, los ojos de Justin Folks se cierran y su cabeza se inclina hacia delante al mismo tiempo que deja escapar su último aliento. Su frente queda apoyada sobre el volante y las ruedas del camión siguen rodando hasta detenerse delante de la entrada del campo de golf de Half Moon Bay.

Imagino que ahora ya eres capaz de deducir por qué tenía que hablarte de Justin Folks.

\* \* \*

Kenny Fisher se encuentra en la entrada del campo de golf, fuera de la garita, fumando un cigarrillo. Apenas echa un vistazo hacia el camión cuando este se detiene. Está pensando en el libro que se está leyendo, una novela de Michael Connelly, repasando los últimos datos e intentando resolver el crimen planteado antes de que el autor lo resuelva por él.

Kenny es un amante de las novelas de suspense. De eso y de los cigarrillos. Es capaz de fumarse casi dos cajetillas al día y no se plantea dejar de fumar. Y la verdad, no es el tabaco lo que le matará.

Da una última calada y deja caer la colilla al suelo. La pisa con la punta de sus zapatillas y la aplasta. Desde que una novia le dijera en el instituto que dejar ardiendo



una colilla implicaba nose cuantos años sin sexo, tenía por costumbre pisar todas las colillas. A veces, incluso pisaba colillas que no eran suyas.

Se da la vuelta para regresar a la garita y al libro de Conelly cuando escucha el primer golpe. Extrañado, observa el camión detenido en medio de la carretera y se da cuenta de que el conductor parece estar luchando por salir, como si estuviera encerrado y tuviera un ataque de pánico.

Kenny avanza hacia el camión.

La puerta del vehículo se abre de golpe, y el conductor, un tipo grande en calzoncillos, cae desde la cabina y choca contra el suelo de cara. Kenny se encoge como si fuese él quien recibe el dolor. Y está a punto de volver a avanzar hacia Justin Folks, pero entonces este empieza a incorporarse de nuevo, abriendo la boca y aullando.

Porque Kenny no es capaz de describirlo de otra manera. Aquel tipo, con sus calzoncillos manchados y una venda en el tobillo, está aullando mientras se levanta. Y le mira fijamente.

Da un paso hacia atrás.

Justin echa a correr hacia él.

Kenny oye el frenazo antes de ver el coche. Es un Subaru azul marino que se estrella contra el camionero, lanzándolo por los aires. Kenny le ve dar tres vueltas de campana en el aire, chocar contra el suelo y seguir girando hasta detenerse por completo en una postura absolutamente anormal, con las piernas giradas una en cada sentido y un brazo completamente desenchajado del hombro.

Pero entonces, aunque en realidad parezca imposible, el hombre levanta la cabeza y Kenny ve que tiene toda la cara llena de sangre. Y actúa como cualquiera en su situación haría: corre hacia el camionero atropellado.

La conductora del Subaru, una mujer de pelo rizado y largo, sale del coche con movimientos aturdidos y una herida en la frente. Es una empleada de supermercado que iba demasiado distraída buscando un CD que poner en la radio como para ver a tiempo al conductor del camión.

—¿Está bien? —pregunta, llevándose la mano a la frente dolorida y aguantando las ganas de llorar.

Kenny no contesta, porque aún no lo sabe. El camionero está intentando moverse, y eso a Kenny ya le parece impresionantemente increíble, pero debe tener la columna rota también. Se deja caer de rodillas junto al hombre. Su cerebro apenas registra detalles como el olor a mierda que rebosa los calzoncillos de Justin o las extrañas líneas negras que aparecen en la pierna en la que tiene el vendaje y que alcanzan el borde del calzoncillo. Kenny se agacha para mirar al hombre y entonces Justin levanta la cabeza todo lo que puede y hunde los dientes en la garganta del guardia de seguridad.

La cajera de supermercado no lo ve porque está mirando al suelo, con la mano en la frente, intentando recomponerse del mareo que siente. Cuando levanta la vista,

Kenny ha caído al suelo y tiene ambas manos sobre su propia garganta. Entre los dedos mana la sangre como si fuera una fuente. Patalea, debatiéndose entre la vida y la muerte.

La mujer grita y retrocede hasta que su trasero choca contra la parte de atrás del Subaru. Después se da la vuelta y se mete dentro del coche. Cierra la puerta y pone los seguros. Temblando, logra meter la llave en el contacto al segundo intento. Gira la llave, pero el motor del coche hace un amago y se detiene. Ella vuelve a hacerlo, pero no arranca. El golpe contra el cristal la hace chillar del susto.

Kenny está allí con la garganta abierta y la sangre aún saliendo de la herida. Sus ojos están inyectados en sangre y parece furioso. Golpea la ventanilla con todas sus fuerzas. La mujer se gira para buscar su bolso, que ha caído al suelo en la parte de atrás. La ventanilla se rompe en pedazos en el mismo momento en que ella logra meter la mano dentro del bolso y agarrar la culata del revólver que metió allí esa misma mañana después de ver las noticias en la tele.

—No porque crea que es cierto, sino por si acaso lo es —le dijo a su propio reflejo en el espejo.

Kenny se mete por el hueco de la ventanilla y muerde a la mujer en el pecho. Ella grita de dolor y afianza su mano sobre la empuñadura. Después se da la vuelta y dispara, sin mirar, sólo intentando librarse del tipo que se encuentra encima de ella. La bala atraviesa el hombro de Kenny y el techo del Subaru, pero el hombre no se detiene. Ella vuelve a disparar. La segunda bala hubiera matado a cualquier ser vivo en el acto al reventar el corazón de Kenny. El hombre cae hacia atrás y al suelo.

La mujer chilla de nuevo, esta vez con la euforia de una victoria al borde de la muerte. Y rompe a llorar. Y la mano en la que sujeta la pistola la suelta y el arma cae sobre sus piernas. Y ella sigue llorando y se mira la herida del pecho con asombro. La sangre resbala y está manchando todo su vestido. Y entonces Kenny vuelve a levantarse, y ella grita y trata de encontrar el arma de nuevo, pero Kenny mete la cabeza por el hueco de la ventanilla y clava los dientes en el cuello de la mujer.

Sus gritos se elevan en el aire.

Con la misma rapidez con la que llega, el Cuarto Jinete empieza a esparcirse hacia Half Moon Bay. Kenny y la cajera de supermercado acaban con la vida de un matrimonio y su hija de nueve años que salían del pueblo en dirección a Pescadero y se detienen al ver el camión, el Subaru y el cuerpo de Justin Folks, que está condenado a permanecer durante toda la eternidad tirado en esa carretera, meneando la cabeza con furia, hasta que se descomponga. Mientras devoran el cuerpo de la niña, otro coche llega en la misma dirección. En esta ocasión se trata de un hombre sólo, y al ver lo que está pasando intenta dar media vuelta y huir. El padre de la niña le persigue. No consigue darle caza, pero le pone en dirección al pueblo.

Y ahora ven conmigo, adelantemos al zombie y corramos directos hacia el lugar donde el Land Rover de los supervivientes de Castle Hill está aparcado. Y observa, porque mientras Stan, Ozzy, Mark y Paula duermen en el interior del vehículo (los

dos primeros en los asientos de la tercera fila, Mark sentado en la segunda y Paula extendida con la cabeza sobre las piernas de Mark), Patrick Flanagan y Verónica hacen guardia en el exterior, de pie junto al morro del coche.

Patrick ha comprado un paquete de cigarrillos en el bar y está dándole vueltas en la mano.

—Hace cinco años que no fumo —se confiesa—. Pero hoy me apetece un puto cigarro más que nunca en la vida.

—Lo entiendo. Hasta yo le daría una calada y no he fumado nunca.

Patrick sonrío y la mira. La luz de una farola cercana crea un contraluz sobre Verónica, resaltando su figura y su perfil, colándose por entre su cabellera y haciéndola parecer aún más roja de lo que ya es. Casi como si estuviera en llamas.

—Pareces agotada. Si quieres tumbarte un rato, puedo hacer la guardia yo sólo.

—No. Me quedo a hacer mi parte. Ya dormiré más tarde.

—Si te desmayas no vas a ser de mucha utilidad.

—No me desmayaré, descuida.

Patrick no lo duda. Nunca ha conocido a ninguna mujer tan dura como Verónica Buscemi. Vuelve a mirar el paquete de tabaco, dudando. Suspira mientras lo abre y saca un cigarrillo. Vuelve a suspirar mientras se lo coloca entre los labios y busca el mechero que ha guardado en el bolsillo.

No llega a encenderlo cuando un coche patrulla pasa a toda velocidad en dirección sur, hacia la salida del pueblo. Patrick se quita el cigarro de la boca y se gira para mirar a Verónica.

—Mierda.

Se sorprenden al escuchar un derrape cerca, y un momento después, tres disparos y un alarido de dolor capaz de helar la sangre.

—Ya están aquí —murmura Verónica.

—Eso ha sonado jodidamente cerca. Vámonos.

Patrick salta al volante del Land Rover. Verónica rodea el coche para subirse al otro lado. Mark se ha despertado al oír los disparos y mira a Patrick.

—¿Ya?

—Sí.

—¿Qué vamos a hacer si cuando lleguemos a la entrada de San Mateo ya hay zombies allí?

Patrick mira a Mark a través del espejo retrovisor. Ya ha pensado en eso.

—Entonces... que Dios nos asista.

Mark asiente. Patrick conecta los dos cables para que hagan contacto y el motor se enciende. Después, mete la marcha y arranca. Si nos quedamos aquí, viendo alejarse el vehículo en dirección al centro del pueblo para después girar hacia la derecha en la carretera de San Mateo, no tendremos que esperar más de dos minutos para ver a uno de los agentes de policía que iban en el coche patrulla que acaba de pasar. Corre cojeando por una pierna en la que hay una profunda herida un poco más

arriba de la rodilla, no tiene el arma porque la ha dejado caer en algún sitio, y tiene la cara desencajada por el miedo. Le veremos tropezar, caer y volver a levantarse. Los gruñidos guturales de los muertos vivientes se acercan cada vez más, y cuando miremos hacia la carretera veremos aparecer a seis de ellos, que no tardarán en dar caza al policía herido. Y puedes creerme, hay más de ellos un poco más allá, dándose un banquete con el otro policía.

Antes de dar el discurso presidencial esta mañana, Jack Norton estuvo reunido con el vicepresidente Ellis, Jeff Barker, Bernard Trask y Kurt Dysinger. No sé si lo recuerdas, pero durante aquella conversación, Ellis expresó su preocupación por el escape del virus al cerco de Castle Hill. Y no sé si lo recuerdas, pero entonces Bernard Trask dijo tener una idea, y cuando el presidente Norton le preguntó por ella, Bernard Trask sólo dijo una palabra: compartimentación.

Ahora, catorce horas después de que el presidente se dirigiera a la nación para hablar de lo sucedido en Los Ángeles y la catástrofe a la que se enfrentaban, Duck Motton está a punto de averiguar a qué se refería el Coronel Trask.

Durante el viaje en la parte trasera del atestado camión militar, Duck es incapaz de quitarse de la cabeza la imagen del coche tiroteado y los cuerpos de Dave y Kelly destrozados por las balas. Ni tampoco la sensación de hallarse en una película de la Segunda Guerra Mundial.

Esa sensación persiste cuando el camión se detiene y un grupo de soldados abre la parte trasera, armados con sus fusiles y con máscaras de gas cubriéndoles las caras y les ordenan bajarse del camión. Sí, es cierto, no les tratan como si fueran mierda, ni les empujan o son agresivos con ellos. En general, la actitud de los soldados es amable, ligeramente condescendiente.

Intentan transmitir la imagen de estar aquí para ayudar. Únicamente para salvarles la vida y luchar contra la infección.

Uno de los soldados incluso agarra a Duck del brazo para ayudarle a bajar del camión.

Pero, no me preguntes por qué, a Duck le sigue recordando a las imágenes de los campos de concentración nazis.

—Por favor, formen una fila de a uno y colóquense en la línea amarilla.

Duck mira a su alrededor, y nosotros con él. Se encuentran en el aparcamiento de una base militar. La puerta por la que ha cruzado el camión está siendo cerrada en esos momentos. Sobre el muro que rodea la base se han montado puestos de guardia, con soldados armados y grandes focos encendidos mirando hacia el exterior. Cerca de la entrada de la base han pintado una línea amarilla sobre la que empieza a colocarse la gente que viajaba junto a Duck. Este camina hacia la línea y se detiene, entre una mujer gorda de pelo claro y un hombre negro de unos setenta años, con gafas redondas de montura dorada.

Un soldado está pasando revista a la gente, inspeccionándoles lentamente a medida que camina frente a ellos. Algunas mujeres gimen cuando se detiene ante ellas, atemorizadas por la situación y por la impresión que produce tener delante a ese hombre con máscara de gas. Un hombre incluso rompe a llorar y dice que quiere irse a casa.

El soldado se detiene ante Duck.

—¿La sangre es tuya?

Duck niega con un gesto.

El soldado sigue su camino. Durante los siguientes diez minutos nadie más vuelve a decirles nada, y las casi sesenta personas que viajaban en aquel camión permanecen en pie sobre la línea amarilla, delante de los soldados armados que les miran tras los cristales de sus máscaras. Los gemidos, sollozos, rezos y llantos se hacen cada vez más audibles, y Duck empieza a sentir una opresión sobre su corazón cuando escucha un murmullo a su derecha señalando el más que notable parecido entre la escena que están viviendo y un pelotón de fusilamiento.

No serán capaces, piensa Duck, están aquí para ayudar.

Pero tiene demasiado presente la imagen del coche de Dave. Y la muerte de Zack Thurston el día anterior.

Finalmente, uno de los soldados les ordena ponerse en movimiento y seguirle. El grupo de civiles obedece y se pone en marcha, rodeados en todo momento por soldados armados que avanzan ligeramente separados de ellos y espaciados entre sí unos diez metros.

Duck se pregunta a dónde les llevan, y está a punto de averiguarlo.

La idea de Bernard Trask sobre la compartimentación era sencilla: no tenían ni la capacidad ni el tiempo para analizar la sangre de todos los ciudadanos, y sabían que el virus podía escapar a través de simples controles físicos, por lo que Bernard Trask proponía utilizar la sentencia «Más vale perder una batalla pero ganar la guerra» y para ello, proponía separar a los civiles en grupos, digamos, de cien personas. En caso de que alguien se encontrara infectado, las otras noventa y nueve personas que se encontraran en cuarentena con el infectado morirían también, pero impedirían que se propagase más allá.

Al principio, el vicepresidente Ellis había puesto el grito en el cielo ante esa frialdad. El coronel Trask lo había llamado daños colaterales.

—¡No podemos hacer eso! —había protestado Ellis—. ¡Es una mierda de plan!

Pero Jeff Barker había estado de acuerdo. Y el presidente había dado su visto bueno antes de abandonar el despacho. Para Barker y Trask, la posibilidad de perder a cien civiles sanos era mejor a permitir que el virus escapase de su control una vez más. Ellis intentó hacerles entender que tenían que encontrar otra opción, algo que no supusiese el abandono voluntario de noventa y nueve vidas.

—Señor vicepresidente, si cree que quiero dejar que muera gente a propósito, está usted realmente equivocado —había dicho Trask—. Y si a usted se le ocurre una idea mejor para hacer frente a esta crisis, estaré encantado de escucharla y retirar de la mesa mi plan, pero por el momento, esta mierda es lo único que tenemos.

San Francisco había comenzado los preparativos que el plan exigía, y el cronograma indicaba que estaría listo para ser puesto en marcha a partir de las cinco de la madrugada de esta misma noche. Como comprobaremos dentro de un momento, ya será demasiado tarde.

Sin embargo, Phoenix había sido más eficaz y había comenzado a retener todo el tráfico proveniente de la zona de Los Ángeles mientras levantaban las vallas que servirían de compartimentos.

La zona de entrenamientos de la base militar se había convertido en un inmenso tablero. Los compartimentos están formados por vallas de tres metros de altura reforzadas con tubos de acero clavados en la tierra para impedir que fueran derribadas. En lo alto de las vallas, alambre de espino. Cada una de esas celdas dista de las demás unos tres metros, que son utilizados como pasillos por los que patrullan soldados armados continuamente y que sirven de cortafuegos, para impedir que los habitantes de una celda tengan cualquier contacto con los de las demás celdas.

En el interior, por supuesto, cien personas estarán hacinadas. No tanto como en la parte trasera del camión, pero es evidente que tendrán que apoyarse en las piernas de otros para poder tumbarse a dormir y que todos quepan.

Con horror, Duck comprueba que nueve de los habitáculos ya están llenos y a ellos les están dirigiendo al décimo, que está como al veinte por ciento de capacidad. Si hacemos los números, eso quiere decir que, con el grupo de Duck, habrá casi mil civiles en esas celdas. Y si miramos alrededor, comprobarás que hay otras doce celdas vacías. Todo el recinto está iluminado con focos similares a los que se encuentran en los estadios de fútbol.

—¿A dónde nos llevan? —pregunta un hombre.

Duck se gira para mirarle, pero no deja de andar. El hombre lleva camiseta de tirantes y una gorra de baseball con la visera hacia atrás. Se ha detenido, y uno de los soldados que les están escoltando se ha parado también, a un par de metros del hombre.

Sigue andando, piensa Duck.

Pero el hombre no escucha su orden mental.

—Señor, por favor, no se detenga —dice el soldado. Aunque es evidente que no se trata de una petición.

—No voy a permitir que me encierren aquí —asegura el tipo de la gorra, alzando la voz para que todo el mundo le oiga—. ¡Soy ciudadano americano y no he cometido ningún delito! No quiero que me encierren como a un vulgar criminal. Tengo familia y quiero...

—Señor.

Una única palabra, pero el tono es tan claramente impositivo y va acompañado del movimiento de apuntarle con el rifle que hace que el hombre de la gorra se calle.

Por un momento.

—¿Qué va a hacer? ¿Dispararme? —la voz del hombre refleja perplejidad, pero también enfado.

—Señor, le ruego que siga caminando junto a sus compañeros. Esta situación es incómoda para todos pero nos encontramos ante una emergencia nacional. En cuanto todo vuelva a su normalidad y nos aseguremos de que no está infectado, les

dejaremos...

—No estoy infectado de nada, por Dios santo. ¡Vivo en Blythe, California, y no he visto ningún tipo infectado en todo el día! ¡Voy a Phoenix por trabajo!

—Señor, por favor...

—¡Tengo claustrofobia, no puede meterme ahí!

El hombre de la gorra no se ha dado cuenta de la presencia del segundo soldado que se acerca hacia él por la espalda. Le noquea de un certero golpe en la nuca, y el tipo cae al suelo, perdiendo la gorra en el camino. El soldado que ha dado el golpe le agarra por debajo de los hombros y le arrastra hacia el habitáculo número diez. Nadie se molesta en recoger la gorra.

Al entrar en el habitáculo, Duck rememora el lugar donde les tuvieron retenidos en Castle Hill. El planteamiento es el mismo en realidad. Mira a su alrededor y se siente como en un concierto que ha llenado sus entradas al noventa por ciento. Esa es la densidad humana en el interior de cada habitáculo: demasiada como para estar realmente cómodo.

Duck se pregunta cuánto tiempo durará esa crisis y cuánto tiempo tardarán en soltarles.

—¿Duck?

Se gira porque reconoce la voz de inmediato, y no es para menos. Duck ha trabajado con Gabriel durante los últimos tres años. El chico se acerca a él, empujando a un par de personas por el camino, y se abraza a Duck con fuerza.

—No sabes cuánto me alegro de verte —asegura—. ¡Tenía miedo de que hubierais muerto!

—Estoy bien.

Gabriel le mira el pecho y ve la sangre en el mono de Duck.

—No es mía —asegura este—. ¿Y los demás? ¿Están aquí también?

Gabriel niega con la cabeza.

—Cuando apareció aquel zombie... —traga saliva, le cuesta decirlo—... me entró miedo, Duck... salí corriendo y no miré atrás...

Gabriel empieza a llorar, y Duck le abraza con fuerza.

—Tranquilo. Seguro que están bien. Zoe y Richard sobrevivieron en Castle Hill, ¿no?

Con la cara pegada al cuello de Duck, Gabriel asiente. Entonces Duck se da cuenta de que varias personas a su alrededor les miran con expresiones que varían entre la incredulidad y el asombro más puro. Uno de ellos es el anciano negro con gafas de montura dorada.

—Hijo, ¿su amigo ha dicho zombie de verdad?

Están atentos mirándole y esperando la respuesta, y cuando Duck asiente con la cabeza lentamente, la reacción de los que le escuchan es de alarma. Uno de ellos se tapa la boca con las manos. Otro menta a Dios en un suspiro aterrado. Una mujer meneaba la cabeza compulsivamente, como si por el simple hecho de negarlo pudiera



borrar lo que está ocurriendo. El anciano negro se limita a cerrar los ojos con tristeza.

—Yo vi el discurso del presidente esta mañana —dice una mujer joven junto a Duck—. Pero no creí que fuera verdad.

—Es verdad —asegura Duck—. Los muertos se están volviendo a...

—¿Pero cómo puede ser cierto? —pregunta un hombre, dos filas más atrás. La mayoría de la gente que se encuentra en el habitáculo número diez se ha agrupado en torno a Duck y Gabriel.

Duck no tiene respuesta para esa pregunta, ni para muchas otras que le hacen durante la siguiente media hora. Pero a medida que cuenta su historia, desde que fue retenido por los militares a las afueras de Castle Hill hasta que huyó de Quartzsite a bordo del coche de Dave y Kelly, el desasosiego se instala entre los que le escuchan. Los gemidos y susurros nerviosos acompañan durante todo el trayecto a su narración, y durante todo el tiempo que tarda en explicarles lo que ha vivido, Gabriel se mantiene a su lado, cabizbajo.

En algún momento mientras Duck cuenta su historia, el habitáculo número once es llenado con cien civiles más. Los soldados patrullan entre las celdas metálicas, examinando a la gente desde detrás de la protección que ofrecen las máscaras de gas. Alguno de ellos no separa en ningún momento el dedo índice del gatillo de su rifle.

Volvamos a San Francisco, donde Brad Blueman camina por la calle con las manos metidas en los bolsillos y la cámara de fotos colgando de su cuello, pensando en encontrar un lugar donde dormir. Ahora mismo, eso es lo que más le preocupa, porque después del momento de euforia al sentirse a salvo tras el cordón militar que rodea San Francisco, se ha dado cuenta de lo agotado que está. No quiere sentarse en ningún sitio a descansar porque tiene miedo de quedarse dormido si lo hace.

Así que camina, sin saber realmente a dónde se dirige pero esperando encontrar la palabra hotel no muy lejos de donde se encuentra.

Se detiene al llegar a un semáforo en rojo. Desde su derecha, un hombre corriendo le golpea en el hombro al intentar esquivarle. Brad apenas recula un paso y se gira para mirar al hombre, tal vez para increparle, pero el tipo no se detiene. Sigue corriendo, lanzándose a la calzada y esquivando a un par de coches en movimiento.

Brad resopla. Ese solía ser su hábitat, pero se ha acostumbrado tanto a la vida en un pequeño pueblo como Castle Hill que ha olvidado esa prisa constante que existe en los que viven en las ciudades. Pero le gusta, porque es realmente donde él quiere estar. Y sonrío por ello pensando que podría acostumbrarse de nuevo a esa prisa.

Sigue sonriendo cuando el semáforo se pone en verde y él empieza a cruzar la acera y visualiza al hombre corriendo y saltando a la carretera como si no le importara ser atropellado o...

Brad se detiene en medio de la calzada.

O tuviese demasiado miedo como para preocuparse de los coches.

Lentamente, como en un sueño, Brad baja la vista hacia su hombro, al lugar donde el hombre le golpeó al pasar junto a él. La mancha es minúscula, pero alcanza a verla y sabe lo que es.

El color de la sangre es inconfundible.

¿Sabes esa sensación que se tiene cuando tu madre te ha advertido mil veces «no saltes sobre la cama» y tú sigues haciéndolo y entonces la cama se rompe y caes al suelo y sabes que te vas a llevar una bronca? Esa sensación que hace palpar tu corazón a tanta velocidad que piensas que estallará en tu pecho y tu habitación quedará salpicada de sangre y trozos de hueso. Esa sensación que te hace pensar «no-no-no-no» porque sabes que la has cagado.

Así es como se siente Brad Blueman en este momento.

El claxon del coche que está esperando que él termine de cruzar la calle le hace gritar y dar un salto. Algunas personas se giran para mirarle, pero ninguna le presta más atención que esa. Es lo que tienen las grandes ciudades, la gente se acostumbra tanto a ver locos por la calle que no les conceden más tiempo mental que el que dura una mirada.

Brad mira hacia la derecha, hacia el lugar del que venía aquel hombre. Y da igual que ahora no veamos nada, porque Brad sabe, y tú puedes estar seguro también, que

está volviendo a pasar.

—¡Quítate del medio, gilipollas!

Brad vuelve la cabeza. El conductor del coche está asomando la cabeza por la ventanilla, pero Brad se siente incapaz de moverse, porque no sabe a dónde ir, porque ahora se encuentra sólo y porque sabe que debería haberse tragado su orgullo y haber permanecido junto a Verónica, Patrick, Mark, Ozzy y Stan. Y la niña.

—¡Que te quites, joder!

Y Brad logra avanzar lo suficiente para alcanzar la acera y dejar pasar al coche, que cruza apretando el claxon hasta el fondo. La única justicia poética es que cuando gire a la derecha en la siguiente esquina se encontrará de frente con una calle atestada de muertos vivientes.

Brad se da la vuelta y echa a correr.

No tiene manera de saber que San Francisco está siendo atacada desde varios frentes. La infección se ha propagado en varios lugares de la ciudad. Sin ir más lejos, a unos veinte kilómetros al norte, el coche patrulla conducido por Jeremy Geller desde Novato se detiene frente al centro penitenciario de San Bruno. La furgoneta con el logotipo del FBI aparca junto a él, y al otro lado, el coche conducido por el agente Jim Gordon.

No lo saben, pero están a punto de morir.

Porque mientras se bajan del coche y se acercan a la parte trasera de la furgoneta, la mirada de Arthur localiza a un hombre corriendo por la calle, pero no le hace más caso y se centra en el agente Gordon. Craso error, pero nosotros sí nos fijaremos en ese hombre, que ahora se ha detenido y está girando la cabeza hacia el grupo recién llegado desde Novato.

Y nos fijaremos en él porque su pecho y su cara están llenos de heridas, mordeduras y arañazos. Con la baba cayéndole por un lado de la boca, el hombre empieza a correr hacia ellos.

—Iré a avisar de nuestra llegada —dice Jim Gordon, echando a andar hacia la entrada del centro penitenciario.

Arthur y Jeremy están mirando hacia la puerta trasera de la furgoneta mientras el conductor introduce la llave en la cerradura para abrir la puerta. Jeremy, incluso, está hablando sobre la locura que está viviendo el país, con todos esos soldados y los controles. La puerta de la furgoneta se abre, y el agente Stahl levanta la mano para saludarles, y entonces su mirada se clava en algo que se encuentra a sus espaldas.

Arthur se da la vuelta a toda velocidad, pero es apenas un instante demasiado tarde, y el hombre convertido en zombie agarra con una de sus manos la cabeza de Jeremy y le muerde con todas sus fuerzas en el cuello.

El grito del agente se eleva en el cielo y provoca que un par de pájaros cercanos alcen el vuelo.

Arthur retrocede sorprendido y asustado, con la mano agarrando la culata de su arma pero sin desenfundar.

Logan Kane y T-boy, el negro delgadito con traje naranja de recluso, siguen esposados al suelo de la furgoneta. Ambos miran la escena con sorpresa.

El agente Stahl reacciona más rápido, movido por instinto. Desenfunda y dispara sin meditar más sobre ello. La bala atraviesa la cabeza del hombre, salpicando de sesos y sangre a Arthur. El hombre cae al suelo, desmadejado, y Jeremy cae de rodillas, alzando una mano para agarrarse el cuello.

Arthur se agacha junto a él y trata de ayudarlo a taponar la herida. El cuello de Jeremy parece un surtidor y sus ojos están en blanco.

—Joder, necesito ayuda! —grita Arthur.

Jim Gordon ha llegado corriendo. Ni siquiera ha alcanzado las escaleras que llevan al vestíbulo del centro penitenciario, pero el grito primero, y el disparo después, le han hecho regresar. Lleva el arma desenfundada en la mano. Mira primero hacia los dos policías de Novato, y después a Stahl, que salta desde la parte trasera de la furgoneta al suelo.

—Ocúpate de los presos —ordena.

Gordon asiente y entra a la parte trasera de la furgoneta. Stahl se agacha junto a Arthur y utiliza su propia chaqueta para taponar la herida de Jeremy.

—¡Joder, tronco! —exclama T-boy—. ¡Menuda jodienda, tronco!

—¡Cállate! —ordena Gordon.

T-boy no deja de mirar hacia el agente herido que empieza a convulsionar en el suelo, y tiene los ojos muy abiertos por la impresión. Logan Kane, sin embargo, no parece interesado en eso. Está mirando, con una expresión de tranquilidad absoluta, al agente federal Jim Gordon, y a cómo este les libera de la cadena que les ata al suelo.

Gordon tira de las cadenas que unen las muñecas de ambos hombres para obligarles a levantarse y a ponerse en marcha. Ambos obedecen.

—Ostia puta —murmura T-boy.

Y Jim Gordon se detiene. Porque al fondo de la calle se ve a un grupo mucho mayor corriendo en su dirección.

—Stahl...

Paul Stahl se levanta, y al ver al grupo que corre hacia ellos se gira hacia Jim Gordon mientras desenfunda con la otra mano.

—¡Llévalos dentro! ¡Corre!

Gordon asiente y tira de los dos presos hacia el centro penitenciario. Varias cosas ocurren en los siguientes instantes, así que permíteme que apriete el pause y te enseñe la acción a cámara lenta.

Jeremy abre los ojos. Arthur sigue inclinado sobre él, intentando infructuosamente detener la hemorragia. Jeremy se incorpora de golpe, pillando desprevenido a Arthur, y le muerde en la boca, como si le estuviera dando un beso mortal por necesidad.

Stahl lo ve, pero no tiene línea clara hacia Jeremy, por lo que se mueve para ponerse a tiro.

Logan Kane da un fuerte tirón con sus brazos desestabilizando a Jim Gordon, que no cae al suelo de rodillas pero está a punto de hacerlo. Intenta darse la vuelta para enfrentarse a Kane, pero este es más rápido y pasa las manos por encima de la cabeza del agente, apoya el pie en su espalda y tira de los brazos hacia atrás. La cadena de las esposas se hunde en la carne del cuello del agente. Este intenta zafarse, intenta arañar a Kane, agarrar la cadena y soltarla de su cuello lo suficiente para dar otra bocanada de aire, patalea, abre la boca intentando respirar, pero ni siquiera un soplo de oxígeno logra traspasar su garganta cerrada. Los ojos se le ponen en blanco y los músculos de su cuerpo se quedan sin fuerza.

T-boy dice «Vaya» y «Guau» y «Joder tío».

Stahl consigue tener tiro y aprieta el gatillo. La bala revienta la parte posterior de la cabeza de Jeremy y el cuerpo del agente cae al suelo de inmediato. Stahl no puede ver a Kane porque la furgoneta del FBI se lo impide. De todas formas, después de disparar sobre el agente de policía de Novato, se gira hacia el grupo que corre hacia él. Y le entra miedo al comprobar que detrás de ese grupo hay otro grupo. Y ese segundo grupo parece mucho más grande. Casi más una marabunta que un grupo.

Aun así, Stahl se coloca en posición de disparo y apunta con su arma.

Arthur, libre de la mordedura de Jeremy, se pone en pie, pero está aturdido. Sus labios han desaparecido y sus dientes y encías están a la vista. La sangre le cae directamente al pecho, y se tambalea como si estuviera borracho, completamente desorientado y en *shock*.

Logan Kane se hace con el arma de Jim Gordon y con la llave de las esposas.

T-boy vuelve a decir «Guau» y «Vaya». Añade «Vámonos de aquí, hermano». Pronuncia *hermano* con ese estilo rapero que lo hace sonar completamente distinto, como si fuera una palabra completamente diferente.

Stahl aprieta el gatillo, con calma y respirando tal y como le enseñaron a hacerlo en la galería de tiro. Destroza dos cabezas y acierta en cuatro cuerpos, pero las balas sólo detienen a los dos primeros.

Stahl se da cuenta de que es demasiado tarde para huir y que los muertos son demasiados y retrocede hacia la puerta del conductor de la furgoneta sin dejar de disparar sobre los zombies.

Logan Kane se libera las muñecas y le pasa la llave a T-boy, que parece emocionado ante la idea de la libertad y la acción.

Los primeros muertos alcanzan a Arthur y le derriban, hundiendo dedos y dientes en su carne, despedazándole y salpicando sangre en todas direcciones.

Stahl salta al asiento del conductor y cierra la puerta.

Kane mira hacia atrás y ve la cantidad de zombies que corren hacia donde ellos están. En ese momento, T-boy está diciendo «ya está, vámonos de aquí, hermano». Logan levanta el arma y le dispara en la rodilla. La bala astilla el hueso y le hace caer, gritando de dolor.

Después, Logan Kane echa a correr.

T-boy aúlla más que gritar. Intenta levantarse pero es imposible. Los muertos le alcanzan y en apenas un momento rodean su cuerpo y el del inconsciente Jim Gordon. Al menos este no se da cuenta de que le están devorando vivo. T-boy sí, y grita hasta el final de su vida.

Stahl arranca la furgoneta. Ve cruzar delante de él a Logan Kane. Pisa el acelerador y la furgoneta se lanza hacia delante. Stahl gira el volante para atropellar a Kane, pero este se arroja hacia un lado en el último momento y rueda por el suelo. Stahl no tiene tiempo de frenar y golpea un coche aparcado, desplazándolo dos metros hacia delante.

Logan Kane se incorpora y corre hacia la siguiente esquina, con la pistola de Gordon en la mano y sin mirar atrás. Al alcanzar la esquina gira y sigue corriendo.

Stahl intenta que la furgoneta arranque de nuevo, pero el motor se ha detenido. De una patada abre la puerta y salta a la calle. Varios muertos corren hacia él alzando sus brazos ensangrentados y heridos. Stahl levanta el arma y aprieta el gatillo. Consigue reventar tres cabezas antes de quedarse sin balas. Después se gira para echar a correr, pero es demasiado tarde. Cuando uno de los zombies logra derribarle, es cuestión de segundos que varios se abalancen sobre él y le muerdan en brazos, piernas y cuello.

Stahl muere golpeando a uno de los zombies que le devoran con la culata del arma. Sus intestinos acaban desparramados junto a la rueda delantera de la furgoneta. Su sangre salpica la letra F del FBI pintado en el lateral del vehículo.

Tyrone se acerca al destartalado coche que se ha detenido frente a la verja de San Mateo. Conoce el vehículo, y podría dejarlo pasar sin más, pero nunca le han gustado esos dos chicos, así que se acerca a ellos cada vez que aparecen por allí para visitar a Neil Ridgewick. Es su forma de levantar la pata y orinar para marcar terreno. Se detiene delante de la puerta del conductor, que tiene un color distinto al del resto del coche, y espera a que la ventanilla de cristal tintado baje.

Cuando lo hace, del interior sale el sonido del rap de Eminem y el olor a marihuana. El chico que mira a Tyrone con expresión aburrida y los ojos rojos se llama Rick, y el niño que se esconde detrás de la visera de su gorra y la capucha de su chándal en el asiento del copiloto responde al nombre de Peter.

Para Tyrone, son dos chicos que nunca llegarán a nada y que son la muestra perfecta de lo que significa la expresión «malas compañías».

—Buenas noches —dice Tyrone, adoptando su típica postura de Peter Pan.

—Ey, tío, a ver cuándo te aprendes nuestra jodida matrícula —le responde Rick, despectivo.

—Venimos a ver a Neil, colega. Déjanos pasar —añade Peter.

Tyrone les mira un momento, saboreando el hecho de hacerles esperar. Finalmente aprieta un botón y la verja comienza a abrirse. Rick aprieta el acelerador revolucionando el motor, y sonrío a Tyrone, burlón. Cuando el espacio es suficiente, acelera y se aleja.

Tyrone suspira resignado, y coge el mando para cerrar la puerta, cuando otro vehículo se acerca por su espalda. Se da la vuelta, y junto a él se detiene un Land Rover. Tarda un momento en reconocerlo, y no lo hace debido al coche, sino por la chica sentada en el asiento de al lado. Es imposible olvidar esa melena rojiza.

Tyrone se extraña. Esa misma tarde ha pasado por allí para visitar una casa a la venta junto con su marido y su hija, pero el hombre que está al volante no es con el que venía esta tarde. Una mirada a la parte trasera del vehículo le descubre en el asiento de en medio. Pero hay más gente. Otros dos hombres están en los asientos traseros.

—¿Puedo ayudarles en algo?

Está desconcertado. Es demasiado tarde para querer ver la casa a la venta de nuevo, y son demasiada gente.

—Patrick... —murmura uno de los hombres sentados en la parte de atrás. Es Ozzy, y hay urgencia en su voz. A Tyrone le parece que está mirando hacia atrás, hacia la carretera que lleva al centro de Half Moon Bay.

—Le ha pasado algo al motor —responde Patrick, abriendo la puerta—. Estábamos por aquí cerca —se gira y señala hacia Verónica—, y como ellos ya han estado por aquí esta tarde se nos ocurrió acercarnos para ver si nos dejan usar su teléfono para llamar a un mecánico.

Tyrone asiente. A él no le parece que le pase nada al motor, pero tampoco se considera un entendido. Patrick ya ha bajado del coche y, antes de que Tyrone tenga tiempo de reaccionar, Patrick le hace una llave, agarrándole el brazo y retorciéndoselo a la espalda y presionándole con su propio cuerpo para obligarle a doblarse. Tyrone cae de rodillas y gime de dolor.

Con rapidez, Patrick le quita el llavero que lleva colgando de su cinturón y le ayuda a levantarse. Dentro del Land Rover, Verónica se pasa al asiento del conductor y mueve el vehículo hasta el interior de San Mateo. Patrick agarra el brazo de Tyrone y le obliga a moverse.

—¿Qué quieren? —pregunta Tyrone—. Hay cámaras por toda la urbanización. Pueden estar seguros de que ya han sido grabados y que...

—¿Cómo se cierra la verja?

Patrick suelta el brazo de Tyrone y este se gira para mirarle. La rabia que siente al haber sido reducido tan fácilmente le hace querer enfrentarse a esos tipos, pero Tyrone es un hombre prudente. Hasta el momento no han sacado armas, pero eso no quiere decir que no las tengan, y no quiere arriesgarse a recibir un disparo. En esos momentos en la central ya deben haber visto las imágenes y estarán avisando a la policía. Es cuestión de tiempo, y Tyrone tiene la suficiente formación como para saber que es mejor seguirles la corriente.

Señala el mando que maneja la valla. Patrick aprieta el botón y la verja de San Mateo empieza a cerrarse con un ruido metálico. Verónica, Mark, Ozzy y Stan Marshall bajan del Land Rover. Tyrone les observa estudiando sus movimientos y tratando de anticiparlos.

—¿Qué quieren? ¿Van a robar alguna casa?

—No vamos a hacerle daño, si eso le preocupa —asegura Patrick, metiendo la mano en el bolsillo y enseñándole a Tyrone su placa—. Soy policía. Patrick Flanagan.

Y ahora sí que la expresión de Tyrone se convierte en puro desconcierto.

Patrick le ofrece la mano. Lentamente, sin entender lo que está pasando, Tyrone se la estrecha. Tiene el ceño fruncido, como si realmente no acabara de creerse lo que acaban de decirle.

—Siento haberle retorcido el brazo, pero me parecía que sería más rápido que dar explicaciones.

—¿Explicaciones de qué?

Patrick abre la boca para contestar, pero entonces oye un ruido metálico, el que produce un cuerpo al chocar contra la verja, seguido de un gruñido que a Tyrone le parece el de un perro a punto de atacar. Se da la vuelta para mirar, y al ver lo que hay al otro lado de la verja deja escapar todo el aire de sus pulmones y retrocede un par de pasos, chocando contra Patrick.

Es una mujer, solo que el lado derecho de su cara parece haber desaparecido y los músculos están a la vista, y en algunas partes incluso el hueso. Su ropa está empapada de sangre y le faltan dos dedos en la mano derecha. Está extendiendo sus brazos a



través de los huecos de la verja, arañando el aire en su dirección, como si tratara de cogerles, y gruñe con frustración, sin dejar de mirarles con el único ojo que le queda.

—Explicaciones de eso —responde Patrick, finalmente.

—Patrick...

Este se gira para mirar a Verónica. Ella está señalando hacia el interior de San Mateo, hacia los faros de un coche que se acerca hacia ellos.

—¿Está...? ¿Está muerta? —pregunta Tyrone, mirando a Stan y Ozzy.

Con un gruñido a modo de respuesta, Stan asiente. Tyrone siente que pierde la fuerza en las piernas y se apoya en el Land Rover para evitar caer al suelo. Su respiración se acelera.

—¿Se encuentra bien?

Mark se acerca al guardia de seguridad, con Paula agarrada a su mano. Tyrone le hace un gesto con la mano y Mark se gira para mirar la puerta de la urbanización. Ahora hay tres zombies en la puerta, gruñendo y arañando el metal.

—¿Crees que aguantará? —pregunta Ozzy, con miedo.

Patrick se encoge de hombros. Cuando el coche se encuentra a unos cincuenta metros, agita la mano para indicarle que se detenga. El coche se para delante del Land Rover, y Rachel Morris baja de él. Parece alterada y tiene los ojos hinchados de haber llorado. Patrick se da cuenta de que le tiemblan las manos. La atractiva mujer se queda congelada al mirar hacia la puerta.

—Oh, Dios mío —murmura. Y rompe a llorar de nuevo.

Por miedo a que caiga al suelo, Patrick la sujeta y la obliga a sentarse en el coche de nuevo. Rachel llora desconsolada, respirando a duras penas y agarrando las manos de Patrick. Este ve que en el asiento trasero hay una silla de bebé y el pequeño Axel está sentado en ella, mirándoles con los ojos verdes completamente abiertos. El niño parece divertido y Patrick no puede hacer otra cosa que admirar el contraste entre la madre y el hijo.

—Tranquila...

—¡Mi marido! —exclama—. ¡Tengo que ir a buscar a Bruce!

—Ahora no puede salir —asegura Patrick—. Es peligroso y...

Rachel menea la cabeza con fuerza, agitando el pelo de un lado a otro, y sigue llorando sin escuchar realmente a Patrick, que levanta la mirada buscando ayuda. Pero todos los demás le están dando la espalda y miran hacia la verja de entrada. Entre sus cuerpos, Patrick alcanza a vislumbrar que el número de zombies ha crecido. Resulta fascinante la velocidad a la que se están propagando.

Si recuerdas, cuando conocimos a Rachel Morris estaba hablando con el hiperactivo Ace Hall, pidiéndole huevos para la cena y paseando a su pequeño. A Bruce, su marido, no hemos llegado a conocerle, pero si haces memoria, conocimos a Marsha Collins, su amante.

Después de hablar con Ace Hall y regresar a casa, Rachel preparó la cena para que Bruce la tuviera lista cuando llegara a casa, y después bañó a Axel y le puso el

pijama. Mientras acunaba al pequeño y esperaba que su marido llegara a casa, puso la televisión. Las noticias hablaban únicamente de la crisis y el terrible virus que estaba extendiéndose por el lado oeste del país. Después, el presentador dio paso a un video que anunció como estremecedor y grabado «apenas hace unos minutos» en la ciudad de San Francisco.

Rachel tuvo que sentarse para poder verlas. La imagen estaba movida, y claramente tomada sin trípode, a mano. Lo que en ellas se veía era propio de una película violenta, con personas horriblemente mutiladas y heridas atacando a otras personas. El reportero había echado a correr, y en ese momento la imagen se había convertido en un caos. Lo peor, en realidad, era el sonido, los gruñidos y gritos. Después la cámara había caído al suelo y la señal se cortó bruscamente, en mitad de un alarido lleno de dolor.

Bruce trabajaba en San Francisco. No en la ciudad en realidad, pero sí a las afueras.

Con el corazón galopando a mil por hora en su pecho, Rachel había cogido el teléfono. No se había dado cuenta de que apretaba a Axel con fuerza contra su cuerpo hasta que el niño empezó a protestar y ella aflojó la presión. Marcó el teléfono de Bruce, equivocándose dos veces por los nervios y teniendo que volver a empezar.

La señal dio tres tonos y Rachel colgó antes de que saltara el contestador.

—Vamos, Bruce, cariño, ¿dónde estás?

Pulsó el botón de rellamada y comenzó a andar de un lado para otro del salón. Al segundo tono, Bruce contestó, y ella iba a decirle lo muchísimo que le quería y lo preocupadísima que estaba pero él habló antes.

En susurros.

—¡Rachel! Rachel, por Dios, esto es una locura, no sabes lo que está pasando...

—Cariño, las noticias dicen que en San Francisco...

—Lo sé, lo sé. Escúchame, pequeña. ¿Estás bien? ¿Estáis bien? ¿Cómo está Axel?

—Estamos muy bien, Bruce, pero estamos preocupados...

Ese fue el momento en que Rachel no fue capaz de contener más tiempo las lágrimas.

—No llores, mi vida —Bruce siguió hablando en susurros, como si temiera que pudieran escucharle—. Mira, estoy encerrado en el despacho y creo que no saben que estoy aquí. Se han comido a Burton delante de mí, ¿sabes? Ha sido horrible. No sé cómo he podido escapar.

Rachel no contestó, porque no sabía qué decir. Nunca había tenido tanto miedo en su vida como en ese momento.

—Necesito que vengas a por mí, cariño. Tengo el coche aparcado demasiado lejos y estas cosas corren muy rápido, mi amor.

—Tengo miedo, Bruce...

—Lo sé, mi vida. Yo también, pero tienes que venir a por mí, ¿sí?

Y ella había respondido que sí. Después había agarrado las llaves del coche. Para entonces sus manos temblaban tanto que las llaves tintinearón todo el camino desde la casa hasta el coche. Colocar a Axel en la silla de bebé fue una odisea. Entre el temblor, los nervios, el miedo y que el niño parecía estar tomándose esa salida nocturna como una aventura, tardó casi cinco minutos en anclar al pequeño a la silla.

Y en realidad, es muy probable que eso le salvara la vida, porque si no se hubiera demorado cinco minutos con las correas de la silla de bebés, habría cruzado la verja de San Mateo antes de que llegaran los amigos de Neil Ridgewick, y probablemente habría muerto ahí fuera. Sin embargo, tardó esos cinco minutos y cuando llegó a la puerta de la urbanización ya estaba cerrada y los muertos comenzaban a amontonarse frente a ella.

—¿Quién eres? —le pregunta a Patrick, intentando calmarse sin conseguirlo del todo.

—Patrick Flanagan —responde él.

Tyrone se acerca a ellos. Mira a la mujer con preocupación, y después se gira hacia Patrick.

—¿Qué se supone que hacemos ahora? —pregunta.

—No tengo ni idea —asegura Patrick.

—Joder, tíos! ¿Cuánta mierda os habéis fumado aquí, cabrones?

Rick suelta una carcajada y choca el puño de Neil, que se apoya en el techo del coche con una mano.

—Tronco, vamos a por Shane y larguémonos de tu barrio de pijos.

—Me encantaría partirle la boca al negrata que tenéis en la puerta —asegura Peter—. Siempre nos trata como criminales.

Esta vez es Neil el que suelta una carcajada. No lo dice, pero sí piensa en la respuesta que ese comentario requiere: «Porque sois criminales, cabronazos». Después se sube al coche y se recuesta en el asiento trasero. Casi de inmediato, Peter está encendiendo un porro y se lo pasa. Neil le da una calada. Antes, cuando ha llegado a casa, su madre estaba en la cocina, pero ni ella le ha dirigido la palabra ni mucho menos lo ha hecho él. Ha subido al piso de arriba y se ha encerrado en su habitación. Al asomarse a la ventana la ha visto, tumbada junto a la piscina, con su bikini y su cuerpo adolescente captando los últimos rayos de sol del día.

Neil nunca se había fijado en la hija de la vecina hasta que la viera en bikini unas semanas atrás, tomando el sol en el jardín.

Se había bajado los pantalones y dejado caer los calzoncillos hasta los tobillos y se había masturbado, mirando a través de la ventana. El hermano pequeño de Cameron Collins también estaba en el jardín, jugando con su perro, pero Neil no tenía ojos para él.

Le pasa el porro a Rick, que le da una calada mientras gira el volante a la izquierda para dirigirse a la casa de Shane. Neil ve las luces de dos coches cerca junto a la entrada, pero desde donde están no alcanza a ver a los muertos amontonándose frente a la verja.

—Un día tenéis que pasaros por casa, por la tarde. Os tengo que enseñar a la vecina. Está buena.

—¿No es una cría? —pregunta Rick.

—Debe tener quince o dieciséis.

—Si al sentarse le llegan las piernas al suelo, ya es campo reglamentario —comenta Peter, y los tres ríen a carcajadas. Sigue riéndose cuando Rick aparca el coche de cualquier manera delante de la casa de los Walters.

Rick apaga el porro con cuidado de no estropearlo antes de salir del coche. Neil abre la puerta exterior de la finca y camina hacia la puerta principal. A través de la ventana puede ver que la mesa está puesta para la cena, y los platos servidos, pero no hay nadie sentado a la mesa. Cuando alcanza la puerta, ve a Shane de pie delante del televisor. Sus padres están a su lado. Emma tiene la cabeza hundida en el pecho de su marido, como si estuviera llorando.

Neil frunce el ceño, extrañado. Levanta la mano y da dos suaves golpes en la madera. Rodger y Shane se giran y le miran. Emma también, y Neil comprueba que

tiene lágrimas cayéndole por las mejillas.

Peter y Rick le alcanzan. Ambos saludan con la mano a la familia Walters.

Shane se acerca y abre la puerta. Tiene la expresión de quien ha visto un fantasma.

—¡Shane, tronco! —saluda Peter, dándole un golpe amistoso en el hombro.

—¡Buenas noches! —exclama Rick, sonriendo a los padres de Shane.

Observa la cara de Neil. No hace falta ser un lince para darse cuenta de que es el más espabilado de sus amigos y que a veces le exaspera lo estúpidos que pueden llegar a ser, porque, como ves, a Neil le chirría la situación y sabe que algo ocurre. Para empezar, se ha dado cuenta de las lágrimas que tiene Emma Walters en la cara, pero también de la expresión de los rostros de Shane y Rodger.

—¿Pasa algo, Shane?

El chico no responde, pero levanta la mano y señala hacia el televisor. Como confirmando que se trata de algo atroz, Emma suelta un gemido. Y Neil se acerca a ellos para mirar hacia la tele, pensando que no puede ser peor que el once de septiembre.

Desgraciadamente, lo es.

El tío de Neil también ha visto las noticias, sentado en el despacho que tiene en la segunda planta de su casa. Obviamente le ha impresionado, como a cualquiera, y se ha levantado para caminar por el despacho porque andar le ayuda a pensar con claridad. Se ha quedado quieto al mirar por la ventana y ver dos coches en la entrada. La garita del guardia le impide ver la verja y los zombies, pero Tom reconoce el Land Rover y se extraña.

Se ha cambiado de camisa, como puedes comprobar por el hecho de que ya no tiene las axilas empapadas. Baja las escaleras preguntándose qué está haciendo esa pareja de nuevo en la urbanización. Cruza el salón como un rinoceronte que ha visualizado una presa, y sale al jardín. Lo atraviesa en unos segundos, abre la puerta de la casa y sale a la acera.

Desde allí, ya alcanza a ver la puerta, y la impresión por lo que ve le hace llevarse la mano derecha al pecho, al corazón. Tarda un momento en sobreponerse y poder caminar de nuevo.

Ve a Tyrone, a Rachel Morris acunando a su hijo y a un montón de extraños. Entre ellos, el matrimonio al que ha enseñado la finca Hollister.

—¡Tom! —exclama Tyrone al verle.

Eso atrae la atención del resto sobre él, y Tom mueve la cabeza, incómodo, pero se acerca a ellos. Cuanto más cerca está de la verja de entrada, más parecen envolverle los gemidos y aullidos provenientes de los muertos que se agolpan allí.

—¿Estás viendo? —Tyrone parece un niño nervioso buscando aprobación de su padre—. No dejan de llegar. Cada vez son más.

Tom asiente asombrado al ver que uno de los seres que se agolpan en la verja extiende hacia él un muñón del que aún cuelgan pedazos de músculo y piel y del que sigue manando sangre. Siente que se le revuelve el estómago.

—Es el administrador —le dice Mark a Patrick.

Este se acerca a Tom y le ofrece la mano. Tom se la estrecha.

—Patrick Flanagan —se presenta—. Soy agente de policía en Castle Hill. Hemos llegado hasta aquí huyendo de esas cosas.

—Tom, tengo que ir a buscar a Bruce —le interrumpe Rachel, acercándose, llorando y apretando a Axel contra su pecho—. ¡Está encerrado en su despacho y dice que hay muchos... muchos... como ellos! —señala hacia la puerta.

Tom recula abrumado. Por detrás de él se acerca hacia ellos Pablo Collantes, al que recordarás por ser el jardinero de San Mateo. Para entonces ya se ha dado cuenta de lo que ocurre junto a la verja y los últimos pasos que da antes de detenerse son lentos. Tiene la boca abierta por la impresión.

—¿Qué mierda es eso?

Tom le mira, y le extraña ver al jardinero allí a esas horas.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

Pablo no puede contestar porque tiene la boca abierta. Si le respondiera, diría que los Finney le habían invitado a cenar, y Abigail Finney le había tentado con una buena jarra de limonada casera, y Pablo Collantes nunca declinaba un ofrecimiento que llevara consigo limonada casera de Abigail Finney, así que había aceptado y había disfrutado de un excelente pavo al horno y de hasta cuatro vasos de limonada.

Albert Finney incluso había bromeado al respecto.

—Tyrone, ¿verdad? —pregunta Patrick, mirando al guardia de seguridad. Cuando este asiente, Patrick señala hacia la verja—. Ese portón parece resistente, pero creo que deberíamos bloquear la puerta aún más. Había pensado que colocáramos el Land Rover cruzado delante de la puerta.

Tyrone se encoge de hombros sin saber muy bien qué decir. Patrick toma el gesto como una respuesta afirmativa, y Verónica se gira para echar a andar hacia el vehículo.

Tom sacude la cabeza, tratando de aclararse, y claramente ofendido por el rol de líder que está adoptando ese extraño.

—Un momento... —dice.

Pero no continúa hablando, porque aunque le fastidie no haber sido él quien da la orden, en realidad piensa que Patrick no está equivocado. Y entonces Tom ve algo que le hace sentir el equivalente a un chasquido de dedos en el cerebro, pero que sin embargo no racionaliza en ese mismo momento. Dentro de unas horas, Tom Ridgewick pensará en este momento de nuevo, y entonces, el chasquido se materializará en un pensamiento, en una imagen, y sabrá qué es lo que le ha extrañado tanto.

Y supondrá una revelación.

Pero en este momento, Tom no se da cuenta.

—¿Pero y qué va a pasar con Bruce? —pregunta Rachel, casi gritando con una voz tan aguda que Tom teme que los cristales estallen en pedazos.

Verónica arranca el Land Rover, maniobra y sigue las indicaciones que le da Stan Marshall. El chirrido de la carrocería al rozar contra la valla es escalofriante. El brazo de uno de los zombies queda encajonado entre la verja y el vehículo y Tom lo ve romperse primero y ser arrancado de cuajo después. Un momento después, el Land Rover está taponando la entrada, y es algo bueno porque impide que vean a la mayoría de los muertos que les observan desde fuera, ansiosos.

Patrick se siente cómodo en el papel de líder. Y Tyrone va detrás de él.

—¿Cómo se llama? —le pregunta en voz baja al guardia.

—Rachel Morris.

Patrick se acerca a Rachel y le toca con suavidad el antebrazo.

—Rachel, salir ahí fuera ahora mismo es una locura, un suicidio. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con tu marido?

—Hace... no sé, hace diez minutos.

—Y te dijo que estaba encerrado en un despacho, ¿verdad?

Ella mueve la cabeza arriba y abajo.

—¿Crees que podrías volver a hablar con él? Tienes que explicarle cuál es la situación aquí. Dile que espere a que se dispersen y cuando lo haga, intente venir hacia aquí. Podremos meterle en la urbanización.

Patrick se gira hacia Tom. Tyrone camina detrás del agente de policía, completamente atento a sus palabras.

—Tengo entendido que esta es la única entrada y que el perímetro de la urbanización está rodeado por un muro de dos metros y medio, ¿verdad?

Tom empieza a sentir que le duele la cabeza y todo le da vueltas. Es una sensación de pérdida de contacto con la realidad que le resulta completamente ajena, a él, que está acostumbrado a tener la batuta de mando en la mano.

—Sí.

—Sí —repite Tyrone—, San Mateo es impenetrable.

—Siempre que esta puerta resista —señala Patrick. Y después hace un gesto con la cabeza—. Viene otro coche.

Y viene rápido. Da un frenazo cuando se encuentra a unos cincuenta metros. Tyrone resopla con resignación al darse cuenta que se trata del destartado coche de los amigos de Neil Ridgewick. Después de mirar la televisión durante unos minutos, y las imágenes del caos en el que parece estar sumida la ciudad de San Francisco, los tres chicos han dejado a los Walters en casa. Neil les ha pedido que le acerquen a casa, pero después, al ver de nuevo las luces junto a la entrada, le ha dicho a Rick que se acerque.

Patrick les observa bajar con curiosidad. Los tres adolescentes llevan los pantalones bajos, dejando a la vista parte de los calzoncillos. Peter lleva sudadera, con la capucha puesta por encima de una gorra negra. Rick va en camiseta de manga corta, negra por supuesto, y por las mangas asoman dos tatuajes con dibujos tribales. Neil lleva vaqueros rotos y camiseta negra ancha. A Patrick le parecen la estampa típica de la delincuencia juvenil.

Le hacen pensar en Jason Fletcher.

—¿Qué coño está pasando, tío? —pregunta, acercándose a Tom.

Tom se apoya en el hombro de su sobrino y respira hondo, como si le faltara el aire. Neil gira la cabeza y observa a los extraños, a Tyrone, a Rachel y su hijo y al jardinero, Pablo. Después, observa el Land Rover que impide el paso y los brazos y caras que se amontonan contra la verja.

—Joder, tronco —murmura Rick.

Patrick se desentiende de los recién llegados y mira hacia Tyrone.

—Voy a exponerte mi idea, Tyrone —le dice—. Y cualquier cosa que creas que no debe ser así, dímelo. Habrá que establecer turnos de guardia, para que a nadie se le ocurra acercarse a esas cosas. Hemos visto cómo actúan y un arañazo o mordedura implica la muerte... y un serio peligro para todos los demás. Los que no tengan guardia, nos iremos a dormir. Mañana por la mañana habrá que reunir a toda la gente



que viva en esta urbanización, y podremos hacer... no sé, una asamblea o algo así.

—Me parece bien —responde el guardia, colocando los puños en la cintura.

—Verónica y Mark han estado viendo una casa en venta hoy. Podemos usar esa para dormir.

—¿Qué? —Tom se acerca en dos zancadas.

—Me refiero a nosotros, los que no vivimos aquí.

—No podemos hacer eso —asegura Tom—. Los Hollister no lo verían bien, como comprenderás, y aunque no estén presentes, la casa sigue siendo suya.

—Los Hollister entenderán que se trata de una situación especial —asegura Patrick—. No sabemos cuánto va a durar esto y creo que no tendríamos que dormir al aire libre...

—¿Cuánto va a durar esto? —Tom mira a Patrick como si estuviera loco, y se ríe, desestimando el comentario de Patrick—. ¿Cómo que cuánto va a durar? La policía y el ejército se encargarán de matar a esas cosas en cuanto solucionen lo de San Francisco.

—Bueno, puede que sí, pero no sabemos cuánto tardarán en hacerlo.

—¿San Francisco también? —pregunta Ozzy con un hilo de voz.

—Como administrador de San Mateo, los Hollister depositaron su confianza en mí, y no voy a traicionarla dejando que unos desconocidos duerman en su casa. No creo que resulte tan difícil de entender.

Patrick no responde, sobre todo porque ha entendido el tono de amenaza implícito en la frase. Es posible que nadie más se haya dado cuenta, pero Patrick sí lo ha hecho, y ha decidido que tendrá que domar a ese hombre con cuidado. Asiente cediendo, y se encoge de hombros.

—Sólo era una sugerencia —dice.

Y casi le parece ver a Tom Ridgewick extendiendo su plumaje de pavo real, hinchando el pecho orgulloso por su triunfo moral.

—Podéis dormir en la garita de seguridad. Estaréis apretados, pero siempre será mejor que al aire libre —asegura Tom.

—Se pueden quedar conmigo, Tom. Tengo sitio de sobra.

La atención de todos los presentes se centra en el hombre que acaba de llegar. Viste unos pantalones a cuadros, muy del estilo inglés, y un polo blanco de manga corta, a pesar de que ya está refrescando. Y mira, un poco separados del resto del grupo se encuentran Stan Marshall y Ozzy, y este último abre la boca con asombro y le da un codazo a Stan en las costillas.

—¡Mira! ¡Es Ace Hall!

Stan gruñe y se lleva una mano a las costillas. Después mira al tipo que va vestido como uno de esos ingleses estirados que a veces muestran por la tele jugando a ese juego parecido al golf pero más estúpido.

—¿Se supone que debería conocerle?

Ozzy le mira sorprendido.

—¿No ves Survivor o qué?

Stan gruñe negativamente.

—No me gustan esos programas... reality.

—No me jodas, Survivor es el mejor programa de la televisión, Stan. No es un reality, es un juego de estrategia y fuerza mental y ese tío de ahí es el cabrón más listo de las últimas temporadas, el villano más importante desde Russell Hantz.

—¿Quién?

—Russell... olvídale. Tío, ese hombre es un genio, te lo digo yo.

Stan vuelve a mirar al hombre que se ha ofrecido a darles cobijo, y a él no le parece ningún genio, pero no será él quien lo discuta. Se limita a gruñir de nuevo. Es su forma de decir que no tiene nada más que decir.

Mientras Ozzy y Stan tienen esa conversación, Ace se acerca a Tom, Patrick y Tyrone y estrecha la mano de Patrick.

—Ace Hall.

—Patrick Flanagan. Muchas gracias por el ofrecimiento.

—No se preocupe. No tengo camas para todos, pero puedo dejarles también mantas y un par de sacos de dormir. Nos arreglaremos.

—Perfecto. Entonces, si les parece, sólo nos queda hacer turnos de guardia y fijar una hora y un lugar para hacer la reunión de mañana.

—Yo puedo hacer el primer turno —dice Tyrone—. En realidad, estaba a punto de irme ya a casa, se supone que Clay tendría que venir ahora, pero ya no creo que lo haga.

—Yo puedo hacer el segundo —dice Patrick.

Tom aprieta los dientes. Nadie se da cuenta, pero nosotros sí, podemos verle apretar la mandíbula con rabia y después relajarla de nuevo, tan rápido que pareciera que no lo ha hecho.

—Yo haré el segundo mejor. Y mañana, a las nueve, haremos la reunión en mi jardín. ¿Todo el mundo de acuerdo?

Patrick observa a Tom con el ceño fruncido, pero no dice nada.

Poco a poco empiezan a dispersarse. Ace Hall echa a andar seguido de Patrick y el resto de supervivientes de Castle Hill. Neil Ridgewick y sus dos colegas montan de nuevo en el coche de Rick y van hacia la casa de Neil. Rachel vuelve a colocar a su hijo en la sillita, y esta vez no tarda cinco minutos, y regresa a su casa, desde donde llamará a su marido para decirle que no va a poder ir a buscarle y que tendrá que ser él quien venga hasta San Mateo. Bruce no se tomará esta noticia nada bien, se enfadará llevado por los nervios probablemente, por el miedo, y Rachel le pedirá perdón una y otra vez, entre lágrimas. Llorará durante varias horas antes de lograr conciliar el sueño.

—¿Y yo dónde me quedo? —pregunta Pablo.

Tom le mira, con el desprecio dibujado en la cara.

—Supongo que los Finney te acogerán.

—Pero es tarde ya para llamar a la puerta.

—Me importa una mierda lo tarde que sea. Largo.

Pablo acusa el tono dando un paso hacia atrás, frunciendo el ceño y dándose la vuelta para caminar hacia la casa del matrimonio Finney, esperando encontrarles allí, aún despiertos.

Tom se coloca junto a Tyrone, que ha vuelto a adoptar su postura de Peter Pan. Ambos miran hacia la puerta, estupefactos aún ante la imagen de lo que es una realidad que ya no pueden negar. Los zombies gruñen y estiran sus brazos tratando de agarrarles a pesar de la distancia. Los que se encuentran pegados a la verja están aplastados contra ella por los que están detrás. La mayoría tiene heridas visibles que alarmarían a cualquiera con fobia a la sangre. Y junto a la rueda del Land Rover hay un brazo, cercenado de cuajo a la altura del hombro. Tom puede ver que ese brazo aún lleva una pulsera en la muñeca. Y un anillo de compromiso.

Aparta la vista.

—Váyase a dormir, señor Ridgewick. Yo hago el primer turno.

Tom asiente, y le da una palmadita amistosa a Tyrone en la espalda.

—Eres un buen tipo, Tyrone.

—Gracias, señor Ridgewick.

Tom asiente. Después se da la vuelta y regresa a su casa, preguntándose si será capaz de dormir algo, apenas un par de horas antes de levantarse para relevar a Tyrone ya sería suficiente para él. Sin embargo, el corazón le late demasiado rápido y la cabeza le bulle por la cantidad de información y pensamientos. No cree que vaya a poder dormir.

## 12

Sandra Ridgewick está sentada en el salón a oscuras, con un vaso de *whisky* en la mano. Al oír voces en el jardín delantero da un trago y deja el vaso en la mesa. Después se coloca bien la bata que lleva puesta. No importa demasiado lo que haga, porque Neil no le dirige más que una mirada despectiva cuando entra en casa seguido de dos de sus desagradables amigos. Uno de ellos, el que siempre lleva capucha y gorra, Peter, se pasa la lengua por los labios mientras la desnuda con mirada lasciva. Los tres desaparecen escaleras arriba sin decir nada.

Sandra cierra los ojos, triste y con ganas de llorar. Lleva tanto tiempo buscando la aprobación de su hijo que ya no se da cuenta de que nunca llegará. Les oye hablar y reírse en el piso de arriba. Estira el brazo, coge el vaso y lo inclina hasta terminarse el *whisky*.

Tyrone se acerca al Land Rover despacio. A medida que reduce la distancia a la verja, los zombies al otro lado parecen ponerse más nerviosos y excitados. Observa con expresión atónita los brazos ensangrentados, las heridas en la carne, las mutilaciones que se estiran hacia él, tratando de agarrarle por entre los huecos que dejan los barrotes de la verja. Observa las caras, los ojos inyectados en sangre, las bocas abiertas y babeantes.

Se estremece. Está a unos dos metros y se niega a acercarse más. Pero les observa con la expresión morbosa de quien se para junto a un accidente de carretera aun sabiendo que lo que verá puede no gustarle.

Entonces lo ve. Arañando la verja y mirándole con un único ojo enloquecido, pues el otro ha desaparecido y en su lugar sólo hay una cuenca vacía y ensangrentada, se encuentra Clay Teller. Incluso lleva puesto el uniforme de guardia de seguridad. Clay tendría que haberle relevado a las doce de la noche. Seguramente estaba de camino y le atraparon. A Tyrone se le revuelve el estómago y se aparta, girándose para no seguir viendo esas caras. Retrocede hacia la caseta, pero antes de alcanzar la puerta se inclina y vomita, salpicándose los pies al hacerlo.

—Mierda —dice al terminar.

Como queriendo resaltar su comentario, a lo lejos se escuchan dos disparos. Tyrone se tapa los oídos con las manos. No porque los disparos le hayan dado miedo, no, sino porque no quiere seguir oyendo esos lamentos guturales mezclados con gruñidos y el ruido y los golpes que provienen de la verja.

Como suponía, Tom Ridgewick no ha sido capaz de conciliar el sueño. Al principio se ha tumbado en la cama, apagado las luces y cerrado los ojos, pero era imposible. Después de un rato, exasperado, se ha levantado y ha entrado en el despacho.

Enciende la televisión, conecta la CNN y se sienta en su cómodo sillón. El presentador de las noticias parece exhausto pero intenta mantener la compostura. A su lado, sobreimpresas, aparecen imágenes de ataques de zombies, imágenes aéreas de San Francisco, mientras anuncia que las cosas parecen haberse salido de control en la ciudad californiana.

—Conectamos con la Casa Blanca —anuncia.

A continuación, aparece en pantalla la sala de prensa de la Casa Blanca. El vicepresidente Ellis se acerca al atril y se coloca delante de los micrófonos. Tiene ojeras y también parece cansado. Tom sonríe con desprecio. Para él, Ellis y el presidente Norton son dos maricas a los que nunca deberían haber dejado subir al poder.

—Gente como esa destruirá este país —aseguraba una y otra vez a sus amigos durante la campaña electoral—. Ese tío, Norton, es una nenaza. Hace falta alguien dispuesto a usar la mano dura, sobre todo con temas como la inmigración. California parece un puto anexo de México, joder. A ese tío se le van a subir a la chepa. Te lo digo yo.

Alguna persona que no le tuviera miedo podría haberle respondido que la inmigración no le parecía tan mal a la hora de contratar trabajadores por un sueldo miserable, pero claro, Tom Ridgewick no se relacionaba con el tipo de gente que podría haberle contestado eso. Porque Tom es un líder, y los líderes se rodean de gente que besa el suelo por donde pasan.

El vicepresidente Ellis carraspea mientras coloca sus papeles en el atril. Después, levanta la mirada.

—Señoras y señores, quiero informarles de que la ciudad de San Francisco se encuentra ahora mismo en una situación de total alarma. El ejército y la policía están intentando recuperar el control, y queremos hacer un llamamiento a toda la gente que nos está viendo en San Francisco... —hace una pausa, mirando directamente hacia la cámara, y coge aire—. No salgan de sus casas. Repito, no salgan de sus casas. Ahora mismo, la mayor parte de la ciudad es un caos y el ejército está abriendo fuego contra los infectados. Si abandonan sus hogares correrían el riesgo de recibir un disparo. La mejor opción, para garantizar su supervivencia, es que permanezcan en sus casas y dejen que el ejército y la policía se ocupen de todo. Podemos asegurarles que la situación de Los Ángeles no se repetirá. No bombardearemos San Francisco.

El vicepresidente baja la vista hacia los papeles. A Tom le da la impresión de que está al borde del llanto y se regocija en eso.

—A continuación, me gustaría dar una lista de lugares donde tenemos confirmación de brotes infecciosos y violencia provocada por los... infectados.

—Hijo de puta —murmura Tom, mirando hacia la pantalla con asco—. Al menos ten el valor de llamar a las cosas por su nombre.

Evidentemente, Ellis no le oye y prosigue nombrando lugares donde al parecer el Cuarto Jinete ha dado señales de vida. O de no-vida. Prácticamente toda California, desde la frontera con México hasta San Francisco, está bajo el ataque del virus. Al parecer, el ejército ha logrado impedir que entre en Phoenix, pero toda el área circundante está bajo el asedio de los muertos. En Las Vegas se han dado algunos casos aislados (para entonces, el vicepresidente Ellis no tiene la menor idea de lo rápido que se deteriorará la situación en la ciudad del juego). También han aparecido infectados en Orlando, Florida. Al decir esto último, el vicepresidente parece completamente abatido. No da explicaciones sobre cómo ha llegado el virus hasta Florida, y Tom supone que no tiene ni idea.

—El único punto débil de los infectados parece ser el cerebro. Cualquier herida en otra parte del cuerpo les ralentizará pero no les detendrá. Hay que destrozarse el cerebro para acabar con ellos... —está claro que al vicepresidente le está costando decir todo eso, que se siente mal por sólo pensar en ello. Parece un hombre enfermo a punto de echar hasta la primera papilla—. Sin embargo, si usted se encuentra en un área infectada, nuestra recomendación es que cierre la puerta con llave y tapie las ventanas si está en un piso bajo. Evite que puedan entrar a su vivienda, pero no salga usted. Cualquier mordedura o herida producida por uno de los infectados resulta mortal en cualquier caso. Cualquier tipo de contacto puede poner en riesgo su vida, así que evite el trato con los infectados siempre que le sea posible. Estamos haciendo todo lo posible para acabar con esta situación.

No hay turno de preguntas. Tras terminar de hablar, el vicepresidente se gira y abandona la sala de prensa. La imagen regresa al estudio principal, al presentador de aspecto cansado. Tom menea la cabeza.

—A mí me parece que se os está yendo de las manos, cabrones.

—... a nuestro reportero, Todd Callum, que se encuentra a bordo de uno de nuestros helicópteros. Todd, ¿dónde te encuentras exactamente?

En la pantalla, una imagen temblequeante de un joven rubio de aspecto aniñado que agarra el micrófono con una mano y el respaldo del asiento del helicóptero con la otra y expresión de desear estar en cualquier otro lugar.

—Ahora mismo estamos sobrevolando la zona de Foster City en la ciudad de San Francisco y, no sé si lograréis apreciarlo, pero la gente está corriendo en todas direcciones —la imagen gira para mostrar la ciudad desde el aire, pero la cámara se mueve tanto que resulta casi imposible discernir nada—. Esta misma situación se está produciendo en distintos puntos de la ciudad y la verdad es que la imagen recuerda demasiado a una ciudad en guerra, una batalla campal. Además, en otros puntos de la ciudad comienzan a darse casos de saqueos, vandalismo y robo. El ejército intenta

controlar la situación y ahora vamos a sobrevolar uno de los controles que han establecido. Se habla de un número de bajas en torno a...

Tom aprieta el botón que silencia el aparato. Algo ha hecho clic en su mente. Te dije que ocurriría y este es el momento, porque antes, cuando Verónica entró en el Land Rover para aparcarlo junto a la verja, el cerebro de Tom registró algo que no cobró importancia hasta este momento.

Se levanta empujando la silla hacia atrás. Tom Ridgewick no es una persona atlética, pero en este momento baja la escalera saltando los escalones de tres en tres, cruza el jardín en unos segundos y avanza hacia la caseta de seguridad a pasos agigantados. No ve a Tyrone por ninguna parte, y la situación en la verja sigue igual que antes. La única diferencia es que parece haber ya una pequeña muchedumbre al otro lado.

Se detiene en la puerta de la garita.

—¿Tyrone?

—¡Sí! Estoy aquí.

Tom entra a la sala de control y se queda helado al ver la pantalla que está mirando Tyrone. El guardia de seguridad se está mordiendo las uñas de la mano derecha de forma compulsiva, sin despegar la vista de la pantalla. La imagen es una de las cámaras de seguridad de la verja. Aplastándose unos a otros contra ella, tendiendo sus manos hacia el interior, abriendo y cerrando las bocas y seguramente gruñéndole a la luna, Tom puede ver que hay más de cien personas ahí fuera.

Por un momento, tan pequeño que si pestañeas te lo pierdes, Tom flaquea.

—Clay está ahí fuera —murmura Tyrone, sin sacar su dedo índice de la boca y señalando con la otra mano un punto en la pantalla.

—Ty, ¿estás bien?

El guardia mira a Tom y asiente con la cabeza. Aunque es evidente que no está bien, pero Tom no tiene tiempo de lidiar con eso. Agarra al guardia del brazo y le obliga a levantarse.

—Necesito que te centres, Tyrone.

—Sí, sí, sí. Estoy aquí. Sólo es que... no sé. Ver a Clay ha sido...

—Perturbador —termina la frase Tom, y Tyrone asiente—. Ya lo sé, pero necesitamos ser fuertes. Lo entiendes, ¿verdad?

—Cla... claro.

—Sígueme, Ty.

Tom sale de la garita. Tyrone le sigue, pero cuando ve a Tom dirigirse hacia la verja, se detiene, incapaz de seguir andando. Tom se gira y le mira.

—No puedo —murmura el guardia, bajando la vista.

Tom se acerca a él y le pone la mano en el hombro, tranquilizador.

—No pueden hacernos nada, Tyrone.

—Se emocionan cuando nos acercamos, Tom.

Tom asiente, aunque en realidad no sabe a lo que se refiere Tyrone. Con suavidad,



pero con firmeza, empuja a Tyrone para que le acompañe y finalmente el guardia empieza a mover las piernas. Caminan hasta la puerta del conductor del Land Rover, y Tom entiende lo que quiso decir Tyrone. Los zombies se excitan cuando ellos se acercan, empujan con más rabia, gruñen más alto, incluso abren y cierran la boca con más fuerza, y Tom puede oír sus dientes chocando entre sí. A su lado, Tyrone está temblando, pero la mano de Tom es firme y le impide darse la vuelta.

Abre la puerta del Land Rover y observa lo mismo que viera antes: la maraña de cables que asoma por debajo del volante.

—¿Ves esto, Ty?

El guardia mueve la cabeza afirmativamente.

—Me parece que nuestros nuevos amiguitos no son quienes dicen ser, ¿no crees? Y me parece que la familia que visitó la finca Hollister no existe. Nos han tomado el pelo, Tyrone.

El guardia abre la boca para hablar, pero se da cuenta de que no sabe qué decir, así que vuelve a cerrarla.

—Tenemos unos saqueadores, mentirosos y vete a saber qué más viviendo con nosotros, Tyrone. Sabe Dios en qué más estarán mintiendo. Seguramente ese niño tampoco sea policía. A mí me parece que estaban huyendo, y no precisamente durante quince minutos. Ya estaban huyendo cuando visitaron la finca, y se conocen entre ellos, así que... ¿Quiénes son?

Tyrone se encoge de hombros. En lo único en lo que puede pensar con cierta coherencia es en alejarse de la verja. No le gusta estar tan cerca.

—Te diré quiénes son, Ty. Son gente de la que nos tenemos que cuidar. Si les permitimos hacerse con el control, no sabemos lo que podrían hacer. Son extraños, Ty. Y no voy a dejar que un extraño me controle.

Tom cierra la puerta del coche y camina de regreso hacia la garita. Tyrone no alcanza a ver la expresión de su cara, pero nosotros sí, y supongo que estarás conmigo en que se trata de la expresión de un hombre satisfecho de sí mismo.

Un hombre con un plan.

# VI

## La asamblea

# 1

El estudio de la letra se llama grafología. Si conociéramos a algún experto en esa ciencia, podríamos acercarnos a Tom Ridgewick, que a falta de media hora para las nueve está sentado en la sala de control, dentro de la garita del guardia, con una libreta delante y un bolígrafo en la mano derecha, y nos hablaría sobre la personalidad del administrador de San Mateo basándose tan sólo en su escritura.

Nos diría, por ejemplo, que la tensión de su escritura equivale a una persona de carácter, tanto en opiniones como en deseos. Nos diría, mirando las letras «T», que la barra muy alta equivale a personas autoritarias y con gusto por el mando, y que al ser la barra muy larga, indica también audacia, impaciencia y rapidez de acción. Nos diría, también, que el pequeño ángulo en la parte baja de las aes suele significar resentimiento y testarudez. Mirando las letras «G» nos diría que las personas que dibujan el bucle con forma de ocho, como Tom, suelen tener deseos insatisfechos y ser personas retraídas sexualmente.

Habría hecho un pleno absoluto.

Miremos la libreta. Tom está escribiendo una lista. Con el número 1, Tom Ridgewick. El 2 y el 3 son para Sandra Ridgewick y Neil Ridgewick.

Los tres siguientes son la familia Walters. Rodger, Emma y Shane.

7 y 8, Albert y Abigail Finney.

9 y 10, Rachel y Axel Morris.

Eso es lo que tiene escrito de momento. Y está pensando que es una pena, porque Bruce Morris le cae bien. Anota mentalmente que debe recordar preguntarle a Rachel si sabe algo más de su marido. Y si observas esa sonrisa que asoma a la comisura de los labios de Tom Ridgewick, seguramente te preguntes a qué viene. Se está preguntando si será capaz de hablar con Rachel Morris sin mirarle a las tetas. Por lo general nunca lo consigue.

Escribe el número 11 y escribe detrás Marsha Collins. En el 12 y 13 van los hijos: Cameron y Junior Collins.

14, Ace Hall.

Ni siquiera se da cuenta de que su expresión se transforma al escribir ese nombre, dejando claro su desprecio por ese hombre. Le hierva la sangre al recordar la forma en la que apareció la noche pasada, ofreciendo su casa a los recién llegados.

15, Tyrone. Por un momento mantiene la punta del bolígrafo apoyada en la libreta, pero termina por separarla. No está seguro del apellido de Tyrone.

16, Pablo Collantes. El jardinero.

17 y 18, los dos amigos de Neil, Peter y Rick.

Satisfecho, mira la lista y después el reloj. Se guarda la libreta en el bolsillo del pantalón y abandona la garita en dirección a su propia casa. En su rostro se dibuja una enorme sonrisa, similar a la del gato de Alicia en el país de las maravillas. Media luna de pura satisfacción.

## 2

Neil masca chicle, apoyado en una pared. Rick y Peter están hablando con Shane. Los tres tienen aspecto de haber dormido poco y mal. Neil, sin embargo, se siente fenomenal. Su tío Tom les ha pedido que saquen sillas del trastero y las coloquen en el jardín, y han obedecido con desgana. No habrá sitio para todo el mundo.

Cosa que a Neil le importa un pimiento.

Los Walters ya están allí. También Tyrone. Y Rachel Morris acaba de llegar, empujando el carrito donde el pequeño Axel Morris intenta permanecer despierto a pesar de que le pesan los párpados. La señora Morris tiene los ojos hinchados y Neil supone que ha estado llorando gran parte de la noche. Normalmente le parece una mujer atractiva, madura pero atractiva, pero hoy no es el caso. Tom sale de la casa con un gran termo de café en la mano, que deja en una mesita en la que ya ha puesto una torre de vasos de plástico.

Su tío, el anfitrión, moviéndose como pez en el agua que ahora se acerca a él.

—¿Y tu madre?

—No creo que venga.

—Todos tenemos que estar aquí, Neil. ¿No puedes ir a buscarla?

—Está enferma.

—¿Qué le pasa?

—Resaca.

Neil pronuncia la última palabra con evidente desprecio que al parecer Tom no capta. Menea la cabeza y se encoge de hombros restándole importancia, y se gira hacia Rachel Morris esbozando una sonrisa tímida y, Neil podría jurarlo, lanzando una mirada rápida a sus pechos.

—Rachel, querida, ¿has podido hablar con Bruce?

Rachel tiene los ojos hinchados por haber estado llorando.

—Hace un rato. Sigue encerrado en el despacho. Dice que hay demasiado movimiento fuera. He intentado hablar con la policía, quería saber si podían ir a ayudarlo... Nadie me ha contestado, Tom.

La mujer parece a punto de ponerse a llorar de nuevo, y Tom le pone una mano cariñosa en el hombro.

—No te preocupes, Rachel. Bruce es un hombre inteligente. Estará bien.

Ella asiente. No tanto porque lo crea sino porque quiere creerlo. Después, Tom se agacha y pellizca a Axel en el moflete, con dulzura.

—Está precioso —asegura—. Y tiene tus ojos, definitivamente. Será un Don Juan cuando crezca.

Rachel sonrío. Es una mueca triste, pero al menos parece apartarle de la mente la situación de su marido por un momento. Neil escucha toda la conversación apoyado en la pared, mascando chicle y con los brazos cruzados sobre el pecho. Está realmente fascinado por el despliegue de falsedad e hipocresía de su tío. Tom

Ridgewick odia a los niños pequeños. Está seguro de eso porque le ha oído referirse a varios como «infierno de crío», «máquina de mierdas» o «Por qué coño no saldrán teniendo ya dieciocho años y nos ahorran a todos el suplicio».

Está llegando más gente. Pablo, el jardinero, que aún viste con su mono verde, está abriendo la puerta para que pasen Albert y Abigail Finney. Detrás de ellos está Ace Hall. Le siguen todos los nuevos. Al verles, Tom levanta la cabeza y esboza una vez más su sonrisa de tiburón.

—Id pasando. No hay sillas para todos, lo siento —dice, saludando con la cabeza a los Finney.

El grupo se acerca a la zona donde están las sillas. Una de ellas ya ha sido ocupada por Rachel. Tom les observa detenidamente y se acerca a Paula.

—Buenos días, preciosa —la saluda, metiendo la mano en el bolsillo—. Mira lo que tengo para ti.

Al sacar la mano y extenderla, con la palma abierta hacia arriba, deja a la vista un caramelo. Paula lo mira como si le hubiera enseñado una mierda de perro, y se agarra a la pierna de Mark. Prácticamente se oculta detrás de él.

—Paula, dale las gracias a Tom.

—No me gustan los caramelos —responde ella.

Mark mira a Tom avergonzado, pero este le quita importancia a lo ocurrido con un gesto y una carcajada. Vuelve a guardarse el caramelo en el bolsillo. Y Mark no lo percibe, tal vez Patrick lo hubiera hecho de no haber estado charlando con Ace y Rachel, pero nosotros sí podemos darnos cuenta. El pequeño desprecio de Paula por el caramelo le ha sentado mal a Tom Ridgewick.

—Niños —murmura, aún sonriente—. ¡No pasa nada, que todos los males sean estos! —su boca habla, pero por dentro hierve la sangre—. Oye... ¿Mark, verdad?

—Sí.

—Mira, Mark —Tom saca la libreta del bolsillo y se la enseña—, estoy haciendo un censo, anotando los nombres de la gente que estamos en estos momentos en San Mateo, ya sabes, por establecer un control mínimo.

—Me parece buena idea.

—Me faltan vuestros nombres, claro —se excusa el hombre, sacando el bolígrafo también y escribiendo el número 19 y el nombre de Mark—. ¿Mark qué más?

—Gondry.

—Gon... dry. Ok. Con i griega, ¿verdad?

Mark asiente. Tom escribe el número 20, seguido de Paula.

—¿Cómo se llama el policía?

—Patrick.

21, Patrick.

—¿Y ellos dos?

—Stan Marshall y Ozzy.

Tom levanta una ceja.

—¿Ozzy?

—Creo que es Oscar —responde Mark, sonriendo—. Pero no apostaría por ello.

—Ozzy entonces —Tom lanza una risotada.

22 y 23, Stan Marshall y Ozzy.

—Y por último, pero no menos importante, Verónica...

Tom termina la frase en el aire, de forma completamente deliberada. Y Mark muerde el anzuelo.

—Buscemi —añade.

Tom levanta la vista, con la ceja otra vez levantada y la sonrisa aún dibujada en la cara, aparentemente inocente. De nuevo, alguien con la experiencia policial de Patrick tal vez habría visto detrás de la máscara, y no le habría gustado lo que viera.

—¿Es su apellido de soltera?

La expresión de desconcierto de Mark es orgásmica para Tom, pero su expresión se mantiene inamovible, sin reflejar absolutamente nada más que esa sonrisa amistosa. Mark parpadea, sonrío nervioso, y acaba asintiendo.

—Sí, sí. Nunca hemos querido usar sólo un apellido. Es como perder las raíces.

—Por supuesto —asegura Tom—. Pero ya sabes la manía que han tenido los hombres durante toda la historia de la humanidad de anular a las mujeres.

—Claro.

—En fin. Muchas gracias, Mark.

Tom se da la vuelta mientras escribe «24, Verónica Buscemi» en la libreta. La sonrisa desaparece de inmediato de su boca cuando deja de estar a la vista de Mark.

Acerquémonos de nuevo a Neil Ridgewick. Continúa apoyado contra la pared, y ahora Rick se acerca a él y le da un puñetazo amistoso en el hombro. El tipo de gesto que hace que Neil tenga ganas de agarrarle la muñeca y rompérsela en tres o cuatro direcciones distintas.

—Ey, tú. ¿Es esa tu vecinita?

Neil gira la cabeza hacia la puerta. La familia Collins acaba de llegar. Marsha va en cabeza, seguida de Cameron y Junior, que van hablando entre sí. Cameron lleva un vestidito fino, de verano, con varias tonalidades de verdes, que le queda por encima de las rodillas.

—Sí, está buena —admite Rick—. Follable del todo.

—Te lo dije, hermano.

Rick se lleva dos dedos a los labios e introduce la lengua entre ellos, moviéndola rápidamente de arriba abajo, simulando sexo oral. Neil le da un codazo y Rick suelta una carcajada, pero, gracias a Dios, baja el brazo. La risa llama la atención de Cameron, que gira la cabeza y les ve. Aunque en realidad sólo mira a Neil. Y le sonrío. Y aparta la mirada, coqueta, mientras con la mano izquierda se aparta el pelo rubio de la cara y lo esconde detrás de la oreja.

En ese momento, a excepción de Sandra Ridgewick, todos están en el jardín de Tom Ridgewick, y este, como buen maestro de ceremonias, da un par de palmadas

para llamar la atención de todo el mundo, espera a que se haga el silencio, y da por comenzada la asamblea.

### 3

—Hola a todos. Anoche decidimos convocar esta... especie de asamblea debido a la epidemia de la que hablan en la tele y que, como todos sabéis y habéis tenido ocasión de comprobar, está azotando California. Durante las últimas horas he intentado contactar con la policía y los bomberos, porque tenía la intención de ofreceros algunas respuestas en esta reunión, pero no lo he logrado en ningún caso.

Marsha Collins deja escapar un gemido tenso y se tapa la boca con la mano. A su lado, Junior le estrecha la mano con fuerza, claramente asustado. Mientras habla, Tom Ridgewick se mueve de derecha a izquierda, obligando a su público, pues así es como piensa en ellos, a seguirle con la mirada. Y le satisface verles mover la cara a un lado y luego al otro, cuarenta y cuatro ojos clavados en él.

—Sin embargo, logré contactar con los servicios de emergencia de Nevada. Eso fue hoy a las siete y media de la mañana. El hombre que me atendió me dio buenas noticias y me dijo que el ejército se estaba ocupando y que anotarían nuestra posición para rescatarnos en cuanto sea posible. Al parecer, en Nevada estaban teniendo problemas también...

—En la tele han dicho que Las Vegas ha sido devastada por los zombies —le interrumpe Verónica.

Tom clava en ella una mirada asesina.

—Oh, Dios mío —murmura Abigail Finney, girándose para mirar a Verónica—. ¿Toda Las Vegas?

—Estábamos viendo las noticias esta mañana —responde ella—. Y al parecer, sí.

Como una epidemia, los murmullos empiezan a reproducirse. Tom espera un momento antes de carraspear para llamar la atención de nuevo. Cuando vuelven a mirarle, sonrío.

—Lo importante es que el ejército se está ocupando. Este hombre me dijo que podrían tardar aproximadamente una semana en llegar hasta nosotros, pero al menos sabemos que vendrán, y antes de tener esa conversación con el servicio de emergencias, lo único que sabíamos es que estábamos encerrados en San Mateo. Las noticias son, por tanto, buenas en esencia.

—¿Por qué van a tardar una semana? ¿Van a dejarnos aquí, a nuestra suerte, hasta entonces? —pregunta Marsha con voz tensa.

—Ahora mismo la infección está bastante propagada —explica Tom—. Y primero deben ocuparse de evitar que se extienda aún más. Como sea, debemos ocuparnos de resistir aquí dentro una semana. Siendo previsores, deberíamos pensar que serán unos días más, semana y media más o menos.

—¿No es muy benévolo ese cálculo? —pregunta Ace Hall.

—Para eso estamos aquí, para hablar de todas estas cosas. El hombre del servicio de emergencias me aseguró que la planificación que manejan en estos momentos es que en una semana ya deberían estar limpiando la zona de la costa de California, y



por tanto, rescatándonos a nosotros... pero si creéis que debemos manejar otras cifras, hablad.

Y sí, esas son las palabras que salen de la boca de Tom Ridgewick, pero por dentro quiere que todos se callen y se limiten a escuchar. Está tan absolutamente convencido de que ninguna de las personas que tiene delante tiene nada interesante que decir que le dan ganas de golpearles cada vez que les ve dudar o quedarse pensativos.

—Creo que deberíamos pensar de forma negativa —asegura Patrick, atrayendo la atención del grupo.

Tom aprieta el puño hasta hacerse daño para evitar que en su mirada se traduzca el odio que le inspira ese hombre. Incluso logra sonreír.

—Claro, a eso me refería yo —dice Ace.

—¿Dos semanas? —pregunta Tom—. ¿Tres?

Patrick duda antes de contestar, y Tom aprovecha ese momento para seguir hablando.

—Podemos establecer la marca en tres semanas, por supuesto. Como suele decirse, hay que prepararse para lo peor. Como sea, de lo que estoy hablando es de la necesidad de asegurarnos comida para todo ese tiempo. No sé cómo os habrá pillado esta locura, si tenéis la nevera llena, la despensa abastecida... pero imagino que no todos estamos en igualdad de condiciones.

Murmullos nerviosos, gente dándose cuenta del problema que Tom Ridgewick acaba de sacar a la luz, susurros tensos. Placer para los oídos de Tom.

—He establecido unas pequeñas directrices que nos ayudarán a hacer menos traumática esta situación. Permitidme que haga un paréntesis antes de volver al tema de la comida... —Tom sonríe y respira hondo, preparándose para lo que cree que es el pilar de todo cuanto debe hacer para asegurarse que los extraños capitaneados por ese estúpido Patrick Flanagan no influyan en la supervivencia de su gente. Y él considera su gente a los habitantes de San Mateo—. Será fundamental establecer turnos de vigilancia en la verja, hacer revisiones del perímetro de forma periódica y, en definitiva, controlar un poco la situación para que todos los demás podamos estar tranquilos. Tyrone será, por supuesto, la cabeza pensante de lo que he llamado nuestro Cuerpo de Seguridad. Todos le conocemos y sabemos que es un buen hombre.

Tom le señala con una mano, y Tyrone, que estaba sentado hasta ese momento, se pone en pie avergonzado, e incluso un poco aturdido como si no supiera muy bien por qué se encuentra aquí, y medio levanta una mano. Es prácticamente improbable que nadie más se dé cuenta, pero nosotros sí podemos hacerlo, así que acércate a él y mira su mano. Verás que lo que eran unos dedos casi perfectos anoche, hoy parecen las uñas de un adolescente con problemas nerviosos, roída la uña y parte de la carne de alrededor.

—Tyrone no puede hacerlo sólo, por supuesto —asegura Tom, atrayendo otra vez

las miradas de todos los presentes—, así que me he tomado la libertad de designarle un ayudante —Tom suelta una risita, como si le divertiera lo que va a decir a continuación—. Espero que acepte porque no se lo he comunicado hasta ahora, claro...

Y prácticamente todos los presentes le devuelven la risa. Si te fijas, tan sólo Neil, Verónica y Patrick son los que no se ríen. Patrick, de hecho, está francamente admirado por el poder de persuasión del que está haciendo gala Tom Ridgewick, por su habilidad para establecerse como claro showman y dominar el atril. Le lanza una mirada a Verónica, y esta le devuelve otra, cargada de nerviosismo.

—Rodger Walters, estoy hablando de ti —asegura Tom Ridgewick, señalando al elegido con una sonrisa enorme en el rostro.

El propio Rodger parece sorprendido al principio, y todos se giran para mirarle, y cuando Tom aplaude una vez, el resto comienza a aplaudir también. Mark también está aplaudiendo, hasta que se da cuenta de las miradas nerviosas de Verónica y Patrick.

Entre los juegos de miradas que están teniendo lugar en el jardín de Tom Ridgewick durante la asamblea improvisada, hay otro que deberíamos tener en cuenta. Neil Ridgewick ha permanecido de pie, apoyado en la pared, sin prestar excesiva atención a lo que dice su tío, y más atento, sin embargo, a examinar los cuerpos de Verónica Buscemi y Cameron Collins. Incluso de cuando en cuando, una ojeada a los pechos de Rachel Morris, que parecen a punto de hacer estallar la camiseta que los cubre. Cameron, además, es consciente de que el chico la observa y de cuando en cuando le lanza miradas de reojo, se pasa la mano por el pelo y coquetea con él de una forma tan sutil que pasa inadvertida para el resto. Y puedes estar seguro de que está emocionada, porque durante uno de esos cruces de miradas Neil le ha sonreído.

—Aceptaré encantado —asegura Rodger Walters en ese momento.

A Neil no le importa, porque está mirando el perfil de Cameron y ve cómo su lengua humedece los labios en un gesto que le resulta tremendamente *sexy*.

—Gracias, Rodger. He pensado que Tyrone y tú necesitaréis ayuda, de todas formas, y estoy seguro de que os vendrán bien los cuatro auxiliares que os propondré y que os proporcionarán su fuerza y su resistencia juvenil: mi propio sobrino Neil, tu hijo Shane y sus dos amigos, Rick y Peter.

Al oír su nombre, Neil aparta la mirada de Cameron y la fija en su tío. Tom no da tiempo al resto a pensar en lo que acaba de decir. Aplauda, y consigue que el resto le sigan de inmediato, como marionetas movidas por un titiritero. Y después Tom gira la cabeza hacia él y le guiña el ojo. Neil, en ese momento, es capaz de sentir el poder que acompaña al cargo recorrerle el cuerpo como una corriente eléctrica.

Y sonrío.

Y observa al grupo de personas que se encuentran en el jardín, aplaudiéndoles. Rick y Peter también aplauden, sorprendidos y sonrientes. Neil se da cuenta de que

Patrick no está aplaudiendo y permanece serio.

—Creo que podría ayudar bastante —asegura Patrick cuando los aplausos bajan de intensidad.

—Bueno, gracias, pero no creo que haga falta más gente —asegura Tom.

Y Neil piensa: «Sí, no queremos tu culo molestándonos, capullo».

—Tom, Patrick es policía.

Tom y Neil miran hacia Ace Hall prácticamente al mismo tiempo, y en ambos el desprecio es claramente visible en la mirada. Tal vez Tom lo oculta un poco mejor, pero está ahí.

—Está acostumbrado a realizar ese tipo de tareas —asegura Ace—. Dada su experiencia, creo que es lógico pensar que puede ayudar.

Neil se pregunta por qué demonios no se calla ese idiota. Tom es más práctico, y sabe leer mejor a la gente que su sobrino, así que le basta echar un vistazo para saber que el resto no comprendería que no aceptara a Patrick en el Cuerpo de Seguridad. Ni siquiera aunque le señalara como un saqueador. Así que cuando asiente con la cabeza, Tom sabe que es la mejor decisión por el momento.

—Por supuesto —dice—. No recordaba que eras policía.

A Neil le entran ganas de soltar una carcajada. Si en algo conoce a su tío, sabe que este jamás olvida nada. Y menos algo como eso.

—Bueno, pues solucionado ese aspecto, ahora me gustaría volver al tema de la comida —dice Tom, juntando las manos en uno de esos gestos tan típicos de los políticos o los oradores—. Creo que, hasta que el ejército pueda liberarnos, lo mejor será que racionemos la comida. Nuestro Cuerpo de Seguridad pasará por todas las casas esta misma mañana y traerá toda la comida que tengáis. Si os parece bien, estableceremos mi casa como base central y comeremos todos aquí durante estos días. Es la mejor manera que se me ha ocurrido para ser equitativo. A los que nos haya pillado todo esto con la nevera más llena podremos equilibrar la balanza para los que no tengan tantas provisiones.

—¿Y el agua? —pregunta Ace.

—¿Qué pasa con el agua?

—Bueno, si la situación es tan grave en toda California, es lógico pensar que el suministro de agua y de electricidad podría sufrir fallos.

Tom asiente. Por dentro, está maldiciéndose por no haber pensado antes en ello.

—Como medida de prevención, creo que deberíamos llenar palanganas, cubos, botellas y todo lo que tengamos que pueda utilizarse como recipiente —propone Ace—. Incluso creo que deberíamos llenar las bañeras con agua y usarlas como depósitos.

—¿De verdad creéis que la cosa se va a poner tan mal? —pregunta Marsha Collins, mirando alternativamente a Ace y a Tom—. Parece que estáis hablando del Apocalipsis...

Tom suelta una carcajada para eliminar la tensión del comentario de Marsha. Y

parece surtir efecto, porque se escuchan cinco o seis risas más en el grupo. Aunque, la verdad, algunas de ellas están impregnadas de nervios.

—No creo que haya necesidad de llegar a tanto —asegura Tom—, pero si alguien sabe de sobrevivir, ese es nuestro querido Ace, ¿no?

Una vez más, la mayoría sólo percibe lo que Tom quiere que perciban, pero Patrick, Verónica y esta vez también Mark se dan cuenta del sarcasmo inherente en la última pregunta.

—Bueno, no creo que pueda comparar la situación, en realidad —responde Ace.

Tom le sonríe, todo dientes.

—Lo que quiero decir —explica Tom, cordial, mirando a Marsha—, es que si nos ponemos en lo peor, siempre estaremos preparados para lo mejor. Suena escandaloso, lo sé, pensar en ahorrar agua llenando las bañeras... —Tom vuelve a reírse, arrastrando a varios de los presentes con él—, y nos resulta extraño porque además será incómodo, claro, pero es una incomodidad útil, ¿no creéis?

—¿No deberíamos matar a unos cuantos de esos tipos? —pregunta Neil entonces. Y todas las cabezas se giran en su dirección—. Digo, ¿coger tu escopeta de caza, tío, y cargarnos a los que podamos?

—No serviría de mucho, ¿no crees? —pregunta Patrick.

Hasta ese momento, Neil sólo se había dirigido a Tom. Ahora, el chico tuerce la cabeza y fija una mirada glacial y despectiva en Patrick, una mirada que viene a decir «métete en tus asuntos, capullo». Y de hecho, está a punto de responderlo en voz alta, pero Tom se adelanta, rompiendo la tensión rápidamente.

—Neil, no creas que tu idea no se me había ocurrido ya. También pensé en ello, pero es cierto, tenemos un número limitado de cartuchos y cuando se nos acaben... ¿Qué haremos?

Neil se encoge de hombros.

—Era sólo una propuesta —dice.

—Bueno —Tom vuelve a acaparar la atención del grupo—, creo que eso es todo. Cualquier cosa que se os ocurra, podemos hablar de ello cuando nos juntemos esta noche. Y no os preocupéis, todo va a salir bien, ya lo veréis.

Y de esa manera, con una gran sonrisa dibujada de nuevo en su cara, Tom Ridgewick da por concluida la primera asamblea.

Neil detiene su coche delante de Villa Carlota. A su lado, Rick le da las últimas caladas al porro que acaban de fumarse y mira alrededor, asegurándose de que nadie les ve.

—¿Pasa algo? —pregunta Neil.

—Tío, ¿te lo puedes creer? —Rick está exaltado—. ¡Somos la puta ley de este lugar! Tu tío mola un huevo, macho.

—Sí.

—Colega... ¡Somos la ley! —Rick se ríe, sujetando la colilla del porro entre sus dedos y mirándola como si fuera lo más hilarante que ha visto en su vida. Claro que a Neil tampoco le sorprende demasiado. Rick es el tipo de chico que se ríe de todas las cosas, aunque haya que escarbar profundo para que otra persona pueda encontrarles la gracia.

—Quien nos lo iba a decir...

—Exacto. Tronco, mi viejo siempre me decía que no valía para nada, pero, ¿quién es ahora comida de gusanos y quién se ha convertido en la autoridad?

Rick suelta otra carcajada. Neil reprime las ganas de estrellar su puño contra la boca abierta de su amigo. El padre de Rick solía humillarles a él y a su madre, aunque nunca les puso una mano encima, y ambos son más felices desde que él pasara a mejor vida, eso está claro.

—Mira, tronco —dice Rick, agarrando su mochila y poniéndola sobre sus piernas—, esto era de mi viejo, y ayer la traía para enseñártela.

Cuando Rick abre la mochila y deja ver el interior, Neil observa el objeto plateado. Es una Desert Eagle, y por lo poco que sabe sobre armas, esa pistola es capaz de abrir un agujero del tamaño de un puño en el pecho de un hombre. Neil silba, asombrado.

—Es enorme —dice.

—Y pesa como un puto muerto —asegura Rick—. Y me la voy a poner en la cintura, tío. Ahora somos la ley y tenemos que parecerlo también, ¿no?

Neil levanta una ceja.

—No creo que debas, Rick.

—¿Por qué coño no?

—¿Sabes quiénes viven aquí? —pregunta Neil. Rick gira la cabeza y mira el letrero de Villa Carlota. Después vuelve a mirar a Neil y niega—. ¿Te fijaste en la asamblea en dos viejecitos, que él se parecía un poco al abuelo de Heidi?

—No vi nunca Heidi.

—Yo tampoco, capullo, pero he visto fotos.

Rick se ríe de nuevo. Y otra vez Neil siente ganas de reventarle la boca de un puñetazo.

—Marica, te gustaba Heidi, admítelo —suelta Rick, entre risas.

Neil sonríe, pero es un gesto más dirigido a reprimir las ganas de golpear a su amigo que a re rle la gracia.

— Te fijaste en los viejos, sí o no? —pregunta.

—S , t o.

—Pues ellos viven aquí. Y estoy seguro de que si te ven aparecer con ese puto bazooka en la cintura les matarás de un infarto.

Rick mira la Desert Eagle un momento, y después empieza a reírse nuevo. Neil le observa y se pregunta por qué demonios considera a este idiota uno de sus amigos. Aunque en realidad lo sabe. Rick siempre hace lo que Neil dice, y eso le convierte en una compa a interesante. Y Neil no le obligará nunca a dejar su pistola en la mochila, pero sí puede hacer que se olvide de llevarla, y eso es precisamente lo que consigue en ese momento, cuando Rick cierra la mochila y vuelve a dejarla a sus pies.

—Vayamos a ver qué tiene el abuelo de Heidi en la despensa —dice, abriendo la puerta del coche.

Neil también baja del vehículo. Juntos, se acercan a la puerta y Neil pulsa el timbre. Un momento después, Pablo Collantes se acerca a abrirles. Abigail y Albert Finney est n de pie al fondo, junto a la puerta de la casa, abrazados el uno al otro. Junto a ellos hay una mesa con una gran jarra de limonada casera. Neil sabe que Abigail le ofrecerá un trago y él aceptará. Esa mujer hace una limonada que sabe a paraíso puro.

Neil está en lo cierto. Abigail Finney le ofrecerá un vaso de limonada, y él aceptará, y mientras se lo sirve, y de paso otro para Rick, la señora Finney le pellizcará la mejilla en un gesto que ella considera cariñoso pero que a Neil le resulta molesto. Después, el propio Albert Finney les guiará hasta la cocina y la despensa y les ayudará a cargar la comida en el maletero de Neil.

Pero dejémosles haciendo eso y abandonemos Villa Carlota en dirección a otra de las casas con nombre: The Sun House, donde Rachel se encuentra de pie en medio de la cocina, abrazando a Axel, que tiene la boca manchada de papilla, mientras Patrick, a su lado, observa a Peter abriendo la nevera de la casa.

—Ostia, tú, ¿cómo nos vamos a llevar toda esta mierda?

Patrick resopla y pone los ojos en blanco al tiempo que mira a Rachel como diciendo «qué quieres que le haga».

—¿Tienes bolsas, Rachel?

—Tengo algo mejor. Detrás de la puerta hay un carrito de la compra. Es bastante cómodo cuando voy al supermercado con Axel.

Al oír su nombre, el pequeño mira a su madre y alza una de sus pequeñas manitas para agarrarle el pelo. Ella le da un beso lleno de amor.

—Joder, el congelador está petado también! —exclama Peter.

Patrick suspira con resignación y coge el carrito de la compra. Después se acerca a Peter y le ayuda a meter la comida en el carrito.

—Intenta hablar bien —le dice—. No das una imagen de seguridad si dices «joder» y «tronco» cada dos palabras, y te recuerdo que perteneces al Cuerpo de Seguridad.

—Lo que tú digas, tronco.

Peter le deja sólo junto a la nevera y se pone a abrir puertas de armarios y cajones. Durante todo el proceso, Rachel le observa con la expresión de quien se siente avasallado. Patrick se muerde un labio para evitar decirle nada más al chico. Peter encuentra un armario con galletas, bollos para desayuno, pasta y algunas latas de conserva. Lo coge todo y lo mete en el carrito. Patrick sigue vaciando el congelador.

—Cereales —murmura Peter al abrir otro armario—. ¿No tendrás bolitas de azúcar? Esas son las que más me gustan.

—Son cereales de bebé —dice Rachel, señalando la caja que tiene Peter en la mano.

Peter mira la caja, como si no entendiera y pudiera obtener la respuesta allí. Después, se acerca al carrito con la clara intención de meter la caja de cereales, y Rachel se acerca a él extendiendo la mano.

—No, que son los de Axel...

En el momento en que la mano de Rachel toca la caja, Peter tira de su brazo hacia

atrás e interpone su cuerpo, empujando a Rachel hacia atrás. Ella trastabilla, y está a punto de caer con Axel en brazos.

—¡Eh! ¡Toda la comida va a la...!

Peter no llega a terminar la frase porque Patrick le agarra de la muñeca y se la retuerce, obligándole a soltar la caja de cereales y a doblarse por la mitad, con la cara hacia el suelo.

—¿Qué coño haces? —pregunta, soltando a Peter y dejando la caja de cereales sobre la encimera—. No empujes a una mujer con un niño en brazos, ¿nadie te ha enseñado civismo?

—¿Civqué?

Patrick parpadea asombrado. Por un momento se queda en blanco, sin saber qué iba a decir, pero logra volver a arrancar.

—Son cereales de bebé. No nos los vamos a llevar.

—El señor Ridgewick dijo «toda la comida».

—A ver... —Patrick señala la caja de cereales—. Eso no es comida para ti, ni para nadie más que para ese niño —ahora señala a Axel, que intenta agarrar su dedo con sus manitas, pero lo único que logra es abofetear al aire—. Y se queda aquí, ¿entendido?

Peter tiene el ceño fruncido y la expresión herida del niño al que su maestro acaba de echar una bronca injustificada.

—Saca el puto carrito y llévalo al coche, anda.

Peter obedece a regañadientes. Patrick espera a que se haya ido de la cocina para girarse hacia Rachel.

—Lo siento —dice.

—No tienes la culpa. Ese niño siempre me ha parecido un matón, y ya sabes lo que dicen, si parece mierda y huele a mierda, lo más seguro es que sea mierda.

—Amén.

Rachel sonrío, y Patrick aprovecha para hacerle una carantoña al pequeño Axel, que suelta una carcajada y agita las manos.



## 6

Emma Walters se sienta en un taburete alto en el centro de la cocina mientras observa a su marido y a su hijo, Rodger y Shane, meter la comida que tienen en la nevera en bolsas de plástico que después llevarán a la casa de Tom Ridgewick. Sabe que es una tontería, pero le enorgullece ver a su hijo dedicándose a algo tan noble como ayudar a proteger San Mateo de las aberraciones que hay fuera.

Hace tiempo que Emma Walters perdió la fe en que Shane se convirtiera en un hombre de provecho. Cuando aún le llevaba en el vientre, Rodger y ella siempre conversaban sobre lo que querían que fuera de mayor su hijo. Él soñaba con que fuera arquitecto, ella cirujano. Shane nació y creció y fue rompiendo las expectativas de ambos al tiempo que los suspensos y las llamadas del director del colegio debido a las ausencias de Shane en clase se hicieron cada vez más frecuentes.

Y ahora, de repente y por obra y gracia de Tom Ridgewick, Shane es nombrado auxiliar del Cuerpo de Seguridad, y a Emma le maravilla ver la dedicación y el empeño que el chico parece poner para cumplir con su tarea, buscando la aprobación de su padre en todo momento.

—Papá...

—Dime, Shane.

—¿Crees que las cosas se pondrán muy mal?

—Ya oíste lo que dijo Tom, Shane. En una semana o semana y media el ejército vendrá a sacarnos de aquí. Nos tienen en su lista.

Emma observa a Shane doblando la cabeza hacia un lado, como hace cuando algo le preocupa y está pensando en ello.

—¿Y qué hay de lo de prepararse para lo peor, papá?

Rodger deja de meter comida en la nevera y mira a su hijo, sin entender a dónde quiere llegar. Tiene un *pack* de yogures en la mano izquierda.

—¿No crees que deberíamos guardarnos algo? —pregunta Shane con timidez.

Por un momento, Rodger no responde. Frunce el ceño.

—Eso estaría mal, hijo.

—Ya lo sé, papá... pero... si pienso en ponernos en lo peor, que es lo que tenemos que hacer, ¿verdad? Pues entonces, creo que lo primero tiene que ser nuestra familia... Nosotros.

Rodger busca a Emma con la mirada, y ella se la devuelve, aunque está tan sorprendida por la propuesta de Shane como él.

—¿Lo que estás diciendo es que nos guardemos comida para nosotros tres?

Shane asiente con timidez. Rodger observa el *pack* de yogures que tiene en la mano.

—Tom no debería enterarse —dice, finalmente—, porque si se entera, se enfadará muchísimo.

A Shane casi le brillan los ojos al oír a su padre. Rodger se acerca a él y le da una

palmada cariñosa en la espalda. Después, ambos miran hacia Emma.

—¿Estás de acuerdo, cariño? —pregunta Rodger.

Ella, por supuesto, está de acuerdo.

Así, mientras Rodger y Shane apartan parte de su comida para esconderla en su casa, nosotros deshacemos el camino hacia The Sun House, de donde Patrick y Peter están saliendo ya, cargados de bolsas que meten en el coche de Peter. Después de cerrar el maletero, ambos se dirigen hacia la casa de Ace Hall, y nosotros con ellos.

—Venimos a por la comida —dice Patrick, saludando a Ace y a los demás.

En el porche encontramos al propio Ace, que después de saludarles les indica donde está la cocina, a Verónica, que está sentada en una tumbona con un libro de Stephen King entre las manos, y a Ozzy. Si te das cuenta, este último no le quita ojo a Ace Hall.

—¿Dónde están los demás? —pregunta Patrick, deteniéndose junto a la puerta de la casa y obligando a Peter a frenar de golpe para no chocarse contra él.

—Stan está arriba, durmiendo. Mark y Paula han salido a dar un paseo — responde Verónica.

Patrick asiente y entra en la casa. Peter se queda un momento de pie, observando a Verónica. Ella se da cuenta y le clava una mirada glacial. El chico aparta la vista y entra en la casa detrás de Patrick.

Ace agarra una silla y se sienta.

—Le has puesto nervioso —comenta divertido.

Ella se encoge de hombros, quitándole importancia.

—¿Qué libro has cogido? —pregunta Ace.

Verónica enseña la tapa. Se trata de un ejemplar de Ojos de fuego.

—Me llamó la atención el título.

—Trabajabas de bombero, ¿verdad?

—Sí.

Mientras tanto, Patrick y Peter empiezan a vaciar de comida la nevera y los armarios de la cocina de Ace Hall. Patrick se da cuenta de que el chico está molesto por la forma en que coge la comida y la tira dentro de las bolsas, con desdén. Durante los siguientes minutos, ambos trabajan envueltos en un incómodo silencio, hasta dejar limpia de comida la cocina.

—¿Este tío tiene dispensa? —pregunta Peter, haciendo gala de ese orgullo que los adolescentes utilizan para demostrar lo enfadadísimos que están.

—No que yo sepa —responde Patrick, conciliador.

—Pues pregúntale, ¿ok, tronco? Yo voy a echar un meo.

Peter sale de la cocina y Patrick suspira pensando que se le van a hacer muy largas las horas que tenga que pasar en compañía de ese estúpido. Por un momento, incluso se siente dispuesto a ceder a los claros deseos de Tom Ridgewick y dejar su puesto como miembro del Cuerpo de Seguridad. A fin de cuentas, es fácil para él notar que no le quieren allí, y algo le dice que por mucho que le explique a Tom que no quiere ser ninguna molestia, que sólo intenta ayudar, jamás le aceptará como uno

de los suyos.

Mark se lo había dicho cuando llegaron de visitar San Mateo, que el tipo que les había enseñado la casa le había dado la impresión de ser ese tipo de personas que juzgan a la gente y no cambian nunca de opinión.

Sigamos a Peter. El chico entra en el cuarto de baño de la planta baja y cierra la puerta a su espalda. Después, se gira hacia ella y levanta el puño con el dedo corazón extendido. Puedes estar seguro de que si Peter estuviera rodeado de sus amigotes le haría ese mismo gesto a Patrick a la cara, pero ya sabes, Peter no es tan valiente en solitario.

Pero observémosle, porque ahora planta un pie a cada lado del retrete y se baja la cremallera. Su mirada pasea por la pared de azulejos verdosos mientras su cerebro clasifica el baño como «horterada de gente rica», aunque puedes estar seguro de que en lo más hondo de su corazón, Peter estaría dispuesto a matar con tal de vivir en una casa como esa. Finalmente, su mirada se detiene en la bañera, llena hasta casi el borde de agua limpia.

Recuerda lo que dijo Ace Hall sobre almacenar agua.

Ese tío le cae mal. Simplemente por su forma de vestir ya le cae mal. Odia sus pantalones cortos de cuadros o rombos y sus camisas de marca en colores pastel.

Y el capullo de Patrick y toda esa gente nueva viven con él en esta casa.

Peter sonrío. Puedes ver su sonrisa hacerse cada vez más grande al mismo tiempo que una idea toma forma en su mente. Y después, Peter se gira mientras se saca el miembro de los pantalones. Incluso se le ha puesto un poco dura de pensar en lo que está a punto de hacer, y el chico está excepcionalmente bien dotado.

La sonrisa es tan grande cuando empieza a orinar y el chorro cae en el centro de la bañera que parece que la cara vaya a partírsele en dos, como a los canadienses de Southpark.

Mientras Peter meaba en la bañera llena de agua del baño de la planta inferior, Patrick sale al porche y se sienta junto a Verónica, aunque es más bien dejarse caer lo que hace. Ella, al verle, cierra el libro y apoya una de sus manos en la espalda de él, con suavidad.

—¿Estás bien?

—Sí —responde él—. Es sólo que... —se encoge de hombros—. No sé...

Miremos a Ozzy. El mexicano lleva nervioso desde la tarde anterior lanzando miradas llenas de curiosidad a Ace cada poco tiempo, pero hasta ahora no ha tomado valor para acercarse a él. Y resulta curioso, no me digas que no, que en medio del Apocalipsis, un hombre se sienta intimidado por la presencia de alguien al que admira. Ahora, por fin, con la cabeza medio agachada y avergonzado como un niño que le va a confesar una travesura a su madre, se acerca a Ace.

—¿Ace?

—¿Sí? —Ace se gira hacia él.

—Eh... —Ozzy se esfuerza a mirarle, pero puedes comprobar por ti mismo que le supone un enorme esfuerzo vencer la vergüenza—, es que... nada, quería decirte que... no sé, que me alegro de que ganaras porque hiciste un juego impresionante... Sólo eso.

Ace Hall suelta una carcajada y Ozzy parpadea sorprendido.

—Gracias, hombre.

Patrick ha escuchado el intercambio de palabras y ahora se incorpora y se acerca a ellos.

—¿Qué ganaste?

Ozzy le mira como si acabara de preguntar quién es ese jesucristo del que hablan en todas las iglesias.

—¿No sabes quién es?

Ahora es el turno de Patrick de parecer extrañado. Mira a Ace con el ceño fruncido. Este sonríe y se señala a sí mismo.

—La verdad es que no —responde Patrick.

—Ganó la última temporada de Survivor —responde Ozzy, con cierta indignación en la voz—. ¿Es que nadie ve ese programa? ¡Si es lo mejor que echan en la puta tele!

—¡Anda! —Verónica se levanta y se une a ellos—. Es verdad, ahora que lo dices sí que me acuerdo de ti.

—Bueno —responde Ace—, tampoco es que haya ganado un Nobel, o un Oscar. Es tan sólo un juego.

—¿Un juego? —Ozzy les mira a los tres con la expresión de quien se siente gravemente ofendido—. ¡Survivor no es un juego cualquiera, es el juego más completo del mundo! Requiere tantas habilidades que pensar en las variables

necesarias para avanzar hasta el final me marea. ¡Pero si yo hice que me empezaran a llamar Ozzy desde que vi al Ozzy de Survivor!

Ace suelta una carcajada completamente divertido, pero Patrick y Verónica miran a Ozzy con la expresión que alguien sin frikismo en el cuerpo le dedica a esos tipos que se disfrazan de Chewacca en las convenciones de Star Wars.

—Mi nombre real es Oscar —explica Ozzy, y después mira directamente a Patrick—. Estamos viviendo en casa del hombre que jugó de la forma más villana que se recuerda en el programa. Dejó a Russell Hantz a la altura del betún.

—Pero en la vida real soy un tipo muy sociable —apunta Ace, con una sonrisa.

—Hombre, a mí me impresionaba cómo eras capaz de manipularlos a todos —asegura Ozzy—. En serio, fue brillante.

—Gracias.

—¿Te puedo preguntar si Jeff Probst es simpático?

Ace se vuelve a reír. Ozzy parece un niño que tiene delante a Santa Claus y puede pedir cualquier deseo que se le pase por la cabeza y que, además, ya ha superado la vergüenza inicial y ahora puede seguir disparando preguntas como si fuera una metralleta. Verónica mira a Patrick.

—Oye, ¿qué vamos a hacer con las semillas?

Patrick se encoge de hombros.

—Me parece que a Tom no le parecerá una buena idea.

—¿Qué semillas? —pregunta Ace, incorporándose a la conversación.

—Cuando veníamos hacia aquí, paramos en un supermercado y compramos comida, sobre todo latas de conservas, anticipándonos a esta situación —le explica Verónica—. Y a Patrick se le ocurrió comprar semillas de hortalizas y verduras.

—No lo he dicho en la asamblea, pero... ¿Y si esto se alarga más de tres semanas? —Patrick señala las bolsas de comida—. ¿Y si no pueden rescatarnos tan rápido?

Entre los cuatro se hace el silencio un momento. Uno de esos silencios abrumadores que parecen golpearte en el estómago. Ace es el que lo rompe.

—Lo que quieres decir es... ¿Qué pasará si esto no se resuelve nunca?

Lentamente, como si no quisiera admitirlo pero supiera que no tiene más opción, Patrick asiente con la cabeza. Ace resopla y se pasa una mano por la cabeza.

—Hemos visto demasiadas películas de zombies y Apocalipsis como para que no parezca una opción, ¿no? —pregunta Patrick en voz baja.

—Hiciste bien en no decirlo en la asamblea —asegura Ace—. Tom te habría humillado. Ya has visto cómo es.

—Sí, ¿por qué coño los demás no lo ven?

Ace se encoge de hombros. No tiene respuesta para eso.

—¿Cómo es posible que en la isla mis contrincantes no fueran capaces de ver que les estaba manipulando a todos? La mente humana es peculiar.

—En fin. La idea de racionar la comida no es mala, porque no podemos

permitirnos tener tres comidas al día y terminar con las existencias en dos o tres días —admite Patrick—. Lo que me da miedo es que planifique a corto plazo.

—Como sea, tampoco necesitamos su consentimiento para todo, ¿no? —pregunta Ace, con una sonrisa pícaro.

Patrick, Verónica y Ozzy están de acuerdo, así que cuando Ace propone que siembren parte de su jardín, a todos les parece una buena idea. Verónica le recuerda que eso significará destrozar la parte del jardín que conviertan en huerta pero Ace se encoge de hombros.

—Traeré las semillas esta tarde, después de llevar la comida a casa de Tom —dice Patrick.

—Pues perfecto —resuelve Ace, y después mira a Ozzy—. En mi dormitorio tengo la pañoleta de la fusión y una foto con Jeff Probst enmarcadas. Si quieres, puedes pasar a verlas.

Ozzy asiente emocionado. Ace le indica con un gesto que pase al interior de la casa y el mexicano se dirige hacia la puerta cuando el sonido de un claxon apretado varias veces de forma impulsiva se eleva en el aire, claro como el agua, paralizando a los cuatro en el sitio donde se encuentran. Después, Ace se vuelve para mirar a Patrick, pero este está mirando a Verónica.

—Joder —murmura Patrick antes de echar a correr hacia la puerta.

Como es obvio, el sonido de un claxon implica gente viva que lo apriete. En circunstancias como las que estamos viendo, el valor de una vida humana se multiplica por mil, por un millón incluso. Pero ya volveremos a esto, porque hay algo que quiero que veas. Es cierto que Mark y Paula fueron a dar un paseo, y que ella caminó todo el tiempo agarrada a la mano de Mark. Él empieza a pensar en esa mano como una parte más de sí mismo, y se ha descubierto en alguna ocasión buscándola inconscientemente cuando Paula se la suelta.

Antes de salir de la casa de Ace Hall, Mark le ha pedido a este indicaciones para llegar a la casa de los Collins. Cuando se detienen delante de la puerta de entrada, Paula está mirando hacia otro lado mientras Mark aprieta el timbre. Inmediatamente, un perro empieza a ladrar en el jardín.

—¡Pluto! —grita la voz de un niño—. ¡Pluto, calla!

Paula mira hacia la puerta y después a Mark, interrogándole con los ojos. Él le sonrío a modo de respuesta. Antes de que ella pueda decir nada la puerta se abre y un labrador se acerca a ellos y empieza a husmearles. Paula se aprieta contra la pierna de Mark mientras el perro olisquea sus pies y saca la lengua.

—No hace nada —asegura Junior Collins, al otro lado de la puerta.

Como si quisiera darle la razón, Pluto se sienta junto a los pies de Paula y apoya la cabeza con suavidad contra su cintura. Ella se ríe al verlo y para Mark el sonido de esa risa vale más que todo el dinero del mundo. Máxime cuando empezaba a pensar que la niña estaba cada vez más alicaída.

—¿Podemos acariciarle? —pregunta Mark.

—¡Claro! —Junior se acerca a ellos y le acaricia la cabeza a Pluto. En respuesta, el perro cierra los ojos y jadea de placer.

—Venga, Paula, acaricia a Pluto.

Con timidez, la niña levanta la mano que no está agarrada a Mark y la pasa por encima de la cabeza del animal. Pluto le da un lametón en la mano y Paula se echa a reír.

—¡Junior! —la voz de una mujer llega hasta ellos desde la casa—. ¡Junior! ¿Quién es?

Junior mira hacia Mark, como buscando una respuesta a esa pregunta, y este se asoma al jardín y levanta la mano a modo de saludo. Marsha Collins empieza a andar hacia ellos.

—Hola. Mark Gondry.

—Marsha Collins —responde ella, estrechando la mano que le tiende Mark y escondiendo el trapo de cocina que lleva en la otra mano detrás de su cuerpo.

Mark suelta la mano de Paula, que está completamente entregada a Pluto.

—Espero no molestarla —explica Mark—. Esta mañana en la asamblea me fijé que su hijo es más o menos de la edad de Paula... y, la verdad, le vendría bien



alguien con quien jugar.

Marsha echa un vistazo hacia los dos niños. Pluto se ha dejado caer y está tumbado entre los pies de ambos, que le acarician la barriga y la cabeza. El perro está en la gloria.

—No, la verdad es que no estaba haciendo nada —miente Marsha, que prefiere cualquier tipo de actividad antes que seguir sentada en el salón viendo como en la televisión pasan una y otra vez imágenes aterradoras donde la sangre es protagonista mientras repasan los sitios a los que ha llegado la infección—. Pasa. Junior, ¿por qué no jugáis tú y Paula en el jardín en vez de en la calle?

Junior asiente, obediente, y entra en el jardín. Pluto le sigue, y Paula con él.

—Mira, ¿quieres ver cómo persigue la pelota? —pregunta Junior.

Paula asiente, y en cuanto Junior agarra la pelota, Pluto empieza a dar saltos alrededor de los dos críos. Marsha acompaña a Mark hacia el porche.

—Se lo agradezco —dice él—. Paula ha... pasado por mucho.

Marsha le mira interrogante.

—Es una larga historia —asegura él.

—Me parece que tenemos tiempo —responde Marsha con una sonrisa triste.

—Visto así...

—¿Le apetece tomar algo? Sólo puedo ofrecerle cerveza, creo que me quedan un par de latas en la nevera...

—No, gracias.

Cameron Collins sale de la casa y mira a Mark y después a su madre. Lleva puesto un vestido de verano y se ha recogido el pelo en una larga trenza rubia.

—Mamá, ¿puedo poner una peli? Estoy aburrida.

—Sí, ya no voy a ver la tele. Mark, ella es mi hija Cameron.

—Encantado, Cameron.

La niña hace un gesto con la cabeza a modo de respuesta. En ese momento vuelve a sonar el timbre y Pluto corre hacia la puerta, ladrando todo lo fuerte que puede. Junior corre detrás del perro, mandándole callar. Mark busca con la mirada a Paula y ve que se ha quedado rezagada, con la pelota en la mano. Y que está sonriendo y parece feliz.

Junior abre la puerta. Neil Ridgewick y su amigo Rick entran en el jardín e inmediatamente, Pluto empieza a gruñir. Mark se da cuenta de que los labios del animal se retraen, dejando a la vista los colmillos. Rick se detiene y da un paso hacia atrás. Neil ignora al animal y sigue avanzando hacia ellos.

—Dile a tu perro que...

Pluto no deja que Rick termine la frase. Con un ladrido, y enseñando aún más los dientes, hace que el chico se calle y retroceda hasta la calle. Junior agarra a Pluto del collar.

—¡Pluto, siéntate! ¡Pluto!

Obediente, aunque a regañadientes, el perro se sienta junto a los pies del niño.

Rick se mantiene fuera de la casa, mirando de reojo al animal. A Mark le parece que Pluto tampoco le quita ojo, pero para entonces Neil ya les ha alcanzado.

—Buenas tardes.

—Hola, Neil —saluda Marsha.

Neil desvía la mirada y la centra en Mark. De pronto, este siente como si le estuvieran estudiando a través de un microscopio. La sensación dura unos segundos. Después, Neil gira la cabeza y mira a Cameron. La chica baja la mirada con timidez. Y coqueta.

—Venimos a recoger la comida —dice Neil, volviendo a mirar a Marsha y colocando sus pulgares en el cinturón, como hacían los *cowboys*. De hecho, por primera vez en muchos años, Neil Ridgewick no lleva los pantalones caídos, sino que parece, de no ser por la camiseta negra y gastada, hasta presentable.

La mujer se encoge de hombros, dando a entender que es una situación que la sobrepasa y con la que podría no estar de acuerdo pero apechuga. Neil se gira y mira a Rick, que sigue junto a la puerta.

—¿Quieres venir aquí? ¡Parece mentira que le tengas miedo a un labrador!

—¡Me ha enseñado los dientes!

Neil resopla y mira a Cameron. La chica le sonrío.

—No hace nada —asegura Junior, pero sin soltar el collar de Pluto.

Rick duda y mira al perro. Al hacerlo, este vuelve a mostrar los colmillos, pero sin gruñir en esta ocasión. Rick levanta la vista hacia Junior.

—¿Seguro?

—Sí —responde Junior—. ¡Paula, tírale la pelota!

Paula obedece, pero el perro no se mueve.

—¡Pluto! —exclama Junior—. ¡Trae la pelota!

Por fin, el perro empieza a moverse, aunque no lo hace con la alegría acostumbrada, sino más bien con la desidia de un niño al que ordenan limpiar su habitación. Rick se decide finalmente y entra en el jardín, avanzando a pasos rápidos hasta situarse junto a Neil.

—¿Le importa que pasemos? —le pregunta Neil a Marsha.

—No, claro que no.

—¡Yo les llevo! —exclama Cameron.

Marsha asiente y le indica a Mark un sillón blanco situado en el porche. Cameron entra en la casa, seguida de Neil y Rick. Bueno, no exactamente, porque el claxon que escuchamos antes en casa de Ace Hall suena en ese preciso instante, y Neil aún se encuentra en el umbral de la puerta cuando se detiene. Rick, al que todavía le tiemblan un poco las piernas aunque nunca admitiría que ha estado a punto de mearse encima cuando Pluto le ha enseñado los colmillos y le ha gruñido, se choca contra su espalda.

—¿Qué coño...?

El claxon vuelve a sonar, tres veces seguidas, con clara urgencia. Neil empuja a

Rick a un lado y corre hacia la puerta, Pluto ladra al cielo (y un poquito también a Rick, del que aún percibe el olor a pesar de hallarse a más de diez metros), Mark se siente tentado de correr también para comprobar qué ocurre, pero después vuelve a fijarse en Paula y la ve correr detrás de Pluto y Junior. Los dos niños están riendo, así que Mark vence al impulso y se obliga a quedarse y dejar que se ocupen otros de los pitidos.

Por si te lo estás preguntando, la expresión de Marsha refleja esperanza porque al oír el claxon ha pensado en Bruce Morris, y ahora reza por dentro para que sea él quien intenta llamar la atención para que le ayuden a entrar en San Mateo. Sabe que no podrá abrazarle inmediatamente, porque Rachel lo hará ejerciendo su papel de esposa oficial, pero también sabe que Bruce encontrará la forma de escaparse un momento. Desde la noche anterior, Marsha ha hablado por teléfono con él en tres ocasiones, y en las tres él le ha dicho que la quiere y que daría todo lo que fuera por verla una vez más. Y es muy posible que antes no te hayas dado cuenta, pero durante la asamblea cuando Marsha Collins vio a Rachel y a su hijo Axel, su cara reflejó cuatro o cinco emociones en menos de dos segundos. Primero fue odio. Después pena. Después remordimiento. Y finalmente, ese sentimiento que es cincuenta por ciento orgullo, treinta por ciento superioridad y veinte por ciento «te jodes, guapa, pero no pienso dejarle sin sacar las uñas». Porque al final, a Marsha Collins no le importa que Rachel Morris pueda sufrir. Ella ya tuvo su razón de sufrimiento después de la muerte de su marido y cree, a pies juntillas, que es su turno de ser feliz.

Y Cameron... la niña estaba nerviosa pero también emocionada ante la idea de poder hablar con Neil. No sabía qué decirle, y tenía miedo de quedarse atorada cuando fuera a hablarle, pero había decidido intentarlo. Una hora antes, de forma totalmente rutinaria, había cogido el teléfono y marcado el teléfono de Barbie, a la que consideraba su mejor amiga y con la que solía hablar de todo. Barbie sabía de la existencia de Neil Ridgewick, Cameron le había hablado de la manera en la que él la observaba desde la ventana, e incluso le había contado que le había enseñado los pechos intentando parecer casual. Si Barbie hubiera contestado le habría expresado sus miedos, y seguramente Barbie le habría dicho algo, cualquier cosa, que sirviera para que Cameron tuviese más fe en sí misma.

Por supuesto, Barbie no respondió al teléfono. Ni tampoco lo hizo su padre, ni su madre, ni el imbécil de su hermano mayor. Cuando Cameron cayó en la cuenta de que seguramente Barbie estaría muerta a estas alturas, lloró sin poder evitarlo durante un rato.

Luego se recuperó, y se dijo a sí misma que Barbie le habría apoyado e insistido en que hablara con Neil.

—Mi padre siempre dice «La peor gestión es la que no se hace» —solía decir Barbie.

Y Cameron estaba dispuesta a entablar conversación con Neil, pero entonces, mientras le guiaba a él y a su amigo Rick a la cocina, el claxon entró en escena y Neil

echó a correr hacia la puerta.

Sí, Cameron Collins odió el sonido del claxon en cuanto lo oyó sonar.

Volvamos atrás en el tiempo. La última vez que vimos a Logan Kane, este había dejado atrás el centro penitenciario de San Bruno, a cuyas puertas murieron los dos policías de Novato y los dos agentes federales que le custodiaban, devorados por los muertos vivientes.

Después de correr sin detenerse durante casi veinte minutos, con la pistola de Jim Gordon fuertemente agarrada en la mano izquierda, Logan se detiene delante del escaparate de una librería y apoya la espalda contra el cristal. Mira hacia ambos lados. A lo lejos se escuchan disparos. Pareciera que alguien tenía puesta una película bélica con el volumen demasiado alto. Saber qué está ocurriendo realmente es escalofriante.

Logan se da la vuelta rápidamente al percibir un movimiento en el interior de la librería, y apunta con su arma a través del cristal. Vuelve a bajarla al ver la cara de un anciano de pelo blanco y gafas de pasta escondiéndose detrás del mostrador.

Sigue adelante, sin correr pero andando a paso rápido. Al llegar a la siguiente esquina, tres coches le adelantan a toda velocidad. El lateral del tercero roza con la parte trasera de un camión mal aparcado, pero el conductor logra controlar el vehículo y pronto desaparecen girando a la izquierda. Logan mira hacia la derecha y ve un letrero azul con una letra P blanca a unos doscientos metros. Corre hacia allí.

Al alcanzar la entrada al *parking* se detiene y duda. La rampa de bajada está completamente a oscuras. Si la entrada tuviera dientes, la rampa podría perfectamente ser la garganta del monstruo. No le agrada la idea de meterse en un sitio a oscuras. Sin embargo, al escuchar gritos a su derecha seguido de un ruido de cristales rotos, Logan se decide y empieza a bajar. Si hubiera esperado un par de segundos más, habría visto aparecer a una pareja de adolescentes del callejón situado a quinientos metros. Tres segundos más, y habría sabido de qué huía la pareja. O mejor dicho, de cuántos.

La oscuridad le cubre por completo, engulléndole, cuando apenas ha recorrido tres metros.

Y a partir de aquí tendrás que fiarte de mí porque el interior del *parking* es como la oscuridad casi absoluta. Cada cincuenta metros hay unas pequeñas luces de emergencia, rojizas, que alcanzan a iluminar unos dos metros cuadrados, completamente insuficientes. Logan camina con la mano derecha pegada a la pared y la izquierda extendida delante de él, con la pistola aún en ella. Está atento a cualquier ruido. En el exterior escucha un grito de dolor desgarrador, pero el interior parece estar en silencio. De pronto, se choca contra un coche, golpeándose la cadera contra el espejo retrovisor.

Se muerde los labios para no hacer más ruido y se queda completamente quieto, a la espera.

Si sigue moviéndose, lo único que va a conseguir es hacer más ruido, y el ruido

podría llamar la atención sobre su posición, así que decide quedarse quieto y se desliza, con la espalda junto a la pared, hasta sentarse en el suelo, con un leve sonido de fricción al rozar su espalda la pared rugosa del *parking*. Su plan es tan simple como esperar a que las cosas se tranquilicen fuera.

La mente es un órgano complejo, acostumbrado a jugar malas pasadas. Logan Kane es un hombre tranquilo y racional, que nunca se deja llevar por los nervios o el miedo, y sin embargo, al estar allí sólo, sentado en la oscuridad con la única compañía del silencio opresivo del *parking* cortado de cuando en cuando por siseos de cañerías o patitas de animales al moverse, escuchando los sonidos que le llegan apagados desde el exterior, Logan Kane se pregunta si es posible que algún zombie esté acercándose hacia él lentamente, tal vez reptando y el siseo que en ocasiones escucha no sea una tubería sino sus ropas harapientas y ensangrentadas al deslizarse por el suelo, tal vez incluso por debajo del coche. Prácticamente puede sentir la mano que le aferra el tobillo, los dientes que se acercan a su carne, el fétido olor que desprende el cadáver.

—No pueden verme —susurra. Y lo hace en voz alta porque quiere oír su voz, porque escuchar su propia voz rompe la sensación de claustrofobia que empieza a sentir.

Pero la mente es un órgano malvado al que le gusta jugar a ser el abogado del diablo, y se pregunta si eso es verdad.

—Si yo no veo, ellos no ven. Sus sentidos son los mismos.

¿Nunca te has dicho a ti mismo que te encantaría que la paranoia pudiera ser vista como una barrita sobre la cabeza de la gente, como si fuera un videojuego? En estos momentos la barrita de Logan Kane empieza a subir y hacerse más grande. Porque... ¿Está seguro de eso? ¿Los muertos se guían por nuestros mismos sentidos? ¿Nos ven, huelen o escuchan y se lanzan a por nosotros? Porque podemos insistir en que son humanos, antes de morir al menos, pero la lógica nos diría que un humano muerto no vuelve a levantarse, y sin embargo, las pruebas de que las cosas han cambiado están ahí fuera, corriendo por las calles de San Francisco y comiéndose a la gente como hamburguesas a las que dan un mordisco y después arrojan a un lado. ¿No es posible, acaso, que también hayan desarrollado algún otro sentido y ya no necesiten vernos para localizarnos?

Logan Kane piensa en eso y siente el miedo crecer en su interior.

—No entres en pánico, Logan.

Su voz es apenas un susurro pero sirve para evitar que se le acelere el pulso demasiado. Si se deja llevar por el miedo dejará de pensar de forma racional y en el momento en que deje de pensar de forma racional, será más fácil caer en las garras de los muertos.

Pensar antes de actuar le ha permitido huir de la policía y mantenerse fuera del radar. Y ahora no puede permitirse cometer un error porque ahora lo que está en juego es su vida.

Lentamente, apoyando la mano en la pared, Logan se pone en pie de nuevo. Sus ojos se han acostumbrado a la oscuridad y ahora es capaz de percibir sombras de vehículos y columnas. Y lo que es más importante, es capaz de ver una pequeña luz azul parpadeando cerca del lugar donde sabe que está la cuesta que le llevará de vuelta a la calle.

Separar la mano de la pared es probablemente la cosa más difícil de hacer, y sin embargo, Logan lo hace sin dudar. Una vez ha tomado una determinación, es muy complicado que alguien como Logan cambie de parecer o dude. Empieza a caminar hacia el parpadeo azul. Si se trata de lo que cree, y debería serlo, tal vez esté de suerte.

La luz azul resulta ser lo que Logan pensaba, el piloto lateral de un monitor de televisión dentro del receptáculo del guardia de seguridad del *parking*. Le lleva un rato localizar la puerta, y cuando lo hace, se sorprende al descubrir que está abierta. Estaba preparado para tener que romper el cristal. Entra y cierra a su espalda, y de inmediato siente como si se quitara una enorme y pesada carga de encima. Aunque en todo momento es consciente de que esa puerta endeble no duraría demasiado ante un grupo de zombies.

Palpa con la mano derecha la pared junto a la puerta y sus dedos tocan un interruptor. Se detiene antes de pulsarlo, preguntándose si llamará demasiado la atención. La luz le facilitaría enormemente las cosas, pero también podría ponerle en peligro. O no, y tal vez sea una tontería y esté sacando las cosas de quicio.

Pero será más rápido.

Enciende la luz. El resplandor de la bombilla le hace parpadear para ajustar las retinas a ella. Echa un vistazo rápido a la garita, pero casi de inmediato su atención se fija en el panel que hay junto a su cabeza, colgando en la pared, y una enorme sonrisa le asoma en los labios al ver las llaves que cuelgan de los distintos ganchos.

Coge la llave de un BMW y se da la vuelta. Después de asegurarse de que no hay ningún zombie acercándose a la garita, abre la puerta y sale. Aprieta el botón de apertura de puertas de la llave. Casi de inmediato, un par de luces parpadean a unos cincuenta metros. Logan avanza en esa dirección, las llaves en una mano y la pistola en la otra.

Saboreando su suerte.

Al llegar hasta el coche siente ganas de echarse a reír. Uno podría pensar que alguien como él merecería arrastrar la peor de las suertes y sufrir una muerte horrible, y sin embargo, de entre todas las llaves, él ha escogido la de un todoterreno.

Al montarse en el coche, se plantea seriamente la posibilidad de quedarse allí, e incluso dormir un rato. Apegarse al plan de esperar a que las cosas se tranquilicen ahí fuera, pero Logan nunca ha sido una persona capaz de quedarse quieta y esperar que las cosas mejoren por sí mismas.

Arranca el BMW. Se sorprende de lo silencioso que es su motor, y acelera en dirección a la salida. El BMW enfila la cuesta y empieza a subir hacia la calle.

Si Logan hubiera decidido permanecer más tiempo sentado junto a la pared, o si no hubiese encendido la luz de la garita y hubiese buscado las llaves tanteando en la oscuridad, o si hubiese decidido quedarse sentado en el coche hasta que las cosas se tranquilizasen, probablemente Brad Blueman habría muerto tarde o temprano a manos de los zombies que cada vez son más numerosos en la ciudad.

Pero Logan acelera en dirección a la calle y aprieta el freno de forma inconsciente, deteniendo el BMW como haría cualquier persona al salir de un *parking* para evitar llevarse por delante a quien pudiera pasar por delante de la entrada. Brad Blueman aparece corriendo desde la izquierda, con las mejillas regordetas de un color rojo apagado y la expresión de quien está a punto de sufrir un infarto. Si algo hay que destacar es que no lleva nada en las manos. Ha perdido su querida cámara de fotos en algún punto de su carrera.

Cuando las manos de Brad golpean el cristal junto a Logan, este se sobresalta y agarra la pistola, girándose para apuntar al periodista. Está a punto de apretar el gatillo, pero entonces Brad lanza un chillido digno de cualquier estrella femenina de películas de terror y Logan relaja el índice sobre el gatillo.

—¡No dispare, por favor! —grita Brad, pegando la cara al cristal—. ¡Por favor, estoy vivo, déjeme subir!

Logan observa que, al fondo, y corriendo en su dirección a toda velocidad, hay cerca de un centenar de zombies, llenando toda la anchura de la calle.

—¡Por favor! —grita Brad, hurgando en el manillar de la puerta trasera.

Logan le mira, y después mira a los zombies, que cada vez están más cerca, apenas a cincuenta metros. Les ve derribar a otro hombre, y un grupo de ellos le rodean de inmediato y empiezan a descuartizarle y a morderle. Logan arranca el coche.

—¡Por favor, conozco un lugar seguro! ¡Se lo juro, por Dios, déjeme subir!  
¡DÉJEME SUBIR!

Logan vuelve a mirar a Brad. Ve lágrimas en sus ojos, y también desesperación. Los muertos están cada vez más cerca, y Logan aprieta el botón que libera el seguro de las puertas. Como una exhalación, Brad abre la puerta trasera y se mete dentro del coche de un salto. Logan no espera a que cierre. Aprieta el acelerador y se aleja de allí, dejando atrás a los zombies.

—¡Dios mío! —exclama Brad entre jadeos—. ¡Gracias! ¡Muchísimas gracias!

—¿Has dicho que conoces un sitio seguro?

Y entonces, Brad Blueman le cuenta a Logan Kane la idea que tuvieron Patrick y Verónica acerca de la urbanización San Mateo.



Salir de San Francisco fue más complicado de lo que podría parecer. En varias ocasiones dieron con calles atestadas de coches abandonados de cualquier manera y por las que no podían abrirse hueco. En otra ocasión estuvieron a punto de chocar contra un Nissan volcado en el centro de la calle. En el interior, un hombre seguía anclado al asiento por el cinturón de seguridad, moviendo los brazos y la cabeza, pero no estaba vivo.

A partir de ese momento, Logan empezó a conducir despacio y con cuidado. Siempre evitaba atropellar a los muertos que le salían al paso, aunque en una ocasión estuvieron a punto de rodearles y tuvo que pasar por encima de tres cuerpos. El crujido de la caja torácica de uno de ellos al romperse bajo las poderosas ruedas del BMW les llegó claramente. Después Logan aceleró y las manos de los zombies golpearon el aire donde segundos antes habían estado las ventanillas del coche. En el asiento trasero, Brad Blueman gritó como una niña.

En otra calle, dos hombres armados con bates intentaron hacer que se detuvieran, pero Logan les sorteó subiéndose a la acera y embistiendo una moto aparcada junto a una farola.

Algo más tarde se encontraron con un control militar, o lo que quedaba de él. Había sido completamente arrasado y no se veía a nadie en los alrededores, excepto unos zombies que empezaron a correr hacia ellos en cuanto les vieron. Dos de ellos llevaban el uniforme militar y mostraban heridas atroces.

Para cuando lograron dejar atrás la ciudad ya hacía un rato que había pasado la medianoche y el faro delantero de la derecha estaba roto después de embestir la moto. Logan se desvió de la carretera y se internó en el bosque durante cinco minutos. Después, detuvo el motor y apagó las luces.

—¿Qué pasa? —preguntó Brad en ese momento, completamente aterrorizado por la oscuridad.

—Ya has visto las condiciones en que estaban las calles de San Francisco. Es muy probable que las carreteras estén igual y nos encontremos embotellamientos, accidentes e incluso sitios impracticables. Conducir en la oscuridad con sólo un faro operativo es jugar con la muerte.

—¿Vamos a quedarnos aquí? ¿Y si nos han oído y están viniendo? No les veremos aparecer.

—Por eso vamos a estarnos calladitos.

A Brad no le gustaba la idea de quedarse allí, en medio del bosque y a oscuras, pero tenía demasiado miedo para seguir protestando. Y sueño. Estaba realmente agotado. Llevaba casi cuarenta y ocho horas seguidas sin dormir, pero le aterrorizaba pensar en quedarse dormido y que los zombies le atraparan antes de que él pudiera intentar huir. Estaba seguro de que no lograría dormir nada.

En el asiento delantero, Logan mantenía la mano izquierda sobre la culata del

arma reglamentaria del agente Gordon y la mantuvo así durante toda la noche. No durmió porque no tenía pensado hacerlo. Brad, al contrario de lo que pensaba, en cuanto apoyó la cabeza se quedó completamente dormido. Logan tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no destrozarle la cabeza a golpes con la pistola, pero eso era lo que más le apetecía hacer cada vez que Blueman roncaba.

Con los primeros rayos de sol, Logan estudió el contorno y no vio movimiento. A lo lejos y a la derecha, en donde quedaba San Francisco, se elevaba una columna de humo negro. Arrancó el coche, y eso despertó a Brad, que se irguió, totalmente desubicado y despeinado.

—¿Ya es de día? —preguntó con voz ronca.

Logan ni siquiera se molestó en contestar. Regresar a la carretera les llevó veinte minutos. Como Logan había predicho, se encontraron con varios accidentes y vehículos abandonados en la carretera, que tuvieron que sortear subiéndose al arcén. En una ocasión vieron un zombie, un hombre al que le faltaba una pierna y se arrastraba por el suelo hacia ellos, abriendo la boca y lanzando gruñidos. No supuso ningún problema.

Y no vieron más muertos hasta llegar a Half Moon Bay, y eso nos lleva hasta el momento actual, cuando tras girar en una curva la verja de entrada a San Mateo les queda a la vista y Logan Kane pisa el freno haciendo que Brad se golpee la cara contra el asiento delantero.

Delante de San Mateo, agolpados contra la verja, hay al menos tres centenares de muertos. Algunos de ellos se giran para mirar el BMW y corren hacia el vehículo, pero la mayoría les ignora por el momento.

—Dios mío... —murmura Brad en el asiento trasero, frotándose el puente de la nariz, donde se ha golpeado contra el asiento—. Jamás lograremos entrar ahí...

Logan aprieta los dientes. El pequeño grupo de muertos que corren hacia ellos les alcanzará en unos segundos, y cualquiera se hubiera quedado asombrado al ver a esos seres, que antes de ayer fueron personas, corriendo e incluso manteniéndose en pie a pesar de las graves heridas que cubrían sus cuerpos y caras y que en condiciones normales les harían retorcerse de dolor o les mantendrían muertos en el suelo.

—Vámonos de aquí —casi suplica Brad—. ¿A qué estás esperando?

No contesta. Y Brad está a punto de agarrarle el hombro y sacudirle para volver a preguntarle lo mismo cuando Logan extiende la mano hacia el volante y pulsa el claxon tres veces, una tras otra, en rápida sucesión. Supongo que a estas alturas sabes tan bien como yo que en realidad es una suerte que Brad no llegue a agarrar del hombro a ese hombre, porque Logan se habría girado hacia él y le habría disparado sin contemplaciones. Tiene ese tipo de mirada en los ojos, y sabemos de lo que es capaz.

Los bocinazos son los mismos que escuchan Patrick, Neil y todos los demás residentes de San Mateo. También llaman la atención de los más de trescientos zombies que se aplastan contra la verja de entrada de la urbanización y que ahora se

giran para mirar el BMW y empiezan a moverse, como una masa de la que los individuos más rápidos y menos heridos se adelantan con rapidez.

—Oh, Dios mío —murmura Brad, al verlo.

Y entonces, Logan acelera el coche y embiste a los zombies más cercanos al tiempo que se desvía hacia la izquierda, subiéndose al arcén y saliéndose de la carretera. Brad comienza a gritar, incapaz de despegar la vista de la ventanilla a través de la que ve la horda de muertos variando su dirección y manteniendo al coche siempre en su mira. El BMW bota sobre un montículo, el retrovisor izquierdo golpea el tronco de un árbol y es arrancado de cuajo, y el vehículo cruza a toda velocidad paralelo al muro de San Mateo, dejando la entrada a su derecha primero y atrás después, perseguido por la multitud ansiosa de sangre que estira los brazos en su dirección. Algunas de esas manos muertas logran arañar la carrocería del coche, intentando agarrarlo pero sin conseguirlo.

Brad no deja de chillar en ningún momento y te mentiría si dijera que Logan Kane no piensa en girarse y dispararle a la cabeza para acallar ese horrible sonido.

Una lluvia de chispas azules saltan al raspar el lateral izquierdo del coche contra otro árbol, como una bengala gigantesca. Después, la rueda derecha se hunde en un socavón y el coche se inclina hacia un lado. Brad se golpea la cabeza contra la ventanilla. Logan mantiene las manos cerradas con fuerza en torno al volante y aprieta el acelerador con más fuerza. El coche salta hacia delante, regresando a la carretera y tambaleándose. Están a punto de perder el control, pero Logan consigue estabilizarlo. Brad se da la vuelta para mirar por la ventanilla trasera. La multitud que les persigue llena todo el ancho de la carretera. Le parece estar mirando hacia una de esas maratones multitudinarias que a veces se realizan en fechas señaladas, como fin de año. Una maratón sangrienta.

Y entonces Logan gira el volante, encarando con el coche el muro de piedra que sirve de perímetro a San Mateo y aprieta el freno hasta el fondo. Las ruedas del vehículo chillan al contacto con el asfalto al quedarse bloqueadas. Brad sale despedido hacia delante y choca de lleno contra el asiento delantero. El coche se detiene a un par de milímetros del muro.

Logan abre la puerta de golpe y sale al exterior. Sin tiempo que perder, se sube al capó del coche y salta hasta agarrarse a la parte superior del muro. Después es cuestión de hacer fuerza para elevar todo el peso de su cuerpo. Primero logra enganchar el brazo derecho, después la pierna izquierda y un momento después se encuentra en lo alto del muro.

Brad sale del coche, aturdido, y mira hacia la horda de muertos que corren en su dirección. Está gritando, como si fuera una niña, un sonido que desagrada a Logan en lo más profundo. Pero Logan ha tenido tiempo de percibir al menos dos figuras que corren hacia él desde el interior de la urbanización.

—¡Ven, joder! —le grita a Brad.

Y Brad levanta la vista hacia Logan. Tiene la mirada desencajada y la expresión de quien ha visto un fantasma. Logan extiende una mano y, durante un segundo, Brad no se mueve y Logan tiene tiempo de pensar en que ese imbécil se va a quedar paralizado allí mismo, junto al coche, y se va a convertir en comida para muertos vivientes. Pero Brad se mueve. Apoya las dos manos en el capó para subirse al coche, y Logan se da cuenta de que eso le supone un esfuerzo casi sobrehumano. Es evidente que Brad Blueman no está en forma y de que, por sus medios, jamás sería capaz de subir a lo alto de ese muro.

Logan se pregunta si tendrá la fuerza necesaria para subirle él.

Mientras Brad se pone en pie sobre el capó del coche y mira la mano que le tiende Logan Kane, recuerda la comisaría de Castle Hill, donde varios de ellos entraron de forma similar, hace lo que parece una eternidad.

Salta y agarra la mano de Logan, que tira hacia arriba gritando entre los dientes por el esfuerzo. Los pies de Brad rascan la piedra, intentando encontrar apoyos e

impulsarse hacia arriba. Los músculos del cuello y el brazo de Logan parecen a punto de estallar mientras tira hacia arriba. Brad intenta encontrar algún punto de apoyo. Los muertos alcanzan el BMW Uno de ellos empieza a subirse al coche. Con la mano que tiene libre, Logan apunta la pistola que hace menos de veinticuatro horas perteneciera a un agente federal y dispara. La bala atraviesa la cabeza del muerto, empujándole hacia atrás y derribando a otros dos zombies en el proceso. Vuelven a ponerse en pie casi de inmediato, y llegan más, rodeando el coche e intentando subirse para atrapar al gordo que cuelga zarandeando los pies y que para ellos supone un banquete.

Y Logan siente que no puede más, que su brazo no da más de sí y que tiene que soltarle. Su cerebro envía la orden a los dedos de la mano que sujetan la muñeca de Brad Blueman, aún sabiendo que para el hombre del mono azul es una condena de muerte. Los dedos de Logan Kane comienzan a separarse de la carne de Brad cuando otro hombre aparece junto a él y extiende la mano para agarrar a Brad. Entonces Logan Kane vuelve a agarrar la muñeca del periodista, y entre los dos logran subir a Blueman unos segundos antes de que los zombies consigan subirse al BMW y extiendan sus manos muertas hacia ellos.

Logan, Patrick Flanagan y Brad saltan hacia el interior de la urbanización. Blueman cae mal y se hace daño en un tobillo, pero de inmediato es ayudado para ponerse en pie por Peter, que les espera abajo. Se encuentran en el jardín de Tom Ridgewick, y este mismo, su sobrino Neil, Tyrone y Rick se están acercando a ellos en este momento.

—Joder, colega —exclama Peter.

—¿Estás bien, Brad?

Brad mira hacia Patrick con desagrado, pero asintiendo con la cabeza.

—¿Os conocéis? —pregunta Tom al llegar junto a ellos, mirando alternativamente a Brad y a Patrick.

Brad vuelve a asentir. Está jadeando, y aunque quisiera hablar, no podría hacerlo. Se agacha y apoya las manos sobre las rodillas, intentando recuperar el aire.

—Sí —responde Patrick.

Tom no dice nada, apenas hace un movimiento de cabeza, como dándose por enterado. Pero ha almacenado la información suficiente y necesaria en su cabeza, aquella que le han dado las miradas de ambos hombres.

—¿A él también? —pregunta Tom, mirando a Logan Kane de forma muy consciente sólo a los ojos, ignorando por completo el arma que el hombre sujeta en la mano derecha.

Patrick niega.

—Logan Kane —se presenta el hombre, guardando la pistola en la cintura y extendiendo la mano hacia Tom.

—Tom Ridgewick —responde, estrechándola.

—Venimos de San Francisco —dice—. Brad me dijo que probablemente esto era

seguro y condujimos hasta aquí.

Tom, ejerciendo de anfitrión, asiente con la cabeza y mueve los dos brazos, como queriendo abarcar la totalidad de San Mateo.

—Hemos conseguido salvaguardar San Mateo, sí. Somos una pequeña fortaleza.

—Pues no sabe cuánto me alegro de estar aquí.

Marsha Collins y sus dos hijos se acercan al grupo, y vienen con Mark y Paula. Cameron Collins atrae las miradas de los dos hombres. Neil Ridgewick apenas se molesta en ocultarlo. Logan Kane, sin embargo, posa la mirada en la chica adolescente durante dos segundos, los suficientes para que su cerebro fotografíe a la chica, y después vuelve a mirar a Tom Ridgewick, exhibiendo esa sonrisa de vendedor capaz de cautivar a cualquiera.

Es imposible que ninguno de los presentes lo sepa, pero a Logan Kane, la polla acaba de ponérsele dura.

—¿Qué ha pasado? —está preguntando Junior, mirando a Brad y a Logan con los ojos muy abiertos.

—Han saltado el muro —le responde Neil, aunque en realidad no le quita ojo a Cameron—. Los zombies han estado a punto de comérselos.

—¡Guauuuu! —exclama Junior, mirando a Logan y a Brad como si fueran los protagonistas de una película de aventuras.

Acariciando la cabeza de su hermano con cariño, Cameron le sonríe a Neil con coquetería.

—Bueno —dice Tom, juntando las palmas de las manos—, supongo que Tyrone no tendrá inconveniente en explicaros cómo están las cosas en San Mateo y las decisiones que hemos adoptado esta misma mañana. ¿Verdad, Tyrone?

El hombretón que aún lleva su traje de guardia de seguridad se quita de la boca la mano cuyas uñas estaba mordisqueando con nerviosismo, y mueve la cabeza afirmativamente.

—Gracias —responde Logan—. Muchísimas gracias por habernos salvado y por admitirnos aquí.

—De nada —responde Tom, con orgullo.

25. Brad Blueman.

26. Logan Kane.

Puedes estar seguro de que Tom Ridgewick lo apuntará en cuanto entre en su casa y eche mano de su libreta. Su censo particular. El censo del pequeño grupo de supervivientes de San Mateo, en Half Moon Bay, donde el más mayor de sus habitantes recibió un tiro en la pierna en Vietnam y tiene una mujer que hace una limonada exquisita mientras que el más joven hace un par de días que empezó a gatear. El pequeño Axel Morris, cuyo padre se encuentra encerrado en el complejo de oficinas donde trabaja intentando mantenerse oculto ante los zombies mientras divide los minutos de vida que le quedan a su teléfono móvil entre su esposa, a la par que madre de Axel, y su amante.

Rachel Morris se encuentra en estos momentos preparando el biberón con cereales que comerá Axel. El pequeño se encuentra sentado en su carrito, mirándola atentamente con sus grandes ojos verdes heredados de su madre. Ella agita el biberón con fuerza, para mezclar el agua y los polvos. Los primeros compases de *Rolling in the deep* le hacen soltar un grito, pero el biberón no se le cae al suelo. Con el corazón en un puño, prácticamente se arroja a por el teléfono y aprieta el botón de respuesta. *Rolling in the deep*, la canción de Adele, es el tono personalizado que suena cuando es Bruce quien llama.

—¿Cariño?

—Mi amor —la voz de Bruce Morris suena apagada porque está hablando en susurros, pero por suerte, nosotros podemos oírle.

—¿Cuándo vas a venir, Bruce? No puedo hacer esto sólo, te necesito conmigo...

Rachel se esfuerza por no llorar, pero sus ojos se empañan. Axel, como si entendiera que se trata de un momento de suma gravedad, se pasa la mano por la cara y se frota los ojos.

—Creo que lo voy a intentar. Bellic está rondando por esta planta, pero no veo a nadie más. Bellic está muerto, pero creo que puedo correr más que él.

Observa a Rachel. Cómo escucha sobrecogida la voz de su marido. Cómo se lleva la mano a la boca y se la tapa con temor.

—Oh, Dios... Bruce, ten cuidado, por favor...

—Lo tendré. Esto va a salir bien, ya lo verás, mi amor.

Observa esa lágrima que escapa al fin del ojo izquierdo de Rachel, tan verde como el de su pequeño hijo, y cómo resbala por la mejilla hasta quedarse colgando de la barbilla.

—Axel y yo te necesitamos.

—Y yo os necesito a vosotras, mi amor. Te quiero. Estaré ahí en una hora. Tal vez en dos.

Bruce Morris cuelga el teléfono al mismo tiempo que la lágrima solitaria de

Rachel Morris se despega de su barbilla y cae al suelo, estrellándose contra el mármol. Y como si hubiera abierto la veda, Rachel se echa a llorar, sin poder contenerse. Y tiene que agarrarse a la encimera para no caerse al suelo, aún con el biberón recién preparado en la mano. Y mira hacia Axel, que no comprende lo que pasa y mira hacia su madre con una sonrisa, y Rachel tiene que taparse la boca con las dos manos, tratando de ser fuerte, tratando de ser positiva, pero sin dejar de llorar. Y mientras eso ocurre en la casa de los Morris, el teléfono móvil de Marsha Collins empieza a sonar. Ella no tiene un tono personalizado para Bruce Morris, no lo tiene para ninguno de sus contactos en realidad, pero ve el nombre que aparece en la pantalla y se aparta de sus hijos para contestar.

—¿Bruce? ¿Cómo estás?

—Bien, mi vida —responde el hombre, al otro lado del teléfono. Y no sé a ti, pero a mí es imposible que este tipo me caiga bien—. Creo que voy a intentarlo. Sólo veo a un compañero de trabajo por aquí, y creo que puedo correr más que él.

—Dios mío, ¿estás seguro?

—Sí. Pronto estaré ahí.

—Ten cuidado.

—Te quiero, Marsha.

—Y yo a ti, Bruce.

Bruce cuelga el teléfono, y Marsha lo mantiene junto a su oreja unos segundos más, lo suficiente para respirar hondo y retomar la compostura. Cuando se da la vuelta, le sonrío a Mark como si no hubiera ocurrido nada importante. Y él le devuelve la sonrisa, amable, antes de girarse para mirar como juegan Paula y Junior.



Tú estabas conmigo en Castle Hill cuando todo empezó y sabes tan bien como yo de qué pasta está hecha Verónica Buscemi. Cuando Patrick regresa, ella está de pie en el porche de la casa de Ace Hall, con los brazos cruzados. Se acerca a Patrick de un par de zancadas y se encuentran a mitad de camino en el césped.

—¿Qué ha pasado?

—Brad Blueman —responde Patrick—. Ha regresado. Con otro hombre.

—¿Blueman? —Verónica casi escupe el nombre—. De entre todas las personas del mundo, ¿tiene que ser él una vez más?

Patrick se encoge de hombros y se dirige hacia una de las tumbonas que se encuentran junto a la piscina. Se deja caer sobre ella. Verónica se acerca, pero se queda de pie.

—Intento ser positivo, ¿sabes? —Patrick se lleva una mano a la frente—. Y, no sé, ayudarnos a todos a sobrevivir. Siempre he querido ser policía y ayudar a la gente, y a pesar de... todo lo que ocurre, esta es una ocasión perfecta para hacerlo.

Verónica se sienta a su lado. Apoya su mano con suavidad en el brazo de Patrick.

—Es complicado —asegura él—. Todo lo que está pasando... intento quitarlo de mi mente, no pensar en ello mientras hago mi trabajo aquí dentro, pero de vez en cuando no puedo evitarlo, y oigo sus gemidos, o simplemente recuerdo que se trata de gente, gente que ha muerto y ha vuelto a la vida. Y aquí dentro... creí que aquí podríamos estar a salvo y tranquilos, pero... no sé. Estoy diciendo tonterías, Verónica. Lo siento.

—No, no estás diciendo tonterías, Patrick.

Ella le sonrío, y él esboza otra sonrisa a cambio. Asiente con la cabeza.

—Tom Ridgewick. Cada vez que habla siento que no me quiere aquí, y no entiendo el por qué, ¿sabes? Digo, me pregunto si he hecho algo que pueda haberle sentado mal pero no encuentro una respuesta. Y estos críos... los ayudantes... —pronuncia esa palabra con tono despectivo—. No les aguanto, la verdad.

—No tienes por qué ser policía aquí dentro —asegura Verónica—. Si no te quieren con ellos, hazte a un lado.

—¿Tú podrías echarte a un lado si se estuviera quemando una casa, por mucho que los vecinos te miren mal por hacer tu trabajo?

Verónica suelta una carcajada, y Patrick se ríe también. Se encoge de hombros y se incorpora hasta quedar sentado junto a ella.

—Tal vez deberías hablar con él —dice Verónica—. Tal vez así deje de verte como una amenaza y comience a verte como una herramienta útil.

—Tal vez deba hacerlo.

Verónica le pasa el brazo por encima de los hombros y apoya la cabeza sobre el hombro de Patrick. Su melena rojiza se esparce por la espalda del agente.

—O tal vez debería darme un baño en esta piscina. Como plan, resulta más

atractivo meterse en una piscina contigo que patrullar las casas y saquear las despensas.

—Yo no he dicho que vaya a meterme en la piscina, querido.

—Eres la única persona que está aquí, y bañarse sólo es bastante triste —Patrick sonríe.

—No tengo bañador.

—Yo tampoco. Pero podemos bañarnos desnudos.

Verónica se echa a reír y levanta la cabeza. Patrick también se ríe.

—¿Estás flirteando conmigo en medio de un apocalipsis zombie? —Verónica vuelve a reírse—. Oh, Dios, nunca creí que podría pronunciar esas palabras.

Patrick sonríe.

—Es bueno darse cuenta de que aún podemos reírnos.

Verónica asiente.

—Si quieres le digo a Stan que se bañe contigo.

Patrick suelta una carcajada.

—No sé cómo no lo había pensado antes. Bañarme desnudo con Stan Marshall es uno de mis sueños eróticos preferidos. Desde que era pequeño y le compraba chicles con sabor a fresa. Con esos gruñidos tan sexys es imposible resistirse.

Verónica se ríe con ganas, sujetándose el estómago como si le doliera. Patrick se ríe con ella. Y como bien ha comentado Patrick, es bonito ver que la risa no ha desaparecido del mundo, aún cuando quedan pocas cosas por las que reírse.

Y mientras Patrick y Verónica se ríen a carcajadas en el jardín de Ace Hall, mientras Paula y Junior juegan a perseguirse con Pluto correteando alrededor de ambos y bajo la atenta mirada de Mark y Marsha, mientras aún con lágrimas en los ojos Rachel Morris le da de comer a Axel, Tom Ridgewick se acerca a Brad Blueman y le ofrece una taza de caldo.

Brad, que está sentado en una silla de plástico blanco sujetando una bolsa de hielo contra el tobillo que se ha torcido al saltar el muro, lo acepta de mil amores. El simple olor del caldo estimula sus papilas gustativas hasta el punto en que pareciera que va a empezar a babear, de la misma manera que babea Pluto cuando Junior pasea por delante de su hocico un trozo de salchicha sin darle la orden para poder comérsela.

—Dios mío, creo que hace más de un día que no como nada —asegura Brad, echando un trago de caldo y lanzando un gemido de placer.

Tom Ridgewick, sonrisa de tiburón por delante, agarra otra silla y se sienta junto a Brad Blueman.

—Bueno, seguimos un estricto racionamiento de comida, pero creía que era justo ofrecerle algo ahora que acaba de llegar, para que pudiera reponer fuerzas. Y yo no diré nada si usted no dice nada.

Tom guiña un ojo. Brad asiente, agradecido, entregado a la tarea de beberse el maravilloso caldo caliente que tiene entre manos.

—Por supuesto, muchas gracias.

—¿El señor Kane y usted se conocían de antes?

—No, no, que va. Me salvó en San Francisco al dejarme entrar en su coche. Me estaban persiguiendo y no hubiera llegado mucho más lejos, pero apareció providencialmente ante mí. De no ser por él... —Brad pone los ojos en blanco, dando a entender que hubiera corrido un destino mucho peor.

Tom asiente, como lo hacen los psiquiatras para dar a entender que entienden de lo que habla el paciente, aunque sea una puta locura.

—Gracias a Dios por el señor Kane, entonces. ¿Es usted religioso, señor Blueman?

—Ehhh... no, realmente —responde Brad, azorado.

—No se preocupe. En los tiempos que vivimos es bastante común no ser religioso. A mí me gusta decir que soy un hombre de fe, pero a decir verdad, practico bastante poco los mandatos que vienen con la religión.

Brad asiente y bebe un nuevo trago de caldo.

—Me parece que es usted un hombre inteligente, señor Blueman.

¿Cuántas veces, desde que conocemos a Brad Blueman, hemos visto esa expresión en sus ojos? Se siente halagado y sonrío. Casi como si fuera capaz de darle un beso a Tom Ridgewick.

—Bueno, soy periodista y procuro cultivar mi mente todo el tiempo.

Tom Ridgewick vuelve a asentir comprensivo. Su sonrisa no desaparece nunca de su rostro. Brad Blueman ha empezado a sonreír también, debido en parte a su orgullo recién halagado, pero también en parte a esa reacción tan humana que nos hace imitar de forma inconsciente los gestos de quien tenemos delante.

—Y tengo entendido que conoce usted al otro grupo... ya sabe, Patrick, Verónica, Mark...

Tom casi parece estallar de satisfacción al ver la mueca de desprecio que aparece en el rostro de Brad Blueman.

—Sí, sí que les conozco.

—¿Es una larga historia?

—No es una historia bonita —responde Brad.

—Mire a su alrededor, señor Blueman. Creo que quedan pocas historias hermosas que contar.

Brad se encoge de hombros, como si no hubiera pensado en ello. Y entonces Tom Ridgewick lanza la que resulta ser la gran estocada.

—Supongo que usted era su líder.

Brad suelta una carcajada involuntaria. Luego se gira a mirar hacia Tom Ridgewick, tratando de averiguar si se trata de una broma cruel. En los ojos del otro hombre no encuentra nada más que sorpresa.

—¿No?

—No —responde Brad—. Nunca me han escuchado. Para ellos no existo.

—No puedo comprender por qué. Es usted un hombre inteligente, y seguro que capaz de tomar decisiones difíciles, que es lo que más falta hace en situaciones tan límite...

—Bueno...

—¿Quién es entonces su líder? —pregunta Tom—. ¿Ese crío, el que dice ser policía?

—Patrick...

—¡Patrick! —exclama Tom—. ¡Cuánta prepotencia en una persona tan joven! No creo que haya vivido ni la mitad de las cosas que tú y yo podemos haber vivido en nuestras vidas, ¿no crees, Brad? Y perdona que te tutee.

—No pasa nada —responde Brad.

—¿Cómo pueden hacerle caso a él antes que a ti? ¿Están así de ciegos?

—Y a Verónica. También le hacen caso a ella.

Tom mira a Brad, sorprendido. Y esta vez, te lo puedo asegurar, la sorpresa es real.

—Déjame que te diga una cosa, Brad —Tom se acerca a él y baja el tono, como si hubiera gente a su alrededor y quisiera evitar que les oigan—. No negaré que es una mujer preciosa, pero desde mi humilde opinión, las mujeres no deberían ponerse al mando nunca. Sólo pueden llevar al desastre.

Brad asiente, completamente embelesado por Tom.

—Y te diré otra cosa, Brad. Desde que llegaron, no me he fiado de ninguno de ellos. No me parecen trigo limpio, Brad. Y me preocupa que haya gente así tratando de hacerse con el mando aquí. No sé tú, pero yo no estoy dispuesto a permitir que me pasen por encima. Y me encantaría tenerte a mi lado. Yo sí que te escucharé cuando tengas algo que decir.

Tom Ridgewick presenta su mano abierta delante de Brad Blueman, y el hombre al que durante tanto tiempo ha despreciado tanta gente no duda ni un segundo antes de estrecharla, completamente satisfecho.

La sonrisa de Tom Ridgewick debería darte miedo.

## Breve Interludio

### Kentucky Rock and Roll

A medida que el Cuarto Jinete fue esparciéndose por Estados Unidos, cientos de historias interesantes fueron desgranándose a lo largo y ancho de un país tan extenso y poblado. Nos resultaría imposible acercarnos a todas ellas, por supuesto, pero creo que podemos hacer una pequeña pausa en nuestro camino y acercarnos al céntrico estado de Kentucky. Más concretamente, a un pueblo llamado Denton. Más concretamente, a la iglesia metodista donde el reverendo Clay O'Laughin ha congregado a una multitud de fieles asustados por las noticias que llegan del resto del país.

Tal vez no te suene Denton, y tampoco sería extraño. Es un pequeño pueblecito minero de escasa población y escaso impacto en la geografía global como para resultar conocido. Pero si te hablo de Fort Knox seguro que una chispa de reconocimiento se prende en tu cerebro. Denton no está muy lejano a la famosa base militar.

Terry Teague asegura que la noche anterior escuchó una explosión en la base militar. Clay O'Laughin no sabe qué creer, claro. El miedo se ha instalado en todas las personas que han acudido a su iglesia en un intento por encontrar refugio y salvación. Cientos de rostros curtidos por el sol y el trabajo duro, manos encallecidas y permanentemente sucias, rostros cetrinos y desconfiados, ojos duros y barbillas esculpidas en acero, dientes que mascan tabaco y han adquirido un color amarillento imposible de borrar. Todo muy del estilo de Kentucky.

O'Laughin era descendiente de irlandeses y había heredado los ojos claros y la piel pálida con tendencia al enrojecimiento. En Denton siempre le habían considerado un extraño a todos los niveles posibles. Es lo que era, tampoco le preocupaba demasiado. Tenía una barriga prominente proporcionada por su afición a la buena comida y una nariz ancha de punta rojiza y venillas marcadas, regalo de su afición a la bebida.

Pero ojo, O'Laughin era una buena persona. Y se había ganado a su congregación a base de demostrarlo. Puede que siguieran mirándole con aquella desconfianza en los ojos, con un gesto ligeramente torcido, pero estaba bastante seguro de que le consideraban casi uno de los suyos. Como si fuera hijo adoptivo de Denton.

Y ahora, Terry Teague insistía en que no podían contar con los militares. Hablaba a gritos intentando hacerse oír por encima de los murmullos y comentarios de los demás. El reverendo les escuchaba, o intentaba hacerlo, desde el púlpito.

—¡Dicen que es un virus! —gritó Bobby John Alester. A sus setenta y cinco años, Bobby John estaba en mucha mejor forma física que gran parte de los jóvenes del pueblo. Tenía un cuerpo fibroso, unos brazos fuertes con los que ahora rodeaba la cintura de su mujer, y una larga barba blanca que le llegaba por debajo del pecho.

—¡Han sido los coreanos! —aseguraba Marvin Dixon—. ¡Ellos fueron los que atacaron Los Ángeles y ahora estamos en guerra, joder! —Marvin era tan delgado que podría haber pasado desapercibido si se pusiera de perfil. Y tan alto que fue a la universidad con una beca de baloncesto. Pocos hijos de mineros podían presumir de tener estudios universitarios. Y sin embargo, tras terminar la carrera, Marvin había regresado a Denton y se había unido a la cuadrilla de su padre. Tenía los ojos hundidos y los labios resecos—. ¡En cualquier momento nos invadirán! ¡Seguramente son ellos los que han atacado Fort Knox!

—¿Qué coreanos ni que perro muerto, Marvin? —bramó Daryl Reodus, poniéndose en pie de repente. Tenía un rostro duro pero atractivo, el pelo le caía rizado por los lados, enmarcando unos ojos marrones pequeños e inteligentes. Llevaba una barba descuidada de unos pocos días, y vestía con pantalones oscuros y un chaleco de cuero negro que dejaba a la vista sus fuertes brazos. Aquel chaleco llevaba en la espalda el logotipo de un club de moteros de la zona—. ¿Se te ha reblandecido el seso en la mina?

—¡Te digo que han sido los coreanos! —aseguró Marvin Dixon, también a voz en grito—. He oído que han sido los árabes, pero desde la muerte de Osama los árabes no levantan cabeza. ¡Tienen que haber sido los coreanos!

—Yo he oído que era una prueba militar —dijo Liz Winchester. Algo entrada en carnes, a sus cincuenta años Elisabeth Winchester seguía manteniendo el porte y el aura de autoridad que siempre había demostrado tener. A ojos de O’Laughin, Liz era la única mujer con agallas de Denton, y tenía muchas más que la mayoría de los hombres. Su marido, Ralph Winchester, era una sombra a su lado, siempre en silencio y un paso por detrás. Todo el mundo tenía claro quien llevaba los pantalones en esa pareja—. Algo que les salió mal a nuestros propios chicos —estaba diciendo—. Una mierda que probaron en el desierto de Nevada y se les ha ido de las manos.

—¿Y qué va a ser lo próximo? —preguntó Marvin—. ¿Alienígenas del Área 51?

—¿Tan raro es pensar que estaban haciendo un experimento y se les ha descontrolado? —preguntó Liz con un tono tan sarcástico que incluso Marvin se encogió.

—Ahora vendrás a decirme que el gobierno estuvo también detrás de lo de las Torres —protestó Marvin, aunque sin la fuerza de antes.

Liz descartó aquel comentario con un gesto despectivo de su mano. Terry Teague estaba volviendo a repetir que había escuchado una explosión en Fort Knox, y otros hombres se estaban sumando a la discusión con argumentos cada vez más enloquecidos. El reverendo levantó las manos en un intento de atraer la atención. Estaba a punto de dar un grito y pedir silencio cuando la puerta de la iglesia se abrió de golpe. Resonó como un trueno, y la mayor parte de los presentes se giró para mirar. Incluso hubo algún grito de sorpresa y temor, sobre todo de parte de algunas de las mujeres que no eran Liz Winchester.

La figura a contraluz de un hombre esperaba en el exterior. Sujetaba una escopeta

en la mano derecha y llevaba calado un sombrero de *cowboy*. Cuando avanzó y entró en la luz de la iglesia, todos pudieron ver al recién llegado. Llevaba botas de vaquero que se afilaban en la punta, pantalones tejanos ajustados y una camisa a cuadros azules y blancos. Su nombre era Sean Garraty y era uno de los hombres del sheriff de la cercana población de Flaherty.

—Estamos perdiendo de vista el tema central —dijo O’Laughin, aprovechando el silencio provocado por el recién llegado. Conocía aquella iglesia al dedillo, sabía modular la voz para que pareciera dominar todo el lugar y llegara hasta el último rincón. De nuevo, los cientos de caras que esperaban entre los bancos se giraron a mirarle, como el público devoto de un concierto—. Estamos...

—¡Flaherty ha caído! —gritó Sean Garraty, levantando la voz y cubriendo la de O’Laughin.

Un murmullo tenso y lleno de miedo cubrió a los presentes. El propio reverendo palideció. Ni siquiera se molestó en señalar que muchos de aquellas exclamaciones tomaban el nombre de Dios en vano. Sean Garraty avanzó por el pasillo central, atrayendo todas las miradas como lo haría un imán con cientos de piezas metálicas. Se apoyó la escopeta sobre el hombro y se detuvo, con la otra mano engarfiada en el cinturón.

Aquella estética de vaquero de película y sus continuas poses de tipo duro a lo Wayne le habían ganado cierta reputación en la zona. O’Laughin recordaba, incluso, que estando en el Cerezo Negro tomando una cerveza bien fría, Sean Garraty había entrado exhibiendo aquellas mismas maneras. Alguien se había puesto en pie y le había preguntado si se creía Rayland Givens. Garraty había sonreído pero no había respondido.

—¿Qué quieres decir con que Flaherty ha caído? —preguntó el reverendo, sintiendo la garganta atascada.

—Quiero decir exactamente eso. Flaherty ya no existe. Esas malditas cosas llegaron de noche y nadie estaba preparado. Yo mismo he escapado por los pelos.

—¿Son los... coreanos? —preguntó Marvin con un hilo de voz.

—¿Coreanos? —Garraty frunció el ceño, sin comprender—. No. Son los putos muertos vivientes de AMC, pero puestos de speed hasta las cejas. Corren como hijos de puta y les importa una mierda que les disparen porque no están vivos. Hay que reventarles el cerebro.

—No deberías... —el reverendo tartamudeó y tragó saliva—. No deberías hablar así aquí.

Sean Garraty miró a su alrededor y se detuvo un par de segundos en el enorme Cristo Crucificado que dominaba la estancia. Tenía los ojos vueltos hacia arriba y en blanco, en reflejo del martirio sufrido.

—Supongo que sabrá perdonarme —respondió.

—¿Entonces es verdad? —preguntó Terry Teague.

—Es tan cierto como que me llamo Sean Garraty.



—Oh, Dios mío —murmuró alguien. O’Laughin buscó con la mirada pero no supo encontrar al culpable.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Bobby John con gesto preocupado y poniendo su mano sobre el hombro de su nieto más joven, un niño de unos seis años con rostro bobalicón y ojos dispersos.

—¿Qué vamos a hacer? —repitió Garraty, mirando alrededor—. Huir no tiene sentido. Esas cosas están por todos sitios, llegan noticias de ataques de punta a punta del país. He intentado comunicarme por radio con el ejército y me han contestado que estoy por mi cuenta, que no están capacitados para enviar ayuda en este momento. Así que he venido hasta aquí pensando que encontraría un par de personas con las que atrincherarme. Esto supera mis expectativas —dijo, haciendo un gesto con la mano para abarcarles a todos. Levantó la escopeta por encima de su cabeza—. Vamos a demostrarles cómo se toca *rock and roll* en Kentucky.

No hay nada que encienda más a los habitantes de Kentucky que saber que vienen a echarles de sus tierras. No importa si se trata de una corporación minera, del propio gobierno federal deseando construir una carretera o de los malditos muertos vivientes. Y el reverendo sabía que todas aquellas personas solo necesitaban un empujón para plantar cara. Bien podría haber sido Bobby John Alester quien diera un paso adelante y se erigiera como líder, la misma Liz Winchester lo habría hecho muy bien de haberse decidido, y puedes estar seguro de que la idea de hacerlo planeaba por su mente. Al final, había sido Sean Garraty.

Su propuesta recibió algunos aplausos, unos cuantos murmullos de aprobación y varios gritos de ánimo. La inmensa mayoría de aquella gente poseía armas en sus casas, en sus furgonetas de trabajo, en las guanteras de sus coches u ocultas bajo la ropa, allí mismo, en la iglesia. O’Laughin era consciente de ello y sabía que pedirles que no portaran sus armas cuando entraran en la casa del Señor sería predicar en vano.

Ojos que no ven, corazón que no siente. O eso se decía, al menos.

Atravesaron un par de coches formando una barrera en la carretera que llevaba a Flaherty. Conformaron una barricada y se prepararon para hacer frente a lo que viniera por allí. Había tantas armas como en un arsenal y no sólo eran hombres los que las portaban. Garraty estaba al centro, con su sombrero inclinado a un lado y la escopeta en las manos. También tenía una pistola en el cinturón. A su lado estaba Liz Winchester, al mando de algunas de las mujeres del pueblo. Todas aquellas que sabían disparar y lo habían hecho alguna vez tenían un arma en las manos. El resto estaba en la iglesia con los niños y con el reverendo.

La espera fue horrible. Estaban en tensión y tenían miedo. El aliento se condensaba en pequeñas nubes de vapor delante de sus bocas. La noche empezaba a caer sobre Denton. Nadie se arrellanó en ningún momento. Si buscabas héroes cuando nos encontramos en Denton, Kentucky, encontrarás cientos de ellos. Hombres que esperaron valientemente la llegada de la plaga, las manos crispadas sobre las

armas, dispuestos a luchar por defender sus hogares y a su gente. Hombres que empezarían a morir con la medianoche.

Avistaron el primer muerto viviente a las once y diez minutos. Para todos los presentes resultó sobrecogedor verlo, corriendo en su dirección con el hambre voraz escrito en su rostro, sangrando por múltiples heridas, con la ropa destrozada y cubierta de rojo. Una cosa era pensar en ellos, verlos en televisión persiguiendo a los personajes de una serie o una película, y otra muy distinta era verlos en vivo. Era atroz, mucho peor de lo que cualquiera de ellos pudiera haber imaginado.

Puedes estar seguro que de no haber estado Sean Garraty al frente de aquella barricada, aquel primer muerto podría haberles alcanzado mientras le observaban con la boca abierta y la expresión de un ciervo al divisar los faros de un coche acercándose a él a toda velocidad.

Garraty abatió a aquel primer muerto.

Pero ya sabemos cómo es esto. Tú y yo hemos vivido lo que ocurrió en Castle Hill, hemos visto caer una ciudad como Los Ángeles y sabemos que la calma que ahora se cierne sobre San Mateo, en Half Moon Bay, será puesta a prueba en algún momento. Siempre es así, sabemos que el descanso no durará mucho tiempo. Al primer muerto siempre le siguen muchos más. Incansables, irracionales, insaciables.

Los habitantes de Denton, Kentucky, los recibieron con un concierto de pólvora. La música de aquellas armas se alzó en el cielo desgranando sinfonías de muerte. Los muertos caían de nuevo al suelo. Cuando les destrozaban la cabeza no volvían a levantarse. Si las balas les atravesaban otra parte del cuerpo, volvían a levantarse y embestían de nuevo. Si no eran capaces de ponerse en pie, se arrastraban. Eran la Muerte, el famoso Cuarto Jinete en persona. Y Denton no era más que otra zona del Armagedón.

Cerca de medianoche lograron alcanzar la barrera. Garraty les gritó para que retrocedieran cuando supo que habían perdido la posición. Los muertos seguían llegando y resultaba evidente que no lograrían frenarles. Atravesaron la barricada con la facilidad con la que un cuchillo atraviesa una barra de mantequilla. Daryl Reedus cayó al suelo cuando se echaron sobre él, destrozando su cuerpo y arrancando trozos de carne y hueso con las manos desnudas, ayudándose de los dientes. Aquello provocó la histeria entre los habitantes de Denton. Muchos soltaron sus armas y huyeron abandonando la pelea. Garraty siguió disparando sin parar, gritando órdenes a los que aún mantenían la posición. Intentaban cubrirse unos a otros pero cada vez eran menos.

Liz Winchester y un grupo de mujeres fue rodeado por una pequeña muchedumbre de muertos vivientes. Se vieron obligadas a refugiarse en el interior de un estanco. Siguieron disparando sin cesar, luchando hasta el final, pero los muertos lograron entrar. Los gritos habrían hecho llorar al más duro de los hombres. Bobby John Alester gritó con frustración mientras más y más zombies entraban en el estanco sin recibir respuesta desde el interior. Volvió a gritar cuando los gritos de las mujeres

se apagaron. Y en su lamento, abandonó la esquina tras la que se cubría y avanzó disparando hacia los muertos, insultándoles a voz en grito y acercándose a una muerte segura con los brazos abiertos de par en par.

El reverendo O'Laughin intentaba mantener calmados a los niños. Sus madres le ayudaban, aunque el miedo se reflejaba también en los ojos de ellas. Con la llegada de los disparos muchos niños habían roto a llorar. Con los gritos y el caos en el exterior, el interior de la iglesia se había convertido en otro tipo de concierto, uno lleno de sollozos y llanto y pánico.

Sean Garraty atravesó la puerta abriéndola con el hombro. Tenía salpicaduras de sangre en la cara y había perdido el gorro en algún momento. Sujetaba la escopeta con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos de la presión. Al verle hubo gritos y los llantos se recrudecieron. Corrió hacia O'Laughin.

—Reverendo —dijo—, es cuestión de tiempo que nos sobrepasen. En la parte de atrás hay un camión. Meta en él a todos los niños... —miró a su alrededor y tragó saliva—. A todos los que pueda, reverendo. Y sáquelos de aquí. Por lo que más quiera, saque a los niños de aquí.

—¿Qué harás tú? —le preguntó. El reverendo nunca había sido un hombre miedoso pero en aquel momento sentía el comezón del pánico apretándole las pelotas.

—Darle tiempo, reverendo.

No hizo falta nada más. El reverendo les gritó a los niños que le siguieran, haciendo gala de toda su amabilidad y con un cariño que a Garraty le resultó digno de admiración. Luego se le formó un nudo en el estómago al ver a todos aquellos críos poniéndose en pie. Si se apretaban, con suerte cabrían la mitad. El resto...

Garraty esperó en el pasillo mientras la iglesia se vaciaba por la puerta que llevaba a la vicaría y a la calle trasera. Fuera, la cadencia de los disparos iba menguando por momentos, tan notable como notable era el silencio solemne de la iglesia. Respiró hondo y cerró los ojos, esperando.

Ahí le tienes, un hombre que viste como un *cowboy* del siglo veintiuno, sujetando una escopeta y una pistola y aspirando a ejercer su papel como última barrera durante el tiempo necesario para que el reverendo O'Laughin y todos los niños que cupieran en aquel camión salieran de Denton y buscaran suerte en algún otro sitio.

Para entonces, Sean Garraty dudaba que existiera otro sitio.

La puerta de la iglesia se abrió con tanta fuerza que golpeó la pared levantando trozos de pintura y yeso. Sean Garraty abrió los ojos. A la cabeza del Apocalipsis corría hacia él una mujer a la que creyó reconocer, con el rictus torcido en un gesto de furia desgajada y sangrienta.

—Hagamos *rock and roll*, preciosa —murmuró. Le hablaba a su escopeta.

Les recibió a sangre y fuego.

# VII

## Oscuridad

# 1

El mismo día en que la electricidad dejó de funcionar en San Mateo, Phoenix terminó por sucumbir. Durante las últimas horas de inútil resistencia, militares, policías y civiles combatieron mano a mano intentando frenar el avance de la furiosa horda de muertos vivientes que les asediaba. Fue cuestión de tiempo que las balas empezaran a agotarse, que los muertos fueran abriendo brechas y aniquilando a los vivos. Al final, los pocos vivos que quedaban en pie se defendieron con todo lo que tenían a mano, piedras, sillas, cuchillos, palos de billar. Algunos trataron de huir. Los muertos les dieron caza.

La base segura establecida en Avondale, a las afueras de Phoenix, aún parecía ser un bastión impenetrable. Sus muros eran sólidos y los soldados que los custodiaban no tenían ningún miedo de los millares de zombies que empezaban a apelonarse contra ellos, estirando las manos y rasgando el aire en su dirección. Algunos de aquellos soldados se divertían lanzando colillas a los muertos, escupiéndoles e incluso orinándoles encima. Las autoridades de la base sabían que este tipo de cosas ocurrían, pero no le ponían freno. Ayudaba a los soldados a mantener la cordura, y para ellos, eso era lo importante en ese momento.

Lo que sí preocupaba al alto mando en Avondale era la situación de las puertas. Los muros que rodeaban el lugar eran firmes y no cederían al empuje de los muertos, pero las puertas habían empezado a combarse después de dos días de continuo empuje. Manos muertas golpeaban sin pausa, día y noche, aquellas puertas, con una ira desmedida. Habían ordenado reforzarlas con sacos de arpillera, pero aun así, temían que no fuera suficiente, que en algún momento una bisagra saltara y hubiera una brecha. Sabían de sobra que sólo hacía falta un zombie para que todo aquel lugar se fuera al carajo.

Había veinticinco de aquellas jaulas completamente llenas de civiles. Compartimentación, lo habían llamado, pero a veces, al mirar a los civiles hacinados en su interior, muertos de frío y miedo, era imposible no pensar en campos de concentración. Veinticinco jaulas con cien personas cada una hacen dos mil quinientos civiles. Ni siquiera es una gran cifra.

Deberían haber sido veintiséis jaulas, pero en la séptima habían encontrado un infectado. No le habían mordido, porque entonces no habría superado los estrictos controles que imponían los militares, pero el virus había estado en su interior de todas maneras. Al morir, condenó a las otras noventa y nueve personas que se encontraban encerradas con él. Los gritos se elevaron en el aire, pánico pero también dolor. Aquel hombre mordió al tipo que se encontraba a su lado, desgarrándole la garganta. Entonces fueron dos, y esos dos se convirtieron en cuatro, y luego en ocho. Los demás intentaron luchar, pero no tenían armas y las manos resultaban ineficaces contra los zombies. El pánico dentro de la jaula se convirtió en una pesadilla. En las demás jaulas, la gente se tapaba los oídos para evitar escuchar los gritos. La gente

lloraba, suplicaba ayuda o clemencia, rezaba. Gabriel fue de los que lloraron. Duck no, pero el terror inundaba su cuerpo como una marea maldita. De forma expeditiva, los soldados abrieron fuego contra el interior de la jaula siete fulminando a los muertos, pero también a aquellos que aún se mantenían con vida. Los disparos se extendieron en el tiempo durante al menos cuatro o cinco minutos. El olor a pólvora se mantuvo en el aire durante horas. Los llantos en las otras jaulas no cesaron.

En algún momento, alguien preguntó por qué. Uno de aquellos soldados respondió, lacónico, que todos estaban condenados desde el momento en que uno de ellos se infectó.

Duck no se dio cuenta, pero nosotros podemos observar y ser conscientes de las miradas que, desde ese momento, enturbian el resto de las jaulas, llenas de desconfianza, vigilantes. Desde ese instante, aquellas personas dejaron de ser compañeros de celda, viviendo el mismo extraño cautiverio, para convertirse en peligros potenciales. La paranoia se convirtió en compañera del miedo.

La electricidad duró más tiempo en Avondale que en sitios como San Mateo gracias a los generadores del ejército, pero dejó de utilizarse para todo y empezó a racionarse igual que se racionaban todo tipo de cosas. Siempre había luz en los barracones de los soldados, pero la explanada en la que estaban construidas las jaulas apenas contaba con dos puntos de luz, completamente insuficientes, que convirtieron la primera noche sin electricidad en un terrible manto oscuro. Y si a la luz del día los nervios ya se encontraban a flor de piel, entonces puedes imaginarte lo que provocó la oscuridad. En la jaula dieciocho, una mujer tuvo un ataque de histeria y empezó a chillar, y el sonido era como el que produce un tenedor sobre un plato, desagradable y estridente, y aunque al principio sus compañeros de celda trataron de calmarla, al final se dieron por rendidos. Intentaron dormir, tapándose los oídos con las manos, pero aquel sonido continuaba y continuaba, y otras personas comenzaron a gritarle que se callara, un par de niños se pusieron a llorar inconsolables, como haciéndole compañía a aquella mujer. Los soldados ni siquiera se acercaron a la explanada para comprobar que todo iba bien.

Y en algún momento, Norman Brown perdió los nervios. Capataz en una fábrica textil, Norman siempre había tenido un carácter agresivo. Sus dos exmujeres podrían haberlo asegurado, pues ambas lucieron moratones en los ojos y labios partidos cortesía del señor Brown. Aquel chillido acabó por sacarle de sus casillas y se abalanzó hacia la mujer, agarrándole la garganta y empujándola contra la verja. En cuanto el canal de aire de la mujer quedó obstruido, el chillido se apagó, y aquello fue en realidad delicioso para los oídos de todos cuantos vivían hacinados en la explanada compartimentada de Avondale, y el placer del silencio nocturno, aunque roto por los lejanos sonidos de los zombies, más allá del muro, provocó que Norman Brown apretara con más fuerza la garganta de aquella mujer. No todos se quedaron quietos viendo como Norman la asesinaba. Algunos se levantaron, incluso se acercaron a él, y un hombre de pelo canoso y labio leporino le dijo que sería mejor

que la soltase antes de que fuera demasiado tarde. Pero en lo que importa, nadie hizo nada para detenerle.

Cuando Norman Brown soltó a aquella mujer, sus ojos parecían a punto de reventar y su rostro había adquirido un tono morado casi negruzco. El cuerpo cayó desmadejado al suelo y Norman se alejó un par de pasos antes de ponerse a llorar, presa de los nervios. La mujer, por supuesto, estaba muerta.

Las otras noventa y nueve personas de la celda dieciocho tuvieron suerte de que no estuviera infectada. No volvió a levantarse.

## 2

Con las primeras luces del alba, en el quinto día después del estallido vírico en Los Ángeles, alguien apaga el generador que abastece de electricidad a la base de Avondale. Por supuesto, con eficacia y disciplina militar, se comprueba la cantidad de combustible disponible y se efectúan cálculos destinados a averiguar cuánto tiempo tardarán en quedarse, también, sin generador. El resultado, aunque poco halagüeño, es menos horrible que el referente a la comida. El coronel Walter Jordan quiere obedecer las órdenes que llegaron de Washington antes de que las comunicaciones empezaran a fallar, pero ha empezado a pensar que, si quiere mantener a sus hombres con vida, dos mil quinientos civiles son una gran carga.

Una que no va a poder alimentar eternamente. No sin canales de abastecimiento.

Fuera, en la explanada, diez soldados equipados con guantes y máscaras de gas se dirigen a la jaula número siete. Comienzan a sacar los cadáveres y a transportarlos hacia la esquina noroeste, donde durante el día anterior han cavado un gran hoyo que utilizarán como pira funeraria. Entre esos soldados se encuentra Brian Wade, un joven de veintidós años rubio y de facciones marcadas, que aunque no lo sepa todavía será el causante de la destrucción de Avondale.

El olor a muerte de la jaula siete empieza a ser completamente repugnante. Hace dos días que tuvo lugar el tiroteo y la gente de las jaulas colindantes empieza a aplaudir al ver a los soldados llevarse a los cadáveres.

—¡Ya era hora! —grita alguien.

Algunos silbidos se suman a los aplausos. Brian observa las caras apretujadas contra las verjas, mirándoles y aplaudiendo y silbando. Se pregunta cómo han sido capaces de aguantar ese olor a putrefacción durante dos días, si a él, con máscara de gas incluida, le está costando aguantarlo unos minutos. Supone que se debe a la resignación y la impotencia de no poder hacer nada. Y está pensando en eso cuando baja las manos hacia uno de los cuerpos, un hombre con la cabeza completamente destrozada y transformada en una especie de pulpa rojiza, y algo se hunde en la punta de su pulgar. Retira la mano con rapidez y se la mira. El guante azulado que le cubre la mano muestra una única gota roja. Mira al suelo y ve, junto al cadáver, un trozo de alambre. Molesto, le da una patada para alejarlo y se limpia el guante en el pantalón. No se da cuenta, pero el Cuarto Jinete ya se encuentra en su interior.

Brian Wade sigue haciendo su trabajo.



### 3

En la jaula número diez, Duck se despierta con el ruido de los aplausos. Al incorporarse, es incapaz de ver a qué se debe la algarabía. Tiene demasiada gente delante. A su izquierda, ve a un grupo de gente sentados en el suelo, formando una especie de corrillo y hablando en susurros. Se acerca a ellos.

—¿Qué está pasando? —pregunta.

—Están limpiando de cuerpos la jaula que tirotearon el otro día —responde uno de los hombres, que lleva un peto vaquero con los tirantes sueltos.

Otro de los hombres, que tiene una brizna de hierba entre los dientes y aspecto de haber trabajado en el campo toda su vida, le da un codazo a Don Peto Vaquero y chasquea los dientes. Los siete hombres que conforman aquel grupo se giran para mirar a Duck, y es fácil percibir que no es bien recibido entre ellos. Duck ladea la cabeza, sin comprender, y retrocede hasta la verja donde se encuentra Gabriel. El chico le mira. No parece el mismo chico que conocimos a las afueras de Castle Hill. Está demacrado y tiene una expresión de miedo constante, en su rostro han aparecido arrugas junto a los ojos.

—Qué tipos tan raros —murmura Duck, apoyándose en la verja.

—Te tienen miedo —responde Gabriel.

—¿A mí? —Duck se sorprende—. ¿Por qué?

—Han formado un grupo de vigilancia —a Gabriel le cuesta hablar, en parte porque está aterrado, en parte porque sabe que tendría que habérselo contado antes a Duck—. Después de lo que ocurrió en la siete, la gente tiene miedo de que haya infectados en la celda. Eso supondría la muerte de todos nosotros... a menos que actúen con rapidez.

—No entiendo a que...

—Son como la policía de la jaula, Duck. Están vigilando a todos, atentos a cualquier síntoma. Dicen que le reventarán la cabeza a patadas a aquel que sea un peligro, antes de que le dé tiempo a matar a nadie.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? Yo no estoy infectado.

—Traté de explicárselo —asegura Gabriel, con los ojos empañados en lágrimas—. Pero les da miedo la sangre que tienes encima. Dicen que si esa sangre estaba infectada, lo más seguro es que tú también estés infectado.

—¿Qué? Esta sangre no está... menuda gilipollez.

Duck se separa de Gabriel y echa a andar hacia el grupo liderado por Brizna de Hierba, apartando a la gente que se interpone entre ellos. Al verle acercarse, Peto Vaquero se pone de pie. Los otros también, y a Duck le recuerdan a las pandillas de instituto a punto de empezar una pelea.

—Hola —dice, levantando una mano en un gesto que espera sea interpretado como son de paz—. Acabo de enterarme de vuestro temor por la sangre que cubre mi ropa. Todo este asunto de... la policía de la jaula... está muy bien, es más, creo que

es una buena idea, mejor que estemos atentos por lo que pueda pasar, desde luego, pero yo no soy un problema. Es más, estoy bastante dispuesto a echaros una mano, creo que todos deberíamos hacerlo, de hecho. Si todos vigilamos a la gente que tenemos al lado no tendremos problemas —Aunque en realidad, cree que si todo el mundo empieza a sospechar del resto, sí que tendrán graves problemas. La historia del mundo está llena de ejemplos parecidos—. Y respecto a la sangre que hay en mi ropa, pertenece a gente que no estaba infectada y que murió a manos de los militares. Fue un error que dispararan, pero lo hicieron y yo sobreviví.

Durante un momento, nadie dice nada. Duck se siente incómodo. Peto Vaquero le mira fijamente a los ojos y, detrás de él, Brizna de Hierba escupe al suelo antes de tomar la palabra.

—Esperemos que tengas razón.

Duck sonríe.

—En realidad, yo tengo las mismas posibilidades de estar infectado que tú. No sé de dónde vienes, ni si has estado en contacto con los muertos... Por lo que yo sé, tú podrías ser un peligro también.

Brizna de Hierba sonríe, antes de darse cuenta de que algunos de sus compañeros se giran a mirarle, tensos. Después, la sonrisa se borra de su cara y avanza hacia Duck cerrando los puños. Y Duck, que jamás en su vida se ha peleado con nadie, se mentaliza para recibir una paliza mientras sube las manos dispuesto a defenderse.

No llega a iniciarse la pelea. El grito de Norman Brown en la jaula dieciocho les interrumpe.

Mientras Duck recibe por boca de Gabriel la noticia sobre la creación de la policía de la jaula, Brian Wade y el soldado Pablo Rivera cargan con uno de los cuerpos pasando por delante de la jaula dieciocho.

—Un momento.

Pablo le hace un gesto con la cabeza a Brian, y los dos soldados depositan el cadáver en el suelo. Pablo se acerca a la jaula, sin dejar de mirar el cuerpo amoratado de la mujer que tuvo un ataque de histeria.

—¿Está muerta? —pregunta, mirando a los civiles que le observan desde el interior de la jaula.

El hombre de pelo canoso que le pidió a Norman Brown que soltara a la mujer se adelanta.

—Sí, está muerta.

—¿Qué le pasó?

El hombre de pelo canoso baja la mirada. Pablo mira a Brian, pero este no está prestando atención. Se ha quitado el guante y se está chupando el pulgar.

—¿Podrían llevarse su cuerpo? —pregunta una chica joven con mechones de colores—. Es horrible tenerlo ahí.

—Supongo que sí, claro.

Pablo vuelve a mirar a Brian. Esta vez, el soldado rubio se encoge de hombros y asiente con la cabeza. Pablo Rivera se acerca a la puerta de la jaula.

—Por favor, acerquen el cuerpo hasta aquí —le dice al hombre canoso, al tiempo que mete una llave en la cerradura y abre la puerta.

—Yo la maté —dice entonces Norman Brown, acercándose a la puerta.

—Retroceda, señor, por favor.

Pero Norman Brown no retrocede. Se acerca hacia Pablo y este le empuja hacia atrás, de nuevo al interior de la jaula.

—Quiero irme de aquí —dice Norman—. Quiero volver a mi casa.

—En este momento es imposible salir de aquí, señor —responde Pablo, con absoluta tranquilidad.

El hombre de pelo canoso y un chico joven con aspecto de jugar a fútbol americano están acercando el cuerpo de la mujer hacia la puerta. Pablo Rivera se aparta para dejarles pasar, y en ese momento Norman Brown grita y echa a correr, derribando al hombre de pelo canoso y cruzando como una exhalación por delante de Pablo y Brian. Su grito, por extraño que resulte, es una palabra: Mamá.

—¡Mierda! —grita Pablo, levantando su arma.

Varias personas se han acercado a la puerta para ayudar al hombre del pelo canoso, pero Pablo Rivera está asustado y lo interpreta como otro intento de huida. Se gira hacia la jaula y apunta con su arma.

—¡Atrás! —grita—. ¡Todo el puto mundo atrás!

Brian Wade, sin embargo, echa una rodilla a tierra y apunta con su arma hacia la espalda de Norman Brown, que corre por el pasillo existente entre las jaulas, jaleado por todo el mundo como si estuvieran viendo a un bateador a punto de completar un *homerun*. Brian Wade aprieta el gatillo y la bala surca el espacio entre la boca del arma y la espalda de Norman Brown en apenas décimas de segundo. Después, atraviesa el cuerpo del hombre, levantándole en el aire y haciéndole caer dos metros más allá, boca abajo y con un agujero de salida en el pecho del tamaño de una pelota de baseball.

Ah, pero observa, porque el sonido del disparo provoca que el hombre de pelo canoso grite sobresaltado, y ese hombre se encuentra a menos de medio metro de Pablo Rivera, al que el grito hace reaccionar antes de que le dé tiempo a pensar realmente en lo que va a hacer. Su dedo aprieta el gatillo de su arma. La cara de la chica con el pelo de colores prácticamente desaparece al ser destruida por las balas. El hombre que tiene a su lado recibe un tiro en el pecho. La mujer que tiene detrás, dos balazos en el omoplato izquierdo y el brazo.

—¡Oh, Dios mío! —gime Pablo Rivera, apartando el dedo del gatillo y dándose cuenta de lo que acaba de hacer.

Dentro de la jaula dieciocho, la gente empieza a gritar. Un hombre, cuya cara ha quedado cubierta de la sangre de la chica con el pelo de colores, se desmaya y cae al suelo como un saco. Pablo Rivera retrocede asustado. Brian Wade le adelanta y empuja al hombre de pelo canoso hacia el interior de la jaula. Después, corre hacia la mujer herida y tapona la herida del omoplato con sus manos.

—¡Ayúdeme! —le grita al hombre que le mira completamente desorientado junto a él—. Cubra las heridas, ¡rápido!

Poco a poco, la gente se pone en marcha. Alguien ayuda a Brian a taponar las heridas de la mujer, y el joven soldado rubio se lanza a ayudar al tipo que ha recibido un disparo en el pecho. Coloca sus dos manos formando un tapón para hacer tiempo a que alguien lo cubra con un trozo de tela. Fuera, Pablo Rivera está pidiendo ayuda por radio. Es cuestión de tiempo que se acerquen más soldados y les ayuden a sacar a los heridos de allí.

De lo que no son conscientes, porque Brian Wade ya se ha olvidado de su pequeña herida del pulgar, es que la sangre de esa pequeña herida ya se ha mezclado con la de los dos heridos.

Avondale está condenado.

Es más que posible que te preguntes por el destino de Zoe y Richard Jewel. Hemos llegado muy lejos como para perderles la pista, ¿no estás de acuerdo conmigo? La última vez que les vimos, acababan de subirse en el coche de Barry Lyndon, como la película de Kubrick, acompañados de Hamza. Aquella noche, Barry condujo por la 95 hacia el sur y no se detuvo hasta llegar a Fortuna Foothills, un pequeño pueblo cercano a Yuma y, por lo tanto, a la frontera con México. El caos aún no había llegado tan abajo, y pudieron repostar sin mayores problemas. Pero las noticias por entonces ya no eran nada agoreras y se palpaba en el ambiente el clima de miedo. Todos ellos fueron conscientes de las miradas de desconfianza que les dirigían. Al fin y al cabo, ellos eran los forasteros y, a estas alturas, quién sabía lo que podían traer consigo los forasteros. Un virus, probablemente.

Eso no evitó que Richard Jewel pagara por sándwiches y un par de botellas de *whisky*, pero se dio perfecta cuenta de que el empleado de la gasolinera de Fortuna Foothills tuvo especial cuidado en no tocarle.

Barry Lyndon estaba agotado, así que detuvieron el coche en el arcén, en algún punto entre Yuma y Fortuna Foothills, y durmieron. Todos menos Richard, que se mantuvo alerta y atento mientras vaciaba una de las botellas. Durante el tiempo que estuvieron allí detenidos, apenas pasaron vehículos y dos o tres camiones.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando Barry Lyndon despertó y se pusieron en marcha de nuevo. La frontera con México era un hervidero. Lo que parecían miles de coches hacían cola para entrar en el país latino. Barry opinaba que deberían hacer lo mismo, cruzar hacia el sur y alejarse lo máximo que pudieran de lo que estaba ocurriendo en Estados Unidos.

—Esto no es un problema de Estados Unidos —aseguró Zoe—. Cuando el virus llegue hasta aquí, no habrá frontera que valga para impedirselo. Y después, seguirá bajando.

Pero no dejaba de ser el coche de Barry, y él quería cruzar a México. Razonando, les había preguntado qué más daba, si tampoco tenían ningún sitio a donde ir. Richard Jewel, muy en su línea, había propuesto llegar hasta Puerto Vallarta, o tal vez Acapulco, tumbarse en la playa y ponerse ciegos a caipirinhas esperando al fin del mundo.

—¿En México no son margaritas? —había preguntado Hamza.

—Qué más dará —Richard se había encogido de hombros.

Barry había, entonces, colocado su coche al final de la larga fila, y no pasaron muchas horas hasta que se hizo evidente que aquella cola no estaba avanzando. Barry, entonces, abrió la puerta del vehículo. Zoe le agarró del brazo antes de que saliera.

—¿A dónde vas?

—A preguntar qué pasa. No quiero tirarme aquí veinte horas.

Como buen productor de cine, aunque fuera de serie B, la paciencia no era una de

las virtudes de Barry Lyndon. Con largas zancadas, Barry recorrió la distancia que le separaba de la frontera real. A medida que se acercaba, pudo comprobar que no había ningún vehículo cruzando. Los mexicanos habían colocado varios camiones militares a modo de barrera y patrullaban por delante de ellos con cara de pocos amigos. Barry se acercó a un soldado americano.

—Buenas tardes. ¿Está cerrada la frontera?

—Eso me temo, amigo —respondió el soldado. Su acento texano era tan cerrado que Barry tuvo que esforzarse por entenderle, eso te lo aseguro—. Los chicanos no quieren arriesgarse. Por lo del virus, dicen.

—¿Y han cerrado la frontera?

El soldado se había encogido de hombros a modo de respuesta. Barry se había quedado un rato mirando hacia el lado mexicano. Sus soldados portaban amenazadores rifles e iban equipados con chalecos antibalas y protecciones. Paladeó la posibilidad de gritarles algo, increpándoles, echándoles en cara tantos años en los que Estados Unidos había tenido que soportar la droga y los ilegales que cruzaban desde el sur, pero al final se dio cuenta de que era una idiotez.

Barry regresó al coche. Lo puso en marcha y tomó la carretera 8 en dirección a Tucson. Tuvieron suerte. Esa misma noche, la muerte alcanzó la frontera. Calexico, Mexicali, Cuervos, Yuma y San Luis Río Colorado se convirtieron en un infierno en guerra. Como había vaticinado Zoe, no hubo frontera capaz de frenar al virus.

Antes de llegar a Casa Grande se encontraron con una caravana de gente que huía desde allí. Tomaron la decisión de abandonar las carreteras y se internaron en el Parque Nacional Cabeza Prieta. Barry conducía despacio por los caminos de tierra, pero nadie protestó. No tenían ninguna prisa. Había vuelto a anochecer y estaban agotados cuando vieron luz más adelante. Resultó provenir de una autocaravana propiedad de un matrimonio que se encontraba haciendo turismo. Habían oído las noticias y no estaban seguros sobre si creer lo que oían o no, así que bombardearon a preguntas a los cuatro recién llegados. También les invitaron a cenar con ellos. Barry, Zoe, Richard y Hamza aceptaron.

Hicieron bien.

Pero volvamos a San Mateo.

A la noche en que la electricidad deja de funcionar. Al momento exacto en que las luces, lo que hasta ahora hemos asociado con civilización, se esfuma como una pizca de sal en el mar. En ese instante, Mark está sentado con la espalda apoyada en el respaldo de la cama, mirando el libro abierto que tiene sobre las piernas sin verlo en realidad. Con la mano derecha acaricia la cabeza de Paula, que está completamente dormida. El propio Mark se está quedando dormido, y somos testigos de cómo su cabeza se va inclinando poco a poco hacia delante, al tiempo que los párpados parecen cerrarse como si pesaran toneladas.

Y entonces, sin el menor ruido, la luz se apaga.

Mark abre los ojos de repente, sobresaltado por la súbita oscuridad. En apenas un segundo toma conciencia de que no es sólo la luz de la lamparita la que se ha apagado. No hay ningún resplandor naranja. Las farolas también se han ido. Escucha un golpe en la planta de abajo, seguido de un gruñido de dolor, y no hace falta que te diga que ese es Stan Marshall, que se acaba de golpear la pierna contra un sillón.

La respiración de Mark se acelera. La oscuridad le oprime, parece ejercer una presión sobre él similar a la que ejerce el agua a bajas profundidades. De repente, su pecho es incapaz de tomar aire y siente que se ahoga. Se lleva ambas manos al cuello y se esfuerza por respirar. No lo consigue. Se levanta, pero tropieza con algo en el suelo, sus zapatillas, y cae de rodillas. Sigue boqueando, arañándose el cuello, tratando de hinchar el pecho y enviar aire a sus pulmones, inútilmente.

Y entonces una pequeña mano se engancha a la suya.

—Tranquilo, Mark. Estoy aquí contigo.

El aire parece entrar por su boca de golpe, como si hubiera existido una barrera invisible que lo impedía y acabara de romperse. Al sentir sus pulmones hincharse, Mark empieza a toser y a reír, todo al mismo tiempo, y Paula le abraza y le da un beso en la cabeza. Mark sigue riéndose, y cuando comprueba que su respiración se ha vuelto normal, se incorpora y le da un abrazo a la niña.

—Te quiero, Paula.

—Yo también. No hace falta que tengas miedo a la oscuridad.

De nuevo, la niña le agarra de la mano y se tumba en la cama, sin soltarle. Mark se queda sentado, sonriente, mirando hacia donde sabe que está la niña aunque no pueda verla en la oscuridad. Y se da cuenta de que eso es falso. Aunque escasa, la luz de la luna permite que pueda apreciar la forma de la niña en la cama. Y le echa la sábana por encima con la mano que tiene libre.

La puerta se abre, con cuidado. Patrick se asoma.

—¿Estáis bien?

—Perfectamente —responde Mark—. ¿Se ha ido la luz, no?

—Del todo. Kaput.

Mark asiente. Se da cuenta de que se trata de un gesto absurdo que Patrick no puede apreciar, pero este no espera respuesta. Le desea buenas noches antes de cerrar la puerta.

Mark tardará un buen rato en conseguir dormirse. Una cosa es que haya logrado evitar su miedo a la oscuridad y otra muy distinta es que sea capaz de dormir fácilmente sin luz. Paula, por el contrario, se queda dormida casi al instante. Ven, acompáñame. Salgamos de la habitación que ocupan Mark y Paula en el primer piso. La casa de Ace Hall, el que en palabras de Ozzy fuera uno de los villanos más estratégicos de Survivor, está ocupada por los supervivientes de Castle Hill. Junto a la habitación principal se encuentra el despacho. En el suelo, dos esterillas sirven de lecho a Patrick y Verónica. Cada uno de ellos tiene un saco de dormir. Verónica está profundamente dormida con la cabeza pegada a una estantería llena de libros. Patrick coge su saco y empieza a meterse dentro. Ozzy y Stan duermen en la planta de abajo. El sofá del salón se convierte en cama y los dos hombres duermen en ella. La primera noche, Stan amaneció con la pierna de Ozzy por encima y con un gruñido y un empujón, se levantó de golpe. Ozzy cayó al suelo gritando. Juró que había sido el peor despertar de su historia. Stan Marshall, con el ceño fruncido y cara de pocos amigos, aseguró que también había sido su peor despertar.

En realidad, se lo tomaban con buen humor. Teniendo en cuenta las circunstancias.

La habitación principal, por supuesto, seguía siendo la del propio Ace Hall. Aunque no importa si entramos en este momento porque no hay nadie en ella. Hace tres días que Ace Hall no duerme allí. Tras la llegada de Logan Kane y Brad Blueman a la urbanización, Rachel Morris apareció corriendo, empujando el bogaboo y a Axel en él, y les contó a todos que Bruce estaba de camino. Estaba agitada y nerviosa y aún tenía en una mano el teléfono y en la otra el biberón que estaba preparando cuando Bruce le había dicho que iba a salir de la oficina. Patrick, Tyrone, Neil y Ace se subieron al muro que delimitaba San Mateo. Querían estar preparados para ayudar a Bruce cuando llegara.

Bruce no apareció.

Estuvieron esperándole durante un día entero. Tom Ridgewick se encargó, por supuesto, de organizar los turnos de vigilancia. Peter, Rick, Rodger y su hijo Shane se encargaron de sustituir a Patrick y los demás. Logan se ofreció a ayudar. Tom le dijo que aprovechara para descansar, pero que su ayuda sería aprovechada durante el siguiente turno. Estoy seguro de que eres capaz de deducir por ti mismo a quién sustituyó.

Con el alba, Tyrone, Neil, Ace y Logan se subieron al muro y enviaron a Rodger y los tres chicos a dormir. Patrick le preguntó a Tom qué quería que hiciese él. Con esa sonrisa que Patrick estaba empezando a odiar, Tom le dijo que aún había muchas cosas que hacer. Patrick preguntó qué cosas.

—Ayer no terminamos de recolectar toda la comida de todas las casas. Estoy



seguro de que puedes ocuparte.

Patrick se mordió la lengua. Puedes estar seguro de que le costó hacerlo. Ayudó bastante que Tom se girara rápidamente y se alejara, dándoles algunas indicaciones a los nuevos vigilantes. Brad Blueman, que había sido acogido como invitado en la casa de Tom Ridgewick, se acercó a su anfitrión y le aseguró, entre risas, que le había encantado la cara de frustración del joven agente. Aquello satisfizo a Tom.

El siguiente turno ya no fue de cuatro personas. Tan sólo Rodger y su hijo subieron al muro para esperar a Bruce Morris. Para entonces, ya parecía bastante evidente que no iba a aparecer, pero Tom mantuvo la pantomima. Bruce Morris no contestaba al teléfono. En el muro, durante aquel último turno, Rodger le dijo a su hijo Shane que esperaba que Bruce Morris no hubiera sufrido. Shane había mirado hacia abajo, hacia los cientos de manos muertas que se extendían hacia él arañando el aire, hacia aquellas bocas abiertas que desvelaban la más cruel de las oscuridades tras ellas, y dudó que su padre tuviera razón.

Tom Ridgewick se encargó de decirle a Rachel Morris lo que ella misma en el fondo ya sabía. Ace Hall y Emma Walters le acompañaron, y cuando Rachel se echó a llorar presa de la fatiga y el dolor, Emma se ocupó de ella y Ace se hizo cargo de Axel. Tom se deshizo en buenas palabras, habló de lo maravilloso y buen hombre que había sido Bruce en vida, elevó una oración en su nombre y rogó por su alma en el Reino de los Cielos. Emma Walters le dio un valium a Rachel y le dijo que se lo tomara y que no se preocupara por nada de momento. Rachel obedeció.

Emma planteó la posibilidad de llevarse a Rachel y al niño a su casa. Aseguraba que ella y Rodger cuidarían de ambos, pero Rachel se negó una y otra vez. Sin embargo, era incapaz de terminar nada de lo que empezaba sin que el llanto acudiera a ella y tuviera que sentarse presa de ataques de nervios. Emma habló con su marido y le dijo que se quedaría unos días en casa de Rachel, para ayudarla. Ace Hall se ofreció a cuidar de Axel cuando fuera necesario. Y se quedó a dormir en el sofá del salón. Está tan dormido que ni siquiera se da cuenta de que la luz se apaga definitivamente.

Pablo Collantes tampoco se entera. A la mañana siguiente se despierta bostezando y estirando los brazos por encima de la cabeza. La luz de la mañana entra por la ventana del cuarto de invitados de Villa Carlota. Pablo está contento. Ha soñado que estaba en la playa con una chica hermosa, latina y voluptuosa, y que hacían surf y se bañaban en el agua, y se ha despertado con lo que podría llamar una medio erección, que empieza a diluirse con el despertar. No le importa, pero aún piensa en las curvas de la chica del sueño mientras se incorpora en la cama y observa el rayo de luz que atraviesa las cortinas, iluminando directamente el papel pintado en la pared. El color, de un verde casi turquesa, le parece muy adecuado si tiene en cuenta que al fin y al cabo esa es la casa de Abigail Finney. A él, personalmente, le horroriza.

Mientras se lava la cara en el baño de invitados, se pregunta si Abigail habrá preparado otra jarra de limonada. Toda la comida ha sido requisada para ser racionada, pero los Finney tienen un limonero en el jardín, y todas las mañanas desde que empezó esta pesadilla, Abigail Finney ha preparado limonada. El día anterior, Pablo le había dicho a Abigail que podría acostumbrarse a vivir así siempre que siguiera existiendo aquella limonada. Abigail se había partido de risa. Siempre tan risueña, con uno de sus vestidos coloridos y llamativos.

Después de vestirse, Pablo sale del cuarto de invitados hacia la cocina. Le sorprende el silencio y la penumbra. Aprieta el interruptor de la luz, pero no tiene ningún efecto. La bombilla no se enciende y la cocina se mantiene en penumbra, rota únicamente por la escasa luz del sol que entra por la ventana. Se acerca al frigorífico. El motor parece estar apagado, y cuando lo abre, la luz interior no se enciende. Dentro hay una jarra de limonada por la mitad. La saca y se sirve un vaso.

Después sale al jardín, sorbiendo.

—¡Se ha ido la luz! —exclama.

Y se queda quieto. Los Finney no están en el jardín. Por lo general, los dos ancianos suelen estar despiertos cuando él se levanta. Abigail preparando la mesa para desayunar, o desayunando ya si es que se levanta tarde, y Albert leyendo sentado en la mecedora del porche. Se da la vuelta y mira al interior de la casa. No se escucha el menor ruido, y de repente, siente el culebreo del miedo ascendiendo por su estómago.

Sin darse cuenta de que lo hace, deja el vaso de limonada en la mesa central de la cocina. Camina como si estuviera en un sueño. Sube las escaleras despacio, con una mano rozando la barandilla y mordisqueándose el labio inferior. Se detiene delante de la puerta del dormitorio principal.

—¿Albert? —llama, con voz temblorosa—. ¿Abigail?

No recibe ninguna respuesta. Y da igual que parte de su mente intente encontrar una razón al silencio y le diga que seguramente hayan salido hacia la casa de Tom Ridgewick sin esperarle. Pablo Collantes no es ningún idiota y se teme lo peor.

Levantarse la mano y apoyarla sobre el manillar de la puerta le cuesta. Siente el brazo como si le pesara toneladas.

—¿Abigail? —vuelve a probar, por si acaso se han quedado dormidos.

Aunque lo duda.

Finalmente se decide y empieza a girar el manillar. Y entonces se detiene. Porque... ¿Y si están muertos y se han convertido en zombies y cuando abra la puerta se lanzan sobre él? Pero en el interior del dormitorio principal no se escucha ningún ruido, y las pocas veces que Pablo Collantes se ha acercado al muro que delimita San Mateo ha podido escuchar los gemidos, los lamentos hipnóticos que producen esos seres.

Pablo abre la puerta.

Se echa a llorar. Albert y Abigail Finney están tumbados en la cama, ella con la cabeza sobre el pecho de él, en lo que parece ser una auténtica paz mental. La imagen rebosa tranquilidad, armonía y el profundo amor que el matrimonio se tenía en vida, porque ambos están claramente muertos. Pablo se acerca a la cama llorando y se arrodilla junto a ellos. Los Finney siempre le han agradado, y en esos días desde que comenzó esta pesadilla le han tratado como a un hijo. Y él ha llegado a quererles como a unos padres. Ahora, desde luego, les llora como un hijo lloraría a sus padres.

Pablo tardará un rato en calmarse y dejar de llorar, y entonces se dará cuenta de lo que hay en la mesita de noche. Nosotros podemos ver el frasco de pastillas girado junto a la base de la lámpara. Está vacío y apoyado sobre una hoja de papel doblada en la que hay escrita una única palabra: PABLO.

Si la abrimos, encontraremos la nota que Abigail Finney escribió anoche antes de tragarse el montón de pastillas que se la llevarían de este mundo. En esa nota, Abigail se deshace en elogios por Pablo, le asegura que ambos le han querido y que la decisión que han tomado, de quitarse la vida, tiene que ver con los muertos vivientes.

*No podemos seguir adelante en este mundo, no si la gente a la que queremos ha muerto y se ha convertido en una de esas cosas.*

*Además, sabemos que la comida empezará a escasear pronto. La idea de racionarla nos parece una buena idea, pero también nos hace pensar. ¿Qué podemos proporcionarle dos viejos como nosotros a una comunidad que lucha por sobrevivir? Lo hemos pensado mucho, Pablo, te lo aseguro. Pero Albert y yo queremos irnos de esta vida juntos, y a nuestra manera, sin pasar penurias ni suponer una carga para nadie más. Sé que serás tú quien nos encuentre, y quiero pedirte perdón por eso. Pero me gustaría pedirte un último favor. Entiérranos. Albert había comprado una parcela en el cementerio de Half Moon Bay, y aunque ya no la disfrutaremos, nos gustaría pensar que pasaremos la eternidad juntos. Sé que lo harás con todo el cariño del mundo, y te lo agradecemos.*

*Por lo que a nosotros respecta, puedes quedarte en Villa Carlota el*

*tiempo que sea necesario.  
Te queremos.*

La epidemia, por supuesto, acabó llegando a Washington. Jack Norton rechazó una y otra vez la sugerencia del vicepresidente Ellis de abandonar la Casa Blanca en helicóptero. En estos momentos, son Ellis y Fred Barker los que intentan convencerle. Sentado en un lateral, Bernard Trask les observa sin decir nada.

—Señor presidente, debemos ponerle a salvo —insiste Barker—. Es usted la figura principal de la nación y...

—¿Qué nación, Fred? Después de esto, ¿qué nación va a quedar?

Trask observa a Barker boquear, intentar decir algo pero quedarse sin nada que decir. El vicepresidente Ellis toma el relevo.

—Jack, no podemos quedarnos aquí esperando la muerte. Tenemos que pensar en el futuro y cuando sea posible reconquistaremos este país. Lo hicimos una vez, y la historia se repetirá.

—No os equivoquéis, ninguno de los dos —Jack apoya los dedos en la mesa y se inclina hacia delante—. No quiero morir aquí, por supuesto que no. Mi mujer está en este mismo edificio y tampoco quiero que ella muera. Pero no me largaré de un país moribundo hasta que no sea absolutamente imprescindible. Porque este país es nuestro país.

—Señor, tiene que entrar en razón... El protocolo siempre ha sido claro, y la figura del presidente va primero.

—Fred... —Jack Norton respira hondo y se levanta, marcial—, tome esto como una orden. Evacúe a todo el personal civil de la Casa Blanca, incluida mi mujer. El último helicóptero será el mío, porque pienso ser el capitán de este barco y no pienso abandonarlo hasta el final. ¿Queda claro?

Fred Barker, a disgusto, acaba asintiendo. El vicepresidente duda un momento, pero finalmente se da la vuelta y sale del Despacho Oval. Barker le sigue. Jack se da la vuelta y se acerca a la ventana. Más allá del jardín de la Casa Blanca, el servicio secreto y el ejército patrulla junto a las verjas ante las que se están apelotonando verdaderas multitudes.

De gente viva que intenta escapar de los muertos. Gente que pide clemencia, ayuda y que mira a los soldados con rostros desesperados y angustiados. Jack Norton quería dejarles pasar, estuvo a punto de exigirlo, pero sabía que era un error. No tenían manera de asegurar que no hubiera alguien infectado entre ellos. Sus hombres tenían órdenes de disparar a matar a cualquiera que intentara traspasar el contorno de la Casa Blanca. Tres personas habían muerto ya intentando saltar las verjas y fueron acribilladas por los militares. La gente, ciudadanos americanos a los que él había jurado servir y proteger, se habían dado cuenta de que no encontrarían ningún auxilio. Algunos se habían marchado, en busca de otro lugar donde ocultarse. La mayoría seguía allí, suplicando una ayuda que no llegaría. Es cuestión de tiempo que los zombies les alcancen, y todo el mundo lo sabe.

Jack Norton lo sabe.

—En realidad, yo también creo que debería subirse al helicóptero ya.

Jack Norton se gira para mirar a Bernard Trask. El coronel se levanta y se acerca a la mesa central del despacho.

—Sé que es duro, y puedo imaginarme sus sentimientos, pero no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Lo hemos intentado, Dios lo sabe y usted también... pero han ganado la partida. Los muertos han ganado la partida.

—Toda esa gente que está ahí fuera... —Jack señala con el brazo hacia la ventana —. Vamos a dejarles morir.

—Y si les dejamos entrar, para ayudarles, es posible que seamos nosotros los que muramos. Sólo hace falta una persona infectada.

—¿Pero y si nadie, de entre todos ellos ni una sólo persona, está infectada? No tenemos forma de saberlo pero vamos a dejarles morir igualmente.

—Aún podemos darles una oportunidad...

Jack le mira sin comprender. Bernard asiente.

—Pero debe usted subirse a ese helicóptero.

Bernard Trask comienza a explicarle a Jack Norton lo que quiere decir.

El recibidor de Tom Ridgewick se ha convertido en un comedor improvisado. Marsha Collins ha preparado caldo de carne, pero es Brad Blueman quien ha tomado el rol de servir los platos de todos, prácticamente desde el día que llegara a San Mateo. En este momento, podemos ver a Logan Kane y Rodger Walters colocándose en la fila para comer. Marsha les entrega un cuenco y una cuchara a cada uno, dándoles los buenos días. Peter, Rick, Shane y Neil ya están comiendo, sentados en la mesa más apartada y riéndose a carcajadas de algo que sólo escuchan ellos. Verónica, Mark y Paula entran al jardín y se colocan detrás de Rodger.

—¿Habéis dormido bien? —pregunta Rodger, mientras delante de él Brad Blueman le sirve dos cucharadas de caldo a Logan Kane.

—Incómodo desde que se fue la luz —responde Mark, sin dar más detalles.

—Yo ni siquiera me enteré de que se fue la luz. Me lo contó Patrick esta mañana —asegura Verónica.

—Es una verdadera putada —dice Rodger—. Pero al menos todos sabíamos que iba a ocurrir. No nos pilla de sorpresa —se gira hacia Brad—. ¿Qué nos ha preparado nuestra querida cocinera hoy?

—Caldo de carne. Lo hemos calentado en un *camping gas*, así que está tibio solamente, pero está rico —responde Marsha, entregándole un cuenco y su cuchara a Verónica.

—Doy fe de que está rico —asegura Brad, guiñándole el ojo a Rodger y sirviéndole dos cazos.

Rodger se acerca el tazón a la cara y huele el caldo.

—Santo Dios, con que sepa la mitad de bien que huele yo ya soy feliz. Marsha, cástate conmigo. Quiero mucho a Emma pero como cocinera siempre ha apeestado.

Marsha y Rodger se ríen. Brad también, y a Verónica, como a nosotros, nos parece estúpido al hacerlo. Pero el caso es que Rodger se da la vuelta y se sienta junto a Logan. Verónica avanza y coloca el tazón delante de Brad.

—Buenos días —saluda el periodista.

—Buenos días —responde ella.

Brad sirve una única cucharada de caldo en el cuenco de Verónica y se la queda mirando, en un gesto evidente que quiere decir «ya tienes lo tuyo, avanza». Verónica mira su tazón, lleno apenas por la mitad.

—¿Y bien?

Brad sonrío, como si no entendiera a qué se refiere ella.

—¿Y bien qué?

—Son dos tazones de caldo.

—Sí, claro. ¿Y?

Verónica sonrío, sintiendo el enfado que empieza a nacer en su interior.

—Que sólo me has servido una.

—No, no, que va —asegura Brad—. Te he servido dos, como a todo el mundo. No estarías atenta.

—Y se ha quedado curiosamente por la mitad, ¿eh?

Brad se encoge de hombros. Verónica tiene ganas de partirle el tazón de caldo en la cara. Siente la furia creciendo en ella, nacida del mayor de los desprecios que siente por ese hombre.

—¿Hay algún problema?

Verónica gira la cabeza. Neil Ridgewick se ha acercado y se sitúa a la derecha de Verónica, con los brazos cruzados sobre el pecho y expresión seria.

—Sí —asegura Verónica, señalando con el dedo a Brad Blueman. Su dedo se queda a apenas unos centímetros del ojo izquierdo de Brad, y este retrocede sin querer un par de pasos—, que este imbécil quiere tomarme el pelo.

Neil gira la cabeza para mirar a Brad. Levanta la ceja a modo de pregunta.

—No sé de qué está hablando, Neil. Tiene su ración de sopa, pero quiere más.

—¿Qué? —Verónica alza la voz. Rodger y Logan, que habían permanecido ajenos a la disputa, levantan las cabezas de sus platos para mirarles. En la entrada, unos recién llegados Stan, Ozzy y Tyrone les observan con curiosidad.

—Todo el mundo debe tener su parte —asegura Neil, mirando reprobatorio a Verónica—. Nadie puede tomar más que los demás.

—No estoy tomando más que los demás —asegura Verónica, claramente enfadada—. Brad Blueman es un gilipollas y está intentando...

Verónica se calla al sentir la mano de Mark en el brazo. Se da cuenta de que Neil la observa con desidia, que ya ha tomado una decisión y va a ser implacable. Mira su tazón y se da cuenta de que le están temblando las manos, por la furia. Se siente como si la hubieran insultado, como si estuvieran burlándose de ella. Sin decir nada más, pasa de largo junto al hombro de Neil y se sienta en una mesa vacía.

—Comamos en paz, anda —dice Neil mirando hacia Mark antes de darse la vuelta y regresar con sus amigos.

Mark coloca su tazón y el de Paula delante de Brad. El rostro del periodista no dice nada, pero sabemos que está disfrutando de su victoria. En realidad, está pensando en el viejo dicho, ese que dice que la venganza es un plato que se sirve frío. Tibio, en este caso. Sirve dos tazones en cada cuenco, pero si te fijas, y Mark sí que lo hace, no llena del todo cada tazón. Cuando termina, levanta la vista y sonrío a Mark. Es una mueca de satisfacción. A Mark le revuelve las tripas descubrir que Brad Blueman está disfrutando.

—Es una niña —dice.

Y a Brad se le corta la mueca. Ese pequeño golpe es una victoria moral para Mark, una manera de devolverle lo que está haciendo. Brad echa otra cucharada de caldo en el tazón de Paula. No en el de Mark, pero a este no le importa. Ahora es él quien tiene una sonrisa de satisfacción en el rostro.

Desde el salón, Tom ha sido testigo de lo ocurrido y observa a través de la



ventana la cara derrotada y humillada de Verónica, que parece querer ocultarse en el interior de su cuenco de sopa incompleto. Tom está sonriendo, claramente divertido.

Sale al jardín al mismo tiempo que entra Patrick para colocarse en la fila de la comida. Tom le dedica una de sus sonrisas de tiburón. Se queda a la izquierda de Brad, controlando todo lo que ocurre, vigilando su reinado como Sauron vigilaba desde el Monte del Destino.

—¿Emma y Ace no han venido? —pregunta.

—Tampoco los Finney. Ni Pablo —contesta Marsha.

Tom se encoge de hombros. Los horarios de comida son los mismos para todos, así que si los Finney no quieren comer caliente, peor para ellos. Emma y Ace, por otra parte, están cuidando de Rachel Morris. Tom se acerca a la mesa donde comen su sobrino y sus amigos. Los cuatro chicos se están riendo, pero recobran la compostura al ver acercarse a Tom. Este se sienta en una esquina.

—¿Está bueno el caldo? —pregunta.

—Está cojonudo, señor Ridgewick —asegura Peter—. ¿Se puede repetir?

Shane le suelta una colleja que hace que Peter casi esté a punto de golpearse la frente contra la mesa.

—¿Cómo se va a poder repetir? ¿Eres idiota? ¿Sabes lo que significa racionamiento?

Rick y Neil se echan a reír de nuevo. Peter se masajea la zona en la que ha recibido el golpe y mira a Shane.

—Sé perfectamente lo que significa —asegura.

—Chicos, chicos —Tom les mira a todos ellos, haciendo que el episodio de la colleja quede en el pasado—. ¿Alguno de vosotros sería tan amable de llevar después la parte correspondiente de caldo a casa de Rachel Morris? También para Ace y Emma.

—¿Cómo está la señora Morris? —pregunta Neil, aunque en realidad tú y yo sabemos que no le preocupa lo más mínimo. Apenas conocía a los Morris, más allá de saber que eran sus vecinos, tenían un hijo y que ella tenía los pechos grandes.

—Destrozada —responde Tom—, como es lógico.

Aunque parte de su atención está centrada en Neil y sus amigos, Tom nunca deja de vigilar al resto del grupo. Brad Blueman está sirviendo a Tyrone, que desde hace más de un día guiña de forma compulsiva los dos ojos, sin darse apenas cuenta de que lo hace. Tic nervioso. Junto a Blueman, Marsha Collins está metiendo en un tupper la ración correspondiente de caldo de sus dos hijos.

—Neil, me gustaría hablar contigo de una cosa —dice Tom.

—Lo que quieras.

—No, en privado. Quiero pedirte algo.

Neil se encoge de hombros. Tom, por su parte, sonrío. El tiburón ha vuelto a la costa. Y mientras Neil inclina el tazón para terminar su caldo, otro clase distinta de tiburón se levanta, unos metros más allá. Logan Kane acerca su propio tazón vacío a

la mesa que regentan Blueman y Marsha Collins.

—¿Dónde puedo limpiar esto? —pregunta.

—No te preocupes —responde Marsha, quitándole el tazón de las manos—. Nosotros nos encargamos.

—Gracias —Logan sonríe, y es posible que percibas que las mejillas de Marsha se colorean un poco de rojo, al mismo tiempo que sonríe azorada y baja la mirada—. Aún no me he quedado con los nombres de todo el mundo, lo siento... siempre he sido terrible con los nombres.

Menuda mentira. Marsha no puede saberlo, pero nosotros... nosotros conocemos de lo que es capaz es el señor Logan Kane.

—Marsha Collins —dice ella, extendiendo la mano por encima de la mesa.

—Logan Kane —responde él, estrechándola, mirando a Marsha directamente a los ojos y sonriendo, apenas un poco, lo justo para que sus labios se curven hacia arriba—. ¿Tienes dos hijos, verdad? Me pareció que eran tuyos, al menos...

—Sí, sí. Son míos.

—No han venido a comer.

—Junior prefiere quedarse en casa. Dice que no quiere acercarse a la puerta principal. Por los muertos... ya sabes. Y Cameron... —Marsha hace un mohín con los labios, algo de exasperación—, Cameron no se ha levantado antes de las doce sin tener clase creo que jamás.

Logan ríe la gracia, y Marsha le acompaña en la risa, sonrojándose un poco más.

—Cameron —dice él, saboreando las sílabas—. Bonito nombre.

Marsha asiente, coqueta. Logan, sin embargo, cambia de tema y se mantiene junto a la mesa un rato más. Ya tiene lo que quiere, en realidad.

Dejemos a Logan Kane flirteando con Marsha Collins. Dejemos a Tom y Neil entrando en la casa del primero mientras Peter y Rick recogen el tupper de caldo que ha preparado Brad con las raciones de Ace, Rachel y Emma. Sentados en una de las mesas, Patrick y Ozzy observan a Brad Blueman con una mezcla de indignación y repulsa. Patrick ha compartido su caldo con Verónica, aunque ella ha intentado negarse a aceptarlo. Junto a ellos, Paula come al lado de Mark. La niña se ha encargado de hacerles saber a todos que a ella le gustaría más que el caldo fuera sopa, con fideos incluidos. Según Paula, un caldo sin fideos es absurdo.

Pero permíteme que abandonemos durante un momento también a los supervivientes de Castle Hill que han encontrado refugio en San Mateo y acerquémonos al Parque Nacional Cabeza Prieta donde, en estos momentos, Barry Lyndon está sentado delante de una hoguera que humea a punto de extinguirse, removiendo las ascuas con un palo. Richard se acerca arrastrando los pies y estirando los brazos por encima de la cabeza. Probablemente, Richard es la única persona en todo Estados Unidos cuyo aspecto ha mejorado tras el estallido vírico. Una vez terminado el alcohol, Richard se ha visto sometido a una desintoxicación forzosa, y aunque se muere por un trago, o dos o tres e incluso doce o trece, sus mejillas han adquirido un poco más de color y casi parece que sus ojos hayan recuperado un brillo que no tenían desde hace años.

—¿Has dormido bien? —pregunta sentándose junto a Barry.

El productor levanta la cabeza. Se encoge de hombros y tira a un lado el palo que utiliza para remover las brasas.

—Echo de menos mi colchón. Era de puta madre, ergonómico, casi treinta centímetros de grosor. Me costó una pasta, pero me hacía dormir como los putos ángeles.

—Yo dormía donde pillaba. El catre del calabozo de Castle Hill ha sido mi lecho más de una noche, por ejemplo. Y el sillón destrozado que tengo en el salón. No te creas que lo echo de menos. Dormir en el asiento trasero de un coche no me parece tan malo.

—Está claro que nunca llueve a gusto de todos —comenta Barry, divertido.

—Resulta curioso descubrir qué cosas podemos llegar a echar de menos, ¿no crees?

—Sin duda.

—Yo echo de menos el Chester.

Barry gira la cara con curiosidad. Richard presenta el aspecto de quien se encuentra inmerso en sus pensamientos, con la vista al frente pero sin ver lo que tiene en realidad delante.

—Era un bar, allá en Castle Hill. Un burdel, en realidad.

Barry suelta una carcajada inesperada.

—¿Lo que más echas de menos es un burdel?

—Oh, amigo, es que el Chester no era un burdel cualquiera. Era mi burdel, el único lugar donde podía ser yo mismo, donde nadie me miraba y me juzgaba como al borracho del pueblo que en realidad también era. No destacaba por la calidad de su alcohol, ni tampoco por tener mujeres explosivas, pero sí porque eran tiernas y cariñosas como pocas. En eso, Bulldog les tenía bien educadas, oh, sí.

Es posible darse cuenta de que los ojos de Richard se empañan, emocionados por el recuerdo.

—Las chicas de compañía de Los Ángeles no están nada mal, tampoco. Y sí las hay explosivas —asegura Barry—. En las fiestas de estrenos y finales de rodaje siempre había más de una intentando pillar cacho. Y a veces no tienes ni que pagar. Basta con prometerles un papel en tu próxima película.

—Qué hijoputa.

—Eh, que con alguna he cumplido —se defiende Barry, alzando las manos y riéndose—. ¿Tú has visto La venganza de Sarah?

—Nunca he sido muy cinéfilo, la verdad.

—Bueno, tampoco es que mis películas sean muy conocidas, a menos que seas un experto en el mercado directo a DVD —responde Barry, soltando otra carcajada—. Bueno, pues era una película sobre una estudiante de medicina a la que los miembros de una hermandad universitaria violan y dan por muerta, la Sarah del título, y ella se dedica a vengarse de ellos, matándoles de formas creativas y sangrientas. Un *rape and revenge* más, con un pequeño giro final, cuando Sarah descubre que en realidad, sí que la mataron después de violarla y ha cometido su brutal venganza siendo un fantasma.

—¿La gente paga por ver eso? —Richard frunce el ceño.

—Amigo, ni siquiera es mi mejor película.

—Joder.

—Bueno, pues Sarah era una de aquellas chicas. Preciosa, rubia, cara de ángel y ojos de un azul tan profundo que podrías bañarte en ellos. Nada exuberante, poco pecho, un buen culo, pero unos labios estilo Angelina Jolie que... creo que puedes imaginarte lo que era capaz de hacer con ellos, y te aseguro que lo hacía muy, pero que muy bien. Le prometí un papel en una de mis películas, nos acostamos y le di un papel, el protagonista.

—¿Le fue bien?

Barry se encoge de hombros.

—Acabó haciendo porno.

Ahora es Richard quien se echa a reír. Y así les encuentran Zoe, Hamza, Ben y Natalie al salir de la autocaravana del matrimonio.

—Buenos días —saluda Barry.

Natalie les entrega a los dos hombres una caja de galletas.

—Nos estamos quedando sin comida —dice Ben. Es un hombre de barba

poblada, manos y espalda anchas que contrasta con su mujer. Natalie es delgada y de aspecto frágil, aunque de carácter sureño—. Y sin balas.

Ben guarda una escopeta en el interior de su autocaravana. La tarde anterior cazó un conejo que les sirvió de cena.

—Quería hablaros de eso —dice Barry—, ahora que estamos todos. Bueno, no de eso exactamente, pero sí bastante relacionado con ello.

El resto se sienta alrededor de la hoguera apagada.

—He estado pensando en todo lo que está pasando. Por las noches no duermo muy bien. Siempre he sido un poco pijo, y eso de dormir al raso, en tiendas de campaña o asientos de coche no va conmigo. Lo mío son los hoteles de cuatro estrellas para arriba y las camas mullidas y de calidad. Así que estoy durmiendo fatal y tengo la espalda como si un elefante hubiera bailado encima de mí.

—Eso tiene mala solución —asegura Ben, juntando las manos entre las rodillas.

—Bastante mala, sí —asegura Barry—. Pero no importa, puedo acostumbrarme a vivir así, siempre he sido un hombre bastante práctico. El caso es que está claro que hasta que esto se solucione, tenemos que asegurarnos de sobrevivir por nuestra cuenta. Y aquí estamos bien, de momento al menos, no hemos visto un solo zombie desde que llegamos, pero la comida es otra historia, claro. Richard y Zoe nos han contado a todos cómo fue sobrevivir en Castle Hill. Pensar en hacer incursiones en busca de comida o armas hace que se me ponga de punta hasta el último de mis pelos.

—¿Y entonces? —pregunta Hamza—. ¿Qué vamos a hacer?

—Buscar otra solución —responde Barry—. Y sólo se me ocurre una.

Les mira a todos, y todos le miran a él, a la espera.

—Sólo se me ocurre un sitio donde esas cosas nunca vayan a darnos por culo —dice Barry—. El mar.

Nadie dice nada, pero Ben y Richard asienten con la cabeza.

—Siempre he sido campista de montaña —asegura Ben—, y nunca he puesto un pie en un barco. Pero lo que dices tiene lógica.

—Lo sé. Y creo que tenemos que hacerlo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y el barco? —pregunta Zoe—. Porque si algo nos han enseñado las películas de catástrofes es que la gente busca huir al precio que sea, pasando por encima de quien sea y es más que posible que lleguemos a un puerto y todos los barcos hayan desaparecido.

—La gran mayoría, seguro —asiente Barry—. Pero tengo un amigo, un director bastante paranoico, que le quitaba a su barco una pieza del motor para impedir que nadie pudiera usarlo sin que él se diera cuenta. Y yo sé dónde lo guarda y sé cómo colocarla.

—No quiero ser agorera, pero... ¿Y si cuando lleguemos allí nadie ha podido arrancar ese barco pero ha soltado las amarras y se ha echado al mar?

—Lo veo complicado. Mi amigo tiene una de esas cabañas pegadas al mar y el barco está oculto a la vista, en una especie de garaje acuático.

—Tu amigo tiene pasta —murmura Richard.

—Mi amigo tiene pasta, sí.

—¿Y si tu amigo ha ido y ha cogido su propio barco?

—Si sobrevivió a Los Ángeles y ha hecho eso... bueno, entonces sí tendríamos un problema. Pero pensad en cuál es la otra opción. Quedarnos aquí, gastar hasta la última bala que tenga Ben en cazar animales, comer durante ese tiempo y después...

No hace falta que Barry termine la frase, todos saben lo que ocurre después.

—¿De dónde estamos hablando? —pregunta Ben.

—Esa es la cosa. Teniendo en cuenta donde estamos, nos vendría estupendamente que la casa de mi amigo estuviera en Baja California, aún tendríamos que cruzar la frontera, cosa que hace unos días estaba más que complicada, pero bueno, no es así. Estamos hablando de viajar hasta Copano Bay. En Texas.

—¿Estás hablando de cruzar hasta el golfo?

Barry se encoge de hombros, asintiendo.

—Oh, Dios —murmura Natalie, llevándose la mano a la boca.

—Creo que podemos hacerlo. Por carreteras secundarias, manteniéndonos lejos de las grandes ciudades, incluso campo a través cuando sea necesario. Lo más importante es no acercarnos a los grandes núcleos. Al menos, así es como yo lo veo. Sólo quiero que lo penséis, no hace falta tomar la decisión ahora mismo.

—Yo estoy de acuerdo —responde Richard de inmediato—. Si tu amigo tiene material de pesca.

—Lo tiene.

Richard asiente.

—Tengo miedo, pero haré lo que digáis —murmura Zoe, cabizbaja.

Hamza no responde. Ben y Natalie se miran durante un momento. Ella le da un suave beso en la mejilla antes de que él estire la mano por encima de la fogata apagada en dirección a Barry.

—Parece que tenemos un plan.

Barry estrecha la mano del hombre.

—Será mejor que recemos para que todos lleguemos sanos y salvos —añade Ben, tomando la mano de su mujer.

Y todos están de acuerdo.

Dejemos al pequeño e improvisado grupo rezando alrededor de una hoguera a punto de extinguirse y regresemos a San Mateo, donde Peter y Rick han caminado hasta la casa del sol con una bolsa de plástico que Peter agarra con la mano izquierda. Se detienen junto a la entrada para apurar el porro que Rick se ha hecho nada más salir de la casa de Tom Ridgewick. Rick la llama «el comedor social». Cuando Peter le preguntó por qué, Rick se encogió de hombros y dijo:

—Porque es donde comen todos los vagabundos.

Peter no le contestó, aunque estuvo a punto de hacerlo. De haber hablado, habría dicho que ellos también eran vagabundos ahora. Hay muchas cosas de las que Peter no habla, y jamás se le ocurriría intentarlo delante de Rick o Shane. Muchísimo menos delante de Neil. Porque Neil, en realidad, le da un poco de miedo. Pero por las noches, Peter piensa cosas. Echa de menos a sus padres, eso lo primero, pero también piensa que no les queda demasiada marihuana y cuando se les termine, no sabe qué van a fumar. Piensa que tiene miedo de morir, que no quiere convertirse en una de esas cosas que se agolpan contra la verja principal. A Rick y Neil les divierte tirarles piedras, y Peter les ha acompañado un par de veces, y ha tirado piedras igual que ellos, pero en realidad le desagrada. Nunca se lo diría a Neil, pero le asquea ver las laceraciones que producen las piedras en la carne muerta de los zombies.

Tiene miedo de ver a su madre entre ellos algún día.

—Tengo hambre —murmura Rick.

Peter se encoge de hombros. Él también tiene hambre. Comprende que tienen que racionar la comida, pero eso no evita que el estómago se queje.

Entonces, Rick le quita la bolsa a Peter y la abre. Saca del interior uno de los tupperes que contienen las raciones de caldo de Ace, Emma Walters y Rachel.

—¿Qué haces? —pregunta Peter.

—¿Qué crees que hago?

Rick abre el tupper y lo inclina sobre su boca. No da un pequeño trago, sino uno lo suficientemente largo para suponer la mitad de una ración. Después, se pasa la muñeca por los labios para limpiarse y le entrega el tupper a Peter. Como puedes comprobar, la cara de Peter es una muestra perfecta de sorpresa e indignación.

—¡Se van a dar cuenta! —exclama.

—No se van a dar cuenta porque no tienen ni puta idea de cuánto les corresponde. No seas marica, Peter.

—Pero es su parte de comida, no deberíamos hacer esto —Peter coge el tupper de las manos de Rick y lo tapa con cuidado de no derramar nada—. Se supone que el señor Ridgewick nos ha hecho policías para que todo vaya bien.

—Bah, si no quieres, peor para ti.

Rick se encoge de hombros y atraviesa la puerta de entrada de la casa. Peter, aún alarmado, mete el tupper en la bolsa, la coge y echa una carrera para alcanzar a su

amigo. Lo hace cuando Rick está golpeando con los nudillos la puerta principal.

Es Ace quien abre. Peter y Rick se quedan en la puerta, mirándole con cara de idiotas. El aspecto de los chicos, con sus camisetas negras y pantalones caídos, no puede ser más diferente al de Ace, con su pantalón corto de *tweed* y su polo a rombos.

Peter le entrega la bolsa.

—Gracias, chicos.

—De nada —responde Peter—. Tom nos ha pedido que preguntemos por la señora Morris.

—Está devastada.

Peter y Rick asienten. Después, Ace cierra la puerta y los dos chicos se quedan un momento en la puerta. Rick mira a Peter.

—¿Eso es bueno?

—Eso es que está jodida —responde Peter.

Rick se encoge de hombros. Y al hacerlo, Peter se da cuenta por primera vez en su vida de que Rick le da tanto asco como los muertos de ahí fuera.

Los dos adolescentes se marchan, pero nosotros vamos a quedarnos un poco más en The Sun House. Crucemos la entrada y dirijámonos al salón. Nada más entrar, apreciamos que las persianas están prácticamente cerradas por lo que la estancia está oscura. En el sillón, tumbada con las piernas encogidas, se encuentra Rachel Morris. Su rostro, por lo general hermoso, ahora muestra los ojos hinchados y enrojecidos por el llanto. Tiene la cara descompuesta. Lo cierto es que Ace Hall ha definido a la perfección su estado anímico. Ahora está dormida, pero su sueño es intranquilo. Sueña con Bruce llamándola y diciéndole que la ama y que estará en casa pronto, que apenas hay muertos vivientes cerca de él y que cree que puede llegar hasta el coche sin problemas. Pero Rachel quiere decirle que no lo haga, que no lo va a conseguir, y por alguna razón no es capaz de despegar los labios. No puede decir ni una sola palabra mientras escucha a su marido despedirse y dirigirse a la muerte. Rachel quiere gritar, pero está dormida y no puede hacerlo. Podemos ver que se revuelve en el sofá.

Emma Walters y Ace están en la cocina con el pequeño Axel. Mientras Ace reparte el caldo en tres platos soperos, Emma abre armarios en busca de la papilla del niño. Cuando la encuentra, coge la caja y vierte cuatro cucharadas de papilla en el interior de un biberón. Después mira el interior de la caja.

—¿Crees que Rachel comerá hoy? —pregunta Ace, colocando los tupperes sucios en el fregadero.

—Tiene que hacerlo —responde Emma, girándose hacia él. Le entrega la caja de papilla—. Toma.

Ace la coge y la coloca en el armario. Al darse la vuelta de nuevo, se da cuenta de que ocurre algo. Emma está preocupada.

—¿Qué pasa?



—Queda papilla para apenas cuatro o cinco días —responde Emma.  
Ace vuelve la cabeza para mirar la caja de papilla.  
—Mierda —murmura.

Desde que Ace Hall se mudara a la casa de Rachel Morris para ayudar a Emma Walters a cuidar de Rachel, Stan Marshall y Ozzy se han ocupado de levantar el césped del jardín de Ace y plantar las semillas que compraron en Buttonwillow. Con un planteamiento metódico, Ozzy ha dividido el jardín de Ace en pequeñas parcelas, manteniendo separados los distintos alimentos. Aunque lo cierto es que ninguno de ellos saber realmente si lo están haciendo bien y si funcionará. A fin de cuentas, uno de ellos tenía un bar y el otro un quiosco.

Como puedes imaginar, al final no se trata tanto de saber hacerlo como de intentarlo, porque saben que su supervivencia está en juego y nadie más se pondrá en juego por ellos. Por supuesto, es un valor añadido que les mantenga ocupada la mente. En tiempos como los que corren actualmente, ninguno de los dos hombres tiene demasiadas ganas de pensar.

—Me encantaría aplastarle la cara contra el suelo.

Patrick sonríe mirando a Verónica. Ella está enfadada como nunca antes la había visto.

—¿No ha hecho suficiente daño ya?

—Blueman es un pelele —asegura Patrick—. Y ahora se siente protegido bajo el ala de Tom Ridgewick.

—Dios los cría y ellos se juntan.

—Básicamente, sí.

Verónica resopla. Acaban de detenerse junto a la puerta de entrada de la casa de los Finney, y Patrick vuelve a mirar a Verónica divertido. Los labios de ella están fruncidos en un mohín de hartazgo, y sin pensarlo dos veces, ni tan siquiera realmente una vez, Patrick se acerca a ella y la besa, enredando su mano en el pelo del color de las llamas de ella. Y durante los primeros segundos parece que ella va a separarse, por la sorpresa, y Patrick casi piensa que está a punto de recibir un tortazo en la cara, pero luego los labios de Verónica se separan y sus lenguas se juntan. Sin darse cuenta retroceden hasta que la espalda de ella se topa contra la pared, y Verónica suelta un gemido y Patrick le agarra la cara con las dos manos, mientras el beso continúa y ella le agarra la espalda, como queriendo que se junte aún más con él.

Patrick se separa. Verónica respira agitada. Se miran a los ojos, apenas a unos centímetros, justo en ese punto donde, de estar un milímetro más cerca sería difícil enfocarse. Verónica le pasa una mano por la cara.

—Lo siento —dice él—. Ha surgido.

Verónica se echa a reír, y eso hace que Patrick se separe aún más, recuperando una distancia normal entre dos personas.

—«Lo siento, ha surgido» es probablemente la peor frase que me han dicho jamás después de un beso —asegura ella.

—Quería decir que no lo he pensado, que ha sido un impulso. Lo siento.

—No lo sientas, Patrick —Verónica se acerca a él y apoya su mano en el pecho de Patrick—. No sé si lo has notado, pero no me he apartado.

—No sé, en medio de todo lo que...

Verónica apoya dos dedos en los labios de Patrick, obligándole a callarse.

—En serio, Patrick, no hay que buscar ni excusas ni razones. Es lo que es, y ya está.

Patrick sonríe. Se ha sonrojado ligeramente. Después, Verónica se gira hacia la puerta de la casa de los Finney y entra. Patrick cruza detrás de ella, llevando en la mano la bolsa donde carga el caldo que les corresponde a la pareja de ancianos y al joven que vive con ellos ahora.

Se detienen al ver a Pablo en el jardín. Tiene la ropa manchada de tierra y aspecto de llevar trabajando unas horas. Está sucio y sudoroso. En las manos tiene una pala y

ha estado cavando un agujero debajo de la palmera que más sombra le da al jardín. Un poco más allá, dos bultos tapados con una manta anuncian en luces de neón lo que ha ocurrido.

Patrick deja la bolsa con el caldo encima de una silla y se acerca al jardinero. Hasta que no se encuentra a su lado no se da cuenta de que Pablo Collantes ha estado llorando. Le mira como un cachorro mira a sus dueños cuando quiere comer.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Verónica, desde detrás de Patrick.

Pero Pablo está al límite de sus fuerzas, tanto físicas como mentales, y se deja caer de rodillas, sin poner límite alguno a sus lágrimas y su desesperación. Un segundo después, Verónica se acerca a él y se agacha para abrazarle. Pablo apoya la cara contra su hombro, pero aún llorará durante casi cinco minutos más antes de calmarse y poder hablar. Entonces, les explicará lo que encontró después de despertar y les pedirá ayuda para terminar de enterrarles.

Al grito de Corre Pluto, el labrador se lanza a la carrera detrás de la pelota que acaba de lanzar Junior en dirección a la piscina. No la ha lanzado con la suficiente fuerza, por lo que Pluto la agarra entre sus dientes antes de que llegue al agua. Meneando con fuerza el rabo, feliz por su victoria y saboreando el extraño tacto de la pelota de tenis, Pluto se acerca a Cameron. La chica, por lo general, suele ser más arisca con el perro, pero Pluto sabe que cuando ella tiene ganas de hacerle cosquillas, siempre encuentra ese punto en el estómago que tanto placer le da. Así que se acerca a ella, con la esperanza de que la chica tenga ganas de acariciarle. Cameron está tumbada tomando el sol en bikini, como si el fin del mundo no fuera realmente con ella. Pluto apoya su cara en el vientre de ella, y de repente Cameron lanza un grito de sorpresa y se incorpora, asustando a Pluto que retrocede un par de pasos.

Sin soltar la pelota, por supuesto.

—¡Pluto! —grita Cameron—. ¡Fuera, a jugar con Junior!

Pluto mira a la chica pasarse la mano por el vientre, limpiándose las babas que el animal le ha dejado. Al animal, en realidad, no le importa demasiado. Es posible que la chica se haya enfadado, o es posible que se trate de un juego y quiera verle correr hacia Junior. A Pluto no le importa, ya ha decidido que prefiere volver con el niño. Junior es un valor seguro para Pluto. El niño siempre se ríe al verle, siempre le acaricia y juega con él. Y sí, a veces le entrega pedazos de comida por debajo de la mesa, aunque con ello se gane una regañina de su madre.

Pluto ama a Junior.

—¡Muy bien, Pluto! —grita Junior cuando el perro deja la pelota a sus pies.

—¿Quieres dejar de gritar, enano? —grita Cameron, volviéndose a tumbar.

Junior mira al perro. Pluto se ha sentado junto a él y tiene la cara alzada para mirarle, con la lengua colgándole a un lado, a la espera. Mueve el rabo hacia los lados, arrastrándolo sobre el césped.

—¿Queremos dejar de gritar, Pluto? —le pregunta Junior al perro, agachándose a coger la pelota y ganándose un lametón del animal en la mejilla—. Yo creo que no. Lo que queremos es que saltes a la piscina y la empapes.

Junior se ríe de su propia ocurrencia, y está a punto de llevarla a cabo, extendiendo la mano para coger impulso y lanzar la pelota hacia la piscina, cuando escucha un par de golpes en la puerta. Alguien está llamando con los nudillos, e inmediatamente Pluto pierde interés por la pelota de tenis y se lanza a la carrera hacia la entrada, ladrando como un poseso. Sorprendido, Junior se gira y corre hacia la puerta, guardándose la pelota en un bolsillo.

—¡Quieto, Pluto! —exclama.

Y Pluto, aunque nervioso, se detiene, sin dejar de mirar hacia la puerta con el cuerpo en tensión.

—¿Quién es?

—Hola —responde la voz de un adulto al otro lado.

—Hola —dice Junior, acercándose a la puerta. Pluto también avanza, y Junior no puede verlo por estar mirando hacia la puerta, pero nosotros sí podemos percibir que Pluto está enseñando los dientes.

—Me llamo Logan. Estoy saludando a todos los vecinos y conociendo un poco la urbanización.

Junior abre la puerta. El hombre, al otro lado, sonríe encantador. Pluto empieza a ladrar.

—¡Pluto, quieto! —grita Junior, girándose para agarrar al perro. Pero no lo hace con la suficiente rapidez y Pluto se adelanta, colocándose entre Logan y el niño y sin dejar de ladrar al recién llegado.

—¡Vaya, parece que no le gusto! —comenta Logan, riéndose—. Tranquilo, perrito, soy una buena persona. ¿Cómo se llama?

—¡Pluto! —responde Junior, agarrando a Pluto por el collar y tirando hacia atrás. Pero Pluto tiene más fuerza que el niño y este apenas logra moverle un poco la cabeza—. ¡Quieto, siéntate! ¡Pluto!

—¿Qué demonios le pasa a Pluto? —grita Cameron, acercándose a la puerta.

Se detiene al ver que no conoce al hombre que está al otro lado. De forma inconsciente, coloca sus brazos cruzados delante del pecho.

—Hola. Supongo que sois los hijos de Marsha.

Cameron asiente. Junior sigue tratando de apartar a Pluto de la entrada sin conseguir ningún avance. Logan sonríe, y Cameron le devuelve la sonrisa por pura inercia. Ese es el poder del que hace gala Logan Kane.

—¡Pluto! —grita Cameron entonces—. ¡Cállate!

Cameron se acerca a la puerta y le da un tirón a Pluto del collar. Aquello parece funcionar, y el animal retrocede unos pasos, frunciendo aún la boca y enseñando los colmillos, sin dejar de mirar hacia Logan. Durante ese intercambio entre la chica y el perro, Logan ha aprovechado para lanzar una mirada, más curiosa que lujuriosa, al cuerpo de Cameron. Pero cuando la niña vuelve a mirarle, Logan está mirándole a los ojos, sonriente.

—Perdona al perro de mi hermano. Son los dos igual de tontos.

—¡Te estoy oyendo! —protesta Junior.

—¿Te crees que lo digo en voz alta porque me importa que lo oigas?

—¡Pues tú eres idiota! —exclama el niño, dándose la vuelta y alejándose. Pluto le lanza una mirada, y siente que debe seguir con su amo. Pero algo le dice que no lo haga, su instinto, tal vez, y vuelve la cabeza de nuevo hacia el hombre que está en la puerta. Vuelve a gruñir.

Cameron, sin embargo, no está haciendo caso del perro. Pone los ojos en blanco por un instante y mira a Logan.

—Bueno —dice este—, no quería molestar. Estaba dando una vuelta por la urbanización y quería conocer quién vive en cada casa. Dale un saludo a tu madre.

—Vale.

Logan agita la mano a modo de despedida antes de darse la vuelta. Cameron le imita y cierra la puerta. Cuando se da la vuelta para regañar a Pluto, se encuentra con que el perro ya no se encuentra a su espalda y ha salido a la carrera hacia Junior. Ajena al hecho de que acaba de estar a menos de un metro del que pudiera ser la encarnación del mismísimo diablo, Cameron se dirige al interior de la casa, olvidando las ganas de tomar el sol.

Neil, Shane, Peter y Rick entran en la casa del primero riéndose a carcajadas por el chiste que acaba de contar Neil. La casa está en penumbra y de forma rutinaria, Neil aprieta el interruptor antes de acordarse de que la energía dejó de funcionar por la noche.

—Putra mierda —murmura Neil—. Se me había olvidado.

—Con las ganas que tengo de echar una play —asegura Rick.

Neil asiente, a él también se le había pasado por la mente. Se deja caer en el sillón y coloca los pies sobre la mesilla central. Rick se deja caer a su lado, bruscamente. Shane se sienta en una silla con el respaldo por delante. Peter es el único que se queda de pie.

—Joder, ¿qué se supone que vamos a hacer todo el puto día sin poder hacer nada? —pregunta Rick.

Peter observa a los que siempre ha considerado sus amigos con una extraña sensación de incomodidad. Nota a Neil algo más serio de lo normal desde después del desayuno. Le da la impresión de que se ríe de las bromas pero no lo hace de verdad. Se está preguntando si siempre ha sido así, si lo que percibe es realmente sólo desde el desayuno, o si hasta ahora no se había fijado pero Neil ha sido siempre de esta manera. Es verdad que Neil le ha dado respeto desde que le conoce.

En ese pensamiento se encuentra Peter cuando estalla la tormenta. Como un trueno, Sandra Ridgewick entra en el salón a voz en grito, ataviada con una bata desvaída y sucia y el pelo completamente revuelto, dándole el aspecto de una aparición fantasmal de película.

—¡Neil! —grita—. ¿Por qué no hay comida? ¡Fui a la compra la semana pasada y ahora no hay nada! ¿Qué has hecho con la comida? ¡Tengo hambre!

Los otros tres chicos se sobresaltan al ver a la madre de Neil entrar de esa manera en el salón. A fin de cuentas, no dejan de ser chicos y la mujer que les está gritando es la madre de uno de sus amigos, hablándoles como si ellos hubieran cometido una atrocidad y estuviera regañándoles.

Pero Neil no. Se mantiene tranquilo, observando con desdén a su madre.

—Señora Ridgewick... —Peter intenta mediar, alzando una mano tranquilizadora —, la comida ha sido...

Pero Sandra Ridgewick no atiende a razones en este momento y de un manotazo, aparta la mano de Peter y se encara aún más con su hijo.

—¡Te estoy haciendo una pregunta, Neil! ¡Y te he dicho millones de veces que no pongas los pies en la me...!

Antes de que le dé tiempo a acabar la frase, Neil se incorpora y atenaza el cuello de su madre con la mano derecha.

—Vuelve a golpear a uno de mis amigos y te juro por Dios que te estrangulo.

Rick y Shane se incorporan también, con idénticas muecas de asombro en sus



rostros. Peter, sin embargo, siente miedo.

—No ha sido nada, Neil —dice—. No tiene import...

—Cállate, Peter.

Y Peter obedece. Neil acerca la cara a la de su madre, cuya piel se está poniendo roja por momentos. La mujer boquea en burdos intentos por obtener algo de aire que lograr mandar a sus pulmones, pero la mano de Neil cierra con fuerza su garganta.

—Si no fueras una perdedora de mierda adicta a las pastillas sabrías lo que está ocurriendo, pero eres patética y ni siquiera sabes que el mundo se ha ido a tomar por culo. Me das asco, madre.

Neil empuja a Sandra, soltándole el cuello. La mujer cae en medio del salón, de culo, respirando de forma entrecortada y rompiendo a llorar.

Peter siente el impulso de agacharse a ayudarla, pero sabe que Neil le recriminará esa actitud, tal vez incluso se enfadará con él, y visto lo visto, quién sabe, podría incluso golpearle. Ninguno de ellos se mueve, excepto Neil, que vuelve a sentarse tranquilamente.

—Sal de aquí antes de que ese lloriqueo me dé ganas de golpearte —murmura, casi escupiendo las palabras.

Sandra intenta incorporarse. No lo consigue al primer intento porque le tiemblan las manos y las piernas. Falla de nuevo en el segundo, pero a la tercera va la vencida y se pone en pie. No les mira, a ninguno de ellos. Con la mirada baja y el rostro rojo por la momentánea falta de aire y la vergüenza, Sandra arrastra los pies en dirección a la cocina.

Y Peter siente que parte de sí mismo se marcha con ella.

Arnold Smith siempre ha sido un patriota.

Su abuelo, Norman Gregor Smith, fue militar y participó en la guerra contra los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial. Su padre, Frank Gregor Smith, estuvo en Irak durante la primera guerra contra Sadam, en los noventa. A Arnold Smith le educaron con el himno estadounidense y la bandera de barras y estrellas como símbolo de todo lo que hay que defender en esta vida. Arnold hubiera seguido gustosamente el camino que antes que él recorrieron su padre y su abuelo de no ser por una malformación en la pierna izquierda que le obligaba a cojear y le impedía, por tanto, entrar en el ejército.

Huelga decir que Arnold es un hombre de férreas convicciones y fe absoluta en el sistema.

Es por eso que, cuando los soldados que hacen fila frente a la verja de la Casa Blanca empiezan a retroceder hacia el edificio, Arnold no teme. Toda la gente que se agolpa contra las verjas a su alrededor está asustada, y se oyen insultos e improperios mezclados con llantos y súplicas. Pero los militares han sido muy claros y no permitirán que nadie cruce las verjas. Arnold sabe que eso significa que los civiles en el exterior, y él con ellos, lo tienen muy complicado. En algún momento los zombies encontrarán su camino hacia la Casa Blanca y la gente empezará a morir. Los soldados les defenderán, al menos eso es lo que piensa Arnold. Nunca dejarán morir a ciudadanos americanos sin intentar detener a los zombies. Pero es evidente que muchos caerán. Muchas de las personas que están allí, que agarran los barrotes con ojos llorosos y desesperados no lo entienden, pero Arnold sí. Allí dentro está el presidente de los Estados Unidos y deben protegerle. Es lo mismo que haría él, y cada vez que escucha a alguien decir que los soldados van a dejarles morir sin hacer nada para evitarlo siente ganas de pegarles un puñetazo.

Arnold sabe que les defenderán hasta el final. Puede que sea en vano, pero sabe que no les abandonarán. Son estadounidenses.

Cuando apenas unos minutos después del despliegue de los soldados, varios helicópteros alzan el vuelo desde el interior de la explanada, la gente empieza a gritar y algo dentro de Arnold se rompe.

Porque por increíble e imposible que parezca... les han abandonado.

Entonces la gente empieza a gritar. Los helicópteros van tomando altura, poniendo distancia entre la gente que se salvará y los civiles a los que dejarán morir. Arnold no puede creerlo. A su alrededor escucha llantos y gritos de desesperación. La gente tiene miedo porque creen que va a morir. Es muy posible que no pudieran llegar a entender lo que siente Arnold. Algo se ha roto en su interior, algo que lleva más de un siglo grabado a fuego en el corazón de su familia, la confianza en un sistema que ha demostrado mentir.

Luego la gente empieza a impulsarse, a intentar trepar. Ahora que los militares se

han ido, que no queda nadie en el interior de La Casa Blanca, el lugar podría convertirse en un refugio, tal vez el único, la última esperanza de toda esa gente, y piensan conquistarlo como sea. Alguien empuja a Arnold a un lado y este se golpea contra las rejas. Se agarra a ellas para no caer, sintiendo que tiene ganas de llorar, y entonces, entre los barrotes, ve a un único hombre acercándose desde el edificio que ha sido símbolo de Estados Unidos durante tanto tiempo. Un hombre armado con un rifle que lleva apoyado en el hombro izquierdo y que sujeta un altavoz con la mano derecha.

—¡Atención!

La palabra, gritada a través del megáfono, paraliza a toda la gente que estaba intentando cruzar al interior. Por un momento, todo el mundo se queda en silencio y busca con la mirada al hombre que ha dicho eso. A medida que se acerca, todos pueden comprobar que se trata de un hombre grande y musculoso.

El coronel Bernard Trask se lleva el megáfono a la boca y aprieta el botón.

—Mi nombre es Bernard Trask, soy coronel del ejército de los Estados Unidos de América y les hablo en nombre del presidente Norton.

Arnold sonrío. De toda la gente que busca la salvación en la Casa Blanca, probablemente Arnold fuera el único que confiara plenamente en ello.

—El presidente ha sido evacuado. Todo su personal ha sido evacuado. La Casa Blanca es suya, señores y señoras. Y si tienen ganas de vivir, estoy seguro de que lucharán a mi lado para conseguirlo. Convertiremos este lugar en un bastión, la última fortaleza humana, y ¡no permitiremos que nos aniquilen!

Arnold grita, de júbilo, alzando un brazo. Y como si hubiera apretado un interruptor, su alegría se contagia a la gente que tiene alrededor, y como una ola, los aplausos y los gritos de alegría se amplifican y extienden.

Bernard Trask se acerca a la puerta y la abre. La gente empieza a entrar, corriendo, empujándose unos a otros, huyendo de un enemigo que todavía no les ha alcanzado. Trask se pregunta si todavía no lo ha hecho. Los zombies aún no han llegado, no les están atacando, pero ve manchas de sangre en las ropas de más de una de esas personas que buscan refugio allí. Y es posible ver lágrimas y rostros llenos de desesperación, pero también alivio en muchos otros, al saberse por fin a salvo. Trask sabe que es muy posible que todo sea una ilusión, y que llegará el momento en que el enemigo no se encuentre fuera únicamente. El enemigo, ese virus invisible conocido como el Cuarto Jinete, pudiera estar plantando las semillas de su ejército en el interior de cualquiera de esas personas. Podría estar incluso en su interior. Cualquiera podría ser una bomba de relojería con el tiempo corriendo en contra.

Cojeando, Arnold cruza la entrada y pisa el césped de la Casa Blanca. Omite el impulso de dejarse caer de rodillas y besar la tierra, pero se acerca a Bernard. Estira la mano y el coronel se la estrecha.

—Gracias —dice.

—De nada —responde, Bernard.

—Cualquier cosa que necesite, estoy dispuesto a ayudarle, señor.

Bernard mira a Arnold y asiente.

—Lo agradezco. Vamos a necesitar cuanta ayuda podamos obtener.

Y ahora es Arnold Smith el que asiente.

Cuando Bernard Trask le dijo a Jack Norton que él se quedaría a defender a todos los civiles, Jack Norton puso el grito en el cielo y le dijo que era una misión suicida. Apenas terminó de hablar, se dio cuenta de que acababa de decir en voz alta lo mismo que Trask y todos los demás llevaban diciéndole a él durante días ante su insistencia por quedarse en la Casa Blanca y no ser evacuado.

Jack Norton podría ser cabezota, pero no era ningún idiota. Asintió, dándole la razón al coronel Trask, y se acercó al intercomunicador que había sobre la mesa. Respiró hondo, recuperando la compostura, antes de apretar el botón y hablar.

—Que entren Barker y Ellis.

Después soltó el botón y miró a Trask.

—Es en los tiempos difíciles cuando los héroes aparecen —dice el presidente—, y usted, Trask, es un héroe.

—No lo creo, señor. Pero cumpliré con mi trabajo.

Bernard Trask observó al presidente erguirse y colocarse bien el traje que llevaba puesto. Espero a que entraran Ellis y Barker y cuando lo hicieron, les dijo que iniciaran los preparativos para evacuar a todo el mundo. Ellis pareció aliviado, como si acabase de soltar un lastre que llevaba sobre los hombros. Barker resultó más pragmático y se puso manos a la obra inmediatamente.

Horas más tarde, Bernard mantuvo el saludo militar y la pose marcial mientras los helicópteros se elevaban en el aire. Kurt Dysinger se emocionó al saber que se quedaría y le deseó mucha suerte. Bernard se lo agradeció, y después el doctor le estrechó la mano. Les vio a él y al presidente mirándole desde las ventanillas de su helicóptero hasta que estuvo demasiado alto como para distinguirles.

Entonces se dio la vuelta y caminó hacia la entrada sabiendo que existía una posibilidad muy alta de que muriera en ese edificio. Al menos, se dijo, estaba en paz consigo mismo. Había vivido una vida con la que estaba satisfecho y moriría luchando por su país. Bernard Trask había aceptado su destino y estaba de acuerdo con él.

Prácticamente al mismo tiempo en que Bernard Trask abría la entrada principal de la Casa Blanca, dentro del punto seguro de Avondale, el soldado Brian Wade se encierra en uno de los retretes de la zona sur. Se encuentra mal y tiene ganas de vomitar. También está sudando mucho y sendas manchas oscuras han empezado a notarse bajo sus brazos y en la espalda. Y sí, nosotros conocemos el origen del mal que afecta a Brian, pero él no es consciente de lo que corre por sus venas. Piensa que algo le ha sentado mal y por eso tiene retortijones. Para Brian Wade no hay otra explicación posible, y por eso abre la tapa del retrete y se agacha junto a él dispuesto a vaciar las tripas.

La enfermería de Avondale está situada en el extremo suroeste. Dejemos a Brian desmayándose en el interior del retrete y crucemos el terreno que separa los servicios de la enfermería. Allí, desde que ocurriera el tiroteo en la celda 18, tres doctores y varios enfermeros colaboran para salvar la vida de los dos civiles. La mujer ha sido estabilizada, pero el hombre ha entrado en *shock* hace unos minutos. No hace falta que te adelante lo que está a punto de ocurrir.

Dom García es uno de los doctores que se encuentran en la sala. Será el primero de ellos en morir, por estar inclinado sobre el hombre herido en el momento en que este abre los ojos. Dom no tiene tiempo de apartarse antes de que el ahora zombie le muerda en el cuello. El mordisco es mortal, los dientes atraviesan la carne como si fuera mantequilla y arrancan un pedazo del tamaño de una pelota. La sangre salta disparada en todas direcciones y Dom cae al suelo de rodillas, agarrándose el cuello con expresión estúpida.

Helen Foster lo ve y lanza un grito, y su mayor error es no darse la vuelta y echar a correr. Es posible que tan sólo hubiese retrasado lo inevitable, no tenemos forma de saberlo, pero el civil se ha puesto en pie de un salto, derribando la mesa auxiliar con los instrumentos médicos, y se lanza a la carrera sobre ella. Helen y el civil chocan contra la pared y caen al suelo golpeando un mueble y derribando más material médico. La sangre de Helen salpica el suelo y las paredes.

Javier Pámanes, mexicano de nacimiento aunque afincado en Estados Unidos desde hace más de treinta años, se agacha junto a Dom en un vano intento por ayudarlo. Ve a otro de sus compañeros, Butch Heyman, cruzar a la carrera la puerta de la enfermería pidiendo ayuda, y una parte de su cabeza felicita a Butch por salir en busca de ella. El resto de su mente le está ordenando a voz en grito que salga pitando de allí antes de que se vuelva peor, pero Butch no se escucha a sí mismo. Su primera reacción ha sido lanzarse a ayudar a su colega, y esa reacción le cuesta la vida cuando Dom le arranca un trozo de carne de la mejilla de un mordisco. Javier grita, aúlla más bien, y trata de apartarse de Dom, pero para entonces el civil ha terminado con Helen y se da la vuelta hacia él. Lo último que siente Javier antes de desvanecerse es los dedos de Dom hundiéndose en su estómago y los dientes del civil en su cuello.

El cuerpo de Helen Foster apenas permanece tirado en el suelo más de treinta segundos, pero cuando se levanta de nuevo no es realmente Helen Foster quien está tras los mandos, sino una de esas criaturas sedientas de carne en las que se convierten los humanos después de morir gracias al Cuarto Jinete. Los gritos de Javier Pámanes ya se han extinguido, pero aún hay una persona con vida en ese cuarto, y Helen se lanza con avidez sobre el cuerpo de la mujer herida a la que hace algo más de una hora han conseguido estabilizar y ahora dormía por efecto de los calmantes.

Cuando la alarma empieza a sonar en Avondale, los zombies ya han abandonado la enfermería y empiezan a sembrar el terror en los pasillos colindantes.

En el interior de su celda, Duck contempla horrorizado a la mayoría de soldados que tiene a la vista lanzarse a la carrera hacia el edificio que se levanta en la parte suroeste. Hay un hombre lanzando órdenes desde la entrada, un general tal vez, ordenando a sus soldados que formen delante de la puerta y que disparen a la cabeza. Dentro de las celdas, los civiles contienen la respiración, atentos al devenir de los acontecimientos, con el corazón en un puño y el miedo a flor de piel.

Nadie ve salir a Brian Wade tambaleándose del retrete y arrancar de un mordisco la tráquea de un soldado que corría hacia la enfermería. Cuando Wade se levanta, su barbilla está completamente cubierta de rojo y varios jirones de carne cuelgan de sus labios. Se lanza a la carrera hacia la enfermería, lanzando un grito horrible capaz de hacer estremecerse a cualquiera.

La mayoría de los soldados están dándole la espalda a Brian Wade, concentrados en mirar hacia la enfermería con sus armas a punto. Los que le han visto, de lejos, tan sólo ven a un soldado que corre hacia su posición, aunque su forma de moverse sea extraña y ligeramente antinatural. No alcanzan a ver la sangre que le cubre la cara y parte del uniforme. Ninguno de esos soldados alcanza a escuchar sus gruñidos tampoco, porque dentro del edificio donde se encuentra la enfermería se oyen disparos y gritos y el coronel Walter Jordan está lanzando órdenes al aire con su mejor voz de Señor de los Gritos.

Uno de los soldados se gira hacia Wade en el instante en que este abre la boca y le alcanza. Los dientes de Brian se cierran de golpe, como un cepo en el bosque, sobre la nariz del soldado, golpeando el hueso y quebrándolo al instante. Los dos hombres caen hacia atrás en una maraña de brazos y piernas en la que Brian Wade además meneaba la cabeza hacia los lados con rabia hasta conseguir arrancar la nariz del otro hombre. El chillido de dolor del soldado se sobrepone a todo lo demás. Brian se incorpora, masticando, y engancha los dedos en el cinturón de otro soldado, atrayéndole hacia él y mordiéndole la cadera por encima del uniforme.

Walter Jordan ordena que le disparen. Algunos de los soldados que forman a la salida de la enfermería han salido corriendo aterrorizados, alguno de ellos incluso ha dejado caer su arma al ver a Brian Wade, al que muchos conocen y respetan, masticar la nariz de otro de sus compañeros. El soldado Pablo Rivero, sin embargo, y a pesar de llevarse bastante bien con Brian Wade, no tiene miedo al ser testigo de la macabra

situación que está teniendo lugar. Con una frialdad admirable, Pablo se gira hacia su compañero al tiempo que alza el arma y dispara. Wade, sin embargo, se está moviendo, tratando de evitar que el otro soldado no se escape y seguir masticando pedazos de su pierna, y las primeras balas no aciertan sobre él, sino sobre el soldado herido que trata de escapar del muerto viviente. La tercera bala, sin embargo, le revienta el cráneo a Brian Wade, apagándole para siempre, esta vez sí.

En ese momento, Helen Foster atraviesa a la carrera la puerta hacia la que ahora nadie mira. Lo hace gritando, moviendo los brazos de forma espasmódica, cubierta de sangre y con una herida atroz en el costado a través de la cual pueden verse las costillas. El coronel Walter Jordan se convierte en su víctima cuando se arroja sobre su cara y le muerde en el hombro al mismo tiempo que introduce su mano derecha en la boca del coronel, rasgando y arañando, tratando de arrancar y lográndolo pedazos de parte de su mejilla.

Y Helen Foster sólo ha sido la primera zombie en salir de la enfermería. A ella le siguen más, y aunque Pablo Rivero y los pocos soldados que han mantenido la posición abren fuego y derriban a unos cuantos, tienen demasiados frentes abiertos y nadie que les dirija o les diga hacia donde girar. El soldado al que Brian Wade le arrancó la nariz agarra a otro de los militares desde atrás, hundiendo sus manos en los ojos y la boca del pobre hombre al tiempo que hunde sus dientes en la nuca. Y Helen corre hacia otro de los soldados desde el lateral. Pablo Rivero, que de tonto no tiene un pelo, se da cuenta de que están a punto de perder el control. Se levanta y echa a correr hacia atrás. No tiene forma de saber que, justo después de salir del servicio, ya muerto, Brian Wade había matado a otro soldado, uno que corría hacia la enfermería para ayudar y que después de levantarse como un zombie, corre hacia la enfermería en busca de víctimas. Prácticamente se encuentran de cara. Pablo apenas tiene tiempo de levantar el arma. Los dedos del soldado muerto se enganchan en su chaleco. Pablo dispara, pero la bala atraviesa inútilmente el estómago del soldado, arrancando un pedazo de carne del tamaño de una pelota de golf al salir por la espalda. El soldado no suelta el chaleco, y la presión que hace para lanzarse sobre él hace que Pablo pierda pie y caiga al suelo. Lo siguiente son los dientes del soldado muerto horadando su carne y la sangre derramándose sobre el césped.

En las jaulas de contención, los civiles han enloquecido. Todos gritan con la desesperación que da el saber que la muerte está próxima e inevitable. La mayoría está intentando trepar por las verjas, pisoteando a los demás, agarrándose a lo que sea aunque eso signifique derribar a sus compañeros. Algunos zarandean las verjas intentando hacerlas ceder. Sin ninguna excepción, todo el mundo grita.

En la celda número diez, el autoproclamado grupo de vigilantes golpea la puerta de forma rítmica, intentando hacerla saltar. Duck se une a ellos, dándole patadas a la cerradura. Entre todos, los golpes que recibe la puerta son suficientes para hacer que las bisagras empiecen a ceder. Por cada muestra que da la puerta de poder abrirse, más potencia cobran las patadas del grupo. Hasta que finalmente la cerradura casi

estalla, saltando por los aires, y la puerta metálica se abre de golpe. Duck recibe un empujón y cae de rodillas contra la verja. Como una marabunta, el resto de civiles empieza a atravesar el pequeño hueco y corre hacia el lado norte de la base, el más alejado de la enfermería y de los disparos y los gritos de dolor y muerte de los cada vez más diezmados militares. Los civiles encerrados en el resto de jaulas gritan auxilio y piden ayuda, pero nadie se detiene en su carrera. Ha llegado el momento del sálvese quien pueda.

Duck siente una mano que le agarra del brazo y tira de él hacia arriba. De repente, se ve obligado a correr en medio del grupo. A su derecha, Gabriel le agarra del brazo y corre también. Nadie oye la orden, pero desde el lugar hacia el que corren alguien les grita que se detengan. Apenas un único aviso antes de abrir fuego. Los civiles de la jaula diez gritan al ser traspasados por las balas. Duck siente que es arrojado al suelo y su cara golpea el barro. Alguien le pisa en la mano y varias personas cruzan por encima de él, cambiando la dirección hacia el este. Duck nota el tacón de una bota apoyarse en su espalda por unos segundos.

Al separar la cara del barro, escupiendo tierra, ve a Gabriel a su lado, con los ojos muy abiertos. Tiene un hilo de sangre resbalándole por la comisura de los labios y la mirada perdida. Duck ve que tiene una herida de bala en el pecho, un par de centímetros a la derecha del corazón, y del pequeño agujero sale sangre burbujeando. Sabe que es el pulmón y sabe que no puede hacer nada por su amigo y compañero. Gabriel le mira con esa desesperación que imprimen a su mirada todos los heridos de gravedad. Duck ha conducido durante años una ambulancia y conoce esos ojos y la sensación que despiertan. Hace años, alguien le dijo que se acostumbrara a ello y no lo tomara como algo personal o jamás podría hacer su trabajo. Duck se había acostumbrado y lograba que esas súplicas silenciosas en los ojos de la gente no le afectaran. Él se encargaba de estabilizarles, de tratar de ayudarles, subirles en una camilla y conducir al hospital más cercano sin pensar en lo que pudiera ocurrirles realmente a esas personas.

Ahora tiene delante a Gabriel, mirándole de esa misma manera, con una herida en el pecho que le matará sin remedio. Duck lo sabe, y sabe perfectamente que no hay nada que pueda hacer él sin equipamiento médico. Ni siquiera con el material adecuado, sería capaz de salvarle la vida, tal vez podría retrasarle la muerte, y sólo tal vez. Duck no lo piensa dos veces. Aprecia a Gabriel, le agradece haberle cogido del brazo allá atrás, en la celda, pero ahora se incorpora hundiendo las manos en el barro y echa a correr hacia el este, siguiendo al resto de civiles que huyen y sin pensar ni por un segundo más en los ojos moribundos de su amigo.

Para entonces, varias celdas han logrado abrir sus puertas y los civiles se escurren de su interior como hormigas, corriendo en todas direcciones en un intento por escapar de los muertos. La plaga también se extiende, hacia todos los lados, persiguiendo a sus víctimas aullando y gruñendo.

Duck tropieza y cae de rodillas delante de la celda cuatro. Apoyados contra la



verja ve los rostros de dos niños que lloran, abrazados a su madre. Duck les mira con el rostro desencajado por el horror. Alguien le pide ayuda para abrir la puerta. Duck mira hacia los lados, incapaz de hacer nada. Se incorpora, mirando hacia atrás. Ve dos muertos corriendo en su dirección. Uno de ellos lleva el traje militar y le falta parte de un brazo. El segundo es una mujer con vestimenta civil. Duck echa a correr, y tiene suerte porque los zombies se lanzan contra la verja, metiendo sus manos a través de los huecos y tratando de coger a los civiles encerrados en el interior. Duck les oye gritar de terror.

Duck se arroja contra una puerta cerrada en el muro este y la golpea con el hombro. Sin embargo, la puerta está bloqueada por el otro lado y Duck acaba cayendo hacia atrás sin lograr abrirla. Vuelve a levantarse y mira alrededor. Ve gente corriendo por todos sitios y en todas las direcciones, imposible distinguir a los vivos de los que están muertos. Unos metros a su derecha ve fardos amontonados contra el muro. Corre hacia ellos. Al alcanzarlos, Duck salta y se agarra al borde superior. Nunca ha sido un buen escalador, pero la adrenalina hace maravillas y pronto se alza encima de los fardos. Desde allí, a unos dos metros y medio de altura, es capaz de observar el horror que tiene lugar en Avondale, como los muertos destrozan a los vivos en todas partes, rodeando las jaulas que aún no han sido abiertas y tratando de coger su comida enjaulada, los disparos, las huidas desesperadas, la muerte.

Duck se sienta y cierra los ojos. Puede evitar ver lo que ocurre, pero es imposible apagar el volumen. Los disparos son cada vez más escasos, pero los gritos y los gruñidos inhumanos de esas criaturas penetran en su cerebro como armas punzantes.

Se pone a llorar.

# VIII

## Tiempo de muerte

# 1

Para cuando Bernard Trask decide cerrar las verjas de nuevo, hay cerca de dos mil personas dentro de la Casa Blanca. Dos mil personas que tendrán que resistir hacinadas en una situación en la que tienen todas las de perder. Dos mil posibles focos de infección. Bernard Trask sabe que apenas tienen comida para resistir un día, tres o cuatro si hacen uso de un racionamiento brutal. Sabe que es una misión suicida, y cuando los muertos hacen su aparición y empiezan a rodear la zona, introduciendo sus brazos heridos y mutilados entre los barrotes, engarfiando los dedos en el aire, intentando atraparles y gruñendo con rabiosa frustración, sabe que jamás lograrán salir de ahí.

Pero ha visto las caras de la gente a la que ha permitido pasar dentro. No sus caras, sino lo que hay detrás de sus ojos, lo que expresan sus miradas y que no es sólo agradecimiento sino también esperanza. Algo que parecían haber perdido y ha renacido, y no porque crean sentirse seguros en ese lugar, no, sino porque Bernard Trask se ha erigido en figura heroica. Y la pregunta en este caso es cuánto tiempo tardará en convertirse de nuevo esa esperanza en desolación, cuánto tiempo tardarán en volver a asumir que lo que les queda por delante no es nada halagüeño.

Es tiempo de muerte.

Viven un tiempo extra, un regalo que les ha entregado Bernard Trask al dejarles refugiarse en la vivienda oficial del presidente de los Estados Unidos. Un tiempo con fecha de caducidad que todos ellos han aceptado, que todos han luchado por tener, porque al final, aunque sea en el fondo, aunque no se den cuenta, todos saben que conseguir un día más puede suponer otra oportunidad de seguir adelante. Cuando todas las agujas señalen en tu dirección, si logras resistir un día más, es posible que encuentres la forma de sobrevivir otro, y si consigues uno más, puede que seas capaz de sortear el siguiente, y así infinitamente. Ace Hall, como participante de Survivor, podría dar fe de ello, de lo importante que resulta avanzar un paso aunque parezca que todo está en contra. Nunca sabes si, en el paso siguiente, algo se desmoronará sobre otro participante y te permitirá sortear el final.

En definitiva, es en eso en lo que se basa la supervivencia. Y es por eso por lo que el ser humano lucha y se agarra a la vida con uñas y dientes aún cuando todo parece perdido. En Washington, Bernard Trask le ha dado un día más a casi dos mil personas, y ninguna de ellas protestará por ello o se lo echará en cara. En Avondale, Duck Motton se ha parapetado sobre unas cajas que impiden que los muertos le alcancen, aunque ya le rodean y elevan sus manos ensangrentadas hacia él, abriendo la boca, cerrándola en el aire con fuerza, gritando y aullando. Y su situación no puede ser más deplorable, sólo y rodeado por un número de muertos cada vez mayor a medida que los supervivientes de la base segura son destruidos, sin posibilidad alguna de escapar ni sitio viable por el que intentarlo. Pero al instinto de supervivencia no le importa eso, no le afecta el saber que después de ese movimiento lo único que queda

por delante sea un jaque mate, porque siglos de evolución le han enseñado al ser humano que darse por perdido no es una opción, que tal vez al final encuentres la forma de darle la vuelta a la partida, sorprendentemente.

No siempre será así, y todos lo sabemos. ¿Pero qué otra cosa se puede hacer cuando los dados juegan en tu contra?

Duck Motton va a morir. Permíteme que te lo diga, y que te lo cuente así, de sopetón, pero es una realidad. Todavía resistirá otros cinco días en los que el hambre y el sol le golpearán con dureza físicamente y la visión de tantas bocas y ojos muertos deseándole le destrozarán la mente. Y al final, cuando el quinto de esos días esté próximo a su fin, Duck Motton prácticamente habrá dejado de existir. Al menos en la superficie, porque somos incapaces de saber si tras la capa de locura que se irá instalando en su cabeza se oculta algo del viejo Duck Motton. Durante cuatro días, los pequeños hilos de la locura se van desplegando en el cerebro de Duck, haciéndose con él de la misma manera en que la infección del Cuarto Jinete se ha ido extendiendo por América, poco a poco, paso a paso, inexorable. Y hacia las tres y cuarto de la tarde de ese quinto día, Duck Motton se pondrá en pie sobre las cajas que se han convertido en su último reducto. Tembloroso, tambaleante, enrojecido por efecto del sol constante y por la fiebre que le devora, con la piel seca y cuarteada, las comisuras de la boca blanquecinas y la lengua tan seca que pareciera ser una lija. Duck Motton mirará al cielo, en un gesto tan similar al que adoptan los muertos que se encuentran apenas a centímetros por debajo de él. Hace horas que ha dejado de pensar de forma coherente, y su línea de pensamientos es abrupta e inconexa.

A su lado, de pie junto a él aunque sólo en su mente, se encuentra Gabriel, mirándole con una sonrisa triste. Al principio, Duck sabía que se lo estaba imaginando, pero ahora no, ahora cree que está ahí de verdad, a su lado, de pie delante de la pizarra en la que la señora Dubb ha escrito con tiza un problema matemático. Y Duck mira a Gabriel y quiere preguntarle qué hace ahí, porque en realidad, Gabriel es más joven que él, probablemente ni siquiera había nacido cuando él estaba en clase de la señora Dubb, pero está ahí, con el mismo aspecto que tenía cuando le dispararon. Duck sonríe, con lo que en apariencia debería ser una sonrisa alegre pero parece la mueca de un hombre loco, y menea la cabeza, porque nadie ha disparado a Gabriel, claro que no, porque si le hubieran disparado no estaría a su lado en clase de la señora Dubb. Sólo que no se encuentran en clase de la señora Dubb, por supuesto que no, sino en el Raddisson Hotel de Los Ángeles, sentados en la cafetería junto a Richard Jewel, Zoe y Aidan Lambert, y Richard se está riendo a carcajadas de algo que parece divertido, quién sabe, Duck no lo sabe, pero observa a Richard riéndose de forma escandalosa, pero claro, es Richard Jewel, ¿verdad? Uno espera que un hombre como él se ría de forma escandalosa.

—¿Dónde está ahora? —pregunta Duck, arrastrando las palabras. Tiene la boca tan seca que suenan como si arrastrara una cazuela sobre la arena.

—Aquí mismo —responde Gabriel, a su lado—. Riéndose como un descosido.

Duck entrecierra el ojo izquierdo. No es algo voluntario pero lo hace y vuelve a mirar a Richard. En realidad, su carcajada suena más bien como un gruñido, como el sonido gutural que producen cientos de muertos vivientes ansiosos por un pedazo de carne humana. El que producirían si estuvieran rodeándote, claro.

—Amaba a Odette —asegura Duck. De nuevo arrastra las palabras. De nuevo esa sensación arenosa—. Y tendría que haberle dicho que la amaba.

Gabriel asiente a su lado, dándole la razón, por supuesto. ¿Conocía Gabriel a Odette? Duck no está seguro. De lo que está seguro es que Gabriel no estaba con él cuando la señora Dubb le obligaba a solucionar complicados problemas matemáticos en la pizarra de clase, delante de todo el mundo. Duck Motton odiaba a la señora Dubb, que siempre llevaba el pelo recogido en un moño en lo alto de la cabeza y les miraba a todos por encima de las gafas y hablaba con desdén. Y su padre le decía que se tirara, que no pasaba nada, que apenas son tres metros y que el trineo frenaría. A Duck le daba miedo lanzarse cuesta abajo con el trineo y al final, fue su padre el que le empujó. Y el trineo se deslizó sin problemas hasta la puerta de Odette. Duck parpadea porque algo no tiene sentido. Está demasiado exhausto para saber de qué se trata. Richard Jewel sigue riéndose, con ese sonido que en realidad no es una risa sino el aullido permanente de los muertos atravesando sus oídos. ¿Debe multiplicar equis por siete y llevarse la i griega al otro lado? Mira a Gabriel para que le ayude, pero Gabriel le está mirando, con esa sonrisa que siempre esboza cuando está contento, pero en su mirada hay algo más, una súplica, porque está tirado en el suelo y Duck agita la cabeza porque Gabriel no está suplicando. La puerta de Odette espera delante de él, como uno de los problemas matemáticos de la señora Dubb, tan complicada de resolver como las ecuaciones pero sin empujón paterno que le obligue a avanzar. El sol le hace cerrar ambos ojos y dar un paso tambaleante hacia atrás.

El pie de Duck Motton se queda en el límite de la caja. Inmerso en su viaje mental a lo largo de inconexos recuerdos de una vida, apenas se da cuenta de que está a punto de morir. Y no es su padre el que le empuja a dar el paso que no dio en vida, sino el propio Gabriel. Nunca avanzó hacia la puerta de Odette, por cobardía o por miedo, pero le han regalado una segunda oportunidad, e igual que su padre le empujó para que se tirara cuesta abajo con el trineo, ahora es Gabriel quien apoya su mano en la espalda de Duck y le hace avanzar hacia la puerta de Odette. Solo que Gabriel no está realmente a su lado y el paso le hace avanzar hacia el lugar donde termina su minúsculo pináculo de salvación. Pierde pie y cae, el trineo se desliza al mismo tiempo que la equis se resuelve de forma misteriosa delante de sus ojos, y los muertos le reciben abalanzándose sobre él, hundiendo dientes y dedos en la carne tostada por el sol y reseca. Por fortuna para Duck Motton, su mente se ha alejado tanto de la realidad que muere pensando en aquella puerta abriéndose y en Odette, la que fuera su gran amor durante sus años de universidad, recibéndole con una cálida sonrisa. Siente dolor, y el recuerdo se desvanece y desaparece, pero el final llega rápido. El último superviviente de Avondale. Le arrancan los intestinos y las vísceras, su sangre

salpica las caras y los cuerpos de los muertos que se pelean por destrozarle, por llegar hasta él y arañar un pedazo de su ser. Le destrozan, le dividen, le arrancan trozos de carne y hueso hasta que su corazón deja de palpar.

Al final, Odette le dice que le ama.

## 2

Avondale cae. En realidad, ya te lo había advertido allí, cuando vimos que el soldado Brian Wade cometió una imprudencia que le hizo quedar infectado. La Casa Blanca, por el momento, resiste bajo el liderazgo del coronel Trask. Y te puedo asegurar que se trata del bastión más poblado de cuantos logran erigirse en todo el continente americano. Su futuro no será sencillo. Para ninguno lo es, en eso supongo que puedes estar de acuerdo conmigo, pero para la gente que sobrevive en la Casa Blanca el factor población se convertirá en otro de sus problemas. Demasiadas bocas que alimentar para los pocos recursos de que disponen.

Lamentablemente, esta no es la historia de los supervivientes de la Casa Blanca. Podrían llenarse varios libros con las historias desprendidas de la supervivencia a la epidemia del Cuarto Jinete, puedes creerme. Cientos, incluso miles de historias sobre pequeños grupos de supervivientes que son empujados hasta el límite y caen o subsisten a duras penas. Tantas historias de muerte como de valor, de solidaridad como de cobardía. La resistencia suicida que tuvo lugar en Denton, Kentucky, es apenas un ejemplo. Historias como la de los Siete Magníficos de Boston, seis hombres y una mujer que resistieron durante seis meses en las alcantarillas de la ciudad, comiendo desechos y cazando ratas, manteniéndose ocultos de los muertos vivientes bajo tierra y convirtiéndose en una especie de hombres de las cavernas modernos, subsistiendo a enfermedades y penurias diversas. Al sexto mes, dos de aquellos hombres se pelearon entre sí por la mujer y los Siete Magníficos de Boston pasaron a ser los Cinco Magníficos de Boston. Su historia, trágica y aterradora, es tan apasionante como desgarradora. Y como escalofriante resultó ser el destino de aquellos que tuvieron la desgracia de elegir el Parque Nacional Santa Bárbara, en Honduras, como ruta de escape de la pandemia. Allí, un grupo de depravados pertenecientes a un cártel poderoso cuando el mundo aún se regía por las normas que siempre lo rigieron, se dedicaron a cazar supervivientes y a someterlos a atroces juegos que denominaron «Las Olimpiadas» y en los que sus desdichadas víctimas eran soltadas frente a un grupo de zombies encadenados. Huir era imposible, por supuesto, y los canallas se aseguraban de ello destrozándoles un tobillo a las víctimas, vendándoles los ojos, esposándoles las manos a la espalda o mediante cualquier otro detalle que se les ocurriera que pudiera darle salsa al juego.

O como la travesía que recorrieron un hombre chileno y su hija de cinco años, huyendo de Santiago y subiendo por el continente hacia el norte, logrando no llamar la atención de los muertos y evadiéndose de ellos cuando les localizaban. Un viaje emotivo de pura supervivencia.

O como el escalofriante relato sobre Morgan Huttington y su mujer, que sobrevivieron durante casi un año alimentándose de los animales que tenían para la venta en la Tienda de Animales Huttington, donde los primeros en caer fueron los peces y los pájaros, seguidos de conejos, ratones, hamsters, cobayas, tortugas, gatos

y, finalmente, los perros. Cuando el último de aquellos animales pasó a la Historia reducido a un montón de huesos, los Huttington pasaron a alimentarse de pienso canino. Para entonces, ni siquiera pensaban en lo repugnante que les parecía.

Y son apenas ejemplos de las cosas que ocurrieron, de aquellas personas que lograron sobrevivir un día más cuando todo empezó. Ejemplos que podemos nombrar pero a los que no podemos acercarnos, pues quien mucho abarca, ya sabes lo que dicen. En los tiempos de muerte que siguieron al estallido de la pandemia, muchas historias de supervivencia se sucedieron a lo largo del continente, muchas historias de sangre, sudor y lágrimas, muchos viajes dolorosos y atroces en busca de la salvación. Viajes como el que emprendieron Richard Jewel, Zoe, Hamza, Barry Lyndon y sus recién conocidos Ben y Natalie y que les llevará a conocer la devastación y el caos, así como las miserias que se ocultan detrás de la mente humana. Y a cruzarse con cierto camión lleno de niños y conducido por cierto reverendo gordinflón y de nariz enrojecida de ascendencia irlandesa.

Ese es otro viaje que no recorreremos con ellos. No ahora. No hoy.

Llega un momento en el que uno debe decidir qué camino quiere seguir, qué historia quiere conocer, como cuando uno entra en una librería y repasa las sinopsis de varios libros sabiendo que el dinero sólo le da para comprar uno. Permíteme que escoja por ti. Te aseguro que no te arrepentirás y, puede que tal vez volvamos a encontrarnos más adelante y quién sabe qué historias perseguiremos entonces.

Hoy ven conmigo, te mostraré el viaje de otro héroe. Uno que no sabe que lo es pero lo es.

Prepárate para la traca final.



Te mostraré el momento exacto en el que se tomó la decisión.

Acompáñame a San Mateo. Está atardeciendo, y dado que la electricidad ya no abastece las casas de luz eléctrica y las noches son del dominio absoluto de la oscuridad, el atardecer es el momento elegido para el último racionamiento de comida del día. Y aquí puedes ver a Tyrone, con una manta sobre los hombros y aspecto de no haber dormido en meses. Ha sido el primero en llegar, y el tazón que contenía su ración está vacío delante suyo. Tiene la mirada perdida en algún lugar de la mesa. Brad Blueman charla animadamente con Tom detrás de la mesa que utilizan como barra para servir la comida. Al contrario que Tyrone, Brad no está demacrado ni parece estar viviendo en una pesadilla. Hace tiempo que no veíamos a Brad Blueman tan alegre, tan seguro de sí mismo y tan hinchado, desde aquella mañana en Castle Hill, cuando el periodista gordinflón esperaba para entrar al juicio contra Jason Fletcher. ¿Le recuerdas? Entonces Brad Blueman soñaba con un magnífico futuro como periodista de élite.

—¿Cómo puede alguien no tener un huequito en su corazón para los Boston Red Sox? —Brad hace aspavientos con los brazos mientras habla—. ¡Es inconcebible!

—¿Y qué le dijiste? —pregunta Tom, al que en realidad, le importa bastante poco la anécdota que le están contando.

—Que por supuesto que era inconcebible. No tenía, ni tengo, la menor idea sobre baseball, pero mantuve una conversación con aquel tipo sobre los Red Sox durante tres cuartos de hora sólo para lograr que me dejara pasar. Todo por una buena foto y la portada.

Tom sonrío, no porque la historia le agrada sino porque sabe que es el momento exacto. Y Brad se echa a reír satisfecho. Y al mismo tiempo en que su carcajada se eleva en el aire, la puerta que da al jardín de Tom Ridgewick se abre para dejar paso a Verónica, Patrick, Ozzy, Stan, Mark y Paula.

Es difícil decir cuál de los dos hombres manifiesta mayor desagrado al verles entrar.

Verónica se detiene ante la mesa y coge uno de los tazones. Brad se acerca para servirla y coge el cucharón.

—Buenas tardes, Brad —dice ella, sin el menor ápice de amabilidad.

Brad no contesta. Sirve dos cucharadas en el tazón de Verónica, sin esmerarse demasiado en comprobar que están lo suficientemente llenas, y desvía la mirada hacia el siguiente comensal. Mark le tiende su tazón y el de Paula.

—Hola.

Brad mueve la cabeza a modo de saludo, pero tampoco dice nada. Les sirve y se gira hacia Ozzy. Sigue llegando gente. Marsha Collins y sus hijos. Neil, Peter y Rick. Rodger y Shane Walter. Tom se acerca a su sobrino.

—¿Y Sandra? —pregunta—. No vino esta mañana.

Neil se encoge de hombros, como si no tuviera la menor idea de dónde se encuentra su madre, y tampoco le interesara demasiado saberlo. Tom prefiere no insistir. Sabe perfectamente que su sobrino no tolera a su madre.

Es en ese instante cuando llega Ace Hall.

—¡Tom! —exclama al verle, acercándose con gesto preocupado—. Hay algo que deberías saber.

Tom se gira hacia él, con una mirada de beneplácito inscrita en su rostro.

—Dime.

—Nos estamos quedando sin comida para el bebé —dice.

Tom mira a su alrededor. Todos los presentes están atentos a la conversación, y Tom se maldice por dentro por no haberse llevado a Ace a otro sitio más privado en cuanto le vio llegar.

—No creo que haya para más de una semana —asegura Ace—. Y es un niño demasiado pequeño como para alimentarle de caldo dos veces al día.

Tom suspira. Es un gesto estudiado que transmite preocupación. Por dentro, puedes creerme, su cabeza bulle de pensamientos. No tienen comida suficiente ni pueden gastarla en alimentar a un crío pequeño que todavía no ha probado nunca los sólidos. Pero sabe que no puede decir eso en voz alta. Una cosa es pensarlo, y otra muy diferente es proclamar a los cuatro vientos que cree que Axel Morris es una carga y un problema.

—Así que necesitamos papilla —murmura.

Ace asiente. Si miras alrededor, verás a Marsha Collins llevarse la mano a la boca en un gesto universal de preocupación, y a Ozzy menear la cabeza con pesimismo. Tendrás que acercarte, eso sí, si quieres escuchar el gruñido de Stan Marshall, porque es casi inaudible. Años de entrenamiento le permiten hacer eso.

—Es imposible salir ahí fuera —dice Tom, imprimiéndole a sus palabras una tristeza sublime—. La verdad es que...

—Yo iré.

Tom se gira repentinamente al oír esas palabras. Todos los presentes se giran hacia Patrick, que acaba de dar un paso adelante como para afirmar lo que acaba de decir.

—Patrick... —Verónica le mira como si acabara de decir la mayor locura jamás pronunciada por un ser humano, pero Patrick meneaba la cabeza firmemente.

—Yo iré —repite.

Tom se muerde el labio para evitar soltar una carcajada. Tiene ganas de preguntarle al resto de forasteros si no desean acompañarle también. Si por él fuera, los lanzaría desde el muro de una patada en el culo.

—Patrick —Verónica es más firme esta segunda vez—, no puedes...

—Alguien tiene que hacerlo —asegura él.

—No tienes por qué ser tú.

Patrick mira a Verónica y comprueba que en sus ojos se refleja el miedo.

—Cuando decidí hacerme policía, lo hice porque quería cuidar de la gente — Patrick parece estar hablando para todos los presentes, pero sólo mira a Verónica, y en realidad, es a ella a la que le está hablando—. Y no voy a dejar que un niño pequeño se muera de hambre cuando puedo intentar arreglarlo —se gira hacia Tom—. Necesitaré un arma, Tom.

Tom asiente comprensivo. Ha superado las ganas de reírse, pero aún tiene que concentrarse en evitarlo cuando habla.

—Por supuesto. Puedo dejarte la escopeta de caza.

Patrick asiente. Y la función podría haber terminado ahí, pero entonces, y para sorpresa de todos, aunque sobre todo para sorpresa de Tom, alguien más habla.

—Yo le acompañaré.

Todas las cabezas se giran hacia Neil Ridgewick. Y nadie más lo ve, pero nosotros podemos apreciar el pánico que salta a los ojos de su tío. Tom se alarma y extiende una mano, pero recupera la compostura apenas un segundo antes de hablar para impedirselo. Neil le está mirando fijamente.

—Tío, cuando me pediste que formara parte del cuerpo de seguridad de San Mateo, acepté sin ninguna duda. Es un cargo que trae responsabilidades. Esta es una de ellas.

—No es necesario, chico —asegura Patrick.

—Neil —ahora es Tom el que habla, y en su voz se percibe algo del nerviosismo que siente—, este hombre es agente de la ley. Está entrenado para hacer frente a situaciones límite. Tú no.

—Es mi decisión. Quiero ayudarle.

—Yo iré también —dice Peter, dando un paso adelante y mirando a Patrick—. Le ayudaré en todo lo que pueda, señor.

—Chicos —Patrick levanta una mano—, aunque es un gesto que os honra, salir ahí fuera es extremadamente peligroso. Posiblemente sea un suicidio. Y os agradezco que queráis ayudar, pero no es necesario.

Neil sonríe, y cuando lo hace se parece a su tío. Se acerca a Patrick.

—Apuesto a que puedo correr más que tú.

Patrick abre la boca para responder, pero no sabe qué decir a eso. Boquea como un pez fuera del agua y después frunce el ceño. Neil, sin embargo, se gira hacia el resto de los presentes, paseando la mirada por todos ellos. Las expresiones de preocupación de Mark, Marsha y Verónica. El asombro, y casi admiración, en las caras de Cameron y Junior. La alarma en la de su tío. Y finalmente, Neil se queda mirando a Rick, con cierto gesto de superioridad. El chico, al que siempre ha considerado su amigo, tiene la vista clavada en sus pies, y la expresión de quien desearía estar en cualquier otro lugar del universo.

Neil le desprecia. Siempre había pensado que Rick era tres veces más hombre que Peter pero al final Dios pone a cada uno en su sitio. No le importa.

—¿Estás loco?

Verónica ha esperado hasta que han llegado a la casa de Ace Hall y han entrado en la habitación en la que duermen para girarse hacia él con esas palabras que llevan esperando en sus labios desde que anunciara que iría a por la papilla que necesita Axel Morris. Patrick se acerca a ella y le coge la mano derecha.

—Alguien tiene que hacerlo, Verónica.

—¿Y tienes que ser tú? No estuviste en Castle Hill, no tienes ni idea de cómo es huir de esas cosas.

—Pero estaré bien, te lo prometo.

—¡No puedes prometerme eso! —grita ella, soltándole la mano y retrocediendo, al borde del llanto—. He visto morir a demasiada gente a la que quería. Te matarán, Patrick.

—No, no lo harán. Verónica, escucha...

—No quiero que mueras, Patrick —Verónica se acerca de nuevo a él—. No quiero que vayas. No lo hagas.

—Verónica...

Y ella entiende que no puede convencerle. Y las lágrimas dejan de encontrar barreras y se desbordan de sus ojos. Y llora por Patrick, pero también por todo aquello por lo que no ha llorado desde que empezara esta pesadilla. Y Patrick le levanta la cara con suavidad y besa sus labios, con una ternura que nunca había sentido antes en otro hombre. Y le busca con las manos, y él a ella. Y se desnudan el uno al otro sin dejar de besarse. Y mientras él le hace el amor, ella le dice que le quiere, le suplica que tenga cuidado, le obliga a prometerle que volverá sano y salvo. Y después gime, sin poder evitarlo, y le vuelve a besar, una y otra vez.

Neil deja que Peter y Rick entren en su casa, pero él se queda en la puerta junto al coche. Enciende un cigarrillo que no tiene ganas de compartir y deja salir el humo de sus pulmones volteando la cabeza hacia arriba. Es una sensación de placer que sólo entienden los fumadores. Se apoya en la pared y siente una presencia a su izquierda. Al girar la cabeza se encuentra a Cameron Collins acercándose a él, pequeña y apocada pero preciosa. Se retuerce las manos a la altura del estómago, nerviosa.

—Hola —le dice, mirándole con timidez.

—Hola —responde él, clavando su mirada en los ojos de ella.

—Soy Cameron. Tu vecina.

—Ya. Lo sé. A veces te he visto por la ventana.

Las mejillas de la chica enrojecen por la vergüenza. Ambos saben a qué veces se refieren. Él sonríe.

—Nunca habíamos hablado.

—No —responde él—. ¿Quieres? —le ofrece el cigarrillo.

—Mis amigas fuman, pero yo nunca lo he probado.

Al decirlo, Cameron piensa en sus amigas. Se pregunta si estarán vivas en algún sitio o se habrán convertido en una de esas cosas que se agolpan ante la puerta de San Mateo.

—Pruébalo —dice él—. A fin de cuentas, es posible que no haya muchas más oportunidades de fumar.

—¿Por qué?

—Porque se nos están acabando los cigarrillos. Y no creo que hagamos expediciones en busca de tabaco. Comida, sí, vale. Pero tabaco no.

Vuelve a sonreír. Y podemos comprobar una vez más que Neil Ridgewick se parece a su tío.

—Es muy valiente lo que vas a hacer —asegura ella—. Salir ahí fuera para buscar comida.

Neil se encoge de hombros restándole importancia al asunto. Cameron, de forma no premeditada, alarga la mano y le quita el cigarro para llevárselo a la boca. Se detiene cuando la punta del filtro roza ya sus labios.

—¿Tengo que tragarme el humo?

—Te hará toser, porque es tu primera vez, pero es lo suyo. Y ya que vas a probarlo, mejor hazlo bien, ¿no?

Cameron sonríe. Es una chica preciosa y se le forman dos hoyuelos en las comisuras de los labios dignos de portada de revista. Apresa el cigarrillo entre los labios e inhala con fuerza. Un segundo después, se dobla sobre sí misma presa de un ataque de tos. El cigarrillo cae al suelo y Neil se echa a reír, cogiéndola de los brazos para levantarla. Ella tose un par de veces más antes de recuperarse.

—¡Qué asco! —exclama, con los ojos llorosos.

—Muchas primeras veces son un asco, pero luego acaban siendo benditos placeres —dice él, recogiendo el cigarro del suelo y dándole una calada—. El tabaco es uno de ellos.

—No lo comprendo.

Él sonríe, divertido.

—¡Cameron!

El grito de Marsha Collins les hace girarse a los dos. La mujer se encuentra en la puerta del jardín de los Collins, mirándoles, con Pluto y Junior al lado. Pluto está ladrando, en dirección contraria, y Junior tira de su correa para meterle en la casa, forcejeando.

—¡Ahora voy, mamá! —grita ella.

—¡Vamos, no quiero que estés fuera de noche!

—¡Que sí, que ya voy!

Marsha ayuda a su hijo a meter a Pluto en el jardín y cierra la puerta tras ellos. Pluto sigue ladrando mientras madre e hijo se encaminan hacia la casa. Cameron se gira hacia Neil, avergonzada como lo están todos los adolescentes de sus padres.

—Ten cuidado mañana, ¿vale?

—Lo tendré, descuida.

Cameron asiente. Después, se acerca a Neil y le planta un beso en los labios, fugaz.

—Para que te dé suerte.

Después Cameron se gira y echa a andar hacia su casa. Neil se lleva los dedos a los labios, justo a donde ella le ha besado, y sonríe. Lanza el cigarrillo al suelo, lo aplasta con el pie, y cruza la puerta de su jardín.

Cameron ha cerrado los ojos después de girarse, completamente avergonzada por lo que acaba de hacer. Se siente estúpida porque cree que alguien como Neil jamás se fijaría en una chica como ella, tan joven. Pero quería hacerlo, necesitaba hacerlo, y aunque creía que no se atrevería, al final lo ha hecho. Y le ha gustado. Una parte de ella se arrepiente de no haberle dado un beso de verdad, con lengua. Se dice que lo hará cuando vuelva. Le dirá que es su regalo de bienvenida. Posiblemente él le diga que está loca, que no quiere nada con una niñata como ella, pero aun así, se dice, lo intentará.

Va sumida en esos pensamientos, con los ojos cerrados sintiendo la mirada de él clavada en su espalda, erróneamente pues él ya se ha metido en su casa, y escuchando los ladridos de Pluto cada vez más cerca. Se pregunta qué le pasa a ese perro, porque suena alterado, como cuando ve un gato en algún punto inalcanzable para sus aptitudes caninas.

Cameron abre los ojos, y está a punto de soltar un grito al encontrarse delante a Logan Kane.

Tal vez debería haberlo hecho. Es posible que Marsha y Junior Collins no la escucharan por estar dentro de sus casas ya, pero Neil habría oído el grito sin lugar a

dudas porque aún está en su jardín, caminando lentamente hacia su casa y sin ninguna gana de entrar.

—¡Hola! —saluda Logan—. Estaba dando un paseo y te he visto caminando con los ojos cerrados, y me he parado para que no te chocaras conmigo. No pretendía asustarte.

Logan sonrío. La tensión del sobresalto, como por arte de magia, desaparece al ver esa sonrisa. Y Cameron se relaja. Craso error. Pluto sigue ladrando, furioso, fuera de sí, al otro lado de la puerta.

—La culpa es mía por ir con los ojos cerrados —dice ella, sonriendo y sacando las llaves del bolsillo.

—Oye, ¿te puedo hacer una pregunta?

Cameron asiente, cordial y simpática.

—¿Quién vive en aquella casa?

Logan señala más allá de Cameron, y ella, dispuesta, se gira para responderle. Antes de que tenga tiempo de decir nada, la mano firme de Logan Kane le tapa la boca mientras un brazo le apresa contra su cuerpo. Entonces siente que la izan del suelo, y patalea en el aire sin conseguir nada. Le cuesta respirar. El pánico se apodera de ella. Pluto sigue ladrando, histérico, y ella intenta gritar a través de la mano que le tapa la boca.

Es inútil. Amparándose en la oscuridad de la noche, Logan se lleva a Cameron.

Pluto sigue ladrando. Corre de un lado a otro del jardín, se levanta sobre las patas traseras y araña la puerta metálica, gruñe y ladra, desesperado. Hace un rato que ha dejado de oler a la ama y al hombre malvado, pero no se le ha olvidado. Escucha la puerta de la casa abrirse a su espalda, pero no se gira. Le ladra a la noche, a la calle, a la puerta. Oye los pasos rápidos, pasos de pies pequeños y desnudos.

—¡Pluto! —grita Junior—. ¡Cállate ya! ¡Vas a despertar a todo el mundo!

Pluto no obedece. Sabe que tiene que hacerlo o se llevará un coscorrón. No del chico, pues el chico le adora y sólo le da abrazos y besos, pero la madre sí le regañará. Tampoco es que duela, porque los coscorriones de los seres humanos son bastante flojos, pero le molesta que se enfaden con él. Le entristece.

Si pudiera explicarles lo que ocurre...

Pluto vuelve a ladrar y araña la puerta una vez más. Junior le agarra del collar y tira de él para obligarle a sentarse.

—¡Pluto! ¡Que te calles ya!

Y Pluto, por fin, obedece. Junior le observa, con mirada reprobatoria, y después gira la cabeza hacia la puerta metálica que lleva a la calle. Como para ayudarle a entender que sí, que hacia allí debe mirar, Pluto vuelve a ladrar. De inmediato, Junior se gira de nuevo hacia él y levanta una mano, señalándole con el índice.

—¡Pluto! ¿Qué quieres, que nos mate mamá o qué?

Pluto baja la mirada. Pero Junior conoce a su perro, de eso puedes estar seguro, y sabe que está nervioso, así que vuelve a mirar hacia la puerta metálica y avanza hacia ella, despacio, como quien está a punto de infiltrarse en territorio enemigo. Al posar la mano en el manillar de la puerta, siente un cosquilleo de miedo recorriéndole la espalda. ¿Y si Pluto está tan nervioso porque los muertos han logrado atravesar la valla principal de San Mateo? ¿Y si cuando abra la puerta permitirá que la atraviesen y le atrapen?

Su padre siempre decía que había que ser racional. Pensar antes de permitir que las sensaciones te hicieran equivocarte. ¿O eran los sentimientos? No importa. Junior piensa y se da cuenta de que es estúpido creer que la calle está llena de muertos. Les ha escuchado gemir y gruñir tras la verja principal, y al otro lado del muro de piedra que les mantiene a salvo y al otro lado de la puerta no se escucha nada. Allí no hay muertos.

Así que abre la puerta.

Como sabíamos que ocurriría, no hay nadie al otro lado.

—Junior! ¡Dile a Cameron que entre de una vez!

Junior se gira y ve la sombra de su madre en la puerta de casa. Está todo tan oscuro que en realidad no puede asegurar que sea ella. Si no fuera porque su voz le resulta inconfundible...

El niño se asoma a la calle y mira hacia los dos lados. No ve a nadie. Pluto pasa



junto a él, olisqueando la calle. Junior le agarra del collar y le obliga a entrar en el jardín de nuevo.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¡No veo a Cameron!

Entremos en la casa de al lado. En la habitación de invitados, Peter intenta dormir mientras Rick cuenta chistes verdes sentado en la cama que ocupa. Hubo un tiempo en el que Peter se hubiera reído a carcajadas de esos chistes. Normalmente, cualquier idiotez que hiciera o contara Rick bastaba para lograr que le dolieran los abdominales de tanto reír. Las cosas cambian, por supuesto, eso lo sabemos todos, y en estos días en los que la muerte está tan presente, no sólo ha cambiado la concepción general que tenemos de la vida. Observando a Peter podemos darnos cuenta de que cierra los ojos con fuerza y tiene los puños apretados. Es evidente que intenta dejar de oír la voz del que fuera su amigo. Hasta su risa le molesta ahora, con esa manía que tiene de sorber la nariz antes de coger aire para seguir riéndose. Le dan ganas de estrangularlo cada vez que hace eso. Le repugna. Odia verse atrapado allí, compartiendo con Neil y Rick todas las horas de todos los días, con ellos dos y el resto de gente que vive en esa urbanización y a los que ni conoce ni tiene ganas de conocer.

Esa es, por supuesto, la razón por la que Peter se ha ofrecido voluntario para esa excursión en busca de comida para bebés. No quiere estar allí, y ha tomado la decisión esa misma tarde, justo después de que el joven policía se ofreciera en primer lugar. Le importa una mierda el niño y la papilla que tienen que conseguir. Quiere volver al pueblo, regresar a casa y buscar a sus padres. Quiere volver a darle un abrazo a su madre y prometerle que las cosas van a cambiar, que dejará de fumar, que estudiará, que hará lo que sea para cumplir con los deseos que ellos pusieron en su vida y él, uno tras otro, fue despedazando y tirando a la basura.

No tiene ninguna intención de volver a San Mateo. Para él, es un viaje de ida.

Pero dejémosle desgranar su cada vez mayor odio hacia Rick. Neil Ridgewick está en el salón cuando escucha los golpes en la puerta del jardín. El mundo se ha quedado tan silencioso después de que la electricidad desapareciera, que sonidos como ese, que antes no hubieran llegado hasta nosotros, aparecen ahora claros como agua cristalina. Neil sale de la casa y avanza por el jardín, preguntándose quién llama a su puerta a esas horas. Sólo se le ocurren dos personas, en realidad. La primera, su tío Tom, acercándose a, tal vez, intentar disuadirle para que no se vaya mañana. La otra opción es que sea Cameron. Le ha gustado besarla. Es innegable que la chica está buena. Es algo cría para su edad, pero no es una niña.

Pero los golpes denotan urgencia. Gravedad, incluso.

Neil acelera el paso. Alcanza la puerta casi a la carrera y al abrirla, se da de bruces con Marsha Collins. Tiene el rostro surcado por la preocupación. Neil tiene tiempo de preguntarse qué le pasa.

—¿Está Cameron contigo?

—¿Eh? No.

—Estaba hablando contigo hace un rato.

—Sí. Nos despedimos y cada uno se fue a su casa.

—¿Seguro que no está contigo? Si lo está no pasa nada, sé que son cosas que tienen que pasar, pero quiero saber dónde está.

Neil levanta las manos en un gesto que quiere dar a entender que él no sabe nada.

—Le juro que no está conmigo, señora Collins.

—¿Y te ha dicho a dónde iba?

—Ni idea. Creía que volvía a casa.

Marsha parece estar a punto de romper a llorar, y a Neil le incomodan las mujeres adultas que lloran. Le recuerdan a su madre, y no le gusta que la gente le recuerde a su madre.

—Siento no poder ayudarla.

Neil cierra la puerta, poniendo una barrera entre él y la mujer. Ahora, si quiere, puede llorar cuanto necesite. A él no le importa mientras no tenga que verlo. Se da la vuelta y regresa hacia la casa. Antes de entrar, se pregunta dónde se habrá metido Cameron Collins.

Curiosamente y en contra de todo lo que podíamos haber esperado, Tom Ridgewick no buscó a su sobrino para disuadirle sobre ir al pueblo en busca de comida, pero sí que hizo algo que jamás había hecho antes: expresarle sus miedos en voz alta a otras personas.

Tom es un hombre de los que piensan que abrirse a los demás es un síntoma de debilidad. Los hombres no hablan sobre sus sentimientos, no expresan sus miedos ni le cuentan a otros hombres las cosas que les hacen sentir mal. Y Tom ha seguido esa creencia a rajatabla, así que lo que estoy a punto de mostrarte es, también, un hecho histórico.

Brad Blueman y Tyrone están apoyados contra la pared de la garita de seguridad. Ambos tienen mantas echadas sobre los hombros. El primero mira hacia la verja de entrada con gesto de asco. Pueden verse algunos de los brazos que se estiran hacia ellos entre los barrotes, y las caras que se aplastan contra ellos, llenas de sangre seca y mugre, las ropas desgastadas, acartonadas y rotas, las heridas y mutilaciones de sus cuerpos que les llevaron a la muerte. Tyrone, por su parte, se está mordiendo las uñas con la vista clavada en el suelo.

A ninguno le sorprende ver aparecer a Tom. Años de experiencia leyendo a la gente hacen que Brad se dé cuenta al instante de que ocurre algo.

—¿Estás bien?

Brad tutea a Tom porque este se lo permite. Desde su llegada, Tom le ha tratado mejor de lo que nadie lo había hecho nunca. Y resulta paradójico para nosotros que alguien que lee tan bien a la gente no se dé cuenta de que está siendo magistralmente manipulado. Tom le agasaja, le hace sentir cercano, le cuida como si le conociera de toda la vida. Para Tom, Brad no es sino una pieza más en el enorme tablero de juego que es para él San Mateo. Una pieza a la que los forasteros desprecian y él, por tanto, quiere mantener cerca.

—Perfectamente —responde Tom, sacudiendo una mano para restar importancia a la conversación.

—Pareces preocupado.

Tom sonrío, pero se da cuenta de inmediato de que su sonrisa no es la de siempre. Siente un agujero en el estómago, corroyéndole.

—Me preocupa Neil —dice, sin pensar realmente en que va a decir eso hasta que las palabras salen de su boca.

Y Brad asiente. Tyrone, por su parte, levanta la mirada y observa al señor Ridgewick sin decir nada. Y Tom, que no está acostumbrado a este tipo de conversaciones, se siente violento ante esa falta de respuesta. La conversación debería haber terminado ahí. En realidad, debería haber terminado antes de empezar si hubiera podido mantener la boca cerrada.

—No sé qué quiere demostrar saliendo ahí fuera. Todavía es un chiquillo, pero

quiere ser un héroe y...

Tom sacude las manos, sin palabras.

—Te preocupa que muera —completa Brad.

—Sí, me preocupa que muera. Por supuesto que me preocupa que muera. Es mi sobrino y... ¡Y no conozco a ese policía! ¡Ni siquiera me fío de él! Por lo que yo sé, podría no ser policía siquiera y estar mintiendo.

Tyrone asiente. Tom cree que Tyrone le daría la razón aunque dijera que los unicornios existen.

—Bueno, que es policía puedo confirmártelo —asegura Brad, encogiéndose de hombros—. Yo creo que cuidará de Neil y de su amigo.

Tom resopla, un sonido que recuerda a un caballo. Mira hacia la puerta de entrada de San Mateo, hacia las criaturas que se encuentran al otro lado, ansiosas de hincarles el diente, y un escalofrío le recorre la espalda. Por suerte para él, la conversación no continúa porque alguien se acerca hacia ellos a la carrera. Tom se gira cruzando los brazos sobre el pecho. Se trata de Marsha Collins. La mujer tiene los ojos llorosos y el rostro desencajado.

—¿Qué ocurre, Marsha?

—¡Es Cameron! ¡Ha desaparecido!

Tom se acerca a ella y coge a la mujer por los hombros, tranquilizador.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Ella estaba... hablando con tu sobrino. Le dije que entrara en casa y salí cinco minutos después y ya no estaba. No sé dónde se encuentra, Tom. Tengo miedo de que le haya pasado algo.

—¿Hablaste con Neil? Los chicos a veces...

—No está con él.

Tom piensa un segundo y mira a Brad y Tyrone. El guarda de seguridad ha vuelto a concentrar su mirada en el asfalto. Brad, sin embargo, atiende totalmente concentrado a lo que está diciendo Marsha.

—Bueno, lo principal es que nos tranquilicemos —asegura Tom, y ya no queda rastro en él de esa preocupación que velaba su voz unos momentos antes. Ahora vuelve a ser el tiburón que siempre ha sido, capaz de controlar todos los aspectos de cualquier situación—. Porque a veces los chiquillos hacen chiquilladas, y estoy seguro de que Cameron está perfectamente. A fin de cuentas, ¿qué podría haberle pasado?

Marsha mira a Tom casi como si fuera una figura religiosa y estuviera obrando un milagro, como si pudiera solucionar aquel entuerto con sólo proponérselo.

—Pero Cameron siempre ha sido una chica responsable.

—Siempre hay una primera vez. ¿No hiciste alguna locura cuando eras joven, Marsha?

Marsha no recuerda haber hecho ninguna locura cuando era joven, pero cuando Tom le pregunta eso, le viene a la mente Bruce Morris.

—Sí —responde.

—Seguro que vuelve en cualquier momento. Es posible, de hecho, que ya haya regresado mientras tú venías hacia aquí. No hay ningún sitio al que marcharse, Marsha. ¿Está enfadada por algo?

—Sólo porque tiene hambre.

—Bueno, haremos una cosa, Marsha. Si mañana no ha aparecido, yo mismo me encargaré de buscarla, aunque tenga que ir casa por casa. ¿Te parece bien?

Marsha asiente.

—Bien. Y ahora vuelve a casa. Y no te preocupes. No puede haberle pasado nada.

Sí puede haberle pasado algo.

Tom no tiene forma de saberlo, claro está. Ni él ni nadie, a excepción de Logan Kane y la propia Cameron. Pluto tal vez, pero no será capaz de expresarlo con palabras nunca, así que para el caso, lo mismo da.

Cameron Collins, para cuando Tom Ridgewick afirma que no puede haberle pasado nada, está muerta. Y he preferido mostrarte a Junior con Pluto, a Peter y a Rick, a Neil, a Tyrone, Brad y Tom y la búsqueda infructuosa de Marsha porque no hay ninguna necesidad real de presenciar los últimos minutos de vida de la joven, la brutalidad con la que Logan Kane profanó su cuerpo, despojándola de toda su inocencia antes de asesinarla estrangulándola con sus propias manos. Cameron intentó luchar durante los interminables segundos en los que las manos de Logan se cerraron sobre su cuello, oprimiéndole la tráquea e impidiéndole respirar, pero para entonces ya estaba exhausta, dolorida a niveles que jamás había experimentado, ensangrentada por los golpes, desnuda y sin fuerzas para contrarrestar la salvaje decisión del hombre que iba a acabar con su vida. Trató de arañarle, intentó librarse de los dedos que se hundían en la carne de su cuello, lanzó los puños hacia la cara de él sin siquiera acercarse a golpearle. Abrió la boca, tratando de respirar, o gritar, o hacer cualquier cosa que la sacara de allí, pero nada salió ni entró a través de su garganta. Logan Kane es un hombre fuerte.

El último pensamiento de Cameron Collins, la preciosa adolescente rubia que podría haber sido portada de muchas revistas de moda si el mundo no se hubiera ido al garete, fue un deseo en realidad. Rogó a Dios que le permitiera regresar como un zombie y acabar con la vida de ese hombre.

Después intentó recordar la cara de su hermano, pero todo se difuminó a su alrededor a medida que el cerebro se quedaba sin oxígeno y la realidad parecía fundirse a negro. Y finalmente, murió.

Y aquí nos encontramos, en el salón de una de las casas cuyos habitantes no se encontraban en San Mateo cuando la epidemia causada por el Cuarto Jinete estalló. Logan Kane está de pie, ajustándose las mangas de su camisa y jadeando por el esfuerzo. Está contemplando el cuerpo desnudo de la chica, grabándolo en su memoria y sustituyendo al de la joven Mary Ann Conway.

Le lleva un rato tranquilizar el latido de su corazón, pero al final lo consigue. Se coloca en cuclillas junto a la cabeza de la chica y le cierra los ojos con delicadeza. La parte positiva de todo lo que está ocurriendo es que ya no hay que preocuparse por el ADN y las pruebas forenses.

Por lo general, Logan Kane abandona los cuerpos de sus víctimas después de terminar con ellas, pero la situación exige que haga algo al respecto. Si deja a Cameron allí, es cuestión de tiempo que alguien descubra el cuerpo. Si eso ocurre, comenzará una caza de brujas para descubrir al culpable. Una chica desaparecida

causará otro tipo de revuelo, mucho más simple, pero para eso, nadie debe encontrar nunca el cadáver. Eso le preocupa.

Con delicadeza, Logan le sube las bragas y después le pone el pantalón. La camiseta es un problema, pues está rota por el forcejeo. Recoge los jirones y se los guarda en los bolsillos del pantalón. Después, coge a la chica en brazos y se la carga al hombro, como si fuera un saco.

Logan es un hombre fuerte, ya te lo he comentado antes, y verle transportar a la chica y subirla al muro de piedra que rodea la urbanización hace que parezca fácil. Después, encaramarse él mismo al muro es pan comido. Inmediatamente, al verle, algunos de los muertos que merodean al otro lado se giran hacia él y extienden sus manos muertas, arañando la piedra en su intento por atraparlo. Logan les mira desde arriba, con cierta superioridad, y escupe a uno de ellos. La saliva le cae entre los ojos, pero al zombie no le importa. Sigue tratando de agarrarlo, abriendo la boca con desesperación y retorciendo los dedos como si pudiera imaginar que consigue atraparlo.

Logan se sienta sobre Cameron y empuja el brazo derecho de la chica por el borde. Los muertos no tienen ningún interés en la chica. Resulta curioso que los cuerpos muertos no les atraigan como lo hacen los vivos, como si lo que les llamara fuera la sangre caliente, el sonido del corazón, la vida que corre por sus venas. Pero en su intento por agarrar a Logan, sus dedos sucios y sangrientos arañan el brazo de la niña, se hunden en su carne y la agarran, buscando una sujeción que les acerque un poco más al hombre que les mira desde arriba, tan cerca y a la vez tan lejos. Logan comprueba satisfecho las heridas que estas manos corrompidas crean en el cuerpo de Cameron.

Con una sonrisa, Logan empuja la cabeza de la chica hacia abajo, sosteniéndola aún de las piernas, y los muertos le agarran el pelo rubio y tiran de él, creyendo que agarran en realidad al propio Logan. Este les ve sufrir, les ve lanzar dentelladas al aire y mover las cabezas con frustración creciente. Con furia. Y mientras tanto, arañan y mutilan el cuerpo de Cameron. Tal y como a Logan le conviene que hagan.

Finalmente, empuja el cuerpo entero de la chica por el borde. Cae al suelo con un ruido sordo y un crujido de huesos que denota que algo se rompe en su interior. Los muertos la ignoran y pisotean su cuerpo, tratando de acercarse un poco más a Logan, lanzando al aire sus manos muertas encogidas en mortales garras.

Logan se saca del bolsillo los jirones de tela que antes fueran la camiseta de la chica y los tira sobre los zombies. A ellos no les importa. Cuando se marcha, Logan les escucha gruñir histéricos, casi aullar.

Logan, sin embargo, lleva una sonrisa en los labios.

Tiene el recuerdo de lo que ha hecho esta noche para deleitarse.



Con el primer rayo de sol del amanecer, Ozzy, Tom y Ace se suben al muro cerca de la puerta de entrada. La última vez que miramos había tal vez un centenar de muertos agolpados ante las puertas de San Mateo. Los tres hombres se quedan boquiabiertos al contemplar la enorme masa de seres que ahora se vuelven hacia ellos y empiezan a gritar. Si me lo preguntas, te diré que creo que hay más de mil zombies allí, y el clamor de sus gritos ensordece y resulta sobrecogedor. Y el olor. El olor a putrefacción es tan intenso que les hace lagrimear.

—Es como estar dando un puto concierto de rock —murmura Ace.

—Santo cielo —Ozzy se santigua mientras habla—. ¿Cuántos hay?

—Hagamos lo que hemos venido a hacer —Tom se ve obligado a alzar la voz para hacerse oír por encima de los gruñidos de los muertos.

Ace les mira un poco nervioso. A pesar de saberse a salvo allí arriba, no puede evitar sentir miedo ante la visión de la horda que ya extiende sus manos hacia ellos y se empujan entre sí aplastando a los más cercanos contra la pared.

—¡Hijos de puta! —grita Ozzy, alzando los brazos como una estrella de rock.

Como si respondieran, varios de los muertos más cercanos al mexicano lanzan un aullido. Una mujer con la cara destrozada por dentelladas que fueron dadas hace más de una semana, agita la cabeza violentamente hacia los lados y levanta las dos manos, rasgando el aire con sus dedos engarfiados.

—¡Venid a por nosotros! —grita Tom.

—¿Creéis que os tenemos miedo, malditos sacos de mierda? —Ozzy levanta los dos puños, cerrados a excepción del dedo medio de cada mano—. ¡Hijos de puta!

Ace no grita. Se limita a contemplar como la presencia de ellos tres exalta a los zombies, les enloquece, y como los gritos y el jaleo están haciendo que otros muertos se acerquen al lugar. Miles de manos alzándose en su dirección, apretujados como si no tuvieran suficiente espacio o todos quisieran alcanzar la primera línea de acción. Ace observa a los zombies que se unen a la gran masa desde todas direcciones y sonrío.

La primera parte del plan está saliendo bien, y eso es todo lo que ellos pueden hacer para ayudar.

Distracción.

Casi quince minutos después de que Ozzy, Ace y Tom se suban al muro para atraer a los zombies hacia la parte delantera de la urbanización, en la zona oeste de San Mateo, Neil escala el muro y se tumba cuan largo es en la piedra, para otear sigilosamente. Abajo, de pie en la hierba, esperan Peter, Patrick, Verónica y Tyrone. Neil mira hacia ambos lados, despacio, concentrándose en las sombras que la escasa luz del amanecer aún no ha logrado disipar, buscando el menor movimiento.

—No parece que haya nadie —murmura.

Patrick mira a Peter. El chico está nervioso, aunque quiere aparentar lo contrario, sólo tienes que observar como abre y cierra la mano de forma compulsiva y como pasea la lengua por los labios una y otra vez. Nosotros lo vemos y Patrick, acostumbrado a leer ese tipo de tics y gestos, también lo ve. Apoya su mano en el hombro del chico. De inmediato, la mano de Peter se detiene, con el puño cerrado.

—¿Vamos allá?

Peter le mira y asiente, despacio. Después, ayudado por Tyrone, sube al muro y se tumba junto a Neil. Patrick, sin embargo, se gira hacia Verónica antes de subir. Ella le agarra la mano con cariño.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Te lo prometo —responde él, esbozando una sonrisa que pretende ser tranquilizadora. Obviamente, no le menciona que está a punto de saltar al otro lado con dos chicos que debían pasar más tiempo en salones recreativos que en el instituto y que uno de ellos está temblando como un flan.

Verónica le suelta la mano. Patrick se gira hacia Tyrone y coge el rifle de caza que Tom Ridgewick ha decidido prestarle para esta excursión. También le ofrece una pequeña mochila donde va toda la munición, dos cantimploras llenas de agua (cortesía de Ace Hall) y una navaja suiza. Tyrone le ofrece sus dos manos entrelazadas como apoyo, y Patrick sube a lo alto del muro casi sin esfuerzo. Una vez arriba, se gira una vez más para ver a Verónica. Lleva el pelo rojizo recogido en una coleta y está preciosa. Le guiña un ojo.

Después se da la vuelta y salta al otro lado.

Patrick cae sobre el césped y se agacha, apoyando la rodilla derecha en tierra, así como la punta de los dedos de la mano izquierda. La mano derecha, en la que sujeta el rifle, la mantiene en tensión.

Se queda completamente quieto, atento a cualquier ruido a su alrededor, escrutando entre la arboleda que tiene delante. Cuenta mentalmente hasta treinta antes de ponerse en movimiento, y cuando lo hace, se desplaza hasta el árbol más cercano muy despacio, encorvado como en las películas se mueven los soldados en tierras enemigas, tratando de ser sigiloso. Al pisar una rama, esta cruje. Apenas es audible, pero a él le suena como si hubieran dado un cañonazo.

Se apoya contra el tronco del árbol y mira alrededor. Sigue sin ver movimiento alguno. Desde lo alto del muro, tensos pero aparentemente tranquilos, Neil y Peter le observan. En realidad, Neil está calmado. Peter no.

Patrick les hace un gesto levantando el pulgar. Neil tarda menos de un segundo en saltar el muro. Al caer a tierra, el revólver que lleva en la mano derecha está a punto de caérsele. Neil corre medio agachado hasta el árbol que Patrick tiene a su derecha. Ambos miran a Peter, que sigue encima del muro.

Peter tiene la boca seca. Está nervioso como nunca antes lo había estado. Mucho más que cuando la señorita Phillips le descubrió copiando en un examen y le mandó al despacho del director. Muchísimo más que cuando se acercó a Sandy Cooper para pedirle salir. Está pensando en quedarse, se pregunta por qué ha sido tan imbécil como para ofrecerse a hacerlo, si no debería haberse quedado callado, como Rick. Eso le obligaría a quedarse allí, a aguantar las estúpidas bromas de Rick y esa actitud de matón de Neil que tanto miedo le da. Y se siente idiota, porque ahora, tumbado en lo alto de ese muro, ya no le parece que sea tan mala la idea de quedarse en San Mateo.

Y sin embargo, ¿qué clase de hombre sería si ahora decidiese no seguir adelante? Se burlarían de él, le llamarían cobarde y puede que incluso dejaran de hablarle. Se pregunta si eso es tan malo. Lleva una pistola en el bolsillo, se la ha entregado Rodger Walter, pero Peter jamás ha utilizado una pistola.

—¡Peter!

La voz de Neil le llega en susurros, pero basta para indicarle urgencia. Y Peter, que jamás ha sabido decirle que no a Neil, se pone en movimiento. Tiene ganas de llorar, pero se le pasan en cuanto sus pies tocan tierra. El miedo le atenaza la garganta, y como bien sabemos, el miedo es un fantástico combustible. Peter corre hacia ellos y se detiene en el centro, agachado.

Después, los tres comienzan a andar.

Se mueven formando una línea recta, separados unos cinco metros unos de otros, Patrick a la derecha, Peter en el centro y Neil a la izquierda. Se mueven despacio, tratando de no hacer ruido y atentos a la menor señal de peligro. Por el momento, la arboleda les sirve como protección, pero son conscientes de que también puede jugarles una mala pasada si no son capaces de localizar el peligro antes de que el peligro les localice a ellos.

Patrick va concentrado en su propia respiración. Intenta tomar aire y soltarlo poco a poco, al ritmo de sus pasos. De vez en cuando, gira la cabeza hacia la izquierda para mirar a Peter. Es consciente de que el chico está nervioso y sabe que cuando se le pase el efecto de la adrenalina se pondrá a temblar. Está esperando ese momento, pero aún no ha llegado.

Un crujido a su derecha le hace pararse en seco y agacharse. Al mismo tiempo, levanta el rifle y apunta en esa dirección. No ve nada en movimiento, pero se queda en esa posición unos segundos más. Cuando se levanta, Peter y Neil se encuentran a su lado.

—¿Has visto algo? —susurra Neil.

—He oído algo. Pero habrá sido un animal. Una ardilla o algo así.

—¿Seguro? —pregunta Peter, lanzando miradas nerviosas en todas las direcciones.

Patrick asiente. Hablan en susurros, se mueven en silencio. Patrick empieza a andar de nuevo. Neil le acompaña igualando su velocidad. Empuña el revólver en la mano derecha. Patrick se pregunta si sabe utilizarlo.

—¿Cuánto queda hasta llegar a la carretera? —le pregunta al chico.

—No lo sé. Calculo que otros cinco minutos si mantenemos esta velocidad.

Patrick echa la vista atrás para mirar a Peter y no le gusta lo que ve. Peter sigue quieto en el lugar donde Patrick se agachó al oír el ruido, pero está mirando hacia atrás. Patrick supone que está pensando en regresar. En realidad no le parece mal. Él también está cagado de miedo. Sólo espera que el chico no les meta en un lío. Casi siente que lo mejor que podría pasarles es que decida desandar el camino y volver a la urbanización. Está pensando en decírselo cuando la mano de Neil le agarra del brazo y tira de él hacia el suelo.

Los dos caen sobre tierra dura. Patrick se golpea la rodilla con un viejo tronco podrido. Está a punto de increpar a Neil, pero al verle la cara, con los ojos muy abiertos, decide callarse y mirar hacia delante. Al principio no ve nada, pero Neil, que se ha llevado el dedo índice a los labios para indicarle silencio, señala con la mano del revólver hacia la derecha. Patrick mueve un poco la cabeza, para esquivar los árboles y plantas que le tapan la visión.

Al fondo lo ve.

Vuelve a mirar a Neil. El chico está tranquilo, y eso es un alivio. Se miran a los

ojos, comunicándose sin palabras.

¿Crees que nos ha visto?

Patrick niega. No.

Y entonces, ambos se dan cuenta de que se han olvidado de Peter. Los dos se giran hacia atrás. Patrick siente que el corazón se le agarrota en el pecho al ver al otro chico de pie, unos cinco metros más atrás que ellos, mirando hacia su espalda. Neil abre la boca para llamarle, pero Patrick se la tapa con la mano. Neil le mira, por encima de su propia mano, y Patrick le dice que no con los ojos. No hacen falta palabras. Ambos saben lo que está en juego.

Patrick mira a su alrededor. Agarra una piedra pequeña, del tamaño de un caramelo, y la lanza hacia la espalda de Peter. Acierta de pleno, y el chico se gira sobresaltado, abriendo la boca para protestar. Sus labios se cierran de golpe al verles en el suelo, haciéndole gestos para que se calle y se agache. Peter les mira desorientado, como si no comprendiera lo que le están pidiendo, y luego levanta la cabeza. De repente, su mirada se convierte en la perfecta definición del pánico. Vuelve a abrir la boca formando una letra o con los labios, dándole cierto aspecto bobalicón. Pero al menos, y por suerte, se lanza al suelo.

Patrick y Neil vuelven a darse la vuelta y buscan con la mirada. Por dentro, ambos están suplicando que no les haya visto, que no se encuentren a esa cosa caminando hacia ellos. El ritmo cardíaco de los dos hombres se acelera al no ser capaces de localizar la forma humana que han visto momentos antes. Neil, incluso, apoya las manos en el suelo, dispuesto a levantarse y echar a correr al menor indicio de peligro.

Finalmente, Patrick señala hacia delante.

Se trata de un hombre. Es imposible adivinar su edad fijándose en su aspecto porque tiene la cara surcada de heridas y arañazos. Le falta parte de la mejilla derecha y la lengua le cuelga como si fuera un trapo negruzco entre los dientes. La ropa, lo que debió ser un traje gris marengo, está llena de sangre, acartonada y rasgada en varios puntos. El brazo derecho está al descubierto y presenta varias marcas de mordeduras. Le faltan varios dedos.

No importa la cantidad de muertos que hayan podido ver hasta ahora. Ninguno de ellos se acostumbra a la idea, y ver a ese hombre caminar les provoca escalofríos y un sentimiento de disgusto. Se ha desplazado casi veinte metros desde que le vieran por primera vez, y sigue avanzando hacia su izquierda, siguiendo una ruta, un objetivo que desconocen. Al caminar, mueve los brazos como si fueran un elemento ajeno a él, dando lugar a una imagen dantesca y extraña.

Ninguno de ellos tres tiene forma de saberlo, pero puedo decirte que el hombre al que miran se llamaba Robert Johnson, era abogado, tenía tres ex mujeres, dos hijos (de la primera y la tercera mujer) y había bajado a Half Moon Bay para encontrarse con un posible cliente que le proporcionaría un buen cheque. Uno de esos cheques que le permiten a uno muchos lujos. Ni él, como resulta obvio, ni su cliente

sobrevivieron a las primeras horas de epidemia en Half Moon Bay. En San Francisco, ninguna de sus tres ex mujeres ni sus dos hijos fueron capaces de sobrevivir tampoco.

—¿Qué hacemos? —pregunta Neil. Habla tan bajo que Patrick debe inclinarse hacia él para escucharle—. ¿Le matamos?

—No —Patrick no pierde de vista al zombie—. Mientras no nos vea y siga su camino, estaremos bien. Si disparamos, otros muertos oirán el ruido y les atraeremos hacia nosotros. Seamos discretos mientras podamos.

Neil asiente comprendiendo. También mantiene la vista clavada en el hombre que se mueve a casi trescientos metros de ellos, tambaleándose como si estuviera borracho. Ahora ya les queda más a la izquierda y empieza a alejarse. Les llega un gruñido proveniente de su dirección, una especie de protesta nacida de una garganta muerta que hace que se les erice la piel.

Patrick mira hacia atrás. Peter está tirado en el suelo, observando al muerto con los ojos abiertos como platos. Sus labios se mueven a toda velocidad formando palabras inaudibles. Peter no puede saberlo, pero nosotros podemos acercarnos, y si lo hacemos lo suficiente, hasta casi estar rozando con nuestros oídos sus labios, podremos comprender que está rezando.

Si quieres que te diga la verdad, Peter no ha vuelto a rezar desde que dejara de acompañar a sus abuelos a la iglesia, cuando contaba con trece años. La religión siempre le ha parecido estúpida. La fe, una idiotez. Dios, una invención del ser humano. Pero en este momento, reza como si siempre hubiera sido el más devoto de los fieles.

—Ya no le veo —dice Neil.

Patrick busca al zombie entre los árboles, pero tampoco lo localiza. El ambiente vuelve a estar en silencio.

—Nos quedaremos aquí un rato —murmura Patrick—. Creo que es lo mejor para asegurarnos de que se ha alejado lo suficiente.

Neil mueve la cabeza, confirmando que está de acuerdo con esa decisión. Patrick se quita con cuidado la mochila y abre la cremallera. Dentro está la munición, que no toca, y la navaja suiza, que se guarda en el bolsillo de la camisa. Por último, saca una de las cantimploras y bebe un trago de agua. El líquido le sienta bien. Le quita ese sabor desagradable que le ha dejado la angustia en la garganta. Neil estira la mano para coger la cantimplora y bebe también él.

Patrick la guarda y se dispone a esperar al menos cinco minutos más. Piensa en Verónica.

Cuando vuelven a levantarse, lo hacen tan despacio que uno podría pensar que no se están moviendo realmente, mirando en todas direcciones, con los músculos en tensión y las armas preparadas para ser disparadas. No ocurre nada. Ningún grito ni ruido de pasos histéricos corriendo en su dirección.

Peter se acerca a ellos. Él no es consciente, pero el parpadeo constante de su ojo derecho es un tic nervioso. Neil le observa un momento antes de decidir no comentarlo.

Los tres empiezan a andar. Ya no forman una línea, sino que avanzan muy juntos, con Patrick y Neil un poco adelantados respecto a Peter, formando algo semejante a un triángulo. Ninguno de ellos habla.

Cuando divisan la carretera vuelven a detenerse y se agachan. No ven movimiento, pero sí una furgoneta estrellada contra un árbol y dos coches detenidos en el centro de la carretera. Uno de ellos, un Audi, tiene las puertas abiertas, como si el dueño lo hubiera abandonado a la carrera, que es seguramente lo que ocurrió.

—Ahí está la carretera —dice Patrick, mirando a los dos chicos—. ¿Y ahora?

Neil y Peter se miran, pero Peter parece tan descolocado que Neil acaba por ignorarle. Señala hacia la derecha.

—Por allí. Calculo que estamos a un kilómetro y medio de Half Moon. Si seguimos esa dirección, llegaremos a un pequeño centro comercial. Bueno, lo llaman así, pero en realidad no es más que un edificio de dos plantas con varias tiendas en su interior —Neil se encoge de hombros, como si él tuviera la culpa de que en el pueblo tuvieran la indecencia de llamar centro comercial a algo que no lo era y tuviera que disculparse por ello. Después, señala hacia la izquierda—. Por ahí, la carretera acaba girando de nuevo y llevando a San Mateo.

—¿Qué clase de tiendas hay en ese centro comercial? —pregunta Patrick.

—Hay un par de bares, varias tiendas de ropa, un estanco, una farmacia y una tienda de alimentación. No es muy grande, pero yo creo que nos servirá.

—En realidad, para lo que vamos a buscar, nos vendrá mejor la farmacia —asegura Patrick.

Neil se encoge de hombros de nuevo.

—¿Por qué no cogemos el coche? —pregunta Peter, señalando con la cabeza el Audi abandonado.

—Porque el motor atraería a todos los zombies en diez kilómetros a la redonda, inútil —responde Neil.

Peter le mira un momento, como si no acabara de ver la relación. El tic en el ojo derecho se ha vuelto persistente, casi violento. Neil aparta la mirada, arranca una pequeña rama de la planta que tiene a su derecha y se la pone entre los dientes. Tiene ganas de fumar, y al menos, tener algo en la boca le ayuda a no pensar en ello.

—Pero iríamos más rápido —insiste Peter.

—Tal vez para regresar —dice Patrick—. Pero no queremos llamar la atención antes de tiempo.

Peter hace un gesto con la boca expresando su frustración. En su mente, ese Audi es una forma de no verse tan expuesto, y por tanto, le da tranquilidad y seguridad. Pero Patrick y Neil comienzan a caminar, manteniéndose en la arboleda pero siguiendo el curso de la carretera. Peter observa los tres coches un momento, lamentando no poder refugiarse en el Audi. Se pregunta qué habrá sido de los dueños. No se da tiempo a pensar realmente en ello. Se gira y avanza detrás de los otros dos.

Su ojo derecho sigue parpadeando insistente.



Permíteme que te lleve de regreso a San Mateo una vez más, al jardín de la casa de Tom Ridgewick, erigida desde que comenzara esta situación en lugar de reunión y comida de los supervivientes. Puedes ver a Junior y Paula corriendo de un lado a otro, jugando a algo que sólo ellos entienden y mostrándonos que la inocencia de los niños es poderosa. Puedes ver también a Brad Blueman sentado junto a la mesa que utilizan para servir la comida, mirando con gesto torvo a los dos niños. Y también puedes observar a Mark y Verónica, de pie junto a la casa, girados hacia el muro sobre el que Tom, Ace y Ozzy siguen arengando a los zombies.

—Estará bien —asegura Mark—, Patrick sabe cuidarse.

Verónica asiente, más que consciente de que se trata de las mismas palabras de consuelo que ella misma ha pronunciado en cientos de ocasiones en su trabajo. Y las palabras se las lleva el viento, sobre todo cuando son pronunciadas sin ninguna clase de fundamento, como suele ocurrir cuando su objetivo no es más que calmar los miedos de otra persona. Como antes de una operación, como ante un herido en una colisión, como antes de cruzar la puerta tras la que se desarrolla un incendio. Uno pronuncia esas palabras porque es lo que tiene que hacer, pensando que puede hacer que los deseos se hagan realidad.

Ambos han estado al otro lado. En Castle Hill, los dos tuvieron que correr por sus vidas en más de una ocasión, saben lo rápido que se mueven los muertos y lo voraces e insaciables que son. Conocen la facilidad con la que la muerte se hace dueña de la situación.

—¿Cómo estás tú? —pregunta Verónica, cambiando de tema a propósito y girándose para mirar a Mark.

—Bien —se encoge de hombros—, Paula está cada día más animada.

—Me alegro. Es una niña preciosa.

Mark mira hacia Paula. Esboza una sonrisa al verla corretear detrás de Junior mientras este agita un palo como si fuera una varita mágica.

—He oído que la hermana del niño ha desaparecido.

Mark asiente.

—Sí. Marsha está buscándola de casa en casa. La acompañan Tyrone y los dos chicos que no se han ido con Patrick.

—Tampoco es que pueda haber ido muy lejos, ¿no? A menos...

—A menos que le haya pasado algo —responde Mark, preocupado.

Verónica gira la cabeza hacia el muro. Tom acaba de bajarse, dejando arriba a Ozzy y Ace, que siguen gritando y haciendo todo el ruido que pueden. En realidad, a Verónica le pone nerviosa saber que están llamando la atención de más zombies. Todos parecen tener mucha fe en la verja principal de la urbanización y el Land Rover aparcado junto a ella para ofrecer más resistencia, pero ella no puede dejar de recordar la puerta de la comisaría de Castle Hill.

Tom camina hacia ellos, esbozando su archiconocida sonrisa de tiburón.

—Buenos días, Mark. Buenos días, Verónica.

—Buenos días, Tom —responde Mark.

Tom les mira de arriba abajo evaluándoles. Se entretiene un par de segundos más en la figura de Verónica. A ella le repugna el hombre que tiene delante, casi tanto o más que Brad Blueman.

—Deberíais ver a esas cosas. Son asquerosas.

Ninguno de ellos siente la menor gana de acercarse a mirar. Saben perfectamente cómo son los zombies. Los han visto demasiado cerca para su gusto, de hecho.

—¿Se sabe algo de Cameron? —pregunta Mark, cambiando de tema.

Una sombra de preocupación cruza el rostro de Tom, pero no te confundas. Después de todo lo que sabemos y hemos visto sobre este hombre, no caigas en la equivocación de creer que a Tom Ridgewick le preocupa alguien más que Tom Ridgewick y su estúpida concepción del control. A Tom no le importa lo más mínimo la desaparición de Cameron Collins, pero sí le preocupa lo que esa desaparición puede acabar suponiendo para la imagen de control y dominio que él ejerce en su comunidad. De eso puedes estar seguro.

—Aún no la han encontrado. Pero se trata de una chiquillada. Seguro.

Ninguno de los tres tiene nada más que decir. Como para resaltar una ironía que desconocen, Logan Kane entra en el jardín, les saluda con la cabeza, echa un vistazo divertido a los dos hombres que gritan y saltan encima del muro, y camina hacia Brad para servirse el desayuno, revolviendo el pelo de Junior y Paula por el camino.

Patrick se detiene detrás de un matorral y le hace un gesto a Neil para que se acerque. El chico se agacha a su lado con diligencia. La arboleda termina treinta metros más adelante. La carretera sigue, pero a ambos lados se extiende un prado vallado de aspecto descuidado, sin apenas espacios donde esconderse. A lo lejos, empiezan a verse casas y edificios de Half Moon Bay. En la carretera hay más coches abandonados, la mayoría detenidos en los arcenes, pero también hay un par de ellos estrellados. No ven movimiento, pero la carretera gira hacia la izquierda y un camión con el logotipo de una empresa de transportes les quita visibilidad.

En general, el paisaje transmite desolación. Es difícil contemplarlo. A pesar de conocer las causas del abandono de los vehículos, ver todo tan quieto y silencioso es inquietante. Uno tiene la sensación de que en cualquier momento alguien saldrá de detrás de uno de los coches gritando «¡Sorpresa!».

—¿Qué hacemos? —pregunta Neil.

—A partir de aquí no hay donde esconderse. Pero al menos, en la carretera, podemos buscar refugio en los coches abandonados.

—Me sentiré mejor haciendo eso que yendo campo a través. Me dejé la capa de invisibilidad en casa.

Patrick mira a Neil y este se encoge de hombros. Ninguno de ellos le presta atención a Peter, que está detrás de ellos. El coche más cercano es un Chevrolet azul oscuro. Hay sangre en el lateral derecho del vehículo.

—Vale. Iré yo primero —dice Patrick.

Neil le hace un gesto con la cabeza. «Adelante». Patrick toma aire, hinchando sus pulmones, y después echa a correr hacia el Chevrolet. Tarda medio minuto en alcanzarlo, pero son treinta segundos que se le hacen eternos. A él y a los dos chicos, que aguantan la respiración con todos los músculos en tensión. Finalmente, Patrick se deja caer junto al coche y apoya la espalda en la rueda trasera, recuperando el aliento. Mira con disimulo por el lateral, pero sigue sin haber movimiento en la carretera.

Desde los matorrales, Neil y Peter ven como les hace un gesto para que vayan. Los dos chicos se incorporan y corren hacia él. Sus pies golpean la tierra primero, y después el asfalto de una forma casi sincrónica. A Patrick el sonido le recuerda al de los tambores de guerra. En realidad no es para tanto, pero es lo que tiene el miedo y su extraña costumbre de amplificar los sentidos.

Antes de que los chicos lleguen hasta él, Patrick se incorpora y corre hasta el siguiente vehículo, un Honda cruzado en mitad de la carretera con la puerta delantera entreabierta. Se detiene junto a la rueda delantera y comprueba que siga sin haber rastros de movimiento. Entonces, se fija en una zapatilla de deporte caída junto al coche. Es un modelo Nike, y parece bastante nueva, blanca y con algunas filigranas rosas. En la punta hay también un par de gotas resacas y marrones. La visión de esa zapatilla le golpea como un ariete. Patrick siente ganas de vomitar. Se agarra al coche

para no marearse y cierra los ojos. Se obliga a no pensar en la zapatilla.

A su espalda, los tambores de guerra vuelven a acercarse a él, veloces. Neil derrapa al llegar junto al Honda y se agacha al lado de Patrick. Peter, sin embargo, calcula mal la frenada y golpea con la mano la puerta trasera del coche. Los otros dos le miran, recriminándole con los ojos, y se quedan en silencio, a la espera.

Si les observas detenidamente, si aprietas el botón de cámara lenta, es cuando puedes percibir los pequeños detalles. La gota de sudor que resbala lentamente por la sien de Patrick, rozando el ojo y pasando por encima de los pelillos de la barba en dirección a la barbilla, desde donde colgará por unos segundos antes de caer al suelo. La garganta de Neil moviéndose arriba y abajo al tragar saliva. Su lengua humedeciendo los labios, resecos y agrietados. Su mano aferrando la culata del revólver con tanta fuerza que los dedos se tornan de color blanco. El tic nervioso de Peter que le hace guiñar el ojo a toda velocidad. La respiración agitada. Los músculos en tensión. Los oídos atentos a la menor señal de peligro. Dispuestos a echar a correr.

Pero nada se mueve en la carretera. El viento sopla desplazando algunas hojas, pero no hay ni rastro de muertos vivientes.

—Joder, lo siento, chicos —murmura Peter.

Y entonces separa la mano del lugar donde ha golpeado el coche y se incorpora, para mirar a través de la ventanilla hacia la carretera. Sin previo aviso, una cara ensangrentada golpea el cristal desde dentro del coche y Peter grita, cayendo hacia atrás de culo. Neil también retrocede chocando con Patrick. Dentro del coche, la mujer muerta a la que pertenece la cara ensangrentada se revuelve intentando alcanzarles, incapaz de hacerlo debido al cinturón de seguridad que la mantiene atrapada. Pero golpea el cristal con fuerza e indignación y lo golpea con la cara como queriendo atravesarlo, una y otra vez, mostrando unos dientes sucios y desagradables.

La mujer lanza un quejido lastimoso que suena a protesta, a decepción por no poder masticar las presas que tiene tan cerca. Los tres hombres la observan fascinados, como quien mira una obra de arte en un museo, paralizados por el miedo. Un momento después, y como si fuera una respuesta, escuchan dos alaridos semejantes, lo suficientemente cercanos como para helarles la piel. Y después, siguiendo el efecto ola que causa una piedra al caer en el agua, más gritos, un poco más lejanos.

—¡Tenemos que salir de aquí! —exclama Patrick—. ¡Ya!

—¿A dónde coño vamos? —pregunta Neil. Y de repente, toda esa fachada de tipo duro, ese aire adulto que siempre le ha impreso a su vida, ha desaparecido. Cuando mira a Patrick con ojos suplicantes, parece un niño de no más de quince años.

Patrick mira alrededor. Volver a la arboleda es una opción, pero les alejaría de su destino, y no está dispuesto a abandonar tan rápido.

—Allí. ¡Vamos!

Patrick señala hacia el prado que tienen a la derecha. Hay una cerca con alambre de espino de un metro de altura, y más allá, un campo que debió formar parte de una

granja. Neil no le cuestiona. Ambos se incorporan y echan a correr hacia allí, pero Patrick vuelve la cabeza y ve a Peter tirado en el suelo, mirando con los ojos como platos al zombie atrapado en el Honda. Y se detiene.

Mientras Patrick regresa para ayudar a Peter, el primer zombie aparece desde detrás del camión de mensajería. Es un hombre joven, algo más mayor que Peter y Neil, que arrastra sus propios intestinos por el suelo. Su pecho también presenta muchas laceraciones y heridas abiertas. Sus pantalones, que antaño debieron ser blancos, ahora tienen el color de la tierra mojada. Al verles, su rostro parece desencajarse abriendo la boca y aullando. Y empieza a correr hacia ellos, con el intestino golpeándole rítmicamente las rodillas.

Patrick se agacha junto a Peter y le agarra del brazo con la mano que no sujeta el rifle de caza. Levantarle apenas le cuesta trabajo, pero aunque el chico se mantiene en pie, a pesar de que las rodillas parece que vayan a ceder en cualquier momento, Peter no aparta la mirada del interior del Honda.

—¡Peter! —gruñe, casi escupiendo las palabras—. ¡Peter, vamos, joder!

Peter sigue sin responder. Su ojo derecho parpadea tan rápido que resulta imposible creer que pueda ver algo con él. Patrick levanta la mano y le abofetea con todas sus fuerzas. La palmada resuena como una explosión, y casi de forma instantánea, la mejilla del chico empieza a ponerse colorada. Patrick siente que la palma de su mano le escuece. Aparta el sentimiento de su mente al mismo tiempo que Peter reacciona y gira la cabeza para mirarle.

—¡Peter, tenemos que correr, ahora!

Minúsculas partículas de saliva salen despedidas de la boca de Patrick. Ninguno de ellos repara en ello. El chico de los intestinos colgando está ganando terreno a toda velocidad y por detrás del camión han aparecido otros dos muertos. Uno de ellos, un hombre negro de unos cincuenta años con la cara completamente desfigurada por los mordiscos que le llevaron a la muerte, corre en su dirección extendiendo los brazos hacia delante. El otro es una chica, de no más de quince años, que por suerte para ellos tiene una de las piernas rota y camina tambaleándose y arrastrando el peso muerto tras ella, a no demasiada velocidad.

Neil salta la cerca como si se hubiera dedicado a las carreras de salto de valla toda su vida, sin rozar siquiera el alambre de espinos. Cae al otro lado aún corriendo, pisa mal en un desnivel del terreno y cae al suelo, raspándose las manos y rodando por la tierra, levantando una nube de polvo. Cuando logra detenerse, se da cuenta de que ya no tiene el revólver en la mano y mira atrás, buscándolo.

Está ahí, un metro más allá. Neil, con el corazón desbocado y el miedo atenazándole la garganta, se lanza a por él y cierra los dedos alrededor de la culata. Al mirar hacia la carretera, ve a Patrick y a Peter iniciar la carrera hacia la pequeña alambrada de espino. Y al girar un poco la cabeza, ve al joven que arrastra sus propios intestinos y al hombre negro de la cara destrozada corriendo hacia ellos.

Y no está seguro de que vayan a conseguirlo.

Ace Hall y Ozzy siguen gritando y dando saltos de un lado a otro del muro. Verónica les mira, apoyada en la pared de la casa de Tom, sumida en sus propios pensamientos. Cerca de ella, corriendo de un lado a otro, Paula y Junior ríen alegres, contrastando con las circunstancias que asolan el continente americano. Logan Kane, Tom Ridgewick, Stan Marshall y Brad Blueman están desayunando. Mark está con ellos, pero quiere esperar a Verónica para comer. En parte porque prefiere su compañía, pero también porque quiere asegurarse de que no vuelvan a echarle menos ración que la que le corresponde. Como si estuviera en su mano impedirlo. Pero tiene hambre, eso seguro, y su estómago hace ruido al pensar en comida. Lleva así varios días, en realidad. Todos ellos están comiendo poco, y lo entienden, pero sus cuerpos no parecen opinar lo mismo. Y así está, pensando en el rugido hambriento de su estómago, cuando un disparo se escucha a lo lejos.

Al momento, todos ellos se quedan quietos, expectantes. Ace y Ozzy dejan de gritarle a los muertos. Verónica se incorpora como movida por un resorte, llevándose las manos a la boca. Incluso Paula y Junior se detienen.

Y todos esperan. Porque saben que ha comenzado, que su pequeña partida de voluntarios está en verdadero peligro y saben lo que ese disparo significa. Aunque lo cierto es que no son del todo conscientes de lo que implica ese disparo hasta que escuchan el grito de Ace.

—¡Se están marchando! ¡Aquellos se están marchando!

Desde el jardín es imposible que vean lo que Ace señala, pero nosotros sí podemos hacerlo. De la muchedumbre de muertos que se apretujan contra el muro de San Mateo, los más cercanos tienen brazos y bocas extendidas y anhelantes, señalando a Ozzy y Ace, pero al fondo, los más lejanos a ellos, han respondido al estímulo que supone el disparo que acaban de oír girándose en esa dirección y empezando a correr carretera abajo. Primero un par, después otro grupo. No más de treinta zombies, pero eso ya supone un número importante.

Ace corre por encima del muro gritando y agitando las manos, tratando de volver a llamar la atención de los muertos. Sus piernas se mueven a toda velocidad. Sus pies rozan continuamente las piedras desigualmente colocadas del muro, amenazando con hacerle caer. Un error en ese sentido podría ser fatal, si cayera por el lado lleno de zombies del muro. Pero Ace corre y grita agitando los brazos con desesperación. La mayoría de los muertos que han echado a correr siguiendo la carretera a Half Moon Bay se giran de nuevo hacia él, gritando a su vez. Primero uno, un par, cinco, después todo el grupo.

Y Ace deja de correr, por suerte. Pero coloca el pie sobre una piedra demasiado lisa y resbala. Verónica ahoga un grito al verle tambalearse y mover los brazos como lo haría un equilibrista en el circo. Ace logra estabilizarse y se agacha, mirando a los muertos que le desean a algo menos de metro y medio más abajo. Los gruñidos, los

gritos, el olor, las heridas y la sangre le revuelven el estómago, pero aguanta. Les observa detenidamente, analizando al enemigo.

—Malditos mamones —murmura—. No me hagáis correr así.

Ozzy, por su lado del muro, reemprende los gritos, arengando a la masa de muertos una vez más. Ace siente su ira, les ve revolverse y lanzar dentelladas al aire. Aparta la mirada.

Tendremos que retroceder un poco en el tiempo, al momento en que les dejamos, con Neil tirado sobre la hierba y mirando a Patrick y Peter corriendo hacia la valla. El chico de los intestinos está a punto de alcanzarles, y ya estira las manos haciendo aspavientos en el aire, anticipando el momento en que sus dedos engancharán a su presa. Patrick empuja a Peter hacia delante, hacia la valla, y se gira hacia el chico de los intestinos. Neil le ve levantar el rifle y girar su cuerpo como un bateador. La culata del rifle impacta con fuerza sobre la mejilla del joven provocando un terrible crujido al romperle el pómulos. El chico se tambalea hacia el lado, girando su cuerpo de forma involuntaria, y cae al suelo.

Para entonces, Peter ya ha alcanzado la valla pero en lugar de saltar directamente, se ha acercado demasiado y duda. Patrick ha vuelto a ponerse en movimiento y a su espalda el chico de los intestinos está empezando a levantarse de nuevo. Si miras con atención podrás ver que su rostro está desfigurado, con la mejilla hundida hacia dentro en el lugar donde Patrick le ha golpeado.

—¡Salta, joder! —escupe Patrick.

Peter se apoya en la valla, clavándose una de las púas en la palma de la mano sin apenas darse cuenta de ello. Apoya el pie en uno de los palos que unen los tramos de valla y empieza a levantarse por encima de ella, demasiado despacio, demasiado torpe. Patrick le alcanza, apoya la mano libre sobre el trasero de Peter y le empuja hacia arriba. Neil ve a su amigo casi volar por encima de la valla, agitar los brazos estúpidamente y chocar contra el suelo casi de cara.

Patrick se da la vuelta y retrocede un par de pasos para tomar carrerilla, pero ya tiene al hombre negro casi encima. Por suerte, la chica de la pierna rota avanza demasiado despacio y el chico de los intestinos ha resbalado al enredarse con sus propias tripas y todavía trata de ponerse en pie, gruñendo desesperado.

Patrick levanta el rifle. El negro estira las manos hacia él, abriendo una boca llena de dientes ansiosos y lanzando un alarido. Patrick aprieta el gatillo y la bala atraviesa la cabeza del hombre negro destruyendo la parte trasera de su cráneo y lanzando pedazos de hueso y materia gris en todas direcciones.

Patrick no espera a que el cuerpo caiga. Se da la vuelta y salta la valla un momento antes de que el joven de los intestinos se abalance sobre él después de haber logrado levantarse de nuevo.

—¡Vámonos! —dice—, antes de que esto se complique más.

Ayuda a Peter a levantarse. Se ha hecho una herida en la frente al caer al suelo, apenas un rasguño, pero un hilillo de sangre le resbala por la cara haciéndole parecer un indio con pintura de guerra. Neil se incorpora mirando con sorpresa al chico de los intestinos arremeter contra la valla, chocando contra ella y cayendo al suelo. Los tres retroceden, despacio al principio, y Patrick levanta el arma dispuesto a disparar otra vez. Pero los intestinos del joven se han quedado atrapados en el alambre de espinos,



y aunque el chico se revuelve y agita, lo único que consigue es afianzar más su imposibilidad de moverse.

Patrick empuja a los dos chicos, y estos empiezan a correr, campo a través, tratando de poner la mayor distancia entre ellos y la carretera. Para cuando empiezan a aparecer más zombies, desde más allá del camión de transportes, apenas son una mancha pequeña a lo lejos. Aun así, los muertos se lanzan contra la valla, tropezando con ella, cayendo al suelo, quedando enganchados en el alambre de espinos, pisoteándose unos a otros y, finalmente, logrando que la valla caiga y les permita avanzar.

Uno de ellos, un hombre gordo con tatuajes en el cuello y los brazos y una horrible herida en el costado, como si reconociera el triunfo, levanta los brazos, gira la cabeza hacia el cielo, y lanza un grito escalofriante.

Desde el Honda, la mujer atrapada por el cinturón de seguridad gruñe también, incapaz de escapar de la prisión en la que pasará el resto de su tiempo.

Corren al límite de sus fuerzas, moviendo brazos y piernas inyectados de adrenalina. Patrick y Neil se mantienen en cabeza y poco a poco Peter se va quedando atrás. Los pies golpean la tierra levantando polvo y hojas secas, las respiraciones agitadas suenan como fuelles al límite de su capacidad. Neil tropieza, pero no llega a caer. Apoya la mano que no tiene el revólver sujeto en el suelo y se impulsa hacia delante. Señala hacia la derecha sin dejar de correr. Patrick mira en esa dirección. Ve una loma. Al otro lado se distinguen los techos de algunos edificios. Neil gira en esa dirección y Patrick le sigue sin rechistar. Varios metros rezagado, Peter continúa su carrera detrás de ellos, mirando por encima de su hombro.

Los muertos están lejos. La valla les ha permitido tomar la suficiente ventaja y no parece que vayan a cogerles pronto. Peter piensa que es una suerte porque no está seguro de poder mantener ese ritmo mucho más tiempo.

Alcanzan la cima de la loma. Neil y Patrick se detienen, jadeando. Desde allí, tienen una vista digna de postal de Half Moon Bay con el mar de fondo. De hecho, se puede oler a mar desde ahí. Neil señala un edificio de color marrón que les queda al frente y a la derecha. Es el edificio más cercano a ellos, pero desde donde están sólo pueden ver la parte trasera.

—Ese es el centro comercial —dice Neil.

Patrick echa a correr de nuevo. Los dos chicos le siguen. Peter se lleva una mano al costado sintiendo un pinchazo cada vez que toma aire. Su velocidad empieza a decrecer y la distancia que le separa de los otros dos es cada vez mayor. Hasta que de repente, el pinchazo resulta ser un latigazo que va desde el costado hasta el pecho y Peter se detiene, doblándose sobre sí mismo y comenzando a toser de forma compulsiva. Apoya las manos sobre sus rodillas y vomita.

—¡Patrick!

Patrick se detiene y mira hacia atrás. Neil está regresando a por Peter, que está inclinado hacia delante. Le cuelga un hilo de baba amarilla de la barbilla y está tosiendo, agarrándose el costado. Patrick vuelve a pensar que fue mala idea traer al chico. Por primera vez, de hecho, se le pasa por la cabeza la posibilidad de abandonarle a su suerte.

Neil alcanza a Peter y le pasa un brazo por debajo de los hombros, pero al intentar avanzar, Peter se queja y hace un gesto de dolor al apoyar el pie derecho. El costado que se está agarrando.

—¡No puedo, no puedo!

Neil levanta la vista. Su expresión al mirar a Patrick es de súplica absoluta. La de alguien que está perdido y no sabe qué hacer.

—Mierda —murmura Patrick antes de correr de regreso hacia los chicos.

Neil vuelve la cabeza hacia la colina que acaban de dejar atrás. La acústica producida por la loma les impide determinar si los muertos que les persiguen se

encuentran lejos o cerca. De lo que están seguros es de que están recortando distancia y es cuestión de tiempo que aparezcan en lo alto de la cima.

Patrick pasa su brazo por debajo del otro hombro de Peter. Neil no necesita que le digan nada para ponerse en marcha. Empiezan a correr de nuevo, llevando prácticamente en volandas a Peter, cuyos pies se arrastran por la tierra levantando un rastro de polvo. Están aproximadamente a un kilómetro del edificio. Después tendrán que rodearlo y rezar para que al otro lado no se encuentren con más zombies y que las puertas de los comercios no estén cerradas. Saben que no tienen mucho margen de error.

—Oh, Dios.

Es Peter el que habla. Ni Patrick ni Neil vuelven la cabeza porque saben lo que verían si lo hacen. En lugar de eso, aprietan el paso, poniendo al límite sus propios cuerpos. Pero nosotros sí miramos hacia la colina. Ahora mismo nos separan de la cima casi quinientos metros. El primer muerto en alcanzarla ha sido un chico asiático con una camiseta de la casa Stark, con su lobo Huargo y su *Winter is coming*. La parte derecha de su cara presenta heridas de mordiscos que le han arrancado trozos de carne y pelo. Al verles, lanza un grito al cielo y se lanza cuesta abajo en su persecución. Apenas un segundo después aparece una mujer, lo suficientemente gorda como para que sorprenda verla correr a esa velocidad. Está medio desnuda y sus grandes pechos rebotan mientras corre, pero su cuerpo está tan mutilado y ensangrentado que no invita a contemplarlo. Son los dos primeros, pero detrás de ellos siguen apareciendo más zombies. La mujer gorda mete el pie entre unas ramas y cae al suelo, rodando colina abajo durante casi cuatro o cinco metros. No la detiene. Vuelve a levantarse y sigue corriendo con el ansia escrito en sus ojos. Los alaridos de los muertos persiguen a Patrick, Neil y Peter.

Se dirigen hacia la esquina más cercana del edificio. Volver a pisar asfalto supone un pequeño alivio para ellos. Patrick afianza su mano sobre la culata del rifle justo antes de girar la esquina. Al hacerlo, se dan de bruces con un carrito de la compra volcado. Patrick lo esquiva. Peter intenta saltarlo pero tropieza y cae al suelo arrastrando a Neil con él. Al verse liberado, Patrick se gira para comprobar dónde están los muertos. Han conseguido reducir la distancia a la mitad.

Un gruñido a su espalda le hace girarse de golpe, llevando la culata del rifle al hombro y preparado para disparar. Desde detrás de un camión de reparto aparece un hombre vestido con mono azul y chapita identificativa en la solapa. Le falta un zapato y cojea por ello. Y lleva la cabeza inclinada hacia un lateral, como si tuviera el cuello roto. Sus manos están cubiertas de sangre.

Patrick toma aire, hinchando sus pulmones, y cierra el ojo izquierdo para apuntar. Su dedo aprieta el gatillo. La bala atraviesa la frente del muerto provocando que su cuerpo salga despedido hacia atrás y caiga desmadejado frente a su camión de reparto.

—¡Corred!

Y ahora Patrick no espera. Porque los gruñidos de los muertos que les persiguen están cada vez más cerca y porque delante de ellos empiezan a escucharse más ruidos. Pasos, sí, mezclados con más de esos alaridos que son mitad humanos mitad animal.

Neil y Peter corren detrás de Patrick. El chico asiático con la camiseta de juego de Tronos gira la esquina en ese momento. Les habría dado alcance antes de que llegaran a la siguiente esquina de no ser por el providencial carrito de la compra. Tropezaba con él y cae de boca al suelo. Su ausencia de reflejos le impide poner las manos para amortiguar la caída y su boca se estrella directamente contra el suelo. Varios de sus dientes salen despedidos.

Por supuesto, vuelve a levantarse.

Desde la siguiente esquina aparece una mujer rubia. En vida debió ser una chica preciosa, pero su rostro y parte de su brazo derecho muestran heridas abiertas que dejaron de sangrar hace muchas horas. Patrick le dispara sin dejar de correr y la bala atraviesa el mentón de la chica para salir por encima de su oreja derecha. Su cuerpo cae al suelo girando en el aire. Patrick cruza por encima de ella apenas un segundo después y gira la esquina.

No se detiene, pero se queda sin aire.

La parte delantera del centro comercial muestra los escaparates de varias tiendas. La más cercana a él, de una conocida marca de ropa, está seguida de una librería, una tienda de telefonía móvil e informática, una joyería, una tienda de alimentación, la farmacia y, por último, la más lejana, otra tienda de ropa. Frente a ellos se extiende el modesto aparcamiento del centro comercial, donde parece que se libró una pequeña batalla. Hay varios coches, incluso un autobús cruzado en mitad del aparcamiento, y miles de objetos volcados en todos sitios. Patrick alcanza a ver desde zapatillas hasta joyas, pero también un bate ensangrentado, un oso de peluche al que se le escapa el relleno, una blackberry con la pantalla agrietada y manchada de sangre, prendas de ropa...

También hay sangre. Por todos lados. En el suelo, sobre los coches, en el interior de los coches. Parece que algunos supervivientes trataron de ocultarse en el autobús, pero finalmente los muertos se abrieron paso a través de la puerta, que aparece combada hacia dentro y con los cristales hechos añicos. Hay salpicaduras de sangre en los cristales del autobús. Por dentro. El escaparate de la tienda de informática también está roto y hay cristales en la parte delantera.

Y hay zombies. Muertos que deambulaban por la zona y por el aparcamiento y que han despertado al oír el disparo. La mayoría aún parecen desubicados, pero Patrick puede sentir las miradas que empiezan a clavarse en ellos, las bocas que se abren saboreando anticipadamente su carne, las piernas que empiezan a ponerse en movimiento.

Puede que lleguen. Sí, es posible, pero tampoco es seguro. Y desde donde está, no alcanza a ver si la puerta de la farmacia está abierta o cerrada, y si está abierta, si es

de cristal o no, si está rota o les permitirá defenderse durante el tiempo necesario para coger lo que necesitan coger y buscar una salida. Patrick piensa en todo esto mientras recorre el frontal de la primera tienda de ropa. Si llegan y la puerta está cerrada, es casi seguro que morirán allí. Si llegan y la puerta está rota, podrán entrar pero los muertos les seguirán y morirán allí. Y también cabe la posibilidad, claro, de que los zombies corran más y no les dé tiempo a llegar.

Porque los ve salir de todas partes. De detrás de los coches, de la calle que se extiende más allá, incluso ve uno arrastrándose por el suelo, con las dos piernas devoradas hasta casi las rodillas y tirando de sus muñones y los jirones del pantalón. Un zombie sale a la calle desde la joyería, colocándose entre ellos y su objetivo. Es un hombre mayor, de unos sesenta años, con el pelo y la barba canosa. Muestra una herida atroz en el pecho y su barba y dientes están manchados de sangre también, demostrando que ha sometido a otros a la misma muerte que le dieron a él.

Sin dejar de correr, cruzando por delante del escaparate hecho añicos de la librería y pisando un cartel que anunciaba como novedad el último libro de Stephen King, Patrick dispara sin apuntar, acertando en el pecho del anciano y derribándolo. El anciano agita los brazos en el suelo, tratando de reincorporarse. Patrick no se detiene, pero recarga el rifle a la carrera.

A su espalda, Neil apunta el revólver hacia una mujer que corre hacia ellos desde el aparcamiento y dispara. La mujer se sacude como si hubiera recibido un golpe en el abdomen y pierde pie, cayendo al suelo, pero empieza a levantarse de nuevo. Detrás de él, Peter empieza a chillar.

Los disparos y los gritos de Peter agudizan la histeria de los muertos, que empiezan a cerrar el cerco sobre ellos. Patrick dispara de nuevo, acertando en el cuello de un adolescente con aspecto de surfista al que uno de sus ojos le cuelga de la cuenca agarrado apenas por unos hilillos de carne. Neil y Peter también disparan, pero su puntería es peor y no aciertan todas las veces. De hecho, ninguna bala disparada por los dos chicos destroza la cabeza de un zombie. No logran matar a ninguno, pero al menos les detienen.

Patrick se da cuenta de que no van a llegar a la farmacia. Desde el fondo vienen corriendo varios muertos más y el encontronazo tendría lugar frente a la tienda de alimentación. Y está pensando en eso cuando los dedos manchados de tierra y sangre de una mujer de mediana edad a la que le falta parte del brazo izquierdo se cierran sobre su pierna derecha haciéndole perder el equilibrio.

Neil también ha empezado a gritar, aunque no es consciente de cuándo. Además, aprieta el gatillo del revólver sin apuntar realmente, tratando de eliminar a los zombies que corren hacia ellos desde el aparcamiento y la carretera. Ni siquiera se ha dado cuenta de que hace unos segundos que ha disparado la última bala del cargador y que cada vez que aprieta el gatillo lo único que consigue es que el arma haga clic.

Neil ve surgir la mano de la mujer desde detrás de un coche como si estuviera en un sueño. Sus dedos, fofos y sucios, se enganchan a la tela del pantalón de Patrick, y este tropieza, perdiendo el equilibrio y cayendo a cuatro patas frente a la puerta de la joyería, a menos de un metro del anciano canoso al que ha disparado un momento atrás y que empieza a levantarse de nuevo, gritando como un poseso.

Sabe que van a morir. Es imposible que alcancen la farmacia. Demasiados muertos corren hacia ellos desde todas direcciones y están cada vez más cerca, como cerrando el cerco y aprisionándoles contra la fachada del edificio. Neil deja caer el brazo que sostiene el revólver y frena, mirando anonadado hacia el grupo de zombies que corren hacia ellos desde el frente y que cruzan ya por delante de la puerta (con la verja de seguridad echada, por cierto) de la farmacia. Les ve, y tiene tiempo de fijarse en las rastas de uno, el collar de perlas de otra y el cuerpo sin ropa y medio carbonizado de un tercero.

*Esa es la gente que va a matarme. Voy a morir devorado por un hombre medio desnudo que ha sido pasado por la parrilla.*

Y mientras Neil piensa eso, la mujer sin brazo se abalanza sobre Patrick, que intenta levantarse apoyándose en la pared de la joyería. Detrás de él, un cartel anuncia que se compra oro al mejor precio que uno pueda encontrar en la ciudad. Y Patrick trata de levantar el rifle para matar a la mujer, pero esta cae sobre él y el arma queda entre ambos. Los dientes de la mujer se cierran en el aire a menos de un par de centímetros de la nariz de Patrick. Este utiliza la mano que no sujeta el rifle para agarrarla del cuello y empujar. La mujer no cede en su empeño y sigue lanzando furiosas dentelladas al aire, gruñendo y gritando. Patrick empieza también a gritar por el esfuerzo, pero así mismo porque a su lado el viejo canoso está a punto de ponerse en pie, el rastas, la mujer del collar y el tipo medio quemado están cada vez más cerca y, por si fuera poco, más zombies se les están echando encima desde el aparcamiento.

Y Neil, de pie con los brazos a los lados, lo observa todo sin moverse.

—¡Neeeeeeeeeeil —grita, al tiempo que lanza el pie para golpear al viejo, acertándole en la cara y derribándole de nuevo.

La mujer se lanza de nuevo hacia delante, feroz como un toro de lidia, y esta vez los dientes se quedan a milímetros. La nariz de ella roza la mejilla de él. Es cuestión de segundos que su empuje venza la resistencia de Patrick. Y ni siquiera es seguro que eso ocurra antes de que el resto de zombies les alcance. Les tienen encima.

La mujer se llamaba Olivia Jackson y era conocida en Half Moon Bay por su amor desmedido por los animales que la llevaba a recoger cualquier ser vivo que se encontrara abandonado en la calle y a trabajar como voluntaria en la perrera municipal. El sueño de Olivia Jackson, de hecho, era trabajar con animales, haciendo terapias con niños autistas y labradores. En su casa vivía ella sola, puesto que nunca había contraído matrimonio, junto a sus siete perros, dos gatos y un loro al que se había empeñado en enseñar a hablar y lo único que decía constantemente para martirio de la pobre mujer, era joder.

Ninguno de los animales, por supuesto, era de raza. Todos mestizos y perros callejeros condenados a morir y ser rescatados por ella misma de la última inyección. A todos les había puesto nombres de artistas famosos: Leonardo, Miguel Ángel, Beethoven, Mozart, Lennon, Picasso y Rembrandt eran los perros. Los gatos se llamaban Shakespeare y Vivaldi. Al loro no le había puesto nombre, aunque ya le llamaba cariñosamente joder.

Nada de esto debería importarnos realmente, pero que lo sepamos tiene un sentido. Tendrás que permitirme que te lo explique.

Cuando Patrick vio a Neil detenerse supo a ciencia cierta que estaba muerto. La expresión de Neil, tranquila y sorprendida, mostraba claramente que estaba en *shock*, y Patrick no tenía tiempo de ayudarlo a salir de su inmovilidad. De hecho, necesitaba que fuera Neil el que le ayudara a él. Porque evidentemente, con todo lo ocurrido, Peter estaba fuera de todas las quinielas. No había sido más que un lastre hasta el momento y les había puesto en peligro, probablemente, de hecho, les había condenado a la muerte, y por todo ello, Patrick ni siquiera pensaba en él cuando los dientes de Olivia Jackson se cerraban junto a su mejilla, ávidos de carne y sangre caliente.

Olivia Jackson no era una mala mujer, pero tener semejante jauría de animales a su cargo le hizo tener más de un problema con sus vecinos. Cuando no era Mozart entrando a soltar sus deposiciones en el jardín de al lado, era Lennon que había destrozado la manguera, o Vivaldi que había hurgado en el cubo de basura llenando la puerta del vecino de basura.

Los Frey vivían puerta con puerta con Olivia Jackson y había llegado un punto, desde mediados de la primera década del siglo, en el que cada encontronazo con ella servía para iniciar una discusión a gritos. Los Frey estaban hartos de limpiar mierdas de perro, recoger basura desperdigada, comprar objetos para sustituir los que habían roto, e incluso estaban hartos del olor que desprendía la casa de Olivia.

Verla allí es superior a sus fuerzas para Peter Frey. Algo en su cerebro protesta y se niega a admitir que fuera aquella mujer, que tantos disgustos le había causado a su propia madre, la que les abriera la puerta del infierno. De un empujón, providencial, por cierto, Peter lanza a Neil al interior de la joyería, para poder avanzar y situarse a

la espalda de la mujer. Y sin ninguna contemplación, Peter golpea la nuca de Olivia con la culata de su pistola una, dos y tres veces. El segundo golpe hace crujir el cráneo, hundiendo algunas astillas en el cerebro, pero es el tercer golpe el que rompe el hueso con un crujido, hundiendo parte de la cabeza hacia dentro. Como si hubieran apagado su fuente de energía, Olivia Jackson se desploma sobre Patrick, inmóvil.

No hay tiempo que perder. Patrick se deshace de la mujer empujándola hacia atrás, hacia los zombies que están llegando a ellos. En la caída, arrastra al suelo al tipo de las rastas. Patrick levanta el rifle y dispara. Esta vez, el lado derecho de la cabeza del viejo canoso estalla, deteniéndole del todo. Peter tira de él hacia el interior de la joyería, pero ya no hay tiempo. Están encima de ellos. Las manos del chico asiático con la camiseta de juego de Tronos agarran el brazo de Patrick. Antes de que su cara llegue hasta él, dispuesto a hincarle los dientes en el hombro, Neil asoma el revólver desde el interior de la joyería. Ha recargado, y está a tan poca distancia que es imposible fallar. La bala cruza la cabeza del asiático de lado a lado, abriendo un boquete del tamaño de una pelota de baseball allí por donde sale.

Patrick dispara a los zombies que se acercan. Neil dispara. Los tres gritan, pero es Peter Frey el que agarra la verja metálica y tira de ella hacia abajo. Al caer, la verja golpea el rifle de Patrick, haciendo que su siguiente disparo se estrelle contra el suelo, pero sigue su camino hacia abajo y se cierra con un gran estruendo metálico, sumiéndoles en la oscuridad casi absoluta. Al momento, los zombies se aprietan contra ella, golpeándola con furia y tratando de atravesarla a golpes.

Dentro de la joyería, los tres siguen gritando a pesar de estar a salvo. Patrick retrocede hasta chocar con el mostrador y se deja caer al suelo. Están jadeando por el esfuerzo físico, sudorosos y agotados. No pierden de vista la verja metálica, que se comba peligrosamente con los golpes y la presión que recibe desde fuera.

—¿Resistirá? —pregunta Peter. Está temblando de miedo.

—No eternamente —murmura Patrick, recuperando la respiración.

Confirmando sus palabras, la verja metálica cruje y se abomba hacia ellos. El estruendo es horroroso y se ven obligados a hablar a gritos para escucharse. Fuera, los muertos golpean, rasgan y muerden la verja, tratando de abrirse paso con la ira que les produce saber que ahí dentro se encuentra lo que quieren.

—¿Qué coño vamos a hacer ahora? —pregunta Neil.

Patrick está mirando a su alrededor, buscando una respuesta a esa pregunta.

—Si la verja cede, vamos a morir —asegura Peter.

—¿Esto tiene trastienda? —pregunta Neil, girando sobre sí mismo.

Tras el mostrador hay una puerta entreabierta. Neil corre hacia ella pisando cristales, anillos y pulseras diseminados por el suelo. Se detiene al ver un cuerpo boca abajo entre el mostrador y la trastienda, impidiendo que la puerta cierre del todo. Son apenas unos segundos. Después, se da cuenta de que el cuerpo está inmóvil y empuja la puerta para pasar.

Patrick se pone en pie. Mira a Peter.



—Muchas gracias. Me has salvado la vida ahí fuera.

—Era la señora de los bichos —responde Peter en voz baja, casi catatónica.

Patrick no entiende a qué se refiere, pero tampoco le interesa demasiado. La verja metálica empieza a inclinarse hacia dentro de forma peligrosa. Cruza el mostrador y mira el cadáver con curiosidad.

—Aquí dentro no hay salida —anuncia Neil, asomándose.

Patrick se agacha y le da la vuelta al cuerpo. Se trata de un hombre, de unos cincuenta años. La parte delantera de su cara casi no existe. No tiene labios, ni lengua, ni nariz y la mandíbula parece haber sido desencajada con unos fórceps. También tiene un agujero de bala en la frente. Pero lo que más llama la atención a Patrick es lo que sujeta en la mano.

Una palanca de acero.

Permíteme que retroceda en el tiempo y te presente a Jonathan Martin, un fontanero de cuarenta y tres años residente en Half Moon Bay que acababa de volver de su luna de miel cuando se desató la plaga del Cuarto Jinete. Su mujer, Sandy, tenía tres años menos que él y pintaba cuadros de esos que plagan los pasillos de los hoteles de dos o tres estrellas, muchos paisajes marítimos o boscosos y algún bodegón colorista.

Jonathan era un tipo sencillo, sin demasiadas aspiraciones en la vida pero satisfecho de lo que había logrado hasta ahora, exceptuando una cosa: a pesar de llevar casi tres años intentándolo, no habían logrado quedarse embarazados.

La luna de miel fue en Hawai. Nada más llegar al aeropuerto les recibieron con algarabía y les colgaron un collar de flores al cuello. En el hotel les trataron como a reyes y cada noche en la habitación les esperaba una botella de champán. Desde el dormitorio podía oírse y olerse el mar. Fueron unos días felices.

No pudo despedirse de ella. Jonathan estaba en casa esa tarde repasando la agenda para ponerse al día con los trabajos que tenía pendientes, y Sandy había salido para visitar a sus padres. Quería enseñarles las fotos que habían tomado en Hawai, y antes de que saliera de casa, sin mirarla, Jonathan le había dicho:

—No les muestres las fotos picantes.

—Uy, esas van las primeras. Quiero presumir de marido —había respondido ella, riéndose. Sandy se reía mucho.

Y se había marchado. Varias horas más tarde, cuando las calles se convirtieron en un bullicio de gritos, gente corriendo y muertos despedazando a los vivos, lo que más lamentó Jonathan es no haberle dado un beso a su mujer, no haberse despedido de ella correctamente. Para entonces, Jonathan iba y venía por el salón, se asomaba de vez en cuando a la ventana y contemplaba atónito a los seres que merodeaban por la calle con movimientos espasmódicos y sangre resbalándose por el cuerpo. Le llamaba poderosamente la atención el cuerpo de una mujer, tirado en medio de la acera con la cabeza torcida en una posición imposible, la espalda y las piernas llenas de mordiscos y heridas y un charco de sangre bajo ella que se había ido deslizando hasta la alcantarilla más cercana.

Porque el resto de seres se movían, y viéndolos de pie, uno no tenía la sensación tan abominable de que estuvieran muertos, aunque cerebralmente lo supiera y la sangre y las heridas lo evidenciaran sin dejar lugar a ninguna duda. Pero aquella mujer, tirada en medio de la calle como si fuera un objeto que nadie desea era diferente, era como la muestra final de que el mundo se había ido a pique de una vez por todas y aun así eso no era lo peor.

Lo peor eran sus ojos.

Aquella mujer, además de las heridas en la espalda y las piernas, se había roto la médula y no podía moverse pero sus ojos buscaban frenéticos en todas direcciones,

rodando de un lado a otro, y a Jonathan eso, por encima de cualquier otra cosa, le volvía loco. No conocía a aquella mujer, aunque creía que la había visto alguna vez por Half Moon Bay, pero pensar que pasaría allí el resto de la eternidad, sin poder moverse, le resultaba enloquecedor.

Igual que el desconocer el paradero de Sandy. En algún momento, había asumido que estaba muerta porque no había vuelto a casa y ahora, a tenor de lo que podía ver por la ventana, ya nunca lo haría sin correr un gran peligro. También llegó a pensar en ir a buscarla, imaginándose que Sandy y sus padres habían logrado resistir en la modesta casa de campo de sus suegros, pero en realidad, le costaba creer que el maltrecho señor Novak y su mujer fueran capaces de hacer frente a la brutalidad con la que atacaban esos seres. A través de la ventana, les había visto tirar abajo la puerta de la panadería de Frankie y meterse en tropel por el boquete para atrapar al pobre Frankie y a los dos hombres que habían buscado refugio allí. No, los zombies atacaban con una brutalidad difícil de defender.

—Tal vez haya huido—murmuraba en voz alta, mientras iba y venía por el salón una y otra vez—. Tal vez haya visto a los muertos y esté conduciendo hacia San Francisco. Sí, tal vez es eso.

Tenía miedo de encender la televisión, porque si viera en las noticias que San Francisco estaba en la misma situación, entonces se volvería loco.

Y regresaba a la ventana para volver a mirar hacia la mujer tendida en la acera, con sus ojos moviéndose en todas las direcciones, hambrienta.

Durante la primera noche, Jonathan no hizo más que pasear por el salón y mirar por la ventana. De vez en cuando, veía zombies que corrían, algunos pasando muy cerca de la mujer de los ojos en movimiento, y otras veces la calle aparecía tan solitaria que, de no ser por los vehículos abandonados, los cristales rotos, la sangre que salpicaba el suelo y las paredes y la puerta destrozada de la panadería de Frankie, uno casi podría pensar que la cosa estaba mejorando.

Eran las cinco de la mañana cuando Burton Smith debió pensar eso mismo y decidió salir de su casa. Al principio, Jonathan le vio asomarse con cuidado por la puerta, sacando solo la cabeza, pero después Burton salió del todo y se pegó a la pared. Le vio mirar en ambas direcciones, nervioso y cauto. Jonathan sintió ganas de asomarse para llamar su atención, tal vez para decirle que tuviera cuidado con la mujer que estaba tirada en el suelo, pero le aterraba la idea de hacer ruido.

Así que se quedó quieto pegado a su ventana, viendo como su vecino levantaba la puerta del garaje. Al hacerlo, el ruido fue atronador, amplificado por el silencio reinante. Burton entró al garaje y Jonathan dejó de verle. Durante unos interminables cuarenta segundos no ocurrió nada más, y Jonathan empezó a pensar que algo había ido mal en el garaje. Estaba equivocado. Las cosas, para lo que al señor Burton Smith se refieren, aún no habían empezado a ir mal.

Dentro del garaje se encendió un motor. Jonathan podía oírlo claramente desde donde estaba, algo apagado por la distancia y la ventana cerrada tras la que se

escudaba. Más o menos al mismo tiempo empezaron a llegar los primeros zombies, atraídos por el ruido producido por la puerta del garaje, primero, y ahora por el motor. Corrían agitando brazos y cabezas, abriendo las bocas, aullando, y el ruido del motor continuaba en el garaje.

—O te das prisa o vas a morir, Burt —murmuró Jonathan.

Pensó en asomarse y gritar. Advertirle a Burton que tenía que darse prisa. Pero eso atraería la atención hacia él.

Burton salió del garaje montado en su Harley Davidson y giró hacia la izquierda, pero ya era demasiado tarde. Los zombies estaban muy cerca. Pudo esquivar al primero. El segundo, una mujer rubia a la que le faltaba buena parte de la cara y tenía a la vista los músculos y parte del hueso, llegó incluso a golpearle en el hombro. Fue el hombre gordo con traje de empleado de hipermercado al que no logró esquivar. La moto se escoró hacia un lado. Burton cayó al suelo y rodó un par de metros mientras la Harley se deslizaba, rayando todo el lateral, hasta detenerse junto a un Prius. La rueda delantera aún estaba girando cuando los muertos se echaron encima de Burton. Jonathan les vio arrancar pedazos de carne con los dientes. La mujer rubia se cebó con su entrepierna. Cuando los gritos de Burton cesaron, Jonathan se apartó de la ventana y se sentó en el sillón, llorando.

Rezó para que Sandy no hubiera sufrido de esa manera. Luego se arrepintió por pensar que estaba muerta y trató de convencerse de nuevo con que lo había logrado y estaba a salvo en San Francisco, tal vez protegida por el ejército.

Se lamentó por no haberse despedido de ella cuando se fue de casa.

—Oh, Dios.

Volvamos al presente. Los muertos siguen golpeando furiosamente la puerta metálica de la joyería donde están encerrados Patrick, Peter y Neil y lo hacen con tanta fuerza que la parte superior derecha de la puerta metálica cede con estruendo pero no cae, sujeta la puerta aún por el lado izquierdo. Sin embargo, la luz solar empieza a entrar en el comercio y les permite oír con más claridad los gritos dantescos de los seres que están fuera.

—Vamos —dice Patrick, cogiendo la palanca de acero y entrando en la parte trasera de la tienda.

Peter y Neil le siguen y cierran la puerta, quedándose a oscuras.

—Esta puerta es de madera. No aguantará —asegura Neil.

—No, no lo hará —responde Patrick—. Ayudadme. Tenemos que bloquearla.

Neil enciende su mechero, arrojando una débil luz que les permite echar un vistazo alrededor. Hay un escritorio. Entre los tres lo ponen en vertical y lo arriman a la puerta. Hacen lo mismo con una estantería, tratando de crear una barrera difícil de traspasar. Cuando terminan, miran el resultado con escepticismo. Fuera, los ruidos metálicos provocados por los puños de los muertos se intensifican. Los gritos también. Oyen otro fuerte ruido metálico, seguidos de pasos, y saben que la horda está entrando en la joyería.

—Oh, joder, joder, joder...

Peter y Neil se apoyan contra la estantería, tratando de poner todo su peso contra ella. Ni siquiera sienten el envite cuando los muertos empiezan a golpear la puerta, pero oyen los crujidos de la madera y saben que no tienen mucho tiempo. Los dos chicos miran a Patrick con desesperación y este les devuelve una mirada que no arroja demasiadas esperanzas. Después, baja la mirada con pesar y se fija en la barra de acero. No sabe por qué la ha cogido, pero en ese momento le ha parecido importante. Tal vez porque, cuando llegue el final, será la última manera de defenderse, cuerpo a cuerpo, antes de sucumbir a los zombies. Y entonces se da cuenta. Al levantar la mirada, su expresión es nerviosa.

—¡Chicos! —exclama. Peter y Neil le miran, sin dejar de hacer fuerza para empujar la estantería hacia la puerta—. ¡Aguantad ahí!

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Neil.

—Uno de los métodos preferidos de los ladrones para robar en joyerías es hacer un butrón —responde Patrick, encarando la pared—. Y ahora, voy a imitarles para salir de aquí. Tenéis que aguantar como sea, chicos.

—¿Un butrón? —Peter parece confundido—. ¿Qué coño es eso?

Patrick no contesta. Levanta la barra de acero y golpea la pared con fuerza, levantando parte de la pintura y el yeso. Después vuelve a levantar la barra y lanza un nuevo golpe, y otro, y otro, y otro. Golpea sin descanso, rompiendo el muro poco a

poco y rezando para no encontrarse con una viga. Pronto empiezan a dolerle los músculos de los brazos, pero eso no hace que se detenga. Sigue adelante, arrancando trozos de pared que van cayendo a sus pies. La habitación se llena pronto de polvo.

—¿Y si el otro lado también está lleno de zombies? —grita Peter.

—Entonces estamos jodidos, capullo —murmura Neil, empujando con todas sus fuerzas la estantería. Tiene el cuello hinchado y aprieta los dientes.

—Al otro lado está el sitio de alimentación —dice Patrick, golpeando y golpeando—. Y las puertas estaban cerradas.

Lanza un nuevo golpe y, por fin, la barra de acero se hunde sin encontrar resistencia. Al sacarla, los tres comprueban el esperanzador agujero de dos centímetros de diámetro. Eso le da nuevas fuerzas a Patrick, que sigue golpeando, acompañando cada envite con un grito.

La madera de la puerta empieza a quebrarse. Unas astillas caen sobre la cabeza de Peter que levanta la vista y ve una mano ennegrecida y llena de hematomas y sangre seca que asoma por una grieta en la madera, lanzando los dedos hacia él y quedándose corta por unos centímetros.

—¡Joder, date prisa! —grita.

Patrick no necesita que se lo digan. Escucha los gritos de los muertos perfectamente. Golpea con furia, agrandando el agujero un poco más cada vez. Ahora ya tiene el tamaño de un puño, pero siente los músculos de los brazos blandos como si fuesen de gelatina y sabe que cada golpe que da es menos fuerte que el anterior.

—¡Neil! —grita—. ¡Tenemos que cambiar!

Patrick se da la vuelta y toma la posición de Neil empujando la estantería contra la puerta. Ahora ya son tres los brazos que han encontrado huecos a través de la puerta y chocan contra el escritorio y la estantería. Patrick ve una cara pegada contra un pequeño agujero y recuerda inevitablemente a Jack Nicholson en *El resplandor*.

Neil se coloca delante del agujero y empieza a golpear. El yeso le salpica la cara pero sigue adelante. A su espalda, la madera cruje y Peter grita. Neil no se gira para mirar. Se concentra en el agujero que tiene delante, en hacerlo más grande, en seguir rompiendo los bordes, en destrozar la pared. No se da cuenta de que está gritando. Sigue adelante, con la constancia de una máquina y la furia de una de esas cosas que quieren atraparles.

Los dedos sucios de una de esas manos logran agarrar la camisa de Peter. Este chillaba al sentir que tiran de él. Patrick agarra el brazo del muerto. Le asquea sentir el tacto rugoso y frío de la piel muerta. Sin dudar, ejerce toda la fuerza que le queda en los músculos y rompe los huesos del brazo de la criatura. Al momento, los dedos que sujetaban la camisa de Peter se quedan inertes y sueltan la prenda. El ser al que pertenece el brazo no acusa el dolor, pero al menos esa mano deja de ser peligrosa.

Un trozo de madera cae sobre ellos. La puerta empieza a saltar en pedazos, pero ellos siguen empujando con fuerza. Los zombies arañan el escritorio, tratan de encontrar sitios por los que atravesar y adentrarse en la habitación trasera de la

joyería. Los gritos de Neil, Peter y Patrick se funden con los de los muertos.

Neil da un paso atrás. El agujero tiene cerca de medio metro de alto.

—¡Vamos! —grita.

Sin esperar confirmación, Neil agarra la mochila de Patrick y la lanza por el agujero. Después, se mete por él y cae al otro lado. Se levanta de inmediato y mira a su alrededor. La tienda de alimentación es pequeña y oscura, pero entra la suficiente claridad como para permitirle ver los cuatro cuerpos tendidos junto al mostrador. Todos ellos tienen una herida de bala en la cabeza, incluido el único que sujeta un arma de fuego y que, claramente, se ha volado los sesos. El hedor es terrible y tiene que llevarse la mano a la nariz para aguantarlo. Aparte de los cuatro muertos, que están en avanzado estado de descomposición, Neil ve cajas de fruta cubiertas por completo de moho. Tiene que reprimir una arcada.

—¡Neil!

Se da la vuelta y mira a través del agujero. La situación al otro lado es precaria. La puerta prácticamente ya no existe, y aunque el escritorio está bastante entero, Neil puede ver a Patrick y Peter luchando para mantener la posición. Los muertos empujan con fuerza.

—¿Hay algo que podamos usar para bloquear el agujero desde ahí? —Patrick chilla para hacerse oír.

Neil mira a su alrededor. Supone que pueden derribar alguna de las estanterías de productos y bloquear bastante bien el agujero.

—¡Sí!

—¡Va a ser cosa de segundos!

Neil asiente. Patrick le hace un gesto a Peter y le entrega el rifle. Peter corre hacia el agujero, le entrega el rifle a Neil y cruza. Durante todo el proceso, Neil mantiene la vista fija en Patrick, que resiste a duras penas. Le ve colocar el pie contra la pared de enfrente para ayudarse a no ceder terreno.

—No lo va a conseguir —murmura.

Peter se incorpora jadeando.

Patrick grita, tensando todos los músculos del cuello, y se lanza a la carrera hacia el agujero. Fuera la resistencia, la estantería y el escritorio caen por el empuje de los muertos, que atraviesan el umbral tropezando entre sí y con los muebles. Patrick alcanza la pared y se impulsa con los pies para cruzar a la tienda de alimentación. Los muertos corren tras él, estirando los brazos para cogerle. Neil agarra los brazos de Patrick y tira de él con todas sus fuerzas. El cuerpo del policía de Castle Hill cruza el agujero a toda velocidad, escapando por milímetros de las manos muertas que ahora se estrellan contra el agujero.

Peter apunta su arma hacia allí y dispara, reventando la cara de uno de los muertos que se asoma. Patrick se pone en pie y ayuda a Neil a empujar uno de los estantes de productos. Peter sigue disparando contra los muertos que intentan cruzar el agujero.

Puedes estar seguro de que si los muertos no fueran tan terriblemente torpes cruzarían ese agujero sin problemas. Por suerte para los tres chicos, los muertos son torpes e impulsivos y mientras uno de ellos intenta adentrarse en la tienda, el resto trata de hacer lo mismo, empujándose, molestándose e impidiendo que ninguno tome verdadera delantera.

Y finalmente, el estante cae, derribando latas y paquetes de productos y golpeando las cabezas de uno de los muertos que empezaba a asomar por el agujero. No lo tapa del todo, pero sí lo suficiente para permitir que Patrick, Peter y Neil den un paso atrás y lo miren algo más tranquilos. Varias manos y brazos se cuelan por los resquicios y arañan, buscando a sus presas o una forma de impulsarse al interior de la tienda de alimentación. Gritan, desesperados y frustrados, pero el paso está bloqueado.

—Dios santo —murmura Neil, agachándose.

Patrick se deja caer al suelo y suspira. Peter les mira desde arriba.

—¿Qué hacemos ahora?

—Cruzar a la farmacia —responde Patrick, señalando la barra de acero que Neil aún sostiene en la mano.



Retomemos la historia de Jonathan Martin allí donde la abandonamos.

Después de ver morir a Burton, Jonathan se sentó en el sillón y lloró hasta quedarse dormido. Cuando volvió a despertar estaba atardeciendo. Le costó tomar la decisión de volver a mirar por la ventana pero acabó haciéndolo. La calle estaba tranquila. A excepción de los papeles y hojas arrastrados por el viento, tan sólo los ojos de la mujer se movían allí abajo.

Burton no estaba. La Harley sí, pero Burton no.

Jonathan pensó en eso durante un rato. Había visto las suficientes películas de zombies como para conocer el funcionamiento de esos seres. Se preguntó si aún habría algún resquicio de la persona que habían sido dentro de ellos y se imaginó que, de ser así, debía ser horrible presenciar las cosas que sus propios cuerpos le hacían a los demás.

Durante esa noche, Jonathan se propuso trazar un plan. No podía quedarse encerrado para siempre en su casa. Eventualmente, la comida se le terminaría. Acabó llegando a la conclusión de que lo mejor sería no demorar demasiado el largarse de allí. Si esperaba demasiado, podría sentirse muy débil. Si se iba pronto, podría llevar provisiones que le ayudaran a resistir hasta encontrar ayuda.

Cargó toda la comida no perecedera de la que disponían en una mochila blanca y negra que Sandy siempre llamaba la arlequín. También cogió una foto en la que aparecían Sandy y él muy acaramelados. La habían tomado un par de años atrás, durante unas vacaciones en Los Ángeles. Se guardó la foto en el bolsillo. Después cogió una cazadora marrón y se la puso. Regresó al salón con la mochila en la mano para mirar por la ventana.

La calle seguía tranquila.

Era ahora o nunca.

Salió de su casa tratando de no hacer ruido y moviéndose despacio. Aún faltaba media hora para que amaneciera, por lo que la noche le ayudaba a mantenerse lo suficientemente oculto. Avanzó mirando en todas las direcciones hasta detenerse junto a la Harley Davidson de Burton Smith. La levantó del suelo tratando de no hacer ruido. Ver las marcas producidas por la caída en la pintura habría hecho que Burton pusiera el grito en el cielo pero Burton ya no estaba allí.

Jonathan se montó en la moto y tomó aire antes de arrancarla. Sabía que en cuanto encendiera el motor, todos los zombies que se encontraran en la zona empezarían a correr hacia él. Se ajustó las correas de *la arlequín*.

Pensó en Sandy.

Y arrancó. El ruido del motor fue como un orgasmo para él. Apretó el acelerador y salió de allí sin dedicarle una mirada más a la mujer tirada en el suelo.

Para abrir el agujero que les lleve a la farmacia primero necesitan apartar la cámara frigorífica de las cervezas. Eso les lleva un rato debido al peso y al cansancio que llevan acumulado. Neil aprovecha para tomarse una cerveza. Peter encuentra chocolate y les acerca una tableta a cada uno. La devoran.

—Coge todo lo que sirva y mételo en tu mochila —le dice Patrick a Peter—. No vendrá mal.

Mientras Peter se dedica a guardar latas, botes y chocolates en su mochila, Patrick y Neil se turnan para abrir un nuevo boquete. La tranquilidad que les da saber que ahora su vida no pende de un hilo les permite trabajar con más calma. Eso no evita que el sudor empiece a caerles por la frente y las sienes. Neil incluso se quita la camiseta para trabajar.

—¿Qué crees que pasó con ellos? —pregunta Neil, apuntando con la cabeza hacia los cuatro cuerpos cercanos al mostrador.

—Imagino que se encerraron aquí cuando esto empezó y no pudieron resistirlo.

—Podrían haber aguantado bastante tiempo. Hay mucha comida.

Patrick asiente.

—Sí, pero hace falta mucho más que comida para resistir un asedio así. Y lo más importante está aquí.

Patrick señala su cabeza. Neil se encoge de hombros.

—A mí me parecen unos cobardes.

—No tenemos manera de comprobar si lo eran.

Neil se encoge de hombros de nuevo. Después, avanza hacia los cuerpos dejando a Patrick trabajando en el agujero. Se detiene junto al hombre que se voló los sesos a sí mismo. Neil se lo imagina disparándole primero a sus tres compañeros y después metiéndose la pistola en la boca. Se pregunta si lo pactaron entre todos o si fue una decisión unilateral del hombre armado. Tal vez se volviera loco y les disparara sin decirles que iba a hacerlo.

Se agacha y le quita el arma. Le sorprende comprobar que pesa casi el doble que su revólver. Comprueba que le queda bien en la mano y después abre el cargador.

—Aún le quedan balas —murmura.

Patrick sigue golpeando la pared, agrandando los bordes del agujero, aunque ya es suficiente para que puedan pasar. Después da un paso atrás y contempla su obra. Al otro lado puede ver la farmacia, y siente el placer del trabajo bien hecho. Baja la mano que sostiene la palanca y sonrío.

—Avancemos, chicos.

Siente un golpe en la espalda, abajo y a la derecha. Patrick da un paso hacia delante y se apoya en la pared con una mano, extrañado. Al bajar la mirada, se sorprende al ver que su camisa empieza a teñirse de rojo a la altura del riñón. No comprende lo que ocurre. Se da la vuelta, y le sorprende comprobar que pierde el

equilibrio y le cuesta estar de pie. Se agarra a una estantería llena de productos de higiene personal y derriba sin querer varios botes de gel y champú.

Peter le está mirando con la boca muy abierta, formando una o casi perfecta, y una expresión estúpida en el rostro. Aún tiene la mochila abierta en una mano y una lata de judías en la otra. A Patrick le cuesta enfocarle, pero le cuesta aún más enfocar a Neil. Este se encuentra junto al mostrador, de pie delante de los cuatro cuerpos putrefactos que terminaron su vida en la tienda de alimentación. Tiene el brazo levantado y sujeta la pistola en la mano, apuntándole.

A Patrick le cuesta procesarlo. Intenta aclararse pero su cerebro parece embotado. Le sobreviene un pinchazo de dolor en la espalda y se lleva las dos manos al costado. La sangre se escapa entre sus dedos y él la mira asombrado. Pierde el equilibrio de nuevo, las piernas le flojean y cae de rodillas. Abre la boca para decir algo, pero lo único que sale de entre sus labios es un quejido. Después se inclina hacia delante, aunque no quiere hacerlo pero no es capaz de evitarlo. Durante unos segundos logra poner la mano para no caer, pero pierde fuerza también en los castigados músculos del brazo.

Y finalmente, Patrick cae boca abajo y queda inmóvil. Empieza a formarse un charco de sangre bajo él, partiendo de su cintura.

—Oh, Dios...

Peter deja caer la lata de judías. Neil pasa junto a él y se acerca al cuerpo de Patrick. Con la punta del pie, empuja uno de sus hombros.

—¿Qué coño has hecho? —pregunta Peter, fuera de sí—. ¿Qué cojones has hecho? ¿Por qué coño le has disparado?

—Chsss, Peter...

—¿Se puede saber por qué demonios tenías que dispararle? ¿Te has vuelto loco?

Neil se gira hacia Peter, y al verle la cara, este cierra la boca. Neil se acerca a él. Peter retrocede un paso, pero su culo choca contra la pared. Neil le pone una mano en el hombro.

—Peter, he hecho lo que había que hacer, y necesito saber si estás conmigo o no.

Peter abre la boca para responder. Mira el cuerpo de Patrick. El charco de sangre es ya considerablemente grande. Desde donde está, puede ver que la boca del agente de policía está abierta, como si hubiera muerto tratando de hablar, tal vez intentando pedir explicaciones.

—Claro —responde—. Lo que tú digas.

Neil le da una palmadita en la espalda, cariñoso.

—Pues crucemos a la farmacia, ¿no crees?

Despacio, como si temiera hacerlo, Peter asiente. Después empieza a andar hacia el agujero. Pone especial cuidado en no pisar la sangre.

Lo primero que hacen es pasar las mochilas a través del agujero. Después, el rifle y la barra de acero y por último, cruzan ellos. Una vez en la farmacia, Peter echa un último vistazo atrás. Ver el cuerpo inerte de Patrick le sobrecoge. De repente, la idea

de largarse de allí y no regresar a San Mateo vuelve a cruzar por su mente.

—¿Por qué lo has hecho, Neil?

Pero Neil no contesta. Ha encontrado las papillas de cereales y está cargando la mochila que antes fuera de Patrick con todas las cajas que puedan caber.

Permíteme que retroceda un poco. Si haces memoria, recordarás que hace dos días Tom Ridgewick le dijo a su sobrino que quería hablar con él. Neil contestó que sí, que lo que quisiera. Tom le respondió que no, que lo que quería hablar con él tenía que hablarlo en privado porque quería pedirle algo. Después de ese breve intercambio, los dos entraron en la casa de Tom.

¿Lo recuerdas? Pues acompáñame. Regresemos a ese momento.

—Dime qué querías.

Neil se deja caer en el sillón. Tom no contesta de inmediato. Antes se acerca a la chimenea y se queda mirando el crucifijo que hay en la pared.

—Me pregunto dónde está Dios ahora.

—Probablemente no existiendo —responde Neil, encogiéndose de hombros.

—O tal vez nos está castigando —le rebate Tom, entrelazando las manos—. ¿Qué tal tus conocimientos de religión, Neil?

—Ya sabes, nunca me ha interesado mucho. Aprendí aquello que me vi obligado a aprender en el colegio y después traté de olvidarlo cuando salí de él. Pero, maldita sea, hay cosas que no salen del cerebro ni a la fuerza.

Tom ríe. Es una carcajada genuina. No hay necesidad de dobles caras delante de Neil.

—Bueno, supongo que recordarás Sodoma y Gomorra.

—Sí. Son las dos ciudades que eran un puterío y el señor Dios las castigó mandándoles meteoritos, ¿no?

Tom se vuelve a reír. Se sienta junto a su sobrino mientras se seca las lágrimas con el dorso de la mano.

—Bueno, no eran realmente meteoritos. Más bien, una lluvia de fuego. Pero eso no es lo relevante. Lo importante es que Dios juzgó a los habitantes de Sodoma y Gomorra, consideró que habían sobrepasado todos los límites morales... y los destruyó.

—Un tío simpático, el tal Dios...

—Severo —le corrige Tom.

—¿Y crees que eso es lo que ha ocurrido, tío? —Neil mira a Tom con una ceja levantada, en un gesto de total incredulidad—. ¿Qué hemos sobrepasado todos los límites morales y entonces ha decidido levantar a los muertos para que se coman a los vivos?

Enigmático, Tom vuelve a sonreír.

—A ojos de la doctrina cristiana...

—El discurso de la fornicación, el adulterio y todas esas ostias ya lo he oído, tío, pero no puedes estar hablando en serio.

Tom apoya una mano en el hombro de Neil.

—No, no creo que Dios haya mandado alzarse a los muertos, pero sí que creo que Dios sólo ayuda a quienes se ayudan a sí mismos.

Neil suspira aliviado.

—Por un momento pensé que te habías vuelto tarumba.

—Oh, tu tío Tom está más cuerdo que nunca, te lo aseguro.

—Eso espero —murmura Neil, sonriendo.

—Lo estoy, Tom. Y quería hablar contigo porque creo que tenemos un problema.

De repente, supongo que tú también puedes notar lo, el ambiente de la habitación cambia, como volviéndose más cálido, más... solemne. Y Neil traga saliva, atrapado en la mirada de Tom, que aún mantiene la mano sobre el hombro del chico, como hipnotizándolo.

—Si queremos sobrevivir en San Mateo, tenemos que centrarnos y ser capaces de tomar el mando de la situación.

—Creo que nadie duda de tu capacidad de liderazgo, tío.

—¿Seguro? ¿Crees que nadie me pone en duda?

Neil piensa. No aparta la mirada de los ojos de Tom.

—¿Los... forasteros?

Tom asiente, despacio. Neil le imita.

—San Mateo es un jardín, Neil. Un gran jardín como el edén, donde podemos sobrevivir y ser felices si obedecemos...

—Si te obedecemos a ti...

—Si me obedecéis a mí —confirma Tom, hablando en ese tono bajo y cautivador que parece haber atrapado a Neil—. Pero en este jardín hay malas hierbas, Neil. Hierbas que crecen en un pequeño rincón pero pueden esparcirse por todo el jardín si se lo permitimos.

—Sí... —Neil susurra, como la audiencia de un predicador sumamente hábil.

—Y en medio de las malas hierbas crece un árbol. Dios dijo que no debía tomarse la fruta que diera ese árbol.

—El policía...

—El policía, sí. Es el más peligroso de ellos, Neil, porque está dispuesto a tomar el mando si se lo permitimos.

—No podemos hacerlo...

—No podemos, Neil. Pero el mal conoce muchas formas, y tiene muchas caras, Neil. Ese es el verdadero poder del diablo.

—¿El policía es el diablo?

—No creo que vaya tan lejos, pero es una de sus figuras y si se lo permitimos, infectará de ideas equivocadas al resto. Y en los días que vendrán, muchas decisiones tendrán que ser tomadas y algunas serán difíciles. Puedes estar seguro de ello, Neil. Y si la gente empieza a inclinarse hacia ellos, entonces... ¿Qué pasará, Neil?

—Que tendremos problemas.

—Sí. Exacto.

—¿Qué vamos a hacer, tío?

—Hay que vigilar al policía, Neil. No perderle de vista y buscar cualquier cosa. La que sea. Algo que nos permita desacreditarlo.

Neil asiente, entusiasmado con la idea.

—Yo me ocuparé, tío. No le quitaré ojo de encima. Me encargaré de que no tenga ocasión de hacerse con el control.

—Siempre has sido un buen chico, Neil.

Tom, satisfecho, le revuelve el pelo.

Cuando Neil Ridgewick coge la pistola del cadáver de la tienda de alimentación y comprueba el cargador, murmura en voz alta «Aún quedan balas». Después mira hacia Patrick. El policía le está dando la espalda y golpea la pared con fuerza, abriendo el agujero un poco más. Pero ya ha terminado, y retrocede para contemplar su obra.

—Avancemos, chicos.

Neil recuerda la conversación que tuvo con su tío. Le invade la rabia al pensar en lo que está haciendo aquel hombre. Él es el árbol prohibido del edén, pero cuando regrese a San Mateo, cargado de comida y papilla para el bebé Morris, todos lo verán como un héroe. Solo que Neil sabe que no será un héroe, sino una de sus tretas para lograr hacerse con el control. Se erigirá en falso ídolo y aceptará las alabanzas y felicitaciones. Tom le dijo que tenían que vigilarle, sólo eso, pero Neil tiene una idea mejor. Siempre ha sido un chico impulsivo, eso lo sabe cualquiera que haya tenido relación alguna con él, y por tanto, cree que lo mejor es cortar el problema de raíz.

Y dispara.



Peter está quieto. Observa la espalda de su amigo con la sensación de que no conoce en absoluto a la persona que tiene delante. Neil está cargando la mochila que antes fuera de Patrick con cajas de papilla de cereales. Peter se frota nervioso la herida que tiene en la palma de la mano y que se hiciera con la alambrada de espino. Le duele, y supone que se le puede haber infectado.

Se gira y rebusca en las estanterías llenas de productos médicos y de higiene hasta encontrar paracetamol, coge dos pastillas y se las mete en la boca. Le cuesta tragarlas sin agua, pero lo consigue al cuarto intento. Decide coger unas cuantas cajas y meterlas en la mochila.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Neil?

—Largarnos de aquí.

—¿Cómo?

Neil mete la última caja de papilla y cierra la cremallera. Se incorpora para mirar a Peter, pero a este le incomoda que lo haga y simula estar mirando cajas de medicamentos.

—¿Sabes de quién es esta farmacia?

—No. ¿Debería?

—No tiene por qué —responde Neil, caminando hacia el mostrador—. Pero yo llevo viviendo toda mi puta vida en San Mateo, y mi madre solía traerme a este centro comercial cuando era pequeño. Normalmente me dejaba escaparme a la tienda de cómics que solía haber en la planta de arriba. Ahora ya la han cerrado. Pusieron una mierda de tienda de jabones.

—Jabones?

—Sí, jabones. Lo que oyes.

Peter hace un gesto con la cara. «Vaya cosas».

Neil empieza a hurgar en los cajones que hay detrás del mostrador. Los abre, saca las cosas que hay dentro tirándolas al suelo, revuelve el contenido buscando.

—Había días, los que mi madre consideraba que tenía que castigarme por no haberme comido la sopa, o por haber sacado malas notas, o por la mierda por la que quisiera joderme, que no me dejaba ir a la tienda de cómics y tenía que seguirla mientras ella hacía sus compras —Neil abre el último cajón, se detiene y mira a Peter—. Odiaba esos días, Peter. Odiaba tener que caminar detrás de ella y tener que escucharla hablando como una idiota con todos los que se cruzaba, como si todo el mundo fuera amigo suyo, sobre todo con los dependientes. Le encantaba presumir de su vida, del maravilloso hijo que tenía. Me pellizcaba los mofletes mientras les decía que me miraran, que qué guapo era y toda esa mierda, pero yo sabía que me estaba castigando. Y la odiaba por ello. ¿Sabes de lo que estoy hablando?

Peter no sabe qué responder pero asiente. En realidad, no tiene ni puta idea de lo que está hablando Neil.

—Las visitas a la farmacia eran interminables —Neil pronuncia «la farmacia» dándole una entonación especial, como remarcando que ese lugar era importante en la historia, un punto de inflexión—. Solía comprar mil mierdas. Sobre todo pastillas, pero también geles y cremas. Siempre pensé que compraba esas otras cosas para encubrir que en realidad se llevaba miles de pastillas, para ocultar que era una adicta a esas mierdas —Neil resopla, con verdadero desprecio, y retoma el registro del último cajón—. Hablaba durante minutos y minutos con el farmacéutico. El señor Fisher me caía bien. Siempre que me veía me regalaba un caramelo. Eran sin azúcar, pero al menos me permitía meterme algo en la boca mientras escuchaba las bobadas que salían de la boca de mi madre. Ahí lo tienes, Peter. Esta era la farmacia del señor Fisher.

Neil levanta un llavero. De la arandela cuelgan tres llaves.

—No le conocía —dice Peter, casi un susurro de voz—. ¿Qué vas a hacer? ¿Abrir la puerta?

Neil menea la cabeza, negando.

—El señor Fisher tenía una hija que se llamaba Margaret. Debería tener, ahora, unos cuarenta y tantos años. No era especialmente agraciada, pero tenía unas tetas como melones y a veces llevaba unos escotes que daban vértigo. Mi madre la llamaba puta presuntuosa. Apuesto a que era envidia.

—Ajá... —Peter no entiende nada, pero tampoco se atreve a interrumpirle.

—Margaret tenía una tienda de ropa que abrió con el dinero de papáito. Y como la cosa venía de papá, este puso la tienda al lado de su farmacia y unió los locales por dentro.

Neil le hace un gesto a Peter para que le siga. La trastienda de la farmacia está compuesta por estanterías llenas de medicamentos. En el suelo, hay varias cajas de cartón sin abrir pero con pegatinas que identifican el contenido con nombres impronunciados. En el lateral, hay una puerta blanca. Neil camina hacia ella y prueba las llaves en la cerradura.

—Mucho más cómodo que tener que abrir otro agujero en la pared —murmura.

En eso, Peter tiene que darle la razón.

—Coge el arma —le dice Neil al conseguir encajar la llave correcta—. Sólo por si acaso. No sabemos lo que hay al otro lado.

Peter coge el rifle que le tiende Neil y apunta hacia la puerta. Le tiembla un poco el pulso, pero se mantiene firme. Neil abre la puerta con cuidado. Un momento después, Peter se relaja cuando nadie sale a su encuentro.

La tienda de ropa está en penumbra. Peter se asusta al ver un maniquí y le apunta con el rifle. Al comprender que está mirando un maniquí y que este no echará a correr hacia él, se ríe avergonzado. Neil, que ha cogido una cazadora de un expositor y se la está poniendo, contempla el local con satisfacción. No mira hacia la puerta delantera, que les llevaría irremediamente a la calle principal, sino que está girado hacia el lateral, donde hay una ventana con la persiana entreabierta.

—Y he ahí, querido Peter, nuestro pasaje a la libertad.

Peter sonríe. Sorprendentemente, empieza a pensar que tienen una oportunidad de salir vivos de allí.

Neil abre la ventana con sumo cuidado y se asoma.

—Hoy debe ser nuestro puto día de suerte —dice.

Peter se asoma también a la ventana. No se ve ningún zombie caminando en el lateral del centro comercial. Por lo que saben, todos los zombies de la zona deben estar congregados delante de la joyería que fue su primer refugio. Pero delante de ellos, a unos cincuenta metros, hay una Harley Davidson que estoy seguro que reconocerás. Está tirada en el suelo y junto a ella, con la pierna atrapada bajo la moto, está el cuerpo de Jonathan Martin.

Está muerto, sí, pero no para siempre.

Jonathan Martin estuvo a punto de conseguirlo, puedes creerme. Podría haber escapado con vida de Half Moon Bay. Es imposible saber hasta dónde habría llegado, por supuesto, y si habría logrado mantenerse con vida durante mucho tiempo. Es posible que sí y es posible que no. Nunca lo sabremos, porque lo cierto es que iba montado en la moto de Burton Smith, esquivando a los muertos con bastante soltura, y estaba a punto de tomar la carretera cuando tuvo la mala suerte de fijarse en algo a su derecha. Aparcado delante del centro comercial había un Toyota gris, como tantos otros miles de Toyotas grises que debe haber en el mundo, pero aquel tenía una pegatina en la parte trasera, una vaca sonriente, y sólo había un Toyota gris con una pegatina con forma de vaca sonriente que él conociera.

Gritó el nombre de Sandy mientras giraba la moto para entrar en el aparcamiento. Los zombies que le perseguían viraron tras él, pero Jonathan, cegado por la angustia, se había olvidado de ellos. Lo único que le importaba ahora era encontrar a Sandy. Le atrapó una mujer con la garganta destrozada. Le golpeó en la cara al pasar junto a ella y Jonathan perdió el control de la moto. Zigzagueó durante unos metros más, tratando de recuperarse, pero finalmente se inclinó y cayó al suelo. Lanzó un grito al aire cuando la moto cayó encima de su pierna, rompiéndole la rodilla al instante y atrapándole sin remedio. Siguió gritando mientras trataba de incorporarse y quitarse la moto de encima. Los cadáveres corrían en su dirección.

Jonathan gritó mientras se inclinaban sobre él y hundían sus dientes putrefactos en su carne. Sintió dedos que le hurgaban en la carne y se hundían, arrancando trozos de su cuerpo y llevándoselos a la boca. Tuvo la suerte de no durar mucho tiempo.

La vida es irónica, eso no me lo puedes negar. Jonathan Martin se pasó dos días, con sus noches, contemplando a una mujer convertida en zombie tirada en medio de la calle por toda la eternidad, con la médula rota e incapaz de moverse, pero con los ojos tan despiertos como los tendría él, atrapado bajo la Harley Davidson del vecino para siempre jamás.

Bueno, Jonathan tiene más suerte en realidad.

Lo primero que cruzan son las mochilas. Las dejan caer al otro lado con cuidado, despacio para no hacer ruido. Después, Neil se incorpora al alféizar y salta al otro

lado. Se queda quieto un momento, mirando hacia la esquina, preparado para saltar de regreso ante la menor presencia de peligro. Se gira hacia Peter y le hace un gesto con las manos. Peter le entrega el rifle y para cogerlo, Neil se mete la pistola en la cintura, entre el pantalón y el cuerpo.

Procurando no hacer ruido, Neil se carga las dos mochilas al hombro. El peso le hace inclinarse un poco hacia delante, para contrarrestarlo. Echa a correr hacia la moto en cuanto Peter empieza a incorporarse para saltar la ventana.

La cosa que antes fuera Jonathan se percata de la presencia de Neil. Para él, se trata de comida que corre a su encuentro e inmediatamente se excita. El monstruo se revuelve y trata de escapar de su prisión, estirando las manos hacia Neil y lanzando un grotesco aullido.

—Ahí está, llama a tus colegas, mamón.

Neil apoya el cañón del rifle en la frente de la cosa. Las manos del ser se lanzan una y otra vez hacia él, queriendo agarrarle. Neil aprieta el gatillo. La potencia del rifle, a tan corta distancia, es devastadora. La cabeza de Jonathan prácticamente se volatiliza.

—¿Pero qué coño haces? —grita Peter, que está corriendo hacia él.

Neil pone en pie la moto y se sube al asiento. El motor cobra vida casi al instante, al mismo tiempo que Peter llega hasta él. Los primeros zombies han alcanzado la esquina, les han visto y corren hacia ellos, gritando con algo que parece euforia. Peter los ve y levanta la pierna para subirse detrás de Neil...

Y de repente no hay moto. Neil arranca, alejándose de él. Peter se gira para mirarle boquiabierto. Neil se detiene unos metros más allá. Con el corazón palpitando a toda velocidad, Peter echa a correr hacia él.

—¡Joder! —grita—. ¡Tenemos que salir de aquí, Neil!

Neil le está mirando, con un pie apoyado en el suelo y quemando rueda, preparado para salir a toda velocidad. Peter corre con todas sus fuerzas, escuchando a su espalda los gritos de los muertos y sus pasos en frenética carrera. Cuando le faltan menos de dos metros para alcanzar la moto, Neil suelta el freno y sale disparado hacia delante.

Peter no da crédito. Sigue corriendo, pero su corazón está desbocado mientras ve la moto y a su amigo alejándose. Le grita. Le suplica a voz en grito que no le deje allí, que le espere, pero Neil no vuelve a detenerse. Y Peter corre tras él, sintiendo que el pinchazo en el costado empieza a aparecer de nuevo. La moto se pierde de vista aunque sigue escuchando el motor. Lo puede oír, cada vez más lejano aún a pesar de la jauría que le persigue. En un momento dado se atreve a volver la cabeza y su corazón se dispara un poco más en su pecho. Se arrepiente al momento de haber mirado. Sigue corriendo. Mueve las piernas casi por inercia. El pinchazo en el costado se hace más fuerte, es casi una explosión, y Peter pierde velocidad. Se lleva una mano al lugar donde le duele, trastabillea, se da la vuelta y mira la muchedumbre que corre hacia él.

—Oh, Dios...

Dios no le ayuda. Caen sobre Peter como los depredadores que son. Le tiran al suelo y se abalanzan sobre él. Peter chilla mientras le devoran.

Neil conduce la Harley a toda velocidad, esquivando a los muertos y dejándolos atrás sin problemas. Pronto alcanza el lugar donde comienza la arboleda. El chico de los intestinos colgando aún sigue atrapado en la alambrada de espino e intenta incorporarse infructuosamente. Neil frena la moto y se baja de ella, dejándola caer. Después, se interna a la carrera en la arboleda. Las dos mochilas le pesan, pero cree haberles ganado la suficiente ventaja a los muertos como para alcanzar San Mateo de nuevo.

Sin embargo, correr campo a través no resulta sencillo, y con peso a la espalda menos. Cae de rodillas en al menos tres ocasiones. La tercera, se araña la rodilla rasgando el pantalón. Se incorpora con pesadez, sintiendo que algo se le clava en la espalda por estar mal colocado dentro de la mochila.

Corre.

La cuarta vez que cae al suelo se golpea en la cadera con un tronco y se queda tendido boca abajo. El peso de las mochilas le resulta aplastante, pero no hace ademán de incorporarse. Escucha su respiración agitada y siente la tierra contra la mejilla. Apoya las manos en el suelo y espera un momento, recuperando el aliento unos segundos.

Se incorpora.

Al mirar hacia atrás, no ve zombies corriendo hacia él. Oye los gritos, pero lo suficientemente lejos como para sentirse seguro. Reemprende la marcha de nuevo, más despacio, al trote.

Le lleva cuarenta minutos más alcanzar el muro de San Mateo. Al llegar hasta él, y apoyar las manos en la piedra, siente ganas de reír y llorar. Se mantiene allí un momento, mirando al suelo, tratando de recuperar el aliento. Mira hacia la derecha, luego a la izquierda y después hacia arriba, hacia el muro. Empieza a preguntarse si tendrá fuerzas para subir cuando de repente, algo le llama la atención. Algo que ha visto y su cerebro ha tardado en procesar más de la cuenta.

Despacio, como si temiera lo que va a encontrar, vuelve a mirar hacia la derecha.

El cuerpo inerte de Cameron Collins se encuentra a setenta metros, tirado en el suelo con la parte de arriba desnuda y llena de heridas, la cabeza torcida en un ángulo incorrecto y el ojo izquierdo entreabierto mirando en su dirección.

La visión de ese cuerpo le impacta más que todo lo que ha visto hasta entonces, le hace expulsar todo el aire de sus pulmones y casi desfallecer. Siente que las piernas le flojean y se apoya en el muro para no perder de vista la realidad.

Se acerca a ella.

Cameron está muerta, claramente. No puede evitar mirarle los pechos, jóvenes y pequeños pero hermosos. En el derecho hay una fea herida, un arañazo brutal. Ve trozos, de lo que debió ser su camiseta, esparcidos por el suelo.

Le parece oír los gritos de los muertos cada vez más cerca. Se quita la cazadora y

la tiende encima del cuerpo de la chica, dejándole a la vista la cara. Después se agacha y le cierra del todo los dos ojos. Le sorprende la rigidez y lo frío que está el cuerpo.

No puede perder más tiempo. Regresa al lugar donde ha dejado las mochilas. Coge la primera. Cuenta hasta tres despacio. Entre el dos y el tres toma aire y cuando dice el último número, lo suelta de golpe al tiempo que lanza la mochila hacia arriba. Traza un arco perfecto y se pierde al otro lado del muro.

Gritos. Y escucha también pasos. Están demasiado cerca.

Coge la segunda mochila y repite la operación. Esta vez falla. La mochila golpea el borde del muro y vuelve a caer en su lado. Neil mira hacia los árboles. Ve varias figuras corriendo hacia él. Aprieta los dientes con fuerza y vuelve a coger la mochila. Ahora no hay cuenta. Pone todas sus fuerzas en el lanzamiento y la mochila cruza por encima del muro. Vuelve a mirar a los árboles. Tiene prácticamente encima a un hombre vestido de traje, con la corbata perfectamente anudada al cuello, aunque la camisa está rota en varios puntos y muestra varias heridas abiertas en el pecho, el costado y la cara. Neil saca la pistola de la cintura y le dispara a la cara. La bala destroza los dientes del hombre antes de reventarle la nuca. Neil se gira hacia el siguiente. Es una mujer, joven, de unos veinticinco, con las uñas pintadas y el rímel totalmente corrido por la cara, dándole un aspecto aún más grotesco si cabe. Tiene una mordedura mortal en el cuello. El primer disparo de Neil le golpea en el hombro y la mujer apenas se detiene en su carrera. La segunda bala, disparada a menos de un metro, penetra en el cerebro de la mujer, justo entre los ojos.

Hay otros dos zombies a punto de alcanzarle. El resto se encuentran algo más rezagados, pero es cuestión de poco tiempo que también le alcancen. Neil le dispara a un hombre mayor, completamente calvo y con una camiseta colorida llena de palmeras. La cabeza del hombre se sacude hacia atrás antes de que el cuerpo caiga al suelo. Neil apunta al cuarto zombie. Es apenas un chiquillo, de no más de quince años, rubio y con unas facciones que debieron ser bonitas antes de que las destrozaran a mordiscos. Aprieta el gatillo.

No hay disparo.

Por unos segundos, la sorpresa hace mella en Neil. Y no son más que segundos, sí, pero al chiquillo rubio le bastan para recorrer la distancia que les separa y lanzarse hacia él, tratando de hundir los dientes en el estómago de Neil. Este reacciona a tiempo y logra golpearle la cabeza con la mano lo justo para desviar el mordisco fatal del chico. Los dientes se cierran a la izquierda de Neil, y de inmediato se revuelve tratando de morderle otra vez. Neil le golpea con la culata del arma. El chiquillo le agarra y lanza su cara hacia él. Neil vuelve a golpearle gritando. Se escucha un fuerte crujido cuando el cráneo del chico se parte. El cuerpo cae sobre Neil y este siente la cara en su pecho. Lo aparta de golpe, horrorizado, pero está inerte y cae hacia atrás, inmóvil.

Se acercan más muertos. Neil sabe que si se queda quieto morirá. No puede



hacerles frente. Se da la vuelta y se lanza hacia el muro, saltando con todo el impulso que es capaz de imprimir a sus piernas. Sus manos alcanzan el borde a duras penas. Apoya la planta de los pies en las rocas y se impulsa más arriba, resoplando por el esfuerzo. Su mano derecha pierde agarre y está a punto de precipitarse al suelo. Se empuja hacia arriba con los pies y vuelve a encontrar donde agarrar la mano. Un momento después tiene medio cuerpo sobre el muro. La mano ensangrentada de un muerto le agarra el zapato y empieza a tirar de él. Neil se sacude, tratando de soltarse. El zapato sale despedido, pero en el momento en que su pie queda libre, Neil sube al muro.

Jadeando por el esfuerzo y la descarga de adrenalina, Neil se sienta con las piernas cruzadas y mira los zombies que empiezan a congregarse bajo él. Está agotado pero lo ha conseguido y siente la euforia en el pecho.

—Os jodéis —murmura, quitándose el otro zapato y arrojándoselo a la multitud de brazos y caras vueltas hacia él.

# **IX**

## **El último paso del Vals**

# 1

Marsha está gritando. Es posible que jamás hayas oído un chillido tan desgarrado, tan lleno de angustia y dolor como el que Marsha Collins está lanzando en este momento. Frente a ella, cabizbajo, se encuentra Neil Ridgewick. Tom se queda junto a su sobrino. Verónica y Mark se agachan junto a Marsha. Las expresiones de todos son tristes, alicaídas. Brad tiene las manos metidas en los bolsillos y la expresión de quien le gustaría estar en cualquier otro lugar. También están presentes Ozzy, Rodger y Emma y su hijo Shane. Pero sin duda, estarás conmigo, es la mirada triste y comprensiva de Logan Kane la que más nos sorprende.

A Marsha le acaban de decir que su hija está muerta.

Después de regresar, Neil se dirigió a la casa de Tom, arrastrando las dos mochilas y descalzo, pero con absoluta tranquilidad. Cuando le vieron, las reacciones fueron diversas. Hubo quien estalló en aplausos, como Ace y Brad, y quien corrió a felicitar al chico por haberlo logrado, como Tom y Tyrone. Verónica, sin embargo, comprendió lo que significaba que Neil entrara a solas en el jardín de Tom Ridgewick y rompió a llorar.

La mujer de acero no pudo más y se quebró como lo hace una rama seca. Mark la sujetó en el último momento evitando que cayera al suelo. Para todos los demás fue un punto y aparte. Entendieron lo que ocurría y se hizo el silencio entre ellos.

—¿Patrick y Peter? —preguntó Tom.

Neil negó con la cabeza antes de contestar.

—No lo consiguieron.

La alegría por ver que Neil lo había logrado terminó en ese momento. Tom le pasó un brazo por los hombros y le llevó hasta una mesa para que se sentara. Los demás se fueron acercando poco a poco. A excepción de Mark y Verónica. Él se quedó de rodillas junto a ella abrazándola. Ella hundía la cabeza en el hombro de él desesperada. Paula no quiso acercarse al grupo, pero tampoco a Mark y Verónica. Se quedó en el centro.

—¿Cómo fue? —preguntó Tyrone.

Neil se había preguntado cómo actuaría cuando empezaran las preguntas. A la hora de la verdad, resultó bastante sencillo.

—A Peter lo atraparon en la carretera. No fue capaz de saltar una alambrada y le dieron caza. Patrick intentó salvarle pero no pudimos hacer nada y tuvimos que correr para que no nos cazaran a nosotros también —las mentiras salían de su boca con facilidad. Miró a Verónica un momento y casi, casi, se sintió culpable cuando ella cruzó la mirada con la suya—. Estuvieron a punto de atraparnos en el centro comercial. Realmente a punto. Hubo un momento en que pensé que no lo lograríamos.

En ese momento, Brad le acercó una taza con caldo y se la puso delante. Neil detuvo la narración para beber. Para sorpresa de Mark, Brad se acercó a ellos.

—¿Quieres algo caliente, Verónica?

Verónica levantó la mirada hacia Brad. Sus ojos estaban hinchados por el llanto y su expresión era gélida. Cuando le contestó, el desprecio era más que patente en su voz.

—No quiero nada de ti.

—Verónica, te sentará bien —intentó mediar Mark.

Verónica negó con la cabeza. Mark miró a Brad y le hizo un gesto disculpando a Verónica. Brad asintió comprensivo. Si me preguntas por ello te diré que sí, Brad se arrepentía de haber tratado a Verónica como lo había hecho estos últimos días. Porque Brad puede ser muchas cosas, pero si hay algo que no es, es una mala persona. Se había dejado llevar por el rencor y ahora se arrepentía. Fue a refugiarse detrás de la mesa que utilizaban como mostrador.

Neil terminó el caldo.

—Gracias —dijo. Después, retomó el relato—. Tuvimos que agujerear la pared de la joyería y de la tienda de comida para llegar a la farmacia. He traído comida, además de la papilla.

—Maravilloso —aseguró Tom—. Lo has hecho muy bien, Neil. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias.

—¿Cómo murió?

Neil se giró para mirar a Verónica. Ella se incorporó, y Mark lo hizo tras ella. Verónica se acercó a la mesa donde estaban todos los demás.

—¿Seguro que quieres saberlo? —preguntó Neil. Cualquiera hubiera dicho, mirándole, que jamás había roto un plato.

—Sí.

—Al salir nos persiguieron. Logramos encontrar una moto, y mientras yo la arrancaba, él me cubría. Nos alcanzaron. Estuve a punto de no poder escapar yo tampoco. Fue rápido.

Verónica cerró los ojos y Mark le puso una mano encima a modo de apoyo moral. Neil se giró hacia Tom.

—Hay una cosa más, tío.

—¿Qué pasa?

Neil señaló a Junior y Paula con la cabeza.

—Sería mejor que se fueran.

Tom miró a Mark y este asintió. Cogió a Junior de una mano y extendió la otra hacia Paula. Como un resorte, ella le agarró. Mark les llevó hacia la puerta del jardín. En ese momento, Stan apareció por la puerta.

—Stan —Mark, sorprendido—, ¿puedo pedirte un favor?

—Claro —respondió él.

—Necesito que cuides de los chicos un rato.

La expresión de Stan Marshall cambió de golpe. Toda una vida de gruñirle a los

niños que iban a comprarle al kiosko chicles, caramelos y revistas guarras hace que la primera reacción sea gruñir. Mark le miró extrañado. Stan torció el labio.

—Claro. Me encargaré.

Paula miró a Mark, comprobando que realmente era eso lo que quería. Mark asintió, y entonces la niña le soltó la mano y agarró la de Stan. Casi inaudible, otro gruñido surgió de la garganta de Stan. Mark, detrás, reprimió a duras penas una sonrisa. Ver a Stan Marshall caminar agarrando la mano de dos niños era una situación absolutamente atípica.

Mark cerró la puerta del jardín y regresó a la mesa.

—¿Y bien? —preguntó Tom.

—He encontrado a Cameron.

## 2

Marsha sigue de rodillas, inconsolable. Mark se pone de pie cuando comprende que nada que haga la ayudará con su dolor. Verónica se queda abajo abrazando a la otra mujer. Ella también tiene una muerte con la que lidiar. Mark pasea la mirada por el grupo. Aunque todos están cabizbajos, el más afectado resulta ser Neil. Mark supone que todo lo que ha sufrido el día de hoy le ha afectado. Tener que darle una noticia así a una madre no debe resultar grato.

—Quiero verla.

Todos miran a Marsha. La cara de la mujer parece una máscara de tragedia, pero cuando pronuncia esas palabras parece firme y segura. Tom se adelanta, extendiendo las manos hacia ella.

—Marsha, no creo que debas torturarte con esto...

Pero Marsha le aparta las manos con un gesto brusco del brazo y se levanta. Verónica le deja hacer, y se pone en pie un poco por detrás de ella. A Tom le ofende el desaire, pero es lo suficientemente inteligente como para ocultar su enfado. En su lugar, coloca en su rostro una de sus sonrisas de tiburón.

—Quiero ver a mi hija, Tom.

Tom asiente como si lo comprendiera perfectamente. Después se gira hacia Neil. El chico tiene la vista clavada en el suelo.

—¿Puedes llevarnos, Neil?

—Sí.

—Perfecto —Tom se gira hacia Marsha—. Vamos.

### 3

Ace entra en la casa del matrimonio Morris. Escucha a Axel llorar en el salón y se dirige hacia allí. Rachel está de pie, con la mirada perdida frente a Axel, que agita sus pequeños bracitos desde la silla de paseo. Al oírle, Rachel mira a Ace. Este deja la mochila que trajera Neil, llena de papilla de cereales en el suelo, junto a la puerta.

—Neil lo ha conseguido —dice.

Rachel asiente. A Ace sigue sorprendiéndole lo demacrada que está. En apenas unos días su aspecto ha empeorado mucho, envejeciéndola de golpe unos diez años. Incluso le han aparecido arrugas en la cara.

—¿Quieres que coja a Axel? —le pregunta.

Rachel se encoge de hombros. Ace camina hacia el niño y le levanta en brazos. Axel balbucea un par de palabras en su incomprensible lenguaje. Ace le hace una carantoña y el niño se ríe.

—¿Tienes hambre, chiquitín? El tío Ace puede hacer una papilla porque ahora eres un niño rico en papillas.

Axel le mira con los ojos muy abiertos. Ace sonrío. Detrás de él, Rachel camina hacia el sofá arrastrando los pies. Verla así entristece a Ace, pero en realidad no sabe qué hacer para ayudarla. Se lleva al niño a la cocina para prepararle un biberón. Por el camino, empieza a tararearle una canción infantil. Axel, por su parte, balbucea y agita las manos.

Para entonces, el grupo ha llegado hasta el jardín de la casa por la cual cruzó de regreso Neil tras su periplo en busca de papilla. Mark y Ozzy han cargado con una escalera hasta allí, y ahora la colocan junto al muro. Neil es el primero en subir. Verónica se mantiene todo el tiempo junto a Marsha, que sigue llorando desconsolada. Detrás de ellas, Tom observa la situación con las manos cruzadas a la espalda, flanqueado por Shane y Rodger.

Y por detrás de Tom, claramente divertido y disfrutando, Logan Kane.

Antes de que lo preguntes, Emma y Brad se han quedado en casa de Tom, preparando la cena.

Neil alcanza la parte superior del muro. Se queda unos segundos agarrado a la escalera, pero finalmente sube al muro. Al momento, los zombies presentes al otro lado se percatan de su presencia y corren hacia el muro alzando las manos. Cuando chocan contra la piedra lo hacen con fuerza pero ninguno de ellos se inmuta. Siguen arañando el aire y gritándole. Neil aparta la mirada.

—Está aquí —dice.

Abajo, la atención de todos está puesta en Marsha. La mujer está llorando y se tapa los ojos con un pañuelo. No se mueve.

—¿Puedo subir a ver, papá? —pregunta Shane con un susurro.

—Cállate, Shane —responde Rodger en el mismo tono.

Tom, entre ellos, simula no haberse percatado del intercambio de palabras. Shane,

avergonzado, baja la mirada. Tom observa a Marsha, su movimiento corporal, su temblor. Si alguien, en este momento, le pidiera que apostara, diría que Marsha no subirá.

Hubiera perdido. Haciendo gala de una enorme fuerza de voluntad, Marsha empieza a andar hacia la escalera. Mark la ayuda a subir y sujeta la escalera desde abajo. Arriba, Neil extiende una mano hacia ella. Marsha la acepta y alcanza la parte superior del muro. Una vez allí, se resiste a mirar a los muertos.

—¿Dónde? —pregunta. Le tiembla la voz.

—Ahí —Neil apunta con el dedo.

Marsha toma aire y lo suelta poco a poco. Después, se inclina y observa el cuerpo de su hija. Los primeros tres segundos se alargan en el tiempo, a su alrededor parece hacerse el silencio, ni siquiera escucha los lamentos furiosos de los zombies. Después, se marea y las rodillas dejan de sostenerla. De no ser por Neil, hubiera caído sin remedio hacia los brazos extendidos y putrefactos, hacia las bocas hediondas y portadoras de muerte, pero Neil la agarra antes de que caiga y la inclina hacia el lado contrario. Está a punto de resbalar él mismo, pero un momento después Mark y Ozzy se han subido a la escalera y recogen a Marsha. No han terminado de bajarla al suelo cuando la mujer vuelve a chillar, rota por la desesperación.

—Se lo advertí —murmura Tom, mirando con complicidad a Rodger. Este asiente, dándole la razón.

Neil baja del muro de un salto y mira a su tío, preocupado. Entonces, Marsha se incorpora y le señala con el dedo.

—¡Tú la has matado! —grita.

La acusación sorprende a todos, que se quedan paralizados mirando a la mujer. Si les observas, verás que todos ellos muestran la misma sorpresa, pero si miras a Logan verás que está incluso más sorprendido que los demás. Neil alza las manos, sin comprender.

—¿Qué? La encontré así cuando llegué. Ya estaba muerta...

—¡Estaba contigo cuando le dije que entrara a casa! ¡Fuiste la última persona que la vio, maldito hijo de puta!

Marsha se abalanza hacia Neil, pero Verónica, Mark y Ozzy la sujetan, interponiéndose. Detrás de ellos, Neil tiene los ojos abiertos como platos.

—Hablé con ella unos minutos, pero yo no le hice nada...

—Marsha —Tom interviene, adelantándose hacia el grupo—, es evidente que todo esto te está afectando, pero no tiene sentido lo que dices. ¿Por qué iba a Neil a matar a Cameron?

—¡No lo sé! —Marsha está fuera de sí. Se revuelve intentando que la suelten, sin conseguirlo—. ¡Pregúntaselo a él!

—Marsha, querida —Tom apoya una mano en el hombro de su sobrino—, Neil no ha matado a Cameron. No creo que nadie haya matado a Cameron, en realidad. Lo más probable es que viniera hasta aquí, no sé, tal vez a fumar a escondidas o



cualquier cosa que hagan los jóvenes hoy en día, calculara mal y se cayera. O la atraparán.

—¡Cameron no fuma!

—Ha sido un accidente, Marsha.

—¡Y una mierda un accidente! ¡Cameron jamás se habría subido al muro a mirar a esas cosas! ¡Mi niña no haría eso y tu sobrino la ha matado! ¡Siempre ha sido un vándalo!

—Yo no he matado a nadie, tío —murmura Neil.

—Ya lo sé, Neil —responde Tom, mirándole. Y al hacerlo un escalofrío le recorre la espalda, porque los ojos de Neil le dicen otra cosa. *¿A quién has matado, Neil?, piensa. A Cameron no, porque te creo cuando me lo dices, pero tus ojos me dicen que tienes sangre en las manos. ¿La de quién?*

En ese momento, Marsha se revuelve con fuerza y logra soltar uno de sus brazos, haciendo que Mark caiga al suelo de culo. Marsha se lanza hacia Neil, extendiendo la mano para agarrarle y, por instinto, Neil lanza su mano, cerrándola en un puño por el camino. Sus nudillos se estrellan con fuerza contra el pómulo de la mujer y esta sale despedida hacia el otro lado, golpeando a Ozzy y Verónica en su caída. Ozzy cae al suelo con ella. Verónica logra evitarlo dando un paso atrás.

Se hace el silencio.

Verónica levanta la vista y clava una mirada que es puro reproche en Neil.

Más atrás, Logan reprime una carcajada llevándose una mano a la boca.

—Lo siento —murmura Neil—. Ha... ha sido sin querer.

Marsha tiene la mano apoyada en el lugar donde la ha golpeado. Tiene sangre en el labio y parece desorientada. Sin embargo, clava la vista en Neil. Si las miradas matasen, puedes estar segura que esa atravesaría el cuerpo de Neil como si fuera mantequilla.

Aquí, ni siquiera Tom es capaz de reaccionar.

—Asesino —masculla Marsha, casi escupiendo las palabras—. Cobarde asesino.

—Yo no he matado a nadie —asegura Neil, extendiendo las palmas de las manos hacia delante.

—Asesino...

—¡Que yo no he matado a nadie, joder! —explota Neil, dando dos pasos en una actitud lo suficientemente agresiva para provocar que Mark se interponga y le sujete los brazos. Tom se adelanta y agarra a su sobrino. Neil le mira—. Tío, yo no he matado a Cameron, tienes que creerme.

—Y te creo, Neil. Te creo.

—Neil —Mark le apoya una mano en la mejilla, obligándole a girar la cara para mirarle—, creo que es mejor que salgas en este momento. Ya arreglaremos esto más tarde, ¿vale?

—No hay una mierda que arreglar —Neil está ofendido y aunque intenta hablar tranquilo, algunas de las palabras salen de su boca como un estallido—. Yo no he

matado a la chica, joder.

—Vale, pero ahora es mejor que la dejes sola, ¿de acuerdo?

Mark suelta a Neil. El chico mantiene la posición un momento. Mira a Marsha y resopla. Se da la vuelta y camina hacia la puerta, meneando la cabeza. Al pasar junto a Shane, este mira a su padre pidiendo permiso sin hablar. Rodger hace un leve gesto de asentimiento. Shane alcanza a su amigo antes de que salga del jardín.

Mark está mirando a Tom. Este mira a Marsha.

—Marsha...

—Mi Cameron nunca hubiera hecho esto —solloza la mujer, rompiendo a llorar de nuevo. Verónica vuelve a agacharse junto a ella.

—Estoy seguro de que ha sido un accidente —murmura Tom.

—¡Cameron nunca se hubiera subido a ese muro! —grita Marsha—. ¡Y si no ha sido tu desagradable sobrino, entonces alguien más lo ha hecho! ¡Alguien ha matado a mi niña!

Tom levanta las manos tratando de apaciguar la situación. Va a decir algo, pero Marsha le corta cuando está empezando a hablar.

—¡Si esas cosas hubieran agarrado a Cameron, ahora sería como ellos! ¡Ya estaba muerta cuando la tiraron ahí! ¡Alguien ha matado a mi niña!

Marsha rompe a llorar. Y nadie contesta, porque lo que acaba de decir tiene tanto sentido que de repente supone una losa encima de todos ellos. Logan les observa, mirándose entre sí todos ellos, perdidos como hormigas en un laberinto. Tiene que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no permitir que se le escape una sonrisa de suficiencia.

Escúchame, hagamos recuento un momento. Ahora mismo quedan veintiún seres humanos vivos en San Mateo, contando a Axel como uno de ellos aunque aún no tenga edad ni para saber gatear. Quince hombres y seis mujeres que están a punto de verse diezmados. Sí, la muerte está a punto de alcanzarles y ellos ni siquiera lo saben.

—¿Qué ha pasado, tío?

Shane camina junto a Neil, tratando de mantener su velocidad. Neil camina rápido, con grandes zancadas, y parece furioso. Lleva las manos metidas en los bolsillos del pantalón, el ceño fruncido y los labios tan apretados que han adquirido una tonalidad blanquecina.

—Tío, la señora Collins ha perdido la chaveta del todo, ¿por qué ha dicho que tú has matado a su hija?

—Porque está como una puta cabra —responde Neil, cabreado—. Por esa puta razón.

—Joder, tío —Shane resopla. Empieza a quedarse rezagado y echa una carrerilla para alcanzar de nuevo a Neil—. ¿Cómo era? El cuerpo, quiero decir.

—Se llamaba Cameron.

—Sí, ya lo sé, tío. Cameron. Dijiste que estaba medio desnuda, ¿no?

De repente, Neil se detiene y agarra a Shane del cuello, empujándole contra la pared. Neil se acerca hasta que sus narices se rozan. Shane abre los ojos, sobresaltado.

—¿En serio, Shane? ¿Qué clase de enfermo eres?

—Yo... yo... sólo... yo...

—Yo, yo, sólo, yo —repite Neil, imitándole burlón—. Esa chica está muerta y tú te preocupas por sus tetas.

—No, no, yo sólo... yo quería...

—Cállate, Shane.

Neil le suelta y retrocede un par de pasos. Shane se queda en el sitio, llevándose ambas manos al cuello, aún descolocado por la reacción de Neil. Carraspea.

—¿Y ahí fuera? ¿Cómo fue?

—Fue jodido, Shane. Un putito infierno —responde Neil en tono despectivo.

—¿Peter sufrió?

Neil abre los ojos sorprendido por la pregunta. *Espero que sí* es lo primero que le viene a la mente, pero no va a contestar eso.

—Supongo. Pero fue rápido.

Shane asiente comprendiendo.

—Fuiste muy valiente accediendo a ir. Yo me quedo paralizado sólo de pensar en estar frente a esas cosas.

—Gracias.

Neil empieza a caminar de nuevo. Shane corre para alcanzarle y después mantiene el paso. Pero esta vez, ambos caminan en silencio.

Marsha Collins rechaza cualquier tipo de ayuda y se pone en pie por sí misma. El labio y el pómulo se le han hinchado y tiene los ojos enrojecidos. Se ha limpiado la sangre con el dorso de la mano, pero cuando abre la boca aún muestra algo de sangre en los dientes. Tom se acerca a ella.

—Marsha —al hablar, muestra un tono conciliador y amable—, te aseguro que pondré todo mi ser para llegar al fondo de este asunto y descubrir que le ha pasado a Cameron. Haré todo lo que esté en mi mano.

Marsha no contesta. Parece estar muy lejos de allí sumida en sus propios pensamientos. Las lágrimas le siguen cayendo por las mejillas. Rodger se acerca a ellos dos.

—Marsha, Emma se ha quedado preparando la cena, y te vendrá bien tomar algo caliente —le dice, cogiéndola del brazo.

—Gracias, Rodger —dice Tom—. Marsha, Rodger tiene razón.

—Además —continúa Rodger—, siempre lleva Valium en el bolso, y deberías tomarte uno y dormir toda la noche.

Marsha no contesta, pero se deja llevar cuando Rodger tira con suavidad de su brazo para que camine. Tom avanza detrás de ellos, pero antes, le dedica una mirada calculadora a Mark, Ozzy y Verónica. Después se gira y echa a andar detrás de Logan, Rodger y Marsha.

Verónica se ha dado cuenta de la mirada de Tom. Se acerca a Mark y Ozzy, que están plegando la escalera para llevársela.

—¿Habéis visto eso? —pregunta.

—No —responde Mark—. ¿El qué?

Antes de que Verónica conteste, Ozzy habla.

—¿Crees que tiene razón? ¿Qué alguien la ha matado y luego la ha tirado al otro lado para encubrirlo?

Verónica y Mark se miran, dudando.

—Tiene bastante lógica —responde finalmente Mark—. Cuando los zombies matan, la víctima se convierte en uno de ellos. La única forma para no convertirse es morir antes de ser infectado, por otra causa, o que te revienten el cerebro. Así que sí, tiene bastante lógica pensar que la chica murió aquí dentro.

—Quieres decir... que alguien la ha matado.

Mark no quiere contestar a eso, pero asiente. Ozzy suspira y se rasca la barbilla preocupado.

—A no ser que cayera y se rompiera el cuello —responde Mark, tratando de excusar lo que ya les parece obvio.

—¿Y quién creéis que puede haber sido? —pregunta Ozzy.

Se hace el silencio entre los tres.

—No parece mal razonamiento el que ha hecho Marsha —responde Mark,

finalmente.

—Patrick creía que los cuatro chicos... Neil y sus amigos. Decía que eran malos chicos... —admite Verónica—. Mala influencia.

—Y son la ley en este sitio —murmura Mark, sonriendo.

—Sí, eso también incomodaba a Patrick —asegura Verónica, lacónica.

—Pero, ¿tanto para matar a una chiquilla? —pregunta Mark.

Verónica se encoge de hombros. Ozzy baja la mirada.

—Hay otra cosa que debería preocuparnos —dice Verónica—. A Patrick le preocupaba Tom. Decía que no se fiaba de él y que en realidad había puesto a los chicos como policías para que Patrick no tuviera ese poder.

Mark mira a Verónica, comprendiendo en ese momento que desde que llegaron a San Mateo se había perdido bastantes cosas. Concentrado como estaba en Paula, había dejado un poco de lado al resto.

—No lo habéis visto, pero Tom nos ha mirado a los tres antes de salir —continúa ella—. Y le ha dicho a Marsha que hará todo lo que esté en su mano para solucionar esto. Si sigue pensando que somos una especie de amenaza, creo que no tendrá reparos en adjudicarle la muerte a uno de nosotros.

—¿Qué? —Ozzy se ríe, nervioso—. ¿Por qué iba a hacer eso? ¿Cómo que somos una amenaza? ¿Una amenaza de qué?

—Si Tom es tan egomaniaco como para creer que este es su territorio, no hace falta que seamos una amenaza real si para él lo somos.

—Pero eso es una idiotez —Ozzy habla tratando de hacerles entrar en razón—. Nadie en su sano juicio pensaría eso. Somos supervivientes buscando refugio, nada más. Creo que estáis sacando las cosas de quicio. Tom ha sido muy amable con todos nosotros hasta ahora. Todos aquí lo han sido porque todos entienden que la situación es excepcional.

—Ojalá tengas razón —le concede Verónica.

Ozzy la mira.

—Pero no lo crees.

—No, no lo creo. Creo que Tom quiere el control y lo quiere a toda costa. Y tiene a Brad de su parte. No quiero ni imaginar la de mierda que ese hijo de puta le tiene que haber contado sobre nosotros. —Al decir eso, sólo mira a Mark.

—Así que quiere encasquetarle el asesinato a alguien... —Mark traga saliva antes de continuar—. Me apuntará a mí.

—Creo que con Patrick fuera de la ecuación, los dos más peligrosos para su pequeña dictadura somos tú y yo, Mark —Verónica se encoge de hombros y mira a Ozzy—. Sin ofender.

Ozzy niega con la cabeza.

—Y no tendría sentido decir que tú mataste a la chica —murmura Mark.

Verónica se encoge de hombros.

—Venga ya —Ozzy les mira a los dos, moviendo la cabeza de un lado a otro—.

Creo que estáis llevando esto muy lejos, a mundos de distancia. No puedo creer que nadie esté como una puta cabra tal que para hacer algo así.

—¿No? —Verónica le mira, inclinando ligeramente la cabeza—. Pues ojalá tengas razón, Ozzy.

## 6

—Brad, ¿te importaría servirle a Marsha?

Tom le sonrío encantador. Con una mano sujeta con suavidad el codo de Marsha, que sigue cabizbaja y llorando. Brad mira a la mujer y asiente.

—¿Qué habéis preparado? —pregunta Tom.

—Eh... —Brad mira la masa verdosa que reposa en la cazuela. Le recuerda a lo que en todas las películas carcelarias comen los presos—... Puré de verdura. En realidad lo ha hecho Emma.

—Puré de verdura, Marsha. Te sentará bien tomar un poco —asegura Tom, acariciándole el pelo con cariño con la otra mano.

Brad toma un cuenco y sirve dos cucharadas de puré. El olor le hace añorar la comida de verdad, la que le gusta a él. Daría lo que fuera por poder atacar un buen bistec con patatas. El cuenco lo recoge Tom, que acompaña a Marsha hasta una de las mesas dispuestas en el jardín. Viéndoles caminar, Brad se pregunta cómo ha pasado a ocupar el puesto de camarero en esa pequeña comunidad. Él siempre ha sido periodista desde que tiene edad para recordar, lo que más le ha gustado era escribir e investigar. Cuando era pequeño inventaba pequeños casos misteriosos y escribía sobre ellos como lo haría un reportero. El ladrón del queso rallado. El misterioso asesinato del cuarto de baño. La historia del niño que ganó al monstruo del armario. Pequeñas fábulas llenas de imaginación que a su madre le encantaba leer.

Brad es consciente de que nunca será periodista porque ya no hay absolutamente nada de lo que informar y nadie al que contarle las noticias. El mundo se ha ido a tomar por culo y con él todas sus pretensiones de escribir un libro, ganar un Pulitzer y conocer a estrellas de Hollywood que se pegarían puñetazos por estar con él. Y eso le deprime un poco.

Como también le deprime haberse dado cuenta de que se ha comportado como un imbécil con la gente de Castle Hill, en concreto con Verónica. Vale, es cierto que ellos siempre le trataron con desprecio, pero él no es así. No quiere serlo tampoco.

—Eh, ¿me echas comida o no?

Brad sale de su ensimismamiento. Logan está esperando con el cuenco en la mano a que le sirva. Detrás de él está Rodger, que charla con Emma en voz baja. Brad mira a Logan. Ese hombre le salvó la vida en San Francisco y le está agradecido por ello. Le sirve tres cucharadas de puré aprovechando que nadie le está mirando.

—Esta es por haberme sacado de San Francisco —dice al servir la última.

Logan mira su cuenco y hace un gesto de agradecimiento. Después, camina hasta una de las mesas y se sienta a comer.

Neil y Shane salen del interior de la casa. Marsha les ve, y al hacerlo, se levanta de la mesa, derribando el cuenco con puré que cae al suelo. Tom, a su lado, intenta detenerlo sin conseguirlo.

—No pienso comer con un asesino.

—Y sigue —responde Neil, deteniéndose—. Empiezo a hartarme de esta gilipollez.

—¡Neil! —le recrimina Tom, haciéndole un gesto para que se calle.

—Ya hemos visto de lo que eres capaz —asegura Marsha—. ¿Le pegaste así a mi hija, hijo de puta?

Neil hace rodar los ojos hasta ponerlos en blanco. También aprieta los puños clavándose las uñas en la palma. Tom le hace un gesto a los Walter.

—Emma, ¿puedes quedarte con Marsha? —mira a Neil—. Vamos, entra en la casa.

Tom echa a andar hacia su sobrino y le coge del brazo, tirando de él hacia el interior de la casa. Se sorprende al encontrar resistencia. Neil no se mueve.

—No tengo que irme porque esté loca y crea que he matado a su hija —asegura.

—¡Eres un bastardo! —grita Marsha, completamente fuera de sí—. ¡No te atrevas a decir que estoy loca, hijo de puta! ¡No te atrevas!

—Neil —Tom acerca la boca al oído de su sobrino—, cállate la puta boca y entra en la casa.

Y por un momento parece que Neil no le va a obedecer, porque aprieta la mandíbula con tanta fuerza que los dientes le rechinan, pero al final Neil se gira y camina hacia la casa airado. Fuera, Marsha llora y grita histérica, y Emma corre para abrazarla y tratar de consolarla. Ha sacado un valium del bolso y lo tiene en la mano.

Tras la mesa-mostrador, Brad observa a las dos mujeres con los ojos muy abiertos. Ese tipo de situaciones le estresan, pero por otro lado, le gustaría tener su cámara consigo y sacar unas fotografías. Puede imaginarse la imagen en un periódico. Incluso puede imaginar el pie de foto. «Mujer devastada por la muerte de su hija».

Y ahí tenemos a Mark, Verónica y Ozzy entrando en el jardín y cargando la escalera. Justo a tiempo para que todos vean como Emma la convence para que se trague la pequeña pastilla.

—Brad, ¿puedes servirle otro cuenco a Marsha? —pregunta Emma, mirándole con urgencia.

Al oír su nombre, Brad se sobresalta. Se ha quedado mirando a Verónica, y ahora duda sobre lo que tiene que hacer, hasta que logra centrarse y coger un cuenco.

—No quiero comer nada, quiero irme de esta casa —gime Marsha.

—Te vendrá bien comer, ya lo verás —asegura Emma.

—¡Mi hija ha sido asesinada! ¡No quiero comer!

Emma se asusta con el exabrupto, pero no suelta a Marsha.

—Venga, tienes que calmarte. El valium te hará efecto en un momento...

—¡Déjame, Emma, déjame! —Marsha se incorpora y se libera del abrazo de Emma. Trastabillea por el jardín tropezando con Logan, que la observa sin inmutarse. Después, mira a su alrededor—. Quiero salir de esta casa. Necesito tomar el aire.

Dicho eso, Marsha echa a andar hacia la puerta pasando por delante de Mark,



Verónica y Ozzy. Nadie hace ademán alguno de detenerla. Todos la observan salir de la casa. Emma está mirando a su marido, pero Rodger se encoge de hombros.

—Iré a ver cómo está —dice Emma.

—Tal vez es mejor que la dejes tranquila —propone Rodger.

Emma duda. Finalmente le hace caso a su marido.

Brad se ha quedado con un cuenco lleno de puré en la mano. Lo mira con expresión estúpida. Se acerca a Verónica y se lo tiende.

—Siento lo de Patrick —dice.

Verónica le mira. Y por primera vez no hay desprecio alguno en sus palabras cuando le dice que gracias. Ambos saben que eso no cambia nada, y que nunca serán amigos ni nada parecido, pero Verónica le agradece de veras el detalle. Brad se da la vuelta cuando siente que a sus ojos acuden las lágrimas y regresa a su refugio detrás del mostrador.

*Al menos, piensa, aquí estoy a salvo.*

No tiene la menor idea de lo equivocado que está.

Neil entra a regañadientes en el salón. Tom le empuja hacia delante y cierra la puerta a sus espaldas dando un fuerte portazo. Neil se gira. Es evidente que Tom está enfadado. Sólo tienes que fijarte en las venas de su cuello, más hinchadas de lo normal, para darte cuenta.

—¿Qué cojones estás haciendo, Neil?

Neil resopla ofendido.

—¿Qué cojones estoy haciendo? ¿No tendrías qué decir «qué cojones está haciendo esa mujer»? ¡Yo no he matado a su hija!

—No grites.

Neil abre la boca probablemente para decir algo del tipo «grito si me sale de los cojones», pero se lo piensa mejor, respira hondo, y cuando habla, su tono ha bajado considerablemente.

—Tío, yo no maté a Cameron.

—Lo sé, Neil, te creo cuando lo dices, pero tienes que empezar a comportarte como un hombre. Marsha está pasando por una situación terrible, algo inimaginable, y tú pegándole un puñetazo y rebatiéndola de esa manera no estás ayudando mucho. Cállate la puta boca y ya se hablará de esto cuando ella esté más calmada. ¡Acaba de enterarse de que su hija está muerta, por Dios!

—¿Ella lo está pasando mal? —Neil golpea la pared con el puño cerrado, sobresaltando a Tom—. ¿Y qué hay de mí, tío? ¡He corrido ida y vuelta hasta una farmacia para conseguir las cosas que necesitamos aquí, he estado a punto de morir comido por esas cosas! ¿Crees que yo no estoy exhausto? ¿Qué no merezco que no me llamen asesino?

Tom balbucea tratando de encontrar las palabras adecuadas, claramente sorprendido por el estallido de Neil.

—¿Crees que no me comporto como un hombre, tío? —Neil baja la voz y se acerca a él, furioso—. He matado a ese policía por ti, maldita sea, así que lo mínimo que podrías hacer es agradecermelo.

Oh, observa porque es digno de contemplar. Mira la expresión aturdida y asombrada de Tom Ridgewick, cómo se forma en sus labios un círculo casi perfecto. La última confesión de su sobrino le ha pillado, como suele decirse, con los calzoncillos bajados.

—¿Tú...?

—Sí —responde Neil—. Le corté la puta cabeza a la mala hierba y aunque digan lo contrario, sí que se muere.

Es impresionante comprobar como Tom Ridgewick es capaz de asimilar una información explosiva como esa y recobrar la compostura rápidamente. De hecho, es posible percibir una chispa de orgullo en sus ojos. Y si pudiéramos meternos en sus papilas gustativas, saborearíamos la victoria. Tom apoya sus grandes manos en los

hombros de su sobrino y los aprieta.

—Neil... Lo que has hecho merecería ser escrito. Puedes estar seguro de que has hecho bien.

—Sé que he hecho bien, tío. Al principio no estaba seguro de poder hacerlo, pero recordé todo lo que me dijiste, que podría ser peligroso. Dijiste que teníamos que encargarnos de él... Vi la oportunidad y la aproveché.

—Y nos has ahorrado a todos muchos problemas, hijo.

Neil asiente con los ojos llorosos. Tom se da cuenta de que sólo es un niño grande, con un papel que le queda enorme pero ha aceptado sin protestar. Ve en Neil un potencial que piensa aprovechar.

—Neil, escúchame, lo que has hecho es bueno, toda una proeza, pero vas a tener que seguir siendo fuerte. Por el momento, no puedes dejar que lo que diga Marsha te afecte. Cuando se haya calmado, solucionaremos la muerte de Cameron. Y tranquilo... tengo un plan.

Neil asiente pasándose la manga de la sudadera que lleva puesta por los ojos y recobrando su actitud de tipo duro. Tom le aprieta los hombros con gesto cariñoso.

—Todo irá bien, hijo.

Le gusta llamarle «hijo». Sabe que esa palabra es poderosa en la mente de Neil.

Neil asiente. Y en ese momento, escuchan el primer grito de la noche.

Tyrone está sentado dentro de la garita con los pies encima de la mesa y medio adormilado. En la garita de vigilancia hace frío, pero gracias a la manta que se echa encima de los hombros, Tyrone casi no lo siente. Se supone que debería estar encima del muro, vigilando. Siguen cumpliendo los turnos aunque no tengan mucho sentido. Tyrone se ha preguntado en más de una ocasión por la razón de que se pasen horas y horas encima del muro mirando hacia los muertos. Entendía que lo hicieran al principio, cuando aún cabía la posibilidad de que aparecieran más supervivientes, pero por lo que a Tyrone respecta, no tiene sentido seguir haciéndolo. No cree que vayan a aparecer más supervivientes. Cada vez que mira el enorme grupo de muertos que ronda la entrada de la urbanización le cuesta comprender que ellos sigan vivos. Lo más probable, o eso piensa él, es que no quede nadie con vida. Y si lo hacen, están tan refugiados y parapetados como ellos. Nadie en su sano juicio vagaría por un mundo repleto de esas criaturas.

Se mira la mano derecha. Está buscando una uña que morder, porque desde que empezara todo esto ha cogido ese mal hábito. El problema es que las tiene destrozadas, mordidas y comidas mucho más allá del límite. También se ha mordido los pellejos laterales. Ahora tiene heridas en casi todos los dedos, y alguno, como el índice de la mano derecha, le duele con cada pulsación del corazón.

Es molesto, pero le calma morder.

Empieza a mordisquear el pulgar.

Tyrone se ha preguntado por el futuro. No es él mismo quien más le preocupa, sino los niños. Nunca se había considerado una persona pesimista y esta situación le ha descubierto una nueva faceta de su propia persona. No cree que les vayan a rescatar. No cree que la cosa vaya a mejorar. ¿Cómo entonces van a ser capaces de sobrevivir en esa urbanización y por cuánto tiempo? ¿Crecerán esos niños sin conocer otra cosa más que esto?

Ve a Marsha a través de la ventana. Está deambulando en dirección al Land Rover que bloquea la puerta principal. Tyrone no sabe lo que ha pasado con su hija y desde donde está, tampoco puede percibir los ojos enrojecidos e hinchados por el llanto. Un escalofrío le recorre la espalda al darse cuenta de que la forma que tiene Marsha de moverse le recuerda a los zombies.

Se levanta, recogiendo la manta y colocándosela bien por encima de los hombros. Marsha siempre le ha caído bien. Es una mujer amable, siempre dispuesta a ofrecer una sonrisa. Las pasadas navidades, de hecho, fue la única que le trajo un regalo. Tyrone agradeció el gesto y nunca le dijo que la talla de la camisa era pequeña.

Cuando Tyrone sale de la garita, la puerta cruje y Marsha se sobresalta. Le mira, juntando las manos al cuerpo como si quisiera ocultar algo. Tyrone le sonrío levantando la mano a modo de saludo.

—Buenas noches, Marsha.

Ella mueve la cabeza en un gesto que no es asentimiento pero tampoco negación. Tyrone se acerca un poco más y se detiene a dos metros de ella. Se da cuenta de que ha estado llorando y se alarma.

—¿Estás bien, Marsha? ¿Ha pasado algo?

—No sabía que estabas aquí, Ty.

—Me tocaba turno de vigilancia. ¿Estás bien? ¿Puedo ayudarte con algo?

Marsha niega con la cabeza contundente. Tyrone se debate entre acercarse o no a ella. Hasta la fecha, nunca ha cruzado esa barrera con ninguno de los habitantes de San Mateo. Siempre se ha comportado de forma muy profesional. Tal vez, con el que más relación haya tenido siempre es con Tom Ridgewick, debido seguramente a que el señor Ridgewick ocupa el cargo de administrador de la urbanización. O algo así. Y además, es el que más cerca de la entrada vive.

Al final, Tyrone decide quedarse donde está. Se siente violento al escuchar llorar a Marsha, pero no se mueve.

—¿Señora Collins? —pregunta, preocupado.

—Es... —ella intenta hablar, pero se traba—... Cameron. Han matado a mi niña. Tyrone parpadea al escuchar eso. Supone que ha oído mal.

—¿Cómo?

—Alguien dentro de esta urbanización ha matado a mi niña, Ty.

Tyrone no sabe qué decir.

—Sé que ha sido Neil. Lo sé. Pero ellos lo niegan. Todos me han mirado como si estuviera loca... —Marsha le mira, con ojos que brillan de rabia—. Odio su puta condescendencia.

—¿Neil, el sobrino de Tom?

—Ese niño siempre ha sido un criminal en potencia. He oído como le grita a su madre cientos de veces. Creo que alguna vez le ha puesto la mano encima.

Tyrone, de nuevo, no sabe qué decir.

—Nadie me cree. ¡Y Tom se ha atrevido a decir que seguramente haya sido un accidente y que se ha caído del muro! ¡Mi niña jamás habría subido allí! ¡Jamás!

Tyrone se tapa la boca con la mano, comprendiendo que lo que dice Marsha es cierto. Que Cameron Collins ha muerto y cree que alguien la ha matado. Y sí, es cierto que Neil Ridgewick siempre le ha parecido un chico problemático, pero...

—Se supone que no deberías estar aquí, Ty.

—Lo sé, lo sé —dice él—. Tendría que estar en el muro, vigilando, pero me parece una estupidez vigilar el muro... —se detiene antes de seguir diciendo que no cree que nadie vaya a venir ya—. Marsha, si puedo ayudarte en algo...

—Se supone que no deberías estar aquí.

Tyrone mueve la cabeza dándole la razón, y entonces cae en la cuenta de que Marsha no se refiere a la vigilancia en el muro. Lo que llevaba en la mano y ha ocultado antes contra su cuerpo ahora está a la vista. Es un mando inalámbrico.

—¿Marsha? —Su voz suena alarmada. Tyrone no puede despegar la mirada del

mando. Maldice el día en que instalaron las baterías que permiten la apertura en caso de avería en el servicio eléctrico.

—Lo siento, Ty. Se supone que no deberías estar aquí, pero ellos tienen que pagar.

Marsha mueve el dedo, Tyrone levanta las manos pidiéndole un segundo, Marsha relaja el dedo y le mira. Sus ojos son una puerta a la tristeza infinita.

—¿Y Junior? —pregunta Tyrone—. Si abres esa puerta también él morirá.

Una lágrima solitaria resbala desde el ojo izquierdo de Marsha.

—No merece vivir así —murmura—. Menos entre asesinos.

—Marsha, podemos arreglarlo. Podemos encontrar a quien lo haya hecho, te lo prometo.

Marsha sonríe sarcástica.

—Junior no merece morir. No así —asegura Tyrone.

Marsha baja la mirada, pensativa. Tyrone gira la cabeza buscando ayuda en la puerta entreabierta del jardín que lleva a la casa de Tom Ridgewick pero no hay nadie a la vista. Son sólo Marsha Collins y él.

—No deberías haber estado aquí, Ty.

—No, Marsha, no lo hagas, piensa en Junior, en toda la gente inocente, en el hijo de Rachel...

Marsha levanta la cabeza como si hubiera escuchado una blasfemia. Tyrone no tiene forma de saber que acaba de escupir al balde la gota que lo colmará.

—Lo siento.

Marsha aprieta el botón.

La puerta principal de San Mateo comienza a abrirse con un ruido mecánico y cansado. Tyrone se lanza hacia Marsha para arrebatarse el control. Ella se gira protegiéndolo con su cuerpo. Tyrone choca con su espalda, le agarra el brazo y trata de darle la vuelta. Marsha le empuja, revolviéndose. Tyrone le alcanza la muñeca e intenta coger el mando.

Pero mira hacia la puerta. Los primeros muertos empiezan a colarse por el agujero cada vez mayor, libres al fin para correr hacia sus víctimas. Salen disparados, empujados por la masa que tienen detrás, golpeando el Land Rover y cayendo al suelo algunos de ellos, encontrando una entrada cada vez en mayor número.

Tyrone les ve y el pánico se apodera de él. Sigue tratando de quitarle el mando a Marsha pero ella se revuelve y gira para alejarlo del hombre y los zombies cada vez están más cerca y corren hacia ellos abriendo unas bocas que son una abertura del infierno. Tyrone, entonces, suelta a Marsha y se da la vuelta. La manta que llevaba sobre los hombros cae al suelo olvidada. Tyrone corre hacia la garita. Sus ojos son la antesala del miedo. El corazón nunca le ha latido tan rápido.

Marsha levanta los dos brazos y se gira para recibir a los muertos. Levanta hacia ellos una mirada llena de dolor y de rabia. Las lágrimas caen por sus mejillas mientras la puerta de San Mateo sigue abriéndose y dando paso a un número cada vez

mayor de cadáveres.

Tyrone escucha el grito de Marsha a su espalda cuando un hombre de piel azabache y pelo rizado se aferra a ella y hunde los dientes en su rostro, tirándola al suelo y cayendo sobre ella. Apenas tres segundos después tiene encima más de quince zombies rodeándola y peleando por agarrar pedazos de su carne. Le muerden la cara, el pecho, el abdomen, los brazos, las piernas. Su ropa es destrozada y su carne rasgada. Su sangre, cálida, despide vapor al caer al suelo y ser derramada sobre las carnes heladas y podridas de sus asesinos. Una mujer, asiática, con un tatuaje en el cuello que ahora está incompleto debido a una herida atroz que le hace inclinar la cabeza hacia la derecha, se incorpora masticando el hígado de Marsha. Sus manos están cubiertas de sangre, como si las hubiera metido en un cubo de pintura roja.

Y así, compañero, ya sólo quedan veinte.

## 9

Al escuchar el grito de Marsha, un escalofrío recorre la espalda de Brad, poniéndole toda la piel de gallina y haciendo que se le encojan las pelotas. Está a punto de dejar caer al suelo el cuenco que tiene en las manos. Es prácticamente un milagro que no se le caiga. Siente una punzada de miedo en el pecho. Oye a Emma decir *pobrecita* y la ve menear la cabeza. Le gustaría decir que ese grito no tiene nada que ver con la hija muerta de Marsha, pero tiene la garganta cerrada. Ha oído muchos gritos como ese. En Castle Hill, en Los Ángeles y en San Francisco. Son gritos de muerte y de dolor.

Gira la mirada hacia la puerta del jardín. Ve que está entreabierta. Ve que Ozzy, Verónica y Logan caminan hacia ella. Siente el miedo esparciéndose por todo su cuerpo. Desea estar equivocado. Ve preocupación en la cara de Mark, pero no alarma. Quiere gritar...

Pero no lo hace.



Tyrone alcanza la garita de vigilancia y cierra la puerta. Sus manos tiemblan mientras intenta poner el pestillo a la puerta y logra deslizarlo apenas unas décimas de segundo antes de que esas cosas empiecen a golpear la puerta desde fuera. Tyrone mira a su alrededor, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas y la respiración agitada por la carrera y el miedo. A través de la ventana puede ver la puerta principal abriéndose. Le queda apenas un metro para terminar y por la apertura están entrando zombies sin parar. Muchos se chocan contra el Land Rover. Tyrone los ve empujarse unos a otros. Le recuerdan a los peces del muelle cuando los turistas les tiran pedazos de pan y de repente se forma un grupo a su alrededor luchando por conseguir una miga.

Corre hacia el escritorio y abre el cajón superior. Dentro hay varias revistas, dos de ellas de coches y la tercera una FHM con una rubia espectacular en la portada, en teoría, conocida modelo de lencería. Las lanza a una esquina sin detenerse a mirarlas. Mete las manos hasta el fondo, buscando. A su espalda, la puerta de la garita cruje violentamente. Tyrone se gira. Uno de los tornillos del pestillo acaba de saltar y la puerta amenaza con caer.

—Oh, Dios mío...

Tira del cajón hacia fuera, sacándolo de sus railes, y lo tira sin contemplaciones. Mete las manos en el segundo cajón y rebusca entre las cosas de su compañero. Encuentra lo que buscaba después de diez interminables segundos. Sus dedos lo rozan en el último segundo, justo antes de decidir abandonar la búsqueda. Tyrone se pone en pie, con el objeto en la mano, y suelta un grito al asustarse. Delante de la ventana de la garita empiezan a amontonarse más zombies, mirándole con ojos nublados y heridos pero hambrientos. El objeto que ha sacado del cajón se le cae al suelo. Lo escucha rebotar junto a su pie.

—Mierda.

Los muertos comienzan a golpear el cristal mientras él se agacha y comienza a palpar el suelo, buscando. La puerta vuelve a crujir. Tyrone grita frustrado y aterrorizado. Su mano golpea el objeto desplazándolo. Se lanza hacia él y lo agarra. Vuelve a levantarse en el mismo momento en que el ventanal estalla en pedazos hacia dentro, haciendo que lluevan miles de cristales sobre él. Tyrone se cubre la cara con las manos. Siente el aire frío golpeándole la piel. Lo peor, sin embargo, es que les escucha mejor. Los muertos le gritan, metiendo las manos por el hueco dejado por el cristal. Por suerte, son demasiado torpes para saltar por el agujero.

Tyrone levanta la mano en la que sujeta lo que ha sacado del cajón. Es un mando inalámbrico. Aprieta el botón y la puerta comienza a cerrarse de nuevo, demasiado lenta. Los zombies siguen entrando a raudales, empujados por los que tienen detrás. La puerta va abriéndose camino entre ellos. Tyrone reza para que no se bloquee. Si llegara a detenerse antes de cerrarse del todo, los supervivientes de San Mateo no

tendrían ninguna posibilidad.

Es muy posible que no la tengan ni siquiera así. Es imposible saber cuántos muertos han logrado cruzar a la urbanización, pero han sido muchos. Y todavía siguen entrando mientras la puerta se cierra.

¿Y Tyrone? Bueno, él ya sabe que no tiene forma de escapar. No hay puerta trasera, no hay trampilla escondida ni pasadizo oculto. Camina despacio hacia la pequeña habitación sin ventanas que utilizan como vestuario y cierra la puerta, encerrándose. Agarra una de las taquillas y la empuja, bloqueando la puerta.

Después se sienta y mira la puerta, esperando.

Tal vez consigan sobrevivir. Y tal vez puedan rescatarle. Lo piensa, sí, aunque en realidad no se lo cree.

Es complicado entender al ser humano, ¿no crees? Hay ocasiones en las que hace cosas aunque cada célula de su cuerpo esté gritando lo contrario. Aunque el cerebro lance las señales de alarma, a veces el cuerpo no reacciona a tiempo, o sí pero directamente no hace caso. Es increíble que eso pueda suceder. Lo cierto es que ocurre más a menudo de lo que nos pensamos. Y ejemplos los hay a millones si uno busca en las cosas cotidianas. Como ese pasar el dedo por el filo de un cuchillo para comprobar si está bien afilado, con el consiguiente corte que eso conlleva.

El grito de Marsha fue una pista, pero sólo alimentó la curiosidad. El ruido, el jaleo al otro lado les llamó la atención y sí, una parte de sus cerebros empezó a pulsar en forma de letrero luminoso y señal de peligro, pero también estaba esa otra parte que les decía que nooooo, que no podía estar pasando nada realmente grave, que vaaaaa, estaban tan seguros como podrían estarlo en un bunker, los zombies no podían entrar en San Mateo y el ruido tenía que ser otra cosa, tal vez, por ejemplo, que se hubieran excitado más de la cuenta al ver a Marsha, o simplemente que el viento hubiera cambiado trayéndoles una acústica más cercana de lo que normalmente ocurría al otro lado de la verja.

El ser humano es así.

Ozzy alcanza la puerta del jardín en primer lugar. Verónica está apenas un par de pasos por detrás y Logan junto a ella. Estira la mano hacia el manillar al mismo tiempo que Tom y Neil salen de la casa y Tom pregunta qué ha pasado. Rodger y Emma son los más cercanos a él.

—Marsha ha gritado —responde Rodger, meneando la cabeza con pesar—. No quiero ni imaginar por lo que está atravesando.

Tom mira hacia la puerta comprendiendo, y ve a Ozzy tirar de la manilla y dar un paso hacia la calle.

Su nombre era Timothy Galif y cuando estaba vivo era una joven promesa del fútbol americano, con sus casi dos metros de altura y unos músculos en el torso y los brazos dignos de cualquier campeonato de culturismo. A Timothy, sin embargo, siempre le había gustado el fútbol y llevaba como muestra una camiseta de los San Francisco 49ers cuando le atraparon en el centro de Half Moon Bay y se llevaron de recuerdo parte de su bíceps derecho y dos dedos de la mano izquierda. Timothy logró desembarazarse del zombie que le hizo aquello pero ya estaba condenado. Intentó detener la hemorragia. Si las heridas hubieran sido producidas por, digamos, una bala o un accidente de coche, habría sobrevivido sin lugar a dudas. El Cuarto Jinete extendió sus tentáculos de muerte utilizando sus venas como línea de transporte y Timothy, al final, sucumbió.

Y ahora, Timothy se estrella frontalmente contra Ozzy, lanzándolo contra la pared y aprisionándolo contra ella. El golpe hace que Ozzy se quede sin aire por un momento y se golpee la cabeza contra la piedra. Levanta las manos intentando apartar

la cara del cadáver pero Timothy conserva su fuerza después de muerto. Incluso, tal vez, se haya visto potenciada por la ira y el hambre. Los dientes de Timothy se hunden en la clavícula de Ozzy, traspasando la camiseta, chocando contra el hueso y arrancando un trozo de carne al tirar violentamente de la cabeza hacia atrás.

Ozzy grita e intenta soltarse, pero el cuerpo del zombie es enorme en comparación al suyo y no logra desplazarlo ni unos centímetros. Le ve masticar. Observa horrorizado un hilillo de carne que resbala por la mandíbula de la criatura y piensa, desconcertado, que eso es suyo. Suyo, por el amor de Dios.

Timothy se lanza de nuevo a por su cuello y Ozzy chilla, tratando de pararle, incapaz de hacerlo, sintiendo que el monstruo le gana centímetros por momentos. Puede oler el aliento fétido que emana de su interior. Alcanza a ver el interior de su boca claramente. Ozzy lo intenta una vez más. Timothy sigue empujando hacia él.

El pie de Verónica impacta en la sien de Timothy. La cabeza del muerto acusa el golpe, girándose, y todo su cuerpo pierde pie. Ozzy aprovecha la ocasión para empujarle, los pies muertos de Timothy no reaccionan con rapidez, trastabillea y cae al suelo, agitando los brazos torpemente como una tortuga. Verónica agarra a Ozzy del brazo y ambos miran hacia la entrada de la urbanización.

La palabra terror se queda corta para expresar lo que sienten.

—¡Vamos! —les grita Logan.

Verónica se pone en marcha, apartando la mirada de la muchedumbre enloquecida que corre hacia ellos. Al fondo ha visto la puerta de la urbanización cerrándose. Ni siquiera entiende por qué ha llegado a estar abierta. Ahora no importa. Entra de nuevo al jardín de Tom Ridgewick tirando del brazo de Ozzy. Este corre detrás suya tropezando con sus propios pies, sujetándose la herida de la clavícula con una de sus manos. Los zombies llegan apenas un segundo después.

Emma chilla retrocediendo. Rodger tira de ella hacia la puerta de la casa, desde donde Tom y Neil aún miran con los ojos muy abiertos hacia la entrada. Brad, ahora sí, deja caer el cuenco que tiene en las manos y que estalla entre sus pies en varios pedazos. El ruido hace que Neil se active y empuje a su tío al interior de la casa. Rodger y Emma llegan detrás. Brad les sigue chillando como una niña.

En el jardín, Logan corre seguido por Verónica y Ozzy. Una docena de monstruos ha cruzado el jardín persiguiéndoles y la distancia entre ellos no es mucha. La puerta sigue abierta. Los zombies siguen entrando.

Ozzy tropieza y cae, provocando que Verónica pierda pie y caiga de rodillas. Ozzy se da la vuelta y trata de levantarse. Tiene a los muertos demasiado cerca. Mark corre hacia Verónica y tira de su brazo para ayudarla a levantarse. El muerto más adelantado extiende una mano cubierta de sangre y tierra hacia Ozzy y se encuentra a menos de medio metro de él cuando su cabeza se sacude con violencia hacia atrás y el cuerpo cae al césped con un agujero en la nuca.

Mark y Verónica se giran para mirar. Logan está de pie junto a ellos, sosteniendo una pistola.

Mark empuja a Verónica hacia la casa y se adelanta estirando la mano hacia Ozzy. Este tiende hacia él una mano cubierta de su propia sangre. Mark tira de él. A su lado, Logan aprieta el gatillo dos veces más, gritándoles que se den prisa. Dos cuerpos más caen al suelo. Apenas son obstáculo para los que vienen detrás, aullando.

Verónica cruza el umbral de la entrada a toda velocidad, choca contra un mueble y se detiene apoyando las manos en la pared. Se da la vuelta hacia la puerta y ve a Neil y a Brad.

—¡No! —grita.

Pero no le hacen caso. Neil comienza a cerrar la puerta. Verónica aún puede ver a Ozzy corriendo hacia ellos y, más atrás, Mark y Logan, pistola en mano. Verónica se lanza hacia Neil, gritándole que no lo haga. Unas manos fuertes le sujetan los brazos impidiéndole llegar. Es Shane, que atrapa el cuerpo de Verónica entre sus brazos. Ella se revuelve tratando de soltarse. Neil empuja la puerta. Ozzy se cuelga por el hueco, como hacía McGyver en la cabecera de la serie. La puerta le golpea en el hombro y él cae al suelo, a los pies de Tom.

Y después, la puerta se cierra.

—¡Nooooooooo! —Verónica grita, entre los brazos de Shane—. ¡No puedes dejarles ahí fuera!

Desde el exterior les llegan los golpes producidos por los puños de Mark. Le oyen pedir a gritos que abran la puerta. Nadie, de entre los que están en el vestíbulo, mueve un dedo para hacerlo. Lentamente, como en un sueño, Neil echa el cierre de seguridad. Verónica sigue gritando y revolviéndose. Desde el suelo, Ozzy les mira a todos alternativamente. Brad, de pie junto a la puerta, se estremece con los ruidos y golpes del otro lado. También oye gritar a los zombies, cada vez más cerca. Y ruidos de pelea y platos rotos. Después, deja de oír a Mark.

Y pronto, los golpes que se reanudan en la puerta principal tienen otro cariz. Más furiosos, más desesperados... más muertos.

Verónica deja de forcejear y Shane la suelta. Ella cae al suelo de rodillas. Cuando levanta el rostro para mirar a Neil, sus ojos parecen soltar chispas de furia.

—Les has matado, hijo de puta.

Neil resopla molesto.

—Nos he salvado la vida. Les pisaban los talones y jamás habríamos logrado cerrar la puerta detrás de ellos.

—Puedes escudarte en lo que quieras, pero tienes su sangre en las manos —asegura ella, rabiosa.

—Empiezo a cansarme de que me llamen asesino —gruñe Neil apretando los dientes y echando a andar hacia ella con el puño cerrado. Tom le agarra del brazo. Rodger también se interpone entre el chico y Verónica.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunta ella, retándole furiosa—. ¿Pegarme como pegaste a Marsha?

—No tendría ningún problema en hacerlo, puta.

—¡Basta! —grita Tom—. Neil ha tomado una decisión y viviremos todos con esa decisión, ¿de acuerdo?

Mira a Verónica y ella le devuelve una mirada cargada de odio. Se levanta, rechazando la mano que Shane le ofrece y mirándola con desprecio. El chico retrocede hasta la esquina donde se encuentra su madre, Emma. Tom mira a Neil y a Rodger.

—Ahora... tenemos cosas más importantes que tratar.

Ozzy comprueba, horrorizado, que todos se giran para mirarle.

Tyrone oye ceder la puerta de entrada de la garita. El estruendo que produce al caer y ser pisoteada por los muertos le sobresalta. Puede imaginárselos entrando en la pequeña sala, lanzándose hacia delante, empujándose unos a otros. Los oye chocar contra el escritorio, pisar los cristales del ventanal. Escucha el ruido que produce la silla al caer al suelo cuando uno de esos monstruos tropieza contra ella. Luego chocan contra la puerta del vestuario violentamente.

—Padre nuestro que estás en el Cielo...

Los muertos arañan la puerta, la golpean, salvajes, desesperados, brutales, ansiosos y hambrientos.

—Santificado sea tu nombre...

Gritan. Sus gargantas muertas e hinchadas aún permiten que el sonido salga desde la garganta. Es un ruido que recuerda más a un animal que a un humano. Un sonido semejante al chirriar de una puerta pero cubierto de una capa de angustia y furia.

—Perdóname por mis pecados, Padre. Sé que nunca he sido un hombre religioso, pero creo haber sido honrado, trabajador y amable con los demás...

La puerta empieza a crujir y cede entreabriéndose. La taquilla que ha colocado delante, impide que se abra del todo. Los sonidos producidos por los muertos le llegan ahora con claridad, cercanos y ansiosos. Una mano hedionda y grisácea se cuelga por el pequeño hueco dejado por la puerta y se mueve en el aire, tratando de agarrar algo. Tyrone puede ver las venas que corrían por debajo de esa piel, cuarteada, sucia, ensangrentada. Puede ver el anillo de casado en uno de sus dedos.

—Si está en tu voluntad salvarme la vida, prometo honrar esa oportunidad. Padre, necesito uno de esos milagros para salir de aquí y prometo que no será en vano. Por favor, Señor...

A esa primera mano le sigue otra. El hueco dejado por la puerta es de apenas cinco centímetros. La taquilla, por el momento, resiste. Tyrone ve ojos que le miran. Ve bocas que le desean, de dientes sucios y encías putrefactas. Por un momento, ve una boca en la que se mueven pequeños gusanos blancos y siente ganas de vomitar.

Aparta la mirada.

Ve el filo de la taquilla desplazarse un par de milímetros hacia atrás. Respira hondo y empieza la oración de nuevo, suplicando por ese Deus Ex Machina que le saque de allí.

Los muertos siguen embistiendo la puerta, tratando de entrar por el escaso agujero que han abierto hasta el momento, chillando y rugiendo. El ruido es tan atronador que impide escuchar nada más. Claro que tampoco hay nada que escuchar. Y las palabras de Tyrone, de momento, se las lleva el viento.

El primer disparo, aquel que le salva la vida a Ozzy cuando está en el suelo del jardín de Tom, hace que Ace levante la cabeza y deje caer el trapo que tiene en la mano. Sus cejas se curvan mostrando extrañeza. Axel, ajeno a la importancia y el significado de aquel ruido, agita las manos divertido, tratando de agarrar el trapo caído con el que Ace jugaba al Cu-Cu-Tras.

Ace se gira hacia Rachel buscando complicidad y entendimiento. La mujer está tumbada en el sillón, hecha un ovillo, con la mirada perdida en la alfombra. No reacciona tampoco al segundo disparo. Ni al tercero. Ace, sin embargo, se preocupa. Han sonado demasiado cerca.

Cruza el vestíbulo de la casa, pasando por delante de una fotografía enmarcada con la imagen de Rachel y su marido Bruce, abrazados y felices, abre la puerta y sale al exterior. No hace exactamente frío, pero Ace no lleva puesto más que un polo de manga corta, así que ahora se estremece por el cambio de temperatura.

Cruza el jardín sin respetar el sendero de piedra, que hace una curva innecesaria, y alcanza la puerta metálica, pensando que esa puerta no serviría como primera defensa ante una oleada de zombies, dado que ni siquiera cierra bien. Y no sabe por qué piensa eso ahora cuando antes nunca lo ha pensado. O tal vez sí lo sepa, aunque sea en el fondo de su cerebro, en ese mismo lugar desde donde saltan las alarmas que te ruegan que no utilices el dedo para comprobar si el cuchillo corta. El cerebro humano es peculiar.

Sale a la calle. Todas las farolas están apagadas desde que se fuera la electricidad y la calle se muestra oscura, tan sólo tenuemente iluminada por la luz de la luna que, en este caso, es suficiente para permitirle ver movimiento al fondo de la calle, cerca de la entrada de la urbanización. Demasiado movimiento, según juzga Ace.

En realidad, en este momento Ace ya tiene claro lo que está pasando. Entrecierra los ojos tratando de ver mejor y comprueba que se trata de una muchedumbre corriendo. Es como estar delante de un ejército a la carga.

—Madre de Dios...

Ace regresa al jardín de los Morris y cierra la puerta metálica. Esta rebota contra el marco y vuelve a abrirse. Ace corre hacia la casa, entra al vestíbulo y cierra la puerta. Siente todo su cuerpo en tensión. Corre hacia el salón y pasa por delante de la sillita de bebé en la que Axel sigue intentando atrapar el paño. Se agacha delante de Rachel y le agarra la cara con las manos. Ella reacciona apartándose bruscamente y mirándole como si estuviera loco.

—Rachel, voy a necesitar que te centres un minuto...

—Déjame, Ace.

—Rachel, escúchame atentamente, por favor.

El cerebro de Ace está funcionando a toda velocidad, registrando todos los detalles. El más importante ahora mismo, y a su entender, es la puerta que comunica



el salón con el pequeño porche que los Morris levantaron en la parte trasera del jardín. Esa puerta es de cristal, desde el suelo hasta el techo.

Rachel le mira desorientada. Ace le sacude la cara, amable pero a la vez firme. Ella trata de soltarse.

—Rachel, o me escuchas con atención o vamos a morir.

Eso funciona. Ella parpadea, sin comprender, pero le mira directamente y cede en su empeño por liberar su cara de las manos de Ace.

—Han entrado en San Mateo, Rachel. No sé cómo y ahora no importa, pero no voy a permitir que muráis, ni tú ni tu hijo, pero tienes que ayudarme.

Ella asiente. Ace puede sentir el pánico apoderándose de la mujer. Ve sus ojos, antaño hermosos y ahora cubiertos de tristeza, despegarse de los suyos y mirar hacia Axel. No le importa, está bien que ella se preocupe por el niño. Al menos eso indica que le está escuchando.

—Rachel, ¿tenía Bruce un arma? ¿O la tenías tú?

—¿Yo? —Rachel balbucea un momento—. No, yo no.

—¿Y Bruce? ¿Tenía algún arma?

Le cuesta pensar. Por un momento, Rachel duda. Luego asiente.

—Arriba, en el armario del dormitorio. Está escondida en una caja.

—Bien. Tenemos que salir de aquí, Rachel. Esta planta no es segura. Necesito que te levantes y vengas conmigo. ¿Puedes hacerlo?

—Sí.

Ace asiente y le coge de la mano ayudándola a levantarse. Después, saca a Axel del carrito y se lo entrega a ella. Rachel le abraza con fuerza y el niño reacciona con un quejido. Axel cierra la puerta que comunica el salón con el recibidor. No cree que plantee mucha resistencia, pero la deja cerrada. Suben las escaleras deprisa y corren hasta el dormitorio principal. De nuevo, Ace cierra la puerta y esta vez, además, pone el pestillo.

—¿Dónde? —pregunta.

Rachel se sienta en la cama, con Axel en brazos, y señala un armario. Ace lo abre, dejando a la vista una colección importante de trajes de hombre. En el estante superior hay varias cajas.

—La roja con líneas blancas —dice Rachel a su espalda.

Ace coge la caja indicada y retrocede hasta la cama. Se sienta junto a ella y la abre sobre sus rodillas. Dentro hay una pistola Smith & Wesson y una caja de munición.

—No está cargada —asegura Rachel.

Con cuidado y manos inexpertas, Ace saca el cargador y comprueba que está vacío. Sabe que existe algo llamado la recámara y que debería mirar si hay una bala en su interior, pero no sabe cómo hacerlo. Rellena el cargador y vuelve a ponerlo en su sitio. Le da varias vueltas a la pistola, mirándola. Rachel señala.

—Eso es el seguro. Hay que quitarlo.

Ace mira a Rachel.

—¿Sabes usarla? —pregunta—. Porque si sabes, deberías tenerla tú.

—Bruce siempre quiso que aprendiera a usarla y quería llevarme al club de tiro pero no me gustan las armas. Me dan miedo.

—A mí me pasa lo mismo —murmura él.

Se levanta y se mete la pistola en el bolsillo del pantalón mientras se acerca a la ventana. Con temor, comprueba que hay zombies merodeando por el jardín. No muchos, apenas cuenta media docena, pero desde donde está puede ver que hay más en la calle, rondando cerca de la entrada al jardín. Regresa hasta la cama y se sienta de nuevo junto a Rachel.

—Vale, ahora vamos a tener que estar en silencio mientras pensamos qué vamos a hacer a continuación.

Volvamos a la casa de Tom Ridgewick. En el vestíbulo, todos miran hacia Ozzy, que sigue sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared, con la mano derecha cubriendo la herida que tiene en el cuello. La camiseta muestra un rastro de sangre que le llega hasta casi la cintura.

—Le han mordido —dice Tom, señalándole.

—Me encuentro bien —asegura Ozzy—. Sólo... si tuvieras unas gasas o algo... para detener la hemorragia. Creo que ese cabrón se llevó un buen pedazo.

Ozzy ríe su propia gracia. Nadie le sigue. Desesperado, se da cuenta de que ni siquiera Verónica. Ella le mira con tristeza.

—Entonces, ¿es peligroso? —pregunta Rodger.

—Se convertirá en uno de ellos —asegura Shane.

—No, no, estoy bien, lo juro —dice Ozzy, poniéndose en pie. Al hacerlo, apoya la mano en la pared, dejando marcados sus dedos en sangre. Tom ni siquiera se da cuenta o, si lo hace, no le da importancia.

—Brad —le llama Tom, haciendo un gesto con el dedo. Brad se acerca a él despacio, como si le diera miedo. Tom le apoya una mano amistosa en la espalda—, según lo que tú me contaste, de cuando estabas en Castle Hill, ¿qué pasaba con aquellos que eran mordidos?

Brad hace un mohín de culpabilidad. Mira a Ozzy como si le doliera hacerlo. Busca a Verónica, pero ella está mirando al suelo.

—Se convierten —dice, finalmente.

—Se convierten —repite Tom, encogiéndose de hombros hacia Ozzy.

—Entonces hay que matarle —dice Neil.

Verónica levanta la cabeza y clava en Neil una mirada que podría ser un puñal. Ozzy traga saliva y mira alternativamente a Neil y a Tom.

—¿Verónica? —pregunta Tom.

Contrariada al oír su nombre y que le pidan opinión, Verónica se gira hacia Tom. Este le pregunta sin palabras, con un gesto de la cara. Ella traga saliva y mira a Ozzy, otra vez con tristeza.

—Necesito unas vendas —dice Ozzy, suplicando—. Por favor, estoy bien...

—Se convierten —asegura Verónica. Luego se gira para mirar a Tom—. Pero no es inmediato. Y hasta que ocurra, puede ayudarnos a tenerles a raya.

—Yo digo que le matemos ahora —replica Neil, levantando la voz—. No quiero estar vigilando por un lado y que me ataque por la espalda.

—Yo no... —una lágrima resbala del ojo derecho de Ozzy.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunta Verónica—. ¿Matarle a sangre fría?

—Si la alternativa es esperar a que nos ataque por la espalda, sí —asegura Neil.

—Mira por donde, no me extraña viniendo de ti.

Neil sonrío. No responde.

—Aún está vivo —asegura Verónica.

—¿Qué sugieres entonces, Verónica? —pregunta Tom.

—No sugiero nada que no sea pura lógica y humanidad.

Tom asiente contemplando las opciones, y echa un vistazo a su sobrino. Después, vuelve la cabeza hacia Ozzy.

—Votemos —dice—. Y haremos lo que opine la mayoría. ¿Verónica? ¿Dejamos que Ozzy viva?

—Sí.

Tom asiente. Mira a Emma. La mujer está aterrorizada, pero mueve la cabeza afirmativamente. Tom mira a Neil.

—No. Nos lo cargamos antes de que se lleve por delante a otro de nosotros.

—¿Shane?

El otro chico mira a sus padres buscando colaboración, pero Emma está lloriqueando y con la mirada perdida, y Rodger tiene los ojos cerrados.

—Creo... creo que estoy con Neil —dice—. He visto muchas películas de zombies y al final, siempre la cagan con estas cosas —asegura, justificándose.

—¿Rodger?

—Que viva —responde Rodger.

—Tres a dos —cuenta Tom—. ¿Brad?

—YO...

Brad cierra la boca, dudando. Ozzy ha perdido algo de color y la sangre que tiene en la camiseta y en las manos aterroriza a Brad.

—Yo digo que tiene que morir —murmura, en voz tan baja que casi no se le escucha.

—Qué extraño —susurra Verónica, sarcástica.

Brad mira hacia ella, con unos ojos dignos de un cordero camino del matadero, pero Verónica menea la cabeza y evita su mirada.

—Lo siento —dice—. Me da miedo.

Verónica se gira hacia él, airada.

—¡Tú estuviste en Castle Hill! —le espeta—. ¡Estuviste cuando Russell y Terence acompañaron a Mark a por Paula! De no ser por ellos, jamás hubiera llegado hasta la comisaría y a ambos les habrían mordido. ¡A Ozzy aún le quedan horas y tú quieres arrebatárselas!

—Pero... yo... —Brad comienza a sollozar, asustado y nervioso.

—No sé por qué me molesto —murmura ella—. Llevas demostrándome de qué pasta estás hecho desde que comenzó esta pesadilla.

Esa frase le duele más a Brad Blueman que cualquier otra cosa que haya pasado en mucho tiempo. Es una lanza directa a su corazón, una patada en el orgullo. Sin poder contenerse, rompe a llorar y se siente tan ridículo que se aparta a una esquina. Nadie le mira, más allá de Neil, que le dedica una mirada despectiva.

—Supongo que sólo quedo yo —dice Tom.

Verónica resopla y le mira, altiva pero resignada. Tom se gira hacia Ozzy y ladea la cabeza, como quien estudia un espécimen en un laboratorio.

—Y voy a votar por dejarle vivir.

Te voy a permitir que elijas cuál de las tres caras, entre Ozzy, Verónica y Neil, refleja mejor la palabra sorpresa. Porque la de incompreensión es clara, y es Neil quien se lleva la palma.

—¿Qué? —pregunta el chico.

—Emma, Verónica —dice Tom, dirigiéndose a ellas y señalando una puerta junto a las escaleras que llevan al piso de arriba—, en ese baño hay un pequeño botiquín. Podéis encontrar vendas.

Verónica, aún con la boca abierta y mirando a Tom, asiente. Tarda un par de segundos más en ponerse en movimiento, y cuando lo hace es despacio, como si temiera que fueran a reírse de ella en cualquier momento por haberse creído esto. Pero nadie se ríe. Emma ayuda a Ozzy a caminar hacia el baño y Verónica les sigue. Neil, sin embargo, se encara con su tío.

—¿Qué coño haces?

—Neil, ese hombre va a morir de todas formas y sé que tanto tú como Shane os encargaréis de vigilarle muy cerca.

—¿Pero por qué? ¿Por qué darle la razón a esa puta?

Una de las famosas sonrisas depredadoras de Tom hace aparición en sus labios. Cuando responde lo hace tan bajito que nadie más aparte de su sobrino alcanza a oírle.

—Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca. Y si ese idiota hace algún gesto que no te guste, te lo cargas. ¿Vale?

Neil no contesta aunque Tom se dé por respondido y cruce junto a él en dirección a la puerta del baño. Shane se acerca a Neil.

—Joder, me voy a volver loco si siguen golpeando la puerta así.

Neil asiente un poco ausente. Los golpes en la puerta suenan como pisadas de dinosaurio y su cadencia es furiosa y enloquecedora. Neil mira a su amigo.

—¿Dónde coño está Rick?

Rick está tumbado escuchando a Slipknot. Hace unas horas, Rick encontró un paquete de pilas perdidas en uno de los cajones de la habitación de Neil. En otro de los cajones, que estaba revisando en busca de alguna revista guarra para cascársela, encontró un discman lleno de polvo y aspecto de tener ciento cincuenta años.

Claro que, siendo un discman, era de la puta prehistoria. Desde que era niño que no veía una de esas cosas y Rick lo cogió y lo contempló un rato, dándole vueltas y preguntándose si funcionaría. Se le había olvidado que le apetecía masturbarse porque en realidad tampoco es que tuviera muchas ganas de hacerlo. Simplemente estaba tan jodidamente aburrido que se había dicho que una buena paja lo solucionaría.

Que no te extrañe la ausencia de preocupación. Rick ni siquiera está pensando en los dos amigos que salieron de madrugada en busca de una farmacia. La mente de Rick no da para mucho más que para pensar en él mismo.

Pero volviendo al discman, de repente se le ocurrió que le apetecía mucho escuchar música. No oía nada desde que se fue la luz y a Rick siempre le ha gustado la música. Se dijo que un buen disco podía ayudarle a matar el tiempo y se preguntó si ese cacharro prehistórico seguiría funcionando, así que cogió las pilas, las metió en el discman, buscó entre los discos de Neil hasta dar con uno cañero y salió al jardín.

El acto de ponerse los cascos en los oídos fue casi ceremonioso. Darle al play, tan tenso como desactivar una bomba en el último segundo. Cuando la música comenzó a sonar, por supuesto a todo volumen, como Rick consideraba que había que escuchar siempre la música para disgusto de su madre y sus vecinos, Rick quedó automáticamente aislado del resto del mundo.

Ahora sólo estaban Slipknot, él, ese discman y arriba, las estrellas.

Tumbado en una hamaca, tamborileando con los dedos sobre su barriga y moviendo la cabeza de un lado a otro al ritmo de la música, Rick disfruta ajeno a lo que está ocurriendo en la urbanización.

Vamos, olvidemos a Rick por un momento y entremos en la casa. Está oscura y cuesta orientarse, pero si aguardamos un poco, nuestros ojos se habitúan a la penumbra y puedes ver, al menos, las formas de los muebles. Así es como Sandra Ridgewick lleva moviéndose por la casa desde que se fuera la electricidad. Bueno, y aprovechando que conoce la casa al dedillo, claro.

Sandra está entrando en la cocina. Es apenas una sombra moviéndose entre sombras, pero tendrá que bastarnos con eso. Sigámosla. Arrastrando las zapatillas de andar por casa desgastadas, Sandra se acerca a la nevera y la abre, sólo para encontrar el interior anormalmente oscuro y vacío.

—Qué demonios... —susurra, pasando la mano por una de las baldas, como para comprobar si es cierto que no hay nada en ella. Alza la voz—. ¿Neil?

Neil no le contesta, por supuesto, porque no está en la casa. Es probable que

tampoco le hubiera contestado de haber estado. Sandra se mete la mano en el bolsillo de la bata que lleva puesta y saca un bote de pastillas. Con manos expertas, lo abre y saca una pequeña píldora verdosa. Te aseguro que es verdosa aunque con esta oscuridad sea imposible verlo. Se la traga sin necesidad de agua.

Sandra vive fuera de la realidad desde hace mucho tiempo. En ocasiones, cada vez más raras, tiene épocas de lucidez en las que vuelve a vestirse como Dios manda, a maquillarse y a salir a la compra y disfrutar del aire fresco y las conversaciones con, por ejemplo, el señor Fisher en su farmacia. En esas épocas, Sandra suele cocinar bastante. Siempre le gustó cocinar y no le importaba pasar largas horas entre cazuelas y sartenes. Esas épocas, las buenas, podían durar un día o podían durar dos semanas. Llegaban de repente y se iban tan súbitamente como habían aparecido.

Después, regresaba la Sandra despeinada, vestida en bata y con zapatillas, que deambulaba por la casa con aspecto de estar desorientada y que no hacía otra cosa que dormir, malcomer y ver la televisión. Sobre todo, películas de acción de serie B y C y D y E. Este es un dato curioso: Sandra Ridgewick ha visto en algún momento de su vida todas las películas producidas por Barry Lyndon. Alguna, como *Fuerza de combate letal*, una película que narra las peripecias de un grupo de asalto que las pasa canutas tratando de rescatar a la hija del presidente de Estados Unidos, secuestrada por unos terroristas árabes, la ha llegado a ver tres veces. No es la única película que ha visto en más de una ocasión. Sandra no suele acordarse de los argumentos de las películas que ve. A veces le quieren sonar algunas imágenes, pero tampoco le da mucha importancia. No mientras haya algo que comer y el bote de pastillas siga presente en su vida.

Cierra la puerta de la nevera y abre el armario donde suelen guardar los chocolates, el pan de molde y las galletas. Al encontrarlo vacío se queda tan desorientada que da una vuelta sobre sí misma, comprobando que se encuentra en su cocina.

Se acerca a la puerta, molesta, y aprieta el interruptor de la luz.

—Pero qué... Mierda —murmura enfadada al no encenderse la luz.

Sandra ni siquiera es consciente de lo que ocurre ahí fuera, y ya no hablo de la invasión que está sufriendo San Mateo, sino que voy mucho más allá. Sandra no sabe realmente que el mundo tal y como lo conoce ha dejado de existir. Sí, los amigos de Neil se lo contaron pero ya no recuerda esa conversación, de la misma forma que no recuerda haber estado comiendo lo que los chicos le llevan en tupperes. Por tanto, no entiende el hambre que tiene porque no recuerda estar comiendo poco. Sandra sólo sabe que se ha despertado con el estómago rugiendo y que quiere echarse algo a la boca y volver a dormir.

Y ahora, maldita sea, no funciona la luz.

Sandra sale de la cocina sintiendo que empieza a cabrearse de verdad. Camina hacia la pared oriental del salón, donde está la caja de los fusibles. Por el camino, se golpea la espinilla contra el pico de la mesa baja y suelta una maldición en voz alta.

Furiosa, abre la caja de los fusibles y se queda mirándolos sin entender nada. Todos están en su posición correcta.

Cae en la cuenta. Debe ser un corte general que afecta a toda la urbanización.

Sólo hay una forma de comprobarlo: salir fuera y mirar.



Lo último que alcanza a ver Mark antes de que la puerta se cierre justo delante de sus narices, es la cara de Verónica gritando mientras las manos de alguien, cree que es el chico de los Walter, le sujeta para que no se mueva. Mark grita a su vez, pero la puerta se cierra golpeando a Ozzy mientras este entra y Mark se estrella contra la madera. Desesperado, la golpea con sus puños.

—¡Abrid! ¡Abrid por favor!

Siente la espalda de Logan chocándose con la suya. Mark continúa gritando y golpeando la puerta, sin poder creerse que esto haya ocurrido y que esté a punto de morir. A su espalda, lo suficientemente cerca como para hacerle encogerse, suena un disparo.

—¡Se me acaba la munición!

Mark se da la vuelta. Tiene a Logan pegado a su cuerpo, apuntando hacia el jardín, hacia las manos y bocas anhelantes que corren hacia ellos.

—Oh, Dios...

Logan aprieta el gatillo una vez más, derribando a una mujer de pelo rizado, tan sucio que lo lleva pegado a la cara. La siguiente vez que aprieta el gatillo no sale ninguna bala. Y ya les tienen encima.

Logan no se achanta. Por el contrario, da un paso adelante, aparta con la mano libre los brazos del chico moreno y sin parte inferior de la mandíbula que viene en primer lugar y le golpea con la culata de la pistola en la sien. El hueso del chico cruje y su cabeza hace medio giro hacia el lado contrario, pero se revuelve contra Logan y le engancha con las manos. El segundo golpe de Logan le hunde el cráneo. Las manos del chico se sueltan y el cuerpo cae a los pies de Logan, que sigue sujetando la pistola, ahora con la culata manchada de sangre viscosa y de aspecto negruzco.

Eso sirve para que Mark se active. Actuando más por instinto que porque sepa lo que está haciendo, Mark levanta de golpe la mesa que han estado usando como mostrador en las comidas. Los platos, cubiertos y la cazuela con puré caen al suelo, rompiéndose y derramando el viscoso alimento en la hierba. Es una mesa de uno por dos, plegable, de las que pueden usarse en un *camping* o se guardan en el trastero para sacarla en ocasiones especiales en el jardín, como una barbacoa o un Apocalipsis zombie.

Diseñada para ser utilizada como mesa, Mark la levanta agarrándola de las patas y arremete contra los zombies que están a punto de sobrepasarles. El choque es brutal. Los muertos llevan el ímpetu de la carrera y se estrellan contra la mesa a la suficiente velocidad para hacer que Mark se tambalee y esté a punto de caer al suelo. Planta los talones en la tierra y se inclina hacia delante, tratando de empujarles. Logan, mientras tanto, golpea la cabeza de una mujer vestida con el uniforme de un restaurante de comida rápida que ha escapado de la mesa de Mark.

Cuando el cuerpo de la mujer cae al suelo, con las piernas abiertas y los brazos en

cruz, Logan se queda perplejo unos segundos al ver lo que está haciendo Mark. Es evidente que no resistirá mucho, en parte porque los zombies empujan con mucha fuerza y en parte porque están a punto de descubrir que pueden bordear la mesa.

—¡Mark! —grita.

Mark no necesita que le llamen dos veces. Deja caer la mesa y echa a correr hacia atrás. Sin resistencia, los zombies se lanzan hacia delante. La mesa cae a sus pies y los primeros tropiezan con ella y caen al suelo, empujados por los que vienen detrás y que empiezan a caer, tropezando con los cuerpos de sus compañeros. No tienen reparo en pisarse unos a otros. Tienen a la vista dos víctimas y el hambre que sienten les hace avanzar hacia ellas.

Mark y Logan corren por el lateral de la piscina. Los segundos que han ganado de ventaja gracias a la mesa son vitales para ellos. Probablemente, de hecho, son lo que les salva la vida. No hay donde huir, no hay puerta trasera y regresar hacia la casa no es una opción. El muro está delante de ellos y corren hacia él impulsados por la adrenalina. Logan llega el primero, salta y alcanza la parte superior. Mark, desde abajo, le empuja las piernas hacia arriba y Logan logra apoyar el pecho en el borde. Una vez hecho eso, le cuesta un par de segundos encaramarse a lo alto. Esos segundos los utiliza Mark para retroceder y coger carrerilla.

—¡Cuidado! —le grita Logan.

Mark se echa a un lado y encoge el cuerpo. Una mano a la que le faltan un par de dedos arrancados de un mordisco cruza el aire donde momentos antes tenía la cabeza. El muerto dueño de esa mano intenta girar para agarrarle de nuevo y Mark le embiste con el hombro por delante, golpeándole en el pecho y enviándole hacia atrás. El muerto cae a la piscina salpicando agua a dos metros de altura y comienza a hundirse de inmediato, sin dejar de abrir y cerrar la boca y mover los brazos de forma espasmódica.

Mark se lanza a la carrera hacia el muro y salta. No lo logra.

Sin embargo, las manos de Logan se cierran alrededor de su muñeca y tiran de él hacia arriba. Logan grita por el esfuerzo. Mark grita por el dolor al sentir como si su hombro estuviera a punto de salirse de su sitio, pero no deja de patear y arañar la piedra con los pies, tratando de impulsarse más arriba. Logran hacer que apoye la cintura en el borde. Mark se apoya en la piedra, Logan le agarra de la ropa y ambos tiran hacia arriba.

Una mano helada le sujeta el tobillo y le hace perder el equilibrio. De no ser por Logan, que le sujeta por la cintura y tira de él, habría caído de forma irremisible. Y sí, podremos decir que Logan Kane es un monstruo, que lo es, pero en este momento acaba de salvarle la vida a Mark.

El zombie trata de llevárselo con él, pero la fuerza de Mark y Logan es mayor. Mark lanza una patada al aire. Los dedos que le sujetan resbalan y Mark retira la pierna un momento antes de que seis zombies alcancen el muro y le agarren también. Los muertos empiezan a amontonarse junto a la pared, por debajo de ellos, estirando

los brazos y abriendo y cerrando las manos. Uno de ellos lanza un grito al aire que hace que Mark se estremezca.

—Gracias —dice, sin apartar la vista de los seres que tiene debajo de él.

—A ti. De no ser por la mesa no lo habríamos conseguido.

—Fue un impulso —asegura Mark.

—Pues fue un impulso cojonudo.

Ambos miran la piscina. En el fondo, agitándose como un perro rabioso, el cadáver al que Mark ha empujado sigue revolviéndose, sin conseguir siquiera moverse.

—Se va a quedar ahí por siempre jamás —dice Logan—. Es patético.

—Y nosotros aquí arriba —dice Mark, arrancándole a Logan un bufido—. ¿Qué coño hacemos ahora?

—Busquemos una forma de salir de aquí —responde Logan—. Creo que deberíamos caminar por el muro hacia la entrada de la urbanización. Comprobar cómo han logrado entrar y... ¿Qué te pasa?

Mark ha abierto los ojos de repente, cayendo en la cuenta de algo que le asusta más que cualquier cosa en el mundo. Tan grave es su expresión, que Logan se gira para mirar a su espalda, temiendo que un zombie haya logrado encaramarse al muro. Pero no hay nada, así que Logan vuelve a mirar a Mark, levantando una ceja a modo de pregunta.

—¿Mark?

—Oh, Dios mío...

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¡Paula! ¡Tengo que ir a por Paula!

Tyrone sabe que va a morir y que no le queda mucho tiempo. Apoya todo su cuerpo en la taquilla que colocó bloqueando la puerta, pero desde el otro lado empujan con demasiada fuerza. Uno de los cadáveres ha logrado meter la cabeza por el agujero. Es una mujer, con el pelo muy corto, al estilo marine, y con varios *piercings* a la vista. Su piel es pálida y Tyrone puede ver el dibujo que le forman las venas por debajo de la piel como si fueran un tatuaje.

Se está quedando sin fuerzas. Ha apoyado los pies en la pared de enfrente y trata de resistir. Cada minuto le cuesta más hacerlo. Siente los músculos como gelatina, debido al intenso esfuerzo y a la falta de una buena alimentación. La pierna derecha, de hecho, ya ha amagado con flaquear en al menos un par de ocasiones. En cuanto le falle de verdad, dependerá de su pierna izquierda. Y mientras tanto, los muertos siguen tratando de agarrarle desde el otro lado, metiendo las manos por la abertura y lanzando zarpazos al aire.

Ni siquiera se acuerda ya de rezar.

Cierra los ojos y trata de pensar. No quiere que sus últimos momentos sean agónicos y desesperados. Piensa en su madre que siempre le preparaba hamburguesas cuando le traía buenas notas del colegio, en su padre que ahorró durante varios meses para poder llevarle a Disneyworld cuando tenía diez años porque ese era el sueño que tenía a aquella edad. Recuerda a Loretta Knowles, la primera chica con la que cruzó la barrera de la ropa, y recuerda que la primera vez que se metieron mano el uno al otro fue dentro de un cine, viendo una comedia romántica bastante poco graciosa, aunque ese detalle no le preocupó lo más mínimo desde el momento en que sintió aquel calor húmedo en la entrepierna de la chica. Loretta, que siempre llevaba coletas y tenía unos ojos negros como el carbón pero la piel era de un perfecto tono miel, jamás quiso pasar de jugar con las manos. Tyrone recuerda que le masturbó un par de veces y que él le propuso hacerlo pero ella se negó. También recuerda que en aquella época le frustraba no entender el por qué.

La pierna derecha vuelve a amagar. Tyrone grita y trata de afianzarla. La mujer del corte de pelo militar logra encajar su pecho entre la puerta y el marco. Chilla con desesperación y zarandea la cabeza de un lado a otro mordiendo el aire una y otra vez. El chasquido que hacen sus dientes al chocar le hace pensar a Tyrone en una guillotina.

Se obliga a no pensar en ello. Recuerda a Denzel y John *Lagarto* Campbell, dos de sus mejores amigos de la veintena, con los que se corrió todas las juergas posibles e hizo miles de locuras propias de la edad. Denzel era un tipo muy hablador y *Lagarto* tenía muchas ocurrencias pero era más introvertido. Los tres formaban un grupo bastante compenetrado. Acabaron perdiendo el contacto por cosas de la vida. Denzel encontró un trabajo que le hizo mudarse a Detroit y *Lagarto* se casó, tuvo dos hijas y empezó a llevar otro ritmo de vida. Para entonces, Tyrone ya trabajaba como

guardia de seguridad en un centro comercial, pero las noches las dedicaba aún a salir de fiesta y emborracharse. De aquella tenía nuevos compañeros de alcohol, la mayoría guardias de seguridad como él, compañeros de la empresa. Nunca volvió a conectar con nadie como lo había hecho con *Lagarto* Campbell y Denzel.

Los músculos de su pierna derecha pierden la batalla de resistencia a la que están sometidos y la pierna se le dobla. El empuje bestial de los muertos contra la puerta del vestuario se carga de repente sobre su pierna izquierda. Tyrone aprieta la mandíbula y tensa los músculos de su cuello pero es evidente que es una batalla perdida. Resiste unos segundos, más tiempo del que parecería humanamente imposible, pero al final su pierna izquierda cede también. La taquilla y él mismo se ven desplazados contra la pared cuando la puerta se abre de golpe dejando pasar a los muertos. Se abalanzan sobre él con rabia y le agarran de los brazos, del cuello, de la ropa, del pelo, tirando y rasgando la carne con sus uñas muertas y sucias. Le clavan los dientes, le arrancan la carne y le abren las entrañas. Tyrone sigue vivo mientras su sangre salpica las paredes del vestuario y se derrama por el suelo acompañando a sus intestinos. Sigue vivo cuando la mujer del corte de pelo militar le arranca el labio inferior de un mordisco. Sus gritos se mezclan con los de los muertos.

Y así, compañero, ya sólo quedan diecinueve.

Ozzy aprieta los puños y se estremece al sentir un escalofrío recorriéndole el cuerpo.

—Vero... no creo que me quede mucho tiempo.

Verónica le mira con los ojos empañados en lágrimas, frustrada por no poder hacer nada. A su lado, Emma les mira a ambos con preocupación, y a Ozzy con miedo también. Entre las dos, le han colocado una gasa al hombre sobre la herida y la han sujetado con una venda. La camiseta manchada de sangre de Ozzy está tirada en un rincón del cuarto de baño.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Emma.

—Ozzy —Verónica le toca la mejilla con los dedos en un gesto amable. Le sorprende comprobar que está ardiendo—, ¿crees que podrás aguantar?

—No lo sé. Supongo que sí. Tengo mucho calor.

—Estás sudando. Creo que tienes fiebre.

—Oh.

Verónica y Emma intercambian una mirada de preocupación.

—¿Te gustaría rezar, Ozzy? —pregunta Emma—. Yo puedo quedarme contigo.

Verónica alza las cejas sorprendida. Todo el cuerpo de Emma le está diciendo que tiene miedo y sin embargo, está dispuesta a ayudar a un hombre herido al que ni siquiera conocía antes de la epidemia, y pasar con él sus últimos momentos. A Verónica le parece encomiable.

—Supongo que no estará de más pedir perdón. Por si acaso.

Ozzy esboza lo que quiere ser una sonrisa pero se queda en mueca. Emma le agarra de las manos. Verónica se percata del gesto de sorpresa de la mujer al tocarle y sentir el calor que emana su cuerpo. Ozzy apoya la cabeza contra la pared con gesto cansado.

—Si ves que empieza a apagarse demasiado —le dice Verónica—, me llamas.

—Lo haré —responde Emma—. ¿Qué quieres rezar, Ozzy?

—Sólo me sé el Ave María. Y no estoy seguro de acordarme. —Habla demasiado despacio para el gusto de Verónica, como si le costara mover la lengua. Y tiene los ojos cerrados. Y su respiración es ruidosa y lenta.

—Rezar es como andar en bicicleta —asegura Emma—. Nunca se olvida.

Verónica tiene ganas de llorar. Le duele ver a Ozzy así. Le duele porque le recuerda a toda la gente a la que quería y que ha muerto desde que empezó todo esto. Y es demasiada gente para soportarlo. Se obliga a apartar ese pensamiento de su cabeza y sale del cuarto de baño hacia el recibidor. El resto, a excepción de Brad, están reunidos junto a la puerta principal. Shane está mirando a través de la mirilla y silbando de asombro. Verónica localiza a Brad sentado cabizbajo en los escalones que conducen al piso de arriba. Se da cuenta de que el hombre ha perdido peso. No le importa.

—¿Cómo está? —pregunta Tom.

—No creo que dure mucho tiempo. Emma y él están rezando.

Rodger lanza una mirada inquieta hacia la puerta del baño. La que está dentro no deja de ser su mujer, y está allí rezando con un hombre moribundo que se convertirá en uno de esos monstruos asesinos cuando perezca. Pero no es su mirada la que llama la atención de Verónica. Es la mirada que le dedica Tom a Neil de forma disimulada. Un gesto que quiere preguntar «¿ves lo que te dije?» y que a ella no le pasa desapercibida.

—Vamos a necesitar armas —dice Neil.

—Tíos, es flipante —dice de repente Shane, apartándose de la puerta y girándose para mirarles, señalando la mirilla—. Parecen chiflados. Y hay uno que todavía lleva puesta una gorra de baseball.

—Armas —repite Neil, ignorando el comentario de Shane.

—Arriba tengo una pistola —dice Tom.

—Yo he dejado el rifle de caza en el salón, junto con la mochila llena de comida —responde Neil.

—Podríamos utilizar también el atizador de la chimenea —propone Tom.

—¿Pero creéis que van a entrar? —pregunta Rodger, alarmado—. La puerta es de seguridad, no creo que puedan derribarla, por mucho que golpeen.

—Más vale prevenir que curar —le dice Tom. Después mira a Verónica—. Tú has estado en esta situación antes. ¿Qué recomiendas?

—Apoyo la idea de conseguir armas.

Tom asiente, como si lo diera por hecho y aquello sólo sirviera para validar su opinión.

—Iré a por mi pistola —dice, empezando a subir las escaleras.

Brad se hace a un lado para dejarle pasar. Verónica da un paso hacia el salón. Neil se coloca entre ella y la puerta.

—Con cuidado —dice él.

Neil abre la puerta del salón despacio y se asoma. Por el ventanal del fondo puede ver movimiento en el jardín de zombies que van y vienen, merodeando. Verónica y Shane se asoman a su lado.

—¿Podrán vernos? —pregunta Shane.

—Creo que no. La casa está oscura y el cristal les reflejará a ellos —responde Neil.

Pero Shane no se mueve. Neil da un paso adelante y se queda quieto, de pie, mirando al ventanal y las sombras que se mueven al otro lado. Un momento después resulta evidente que no se percatan de su presencia.

—No hagáis ruido —murmura.

Camina despacio, pisando con cuidado, hasta alcanzar el sillón sobre el que ha dejado la mochila de comida y el rifle de caza. Lentamente, como si se estuviera moviendo a cámara lenta, se carga la mochila en el hombro izquierdo y coge el rifle

con la mano derecha. Se da cuenta de que Verónica está a su lado. Ninguno de los dos pierde de vista el ventanal.

—¿Dónde está el atizador? —pregunta Verónica susurrando.

Neil señala con la cabeza hacia la chimenea. Verónica camina en esa dirección. Su pierna derecha tropieza con una butaca, desplazándola menos de dos centímetros hacia atrás. El sonido de las patas al deslizarse por el suelo se les antoja tan estruendoso como la explosión de un tanque de gasolina. Verónica se queda paralizada. Neil, que estaba regresando hacia la puerta, se agacha y se queda quieto también.

—No te muevas —le advierte a Verónica.

Neil está mirando hacia el ventanal, y si lo hacemos nosotros también veremos que, tras el cristal, una de las figuras se ha detenido y ha girado la cabeza en su dirección, alertada por el ruido. Desde donde están y debido a lo oscuro de la noche es imposible distinguir sus facciones, pero sí pueden ver sus dedos agarrotados y engarfiados. La criatura está moviendo la cabeza, buscando.

Verónica se obliga a no mover ni un músculo. Con el rabillo del ojo puede distinguir la figura que desde el jardín mira hacia el ventanal del salón. Cuando la criatura se mueve, Verónica está a punto de salir corriendo. Pero aguanta. El monstruo, al otro lado, da dos pasos hacia el cristal y después se desvía, saliéndose de su vista. Verónica deja salir todo el aire de sus pulmones, con alivio.

—Joder —murmura Shane, que está mirando desde la puerta.

Verónica se agacha junto a la chimenea y coge el atizador. Es pesado, de hierro pintado de negro, y en el extremo utilizado para remover la leña termina en forma de pico. Luego se levanta y regresa al recibidor, poniendo especial cuidado en no volver a tropezar con nada. Neil cierra la puerta del salón una vez ella ha cruzado.

—Ha estado cerca —dice ella.

—Creo que en esta mochila hay barritas energéticas y algunas latas de conserva. Nos vendrá bien comer algo —asegura Neil, abriendo la cremallera.

Subamos las escaleras mientras Neil rebusca en el interior de la mochila y reparte barritas energéticas a Shane, Brad, Rodger y Verónica. El piso de arriba tiene cuatro habitaciones. La que nos interesa en este momento es la última puerta de la izquierda. Al otro lado se encuentra el despacho de Tom Ridgewick, un espacio sobrio y formal dominado por un gran escritorio compacto de madera oscura sobre el que hay un tapete negro, un recipiente metálico con varios bolígrafos, el estuche de una pluma y un pequeño trofeo dorado que Tom recibió varios años atrás como condecoración por participar en un negocio exitoso que reportó a su empresa una gran cantidad de dinero. El trofeo en sí tiene forma abstracta, es una especie de esfera de la que salen tres arcos que se entrecruzan. No tiene ni placa ni nada y para Tom no tiene el menor valor sentimental. Lo utiliza como pisapapeles cuando tiene papeles sobre los que ponerlo.

El suelo está cubierto por una alfombra de color beige. En la pared lateral hay dos



estanterías macizas del mismo color que el escritorio, repletas de libros y enciclopedias. En la pared contraria hay colgado un cuadro de dos metros de ancho por dos de alto, muy sobrio y poca variedad cromática, dominando el negro, el marrón, el beige y pinceladas de granate.

Tom está delante del cuadro.

Al levantarlo y dejarlo en el suelo, junto al escritorio, deja a la vista una caja fuerte empotrada. Del cajón superior del escritorio, Tom saca una caja de cerillas. La abre. En el interior no hay ninguna cerilla, tan sólo una llave que introduce en el hueco destinado a ello en la caja fuerte. Después, gira el dial primero hacia la derecha, luego hacia la izquierda y finalmente otra vez a la derecha hasta oír el pequeño clic que anuncia que la puerta está abierta. Tom tira de ella.

En el interior hay una caja con incrustaciones de mármol. A su lado, dos fajos de dinero. Tom saca la caja y cierra la puerta, sacando la llave de la cerradura al hacerlo. Se sienta en la silla giratoria que hay detrás del escritorio con la caja en la mano, mirándola con cierta ceremonia. Y finalmente la abre.

Dentro hay un revólver.

Se trata de un Colt y en realidad es una pieza de coleccionismo. Tom la compró en una casa de subastas. Se enamoró de la culata labrada y ornamentada y pagó un precio bastante caro por ella. En teoría, por lo que sabe Tom, el arma funciona y puede disparar, pero él nunca la ha utilizado. La engrasa y la limpia a conciencia de forma regular, pero no ha querido disparar con ella. A pesar de tener una caja de munición.

Ahora, la saca de la caja y la sopesa. Con delicadeza, más de la que haya utilizado nunca con ninguna mujer, abre el cargador y empieza a meter balas. Cuando termina y cierra el cargador, se queda mirando la culata, impresionado por su belleza. Después se levanta y se coloca el arma en la cintura.

Es entonces cuando empiezan los gritos en la planta de abajo.

Al salir al exterior, el frío le golpea con fuerza sorprendiéndola. Sandra se queda quieta junto a la puerta de la casa y se coloca mejor la bata sobre los hombros. Aun así, es poco abrigo el que lleva y no quiere coger un resfriado. Sólo va a ser un momento, pero a pesar de ello decide no arriesgarse.

En el sillón del salón hay una manta que siempre utiliza para taparse mientras ve la televisión. La coge y se la echa por encima de los hombros. Tampoco serviría para internarse en la Antártida, pero para dar un pequeño paseo hasta la calle y comprobar si se ha ido la luz en todo el vecindario cree que es suficiente.

Regresa al jardín. Desde allí es bastante evidente que no hay electricidad en la calle. Todas las farolas están apagadas y la sensación es de oscuridad, pero Sandra ni siquiera piensa en eso. Comienza a cruzar el jardín en dirección a la puerta que comunica con la calle cuando se le sale una de las zapatillas del pie y al apoyarlo en el césped nota que está húmedo. Levanta la pierna, quedándose a la pata coja y buscando la zapatilla.

—Mierda —murmura.

La encuentra y trastabillea para ponérsela. Al levantar la cabeza, se da cuenta de que hay alguien tumbado en una de las hamacas, junto a la piscina, tamborileando con los dedos sobre su propio pecho. La oscuridad le impide distinguir quién es, pero su cerebro, embotado por efecto de las pastillas, le asegura que sólo puede ser una persona.

—¡Neil! —grita, cruzando los brazos sobre el pecho.

Neil no le obedece. En primer lugar porque, como bien sabemos, no es Neil. En segundo lugar, porque Rick está escuchando a Slipknot a todo volumen y eso le impide oír el grito de Sandra, que empieza a andar hacia él dando grandes zancadas.

—¡Neil, te estoy llamando! —grita Sandra—. ¡No me ignores cuando te hablo!

Odia cuando Neil hace eso. En más de una ocasión, cuando Sandra la lúcida sale a escena, se ha preguntado qué ha hecho mal en la vida para criar un hijo tan maleducado e insolente. A veces, Sandra le teme. En 1993, cuando aún iba al cine de vez en cuando, vio una película protagonizada por Macaulay Culkin titulada *El buen hijo*. A Sandra, Neil le recordaba a ese niño en más de una cosa.

Se detiene cuando está a menos de un metro de la tumbona. Desde ahí puede oír la música que sale de los cascos que lleva puestos el chico que está tumbado en ella, y también puede ver que no es su hijo, sino uno de sus amigos. Le parece oír también cierto jaleo proveniente de la calle. Sandra la lúcida se hubiera extrañado. Esta Sandra suspira, preguntándose dónde demonios estará Neil y qué coño hace ese chico tumbado allí como si esta fuera su casa, y después se da la vuelta y empieza a caminar hacia la calle. Aunque en realidad ya no recuerda qué pretendía hacer allí, y hace frío. Mientras camina se pregunta por qué había salido de casa. Odia cuando le pasa eso.

La canción que está sonando en este momento en el discman termina con un aullido de Corey Taylor. Rick alza la mano, completamente emocionado y en sintonía con la música, y abre los ojos. Sobre él, el manto estrellado que es el cielo. Por el rabillo del ojo percibe un movimiento, y Rick gira la cabeza. Al principio, no comprende la mancha oscura que camina por el jardín y su corazón se acelera al pensar en monstruos y vampiros. Luego comprende que se trata de una manta y distingue el pelo de Sandra.

No sabe por qué, pero se incorpora. Tal vez sea por el susto estúpido que se ha llevado, pero el caso es que Rick se sienta y apoya los pies en el suelo al mismo tiempo que se quita el casco del oído derecho. Slipknot vuelve a atronar en el izquierdo, pero no lo suficiente para impedirle oír el jaleo.

Se extraña.

Rick se saca el otro auricular y se pone en pie, dejando el discman encendido encima de la tumbona. Los cascos caen al suelo, soltando su música a la tierra en la que caen. Rick conoce ese ruido porque ha estado muchas veces encima del muro. Le gusta tirarles piedras a los muertos. No deja de asombrarle ver que los impactos les producen heridas que en cualquier persona normal les dejarían inconscientes o tambaleándose de dolor, mientras esas cosas ni siquiera parecen sentir el golpe. Al principio, al menos, ese era el motivo.

Después, empezó a disfrutar lanzando piedras y tratando de causar el mayor daño posible. Le encantaba golpear las bocas de las criaturas y ver cómo saltaban sus dientes. Esos seres ni siquiera se enfadaban por ello. Seguían gritando y tratando de cogerle. Y él les lanzaba piedras, directas a la frente, a los ojos, a las narices.

—¡Señora Ridgewick! —grita. Porque suenan demasiado cerca. Como si estuvieran en la calle, de hecho.

Sandra no se gira y Rick empieza a correr, gritándole que se detenga. Sandra, esa figura oscura con una manta sobre los hombros que en la oscuridad de la noche parece una larga y sinuosa capa, se detiene al llegar junto a la puerta y allí sí, se gira y vuelve la cabeza. Rick está corriendo hacia ella, gritándole que no abra la puerta. Desde el otro lado, alguien golpea la puerta metálica, con insistencia, como lo haría alguien que quiere entrar por encima de todas las cosas. Y Sandra, que sigue mirando hacia Rick con expresión aturdida, por pura inercia en respuesta a los golpes, gira el manillar que abre la puerta.

Mark echa a correr antes de que Logan tenga tiempo de reaccionar. Prácticamente vuela sobre el muro.

—¡Mark!

Logan echa un vistazo a los zombies que han estado a punto de comerse a Mark y se encoge de hombros. Tampoco tiene nada que hacer ahí. Se guarda la pistola, sin balas y con la culata manchada de sangre y sesos, y se lanza a la carrera tras Mark, pensando en que basta una sola mala pisada para caer al suelo. En el mejor de los casos, se rompería el cuello en la caída y eso sería el final.

—¡Mark, espera!

Mark se detiene y vuelve la vista atrás. Espera a que Logan le alcance.

—Voy contigo.

—Tengo que encontrarla antes que ellos —casi ruega Mark.

—¿Dónde está?

—Stan se la llevó a casa. Es... —Mark mira hacia delante. En la oscuridad, resulta difícil orientarse, pero acaba señalando el techo de un chalet—, aquella.

—Tendremos que cruzar varias parcelas para llegar hasta allí. Y una calle.

Mark le mira, suplicante.

—Bueno, empecemos. Los jardines deberían estar vacíos y si no hacemos ruido, puede que logremos no llamar su atención.

Mark y Logan saltan al interior de una parcela y miran a su alrededor. Nada se mueve allí y la puerta que lleva a la calle está cerrada. Mark no sabe de quién es esa casa, pero intuye que es una de las que están deshabitadas la mayor parte del año, utilizadas como residencia de verano o algo así. Todas las persianas están bajadas.

—Vamos —susurra Logan.

Se ponen en marcha. Cruzan el jardín hasta llegar a la frontera con la siguiente parcela. Un seto bien cuidado y frondoso les impide ver al otro lado.

—Supongo que en medio hay una verja de separación —dice Logan.

—¿Cómo cruzamos?

Logan mira a su alrededor, pero el jardín está vacío. Entrecruza las manos y se las ofrece a Mark para que apoye el pie. Mark le mira, dudando, y Logan se encoge de hombros. Finalmente, apoya el pie en las manos de Logan y este le impulsa hacia arriba. Agarrándose al seto, Mark intenta afianzarse en algún sitio para poder saltar al otro lado, pero cada vez que apoya su peso en el seto, este cede y amenaza con dejarle caer. En un momento dado pierde pie y cae, arañándose la cara y derribando a Logan en el proceso. Mark se pone de pie, nervioso.

—¡Tenemos que cruzar!

—Tranquilo...

—¡No puedo estar tranquilo! ¡Paula podría estar en peligro!

Logan asiente y le indica que guarde silencio poniendo el dedo índice sobre sus

labios. Mark obedece a regañadientes y Logan mira de nuevo alrededor. El jardín, otra vez, no ofrece ninguna ayuda.

—Por debajo —dice Mark.

—¿Cómo?

—Por debajo.

Mark se agacha y aparta unas ramas del seto, lo suficiente para tener visible la verja que separa los dos jardines. Logan se agacha junto a él, reticente.

—No son verjas de seguridad. No están ahí para impedir que alguien entre. Son meramente divisorias.

—¿Y? —pregunta Logan.

—Que no estarán enterradas. Podemos levantar la parte baja de la verja y atravesar por aquí.

Logan suspira y se encoge de hombros. Mark se arrastra por el suelo y agarra la parte inferior de la verja con las manos. Intenta doblarla hacia arriba, pero encuentra que es más resistente de lo que pensaba. Logan le mira hacer y se pone en pie.

—La escalera nos vendría de puta madre ahora mismo.

Mark agarra un pequeño palo, de veinte centímetros de largo y no más ancho que el cuello de una botella de coca cola, y empieza a cavar bajo la verja. Se mueve rápidamente, impulsando la tierra hacia su espalda. Logan se aparta para evitar que la tierra le golpee y resopla.

—Venga ya...

Pero Mark no le hace caso. Sigue rascando la tierra con un impulso sobrenatural. Logan se da la vuelta y camina hacia la casa. Ve un sensor de alarma junto a la puerta, pero en la situación en la que se encuentran ese sensor no tiene la menor utilidad. Se detiene en el porche. Hay dos sillones y un par de mesitas bajas, todo cubierto por plásticos para la lluvia. Nada que le sirva. Se gira de nuevo y mira a Mark, que continúa tumbado en el suelo lanzando tierra hacia su espalda.

Se le ocurre. Casi se imagina la bombilla encendiéndose junto a su cabeza. Corre de regreso hacia donde está Mark.

—Eh —le susurra. Mark no se detiene. Logan se agacha y le agarra del brazo. Ahora sí, Mark se gira y le mira, reprochándole que le haya detenido con la mirada. Logan sonrío—. Tengo una idea mejor que el pequeño hoyo de la gran evasión que estás haciendo.

—Dime.

Logan le tiende una mano que Mark tarda unos segundos en aceptar.

—Sigo diciendo que por arriba es mejor que por abajo.

Logan lleva a Mark hasta el recibidor de la casa y le señala los sillones cubiertos. Mark frunce el ceño.

—Tan sencillo como parece. Llevamos los sillones hasta allí, los usamos para subir. Fácil, rápido y sin arrastrarnos por el suelo.

Dicho y hecho, levantan la cubierta de plástico de uno de los sillones. De

estructura de aluminio, el sillón es de rattan oscuro. Entre los dos lo cargan hasta el seto en medio minuto y regresan corriendo a por el segundo sofá. Este es más largo que el anterior, pero no les lleva mucho tiempo llevarlo hasta donde han dejado el primero. Jadeando, lo dejan en el suelo junto al otro y después lo colocan en vertical y lo dejan caer sobre el seto, para que quede inclinado.

Valiéndose del primer sofá como escalón, Mark escala por el que han dejado inclinado por el seto y se asoma por encima para ver el jardín de enfrente. Levanta una mano cerrada con el pulgar alzado, y se prepara para saltar. Son casi dos metros de caída y Mark teme romperse algo. Sin embargo, la urgencia que siente por localizar a Paula le puede mucho más y Mark salta.

El impacto contra el suelo es duro y Mark flexiona las piernas tratando de minimizarlo. Rueda por el suelo y se queda tendido boca arriba, respirando agitado. Antes de moverse se asegura de no haberse hecho daño. Jadeando, se incorpora y mira hacia arriba. Logan ya está encaramado al sillón de rattan inclinado sobre el seto y salta. Su caída resulta bastante mejor que la de Mark. Logan se incorpora.

—Vamos a por la siguiente —dice.

Se disponen a cruzar el jardín a la carrera, Mark suplicando en silencio que cruzar al siguiente chalet sea más sencillo cuando, apareciendo desde el lateral de la casa, aparece una figura oscura avanzando hacia ellos.

Rick se lanza sobre Sandra mientras grita que no abra la puerta. Es demasiado tarde y ella ya ha movido el manillar, desbloqueando la puerta que se abre de golpe, embestida por el otro lado, pero el salto de Rick llega a tiempo para derribar a Sandra y apartarla del camino de la puerta. Ambos caen al suelo y ruedan por la tierra húmeda convertidos en una maraña de piernas y brazos, con la manta que normalmente utiliza ella para taparse mientras ve la televisión sobrevolando por encima de ellos.

En realidad, eso les otorga unos segundos. Los cinco muertos que atraviesan la puerta prácticamente galopando lo hacen corriendo hacia delante y sin reparar en las figuras que ruedan a un lado. Buscan con la mirada a sus víctimas sin dejar de correr hacia la casa, sin encontrar nada, gruñendo y moviendo la cabeza con frenesí. Eso le da tiempo a Rick a incorporarse de rodillas. Desde donde está, ve las espaldas de cinco de esos monstruos, y palidece al instante. Tal vez está demasiado oscuro para que puedas apreciarlo, pero al menos sí que puedes ver como la parte inferior de su mandíbula se descuelga por el asombro.

—¿Qué coño haces? —grita Sandra.

Y Rick le lanza un manotazo intentando silenciarla, pero evidentemente es demasiado tarde. Las cinco criaturas vuelven las cabezas, feroces, y les localizan en centésimas de segundo. El tiempo que les lleva también girar sus cuerpos y empezar a correr hacia ellos. Y Rick se pone en pie de un salto y tira de Sandra para ayudarla. Incomprensiblemente para Rick, la mujer se resiste y trata de apartarle de ella. Rick está tan paralizado mirando a los seres que corren hacia él que ni siquiera se da cuenta de que ella le está evitando.

Actuando por impulso, Rick coge la manta y se la lanza a los dos muertos más cercanos. Cegados al caerles encima, los muertos trastabillean y se retuercen furiosos, chocando con los que vienen detrás. Rick tira de Sandra con un grito. Ahora sí, la mujer se pone en pie, y la bata se le ha descolgado de uno de los hombros dejando a la vista su sujetador blanco con encaje. Rick vuelve a tirar de ella, tratando de ponerla en marcha. A Sandra se le escapa una de las zapatillas y grita, intentando recuperarla. Rick está a punto de caer al suelo, y mira hacia atrás, y realmente no podemos culparle por lo que hace a continuación. Los muertos están demasiado cerca y Sandra se resiste a ser salvada. No entiende por qué, pero no quiere correr. Es casi como si no se diera cuenta de lo que está pasando. Pero Rick puede verles, ya casi encima de ellos, y hay más entrando por la puerta, y los dos a los que cegó cubriéndoles con la manta han logrado desembarazarse de ella y también está corriendo hacia ellos, así que Rick toma una decisión en un milésima de segundo y suelta la mano de la mujer.

Y Rick corre, sintiendo que su pecho va a estallar por la falta de costumbre, y Sandra, liberada, da un paso atrás buscando con el pie la zapatilla que se le ha escapado. El primero de los muertos choca contra ella, embistiéndole como un toro y

clavando sus dientes justo debajo de la oreja. Con el golpe, Sandra sale despedida y cae hacia atrás. Las dos zapatillas vuelan de sus pies. Ella cae despatarrada, gritando por el dolor, mientras el zombie que la ha alcanzado primero levanta la cabeza dando un tirón y arrancando un trozo de carne del diámetro de una bola de billar. La sangre empieza a caer sobre el césped, tiñéndolo. Sandra chilla, un sonido que se parece más y más al que producen los cerdos camino del matadero. Mientras el primer muerto mastica, otros tres más caen sobre la mujer, que agita los brazos y lanza golpes con ellos sin conseguir ningún efecto. Uno de los muertos agarra al vuelo una de sus manos, apretando los dientes con tanta fuerza que los huesos de los dedos se rompen. La bata se tiñe de sangre. Sandra muere cuando una chica, que debió ser guapa cuando estaba viva, le arranca la tráquea de un mordisco.

Y así, la cuenta baja a dieciocho.

Rick no es testigo de la muerte de Sandra, aunque la escucha, porque no mira atrás ni una sola vez. Le da pánico descubrir que están detrás de él, y durante la carrera le parece sentir en todo momento los dedos gélidos de uno de esos monstruos a punto de agarrarle el cuello. Corre a más velocidad de la que le permiten sus pulmones, demasiado habituados al tabaco y poco al ejercicio. Y se da cuenta de que no hay ningún sitio donde ocultarse, de que ha dejado la casa atrás y a la derecha y por delante de él sólo hay un seto, de casi dos metros de altura, sin puertas traseras ni agujeros en los que esconderse. Desesperado y con la mente totalmente bloqueada por el miedo a los dedos fríos que le parece sentir a punto de cogerle, no sólo no se da la vuelta para buscar la relativa seguridad de la casa, si no que sigue corriendo hacia delante casi con más ímpetu.

Y se lanza sobre el seto.

No sé si alguna vez habrás hecho la prueba, pero escalar un seto es algo casi imposible dado que carecen de ramas fuertes en las que apoyar el peso. Claro que también es imposible sobrevivir a un accidente de avión, y hay gente que lo consigue. Rick sube como si fuera una araña. Mueve las manos y los pies tan rápido que en realidad parece volar sobre la planta. Es el efecto del miedo.

Pronto se encuentra encima de él y después cayendo hacia el jardín que da a la parte trasera de la casa de Sandra y Neil Ridgewick.



Logan levanta la pistola y coloca los pies de forma que pueda lanzar un golpe en cuanto la figura les ataque. Mark aprieta los puños, sintiéndose tan indefenso como inútil en un ataque.

La figura oscura que tienen delante levanta las manos y se detiene.

—¿Estáis bien?

Tanto Mark como Logan se relajan al escuchar la voz. Comprueban que se trata de Pablo Collantes al acercarse. Se encuentran en el jardín de los Finney y el jardinero les sonríe cuando llegan hasta él.

—Los zombies han entrado en la urbanización.

—Lo sé, los he visto —responde Pablo—. ¿Cómo ha ocurrido?

—No tengo ni idea —responde Logan.

—Cuando subimos al muro me fijé en la puerta principal. La verja estaba cerrada —asegura Mark.

—Entonces... o han encontrado una forma de entrar o alguien ha abierto la puerta, ha dejado pasar a unos cuantos y después ha vuelto a cerrarla.

—¿Quién haría algo así? —pregunta Pablo, extrañado.

Logan se encoge de hombros y luego mira a Mark. Este tiene el ceño fruncido, concentrado en algo, y un momento después se gira para mirar a Logan.

—Marsha —dice.

—¿Tú crees?

—Fue la primera que gritó. Y el sonido venía de la puerta.

—No, si posible es —asegura Logan, encogiéndose de hombros—. Pero por muy jodida que estuviera por la muerte de su hija, su hijo pequeño sigue estando vivo y aquí dentro. Al abrir la puerta le estaría condenando. Y si lo que quería era castigarnos a todos, ¿por qué cerrarla después?

—No lo sé —responde Mark—. Y no me importa. Tenemos que ir a buscar a Paula.

—Pero ojalá tengas razón —advierte Logan—, porque si han encontrado una forma de entrar por sí mismos, entonces estamos jodidos porque cada vez serán más y más.

Mark empieza a andar con urgencia. Al pasar junto a Pablo, este le sujeta por el brazo.

—¿Paula es la niña?

—Sí. Tengo que ir a por ella antes de que la alcancen.

—¿Y tú le estás ayudando? —pregunta Pablo, mirando a Logan.

—¿Por qué no? —responde Logan, escupiendo al suelo con pasotismo.

—Imagino que te vendría bien algo con lo que defenderte —le dice Pablo a Mark.

Se miran un momento y Mark acaba asintiendo con la cabeza. Pablo les hace un gesto para que le sigan y los dos hombres caminan detrás de él. Detrás de la piscina,

los Finney tenían construido una pequeña caseta para el material de piscina y jardinería. Pablo abre la puerta y busca el interruptor con la mano antes de recordar que no hay luz. Se acerca a la esquina donde guarda su material y agarra una pala.

—Son mis herramientas de trabajo, pero nos vendrán bien —asegura Pablo.

Le entrega la pala a Mark, que la sopesa en las manos. Pablo agarra un rastrillo y se lo tiende a Logan. Antes de cogerlo, este se guarda la pistola en la cintura.

—¿Vas a venir con nosotros? —pregunta Mark.

—Sí —Pablo levanta una azada y se la coloca al hombro—. La perspectiva de quedarme aquí sin nada más que hacer que esperar a que me encuentren no me motiva demasiado.

—Gracias —Mark le tiende la mano. Pablo se la estrecha. Mark mira a Logan—. Gracias a los dos.

Logan sonrío y asiente con la cabeza, hermético.

Un grito de dolor cercano les hace estremecerse y darse la vuelta. Logan sale del cobertizo blandiendo el rastrillo, pero el jardín sigue vacío y sin rastro de zombies. Mark y Pablo le alcanzan un segundo después. Están en tensión y sujetan sus recién adquiridas arma con fuerza.

—Creo que ha sido en el jardín de al lado —murmura Pablo.

—¿Quién vive ahí? —pregunta Logan.

Antes de que Pablo tenga ocasión de preguntar, la figura de un hombre aparece volando por encima del seto que sirve de separación a las dos parcelas, como si de un Supermán de pacotilla se tratara, agitando las manos como queriendo remontar el vuelo y con el rostro desencajado por el miedo. Rick se precipita hacia el suelo a escasos cuatro metros de ellos tres y se estrella contra la tierra violentamente. Los tres hombres reaccionan con gestos de dolor en las caras y se quedan quietos, esperando, y sin ceder ni un poco la fuerza con la que agarran las armas.

Dispuestos a lanzarse sobre Rick si cuando se levante da muestras de haberse transformado.

Pero Rick no se mueve. Se queda tendido en el suelo, boca abajo, tan inmóvil que Mark y Pablo se miran dubitativos. Logan da un par de pasos hacia el chico, con cautela. Entonces, Rick se incorpora de golpe, tomando aire como si hubiera estado bajo el agua hasta el límite de sus fuerzas y ahora emergiera. Logan se asusta y lanza el rastrillo hacia delante. Lo único que salva a Rick de quedar ensartado es la distancia. Si Logan hubiera dado dos pasos más, el rastrillo se hubiera hundido en el pecho del chico. Por suerte, Logan se ha quedado a medio camino y el rastrillo no alcanza a darle.

Rick empieza a toser y se sienta desorientado. Le sangra la nariz y tiene los dientes manchados de sangre también porque se ha roto el labio y la nariz en la caída. Al verles, sonrío estúpidamente. No se levanta.

—¡Tíos! —dice—. ¡Hay zombies!

Levanta una mano para señalar al jardín del que viene. Al otro lado del seto

pueden escuchar gruñidos y pasos y hasta el ruido que produce una persona al chocar contra un seto. La valla resiste.

—Creo que se han comido a la señora Ridgewick —dice Rick, mirándose la mano manchada de su propia sangre tras pasársela por la cara—. Joder, tío, me sangra la nariz. Menuda ostia me he dado.

—Ni que lo digas —le contesta Logan.

Mark se adelanta para situarse junto a Logan.

—Tengo que seguir adelante.

—Sí, sí, ya lo sé. Paula.

Mark asiente, nervioso. Logan suspira.

—Chaval, ¿cómo te llamabas?

—Rick.

—Mira, Rick —dice Logan, agachándose para quedar a la altura del chico—, vamos a cruzar hasta la casa donde vivían ellos —señala a Mark—, porque vamos en busca de la niña.

—No podéis —asegura Rick, parpadeando—. Hay zombies.

—Sabemos que hay zombies. Tenemos un par de bazookas para defendernos —con un gesto, señala el rastrillo.

Rick lo mira sin comprender. El golpe le ha dejado aturdido y le cuesta pensar. Aunque cualquier profesor que le haya tenido como alumno en su vida te aseguraría que nunca ha sido el chico más espabilado del mundo.

—Es un rastrillo —murmura.

—Claro, campeón. ¿Te vienes o te quedas?

—Me siento un poco mareado —responde Rick, tapándose la nariz sangrante con el dorso de la mano y haciendo un gesto de dolor al tocarse la nariz.

—Pues ya está todo dicho —responde Logan incorporándose. Después se gira hacia Mark y Pablo—. ¿Por dónde?

—Podríamos cruzar a esa parcela —dice Mark, señalando a su izquierda—. Si no calculo mal, ese chalet hace esquina y su puerta da a la calle principal de San Mateo. Ahí tendremos que salir a la calle y cruzar. La casa de Ace está enfrente. Es donde nos hemos estado quedando.

—Cojonudo —Logan mira a Pablo—. ¿Tendrías por casualidad una escalera? Lo de escalar sillones es más complicado de lo que parece.

Pablo no entiende la referencia de los sillones y mira extrañado a Logan, pero asiente la cabeza ante la pregunta sobre la escalera y regresa al cobertizo. Logan mira a Mark.

—Lo de cruzar la calle va a ser peligroso —le advierte.

—Lo sé.

Logan asiente. Pablo sale un momento después cargando una escalera. Los tres caminan hacia la parcela que ha señalado Mark. Rick les observa desde el suelo donde sigue sentado, taponándose la nariz con el dorso de la mano. Intenta

incorporarse, pero se encuentra demasiado mareado como para conseguirlo. Al final, resopla y decide quedarse donde está. Al menos un rato más.

Eso sí, no puede evitar una mirada inquieta hacia el seto por el que él ha saltado. Puede escuchar a los muertos al otro lado.

¿Te acuerdas de la última conversación que tuvieron Rachel Morris y su marido antes de que él le asegurara que llegaría a casa en un rato, que creía que era fácil esquivar a los pocos zombies que había por su zona, llegar al coche y conducir hasta casa? Seguro que te acuerdas, tienes memoria. Rachel sí recuerda la conversación, palabra por palabra. Y ahí la tienes, reviviendo en su mente las últimas cosas que le dijo su marido, mirando con gesto distraído la foto enmarcada que hay sobre la mesita de noche, casi sin darse cuenta de que Axel patatea en sus brazos porque le está apretando con mucha fuerza.

Ace, mientras tanto, está apoyado contra la pared, mirando con disimulo a través de la ventana. Ha sido capaz de contar veintitrés zombies merodeando por el jardín de los Morris, veintitrés exactos, a los que ha nombrado según su rasgo más distintivo. Por ahí abajo, moviéndose como gallinas en un corral, de un lado a otro, los brazos caídos a los lados y expresión ausente en los rostros, tenemos a gente como *Frac*, un hombre que tiene todo el aspecto de haber muerto camino de una boda o en plena celebración de la misma, a tenor del frac que lleva puesto y que ahora presenta un aspecto desastroso. Tenemos también a *Rubia sexy*, una mujer de casi cuarenta años vestida con pantalones tan cortos que la parte inferior de la nalga queda a la vista y una camiseta cuyo escote deja adivinar unos pechos cien por cien silicona. El adjetivo *sexy* le vendría al pelo de no ser porque tiene una herida abierta en el abdomen a través de la que se alcanza a ver el hueso.

También está *Gordo*, un tipo que en vida debió pesar más de ciento veinte kilos, con una melena negra que le llega hasta media espalda y que ahora está completamente alborotada y sucia; *Gordo* merodea siempre cerca de una chica bajita a la que le falta parte de la mandíbula y cuyo brazo derecho cuelga de un jirón de carne completamente inerte. Ace la llama *Piezas*. Son apenas cuatro ejemplos de lo que ha hecho Ace mientras les observa a través de la ventana.

Pero no te he traído aquí para contarte los sobrenombres graciosos que Ace les ha puesto a los cadáveres que deambulan por el jardín, ni tampoco para que veas las lágrimas que empiezan a resbalar por la mejilla de Rachel, aunque esto último tenga relación con lo que está a punto de ocurrir. Porque ella llora por su marido sin darse cuenta de que entre sus brazos, Axel empieza a revolverse, incómodo. Y al principio, el niño abre la boca y emite un lastimoso quejido, pero nada más, simplemente sigue revolviéndose y dando patadas.

El quejido es suficiente para que Ace le mire y se dé cuenta de lo que ocurre.

—Rachel, cuidado —dice.

Ella se gira para mirarle, con los ojos empañados y una gota colgando de su barbilla, a donde ha ido a parar después de recorrer toda su cara desde el ojo. Ace comprende que no sabe de lo que le está hablando.

—Axel. Ten cuidado, no podemos permitirnos que haga rui...

Tarde. Axel abre la boca y empieza a llorar, con esa potencia que sólo los niños son capaces de imprimirle a su llanto, lanzando lo que parecen millones de decibelios al aire, abriendo la boca todo lo que da de sí y dejando que el aire salga desde sus pulmones. Ace aprieta los dientes maldiciendo, y se gira hacia la ventana.

*Gordo* le está mirando fijamente. Y no es el único, todos los demás empiezan a volver la cabeza hacia arriba, buscando el origen de ese sonido.

—Mierda puta —murmura Ace.

*Piezas* se pone en movimiento. Se lanza a la carrera hacia la casa, lanzando un grito que podría haber salido de la garganta de un gorila. Como movido por un resorte, *Gordo* empieza a correr detrás de la mujer. Y detrás de ellos, los demás. Ace escucha el sonido de cristales rotos que produce la cristalera del salón al ser atravesada y les oye correr en el piso de abajo, chocando contra los muebles, derribando objetos y gritando. Rachel se incorpora, abrazando y meciendo a Axel, que ahora que ha empezado se niega a dejar de llorar.

Ace se agacha junto a la cama y trata de empujarla. Todos sus músculos se ponen en tensión, pero no logra avanzar más de un par de milímetros. Es una cama maciza y sólida de aspecto antiguo, y no va a ser capaz de moverla antes de que lleguen arriba. Mira alrededor y corre hacia la cómoda. Empujarla le resulta más sencillo, pero también resulta evidente que no resistirá mucho como barricada improvisada.

En el piso de abajo se oyen más ruidos de cristales y objetos que caen y se rompen. Detrás de Ace, Rachel intenta calmar a su hijo. Ella está llorando. Le tapa la boca a Axel con una mano temblorosa mientras le mueve de un lado a otro. Pero está demasiado nerviosa, y a veces los niños son capaces de sentir el estado anímico de los adultos, aunque ni siquiera sepan hablar, y se ponen nerviosos si sus padres están nerviosos o se adormecen si sus padres están tranquilos. Y si Axel está sintiendo lo mismo que siente su madre en este momento, entonces me parece que callarle va a ser una misión complicada.

Ace encaja la cómoda contra la puerta y se da la vuelta, buscando algo más que pueda ayudarle a mantener la puerta cerrada. No hay más muebles, aparte de la cama, pero él solo es incapaz de moverla. Y no hay a donde huir. Podrían encerrarse en el baño pero eso sólo les daría una puerta más de vida. Y Ace ha escuchado las historias que Mark le ha contado sobre sus peripecias en Castle Hill, recuerda a la perfección la parte en la que Mark y la niña estuvieron encerrados en un cuarto de un motel y los zombies derribaron la puerta sin demasiado problema. Es más que consciente de que lo que está haciendo sólo les retrasará.

Trata de recordar. Mark logró sobrevivir gracias a que salió por la ventana y apareció un providencial camión de bomberos. Ningún camión de bomberos va a venir a sacarles a ellos de allí, de eso está seguro.

Oyen un estruendo en el piso de abajo, madera y cristal rompiéndose, algo duro que cruje como si fuera a partirse en dos la casa entera. Rachel suelta un gritito asustado. Ace mira hacia ella y Axel, sintiéndose completamente inútil.

Los pasos comienzan a subir las escaleras. Los bramidos están cada vez más cerca. Suenan como si fuera una multitud y Ace se siente un poco como el doctor de la historia de Frankenstein cuando la muchedumbre acude a su castillo para matar al monstruo.

—Ya vienen —dice cerrando los ojos.

Pero algo en su mente le dice que aún tienen una oportunidad. Ace abre los ojos de golpe en el mismo momento en que los zombies alcanzan la puerta del dormitorio y chocan contra ella. Comienzan los golpes, los arañazos, los gritos.

Emma Walter humedece un trapo en la bañera llena de agua desde que se habló en una de las asambleas que debían hacer acopio de agua, lo retuerce y lo coloca sobre la frente de Ozzy. Todo el cuerpo del hombre parece estar ardiendo. Está sudando tanto que tiene el pelo pegado a la cabeza y le caen gotas por la cara y tiene el pecho brillante y lleno de pequeñas gotas.

—Me atrincheré en mi bar —está diciendo. Tiene los ojos cerrados y habla despacio, a veces dejando demasiado espacio entre dos palabras. En un par de ocasiones, el silencio fue tan largo que Emma estuvo tentada de salir del baño, temiendo que le había llegado la muerte y cuando volviera a abrir los ojos lo haría convertido en un monstruo. Pero Ozzy no había abierto los ojos, y sí había seguido hablando—. Ese bar era toda mi vida... y sobrevivimos allí... Fuimos pocos los que lo logramos. Era un pueblo grande pero sólo unos pocos salimos de allí con vida.

—¿Quieres beber agua? —le pregunta ella, mojando otro trapo en la bañera. Los labios de Ozzy están blanquecinos y resecos.

—Sí...

Emma acerca el trapo a la boca de Ozzy y este bebe con avidez, sorbiendo el agua que sale del paño. Emma lo mantiene allí hasta que Ozzy aparta la cabeza y la vuelve a apoyar contra la pared. Le mira al pecho. Sube muy despacio y vuelve a bajar, a la misma velocidad agónica.

—Nos llevaron a Los Ángeles —murmura Ozzy, en voz tan baja que a Emma le cuesta entenderle—. Y sólo salimos siete de allí... que yo sepa. Ojalá los demás también lo logaran... pero nosotros sólo éramos siete. Contando a Mark, que realmente no... no es del pueblo.

Emma asiente, como si estuviera prestando atención a la historia cuando en realidad ni siquiera entiende muchas de las cosas que dice, que salen de la boca de Ozzy a borbotones, pastosas. Ozzy tiene los ojos cerrados así que tampoco es que pueda verla asentir.

—Sobrevivir a todo eso y morir así —Ozzy sonrío. O al menos lo intenta. El gesto de su cara es una mueca extraña—. Debe ser mi destino. ¿Crees en el destino?

—Sí.

—Yo también. Yo también creo en el destino.

Emma menea la cabeza. Siente lástima por ese hombre moribundo. Le gustaría poder hacer algo que le aliviara el dolor, pero no se le ocurre más que lo que está haciendo. Vuelve a humedecer el trapo, a retorcerlo y a colocarlo sobre la frente de Ozzy.

Pero salgamos del cuarto de baño y vayamos al recibidor. Brad sigue sentado en las escaleras. Está mirando la puerta principal, preguntándose si podría resistir eternamente. Junto a la puerta que lleva al salón de la casa, Verónica, Shane y Neil están viendo el contenido de la mochila que han recuperado. Rodger está un poco



más allá, observándoles como la gente mayor observa a los que no pertenecen a su generación y con los que no se sienten conectados.

Tiene ganas de sentarse. Supone que en parte es por la escasez de comida, pero cada día se siente con menos fuerzas. Abre la puerta que lleva a la cocina y entra. Camina hacia las dos banquetas que hay junto a una mesa auxiliar, pero se detiene al pasar junto a la nevera. Se pregunta si Tom tendrá una cerveza. En estos momentos, le da igual que esté caliente. Mataría por una cerveza.

Es evidente que no se ha dado cuenta, y no tenía manera de saberlo, que la puerta que conecta el jardín con la cocina está entreabierta. El hombre que se acerca a ella, tambaleándose por una mordedura en el gemelo de la pierna derecha, lleva ropa de hacer ejercicio, ronda la cuarentena y luce una espléndida calva. Además de con su pierna, los que le mataron se ensañaron con su cara. Prácticamente no queda sitio sin haber sido mordido o arañado. Toda el rostro de este hombre parece haber sido reducido a pulpa.

Al ver a Rodger gruñe como un perro antes de atacar. Rodger se queda paralizado y le mira. Nunca lo admitiría, ni bajo coacción, pero al ver al zombie en el umbral de la puerta se le escapan un par de gotas de orina. Después, el muerto lanza un alarido y se lanza a la carrera hacia él. Rodger grita y retrocede, chocando contra la encimera, derribando dos sartenes que Brad y Emma utilizaron hace lo que parecen horas para preparar el puré, y trata de regresar al vestíbulo. El zombie va directo hacia él y estira los brazos. Sus manos están manchadas de tierra y sangre y algo grumoso y amarillento. Rodger choca con alguien. Verónica pasa como una exhalación a su lado, levantando el atizador por encima de su cabeza. Años de experiencia trabajando en el cuerpo de bomberos de Castle Hill le han enseñado a saber dirigir toda la fuerza de un golpe en el punto deseado, algo de vital importancia cuando se trata de abrir puerta atascadas en situaciones de incendio, por ejemplo.

El atizador se hunde con un sonido acuoso en el cráneo del hombre, que cae inerte de rodillas, con el gancho del atizador aún clavado en el cráneo. Verónica apoya un pie en el pecho del muerto y empuja hacia atrás, al tiempo que tira del atizador para recuperarlo. Al salir, el ruido es un «pop». El muerto se desploma en el suelo.

—Verónica...

Es Shane. Pero Verónica no necesita que le digan nada. Puede oír tan bien como los demás los pasos apresurados que corren hacia la puerta entreabierta de la cocina. Verónica retrocede hacia ellos.

—¡Vamos! —dice— ¡Vamos!

Neil, Shane y Rodger regresan al vestíbulo a la carrera. Verónica cruza la puerta de espaldas. En la cocina irrumpe un zombie, mirando hacia todos lados con la boca abierta. Localiza a Verónica y lanza un rugido. Detrás de él vienen más.

—¡Arriba, corred! —grita.

Brad, que está sentado en las escaleras, abre los ojos como platos al ver

abalanzarse sobre él a Shane y Rodger. Intenta levantarse, tropieza, vuelve a intentarlo y empieza a subir la escalera ayudándose de manos y pies. Rodger y Shane le siguen de cerca. Neil y Verónica están empezando a subir en ese instante.

Emma sale del cuarto de baño. Está asustada por los gritos.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

A mitad de escalera, Rodger se detiene al oír la voz de su mujer. Shane se golpea contra su espalda y está a punto de perder pie y caer rodando escaleras abajo.

—¿Emma? —grita Rodger—. ¡Emma, tienes que subir! ¡Corre!

Emma le mira asustada. El primer zombie atraviesa la puerta que lleva desde la cocina hasta el recibidor, tropieza con la mochila de Neil y cae al suelo estrepitosamente. Al levantarse, fija la vista en Emma, cuyo camino hacia la escalera acaba de quedar bloqueado por este zombie.

—¡Emma! —grita Rodger.

—¡Mamá! —Shane, agarrado a su padre, también grita.

El muerto empieza a levantarse cuando el atizador le golpea en la sien. El impacto es tan brutal que el cuerpo del hombre cae hacia la derecha y su cabeza se estrella contra la pared de enfrente con tanta fuerza que deja una mancha sanguinolenta en ella. Desde la escalera, Verónica se prepara para golpear al próximo que cruce la puerta de la cocina.

—¡Vamos, Emma! —grita.

Es una chica. Estaba a punto de cumplir los dieciocho cuando el Cuarto Jinete llegó a Half Moon Bay. Ahora está muerta, y nada más entrar en el vestíbulo, se lanza gritando sobre Verónica. Esta le golpea con el atizador, mandándola contra la barandilla. Vuelve a levantar el atizador y antes de que la zombie tenga ocasión de levantarse y reanudar su ataque, Verónica le golpea de nuevo. Ahora, la frente de la chica parece estallar hacia dentro y la chica cae sentada en el primer escalón para no volver a moverse jamás.

Para entonces, otros dos zombies han entrado en el vestíbulo procedentes de la cocina y están a punto de echarse encima de Verónica. Neil dispara el rifle de caza. El sonido en un interior es tan atronador que todos quedan ensordecidos. El olor de la pólvora les golpea las fosas nasales. La cabeza del primer zombie se desintegra y su cuerpo sale volando hacia atrás, choca contra la puerta de entrada de la casa y resbala hasta el suelo, dejando un rastro de sangre.

Más arriba, Rodger y Shane le siguen gritando a su madre que corra hacia las escaleras, pero Emma está paralizada. Mira a los zombies que entran desde la cocina con ojos llenos de miedo y es incapaz de moverse. Le parece que las piernas le pesan toneladas.

Verónica golpea a otro zombie mandándolo contra la pared. La potencia de sus golpes ha disminuido y no logra destrozarle el hueso de la cabeza. El muerto abre la boca y lanza un grito, como si le enfureciera haber sido golpeado. Le faltan varios dientes y nadie que se encuentre aquí puede saberlo, pero le faltan dientes por culpa

de una de las piedras lanzadas por Rick desde el muro. No importa que Verónica no haya logrado matarle. Neil le dispara con el cañón a centímetros de su cara.

Tanto Verónica como Neil han subido un escalón retrocediendo ante el ataque de los muertos. Intentan impedir que avancen hacia ellos y que vayan a por Emma. Los dos saben que cada segundo que pasa es más improbable que Emma lo logre. Casi no pueden escuchar los gritos de Rodger y Shane. En sus cabezas, aún reverbera el eco producido por los disparos del rifle. Están atentos a los muertos que tienen delante y que cruzan la puerta de la cocina cada vez más juntos entre sí.

—¡Oh Dios, mamá! ¡Cuidado!

El grito de Shane es desgarrador y está lleno de horror. Emma se da la vuelta y ve a Ozzy corriendo hacia ella. Le da la impresión de que el hombre quiere abrazarla y sonríe. Cae demasiado tarde en la cuenta de lo que realmente pasa y para cuando quiere echar a correr hacia la escalera, Ozzy, o la cosa que antes fuera Ozzy, le atrapa entre sus brazos y lanza la cara hacia el rostro de ella.

En la parte de arriba de las escaleras, Shane y Rodger gritan.

Abajo, la dentellada bestial de Ozzy arranca el pómulo de Emma. Ella intenta separarse pero Ozzy la sujeta con fuerza. Emma también grita, con los ojos clavados en el trozo de carne que Ozzy mastica.

Neil gira la cabeza. Verónica y él han tenido que retroceder otro paso porque el ímpetu de los muertos empieza a sobrepasarles. Alcanza a ver a Emma y Ozzy y sin pensar, sube otros dos escalones, a sabiendas de que está dejando a Verónica sola y es posible que no pueda contener a los muertos mucho tiempo más. Neil introduce el cañón del rifle entre los barrotes de la escalera, agachándose para quedar a la altura, y dispara.

Podría haber fallado y haberle reventado la cabeza a Emma pero la fortuna hace que la bala cruce el aire a milímetros de ella y se estrelle en la nariz de Ozzy, volatilizándola al instante y mandándole de regreso al cuarto de baño. El cuerpo de Ozzy se relaja, muerto del todo, pero arrastra a Emma con él. Ambos caen al suelo y Emma se golpea la cadera con el lavabo. No tiene tiempo para dolerse por este golpe. Con ambas manos se cubre el pómulo que Ozzy le ha arrancado. La sangre se cuela entre sus dedos, salpicándolo todo. No ha dejado de gritar ni un momento.

—¡Neil!

Verónica le grita. Ahora lanza golpes a diestro y siniestro, sin imprimir la fuerza letal de los primeros, tratando de contener y derribar a los zombies que tratan de subir las escaleras hacia ella, tropezando con los que ya han caído. Ya no utiliza sólo el atizador. Una mujer que alarga las manos hacia ella recibe una patada en la cara que la manda de vuelta al suelo y derriba por el camino a dos de los muertos que vienen detrás. El recibidor empieza a llenarse de cuerpos muertos, y la mayoría aún están en movimiento. Y algunos ignoran la escalera y cruzan el vestíbulo hacia el cuarto de baño.

Hacia la mujer que chillaba sentada contra el lavabo.

Neil se levanta y dispara contra el primero de ellos. La bala le abre un boquete del tamaño de un puño en el pecho al hombre, lanzándolo hacia atrás. No lo mata pero le derriba. Inmediatamente es superado por otros dos muertos.

—¡Shane! —grita—. ¡Shane, necesitamos ayuda!

Shane le mira aturdido. A su lado, Rodger tiene la mirada perdida y parece a punto de desfallecer.

—¡Neil! —vuelve a gritar Verónica, con más desesperación y urgencia que la vez anterior.

Y Neil, lanzando una maldición, se olvida de los zombies que van a por Emma. Si permite que sobrepasen a Verónica, los zombies empezarán a subir las escaleras y entonces, todos estarán perdidos. Desciende dos escalones de un salto, se mantiene agachado y se sitúa junto a Verónica, tocando la pierna de ella con su hombro. Dispara a la cara a un adolescente con la cara llena de acné.

Los muertos a los que no disparó alcanzan a Emma y se arrojan sobre ella como pirañas sobre un cebo sangriento. El lavabo, las paredes, el suelo e incluso el agua almacenada en la bañera de ese cuarto de baño son salpicados de sangre casi al momento, en cuanto las bocas empiezan a morder y las manos a rebuscar a través de la carne.

Y así, el número de supervivientes de San Mateo desciende a dieciséis.

Y en las escaleras, Neil y Verónica siguen luchando por mantener una posición cada vez más comprometida a medida que los muertos siguen entrando por docenas, empujándose unos a otros y llenando el vestíbulo con sus gritos. El olor a pólvora lo inunda todo y se suma al de la descomposición, el sudor y la sangre.

Mark se agacha junto a una palmera. Logan y Pablo llegan hasta él un momento después. Los tres están mirando la puerta principal de la parcela en la que se encuentran. Al otro lado está la calle principal y enfrente, el chalet de Ace. Mark saca unas llaves del bolsillo.

—Tendremos que correr —está diciendo Logan.

—Yo abriré la puerta —responde Mark—. No debería llevar más de diez segundos, pero ya sabéis cuánto corren esas cosas.

—Te cubriremos —asegura Pablo.

—¿Y si la puerta está abierta ya? —pregunta Logan, mirándole—. ¿Y si los muertos han logrado entrar ya?

—No —Mark se niega a aceptar esa opción. No quiere ni siquiera pensar en ello.

—Si cuando salgamos de aquí veo esa puerta abierta —advierte Logan—, me daré la vuelta y regresaré a toda velocidad. Quiero que lo sepas. No voy a meterme en la boca del lobo voluntariamente.

—Ya lo estás haciendo, en realidad —comenta Pablo, con una sonrisa.

—Técnicamente, lo que vamos a hacer es atravesar la garganta del lobo —le corrige Logan, devolviéndole la sonrisa y marcando la palabra «atravesar»—. Pero si los muertos han conquistado la casa de Ace, entonces nos encontraríamos entrando en un sitio con muertos por delante mientras nos persiguen los que dejemos atrás en la calle. ¿Me explico?

—Lo había entendido a la primera. Sólo bromeaba.

—Ya —Logan se gira hacia Mark, que está concentrado, con la mirada fija en la puerta—. Más te vale no fallar con la llave. Nada de «se me cae en el último momento» y esas cosas de las películas.

Mark asiente nervioso. Logan suspira y se levanta.

—Pues vamos allá.

—Adelante —dice Pablo.

Mark no habla pero también se levanta. Son tres hombres armados con herramientas de jardinería. Se está preguntando cuántos metros tiene de ancho la calle principal. Las aceras son anchas, de aproximadamente metro y medio. Y hay dos carriles de ida y dos de vuelta. Si cada carril tiene aproximadamente tres metros, eso suma quince metros. Y está seguro de haber tirado a la baja con el ancho de los carriles. Van a tener que correr quince metros. Mark espera poder contar con el factor sorpresa. Ya ha estado en situaciones semejantes y sabe que los zombies tardan un par de segundos en reaccionar. Si no se encuentran demasiado cerca de ellos, podrían avanzar una tercera parte del recorrido antes de que empezaran a correr hacia ellos. El problema, y Mark lo sabe, es que desconocen la situación en la calle principal, si hay muchos o pocos zombies. Por lo que saben, podría estar tan abarrotada que ni siquiera pudieran pensar en atravesarlos, o bien podría no haber ninguno.

—¿Listos? —pregunta Logan, susurrando. Están a un par de metros de la puerta. Una vez la abran, ya no habrá marcha atrás. Tendrán que correr como alma que lleva el diablo.

—Ya he corrido delante de ellos antes —murmura Mark, más para sí mismo buscando calmarse que para los otros dos. Se está acordando de Castle Hill y de la carrera desde la comisaría.

—Yo no —susurra Pablo.

Se detienen junto a la puerta y se miran entre ellos. Mark asiente con la cabeza. Pablo duda un momento, nervioso, pero acaba asintiendo a su vez. Logan les devuelve el gesto y abre la puerta de golpe.

Se lanza a correr. Un chico de piel tan oscura como la noche y una herida letal por necesidad que le cruza la cara desde el ojo derecho hasta el cuello, se gira hacia ellos al escucharles. Se encuentra en medio de su camino y levanta las manos lanzando un grito. Ni siquiera tiene tiempo de empezar a moverse. Logan le hunde el rastrillo en la cara, clavando las puntas metálicas a la altura de los ojos. Sin dejar de correr, Logan embiste el cuerpo del chico y tira del rastrillo para recuperarlo. Pablo tiene que saltar por encima del cuerpo que cae al suelo.

Decenas de caras se giran hacia ellos, aullando y agitándose como si hubieran recibido una descarga. Y es tal como Mark sabía que iba a ser. Los muertos les ven, gruñen y se lanzan a la carrera, agitando brazos y piernas, desde todas las direcciones. Logan entiende que los dos muertos que corren hacia ellos desde la izquierda les van a cortar el paso y se desvía para hacerles frente. El rastrillo penetra en el cráneo del primero de ellos haciéndole reventar uno de los ojos. Logan se desplaza hacia la derecha para evitar la embestida del segundo y tira del rastrillo para recuperarlo. No lo consigue y el segundo muerto acaba de girar para abalanzarse sobre él. Logan suelta el rastrillo, cierra los puños y lanza un golpe digno de un boxeador a la sien del hombre. Los nudillos de Logan golpean con fuerza y el tipo cae de rodillas hacia un lado. Logan se da la vuelta y continúa su carrera hacia la casa de Ace, sabiendo que el muerto volverá a levantarse y estará, si cabe, más furioso.

Mark golpea con la pala la cara de una mujer que se les acerca por la derecha. Al hacerlo está a punto de darle a Pablo, que esquivo el golpe agachándose y cruzando junto a Mark. La cara de la mujer se gira hacia ese lado, y a Mark le parece escuchar el ruido de huesos al quebrarse, pero la mujer no se detiene y vuelve a cargar contra él. Mark se escabulle por centímetros y corre.

Logan es el primero en alcanzar la puerta del jardín de Ace, que está firmemente cerrada, y se da la vuelta. Es Mark quien tiene las llaves, y le ve correr seguido demasiado de cerca por una mujer morena con la cabeza inclinada hacia la derecha. Logan es consciente de que hay zombies corriendo hacia ellos desde todos lados, cercándoles a cada segundo, pero en este momento la que más le preocupa es la mujer que está a punto de agarrar a Mark.

—¡La pala! —grita.

Y gracias al cielo, Mark le comprende y le lanza la pala. Logan la atrapa al vuelo.  
—¡Al suelo!

Y Mark vuelve a entenderle y se tira al mismo tiempo que Logan lanza la pala hacia delante, completamente recta, cortando el aire donde un segundo antes estaba Mark, clavándose de lleno en la cara de la mujer, justo debajo de la nariz, unos quince centímetros. Logan se sorprende al ver que los ojos de la mujer siguen moviéndose cuando saca de golpe la pala, pero es apenas un reflejo porque el cuerpo cae al suelo desmadejado y con la cabeza casi partida en dos.

Mark se levanta tan rápido como se ha tirado al suelo y se lanza hacia la puerta, chocando contra ella con el hombro y buscando introducir la llave en la cerradura. A su derecha, Pablo golpea a un muerto con la azada de forma tan brutal que la mitad de la cara de este se hunde hacia dentro y uno de sus ojos salta disparado. Y ni siquiera tiene tiempo de sorprenderse porque otro muerto ocupa el lugar del primero, estirando los brazos hacia Pablo. El jardinero no tiene tiempo de echar atrás la azada de nuevo así que levanta la pierna y golpea al zombie en los genitales, lanzándole hacia atrás. El muerto cae al suelo y se vuelve a levantar, rugiendo como un león. Ahora sí, Pablo le hunde la azada en la cabeza.

Logan golpea con furia a un tipo gordo con una camiseta rosa hasta tres veces antes de lograr reducirle. Por su izquierda, una mano con la mitad de los dedos cercenados le engancha del brazo. Logan se sacude, evitando el mordisco dirigido a su hombro por milímetros. El dueño de la mano, un hombre de pelo rizado al que también le falta la mejilla derecha hasta el punto de que puede ver los dientes, lanza una segunda dentellada. Logan logra interponer la pala y los dientes del hombre se estrellan contra la madera. Logan le empuja hacia atrás, lo suficiente para ganar espacio y poder golpearle. Está a punto de perder la pala, pero los dientes del hombre se escurren en el último momento soltándola. Sin embargo, ya es demasiado tarde. Otros dos muertos están encima de él desde el lateral.

La llave entra en la cerradura. Mark gira la mano y siente que se le obstruye la garganta al notar que la llave no gira. Baja la mirada pensando que se ha confundido de llave, pero no. Levanta la vista creyendo que se ha equivocado de casa, lo que supondrá una sentencia de muerte. Pero no. Mark vuelve a girar la llave, con violencia, sintiendo la desesperación atenazarle el pecho. Y gira. La puerta se abre hacia dentro, y Mark cruza y se da la vuelta.

—¡Vamos! —grita.

Logan golpea a uno de los zombies con el puño izquierdo mientras interpone la pala para evitar el embite del siguiente. El tercero, el hombre del pelo rizado sin mejilla, le agarra del brazo de nuevo y Logan retrocede, tropezando, mientras intenta empujar y alejar de él a los tres cadáveres. Los dientes del de los pelos rizados se cierran con fuerza tan cerca de él que atrapan la camiseta de Logan, rasgándosela cuando sacude la cabeza. El primer muerto le ataca desde el lateral y Logan le agarra del cuello con la mano izquierda. Le siente moverse y tratar de morderle, pero la

mano de Logan es firme y comienza a apretar, un gesto que ha hecho en otras ocasiones, aunque sus víctimas siempre estuvieran vivas, mientras le lanza patadas a los otros dos zombies, tratando de empujarlos hacia atrás.

El hombre del pelo rizado vuelve a la carga de nuevo. Logan no tiene manera de defenderse de su ataque y se prepara para recibir el mordisco, si es que alguien puede prepararse para eso. El hombre abre la boca moviéndose hacia delante, y recibe una pedrada en la cara que le revienta varios dientes y le hace trastabillar hacia atrás. Desde la puerta, Mark mira a su alrededor, buscando cualquier otra cosa que pueda utilizar. Para Logan ha sido suficiente. Mueve la mano con la que sujeta al primero de los zombies con tanta fuerza hacia un lado que el cuello del hombre se parte. Después, le empuja hacia atrás, y de pronto, Logan ya sólo tiene que hacer frente al segundo de los monstruos.

Pablo sigue golpeando con la azada a los muertos que le atacan mientras retrocede hacia la puerta en la que le espera Mark. Logan se deshace del cadáver. El hombre del pelo rizado está levantándose de nuevo. Logan sonríe mientras lanza un golpe con la pala, describiendo en el aire un semicírculo con la herramienta. La parte plana de la pala se estrella contra la mejilla inexistente del muerto, saltándole el resto de los dientes y rompiéndole el pómulo. El golpe es tan fuerte que el hombre del pelo rizado da una voltereta en el aire antes de caer al suelo y el mango de la pala se astilla y se parte. Logan mira con sorpresa el trozo de madera con el que se ha quedado en la mano, se gira y lo hunde con todas sus fuerzas en el cuello de una mujer que está a punto de agarrar a Pablo.

Mark les agarra de los brazos y tira de ellos metiéndoles al jardín. Después, empuja la puerta para cerrarla. No alcanza a hacerlo. Desde el otro lado, los muertos embisten contra ella, como caballeros con arietes tratando de reventar la puerta del castillo asediado. Mark clava los talones en la tierra y resiste. Un brazo se cuelga por el hueco de la puerta, agitándose como el tentáculo de un pulpo. Logan y Pablo se arrojan contra la puerta para ayudarle. Pablo golpea el brazo con la azada, gritando una y otra vez.

—¡Ve a buscarla! —le grita Logan a Mark—. ¡Vamos, nosotros nos encargamos!

—¡No podréis resistir mucho tiempo!

Logan sonríe, todo dientes, todo furia pero también todo confianza. Y Mark no se lo piensa, se da la vuelta y echa a correr hacia la casa de Ace, cruzando por encima de la tierra removida en la que Ozzy y Stan plantaron las semillas que compraron en Buttonwillow.

—¡Paula! —grita—. ¡Paula, Stan!

Mark alcanza la puerta principal y frena chocando con los brazos contra la puerta. Aún tiene las llaves en la mano y ahora rebusca en el llavero por la llave indicada, con el corazón batiendo a ritmo de batería de rock en su pecho. La encuentra y la introduce en la cerradura. No se le resiste. Empuja la puerta hacia dentro y esta choca contra la pared provocando que un cuadro se caiga al suelo y el cristal estalle en



pedazos.

—¡Paula! ¡Soy Mark, cariño! ¡Paula!

Mark entra en el salón golpeando las puertas. Se da la vuelta y corre hacia las escaleras. Sube los escalones de dos en dos, tropezando y apoyando las manos para impulsarse hacia arriba. Abre la puerta de la habitación donde solían dormir Verónica y Patrick. No hay nadie en el interior.

—¿Paula?

Corre hacia el cuarto donde solían dormir Paula y él y lo abre empujando la puerta con el hombro. Tampoco hay nada que se mueva en esa habitación. Sintiendo que la angustia empieza a dificultarle la respiración, Mark corre al cuarto principal. La puerta está cerrada pero no tiene puesto el seguro y Mark la abre sin problemas.

—¿Paula? ¿Estás aquí?

No recibe respuesta. Los ojos se le empañan a Mark, que se queda quieto sin saber qué hacer, mirando estúpidamente hacia los lados, como si creyera que puede haber pasado algo por alto y que si vuelve a mirar en aquel rincón oscuro descubrirá que Paula está allí, escondida y encogida, abrazándose las piernas con los brazos y mirándole con los ojos muy abiertos.

Allí no hay nadie.

Mark siente que su respiración se acelera y le cuesta tomar aire. Le empiezan a caer lágrimas por las mejillas y necesita agarrarse con una mano a la cómoda para evitar caer al suelo. Queda de frente a la pared, mirando la pañoleta enmarcada que Ace Hall llevó en Survivor hasta la final. Retrocede hasta la cama y se deja caer en ella, sentado. Se lleva las manos a la cara y rompe a llorar, sin ningún tipo de barrera que le permita frenar, jadeando en busca de aire.

De pronto, se incorpora y grita impulsado por la frustración, y golpea la pared, haciendo que caiga al suelo el marco con la pañoleta. Después le da una patada a la mesita de noche, derribando la lámpara y el libro que Ace debía estar leyendo cuando dio inicio el Apocalipsis. Mark cae de rodillas agarrándose la cabeza y vuelve a gritar.

Y luego se queda en silencio, sollozando y sintiendo que las lágrimas le caen por las mejillas y de ahí al suelo, jadeando y con la mirada perdida. No quiere imaginar a Paula convertida en una de esas cosas, pero le resulta inevitable ver esa imagen en su mente. Se culpa por ello. Se dice que debió quedarse con ella, que la culpa es totalmente suya. Se dice que ya no tiene nada por lo que seguir adelante.

Con Paula muerta, no hay nada más que le impulse a seguir adelante. No en este mundo, no así.

Pablo clava los pies en la tierra y empuja con todo el cuerpo. Los golpes de los muertos amenazan con abrir la puerta en cualquier momento. Logan se separa un poco, levanta la pierna y gritando le da una patada a la puerta. Pablo siente el golpe vibrando por todo su cuerpo. Logan retrocede un par de pasos, coge carrerilla y lanza una nueva patada a la puerta.

El brazo que asoma por el hueco impide que la puerta se cierre. Logan maldice en voz alta y le arrebató la azada a Pablo. La levanta sobre sus hombros y vuelve a gritar, descargando un golpe certero sobre el brazo y cercenándolo un poco por encima del codo.

—¡Ahora! —le grita a Pablo.

Y Pablo empuja con todas sus fuerzas. Logan se lanza contra la puerta y choca con el hombro por delante. La puerta se cierra con un fuerte golpe metálico y los dos hombres se quedan apoyados contra ella, jadeando por el esfuerzo y la adrenalina consumida.

—Joder —murmura Pablo—. Ha estado cerca.

Tratando de recuperar el aliento, Logan se agacha y coge el brazo cercenado. Está frío e hinchado y la piel tiene un tacto desagradable y rasposo. Se fija en el reloj que el brazo aún conserva en la muñeca. El cristal está roto, pero la aguja del segundero sigue moviéndose.

—Nada se muere estos días.

Lanza el brazo por encima de la puerta y se sacude las manos en el pantalón. Sólo en ese momento se da cuenta de que está manchado de pies a cabeza de salpicaduras de sangre. Logan se gira hacia la casa en el mismo momento en que Mark sale de ella. Al verle, Logan comprende que no han llegado a tiempo. Mark se sienta en una silla del porche. Más bien se deja caer, de hecho. Logan se acerca a él.

—¿Está...? —no termina la frase.

Mark se encoge de hombros.

—No están aquí.

—Entonces podrían estar vivos. Si han encontrado donde esconderse...

Mark vuelve a encogerse de hombros desanimado. Logan no es un hombre dado al contacto masculino, así que mantiene la distancia. Mark tiene la vista clavada en el suelo. Está pensando en Paula, en todos los momentos que han pasado juntos, en como ella le daba la mano cuando se sentía insegura, en la inocencia con la que a veces seguía mirando las cosas. Logan dice algo más, pero Mark no le escucha, pero hay algo detrás de la voz del otro hombre que enciende una luz en su mente, algo tan débil que lo desecha al instante pero que se queda ronroneando allí. Se mira las manos, manchadas de sangre, y se pregunta qué esperan conseguir, hacia dónde se dirigen viviendo así. De repente, se siente incapaz de comprender el afán que tienen por sobrevivir cuando está claro que el mundo no va a hacerlo con ellos. La muerte

siempre acaba encontrando el camino de entrada.

Pero hay algo ronroneando. Mark cierra los ojos y trata de apartar de su mente aquello que le distrae. Sólo quiere pensar en Paula. Quedarse ahí sentado y pensar en ella, y no le importará si los zombies consiguen entrar en el jardín de Ace y destrozar el huerto improvisado por Stan y Ozzy. No va a huir de ellos.

Logan sigue hablando. Mark aprieta los ojos tratando de concentrarse, pero por más que lo intenta, no es capaz de enfocar la imagen mental de Paula. Y no puede porque hay algo, algo por detrás de la voz de Logan, que le está diciendo que no se concentre.

Mark abre los ojos.

—Oh, Dios mío...

—¿Qué?

—El perro.

Logan levanta una ceja sin comprender. Mark, junto a él, se levanta y le agarra del brazo, haciéndole un gesto para que escuche. Y Logan presta atención y sí, si te fijas, se puede oír el ladrido de un perro, no demasiado cerca pero tampoco excesivamente lejos.

—Sí, es un perro —confirma Logan.

—No es un perro cualquiera, es el perro de los Collins —dice Mark, súbitamente emocionado—. ¡El perro de Junior! ¡Deben estar ahí! ¡Habrán ido a la casa de Junior a entretenerse con el perro!

—Uh, ese es un tiro lejano, Mark. No deberías emocionarte así, por si acaso...

—¡Tienen que estar ahí! ¡Seguro!

—¿Dónde es ahí?

Mark sonrío, como si todo el asunto le hiciera gracia.

—¿Recuerdas la casa desde la que saltó Rick?

—Sí —responde Logan, temiéndose lo peor.

—Era la casa de Neil Ridgewick y su madre. Son vecinos de los Collins, así que... la casa de al lado.

—¿Quieres decir que estuvimos al lado de esa casa? ¿Qué ahora quieres regresar?

—Logan, tenemos que hacerlo. Paula está allí, lo sé.

—También sabías que estaba aquí, colega. Y no sé si te diste cuenta pero estamos vivos por los pelos. Regresar será aún más complicado.

Pablo se acerca corriendo.

—Chicos, mirad.

Está señalando a la derecha. Logan y Mark vuelven la cabeza siguiendo la dirección de su dedo índice. Desde donde están, alcanzan a ver el chalet vecino. De la ventana del piso superior está saliendo una mujer. Desde allí no son capaces de distinguir de quién se trata.

—Oh, Dios...

Mark se tapa la boca con la mano al ver que la mujer resbala con las tejas y está a

punto de precipitarse al vacío. En el último momento se sujeta al borde de la ventana. Y desde el interior está saliendo un hombre con algo en brazos. No sabríamos lo que es si no lo oyéramos llorar. El hombre es Ace. El bulto en sus brazos, Axel.

Retrocedamos en el tiempo. Supongo que es hora de que sepamos qué ocurrió con Paula después de que Mark le pidiera a Stan Marshall que acompañara a Junior y a la niña a casa, así que regresemos a ese momento en concreto en que la puerta del jardín de Tom Ridgewick se cierra a la espalda de los tres. Paula se coloca a la derecha de Stan y le da la mano. Al notar la mano de la niña, Stan aparta sobresaltado su mano y mira a Paula con un gruñido. Ella le mira con sus grandes ojos abiertos como platos, asustada.

—¿Por qué siempre haces eso? —pregunta.

—¿El qué?

—Ese ruido con la garganta.

Stan gruñe como para preguntar si se refiere a eso, y Paula asiente. Al darse cuenta de que los dos niños le están mirando fijamente, Stan vuelve a gruñir sin querer.

—Es un acto reflejo —dice.

—¿Qué es un acto reflejo? —pregunta Junior.

Otro gruñido. Stan sacude la cabeza, como tratando de espantar de esa forma los gruñidos.

—Algo que la gente hace sin pensar realmente en ello porque lleva haciéndolo toda la vida.

—¿Cómo lavarse los dientes?

—No. Lavarse los dientes es una costumbre.

—No entiendo —dice Paula.

Stan gruñe a modo de respuesta.

—Hay muchas cosas en la vida que no entenderás jamás, y está bien que sea así. Y ahora vamos.

Stan se gira y empieza a andar. A su espalda, los dos niños aceleran el paso para alcanzarle. Paula se sitúa a su derecha y enlaza su mano con la del hombre. Stan, sorprendido de nuevo, se gira hacia ella, sin apartar la mano esta vez.

—¿Por qué me das la mano?

—Es un acto reflejo —responde ella sonriendo.

Stan se ríe gruñendo a la vez, lo que le produce un breve ataque de tos. No le gustan los niños, es cierto, pero no podría negar que en realidad está encantado en este momento.

—Me parece que eres un poco listilla —le dice a la niña, revolviéndole el pelo.

—Mamá siempre me decía que le diera la mano por la calle —responde ella, encogiéndose de hombros—. Pero mamá no está, así que te la doy a ti.

—Y esa es una buena costumbre —responde Stan, divertido—. Pero no un acto reflejo. Y de todas formas, aquí no hay coches que puedan atropellaros. Puedes soltarme la mano tranquilamente.

Paula mira a Junior, que va un poco adelantado dándole patadas a una piedra. Vuelve a mirar a Stan, que asiente con la cabeza y le hace un gesto. Paula, como si temiera desatar la ira de los dioses al hacerlo, le suelta la mano lentamente y después corre hacia Junior, saltando.

—¿A qué no me pillas? —le grita, tocándole en el hombro.

Junior olvida la piedra y corre detrás de Paula, que huye gritando y riendo. Stan les observa. No puede evitar el gruñido que le sale de la garganta, pero se trata de un sonido de alegría, así que tampoco le importa. Recorren la calle principal así, con los dos críos correteando de un lado a otro y Stan por detrás de ellos. Al final, llegan hasta la puerta de la casa de Ace. Stan saca las llaves del bolsillo.

—¿Podemos ir a ver a Pluto? —pregunta Junior—. Quiero darle de cenar.

—No —responde Stan—. Es mejor que nos quedemos aquí.

—¡Jo, porfa, porfa, vamos con Pluto! —protesta Paula, cogiéndole de la mano otra vez y haciendo pucheros con los labios.

Stan gruñe mirando a la niña, pero los pucheros no desaparecen y Junior se une a ellos, agarrándole la mano que tiene libre.

—¡Por favor, señor, vamos con Pluto!

—¡Vengaaaaa, un ratoooo! —suplica Paula.

Stan menea la cabeza consintiendo, y los dos niños lanzan un grito de felicidad al aire. Stan suspira resignado, y echa a andar detrás de los niños, que corren por la calle dando saltos y celebrando su victoria. Stan se dice que ha cedido muy rápido pero también, en realidad, no hay ninguna razón para impedirles ir a jugar un rato con el perro de Junior.

Así que sí, Stan Marshall, Paula y Junior llegan a la casa de los Collins. Pluto les recibe dando vueltas alrededor de ellos y saltando sin tocarles, meneando el rabo a toda velocidad y lanzándose a dar lametazos a Junior. Los dos niños se tiran encima del perro, que cae al suelo, y los tres se revuelcan, riendo los niños y jadeando de placer el animal. Stan les observa desde la puerta, cruzando los brazos.

Junior se levanta y corre a por la pelota. Pluto le persigue y da vueltas a su alrededor. Paula se ríe y corre detrás de ambos. Desde donde se encuentran es imposible que oigan los gritos de Marsha Collins cuando los zombies la devoran, pero Stan escucha perfectamente el sonido del primer disparo efectuado por Logan cuando los muertos irrumpen en el jardín de Tom Ridgewick. Los niños no se dan cuenta, demasiado ocupados como están en jugar con Pluto, pero Stan se pone rígido al instante. El resto de disparos sólo hacen que aumentar su inquietud.

—¡Chicos! —les llama, pero los dos niños se están riendo a carcajadas y no acusan haberle oído. Así que Stan eleva la voz—. ¡Chicos!

Ahora sí, Paula y Junior se giran para mirarle. El único que no se detiene es Pluto, que continúa dando vueltas alrededor de los dos niños, demandando más juego. Algo en el tono de Stan hace que los dos niños se asusten. Stan lo ve en sus ojos y piensa que está bien porque él también está asustado.

—¿Qué pasa? —pregunta Paula. La voz le tiembla, y ya no parece la niña divertida y sonriente que le ha dado la mano hace menos de diez minutos.

—Sólo... yo... no lo sé —responde Stan—. Pero será mejor que no hagáis ruido. Entrad en la casa. ¡Vamos!

Junior está asustado y se pone en pie pero Paula ya ha vivido situaciones semejantes allá en Castle Hill, un sitio que ya le parece tan lejano en el tiempo como la prehistoria, y eso hace que no esté asustada, sino aterrorizada. Paula corre hacia la casa, y al verla, Junior y Pluto corren también. Stan espera hasta que les ve cerrar la puerta antes de darse la vuelta y abrir la puerta del jardín.

—Ojalá me esté equivocando, chicos —murmura. Aunque apostaría su vida a que no, pero ese es otro cantar.

Durante los siguientes ocho minutos, Stan se mantiene en el umbral de la puerta, con el cuerpo asomando en la calle, atento a cualquier movimiento, con la mente ocupada en mil pensamientos, a cada cual más trágico. Tiene miedo, sí. Y cuando ya lleva siete minutos allí fuera, empieza a sentirse estúpido y está a punto de regresar al jardín y llamar a los dos niños a gritos para que salgan de nuevo a jugar. Pero recuerda la voz de su mujer, que siempre le decía que fuera paciente porque Dios recompensaba a los pacientes, y se queda un poco más.

Un minuto más y entro, se dice.

Le bastan veinte segundos. Al principio escucha pasos que corren y algún alarido que reconoce perfectamente. Él también ha vivido situaciones similares en Castle Hill. Y sigue sin moverse hasta que ve aparecer la primera figura tambaleante desde la esquina de la calle principal. Entonces sí, se mete en el jardín y cierra de nuevo la puerta procurando no hacer ruido.

El corazón se le acelera. Su mente bulle de pensamientos, la mayoría de los cuales le gritan que corra a esconderse. Se da la vuelta y corre hacia la casa. Toca en la puerta, flojito, intentando que no se le escuche. Desde dentro, Pluto ladra. Stan se encoge y mira atrás. Nadie ha entrado en el jardín.

Junior le abre la puerta. Está regañando a Pluto por ladrar y Stan le tapa la boca con una mano y le indica que guarde silencio con la otra. Después entra en la casa y cierra la puerta con sumo cuidado.

—Chicos, vamos a tener que estar muy calladitos, ¿de acuerdo?

En la oscuridad, Stan puede ver que los dos niños mueven la cabeza afirmativamente. Y también puede sentir el miedo de ambos, no hace falta que le digan nada. Y entonces, en un acto reflejo que jamás habría creído posible, Stan les abraza y les atrae contra su cuerpo. Casi al momento, Paula rompe a llorar. Y Pluto, como si también fuera consciente del miedo de los niños, les lame la cara, primero a uno y luego a la otra.

Sorprendentemente, Paula se ríe. Entre lágrimas, sí, pero se ríe.

Y así, los tres se mantienen durante un tiempo guardando silencio para evitar ser detectados. Un tiempo en el que Stan se pregunta qué van a hacer para salir de allí y

si los demás estarán bien. En algún momento se pregunta también qué hará si los demás no están bien, si tan sólo queda él y los dos niños. Porque Stan es más que consciente de que él no es un luchador y sabe que no podría protegerles durante mucho tiempo. En realidad, no sabe cómo fue capaz de sobrevivir en Castle Hill. Esquivar una horda zombie con dos niños a su cargo le resulta impensable.

Al final, sin ninguna otra razón más que su propia naturaleza, Pluto se pone a ladrar. Junior le ordena que se calle, pero Pluto no le hace caso. Stan se alarma y se pone en pie. Junior sigue diciéndole al perro que pare de ladrar, incluso le da tirones del collar. Stan gruñe sin darse cuenta de que lo hace.

Es demasiado tarde. Han empezado a aporrear la puerta.



La posición es indefendible y es cuestión de minutos que les sobrepasen. Verónica y Neil ya tienen dificultades para hacer frente a todos los muertos que están entrando desde la cocina y tratan de subir las escaleras. Los cuerpos se acumulan en el recibidor y hay sangre por todos sitios, paredes y techo incluidos. Verónica sigue utilizando el atizador para destrozar los cráneos de los zombies y en ocasiones lanza patadas a los que se acercan demasiado, haciéndoles caer hacia atrás. Neil dispara el rifle de caza con bastante precisión, deteniéndose a recargar cuando debe hacerlo, y utilizando la culata como arma cuando están a punto de agarrarles o no tiene espacio para disparar.

Sin embargo, ya han tenido que subir cuatro escalones más y se encuentran a mitad de la escalera. Los muertos siguen apareciendo y corriendo hacia ellos, la mayoría sube torpemente, y casi todos tropiezan con los cuerpos que han ido cayendo, pero acaban avanzando. Las fuerzas de Verónica, además, han menguado desde que empezaron a pelear, y ya casi le cuesta levantar los brazos para asestar otro golpe. Grita cada vez que lanza uno nuevo, y ya necesita un mínimo de dos aciertos antes de anular a un zombie.

Es cuestión de tiempo que no puedan defenderse más, y ese momento llega ahora. La mano de una mujer agarra el tobillo de Neil mientras trata de recargar el arma. Neil sacude el pie con violencia, tratando de zafarse, pero lo único que consigue es caer de culo sobre el siguiente escalón y que se le caigan las balas que tenía preparadas. Desde ahí, sentado, lanza el pie con fuerza hacia la cara de la mujer. Siente como se parte el hueso de la nariz y la mano le suelta, sólo para volver a la carga aún más furiosa. Neil la esquiva, subiendo otro escalón y rebuscando en el bolsillo por más balas. Verónica se ve obligada a retroceder también, acosada por tres muertos más que acompañan a la mujer en su subida a la escalera.

El disparo proviene de su espalda y atraviesa el ojo de uno de los muertos, reventándole el cráneo por la parte trasera. El hombre agita los brazos y cae hacia atrás, derribando a dos zombies más que le seguían. Verónica mira sobre su hombro, apenas un instante, lo suficiente para ver a Tom Ridgewick en lo alto de las escaleras sujetando un revólver que parece más antiguo que todos ellos y que despide un hilillo de humo por el cañón.

—Y sí, dispara —murmura Tom, cerrando un ojo para apuntar y apretando de nuevo el gatillo.

La bala destroza la cabeza de otro de los muertos, derribándole. Es suficiente desahogo para Verónica, que utiliza el atizador para deshacerse del tercero de los muertos. Neil, por su parte, vuelve a patear la cara de la mujer, termina de cargar el rifle, y dispara cuando la mano vuelve a apresarle el tobillo. Luego sólo tiene que sacudirse la mano muerta del pie.

Pero siguen subiendo. Cada vez son más. Tom dispara con suficiente acierto

gracias a las clases de tiro que ha dado durante los últimos veinte años de su vida. La mayoría de sus balas destrozan la cabeza de alguno de los cadáveres andantes. Verónica y Neil tienen que retroceder otros dos escalones, pero siguen luchando codo con codo, exhaustos. Neil, además, se da cuenta de que ella está a punto de desfallecer.

—¡Shane! —grita—. ¡Shane, te necesitamos!

Tom, arriba, también le está gritando instrucciones a Brad. El periodista escucha asintiendo con la cabeza, con la boca y los ojos tan abiertos que parece que le va a estallar la cabeza. Rodger, mientras tanto, está arriba, a un par de metros de Tom, con la cabeza apoyada en la pared y una expresión tan ausente que uno podría pensar que es una estatua.

Shane ha llorado por su madre. Tiene los ojos llorosos y enrojecidos, pero cuando Neil grita su nombre, es como si recibiera una sacudida. Mira a su alrededor, buscando algo con lo que hacer frente a los muertos, pero no hay nada que pueda usarse en ese sentido. Neil sigue gritándole entre disparos.

El olor a pólvora inunda la casa haciendo la atmósfera casi irrespirable. Todos tosen. Verónica tose. Y cuando lo hace, de repente le es imposible respirar y se dobla sobre sí misma, tosiendo sin parar, y vomita. Neil grita, porque sin ella los zombies empiezan a acercarse más y más y ni los disparos de Tom sirven para aliviar la situación. Neil dispara a uno y golpea a otro con la culata, empujándolo hacia atrás, pateando a un tercero, intenta apuntar a un cuarto, una mano agarra el cañón del arma y el disparo se estrella contra el techo. Neil intenta recuperar el arma, le da una patada al muerto en el pecho, el muerto trastabillea, pierde pie en el escalón y cae de rodillas, pero no suelta el rifle y está a punto de arrastrar a Neil escaleras abajo, hacia las bocas y manos muertas que vienen desde allí. Neil vuelve a tirar del rifle, gritando. Otras manos, tan heladas como las que sujetan el rifle, tan llenas de sangre y mugre, le agarran del brazo mientras la boca a la que obedecen le lanza una dentellada que Neil esquiva de milagro. Se niega a soltar el rifle y vuelve a tirar de él, pero no lo consigue. Sabe que en el momento en que lo pierda ya no habrá más que hacer y todo estará perdido. El cadáver de su izquierda vuelve a intentar morderle y Neil se ve obligado a soltar una de las manos que sujeta el rifle y golpear al muerto de su izquierda en la cara. El hombre cae contra la barandilla, pero no pierde pie y vuelve a darse la vuelta. Neil tira una vez más del rifle. Está a menos de diez segundos de que un segundo grupo de zombies le alcance. Vuelve a darle un puñetazo al otro hombre con la mano libre, pero falla. El hombre se abalanza sobre él. Neil siente las manos que le arañan la camiseta, intentando destrozarla y atravesarle el pecho. Se le echa encima. Vuelve a tirar del rifle, poniendo todas sus fuerzas en el grito que le sale del pecho.

El atizador vuela por delante de los ojos de Neil y se hunde en la cabeza del hombre. Al instante, sus manos dejan de buscar en el pecho de Neil y este puede girarse para encarar al que tiene sujeto el rifle. Shane se coloca a su lado, blandiendo

el atizador que le ha arrebatado a Verónica, mientras le grita a ella que suba.

Tosiendo, ayudándose de manos y pies, Verónica casi se arrastra hasta el piso de arriba y se deja caer a los pies de Tom, con la frente apoyada en el suelo y un hilo de bilis saliéndole de la boca. Los brazos le tiemblan por el esfuerzo sobrehumano que ha hecho en las escaleras.

Abajo, Neil logra recuperar el rifle de caza. Shane se defiende bastante bien con el atizador, aunque sus golpes no dan en la diana tantas veces como los de Verónica. Los cuerpos siguen rodando escaleras abajo, amontonándose en el suelo del recibidor.

—¡Se me están acabando las balas! —grita Neil. A nadie en concreto, porque sabe que nadie repondrá las municiones.

Shane golpea a un hombre con tanta fuerza que lo envía por encima de la barandilla. El tipo cae en el recibidor con un sonoro golpe y vuelve a levantarse gruñendo. Neil dispara a una mujer lanzando la masa en la que se ha convertido su cerebro putrefacto a la pared de enfrente. Después da un paso atrás, subiendo un escalón, y rebusca en su bolsillo. Sus dedos palpan lo que parecen ser los últimos cartuchos. Los coge y los carga.

Shane defiende la posición golpeando con furia a los zombies. Sus golpes no son precisos, pero sí lo suficientemente violentos para eliminar a los que logra golpear en la cabeza. Neil apunta el rifle hacia un hombre al que le falta un ojo y en su lugar hay un hervidero de pequeños gusanos que se retuercen. Dispara fulminándole.

Shane levanta los brazos para golpear de nuevo, y se queda paralizado. Tanto, que el atizador se le resbala de las manos y cae al suelo. Neil se sorprende, temiéndose lo peor, y apunta con el rifle en la dirección que mira su amigo. Lo que ve delante de él, estirando los brazos hacia Shane, es la cosa en la que se ha convertido Emma. La carne de su cara prácticamente ha desaparecido, dejando a la vista músculos y huesos ensangrentados, la ropa está hecha jirones y tiene heridas en casi todo el cuerpo. Shane chilla horrorizado. Neil, que por un momento también se ha quedado sin respiración, reacciona al grito de su amigo y aprieta el gatillo.

La última bala del rifle de caza hace desaparecer el lado izquierdo de la cabeza de Emma, que da un violento giro en el aire, casi como si estuviera bailando el último paso de un vals, y se precipita escaleras abajo.

Después, Neil empuja a Shane escaleras arriba y planta los pies en el centro del escalón, blandiendo el rifle como una porra. Golpea al primer zombie que se le acerca, lanzándolo hacia atrás, y al segundo, derribándole a un lado. Ninguno de los dos golpes logra romper el hueso. Los dos zombies se incorporan de nuevo mientras otros más les alcanzan y se suman al ataque. Neil retrocede, golpeando sin parar, haciendo que los muertos giren y caigan pero sin derribarles de forma definitiva.

—¡Neil, cuidado!

Al principio ni siquiera reconoce la voz, porque en realidad, Neil y Brad no han hablado nunca el uno con el otro. El chico se echa a un lado y mira atrás. Brad carga con un colchón en las manos y se coloca en el centro de las escaleras con él. Después,

gritando como si fuera el séptimo de caballería al rescate, Brad baja la escalera gritando. El lateral del colchón golpea a Neil, obligándole a pegarse contra la pared, y después, el colchón entero embiste a los muertos como un muro de contención. Neil entiende y se lanza junto a Brad, empujando a los zombies escaleras abajo.

Durante todo el proceso, Brad tiembla como una hoja en medio de un huracán.

Luego, Neil agarra a Brad y tira de él hacia arriba. Suben las escaleras de dos en dos, tropezándose pero sin detenerse. Al llegar arriba, Verónica y Shane están empujando un mueble, dirigiéndolo hacia las escaleras. Tom, Brad y Neil se les unen, y un momento después, el mueble se desliza escaleras abajo como un tren de mercancías sin freno, tambaleándose en la bajada con cada escalón y chocando contra el colchón con fuerza suficiente para arrastrar a los zombies hasta el mismísimo recibidor.

—Eso no les detendrá mucho tiempo —asegura Tom—. ¡Vamos!

Shane tiene que tirar del brazo de su padre para lograr que les siga. Todos corren por el pasillo detrás de Tom hasta las escaleras que llevan a la buhardilla. Tom empieza a subir y los demás van detrás de él.

En el momento en que Ace le dice a Rachel que tienen que salir al tejado, la cara de la mujer se torna en extrañeza. El tono de Ace no deja lugar a dudas, por mucho que ella le mire como si estuviera loco.

—Yo cogeré a Axel. No le pasará nada, te lo prometo. Saldremos de esta, Rachel.

Omite, sin embargo, la pregunta que se hace continuamente. ¿Una vez en el tejado, qué van a hacer? ¿Esperar hasta morir de hambre? Pero Ace es un hombre práctico, un hombre con una mente capaz de explorar todas las opciones y valorar cada una de las estrategias. Así fue como logró ganar Survivor. Y ahora, el único camino posible que es capaz de ver es el de sobrevivir a los próximos diez minutos y después... ya se verá.

Seguir adelante, sin vacilaciones.

Apoya sus manos en las mejillas de Rachel, que está temblando por el miedo, y obliga a la mujer a mirarle a los ojos.

—Rachel, escúchame... no voy a dejar que os pase nada, pero tienes que confiar en mí. Tenemos que salir de aquí antes de que atraviesen esa puerta.

Una puerta que no va a resistir mucho más tiempo, por cierto, aunque Ace también omite esa información. No necesita asustar más de la cuenta a Rachel. Y cuando ella asiente, despacio, él le guiña un ojo y abre la ventana. El aire frío del exterior les golpea con crudeza. Ace recoge a Axel de los brazos de la mujer, y le tapa con su pequeña manta, tratando de cubrirle lo máximo posible del frío.

Rachel se sube a la ventana, temblando, y mira hacia abajo.

—No puedo.

—Sí que puedes, Rachel.

Temblando, Rachel da un paso hacia el lateral. Su pie resbala y cae, golpeándose la rodilla contra las tejas. Agarra el filo de la ventana y aguanta la posición. Cuando mira a Ace de nuevo, tiene los ojos anegados en lágrimas.

—No puedo, Ace.

—Rachel... Tienes que poder.

Ace evita mirar atrás. A su espalda, la madera cruje amenazadora con cada golpe y ataque de los muertos, pero él mantiene la mirada fija en Rachel. Finalmente, ella se vuelve a incorporar y avanza hacia el lateral del tejado, manteniendo un precario equilibrio extendiendo los brazos en cruz. Ace no espera hasta que la mujer llega a la chimenea. Sale al exterior sujetando a Axel con fuerza contra su cuerpo y tratando de no dejarse desconcentrar por el llanto desconsolado del niño. Afianza cada pie antes de avanzar, y suelta el marco de la ventana cuando dentro de la habitación se escucha un gran estrépito al caer la puerta y ser atravesada por los zombies.

Su rugido les llega claramente. Rachel, abrazada a la chimenea, le mira y le dice que siga adelante. Ace, sin embargo, se detiene y mira atrás.

El primer muerto alcanza la ventana y le mira, extendiendo las manos hacia él.

Ace no cree que sean capaces de perseguirles. Aunque logran subirse a la ventana, no mantendrían el equilibrio en el tejado. Pronto, hasta seis muertos se asoman a la ventana, gruñendo y rugiendo y gritándoles. Ace aprieta a Axel contra su cuerpo y le besa con suavidad en la cabeza, sin dejar de mirar a los monstruos.

—¡Ace! —grita Rachel, a su espalda.

Él se gira para mirar a la mujer, pero ella está mirando a la derecha. Ace sigue la dirección de su mirada. Desde allí puede ver su propia casa, su propio jardín convertido en improvisado huerto. Y allí, de pie, tres figuras humanas que les miran. Un ramalazo de esperanza surge en el corazón de Ace. Y esas tres figuras están hablando entre sí, y desde aquí no hay forma de que les oigamos, así que te propongo que nos acerquemos a ellos. Ven, acompáñame.

—Tenemos que ayudarles —está diciendo Pablo.

—Son Ace y Rachel —dice Mark—. Y el niño.

—Oh, Dios —murmura Pablo, levantando una mano para señalar—. ¡Está saliendo!

Y pueden ver que Ace también se ha dado cuenta y ha cogido la pistola que lleva en la cintura. Uno de los muertos ha conseguido incorporarse a la ventana. Antes de que Ace tenga tiempo de disparar, el muerto da un paso hacia él, resbala en las tejas, cae contra el tejado y se desliza hacia abajo, precipitándose hacia el suelo agitando manos y piernas.

—Ahí están a salvo por el momento —asegura Mark—. Tenemos que ir a buscar a Paula.

—Ni siquiera sabemos si Paula está realmente en aquella casa —le recuerda Logan—. Y ellos tienen un niño ahí.

Mark les mira a los dos, de uno a otro, y niega con la cabeza.

—No, no puedo dejar a Paula. Si está viva, tengo que llegar hasta ella.

—Pero de ellos estamos seguros —le dice Pablo, tratando de hacerle entrar en razón—. No podemos abandonarles en ese tejado.

Mark mira a Logan, buscando apoyo.

—Estoy de acuerdo con él, Mark.

—Pero... ellos están a salvo...

Mark se da cuenta de que nada de lo que diga les hará cambiar de opinión.

—Yo iré a por Paula —decide.

Logan cierra los ojos y suspira. Cuando vuelve a abrirlos, mira a Mark con condescendencia.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo?

—Lo mismo os digo. Y gracias.

Logan asiente. Mark se da la vuelta y corre de regreso al interior de la casa. Por un momento, Logan frunce el ceño, extrañado, pero Pablo le habla, devolviéndole a la realidad.

—Sólo conservamos la azada.

—Suficiente —asegura Logan—. Vamos.

Avanzan hacia la valla de madera que separa ambos jardines. Al llegar hasta ella, Logan ayuda a Pablo a erguirse a ella. El chico lleva la azada en la mano y se sube a horcajadas sobre ella. Le tiende una mano a Logan, que la utiliza como apoyo para subir de un salto. Una vez arriba, Logan mira hacia el tejado.

—¡Ace! ¿Me oyes?

Desde donde están no pueden verse unos a otros.

—¡Sí! —la voz de Ace les llega por encima de los gritos de los muertos.

—¡Voy a necesitar que me prestes tu arma!

Silencio un par de segundos. Pablo señala al zombie que cayó desde el tejado. Es aquel al que Ace llamó Frac. Está tirado en el suelo, arrastrándose hacia ellos, con las dos piernas, y un brazo, rotos por la caída y torcidos en ángulos antinaturales.

—¡De acuerdo! —grita Ace.

—¡Ponle el seguro antes de dejarla caer! —le pide Logan. Después, mira a Pablo—. Chico, será mejor que corras a cerrar esa puerta —le señala la puerta que comunica el jardín del matrimonio Morris con la calle principal—. No quiero tener que preocuparme más de la cuenta por nuestra retaguardia.

Pablo asiente solícito y salta al jardín. Logan le observa correr medio agachado. Un golpe a su izquierda le hace volver la cabeza. Ve la pistola en el suelo, a un par de metros del hombre del frac. Un momento después, desde arriba cae una caja amarilla que Logan reconoce como una caja de munición. Al chocar contra el suelo, la caja se abre y algunas de las balas se esparcen por el suelo.

Logan salta a tierra y avanza hacia el arma. Pasa junto al hombre del frac, que estira su único brazo útil tratando de agarrarle y le lanza un gruñido cuando se le escapa por centímetros. Logan se agacha a por el arma y recoge las balas, devolviéndolas a la caja. Luego, se guarda la caja de munición en el bolsillo y mira hacia la entrada. Pablo acaba de cerrar la puerta y está regresando.

Logan se acerca al hombre del frac, le da una patada para hacerle girar, dejándole boca arriba, y se agacha a su lado, manteniéndose a la suficiente distancia para evitar la mano que intenta arañarle.

—Saluda en el infierno de mi parte.

Golpea con brutalidad la cabeza del hombre utilizando la culata de la pistola, hundiendo los huesos de la cara hasta que el rostro del hombre no es más que una masa informe de sangre, hueso y sesos. Cuando Pablo llega hasta él, el tipo del frac está más que inmóvil y ni siquiera sus seres más cercanos le habrían reconocido nunca. Pablo silba impresionado. Logan se levanta.

—Y ahora, entremos en esa casa.

Mark entra en el garaje de la casa de Ace y cruza junto al deportivo hasta llegar al pequeño armario trastero que hay en el lateral, al fondo. Cuando estaba llorando por la desesperación de no haber hallado a Paula, en el dormitorio del piso de arriba, Mark se quedó mirando durante un rato la pañoleta de Survivor caída en el suelo. En realidad, miraba más allá, como si pudiera traspasarla con la mirada y observar la madera que hay detrás, o las pequeñas moléculas en movimiento, pero eso no impidió que el germen de una idea naciera en su cabeza. Después, cuando escuchó al perro de los Collins y supo que Paula tenía que estar allí, aquella idea acabó por explotar en su mente.

En Survivor, Jeff Probst despedía a los eliminados apagándoles la antorcha y diciéndoles aquella frase que se había puesto de moda en Estados Unidos: «La tribu ha hablado». Y cuando llevaban dos días viviendo en la casa, Mark y Ace bajaron al garaje en busca de herramientas y en aquel armario Mark vio una antorcha. Ante su mirada de asombro, Ace se encogió de hombros.

—Cuando la compré pensé que sería un adorno curioso si hacía cenas en el jardín —le dijo, sonriendo—. Y como soy un poco freak, me compré el mismo modelo que utilizan en el programa.

Mark coge la antorcha y la mira. Todos los animales de la naturaleza temen el fuego, eso es una realidad. Esa es su idea.

De regreso al jardín, Mark busca con la mirada y alcanza a ver a Logan saltando al patio de enfrente.

No puede salir por la puerta principal porque aún suenan golpes detrás de ella. La única opción es saltar a la calle lateral y avanzar desde ahí. Mark se acerca a la valla arrastrando una de las sillas del porche. Después de colocarla junto a la valla, saca el mechero que ha cogido del recibidor de Ace y enciende la antorcha. Después, se sube a la silla para cruzar la valla.

No tiene forma de escucharles, pero desde el tejado vecino, Rachel y Ace le miran al percibir el resplandor de la antorcha.

—¿Qué hace? —pregunta Rachel.

—No lo sé —murmura Ace—. Pero parece una buena forma de suicidarse.

Mark salta a la calle y se queda agachado, con la antorcha en la mano y mirando hacia los lados. Camina hasta ocultarse detrás de un coche aparcado y mira hacia la calle principal. Desde donde está, no ve movimiento. Siente el calor de la llama en la cara y se da cuenta de que está nervioso porque la antorcha le tiembla en la mano.

Sale de detrás del coche y camina hacia la calle principal, tratando de ser silencioso pero andando deprisa, con urgencia. No ha llegado hasta la esquina cuando un rugido le hace mirar hacia la izquierda. A unos diez metros, el cadáver de Marsha Collins le mira con un solo ojo y una baba sanguinolenta resbalándole del labio inferior.



Ella empieza a correr hacia él. Mark retrocede por inercia, y agita la antorcha delante suya, de un lado a otro. Marsha no se detiene y el trasero de Mark choca contra el coche tras el que se ha ocultado un momento atrás. Tiene la mirada fija en Marsha, que corre hacia él cojeando de la pierna derecha y sin ninguna intención visible de detenerse. Mark se sube al techo del coche sin soltar la antorcha. Marsha llega un segundo después y choca contra el coche, extendiendo las manos hacia él y quedándose corta por más de diez centímetros.

—¡Atrás! —le dice Mark, acercando la llama a su cara.

Pero Marsha no reacciona al fuego. Sigue agitando los brazos, tratando de agarrarle a él, y en un momento dado, su mano golpea la antorcha y está a punto de quitársela.

Es aquí cuando Mark se da cuenta de que no era una buena idea. Nosotros podríamos habérselo dicho, claro, pero no es nuestra tarea influir en lo que ocurre. Los muertos carecen del instinto de autoconservación que hace que todas las criaturas del mundo teman el fuego.

También es aquí cuando Mark se da cuenta de que está en graves problemas. Porque, si miras más allá de Marsha, verás al menos otros doce o trece zombies corriendo hacia el coche en el que está subido Mark.

Los muertos chocan violentamente contra el coche y lanzan zarpazos hacia él. Algunas de las manos consiguen rozarle, pero ninguno de ellos logra agarrarle. Mark les mira, sujetando la antorcha en alto, mientras empiezan a rodear el vehículo, con sus bocas abiertas y anhelantes.

Es cuestión de tiempo que uno de ellos, un adolescente de pelo largo, rostro lleno de pecas y una horrible herida en el costado, a la altura del corazón, logre subirse sobre la parte delantera del coche y empiece a avanzar hacia él. Mark le golpea con la antorcha. Su intención al hacerlo no es más que derribarle, pero el fuego prende la ropa del chico y cuando cae al suelo lo hace envuelto en llamas que se esparcen rápidamente debido a los gases de la descomposición.

A Mark se le abre la boca por el asombro. El chico, lejos de morir del todo, empieza a incorporarse de nuevo, ardiendo como una tea. En su estupefacción, no se da cuenta de que otro de los zombies le alcanza el tobillo hasta que es demasiado tarde y tira de él. Mark está a punto de caer, se desequilibra y trastabillea, sacudiendo el pie, pero logra mantenerse arriba.

El chico del pelo largo corre de regreso al coche, envuelto en llamas. El calor golpea a Mark. Mientras tanto, un hombre con traje y corbata y la cara destrozada a mordiscos ha encontrado la forma de subirse al coche, por el mismo sitio que antes lo hiciera el otro chico. Gritando, Mark le empuja con la antorcha, tirándole hacia atrás.

El calor empieza a ser insoportable. Las llamas que emanan del joven casi le tocan y de repente, Mark tiene miedo de que el coche estalle por los aires. Se está preguntando si es posible que ocurra cuando las llamas del chico se contagian a la mujer que está a su lado, prendiendo su pelo rizado y largo. El olor a pelo quemado le

revuelve las tripas.

Para entonces, otros dos muertos empiezan a subirse al coche. Además, el calor es cada vez más fuerte y Mark tiene que concentrarse realmente y hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no dar un paso atrás y alejarse del fuego. De hacerlo, los zombies que se encuentran por ese lado le cogerían con facilidad. Mark golpea con la antorcha a los que están subiendo, derribándoles de nuevo.

Y en ese momento, el adolescente de pelo largo deja de mover los brazos y cae a plomo hacia el suelo, donde sigue ardiendo pero de donde nunca volverá a levantarse. Y Mark lo ve, y se fija en la mujer del pelo rizado en llamas. Con una chispa de esperanza, Mark pega la antorcha a la cara de uno de los zombies hasta que su pelo y su ropa empiezan a arder. Después, Mark se gira hacia Marsha y repite el procedimiento. Esta vez, las manos de la mujer agarran la antorcha y tira de ella, arrebatándosela.

Mark se queda desarmado. Mira alrededor. Tres zombies están ardiendo, más el joven tirado en el suelo. Y otros dos están subiéndose al coche. Ahora no tiene cómo detenerles, y pelear con los puños le parece demasiado arriesgado. Su espacio para moverse es tan escaso que un paso en falso haría que le agarrasen y le derribasen.

Así que Mark toma la otra salida. Cuando salta por encima de Marsha y otros dos muertos que están junto a ella, estos le siguen con la mirada y con los brazos, incapaces de agarrarle. Mark cae en la calzada flexionando las piernas y apoyando una mano en el suelo. Hay que saber apreciar las pequeñas cosas, y es evidente que Mark podría haber caído mal, incluso haberse doblado el tobillo o cualquier otra cosa, y eso le habría condenado en ese momento. Quedarse arriba tampoco era una opción, está claro, pero saltar no estaba exento de riesgo. Y tampoco es que haya quedado libre, si vamos a eso.

Mark empieza a correr. Los muertos que rodeaban el coche se lanzan en su persecución al momento. Mark no les mira, porque está concentrado en correr, pero nosotros podemos permitirnos ese lujo. Es poco probable que tengas la ocasión de volver a ver a gente corriendo rodeados de fuego, como es el caso de tres de los muertos que persiguen a Mark. Ah, y Marsha, que no ha sido víctima del fuego, mírala, empieza a quedarse atrás rápidamente debido a la cojera provocada por las heridas que tiene en la pierna, pero eso no hace que desista, y avanza renqueante, clavándole mordiscos al aire mientras corre.

Pronto, la mujer del pelo rizado abandona la carrera al caer al suelo. Ya no queda rastro de su hermoso pelo y su cabeza es una bola redonda y ennegrecida que sigue ardiendo durante un rato más.

Otros muertos se unen a la carrera. Algunos aparecen desde delante de Mark, y este los esquiva haciéndoles una finta. Apenas unos milímetros le salvan de ser atrapado por una mujer latina con las uñas pintadas de color rosa chicle y un largo collar rebotando en su cuello.

Mark corre como alma que lleva el diablo, concentrado apenas en mover las

piernas lo más rápido posible, forzando al límite la máquina. Detrás de él, los muertos van ganando terreno con incansable tenacidad. Mark hace un giro brusco al pasar junto a un coche. Los muertos le siguen, chocándose entre sí, y dos de ellos acaban revolcándose en el suelo para volver a levantarse segundos después.

Mark alcanza a ver la puerta que lleva al jardín de Sandra Ridgewick, a unos cincuenta metros. Doscientos más allá, como mínimo, está la puerta de los Collins. Demasiada distancia. Sabe que están encima de él. Puede sentirles. Les escucha.

Por si fuera poco, hasta tres zombies salen del jardín de Sandra Ridgewick y empiezan a correr hacia él. Mark se desvía hacia la acera contraria, cruzando la calle, pero los muertos se desvían también. Logra superar al primero de ellos, finta al segundo regresando al interior de la calle, y embiste al tercero encogiéndole el cuello y apuntando al estómago del monstruo.

*Esto es todo, piensa, si fallo se acabó.*

Su cabeza impacta en el pecho de la criatura. Las manos del muerto arañan su espalda tratando de alcanzar su carne. No lo logran, pero la izquierda agarra su camiseta y cuando cae al suelo, tira de ella haciendo que Mark pierda el equilibrio. Mark no cae, no inmediatamente al menos, pero sí pierde el equilibrio, golpea con las dos manos y una rodilla en el suelo y se impulsa hacia arriba de nuevo. Su camiseta se rasga, dejándole al cadáver del suelo un trozo en la mano. Mark está a punto de conseguirlo, en serio, es apenas por milímetros, su cuerpo está recuperando la verticalidad, su pierna izquierda logra dar la siguiente zancada y la derecha comienza el movimiento que le hará recuperarse y seguir en carrera, pero por lo que son apenas unos milímetros, el arco del movimiento de su pierna hace que la punta del pie se clave en el suelo, haciéndole perder pie.

Mark cae al suelo y da tres vueltas golpeándose la cabeza antes de detenerse. Mira hacia delante, hacia la puerta que lleva al jardín de los Collins, mientras un hilillo de sangre resbala desde su frente, allí donde se ha golpeado. El primer muerto se lanza sobre él gritando algo incomprensible.

*Esto es todo.*

Shane y Neil terminan de bloquear la puerta de la buhardilla. Han colocado un sillón para impedir que la abran con las embestidas. La habitación tiene casi treinta metros cuadrados, con el techo inclinado siguiendo la forma del tejado de la casa y un ventanal en la parte superior para permitir que entre la luz del sol durante el día. En el lado izquierdo hay una puerta que lleva a un cuarto de baño sin terminar. Hace tiempo que Tom decidió abandonar esa pequeña obra cuando se dio cuenta de que apenas le daba uso a la buhardilla debido al extremo calor que hacía en verano y al frío en invierno. Podría haberlo solucionado poniendo un aparato de calefacción y aire acondicionado, pero para entonces ya había establecido su despacho en la planta central y la buhardilla quedó relegada al olvido.

—Esa puerta no aguantará mucho tiempo —asegura Neil.

Tom asiente. Está recargando el Colt. A su lado, Verónica se deja caer en el suelo exhausta. Está empapada por el sudor, tiene el cabello pegado a la cara y le tiemblan las manos por el esfuerzo. Brad está en una esquina, aterrorizado, con las manos entrelazadas delante de la cara.

—Ha sido culpa de ella.

Es la primera vez que oyen a Rodger hablar, incluso reaccionar, desde que Emma sucumbiera ante los zombies. Todos los presentes se giran a mirarle, incluso Verónica. Rodger la está mirando a ella.

—Es por su culpa que Emma está muerta —asegura Rodger, levantando un poco la voz.

Despacio, Verónica se incorpora, apoyándose en la pared para hacerlo. Rodger avanza un paso hacia ella y la señala con el dedo.

—¡Ella ha matado a Emma!

Verónica le aparta el dedo de un manotazo. Rodger se gira para mirar a Tom, completamente ofendido y furioso.

—¡Tom, tú lo viste!

—Rodger, creo que deberíamos calmarnos un momento...

—¡Todos lo visteis! —grita Rodger, girando para mirarles a todos e ignorando a Tom—. ¡Ella dijo que le dejáramos vivir y ese hombre mató a mi mujer!

—Tu mujer murió porque no quiso moverse cuando se lo dijimos —asegura Verónica, desafiante.

—¡Mi mujer murió porque tú dejaste vivir a tu amigo! —grita Rodger, volviéndola a señalar. Pequeñas gotas de saliva escapan de sus labios al gritar.

Verónica vuelve a apartar el dedo de Rodger de su cara con un manotazo. Esta vez, Rodger reacciona lanzándose sobre ella y tratando de agarrarla del cuello. Verónica le retuerce la muñeca y le empuja hacia atrás, separándole de ella. Rodger grita por el dolor y cae de rodillas, sujetándose la muñeca con la otra mano.

—¡No toques a mi padre! —grita Shane, levantando el atizador por encima de su

cabeza y avanzando hacia ella.

Verónica se gira para hacerle frente pero es Neil quien se interpone en el camino de Shane y le sujeta del brazo para que baje el arma. Shane y Verónica se miran por encima del hombro de Neil.

—¡Suéltame, joder!

—¡Shane! —grita Neil, colocándole un dedo en el pecho a su amigo y obligándole a retroceder un paso.

—¡Ha matado a mi madre!

—¡Fuisteis vosotros los que salisteis corriendo! —exclama Verónica, enfadada—. ¡Neil y yo bajamos para ganar tiempo y que ella pudiera venir, pero vosotros dos subisteis las escaleras y no hicisteis nada!

—¡Verónica, así no ayudas! —grita Neil, señalándola con la otra mano y sin dejar de apuntar a Shane con el otro dedo—. ¡Calmémonos todos!

—No pienso calmarme. Ella ha matado a mi mujer —asegura Rodger.

—Neil, creo que será mejor que resuelvan esto entre ellos —murmura Tom.

Ahora sí, Neil mira a Tom completamente perplejo.

—Emma también votó por dejarle vivir —asegura Neil, mirando a Shane y Rodger—. Es más, Rod, tú votaste por dejarle vivir. Y mi tío también.

—Pero la idea fue de ella —dice Rodger, terco.

—Apártate, Neil —le ordena Shane, levantando el atizador—. No quiero hacerte daño.

Neil sonrío con sarcasmo, pero da un paso atrás, pegando su espalda al pecho de Verónica. Ella mantiene la posición desafiante.

—Cuando los zombies lleguen y atraviesen esa puerta, y lo harán, vamos a necesitarla —asegura Neil—. Todos la habéis visto luchar en esas escaleras. Estaríamos muertos si ella no hubiera peleado por todos nosotros.

—Apártate, Neil.

—No.

—¡Por su culpa, Emma está muerta! —grita Rodger, histérico.

Neil mira a Brad, que sigue en una esquina, encogido como si quisiera desaparecer atravesando la pared. No va a obtener ninguna ayuda allí. Busca a su tío con la mirada, y este meneaba la cabeza, negando con suavidad. Neil aprieta los dientes y señala a Shane.

—Si no bajas esa puta cosa, Shane, voy a tener que metértela por el culo.

—¡Ha matado a mi madre, Neil! ¿Cómo te sentirías si hubiese matado a la tuya?

—¡Me importaría una puta mierda, imbécil!

—¡Apártate, Neil! —grita Shane, blandiendo el atizador, a punto de lanzar un golpe.

—¡La necesitamos! ¡Vamos a necesitarla cuando entren los putos zombies!

—¡Vamos a morir de todos modos, joder! —Shane da un paso hacia delante, amenazador—. ¡No importa si somos cinco o dieciséis! ¡Entrarán aquí y nos

devorarán a todos! ¡Pero ella es mía!

Shane señala a Verónica con el atizador, y ese es el error que Neil necesitaba. Con un movimiento rápido, le arrebató el arma a Shane y le empuja hacia atrás. Rodger se lanza hacia ellos desde el lateral, pero Verónica le intercepta, le agarra del brazo utilizando una llave de inmovilización y un segundo después, Rodger está en el suelo con los brazos a la espalda, aullando de dolor.

Brad tiene la boca abierta por el asombro.

—Ok, ya está bien —dice Tom, apuntando a Verónica con el revólver—. Apártate de él.

Verónica mira a Tom, evaluándole durante unos segundos, y suelta a Rodger, retrocediendo hacia la pared. Rodger se incorpora frotándose los brazos, y Shane le abraza. Rodger mira a Tom.

—Eso es. Así tiene que ser —asegura.

—Quiero hacerlo yo, señor Ridgewick —suplica Shane—. Por mi madre.

—Si les dejas esa pistola, tío, espero que sepas que voy a ir a por ti —proclama Neil, con los dientes apretados y el puño que sujeta el atizador cerrado con tanta fuerza que los nudillos se han vuelto blancos.

—Nadie les va a dejar esta pistola —asegura Tom, bajando el arma.

—Tom —Rodger le mira, incrédulo—, tú sabes lo que ha hecho. Ella fue la que lo propuso. Votamos con ella porque somos humanos, pero es su culpa.

—Verónica —dice Tom—, será mejor que entres en el cuarto de baño.

—¿Y si no quiero hacerlo?

—No lleguemos a ese punto, ¿de acuerdo? —Tom le dedica una sonrisa, de las suyas, de tiburón.

Verónica mira a Neil, pero este no comprende lo que pasa. Durante un momento nadie se mueve. En el piso de abajo empiezan a escucharse pasos que corren y ruidos de objetos al ser derribados o movidos. Han superado la barrera y es cuestión de tiempo que alcancen la buhardilla y empiecen a golpear la puerta. Todos lo saben, nadie lo dice en voz alta.

—La necesitamos —asegura Neil.

—Estoy de acuerdo con eso, hijo —Tom habla despacio, muy seguro de sí mismo—. Pero en pro de que el asunto no vaya a más, sugiero que ella se meta en el cuarto de baño mientras el resto hablamos y solucionamos esto. Mientras la vean, jamás van a tranquilizarse.

—No me vas a hacer cambiar de opinión —asegura Rodger.

—¡No tenemos tiempo para ejecutar una parodia de juicio, tío! —grita Neil, señalando la puerta con el atizador—. ¡Van a llegar y van a hacerlo pronto!

—¿Verónica? —Tom mira a la mujer, enarcando las cejas.

A regañadientes, Verónica avanza hacia el cuarto de baño, entra y cierra la puerta. Neil les mira a todos sorprendido. Tom se gira hacia los Walter.

—Rodger, Shane... sabéis que quería a Emma como a una hermana. Era una gran

mujer, lista, inteligente...

—Murió por su culpa —susurra Rodger, cabezota.

—Lo cierto es que podríamos haber votado que no, tú y yo, Rodger. Votamos que sí porque aún nos queda humanidad, ¿verdad?

Despacio, con las lágrimas acumulándose en los ojos, Rodger asiente. A su lado, abrazado a él, Shane empieza a llorar. Tom apoya una mano en el hombro de cada uno de ellos.

—Aún en medio de este caos, de esta pesadilla, aún hay humanidad en todos nosotros. ¿Estáis de acuerdo con eso?

Como feligreses en una iglesia ante el sermón del cura, Shane y Rodger asienten.

—Ella tomó una decisión, y puede que a la larga tuviera catastróficas consecuencias, pero lo hizo basándose en la misma humanidad por la que tú y yo votamos que siguiera viviendo. Rodger, Shane, todos cometemos errores y tomamos decisiones equivocadas. Es el mundo en el que nos ha tocado vivir.

—Yo entré en la cocina —solloza Rodger. Las lágrimas empiezan a caer por sus mejillas—. Yo les atraje a la casa.

—Pero tampoco fue culpa tuya, Rodger —asegura Tom, mirando a Neil con una sonrisa de superioridad en el rostro capaz de helar el corazón del más duro—. No es culpa de nadie. ¿Sabes qué habría hecho Emma ahora, Rodger?

Rodger asiente.

—Habría perdonado a Verónica.

—Exacto —responde Tom. Aunque por dentro, con cierto deje divertido, está pensando que si Emma estuviese ahí ahora, probablemente se los comería a todos—. Perdonaría a Verónica porque no fue culpa suya.

Rodger levanta la cabeza suspirando y limpiándose las lágrimas de la cara con el dorso de la mano.

—¿Qué hacemos ahora?

En ese momento, los primeros puños empiezan a golpear la puerta con vehemencia, sobresaltándoles a todos.

—Ahora, buscad cualquier cosa que pueda servir para defendernos.

Rodger asiente, y tira de su hijo para que le ayude. Tom se gira hacia la puerta y la mira con la expresión de alguien que sabe que no puede perder jamás. Neil se acerca a él.

—¿Qué ha sido eso, tío? —pregunta, susurrando—. Abajo me dijiste que ella era el enemigo. Yo tengo razones para defenderla. He peleado a su lado y considero que me ha salvado la vida, pero tú... podrías haberla eliminado sin mancharte las manos. Entregándosela a ellos.

—Neil, querido... a veces hay que mirar hacia el futuro.

—No entiendo.

Tom le pasa un brazo sobre los hombros. Y, susurrando para evitar que el resto les oiga, Tom sigue hablándole al oído.

*No te rindas.*

Mark se revuelve un momento antes de que el muerto caiga sobre él y logra apresar el cuello de la criatura. La cara del cadáver queda a un palmo de la suya, y desde donde está, Mark puede apreciar sus dientes negruzcos y sucios entre los que cuelgan hilillos de carne, sus ojos donde el blanco está lleno de pequeñas venas rojizas, su piel, cuarteada y seca y su aliento, tan pútrido y desagradable que Mark siente una arcada.

Se gira hacia el lado, empujando al ser lo más lejos posible, y rueda sobre sí mismo para coger distancia y levantarse. El segundo zombie le embiste desde el lateral, lanzando un mordisco a su costado. Mark le agarra la cabeza con las dos manos justo antes de que le muerda y los dientes se cierran sobre la camiseta, esquivando la piel de milagro. Mark gira sus brazos con brusquedad y el cuello de la criatura se parte. Retrocede tratando de zafarse, pero la criatura vuelve a embestirle, buscándole con las manos y la cabeza caída hacia un lado. Mark le da una patada directa a la espinilla y el muerto cae al suelo.

Intenta echar a correr. Choca contra un cuerpo al que no ha visto. Unas manos le agarran los brazos. Es Sandra Ridgewick. Mark le agarra la cabeza tratando de mantener la boca de la mujer lejos de él. Otro muerto les alcanza. Mark se retuerce y empuja a Sandra contra el otro cadáver. Ambos chocan y salen despedidos uno hacia cada lado. Entre ellos, una mujer con el pelo recogido en una trenza deshilachada corre hacia él. Sus dedos se enganchan en la camiseta rota de Mark y este le golpea en el rostro con el puño cerrado. La cabeza de la mujer gira hacia la izquierda por el impacto y Mark gira el cuerpo al tiempo que adelanta la pierna para hacerla tropezar. Cuando cae al suelo, Mark recibe otro golpe desde el lateral.

Vuelve a ser Sandra. Esta vez la mujer intenta morderle en el cuello y Mark le lanza un cabezazo que impacta directamente en la nariz de la mujer. Ni siquiera se inmuta. Para entonces, la mujer de la trenza está volviendo a levantarse, el hombre que se estrelló contra Sandra vuelve a correr hacia él y otros tantos se ciernen sobre él. No tiene tiempo, y lo sabe. Mark lanza sus puños a ciegas, sin pensar, y trata de retroceder. Sandra cae al suelo, bloqueando a dos zombies que tropiezan con ella. Mark le da una patada en la cara a la mujer de la trenza, haciéndola girar en el aire y caer boca arriba en un golpe que, a una persona viva, como poco le quitaría el aliento.

*Corre, Mark.*

Y Mark corre. Alguna de esas cosas agarra un jirón de su camiseta y Mark siente el tirón de la tela en el cuello antes de ceder del todo y romperse, dejándole con el pecho al descubierto. No le importa. Lo único en lo que piensa es en salvar a Paula, eso es lo único que le importa y no está dispuesto a permitir que le alcancen antes de haberlo logrado. Ella es todo lo que importa, es el combustible que hace que las piernas de Mark vayan más rápido de lo que jamás se han movido.



Está a punto de frenar al darse cuenta de que la puerta de entrada al jardín de los Collins está abierta. Mientras corre, se da cuenta de que ya no oye a Pluto ladrar. Miles de imágenes cruzan su cerebro en esos segundos, y en ellas ve a Paula muerta en el suelo, destrozada por las manos y bocas de esas criaturas, y se ve a sí mismo agachándose junto a ella, llorando y gritándole al cielo, y entonces ella abre los ojos, pero su mirada está nublada por la muerte, y le muerde con fuerza, matándole. Se ve a sí mismo vagando por un mundo muerto convertido en una de esas cosas, a la caza de carne humana e incapaz de descansar en paz por el resto de la eternidad.

Cruza la puerta como un rayo y la empuja hacia atrás con fuerza. El sonido del metal al cerrarse de golpe es seguido por el de los cuerpos estrellándose contra la puerta. Mark retrocede, creyendo que la puerta no resistirá y se abrirá de golpe ante las embestidas de los muertos. Tropezó y cae al césped.

La puerta resiste pero sus problemas no han terminado. Se le hiela el corazón al escuchar una serie de gruñidos a su espalda.

*Dios, por favor, que ninguno de ellos sea Paula.*

¿Te acuerdas de Timothy Galif? Estoy seguro de que sí, pero te refrescaré la memoria: casi dos metros de altura, unos músculos en los brazos que no tienen nada que envidiar a los que lucía Arnold Schwarzenegger cuando ganó seis años seguidos el título de Mister Universo, y la camiseta de los San Francisco 49ers. Es el cabrón que condenó a muerte a Ozzy al morderle, a la puerta del chalet de Tom Ridgewick.

Ahora, Timothy Galif es el primero del grupo de cadáveres apestosos y andantes que ansían atravesar la puerta de la buhardilla de Tom, y golpea la madera con tanta brutalidad que tiembla después de cada golpe. Empieza a astillarse, de hecho, por la parte superior. Timothy podría haberlo celebrado como una victoria si estuviera vivo pero está tan muerto como el resto de seres que le siguen.

Le puedes ver meter la mano mutilada en la abolladura que uno de sus puñetazos ha causado en la madera y tirar, arrancando astillas y trozos de madera, y después golpear con el otro puño, haciendo saltar más astillas. Desde detrás de él, los demás siguen empujando, ansiosos por alcanzar también ellos la puerta, y sobre todo lo que hay más allá de la puerta, pero Timothy es una mula y mantiene la posición, golpeando y golpeando y arrancando trozos de madera.

En un momento dado, su puño atraviesa la madera y al tirar de él, le resulta imposible sacarlo. No importa, con esa decisión inamovible de que hacen gala todos los muertos vivientes, Timothy sigue golpeando la puerta con el otro puño hasta que por fin, el agujero se hace más grande y recupera su mano. Y cuando vuelve a tener dos puños para golpear la madera, la puerta está ya tan destrozada que los trozos de madera que salen volando son cada vez más grande. Y se pone cada vez más ansioso al descubrir que al otro lado hay seres vivos. Golpea y se lanza contra la puerta y la madera cruje y cede y Timothy cae sobre el sillón que ejercía de bloqueo al otro lado.

Y Timothy les mira, a todos ellos, y abre la boca para lanzar un rugido.

Una bala le destroza el cerebro, esparciéndolo por la pared a su espalda.

Tom sujeta el Colt en alto. A su lado, Neil blande el atizador con los dientes apretados. Junto a él, Verónica sujeta un martillo en la mano derecha. Al otro lado de Tom, Shane tiene en una mano un destornillador y en la otra la pata de una silla que han destrozado. Por último, Rodger tiene dos patas de la misma silla, una en cada mano. Los cinco están expectantes y en tensión, preparados para luchar hasta el final.

De aquí no hay forma de salir, pero ninguno de ellos se lo va a poner fácil.

Y si miras al fondo verás que Brad Blueman está temblando como un flan, encogido en una esquina y llorando a moco tendido.

Los zombies empiezan a cruzar el hueco dejado por la puerta destrozada, pisoteando el cuerpo de Timothy y los pedazos de madera que han caído al suelo. Neil es el primero en lanzarse, dando un grito. El atizador destroza el cráneo del primer muerto, abriéndole una brecha en la cabeza mortal por necesidad y lanzando el cuerpo contra la pared.

Sirve como pistoletazo de salida. Verónica empuja a una mujer hacia atrás y antes de que caiga al suelo le hunde la frente a martillazos. Tom dispara hacia la puerta, destrozando la cara de otro de los zombies y haciéndole caer hacia atrás, lo que bloquea por un momento la entrada. Shane le hunde el destornillador en la cabeza a un chico joven y le pateo el pecho para tirarlo al suelo. Después, golpea con la pata de la silla a otro hombre en la cara. El impacto no le detiene, pero sí le hace trastabillar hacia un lado, donde Neil le golpea con el atizador, tumbándolo en el suelo.

Luchan entre gritos, golpeando de forma tan salvaje como lo hacen los zombies. Brad les mira desde la esquina. Ve la sangre que salpica todas las paredes y las ropas de todos, ve las armas que suben y bajan con violencia y brutalidad, empapadas en sangre, ve el humo que sale del cañón del Colt después de cada disparo, ve los rostros desencajados de Verónica y Neil, de Shane y Rodger, mientras defienden cada metro de la buhardilla, los cuerpos que caen al suelo con las cabezas destrozadas y heridas abiertas de las que apenas sale sangre ya, ve huesos rotos y ve lo que hay detrás de esos huesos. Brad ve como una de las patas de silla que blande Rodger se rompe en pedazos al chocar violentamente contra la cara de un hombre calvo y sexagenario y ve al hombre derribar a Rodger y colocarse encima de él, dispuesto a morderle. Ve a Shane hundir el destornillador en la nuca del hombre, y se da cuenta como los músculos del cadáver se relajan, tal que si fuera un robot al que le han cortado la corriente.

Tiene miedo. Brad sabe que nunca ha sido un valiente. También sabe que los valientes suelen ser los que mueren en el campo de batalla.

Corre hacia el cuarto de baño y se encierra dentro. Y pone el pestillo, aún a sabiendas de que los zombies derribarán esa puerta con tanta facilidad como han derribado todas las demás. A menos que se quede en silencio, claro. Tan callado y silencioso que crean que no hay nadie ahí dentro. Brad se cree capaz de hacerlo y se mete en la bañera y se agacha dentro. No puede controlar el temblor ni el castañeteo de los dientes. Tampoco es capaz de dejar de llorar, pero se tapa la boca con la mano para no hacer ruido.

Y cierra los ojos. Si pudiera cerrar los oídos y dejar de oír los gritos, y la lucha, y los golpes y los disparos lo haría, pero es imposible. Se los tapa sin remediar nada.

Aunque algo es algo.

Y en la buhardilla la guerra continúa. Rodger se ha levantado a duras penas y busca a su alrededor algo que pueda utilizar como arma. Tom sigue disparando contra los cuerpos que aparecen desde la puerta, derribándoles y bloqueando la entrada durante los segundos que los que siguen al muerto tardan en echarlo a un lado.

Son incansables. Y siguen apareciendo.

Verónica chilla cada vez que golpea a uno con el martillo. Le sirve para no oír el crujido de los huesos. Ni siquiera piensa mientras lo hace, sólo se concentra en golpear y destrozarse esos rostros a los que ni siquiera conoce.

Y Neil, a su lado, pateo a los zombies para apartarlos de sí mismo antes de

destrozarles la cara con el atizador. El metal le tiembla en las manos cada vez que impacta contra una cabeza.

Shane también ha perdido la pata de la silla y ahora agarra del cuello a una chica, de no más de treinta años, y la empuja contra la pared tratando de inmovilizarla. Con la otra mano le clava el destornillador con tanta fuerza que después no consigue recuperarlo. Y el siguiente muerto ya se está lanzando a por él. Shane se ve obligado a retroceder, soltando el mango del destornillador, y la chica, que hasta hace una semana trabajaba en un concesionario BMW vendiendo coches de gama alta, cae al suelo con el destornillador clavado en la frente, sobre el ojo derecho.

Porque sí, puede que sean zombies y que estén luchando por su supervivencia contra ellos, pero no te olvides que todos ellos fueron personas una vez, todos fueron esposas, maridos, hijos, padres, primos y amigos de alguien y tuvieron trabajos y vidas más o menos plenas antes de la llegada del Cuarto Jinete. No puedes perder de vista eso por muy desagradable que sea lo que está ocurriendo.

Shane retrocede dejando el flanco izquierdo desprotegido. Tom gira el revólver y dispara al zombie que persigue al chico, dándole unos segundos más. Es consciente de que ahora sólo están Neil y Verónica luchando en primera línea y que él no tiene quien le defienda por la derecha. Otro muerto se abalanza a por él, tropezando con los cuerpos que yacen en el suelo. Tom le dispara en la frente y abre el tambor para recargar. Durante esos segundos valiosos no dejan de entrar zombies en la buhardilla. Verónica y Neil defienden el lado derecho pero a la izquierda de Tom no hay ninguna barrera y corren hacia él. Tom deja caer dos balas al suelo y se esfuerza en meter la última en el tambor. Cuando levanta el arma, la mujer está a punto de agarrarle. Tom dispara sin piedad destrozándole el rostro, y el cuerpo de la mujer cae sobre él empujándole hacia atrás.

Al caer Tom, el lado izquierdo queda completamente libre, y Neil y Verónica son rodeados y atacados desde todas direcciones.

Tom dispara desde el suelo, derribando a dos muertos más que corren hacia él. Al tercero le da en el hombro, sin efecto. El muerto se lanza sobre él y recibe una patada en el costado que le hace caer al suelo. Rodger se tira sobre él sujetando un viejo video VHS que estrella una y otra vez contra la cabeza del hombre.

Tom se levanta. Se permite el lujo de echar una mirada atrás. Rodger ha abierto y volcado una caja de trastos en una esquina. Vuelve a mirar hacia delante y dispara contra los muertos. Cuando Shane vuelve a la carga, lo hace utilizando como arma el pie de una lámpara pequeña.

En la esquina derecha de la buhardilla, Neil y Verónica se encuentran espalda contra espalda, rechazando a los zombies a base de golpes que no siempre son certeros. En un momento dado, Verónica siente una mano que se agarra a su tobillo, es la de un cadáver que avanza reptando por el suelo. Verónica le golpea con el tacón de su zapatilla hasta cuatro veces, mientras se defiende a martillazos de los que le atacan por arriba. En cuanto encuentra un segundo, se agacha y acaba con el muerto

del suelo.

Mientras tanto, Neil rechaza a los muertos que le rodean con el puño y con el atizador, dando patadas a los que puede y empujándoles hacia atrás. Los dientes de las criaturas se cierran en más de una ocasión a milímetros de su mano o de sus hombros. Neil les embiste, les empuja, les derriba, les golpea con todas sus fuerzas. A un hombre le hunde el atizador en el cuello y le hunde los dedos de la otra mano en los ojos, cegándole. El monstruo sigue lanzando zarpazos a ciegas, pero Neil los esquivo y le destroza de un golpe del atizador.

Rodger se incorpora con el VHS destrozado en una de sus esquinas, empapado en sangre, y se lanza a por otro de los monstruos que está intentando cazar a su hijo. Shane le ayuda a acabar con él. Tom dispara, vacía el cargador y vuelve a cargar. Los muertos que atraviesan la puerta caen al suelo constantemente, tropezando con los brazos y las piernas y los cuerpos de los muertos que ya no volverán a levantarse. En realidad, eso les permite aliviar la situación, les da algo de ventaja.

También, a veces, les juega en contra. Neil necesita retroceder, pero pisa algo blando e inestable, probablemente un brazo, y cae hacia atrás. Enseguida, dos muertos se abalanzan sobre él. Verónica gira para golpear a uno de ellos. Neil empuja con los pies al otro y agita los brazos para levantarse. El atizador ha caído al suelo pero lo recupera y cuando se levanta, ayuda a Verónica a terminar con ellos.

Tom abre el cargador y se mete la mano en el bolsillo. Cuando la saca, sólo tiene dos balas en la mano. Las carga y cierra el tambor. Utiliza sus dos últimos disparos de forma óptima, derribando a dos criaturas. Después, da un paso atrás y mira la escena. Contempla como luchan los otros cuatro, el salvajismo y barbarie con el que han convertido aquel espacio en un sangriento campo de batalla. Y por supuesto, se pregunta cuánto más serán capaces de resistir. Eventualmente, uno de ellos caerá, lo sabe, y cuando uno caiga, abrirá la veda para que caigan los demás.

Mira la culata tallada del Colt que tanto dinero le costó. Una verdadera pieza de coleccionismo, una obra de arte. Gritando, Tom se abalanza contra uno de esos seres y utiliza esa misma culata para destrozarle el cráneo.

Rodger lanza un golpe a un chico joven que lo derriba. El video VHS salta en pedazos y Rodger se queda con dos pequeñas piezas en la mano. El chico está levantándose de nuevo y Rodger retrocede buscando algo que pueda utilizar como arma. Shane salta en su defensa. El pie de lámpara que está utilizando como arma está doblado y parece a punto de romperse pero de momento sigue cumpliendo su objetivo.

Rodger regresa a la esquina donde ha volcado la caja en la que encontró el reproductor. Empuja los libros y papeles y busca algo contundente, pero ya no hay nada que pueda utilizar. Cuando se levanta, lo hace sujetando el pesado tomo de una enciclopedia. Con ella en las manos vuelve a lanzarse a la carrera contra las criaturas. Muy mortal no es, pero el primer golpe que da con ella le destroza al hombre que lo recibe dos dientes y le parte los labios. Al hombre no le importa y se lanza a la carga

de nuevo, tirando la enciclopedia al suelo de un manotazo. Shane sale de nuevo en defensa de su padre.

—¡Atrás, papá! —le grita.

Y Rodger retrocede chocando contra la pared y dejándose caer hasta quedar sentado. Con manos temblorosas, mira a los otros cuatro pelear con saña. Tiene el cuerpo casi completamente cubierto de sangre. Todos ellos, en realidad, y a ninguno le importa. Siguen luchando sin rendirse, buscando siempre golpear en la cabeza y tratar de causar el mayor daño posible. La sangre sale despedida, los huesos se rompen, los cuerpos caen.

Y a Rodger le parece que la cadencia es menor.

Logan y Pablo entran en la casa lentamente, Logan con la pistola apuntando hacia delante y Pablo sujetando la azada con las dos manos. Por el salón pareciera que ha pasado una manada de animales salvajes, tal es el estado. Hay dos sillas volcadas, un montón de revistas desparramadas por el suelo, junto con un biberón volcado. Además, la puerta que comunica el salón con el recibidor ha sido destrozada. Los dos hombres avanzan hacia ella.

Desde el recibidor oyen claramente a los muertos que están en la planta de arriba. Logan encabeza la marcha cuando empiezan a subir. Están a mitad de escalera cuando *Piezas* les ve y lanza un rugido.

—Prepárate —le dice Logan a Pablo.

Dispara. La cabeza de *Piezas* se sacude hacia atrás y el cadáver cae al suelo. Logan y Pablo suben a la carrera el resto de la escalera y alcanzan el piso de arriba cuando los muertos empiezan a salir del dormitorio principal, atraídos por el grito de su compañera y el disparo. Logan le dispara a *Rubia sexy*, acertándole en el pecho y haciéndola recular. Pablo se le adelanta y golpea a otro zombie. Logan sigue disparando. Su puntería no es perfecta y no siempre alcanza en la cabeza a los muertos, a veces lo hace en brazos o pecho y esos disparos no tienen ningún otro efecto que el de retrasar momentáneamente a los muertos.

Uno de los fallos de Logan impacta en el hombro de *Gordo*. En cualquier ser humano vivo, el disparo habría dejado fuera de circulación al herido durante un rato al menos. En *Gordo* ni siquiera le hace temblar. Pablo no puede levantar la azada a tiempo para defenderse y la boca de *Gordo* se cierra sobre su mano izquierda, arrancándole de cuajo el dedo meñique y un trozo de mano.

Pablo grita cayendo hacia atrás con *Gordo* encima. Logan vuelve a dispararle, pero la bala penetra en la espalda del cadáver, sin resultado, y después Logan tiene que levantar la pistola para disparar al resto de cadáveres andantes que salen desde el dormitorio principal.

Mientras tanto, Pablo se retuerce tratando de librarse de *Gordo*. Pero Ace escogió bien el nombre, porque *Gordo* debía pesar más de cien kilos en su vida anterior y Pablo es incapaz de quitárselo de encima. *Gordo* hunde la cara en el costado de Pablo y le muerde. Pablo vuelve a chillar.

Logan avanza sin dejar de disparar, y le da una fuerte patada a *Gordo* haciéndole caer a un lado. Esto le da espacio a Pablo para retirarse y empezar a levantarse. *Gordo* también lo intenta, estirando las manos hacia el jardinero y apresando su tobillo. Pablo le golpea con la otra pierna, una, dos y hasta tres veces. La mano de *Gordo* resiste, firmemente apresada a su pierna, y cuando tira de él, Pablo se ve desplazado por el suelo.

*Gordo* hunde los dientes en la espinilla de Pablo. Este puede sentirlos chocar contra el hueso. El dolor es inenarrable y lo único que puede hacer Pablo es gritar.

Sus gritos, sin embargo, se mezclan con los disparos de Logan. Uno de ellos, ahora sí, impacta en la cabeza de *Gordo*.

Las balas se acaban y Logan se da cuenta de que, con Pablo tirado en el suelo, no va a tener tiempo de recargar, así que hace lo primero que se le ocurre: le lanza la pistola al zombie más cercano. El arma golpea la frente de la criatura, que recula y tropieza con el muerto que le sigue. Los dos caen al suelo de culo para acto seguido empezar a levantarse.

Logan cierra los puños dispuesto a pelar. Pablo se pone de pie, ensangrentado y pálido, sujetando la azada en la mano derecha. Cuando los muertos vuelven a atacar, Pablo les recibe a golpes.

Apenas dos minutos después, la casa se queda en silencio. Tan sólo se oyen las respiraciones agitadas de los dos hombres.

—¿Cómo estás? —pregunta Logan.

—Duele como el puto infierno —asegura Pablo.

Logan le da una palmada de apoyo en el hombro. Ambos saben lo que ocurrirá a continuación, pero Logan es muy consciente de que Pablo le ha salvado la vida. Se agacha a recoger la pistola y la recarga. Después, mira al jardinero, que se está tapando la herida del costado con una mano.

—Menudo hijo de puta, el gordo este —murmura.

—Sí —responde Logan, lacónico.

—Me ha jodido bien.

—Sí.

Entran en el dormitorio principal pasando por encima de los restos que quedan de la puerta y se acercan a la ventana. Logan se asoma y mira hacia el lateral. Rachel y Ace siguen allí fuera, abrazados a la chimenea.

—Podéis venir —les dice.

Un momento después, Logan recoge a Axel de los brazos de Ace mientras este termina de cruzar la ventana. Logan se queda mirando al niño, que sacude los brazos con evidente felicidad, como si lo que tuviera enfrente fuera un jeroglífico imposible de descifrar. Una vez dentro, Ace vuelve a coger al crío.

—Le han mordido —dice, refiriéndose a Pablo.

—Sí —responde Logan—. Pero no todo son malas noticias.

—¿Cuáles son las buenas?

Logan mira a su alrededor resaltando algo que le parece evidente. Ace no comprende.

—Podemos ganar —asegura Logan—. Por el estado de las calles, te aseguro que la cantidad de muertos que ha entrado en la urbanización no es demasiado grande. Y si es así, podemos recuperar San Mateo.

Ace mira a Pablo.

—Y podemos morir intentándolo. Perdona, Pablo.

El jardinero se encoge de hombros, restándole importancia.



—Si nos quedamos quietos y escondidos —dice Logan—, seguro que acabaremos muriendo.

—¿Y si te equivocas? —pregunta Pablo—. ¿Y si el acceso por el que entraron sigue abierto?

—Entonces estaremos jodidos —asegura Logan—. Pero no creo que sea el caso. Mirad por la ventana, mirad hacia la calle principal. Apenas se ve una docena de cuerpos moviéndose. Si las puertas estuvieran abierta, o existiera un acceso por el que entrara un flujo constante de zombies, eso sería un hervidero. Lo sabéis tan bien como yo, todos les hemos visto concentrados en la entrada.

—Aunque sea cierto —dice Ace—, doce siguen siendo un montón.

—Yo os ayudaré —responde Pablo—, al menos hasta que pueda hacerlo. Pero necesitaremos armas.

—Cualquier cosa rígida vale —murmura Logan.

—Yo tengo palos de golf en mi casa —dice Ace.

—¿Alguno de vosotros me echa una mano, chicos?

Los tres hombres miran a la ventana. Logan se acerca para ayudar a Rachel a entrar en el dormitorio. Lo primero que hace al estar a salvo dentro de la casa es coger a su hijo de los brazos de Ace y darle un fuerte beso sonoro en la mejilla. Lo segundo que hace es mirar alrededor.

—Madre de Dios, cómo ha quedado la casa —murmura.

Y ese comentario arranca una carcajada de los tres hombres.

Neil lanza un grito mientras gira con todo su cuerpo, golpeando con la parte dentada del atizador en la sien de una mujer. El cuerpo de ella se desplaza en el aire casi metro y medio antes de caer al suelo, sobre el resto de cadáveres. No vuelve a levantarse, aunque sus piernas sufren espasmos durante casi quince segundos.

Neil se gira para hacer frente al siguiente. Está jadeando, completamente agotado, le caen gotas de sudor por toda la cara, entrándole en los ojos y obligándole a parpadear continuamente, y levantar el atizador le cuesta cada vez un poco más, como si ahora pesara veinte kilos.

Pero nadie más va a por él. Y Neil mira a su alrededor, perplejo, nervioso, buscando la amenaza invisible que no es capaz de ver. Supone que es el agotamiento, y vuelve a levantar el atizador, blandiéndolo delante de su cuerpo. Una mano se apoya en su hombro y Neil gira bruscamente. Detiene el atizador antes de golpear a Verónica.

Ella está agotada. Tiene el pelo empapado y pegado a la cabeza, salpicaduras de sangre por todo el cuerpo, la ropa tan empapada que parece que hubiera estado bañándose, y respira de forma entrecortada.

—Ya está, Neil.

Neil vuelve a mirar alrededor. Shane y Rodger están a un lado, mirándose con expresión aturdida, como si aún no se lo creyeran del todo. Un poco por detrás, Tom sigue sujetando el revólver en la mano. La culata, al igual que el brazo entero de su tío, están empapados en sangre que gotea al suelo.

—Lo hemos logrado, chicos.

Neil se pasa una mano por la frente, secándose el sudor, y vuelve a mirar hacia la puerta, sin acabar de creérselo.

—¡Hemos ganado! —exclama Shane.

—¿Han mordido a alguien? —pregunta Tom.

—A mí no —responde Shane.

—No —dice Rodger, visiblemente agotado.

—Estoy bien —asegura Verónica.

Neil avanza dos pasos hacia la puerta, poniendo empeño en intentar no pisar los cuerpos que siembran el suelo.

—¿Neil?

—No me han mordido —responde—. ¿Se ha acabado de verdad?

—Lo hemos conseguido —asegura Shane, exultante—. ¡Hemos ganado!

Neil se da la vuelta. Cuando habla, sólo mira realmente a su tío.

—Podría haber más abajo. Deberíamos ir a inspeccionar.

—Cierto. Hemos ganado una batalla, pero aún habrá más zombies en la calle.

—Iré yo —se ofrece Neil—. Soy el que sigue teniendo un arma.

Tom se encoge de hombros levantando la pistola sin munición. Shane y Rodger

tampoco tienen nada en las manos. Para el caso, tampoco se ofrecen voluntarios.

—Voy contigo —dice Verónica.

Neil asiente. Los dos comienzan a bajar las escaleras. La casa está en silencio y oscura, lo que le confiere un aspecto ominoso. Al llegar al rellano del primer piso y mirar hacia el recibidor, les sorprende la carnicería que tienen delante y que dejaron atrás hace lo que parece mucho tiempo. Hay un montón impresionante de cuerpos al pie de la escalera. El colchón que lanzaron sobre los zombies está destrozado y el relleno ha caído por todas partes. Hay sangre en paredes y techo, decorándolo todo de una manera siniestra.

Neil se detiene al llegar abajo y mira a Verónica.

—Tengo que decirte que te respeto mucho más ahora que antes de que todo esto empezara. De no haber estado tú aquí, estaríamos todos muertos. Los demás... tardaron más en reaccionar.

—Lo mismo se puede decir de ti —responde ella.

—Ya, pero yo necesito decírtelo porque las cosas a veces tienen matices que se escapan a simple vista.

Verónica le mira levantando una ceja. Neil se encoge de hombros, restándole importancia.

—Mi tío es un gran hombre, ¿sabes?

—Creo que me tiene manía.

—No es eso. La forma en la que aparecisteis... Me contó que vinisteis el día anterior, haciéndoos pasar por un matrimonio que quería comprar una casa... y que era mentira.

—Buscábamos comprobar si el perímetro realmente era válido para establecernos.

—Pero podríais habernos advertido. Si el perímetro no os hubiera convencido, os habríais ido, abandonándonos a nuestra suerte. Bruce Morris fue a trabajar esa mañana sin saber que no volvería. Peter y Rick dejaron a sus padres en casa. La gente tiene familia y amigos. Podríamos haberles protegido. Si nos hubieseis avisado — ante esto, Verónica baja la mirada, avergonzada—. Es por eso que mi tío no confía en vosotros.

—Ya estaba en las noticias —dice Verónica, pero por su tono se nota que se avergüenza igualmente—. Y nadie hizo caso. La gente se lo tomaba a broma. ¿Qué crees que hubiese pasado si aparecíamos en la puerta de vuestra urbanización asegurando que los muertos volvían a levantarse convertidos en psicópatas caníbales y que queríamos entrar para refugiarnos?

Neil sonríe.

—Probablemente habríamos llamado a los loqueros.

—Y habríais cerrado la puerta.

—A cal y canto, sí.

—Ahí lo tienes entonces.

Neil asiente comprendiendo.

—De todas formas, mi tío es un gran hombre.

—No lo dudo.

—Para él es importante proteger esta comunidad. Pone por delante a su gente, los que ya vivíamos aquí antes de esto. Nos da... prioridad.

—Lo entiendo.

—Y también es capaz de tomar decisiones complicadas —asegura Neil—. Y eso es lo más importante, en realidad. Mira hacia delante, evalúa cómo están las cosas y cómo estarán en unos meses, y toma decisiones que los demás no se atreverían a tomar. Me gustaría que lo entendieses también —Neil gesticula con el rostro, casi como si le diera pena. Verónica asiente aunque en realidad no entiende de lo que está hablando. Neil se encoge de hombros—. De todas formas, Verónica, te respeto. Has sido una luchadora increíble.

—Grac...

Verónica no llega a completar la frase. El puño cerrado de Neil le golpea en el pómulo pillándola completamente desprevenida. La cabeza de Verónica choca contra la pared, el golpe la deja aturdida y cae de rodillas al suelo sintiendo el sabor de la sangre en la boca. Neil le levanta la barbilla con suavidad. Verónica intenta decir algo, negar con la cabeza, pero Neil vuelve a golpearle antes de que tenga tiempo de hacerlo. Verónica cae al suelo inconsciente.

Mark se da la vuelta a tiempo de ver al menos a cuatro muertos que estaban golpeando la puerta principal de la casa y que ahora corren hacia él por el jardín. Sin pensar demasiado en lo que hace, Mark se gira y echa a correr hacia la derecha. Los muertos varían su rumbo pero Mark cruza a metros de ellos, escapándose, bordeando el jardín y girando para esquivarles más adelante. Detrás de él, los muertos chillan. El ángulo de carrera de Mark le permite bordear la piscina y correr de regreso hacia la casa. Mientras lo hace, grita pidiendo que le abran. Sabe que es un tiro lejano, al aire, y que puede que no haya nadie dentro de la casa, tan sólo el perro llamando a los muertos con sus ladridos. De ser así, pone en duda su capacidad para seguir corriendo y escapar.

Por suerte, ya sabemos que sí hay gente dentro. Y la puerta se abre cuando aún le faltan unos metros para llegar a ella. Stan Marshall sale al porche a recibirle, armado con un palo de hockey y un bate de baseball. No dice nada, aunque Mark podría jurar ante un tribunal que pudo escuchar un gruñidito desde su garganta, y le lanza a Mark el de hockey. Pluto cruza a su lado, ladrando con furia. Mark alcanza a oír el grito desesperado de un niño llamando a su perro.

Mark agarra en el aire el palo de hockey y se da la vuelta. Pluto se lanza al cuello de uno de los zombies, derribándole y desgarrándole el cuello de un mordisco. Stan y Mark se lanzan al ataque gritando. Entre los tres se deshacen de los zombies.

Y luego Mark se deja caer en el suelo, completamente exhausto. Junior pasa corriendo junto a él y abraza a Pluto.

—¡Guau, Pluto, has estado increíble! —grita.

Mark no puede dejar de jadear. Mira hacia la casa y ve a Paula allí de pie, mirándole con una enorme sonrisa en la cara. Y puedes ver igual que yo que Mark no puede más, que ha forzado tanto su cuerpo que ninguno de sus músculos le responde correctamente, y sin embargo, al ver a Paula, gatea por el porche hasta llegar a ella. Los dos se funden en un fuerte abrazo. Mark, incluso, se pone a llorar.

—Creí que te había perdido, cariño.

—Stan nos protegió —asegura la niña—. Y estuvimos muy callados y no tuvimos problemas hasta que Pluto empezó a ladrar.

Mark sonrío. Le da un fuerte beso a Paula en la mejilla y ella vuelve a sonreír. Para Mark, eso es todo lo que necesita.

—Te quiero, Paula.

—Y yo a ti, Mark. Sabía que vendrías a por mí.

—Por supuesto.

Mark se apoya en las paredes para ponerse en pie. Le tiemblan las piernas y siente cada músculo de su cuerpo como si fuese gelatina.

—¿Y los demás? —pregunta Stan.

—No lo sé. Sandra Ridgewick está muerta, eso seguro. Y...

Se detiene a punto de decir Marsha Collins. Mira a Junior, que sigue abrazado a Pluto, y siente lástima por el niño. En el mismo día, ha perdido a su madre y a su hermana. Supone que no pasa nada por retrasar el momento de la noticia. De todas formas, Stan lo capta y baja la mirada, meneando la cabeza.

—Y mordieron a Ozzy. Supongo que a estas alturas ya estará muerto.

—Qué puta mierda —murmura Stan.

—¡Uy! —exclama Paula, llevándose una mano a la boca.

—Perdona por el lenguaje —dice Stan.

—Necesito sentarme —asegura Mark—. Y luego, pensaremos qué hacer a continuación.

Y tampoco dice lo que está pensando ahora.

Ha visto actuar al virus en varias ocasiones. Sabe que se transmite por la sangre, y es posible que también por otros medios, de eso no está seguro, pero por la sangre sí. Y le preocupa mirar a Pluto y ver que el perro tiene el hocico completamente cubierto de sangre y se relame relajado y disfrutando de los cariños de Junior, sí... pero con sangre de uno de los zombies que ahora están en el suelo cubriéndole la boca.

Sí, a Mark le preocupa eso.

Brad sigue metido en la bañera, temblando como una bandera al viento, tapándose los oídos con las manos y con los ojos llenos de lágrimas que resbalan por sus mejillas. No quiere morir, siempre le ha tenido miedo a ese final, pero le tiene aún más miedo, pánico incluso, al dolor. Ni siquiera es capaz de concebir lo que supondrá ser devorado vivo pero su mente se ha encargado de hacerle creer que será muy doloroso. No es la primera vez que vemos a Brad Blueman orinarse encima. Cuando la puerta se abre, a Brad ni siquiera le da tiempo a razonar que se está abriendo no siendo destrozada a puñetazos, y su vejiga se vacía de golpe en los pantalones. Y cuando la figura empapada en sangre asoma la cabeza, Brad empieza a gritar y cierra los ojos.

Suplicando que sea rápido.

Una mano firme le tapa la boca. Brad abre los ojos, tan sorprendido como aterrorizado, y está a punto de desmayarse al ver que tiene delante a Shane. Está tan cubierto de sangre que podría perfectamente pasar por una de las criaturas a las que han masacrado ahí fuera. Brad comprende que no es un zombie cuando Shane se lleva un dedo a los labios para pedirle silencio.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Brad cuando Shane retira su mano de la boca del periodista.

—Hemos ganado.

Brad no comprende al principio. Después, está a punto de ponerse a gritar y dar saltos de alegría pero antes de que le dé tiempo a hacerlo, se da cuenta de que Shane le está mirando la entrepierna con evidente disgusto. Y Brad recuerda, y siente, que se ha meado encima. Sus mejillas se vuelven rojas y la humillación que siente cuando Shane le da la espalda para regresar a la habitación principal de la buhardilla borra cualquier rastro de alegría de su ser.

Sale del cuarto de baño avergonzado, sabiendo que es inevitable que todos miren la mancha oscura de su pantalón. Siente como los demás esquivan la mirada. Entonces, Neil regresa en solitario.

—¿Y Verónica? —pregunta Tom.

—No lo ha conseguido —responde Neil, apesadumbrado.

—Oh, Dios —murmura Shane, sorprendido.

—Nos atacó por sorpresa y... bueno, la mordió en el cuello.

—Luchaba bien —asegura Shane.

—Sí.

Tom se acerca a Rodger y le coloca una mano comprensiva en el hombro.

—Bueno, es una especie de justicia poética —dice.

—No merecía morir así —responde Rodger, visiblemente afectado—. No después de todo lo que ha hecho esta noche. Tenías razón, Tom. De no haber sido por ella, estaríamos muertos hoy.

Tom asiente claramente dolido. Y nadie se percata de la mirada que cruzan tío y sobrino... bueno, nadie excepto quien tiene el ojo entrenado para estar atento a lo que puede ser noticia. Brad se da cuenta de esa mirada y se extraña. Después, baja la cabeza, dejando a un lado la preocupación, y se alegra de estar vivo. En realidad, le entristece que haya muerto Verónica pero al menos él... está vivo.

Lo ha vuelto a conseguir.



**X**

**Quiero que sepas lo que está por venir**

# 1

Ciertamente, Tyrone salvó la vida de los que sobrevivieron a esa fatídica noche al cerrar la puerta principal antes de que todos los muertos que esperaban a las puertas de San Mateo lograsen colarse en la urbanización. Logan tenía razón cuando dijo que podían vencer porque no había demasiados zombies en la urbanización. Y aun así, todavía quedaban un centenar de ellos.

Se armaron con palos de golf. Pablo se quitó la camiseta y se la enrolló alrededor del costado. Para la mano utilizó un pañuelo que le entregó Rachel. Los tres hombres obligaron a la mujer a quedarse junto a Axel en la casa de Ace. No atacaron a lo loco. Decidieron subirse al muro que rodeaba la urbanización y atraer a los muertos con gritos. No acudieron todos pero sí un gran número de ellos.

Desde la seguridad que les daba el muro, utilizaron los palos de golf (y la pistola que aún cargaba Logan) para eliminar a un buen número de ellos. Era incómodo y a veces fallaban y golpeaban la piedra pero poco a poco fueron diezmándolos. Cuando quedaban pocos, Pablo saltó a la calle y se defendió de los que se lanzaron a por él utilizando el palo de manera diestra. Ace y Logan atacaron desde atrás.

Pasaron el resto de la noche recorriendo la calle principal cuidadosamente. A veces plantaban cara a los muertos que corrían hacia ellos, si eran pocos, pero en cuanto veían que les superaban por mucho, se lanzaban a la carrera hacia el muro y vuelta a empezar. Pablo arriesgaba en esas carreras, en parte porque no le importaba y en parte porque si atraía la atención hacia él les daba ventaja a sus compañeros.

A fin de cuentas, él estaba condenado.

Lograron hacer contacto con Neil, Tom, Shane, Rodger y Brad cuando el alba empezaba a despuntar. Todos estaban agotados y decidieron descansar y comer algo. Mientras comían, todos estaban en silencio y el ambiente estaba rancio. Nadie tenía nada que decir. Había demasiada muerte a su alrededor como para estar cómodos. Todos se fueron a dormir excepto Tom, Logan y Pablo. Los dos primeros hicieron guardia junto al herido. Intentaron darle conversación en un par de ocasiones pero pronto se dieron cuenta de que estaban demasiado tensos para que la conversación fuera fluida y guardaron silencio.

Pablo murió a las doce de la mañana. Los últimos diez minutos estuvo respirando peor, haciendo un sonido sibilante que recordaba al silbato de un tren. Al final, soltó el aire que tenía en los pulmones y no volvió a inhalar. Logan le disparó a la cabeza antes de que volviera a abrir los ojos y entonces los dos hombres se fueron también a dormir.

Y pese a todo, después de dormir unas horas se sentían mucho mejor. Doloridos, sí. Sucios, también. Agotados, sí. Pero el tener el estómago lleno, el haber descansado aunque fueran unas pocas horas y sobre todo, el saber que podían volver a recuperar San Mateo les infundió nuevas fuerzas.

Con un grupo más numeroso fueron capaces de terminar de limpiar la

urbanización. Aun así, les llevó horas hacerlo.

Encontraron a Rick a las nueve de la noche. Estaba escondido en el cobertizo de los Finney, con el labio hinchado por el golpe y unas ojeras del tamaño de pelotas de golf. Shane le saludó efusivo. Neil ni siquiera se acercó a él.

A Mark, Stan, Paula, Junior y Pluto les encontraron tres horas después. En realidad, a Tom no le hizo mucha gracia encontrarse con que tanto Mark como Stan habían sobrevivido, pero sonrió de oreja a oreja y disimuló a la perfección. Ni siquiera el ojo entrenado de Brad Blueman se dio cuenta en esta ocasión.

Mark y Logan se abrazaron como buenos amigos y Logan le felicitó por haberlo logrado. Le aseguró que no las tenía todas consigo. Para entonces el ambiente era casi festivo. No estaban relajados, no del todo porque sabían que todavía podía haber más muertos en cualquier lugar, pero estaban contentos por haber sobrevivido.

Para Mark fue un duro golpe oír que Verónica había muerto. Neil volvió a contar la misma historia, que un zombie les había atacado por sorpresa cuando comprobaban la planta inferior y que ninguno pudo hacer nada por evitarlo. Paula entrelazó la mano con la de Mark y le dio un beso en el dorso. Mark le susurró un gracias.

Aquella noche se reunieron en casa de Ace. Antes de dormir, se contaron unos a otros sus propias historias de supervivencia. Todos alabaron la constancia de Mark, así como el aplomo de Logan, pero la mayor atención se produjo cuando Tom narró, como si de un cuentacuentos se tratara manejando la historia como un espadachín el florete, las sangrientas batallas que tuvieron lugar en su casa. Muchos felicitaron a Neil y este agradeció las palabras con leves gestos de asentimiento que podrían ser confundidos con humildad pero que estaban más que lejos de serlo. Durante toda la noche, Neil no pudo dejar de pensar en Verónica.

Al día siguiente comenzaron las labores de limpieza. Acarrearon cuerpos y los amontonaron en las calles menores para quemarlos donde no hubiera peligro de que el fuego se propagase. Era un trabajo arduo y pesado y les llevó dos días enteros vaciar de cadáveres la urbanización entera.

A Pablo Collantes le enterraron en el jardín de los Finney, junto a las tumbas improvisadas que él mismo había cavado para Albert y Abigail.

Tom se mudó a la casa que había pertenecido a Harrison Ford. En su casa había tanta sangre y restos de lucha que se le hacía imposible vivir allí. Neil se fue con él. Cuando Rick se enteró, le preguntó qué iba a hacer él. Neil le respondió que hiciera lo que le diera la gana.

—Me importa una puta mierda, cobarde —le dijo.

La casa de Rachel también había quedado para el arrastre. Ace la acogió en la suya. Mark, Stan y Paula se cambiaron a la casa de los Morris, junto a Junior y Pluto. El chico parecía haber perdido toda su vitalidad cuando supo que ni su hermana ni su madre habían sobrevivido. Paula intentaba jugar con él y distraerle pero el niño se ponía a llorar sin previo aviso, en todo momento, y estaba alicaído.

Pluto sobrevivió. Después del quinto día, Mark dejó de preocuparse por el perro.

Pensó que le hubiera gustado tener allí a Kurt Dysinger. Seguro que él habría sabido por qué el virus no mataba a los perros. Lo cierto es que Mark se sintió aliviado. Si personas humanas muertas era bastante malo, no quería ni imaginar lo que podría ser tener que lidiar con perros zombies, osos zombies o cualquier otro tipo de criatura zombie.

Haciendo recuento, eran catorce los supervivientes.

Solo que en realidad, nosotros sabemos que son quince.

## 2

Verónica abre los ojos cuando la puerta del sótano se abre. Es apenas un reflejo porque está tan cansada y débil que levantar la cabeza le supone un gran esfuerzo, así que vuelve a dejarla caer hacia delante. Tiene los dos pies encadenados a una argolla clavada en la pared, la ropa sucia y andrajosa y el pelo tan maltrecho que pareciera que se le va a empezar a caer en cualquier momento. Los labios los tiene resecos y con llagas y tiene una herida en el pómulo, justo donde la golpeó Neil, que parece estar infectada.

Oye los pasos lentos y tranquilos que bajan las escaleras de madera. Sabe que el cuarto escalón crujirá. Lo hace.

Reconoce los zapatos de Tom cuando se detiene delante de ella. Le llega el olor de caldo caliente y su estómago ruge en respuesta. Levanta la cabeza y entreabre los ojos. Tom tiene un plato de caldo en la mano derecha y una cuchara en la izquierda. Se agacha hasta quedar a su altura y le sonrío.

A Verónica le gustaría reventarle los dientes de una patada.

—Parece que tienes hambre.

Ella no contesta pero los ojos se le van sin poder evitarlo hacia el plato de caldo. Sin borrar la sonrisa de su cara, Tom coge una cucharada y se la tiende. El estómago de Verónica vuelve a rugir. Su mente le lanza una advertencia de peligro. Se pregunta si estará envenenado.

—Está rico, te lo aseguro. Y te vendrá bien comer algo.

No sin esfuerzo, Verónica abre la boca y Tom le mete la cuchara con cuidado. El caldo está realmente rico, o ella está tan hambrienta y exhausta que le sabe a gloria. De la manera que sea, sentir comida caliente bajando por su garganta le hace sentir en el cielo, casi como si pudiera tocar las nubes con las manos.

Estira las manos hacia el plato y para su sorpresa, Tom se lo entrega sin resistencia. Y ella duda, durante un segundo o menos, y vuelve a pensar que está envenenado, pero su estómago domina la situación ahora y empieza a comer con avidez, casi sin darse tiempo a tragar.

—No voy a quitarte el plato, mujer —dice Tom, divertido ante la situación.

A Verónica le gustaría mostrarle cuánto le divierte a ella dándole una patada en los huevos.

Sigue comiendo hasta terminarse el caldo y una vez acabado, lame el plato como si fuera un perro hasta dejarlo limpio. Vuelve a dudar, esta vez sobre si lanzárselo a la cara a Tom, pero este lo quita de las manos antes de que tenga tiempo. Casi como si pudiera leerle la mente.

—También te he traído agua.

Le pone una botella de plástico pequeña delante. Verónica la coge y echa un trago, mojándose los labios y dejando que un par de gotas resbalen por su barbilla.

—No te la acabes —le advierte—. No sé cuándo podré volver a traerte más.

Verónica le mira alzando una ceja. Tom se encoge de hombros comprendiendo la pregunta.

—No pretendo matarte de hambre, Verónica. Aún puedes sernos útil.

—No pienso volver a pelear por vosotros, capullo —su voz suena áspera.

—Lo hiciste muy bien, por cierto —asegura Tom, ampliando su desagradable sonrisa—. Eres una chica dura. Y valiente, además. Fue tu bravura la que nos salvó la vida. Neil contribuyó, sí, pero tú fuiste la primera en dar un paso adelante.

—Tienes una forma muy curiosa de agradecerme.

Tom se encoge de hombros, como si tampoco estuviera en su mano sacarla de allí. Verónica, una vez más, reprime las ganas de saltarle al cuello y arrancarle los ojos.

—A Neil le dolió tener que hacerlo, te lo aseguro. Es un buen chico, y leal, pero se sentía en deuda contigo. Le dolió hacerlo. Y por cierto, parece que se te está infectando. ¿Duele?

Verónica decide no contestarle y le mantiene la mirada desafiándole.

—Intentaré acordarme la próxima vez de bajar algo para curarte esa herida antes de que se convierta en un problema —asegura Tom.

—Ni que te importara.

—Oh, en eso te equivocas, Verónica. Me importas mucho más de lo que crees, por eso sigues viva a pesar de ser un puto grano en el culo. Pero no te mentiré, Verónica. Quiero que sepas lo que está por venir.

Verónica deja la botella de agua en el suelo y mira a Tom. Por su aspecto y por la mirada fiera que hay en sus ojos, cualquiera podría pensar que se trata de una mujer salvaje, acostumbrada a vivir en la selva y enfrentarse a animales y resolver todo mediante la violencia.

—Y quiero que entiendas que a veces hay que saber mirar hacia delante. En los negocios ocurre lo mismo. Si no eres capaz de lanzar tu vista hacia lo que vendrá, nunca serás capaz de evaluar los posibles riesgos y de tomar medidas preventivas. Es pura especulación, sí, pero es el día a día del mundo en el que vivimos.

Tom se sienta en el primer escalón y cruza las manos sobre las rodillas. Verónica se da cuenta de que jamás ha odiado tanto a nadie como odia ahora mismo a ese hombre.

—Siempre he sido un hombre precavido, Verónica —le dice—. Me vanaglorio de ello porque creo que es una de mis mejores cualidades. Al menos, es la que me ha permitido hacerme a mí mismo y convertirme en la persona que soy hoy y ganar el dinero que... que ganaba antes de que ocurriera todo esto. Soy precavido y sé mirar hacia delante. Sé evaluar riesgos y sé tomar medidas. Por duras que sean.

»Fui capaz de prever el desplome de los mercados y gracias a eso y a los recortes que impuse antes de que ocurriera, mis socios y yo salvamos una gran cantidad de dinero que se habría perdido irremisiblemente cuando estalló la burbuja. Fueron recortes duros y hubo quejas pero después me lo agradecieron y alabaron mi

capacidad para tomar decisiones drásticas. Nada de eso importa ya, claro. El dinero ha pasado a mejor vida.

»Te contaré una historia, Verónica. Durante toda mi vida he trabajado muy duro para conseguir lo que tengo. Mi casa, mis dos coches, mi velero, mi empresa. Todo a base de sudor y trabajo duro. Una crisis como la que ha vivido el mundo ahora te puede llevar de estar aquí —levanta la mano por encima de su cabeza—, a estar aquí —la baja hasta el suelo—, en un santiamén. Tan rápido como chasquear los dedos. Y por eso empecé a llenar mi bolsa de seguridad.

»Desde siempre, el veinte por ciento de lo que ingreso lo guardo en una caja, en un banco. Hay una gran cantidad de dinero ahí, te lo aseguro. Más de un millón al menos. Y no siempre fue fácil sacar el veinte por ciento. Lo mires por donde lo mires, si añades los impuestos, los gastos inamovibles y el darse unos lujos de cuando en cuando, es una cifra alta. Al principio fue duro separar tanto dinero y hubo meses, incluso años, en los que me planteé dejar de hacerlo. ¿Qué más da?, me decía. ¡Es una estupidez, Tom, disfruta ahora de lo que tienes, vive a lo grande! Seguro que a mucha gente le parece una estupidez, pero me mantuve firme.

—¿A qué viene todo esto? —Verónica está cansada de escucharle.

—Viene a que sé mirar hacia delante, Verónica. Estamos encerrados aquí y las reservas de agua y comida son más bien escasas, aunque nos ha venido bien que nuestro número haya disminuido. Pero siendo amables, vuestro huerto no dará fruto hasta dentro de unos meses y las reservas son escasas. Tal vez duremos un mes, o dos si nos racionamos mucho. Es improbable, pero es posible. ¿Y después? Bueno, Verónica, tú eres mi bolsa de seguridad.

A Verónica se le escapa el aire del pecho por la sorpresa. Parpadea sin poder apartar la mirada de los blancos y relucientes dientes que exhibe Tom en su peculiar sonrisa.

—¿Soy tu despensa?

—Puedes decirlo así si lo prefieres —le responde él—. Sea como sea, no morirás aún pero acabarás haciéndolo. Piénsalo, en realidad estarás haciéndole un favor al resto de nosotros, será por el bien común. Alguien como tú, que ha trabajado en el cuerpo de bomberos, seguro que lo entiende perfectamente.

—Estás como una puta cabra. Sabía que algo estaba mal contigo, pero no creía que llegaba hasta tal punto.

Tom se encoge de hombros, quitándole importancia.

—Tal vez pienses en dejarte morir. No te preocupes, estoy preparado para eso. Y si intentas no comer, te lo meteré a la fuerza. Si tengo que encadenarte las manos, lo haré. Si admites tu destino, todo será mucho más fácil.

—¿Y los...? ¿Mark, Paula, Stan?

—Esperemos no tener que llegar tan lejos —dice él, lanzando una risotada que a Verónica le suena falsa—. Esperemos que para cuando tú te acabes, el huerto ya esté produciendo. Y si no... bueno, ellos te seguirán.

—Estás enfermo. Los demás no te seguirán con esto.

—Primero... ¿Quién te ha dicho que llegarán a saberlo? —Tom sonríe, exhibiendo de nuevo sus malditos dientes perfectos. Verónica siente un escalofrío. La sonrisa en la penumbra del sótano le recuerda al gato de Alicia en el país de las maravillas—, y segundo, querida... ¿De verdad crees eso? Llámame iluso pero pienso que, cuando las condiciones sean las correctas ellos mismos empezarán a pensar eso. Tal vez quieran comerse antes al perro del chico Collins pero eventualmente empezarán a mirarse unos a otros. Si quieres podemos apostar.

—Hijo de puta...

—Y este es el momento en que la conversación empieza a tornarse aburrida —asegura él, poniéndose en pie—. Los insultos no me duelen, Verónica. No viniendo de alguien que ha perdido. Yo sobreviviré. Seguiré en pie cuando tú no seas más que huesos roídos en el jardín de atrás. ¿Y sabes otra cosa? Eso es lo único que importa.

Dicho eso, Tom se da la vuelta y empieza a subir las escaleras. Verónica está tan estupefacta que ni siquiera le dice nada. Al pisar el cuarto escalón, la madera cruje bajo el peso de Tom Ridgewick. Le ve atravesar el umbral de la puerta y girarse para cerrarla. Mientras la luz se va extinguendo y volviendo a dejar en penumbras el sótano, Verónica grita, dejando salir toda su desesperación de dentro. Todo su odio.

La puerta se cierra con un suave golpe de madera contra madera. En la oscuridad, Verónica escucha el cerrojo correr.



### 3

Paula se acurruca junto a Mark para resguardarse del frío mientras comen. Esta noche hay caldo. La porción es pequeña pero está tan calentito que sienta de maravilla, templando el cuerpo y satisfaciendo los estómagos. A Paula nunca le había gustado el caldo pero se lo toma sin rechistar, sorbiendo de la cuchara a pesar de que su madre siempre le decía que era de mala educación sorber. Mark no le dice nada, sólo la abraza con una mano y come con la otra. Y a Paula le parece bien.

Al otro lado de la mesa está Junior. Pluto descansa a sus pies, ahora por fin más tranquilo. Antes se puso a ladrar al ver a Logan y Mark tuvo que sujetarle de la correa. Logan les explicó que siempre había tenido fobia a los perros y los animales notaban esas cosas. Paula sabe que es verdad que los animales notan esas cosas, también se lo dijo su madre y una profesora que tuvo cuando todavía existían los colegios también les dijo lo mismo. No echa de menos los colegios. Los recreos sí, pero los colegios no. En los recreos podía jugar con sus amigas y se lo pasaba bien. Había una chica, tenía un año más que ella, a la que todo el mundo llamaba Sally La Mentirosa porque solía inventarse historias en las que ella siempre era la protagonista. Nadie se lo decía a la cara, claro, pero Paula siempre sabía cuándo estaba mintiendo. Y cuando Logan habló sobre su fobia a los animales, a Paula le pareció que mentía.

A Paula no le gusta Logan. Sabe que Mark está vivo en parte gracias a él y a ese chico extranjero que tuvieron que enterrar en la casa de los Finney, pero eso no hace que le guste. A veces le ha descubierto mirándola y no le gusta esa mirada. La hace sentir incómoda.

Pero le da miedo contárselo a Mark y que piense que es una niña tonta.

Tom entra en el jardín en ese momento, silbando y contento por algo que ninguno de ellos entiende porque no saben nada de la conversación que acaba de tener.

Tom tampoco le gusta a Paula. Sin embargo, sí que le gusta Stan. A pesar de sus gruñidos, Paula sabe que esconde un gran corazón debajo. Y luego está Brad. Ese hombre le da pena. Le parece que tiene miedo constantemente y prácticamente no habla con nadie. Ella misma ha pensado en acercarse un par de veces y decirle algo pero sabe que no funcionaría. Y además, no está segura de que Mark aprobara la idea.

Los otros dos chicos, Shane y Neil, le dan un poco de miedo. A veces Neil es simpático con ella y le revuelve el pelo. Shane es más reservado pero Paula lo entiende. Son mayores para estar jugando con ella y con Junior. Rodger, el padre de Shane, es poco hablador. Está triste, eso lo nota.

Ace y Rachel sí que le gustan, y mucho además. Y el niño es una monada. A Paula le parece que si esto fuera una película romántica, Ace y Rachel acabarían juntos. La noche anterior se lo dijo a Mark y él se rio. Le gusta hacer reír a Mark. Cuando Mark se ríe luego le hace cosquillas o le da besos en la mejilla.

Le gustaría repetir caldo.

## 4

San Mateo es una pequeña urbanización situada a las afueras de Half Moon Bay, un pueblecito costero cercano a San Francisco, en la costa oeste de Estados Unidos, un país enorme dentro de un continente mucho mayor que en apenas dos semanas quedó devastado por el virus el Cuarto Jinete.

El ser humano fue aplastado por el virus.

Los pocos que sobrevivieron a los primeros días se buscaron la vida como pudieron a partir de entonces. Esto ha sido la historia de algunos de ellos, por supuesto, pero hubo muchos otros.

Esta noche, los supervivientes de San Mateo cenan un caldo escaso pero sabroso, tratando de hacer durar sus recursos el máximo tiempo posible, y después se irán a sus respectivas casas y se tumbarán a dormir pensando que las cosas van bien, que lo peor ya ha pasado y que el viento sólo puede soplar a favor a partir de entonces.

Un pensamiento positivo en un mundo que carece ya de ellos, una actitud loable y digna de aplauso en medio de una pesadilla.

De la que se preguntan si podrán salir algún día.

Por supuesto, la pesadilla estaba lejos de acabar.

## Extras del DVD

Siempre he dicho que El Cuarto Jinete es como una película. Es un libro, pero sabe y bebe del audiovisual y tiene algo de disfrute palomitero. Desde hace años, es costumbre que cuando se ponen a la venta, las películas vayan acompañadas de los llamados «extras del DVD». El Cuarto Jinete también tiene sus «extras del DVD», aunque pensé que sería más interesante, para vosotros, que más que elementos alternativos y adicionales lo que querríais es saber qué ocurre con los personajes a partir de aquí. A partir del cliffhanger.

<http://victorblazquez.es/extras-del-dvd>

Con cierta periodicidad, iré añadiendo textos en esa página. Es una manera de honrar vuestro interés y de saciar vuestra ansia de saber más sobre el destino de los protagonistas. Eso sí, no hay ningún enlace en mi web a esa página. La única manera de entrar es escribiéndolo directamente en la barra de direcciones. Disfrutadlo.

## JR

Hay tantos sitios a los que mirar que a veces a uno le cuesta decidirse por uno de ellos. Supongo que conoces esa sensación.

Por ejemplo, podría decirte que me acompañaras al interior del lúgubre sótano donde cierta pelirroja aguarda su cruel destino; o bien podría tirar de ti y llevarte hacia la Casa Blanca: la última vez que estuvimos allí, no me negarás que nos fuimos en un momento en que las cosas estaban por tomar un rumbo interesante.

Es lo que tiene ser un cazador de historias. A veces tienes que decantarte por uno de los múltiples puntos de acción aunque eso implique abandonar otros. Tal vez, como yo, te hayas preguntado en alguna ocasión qué fue del bebé que se salvó por los pelos del tiroteo que acabó con la vida del matrimonio que salvó a Duck Motton. O que retrasó el momento de su muerte, más bien.

Regresemos a ese momento, al momento en que las balas disparadas por los militares destrozan el parabrisas del coche y acribillan al matrimonio llenándolo todo de sangre. Duck grita y se tapa la cabeza con las manos, encogido y sintiendo la lluvia de cristales que cae sobre él, el llanto sobrecogedor del niño, la muerte rozándole con cada bala que surca el aire encima de él.

De alguna manera ambos consiguen sobrevivir: Duck y el niño. Los militares corren hacia el coche y sacan del interior al agotado conductor de ambulancia. Tiran de él y le arrastran hacia un camión que recuerda a los atiborrados trenes que llevaban a los judíos a los campos de concentración. Más atrás, el niño sigue llorando y gritando y en esta ocasión, no seguiremos al convoy en el que Duck Motton es llevado a Avondale.

Nos quedaremos con el niño, pero será mejor que no esperes un final feliz. A estas alturas deberías estar acostumbrado, ¿no crees? La vida es dura y últimamente la muerte parece haberse adueñado del mundo.

—¿Señor? —el soldado que sujeta el arma y mira al niño tiene los ojos saltones e inyectados en sangre por el cansancio y la presión de sobrevivir a una guerra contra los muertos vivientes. Una guerra que tiene lugar en suelo norteamericano, la peor pesadilla para un estadounidense.

La radio crepita en su mano.

—Hable. Cambio.

El soldado mira alrededor con gesto nervioso, preocupado porque puedan aparecer criaturas.

—Tenemos un niño aquí. Un bebé... —casi de milagro, se acuerda de una última cosa—. Cambio.

—¿Y sus padres? Cambio.

—Muertos. Cambio.

Un silencio demasiado largo. A su espalda, el camión se aleja en dirección a Avondale. Solo queda un pequeño destacamento con un *jeep* a su cargo. El soldado

mira hacia el camión con cierto desagrado. En sus ojos puede leerse una pregunta que no llega a formular: ¿por qué no han esperado al crío?

—¿Puede hacerse cargo de él? Cambio.

El soldado parpadea, sorprendido, y mira al niño. No deja de llorar y tiene la cara roja por el esfuerzo. Como si fuera a explotar a la primera de cambio.

—¿Qué quiere decir? —pregunta—. Cambio.

—¿Puede controlarle? —cuestiona la voz de un superior a través de la radio—. Si puede hacerlo, hágalo. Si puede causarle problemas... —el silencio que sigue a esa última palabra es bastante significativo—. Entiéndalo como un daño colateral. Cambio y corto.

Durante unos segundos que se alargan como si fueran horas, el soldado mira la radio con la expresión de quien observa un cuaderno escrito en una lengua extraña. Como en sueños, avanza hacia la parte trasera del coche y libera a Dave Jr (pues ese es el nombre del niño, como estoy seguro que recordarás) del arnés que le ata a la silla. Con una delicadeza que ni él sabía que tenía, le aúpa y le abraza con cuidado. El niño sigue llorando con fuerza, agita las manitas y los pequeños pies y emite unos gritos lastimosos y horribles.

Oye pasos a su espalda y se gira. Es Gregory Hamilton el que se acerca, con sus enormes y musculosos brazos y una expresión preocupada bajo el casco. Su arma apunta al suelo.

—¿Lloyd? —la voz de Gregory es la de un amigo preocupado—. ¿Qué haces?

—Es un niño, Greg.

Hamilton no responde. Con gesto molesto, mira alrededor como esperando que en cualquier momento se produzca un ataque. Es el mismo hombre que unas horas atrás discutía con Tim Ferrero sobre si el enemigo al que se enfrentaban eran zombies de verdad, en el sentido más estricto de la palabra que quiere decir muertos vivientes, o bien se trataba de infectados. A lo 28 días después, había dicho.

—*Están infectados —había asegurado Tim Ferrero—. Pero están muertos. Te has leído el informe igual que yo.*

—*Pero los zombies no corren —protestó entonces Gregory—. Sus músculos están atrofiados, se mueven con torpeza y son lentos. Estos hijos de puta corren como si se hubieran metido éxtasis.*

—*Mi primo se metió éxtasis una vez y se pasó el colocón en el suelo, sudando y con la mirada perdida —gruñó Tim—. Has leído el informe —repitió—, sabes que están muertos, no trates de buscarle una maldita explicación. Están muertos, sin más. Hasta hace un par de días, los zombies no existían, joder. Eran un invento de Hollywood.*

—*A mí me gustaban las pelis de Romero —había sentenciado Gregory, dándole carpetazo a la conversación.*

Y ahora, mírale. Gregory se niega a mirar hacia Lloyd y el niño que este sostiene en brazos porque también le molesta la última orden, por velada que fuera, que

recibieran por radio. Dave Jr sigue llorando, aunque lo hace con menos fuerza. Lloyd le abraza con ternura y le acaricia la cabecita, tratando de calmarle.

Por si quieres saberlo, a no más de un kilómetro, casi un centenar de esas criaturas, los muertos que se han vuelto a levantar por obra y gracia del Cuarto Jinete, corren hacia ellos con cuerpos ensangrentados y heridos que no deberían haberse levantado jamás del suelo en que perdieron la vida.

Gregory Hamilton y Tim Ferrero intentarán cubrir la retirada de Lloyd. Este no querrá dejar atrás a sus compañeros, pero ellos le gritarán que se largue y saque de allí al niño. Maniobrará con el *jeep* con una sola mano, sujetando con fuerza al niño con la otra, y les gritará una última vez que suban y salgan de allí. Será demasiado tarde para Ferrero pero no para Hamilton. Los muertos rodearán al primero y algunos caerán abatidos por las balas antes de que uno de ellos logre llegar hasta él y hundir los dientes en su pantorrilla. Los gritos de dolor no impedirán que Tim siga luchando y disparando a las criaturas, tratando de ganar unos segundos para sus compañeros. Gregory logrará escapar por los pelos, huyendo de las manos que intentan agarrarle y no lo consiguen gracias al pisotón que Lloyd le dará al acelerador.

Avondale les recibirá y les abrirá las puertas. Ambos hombres recibirán una reprimenda por haber desobedecido una orden directa (aunque Lloyd se morderá la lengua para no responder que tan directa no era). La situación impide que el ejército pueda prescindir siquiera de dos hombres, por lo que se les permitirá mantener el rango y serán asignados a la seguridad de la base.

Ya conocemos el destino que corrió Avondale.

Por tanto, puedes imaginar el final de Dave Jr, Tim Ferrero y Lloyd Anderson.

Hay tantos sitios a los que mirar que a veces a uno le cuesta decidirse por uno de ellos. Mi cerebro grita por la necesidad de saber qué ocurre con ella, con la mujer encerrada en el sótano de una de las casas situadas en San Mateo. En la oscuridad. Sola. Esperando que ocurra lo inevitable.

Supongo que tú también te mueres por saber.

Nos vemos pronto.

## Diez curiosidades sobre El Cuarto Jinete

1) Con diecinueve años, escribí una novela corta titulada «El cuarto jinete» que hacía referencia a un virus que convertía a la gente en psicópatas asesinos. Gente viva, nada de muertos vivientes. Era una historia violenta y con algunas de las imágenes más escabrosas que he escrito nunca, pero en general tenía una trama floja y demasiado simple. Acabó guardada en un cajón y supongo que no saldrá de ahí jamás.

2) Allá por el año dos mil, empecé a escribir una historia en la que los protagonistas eran dos tipos llamados Mark y Neville. Viajaban en un coche que no era un Kia Ceed y entraban a un pueblo que no se llamaba Castle Hill cruzando un túnel. La historia no tenía título y el archivo de ordenador se llamaba sencillamente «Mark y Neville». Los dos protagonistas encontraban un pueblo surcado por una niebla espesa, abandonado, muy en la línea de Silent Hill, y se encontraban con una niña perdida llamada Paula. A partir de ahí, la cosa derivaba en una trama que involucraba experimentos militares que habían dado lugar a la creación de unas criaturas mutantes que eran una mezcla entre Alien y Depredador. La parte en la que Harvey Deep deja escapar el virus es idéntica a la que puede leerse en la novela final, quitando pequeños detalles. Decidí recuperar el título de «El cuarto jinete» cuando retomé la escritura de «Mark y Neville», y transformé la historia en un infierno con zombies. Quitando la parte de Deep y la conversación referente a fotografiar nubes y coleccionar etiquetas de sujetador, el resto fue destruido y reescrito.

3) Castle Hill es una mezcla entre Castle Rock (el pueblo donde ha escrito varias de sus novelas Stephen King) y Silent Hill (el horrible pueblo de los videojuegos).

4) Mark Gondry recibe su apellido del genial cineasta. Neville es un homenaje a Soy leyenda. Son las dos primeras referencias de la larga lista (muy, muy larga) que puebla ambas novelas.

5) Creo fervientemente que Survivor es el mejor programa de televisión de la historia. La versión original y americana, por supuesto. Existen múltiples referencias al programa ya en la primera novela (el apellido Probst, los nombres de Parvati y Sugar, así como el de Ozzy). Y son solo algunos, porque hay bastantes más. Queda clara mi pasión por dicho programa en El cuarto jinete: Armagedón, puesto que el personaje de Ace Hall está relacionado de forma explícita con el reality.

6) Half Moon Bay existe. San Mateo no. Dudo que Harrison Ford haya veraneado jamás en Half Moon Bay.

7) Una de las cosas que más me sorprendió cuando empezaron a llegarme mensajes de los lectores de El cuarto jinete fue el odio descarnado que la mayoría parecía sentir hacia Brad Blueman. La novela en sí está planteada sin villanos, más allá de los propios zombies, y siempre vi en Brad a un pelele egoísta y cobarde, pero nunca esperé esa reacción por parte de los lectores. A pesar de haber incluido villanos en la secuela, Brad sigue despertando unos odios atroces que me llaman la atención.

8) Para mí, el personaje de Verónica nunca tuvo peso más allá de ser «el personaje femenino que está muy buena pero que no es más que una secundaria». Creo que se labró una personalidad fuerte ella solita, sin que yo interviniera, y cuando quise darme cuenta, aun siendo secundaria, se había convertido en un personaje a no olvidar. De ahí que diera el salto a principal en El cuarto jinete: Armagedón.

9) Mientras escribía la segunda parte, tenía una libreta en la que iba apuntando los nombres de cada personaje que aparecía y lo iba incluyendo en una categoría: «Grupo Castle Hill A», «Grupo Castle Hill B», «Lambert y quien sea que se encuentre en su huida», «San Mateo», «Novato», «Casa Blanca», «Tipos que van a morir de forma salvaje que no pasan de extras».

10) La decisión más complicada que tuve que tomar a la hora de escribir El cuarto jinete: Armagedón, fue la de cortar las historias paralelas en un momento dado para seguir por un único camino. Sabía que eso podía suponer un riesgo, pero era mi manera de decir «eso es otra historia, porque el mundo está lleno de historias y solo algunas pueden ser contadas». Quería, además, que la recta final de la novela fuera un frenesí de acción y por tanto, que no hubiera cortes, idas y venidas y saltos en el tiempo. Quería que cuando empezara el desastre... fuera con el acelerador apretado hasta el fondo y sin frenar hasta el final.



## Nota de Autor

Cuando empecé a escribir *El Cuarto Jinete: Armagedón* todavía no sabía que el primero se publicaría. Sentía la necesidad de seguir explorando en las vidas de los supervivientes del desastre de Castle Hill. Los primeros ciento cincuenta folios salieron casi despedidos, a toda velocidad. Después empecé a trabajar en otra cosa, no literaria, y el manuscrito quedó relegado al fondo del cajón por falta de tiempo.

Nunca lo olvidé, y de cuando en cuando me surgían ideas que apuntaba en una moleskine negra que no sé muy bien de dónde salió. Tardé algo más de medio año en volver a retomarlos. Para entonces, acababan de anunciarme la feliz noticia de que *El Cuarto Jinete* vería la luz a principios del 2012 y me propuse terminar la secuela con calma.

Una mierda con calma. Las palabras volaban. Mis dedos saltaban de tecla en tecla y construían frases a una velocidad vertiginosa. A veces me sorprendía a mí mismo al ver la cantidad de hojas que terminaba al día. Y poco a poco se fue acercando al final. Hasta llegar a hoy.

Sinceramente, espero que hayáis disfrutado de la lectura tanto como yo de la escritura. Y en realidad si sólo lo disfrutáis la mitad, ya habrá sido un buen viaje. Para mí, escribir sobre estos personajes ha sido una maravilla.

Y sí, me he tomado licencias creativas. Es lo que tiene, hay veces que uno necesita que las cosas sean como quiere que sean, independientemente de que en la realidad pueda suceder o no. En la primera parte la acción se situaba en Castle Hill, un pequeño pueblo ficticio cercano a Los Ángeles. Este tomo que tienes en tus manos comenzaba en Los Ángeles y se iba esparciendo. La gran mayoría de localizaciones y lugares que se mencionan aquí son reales. Half Moon Bay es real. Otras muchas cosas, entre ellas la urbanización San Mateo, son invención mía. Me declaro culpable de los cargos.

Hay un par de personas a las que les debo el poder estar escribiendo estas palabras aquí. En primer lugar y por encima de todos, a mi mujer, Cristina, que me aguanta como nadie y nunca tuerce el gesto al ver a ese señor que golpea las teclas del portátil como si estuviera loco, la mayoría del tiempo sentado en el suelo y con el ordenador en la mesa baja. Es una santa.

Su madre, Isabel, también tiene su porción de pastel. Es ella quien ayuda a Cristina con el resto de cosas cuando yo tengo un día particularmente creativo. Si me dieran un euro cada vez que alguna de las dos me dice «tú sigue escribiendo» ahora tendría... no sé, por lo menos, quinientos euros.

Y hay mucha gente a mi alrededor que me apoya y me da ánimos para seguir adelante. Y lo agradezco. Igual que te agradezco a ti que estés leyendo esto, que hayas decidido pasar unos días acompañándome en este viaje. Espero que haya sido interesante, que te haya sorprendido y que te haya hecho gritar de rabia en algún momento. Si es así, misión cumplida.

Y me gustaría mencionar aquí a todos los que os habéis volcado con *El Cuarto Jinete*, porque vuestros ánimos y vuestro apoyo han sido una bendición en este momento que para mí fue tan mágico:

—Javier Cosnava: Gracias por hacer de la experiencia de tener un prólogo en una de mis novelas algo tan satisfactorio y surrealista. Ahora no puedo dejar de pensar en cómo ser John Malkovich, en que dentro de mi mente todo el mundo tiene mi cara y habla diciendo «Víctor Blázquez, Víctor Blázquez, Víctor Blázquez». Javier, Eres un *crack*.

—Fernando Martínez Gimeno, cuyo trabajo queda en la sombra pero está presente aunque no lo veáis. Él ha corregido y revisado el texto para cubrir mis gazapos.

—Jorge Iván Argiz (gracias por todo) y Darío, también de Dolmen, por su buen trato y cercanía en todo momento.

—La web Spoilerzombie, que fue de las primeras en apoyarme y difundirme.

—El foro de Somosleyenda, que me acogieron como a un hijo y me apoyaron también desde el primer momento. Gracias Lahoradelmar (que además tiene el honor de ser la primera persona que compró el libro), Ferjo, Alsgaran, Jarch, Ftemplar, Wsilluna, Dustin Dewin... y seguro que me dejó alguno.

—El foro de [www.walkingdead.es](http://www.walkingdead.es). La Trastienda Z debería ser la tienda de referencia para todo aquel que guste del género de los muertos vivientes.

—Defanafan, otra de las webs que desde el principio me apoyaron con todo. Fue un placer compartir cervezas por Sevilla. Espero volver pronto.

—La web Ataque Zombie, cuya creadora es, además, un amor de persona.

—La web La Horda Zombie, desde el otro lado del Océano.

—El blog Allzombies, cuyo cabeza de cartel, Joel, es puro entusiasmo.

—Toda mi familia, por supuesto, que se ha volcado conmigo y me ha demostrado que a la hora de apoyarme están siempre ahí. Nombraros a todos supondría añadir un par de páginas a este libro y mi editor me colgaría del palo mayor, pero no me olvido de vosotros.

—El sector Pigmalion: Eugenio Gómez (mi actor fetiche), Miguel Barderas, Raquel Martínez Barón, Ascensión Santos, Daniel Amor.

—Los fugueros Luis Moreno, Rodrigo Sancho, Patri, María Rey, Isabel Rodrigo, Elisabeth Álvarez, Alejandra Salido, Manuel Sánchez Ramos, José Alias, Jorge Galeano, Marta Gutierrez Abad, Alberto Jo Lee, Esteban Roel, Juan López (que pidió «El Cuarto Jinete» en una librería y le trajeron un libro titulado igual pero escrito por otra persona...).

—La gente de ESMATER (Asociación de Escritores de Terror Madrileños), y en particular a Juan Antonio Román, Alfonso Z, Irene Comendador, Karol Scandiu. Grandes compañeros y mejores personas.

—Luis León, Eva de la Rocha, Nacho Ballesteros, Francisco Brochet y su mujer Yolanda, Nacho Amilivia, Antonio Amilivia, Mariano González, Jorge García, Jorge

Ávila, Rubén López, Patricia de Anta, Juan Aguilera (el tipo que más veces se ha leído la novela. Fijo), Helena Mayorga, Adrián R. Mediavilla, África Mediavilla, Paula Armario, Andrea Pantoja, María Jesús Agra, Olivia Rodríguez.

—Mitsurugy. Si no le habéis escuchado, tendríais que estar googleando. Y pensar que estuve con él y se me olvidó decirle que nos hiciéramos una foto...

—Abel (Radecken, es un placer saber que si levanto el teléfono vas a estar ahí... y ahora que lo leo de nuevo esa frase parece de película de terror), Andrés Moreno (Hank Solo), AC Ojeda (el hombre con twinkie), Andreina, Nerea (fibichh), Ivm Valenciano, Adrian Egea, Tania Grijuela, Ikaa Burton Depp, Andy Clavijo (el más entusiasta de los jinetes. Él ni siquiera imagina lo mucho que le aprecio por ello).

—La caterva de escritores con las que me he ido juntando y con los que he ido desarrollando una buena amistad: Miguel Aguerralde, Alejandro Castroguer, Vanessa Benítez Jaime, Ángel Luis Sucasas, Ignacio Cid Hermoso, Darío Vilas, Manuel Martín, Juan Miguel Fernández, Daniel Perez Espinosa, Carlos Sisí, Rubén Pozo, Juande Garduño, Adam Nevill...

—María Gálvez Enseñat, Aitor (Zitropunk), Eleonora Giampieri, Psyklon\_Z, Catherine Ashmoot, Emilio (Alcorce), Martita, Juanxi (el twin), Sylvia Cabañas, Raúl Lepe, Guardiaoscura (Una¡), Ani Pispireta, Lorien Andrés, Sonia (del ka-tet), José Elías, África Haro, Akinha, Urishka, Athman, Patricia AA, CarlosCbS, Cova Gal, Sergio Álvarez Chia (el número 100), Jose Antonio Reyero Chamizo, Guillermo Ferrón, José Moreno, Yago Santos, Emilio Bernal, Eduardo Ruíz, Phuen8, Iván RuSo, Álvaro Loman, Antonio «el rasurador», Patri Sanchez Díaz, David Perez Jiménez, Julio Municipio Oliver, José Sanz...

Lo dije en una ocasión, en alguna de las redes sociales por las que me prodigo, y lo repito aquí: lo mejor de haber conseguido publicar *El Cuarto Jinete* es toda la gente que me ha permitido conocer.

Me dejo a alguien en el tintero, seguro. Y cuando me acuerde diré «Maldita sea, se me olvidó no sé quién» y me fastidiará muchísimo.

Gracias por vuestro apoyo. Gracias por extender la plaga.

*Enero 2011 – 31 de Enero de 2012*